

LACUNZA Y DÍAZ, MANUEL (1731-1801)

*LA VENIDA DEL MESÍAS EN GLORIA Y MAJESTAD, OBSERVACIONES DE JUAN
JOSAFAT BEN-EZRA.*

(Tomo II)

ÍNDICE

Observaciones de Juan Josafat Ben-Ezra

PARTE PRIMERA

Fenómeno V

Artículo I

Artículo II

Artículo III

La Iglesia cristiana

Artículo IV

Fenómeno VI

Fenómeno VII

Fenómeno VIII

Artículo I

Artículo II

Artículo III

Artículo IV

Artículo V

Artículo VI

Artículo VII

Artículo VIII

Artículo último

Fenómeno IX

Fenómeno X

LA VENIDA DEL MESÍAS EN GLORIA Y MAJESTAD

(Tomo II)

Fenómeno V

Los judíos

1. En las ideas ordinarias sobre la venida del Mesías en gloria y majestad, parecerá sin duda un despropósito nombrar a los judíos, o traerlos a consideración. Como estas ideas son todas favorables (ni se admite alguna que de algún modo no lo sea) así como deben quedar excluidas muchísimas cosas, aunque se hallen expresas *en la escritura de la verdad*; así deben entre ellas quedar también excluidos los judíos; así, deben mirarse estos infelices, como absolutamente abandonados del Dios de sus padres; así, deben considerarse como un árbol del todo seco, incapaz de reflorar, y sólo bueno para el fuego; así, debe creerse o suponerse, que Dios no tiene ya sobre ellos algún designio particular, digno de su grandeza; así, debe concluirse en tono de seguridad, que estos *semi hombres* nada tienen ya que esperar para esta venida de su Mesías; pues no habiendo creído la primera, deberán temer la segunda, no desearla.

2. Mas los que no admitiendo ciegamente las ideas ordinarias; los que poniendo aparte toda preocupación quisieren ver por sus ojos lo que hay sobre los judíos en la Escritura, a la verdad, parece poco menos que imposible que no entren en otros pensamientos muy diversos, o cuando menos, en grandes y vehementísimas sospechas. Sí, amigo mío: los judíos, esos míseros, esos vilísimos hombres, mirados apenas como hombres, y casi como hombres de otra especie inferior, deben hacer, según todas las Escrituras, una gran figura, y una de las figuras más principales en el misterio grande de la venida del Mesías, que todos esperamos. Casi en todas las observaciones que en adelante tenemos que hacer, nos es preciso no perderlos de vista; pues aunque no queramos, se nos ponen delante. Por tanto, parece conveniente, y aun esencial al asunto que tratamos, hacer primero algunas observaciones sobre los judíos, considerando atentamente y con toda formalidad, siquiera alguna de las muchas y grandes cosas que sobre ellos nos dicen las Santas Escrituras.

3. De tres modos, o en tres estados infinitamente diversos entre sí, podemos considerar a los judíos. El primero es, el que tuvieron antes del Mesías, ya se tome su principio desde la vocación de Abrahán, o desde la salida de Egipto, y promulgación de la ley, o desde su establecimiento en la tierra prometida a sus padres. EL segundo es, el que han tenido y tienen todavía después de la muerte del Mesías, y en consecuencia de haberlo reprobado, y mucho más de haberse obstinado en su incredulidad. El tercero es, aún futuro, ni se sabe cuándo será. En estos tres estados los considera y habla de éstos frecuentísimamente la Escritura, y en cada uno de ellos los considera en cuatro maneras, o en cuatro aspectos principales.

4. En el primer estado, antes del Mesías, los considera, primero: como propietarios y legítimos dueños de toda aquella porción de tierra, de que el mismo Dios hizo a sus padres una solemne y perpetua donación. *A tu posteridad daré esta tierra; toda la tierra que registras, daré a ti y a tu posteridad para siempre.* Segundo: los considera como pueblo único de Dios, o iglesia suya, que es lo mismo. Tercero: como una verdadera y legítima esposa del mismo Dios, cuyos desposorios se celebraron solemnísimamente en el desierto del monte Sinaí, con pleno consentimiento de ambas partes, y con escritura auténtica y publica (que se conserva intacta e incorruptible hasta nuestros días) en que constaban las obligaciones recíprocas de ambos contrayentes. Cuarto: los considera como vivos, con otra especie de vida infinitamente más estimable que la vida natural.

5. En el segundo estado; después del Mesías, los considera, primero: como desterrados de su patria, y esparcidos a todos vientos, y como abandonados al desprecio, a la irrisión, al odio y barbarie de todas las naciones. Segundo: como privados del honor y dignidad de pueblo de Dios, y como si Dios mismo no fuese ya su Dios. Tercero: como una esposa infiel o ingratisíma, arrojada ignominiosísimamente de la casa del esposo, despojada de todas sus galas y joyas preciosas que se le habían dado con tanta profusión, y padeciendo los mayores trabajos y miserias en su soledad, en su deshonor, en su abandono total del cielo y de la tierra. Cuarto: los considera como privados de aquella vida que tanto los distinguía de los otros vivientes, cuyos huesos (*consumidas las carnes*) quedan secos, áridos, y esparcidos en el gran campo de este mundo, como si fuesen huesos de bestias.

6. En el tercer estado todavía futuro, pero que se cree y espera infaliblemente, los considera la divina Escritura, lo primero: como recogidos por el brazo omnipotente de Dios vivo de entre todos los pueblos y naciones del mundo, donde él mismo los tiene esparcidos, y como restituidos a su patria, y restablecidos en ella, para no moverlos jamás: *y los plantaré*, (dice por Jeremías) *y no los arrancaré... Y los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra que les di...* Segundo: los considera como restituidos con sumo honor, y con grandes ventajas a la dignidad de pueblo de Dios, aunque ya debajo de otro testamento sempiterno. *He aquí que yo... los volveré a este lugar, y haré que habiten confiadamente en él. Y serán mi pueblo, y yo seré su Dios... Y haré con ellos un pacto eterno...* Tercero: los considera como una esposa de Dios, tan amada en otros tiempos, cuya desolación, cuyo trabajo, cuya aflicción y cuyo llanto mueven en fin el corazón del esposo, el cual desenojado y aplacado, la llama a su antigua dignidad, la recibe con sumo agrado, se olvida de todo lo pasado, la restituye todos sus honores, y abriendo sus tesoros la colma de nuevos y mayores dones, la viste de nuevas galas, la adorna con nuevas e inestimables joyas, más preciosas, sin comparación, que las que había perdido. Cuarto en fin: los considera como resucitados, como que aquellos huesos secos y áridos, esparcidos por toda la tierra, se vuelven a unir entre sí por virtud divina, *cada uno a su coyuntura*; se cubren otra vez de carne, de nervios y de piel, y se les introduce de nuevo aquel espíritu de vida, de que tantos siglos han estado privados. Estos tres estados de los judíos, corresponden perfectamente a los tres estados de la vida del santo Job, la cual podemos decir o mirar, como una figura, o como una historia en cifra de las mudanzas principales del pueblo de Dios.

7. Sobre los dos primeros estados, nada tenemos que observar de nuevo. Los doctores los tienen observados con bastante prolijidad. Como en ello no hay interés alguno que se ponga por medio, tampoco hay dificultad alguna en tomar en su propio y natural sentido todas aquellas Escrituras que hablan de ellos, o en historia, o en profecía. Mas el tercer estado no es así. Éste no puede gozar del mismo privilegio, o del mismo derecho. Las Escrituras que hablan de él, aunque sean igualmente más claras y expresivas que las que hablan del primero y segundo estado, no por eso se deben ni pueden entender del mismo modo, y en el mismo sentido propio y natural. ¿Por qué razón? Porque se oponen, porque repugnan, porque perjudican, porque destruyen, porque aniquilan el vulgar sistema. En suma, la razón verdadera no se produce, porque no es necesario; son cosas estas que se deben suponer, y no probar. La observación, pues, exacta y fiel de este tercer estado de los judíos en los cuatro aspectos arriba dichos, en que los considera la divina Escritura, es lo que ahora llama toda nuestra atención. El punto es ciertamente gravísimo, y puede ser de suma utilidad, no menos para los pobres e infelices judíos, que para el verdadero y sólido bien de muchos cristianos que quisieren entrar dentro de sí, y dar lugar a serias reflexiones.

8. No extrañéis, señor, si en este punto, como en causa tan propia, me explico con alguna más libertad; ni os admiréis, si acaso me propaso en alguna palabra menos civil; mirad por ahora, no tanto a los accidentes, cuanto a la sustancia, que es lo que principalmente debe mirar un hombre racional. Soy cristiano, es verdad, y reconozco con el mayor agradecimiento de que soy capaz, este sumo beneficio que he recibido de la bondad de Dios; mas no por eso dejo de ser judío, ni me avergüenzo de serlo. Como cristiano soy deudor a los cristianos de cualquiera tribu, o pueblo, o gente, o nación que éstos sean; mas como cristiano judío, soy también deudor con particular obligación a aquellos infelices hombres, *que son mis deudos según la carne, que son los israelitas, de los cuales es la adopción de los hijos, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas; cuyos padres son los mismos, de quienes desciende también Cristo según la carne...*

9. Si las cosas que voy a decir, después de bien examinadas con toda aquella entereza, rectitud y justicia que pide un asunto tan serio, no se hallaren plenamente conformes a las Santas Escrituras (regla única en cosas todavía futuras) en este caso, será justa y bien merecida la sentencia que se diere contra mí. En este caso, yo mismo, después de convencido, pediré esta justa sentencia, y yo mismo seré el ejecutor. Así como sé y confieso *con verdad*, que puedo errar en mucho o en poco, en todo o en parte, así también sé, con igual o mayor certidumbre, que estoy muy lejos de querer perseverar un momento en el error, después de conocido: *dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo...*

Discurso previo

El estado futuro de los judíos según se halla ordinariamente en los doctores cristianos.

10. En este punto particular de que hablan tanto las Escrituras, parece que ha sucedido a varios doctores cristianos, lo mismo que sucedió antiguamente a nuestros rabinos, o

doctores hebreos. Quiero decir: que hablan de la vocación futura de los judíos, con la misma frialdad e indiferencia con que éstos hablan de la vocación de las gentes, no obstante que se quejan de ellos, y los reprenden con razón de esta falta tan considerable.

11. Los doctores hebreos en la lección de sus escrituras debían encontrar no pocas veces (y no despreciar ni disimular), lo que en ellas se dice y anuncia en contra del mismo pueblo hebreo, y en favor de las gentes. Debían encontrar y no disimular el rigor y severidad extrema con que estaba amenazado el mismo pueblo de Dios, el mismo pueblo santo. Debían encontrar y reparar en ello con un santo y religioso temor, que este mismo pueblo santo, no obstante que vivía y se sustentaba con la fe y esperanza del Mesías, había de ser cuando éste viniese al mundo, su mayor y más cruel enemigo, que lo había de reprobado, que lo había de perseguir, y lo había de hacer morir en la ignominia y tormento de la cruz. Debían encontrar y reparar en ello con temor y temblor, que por este sumo delito, el pueblo único de Dios había de dejar de serlo, había de ser esparcido hacia todos los vientos, para que fuese en todas partes el desprecio, el odio y la fábula de todas las naciones, entrando en su lugar otro pueblo de Dios, llamado y recogido de entre las mismas naciones que se pensaban reprobadas. Debían en suma, encontrar y no disimular, que la verdadera esposa de Dios había de ser arrojada de casa del esposo, con suma ignominia y con suma razón, llevando consigo no otra cosa que el peso enorme de sus iniquidades, entrando en su lugar otra nueva que se había de llevar todas las atenciones, y todos los cariños del esposo.

12. Estas cosas y otras semejantes, era necesario e inevitable que encontrasen nuestros doctores en la lección de sus Escrituras, especialmente en los Profetas y en los Salmos; mas todas estas cosas que encontraban, eran para ellos, y lo son hasta ahora, como *las palabras de un libro sellado*; como lo que está escrito dentro de un libro (prosigue el Profeta) puesto en manos de quien sabe leer, se le dirá: *Lee aquí; y responderá: No puedo, porque está sellado.* Y puesto en manos de quien no sabe leer, se le dirá: *Léelo; y responderá: No sé leer.*

13. No negaban absolutamente nuestros rabinos, que las gentes habían de ser también llamadas, y entrar en parte de la justicia, santidad y felicidad del reino del Mesías. Esto hubiera sido demasiado negar, tanto, como negar la luz del medio día; mas esta vocación de las gentes, según todos ellos, debía ser sin perjuicio alguno de ellos mismos, antes con mayor honra, y ensalzamiento suyo. Esta satisfacción de sí mismos, esta confianza desmedida, era puntualmente la que les hacía ininteligibles sus escrituras, la que les hacía increíble lo mismo que leían por sus ojos, pareciéndoles que el solo dudarlo sería una impiedad, o una especie de sacrilegio. Con todo eso, los anuncios de los Profetas de Dios, al paso que frecuentes, eran clarísimos, y por eso innegables; los anuncios, digo, tristes y amargos, de rigor, de severidad, de ira, de indignación, de furor, de olvido, de abandono; y todo esto general a todo el pueblo de Dios, a todo el pueblo santo. ¿Qué se hace, pues, con estos anuncios? Creerlos y confesarlos, así como se hallan en los Profetas, no se puede. ¿Por qué no se puede? Porque no son a favor del pueblo santo, porque son contrarios al pueblo de Dios, porque son en perjuicio y deshonor del pueblo santo, porque Dios no puede arrojar de sí a su único pueblo, que tiene sobre la tierra, o a su esposa verdadera y única, pues no puede quedar sin pueblo, sin esposa, sin iglesia, etc.

14. En medio de estas falsas ideas, no quedaba otro partido que tomar, sino el que se tomó, en realidad propísimo y eficacísimo, para que las profecías se verificasen a la letra sin faltarles un ápice. ¿Qué partido fue éste? No fue otro que embrollar las unas y endulzar las otras; interpretándolas todas del modo posible, siempre a favor; dar por cumplidas las unas en tiempo de Nabucodonosor, las otras en tiempo de Antioco, y las que no se pudiesen en estos tiempos (como es evidente que no se pueden casi todas) contraerlas solamente a algunos culpados más insignes de la nación; mas no a toda la nación en general, porque esto hubiera sido una temeridad, una impiedad, un error, una herejía. En una palabra, no hubo jamás rabino alguno, o escriba, o legisperito que viese, ni aun siquiera sospechase, que podían verificarse a la letra todas aquellas profecías, tan expresamente contrarias al pueblo santo, después de haber reprobado y crucificado a su Mesías; y en consecuencia de éste y de otros gravísimos delitos, había de ser abandonado de su Dios, privado enteramente del honor de pueblo suyo, de esposa suya, de iglesia suya, etc., arrojado de la herencia de sus padres, y esparcido hacia todos los vientos para ser el desprecio, el oprobio y la fábula de todas las gentes.

15. Mucho menos les pasó por el pensamiento, que de estas gentes que tanto despreciaban se había de sacar otro pueblo de Dios, otra esposa, otra iglesia, sin comparación mayor, no sólo en número, sino en justicia, en santidad, en dignidad, en fidelidad, infinitamente más agradable a Dios, y más digna del mismo Dios. Tan lejos estaban de estos pensamientos, y tan ajenos de estas ideas, que aun los primeros cristianos, *que tenían las primicias del espíritu* se escandalizaron y reprendieron a San Pedro, porque había entrado en casa del centurión Cornelio, y bautizado a toda su familia. *¿Por qué entraste a gentes que no son circuncidadas, y consiste con ellas?* ¡Oh cuánto daño puede hacer el amor propio y el espíritu nacional!

16. Os considero, amigo, con gran curiosidad de ver finalmente a dónde va a parar o terminar este discurso contra mis doctores judíos. Yo de buena gana lo cortara aquí, remitiéndome enteramente a vuestro juicio y dictamen. El temor natural de ser notado de incivil, o de poco reverente a nuestros mayores, me hace no pocas veces omitir algunas reflexiones, y aun disimular algunas verdades, si no sustanciales, a lo menos bien importantes. Mas, pues me habéis animado tantas veces, y ahora mismo, sabiendo que voy a tratar de los judíos, me hacéis nuevas y mayores instancias sobre que escriba sin recelo; pues las palabras y expresiones menos justas se pueden fácilmente corregir, en este supuesto voy a explicarme con toda llaneza y simplicidad; sin cuidar ya de otra cosa, que de trasladar fielmente al papel aquello mismo que tengo en la mente, y de que estáis íntimamente persuadido.

17. Parece innegable, y cualquiera puede certificarse de ello por medio de sus propios ojos, que muchos doctores cristianos han seguido a proporción el mismo camino, han correspondido a los judíos en la misma especie, y pagádoles puntualmente en la misma moneda. Toda la divina Escritura la interpretan a favor de su pueblo. Todas las profecías, menos las que hablan de rigor, de reprensiones, de amenazas, de castigos, etc., las suponen verificadas en este mismo pueblo suyo, *que en algún tiempo era no pueblo... de Dios*. Nada quieren dejar, o casi nada, para los judíos, sino lo que en ellas se halla duro, áspero y amargo. Si la profecía anuncia rigores, si anuncia tribulaciones, si anuncia

plagas, se entiende al punto literalmente de los judíos; no hay en este caso por qué disputarles lo que es suyo; mas si anuncia favores y misericordias, máximamente si éstas son grandes y extraordinarias, entonces ya no puede entenderse literalmente de los judíos, sino alegóricamente de los cristianos. Y si como sucede frecuentísimamente una misma profecía, hablando nominadamente de los judíos, y con los judíos, anuncia lo uno y lo otro, primero castigos, severidad y rigor, después misericordia y beneficios; en este caso se deberá partir la profecía en dos partes iguales, como se parte una herencia entre dos buenos hermanos, dando la primera parte a los judíos, y la segunda a los cristianos, y todo esto con tanta sinceridad y con tantas muestras de rectitud y justicia, como les parece observan, cuando dan la parte favorable a los cristianos, en conformidad, que algunos doctores católicos muy célebres, para mejor inteligencia de la sagrada Escritura, establecen sobre esto canon o regla general, que los más siguen en la práctica, cuya sustancia es ésta.

18. Cuando una profecía hable, aunque sea nominadamente de las cosas de Israel, de Judá, de Jerusalén, de Sión, etc., anuncia cosas nuevas, grandes y magníficas, las cuales cosas se sabe, *por otra parte*, no haberse verificado en Israel antiguo, ni en Judá, ni en Jerusalén, ni en Sión; en suma, se sabe de cierto no haberse verificado en los judíos, o israelitas; se debe pensar que allí se encierra algún otro misterio mucho mayor de lo que suenan las palabras; se debe entender la profecía, sólo en sentido figurado y espiritual, no de aquel Israel antiguo, sino del nuevo Israel; no de aquella Jerusalén o Sión, *que mató los Profetas*, sino de la figurada por ésta, que es la iglesia presente, no en fin de *la sinagoga de los judíos*, sino de *la iglesia de las gentes*.

19. Ésta regla general tan recibida, tan seguida, tan usada en todos los intérpretes hasta ahora, no se sabe sobre qué fundamento puede estribar; antes por el contrario, parece que claman contra ella todos los derechos sagrados de la veracidad de Dios, de su fidelidad y de su santidad; todos los derechos de la religión, que se funda en esta veracidad de Dios, y aun también todos los de la sociedad, pues cada uno tiene derecho a que no le quiten lo que es suyo para darlo a otro. Si el mundo ya se hubiese acabado; si a lo menos se supiese de cierto que ya no hay otro tiempo en que las profecías se puedan verificar en aquellas mismas personas de quienes hablan expresamente, en este solo caso quimérico, ¿qué podremos decir? Las profecías no se han verificado hasta ahora en aquellas mismas personas de quienes hablan expresa y nominadamente. Esta proposición es cierta e innegable; *mas ¿qué se sigue de ahí?* ¿Luego no podrán jamás verificarse en estas mismas personas de quienes hablan expresa y nominadamente? ¿Luego no queda otra cosa que decir, sino que las profecías no hablan de aquellas mismas personas de quienes hablan? ¿Luego estas personas de quienes hablan, no podrán ya despertar algún día de su letargo, abrir los ojos llenos de lágrimas, reconocer a la esperanza de Israel, y con todo esto hacerse dignos de todo lo que anuncian las profecías? *¿A quién me habéis asemejado, e igualado, dice el Santo?* ¿Será Dios semejante al hombre que miente, o al hijo del hombre que se muda? *¿Dijo pues, y no lo hará?* *¿Habló, y no lo cumplirá?*

20. Es verdad que los doctores cristianos no niegan a los judíos, antes les conceden sin dificultad otro estado futuro, muy diverso del que han tenido hasta el presente; no niegan que algún día han de ser llamados de Dios; no niegan que ellos han de oír, y también

obedecer a este llamamiento, ni que Dios ha de usar con ellos de sus grandes misericordias; mas todo esto deberá ser, según nos aseguran, lo primero, un momento antes de acabarse el mundo, como si dijéramos, *en artículo de muerte*. Esto deberá ser, lo segundo, sin detrimento ni perjuicio alguno de las gentes, que forman ahora el pueblo de Dios, aunque la Escritura divina anuncie claramente todo lo contrario. Esto deberá ser, lo tercero, con mayor gloria y honra de este pueblo actual de Dios, al cual deberán agregarse los judíos, y ser recibidos en él, como por pura caridad y misericordia, sin que el pueblo actual pierda un solo grado de su autoridad.

21. No obstante esta satisfacción, y esta falsa y funestísima seguridad, se encuentran por precisión, con no pocos anuncios tristes y amargos, al paso que claros e innegables. Por ejemplo: que las gentes cristianas serán en algún tiempo, o por la mayor parte, no menos infieles a su vocación que lo fueron los judíos; que abundando entre ellas la iniquidad, y resfriada la caridad, renunciarán también a su fe; que desconocerán a Cristo; que aborrecerán a Cristo, que perseguirán a Cristo; que cuando vuelva el Señor del cielo a la tierra, apenas hallará entre ellas algún rastro de fe; que las hallará, *como... en los días de Noé*; que el día de su venida será como un lazo, *sobre todos los que están sobre la haz de toda la tierra*; que las ramas del oleastro silvestre, injertas con grande misericordia, *en buen olivo*, pueden también ser cortadas, como lo fueron las ramas naturales del olivo, cuando no permanezcan en la bondad primera, o cuando ya los frutos no correspondan al cultivo ni a las esperanzas.

22. Por otra parte, encuentran a cada paso, sin poder excusar esta molestia, que los judíos humillados tantos siglos ha, mortificados, abatidos, despreciados, volverán algún día a la gracia de su Dios; que el mismo Dios los recogerá algún día con su brazo omnipotente de todas las tierras o países donde los tiene desterrados y dispersos; que volverán entonces con grandes ventajas a ser otra vez pueblo y esposa de Dios; que su honor, su ensalzamiento, su felicidad, será tan grande, que se olvidarán de todas las angustias pasadas en tantos siglos de tribulación; que Dios se regocijará con ellos, como un buen padre que recupera a un hijo, a quien ya consideraba muerto o perdido; que las gentes mirarán con asombro la gloria y ensalzamiento de este hijo (a quien ahora tratan como a vilísimo esclavo) y se confundirán, *con todo su poder; pondrán la mano sobre la boca*. En suma, que en aquel tiempo se buscará en ellos la iniquidad pasada, *y no será hallada*, se buscará el pecado, *y no existirá*.

23. Pues con estos anuncios importunos y otros semejantes, de que tanto abundan las Santas Escrituras, ¿qué harán? Recibirlos así como se hallan, no es posible, sin detrimento inevitable de las ideas favorables. Negarlos u omitirlos del todo, es una empresa muy difícil y muy peligrosa; aunque el omitirlos no deja de hacerse algunas veces, cuando ya el peligro se ve evidente, e inevitable de otro modo. No queda, pues, otro partido que tomar, sino el que tomaron nuestros rabinos, esto es, endulzar los unos, alegorizar los otros, o espiritualizarlos, y hacerlos hablar a todos, de modo que no perjudiquen, no hagan mucho daño a las ideas favorables. Acaso pensaréis que ésta es alguna insigne falsedad, o alguna gran ponderación; y yo, por todo descargo, os remito a los mismos doctores, sobre estos puntos de que hablo. En ellos podréis ver, y quedar

plenamente convencido, de que ni miento ni pondero, sino que antes quedo cortísimo en mis expresiones.

24. Estas cosas que acabo de apuntar, y otras muy semejantes a ellas, son sin duda alguna, las que únicamente tienen en mira, cuando nos dicen y ponderan el gran peligro que hay en leer las Escrituras, sin la luz y socorro de sus comentarios; no sea vayamos a creer lo que sobre esto leemos con nuestros ojos; no sea que, como creemos sin dificultad todo cuanto hallamos en las Escrituras contra los judíos, y en favor de las gentes cristianas, así también creamos simplemente lo que hallamos en contra y en deshonor de las gentes cristianas, y en favor de los judíos; no sea que caigamos en el error de pensar o sospechar, que aquel gran trabajo que sucedió al mismo pueblo de Dios, o a su primera esposa, pueda también suceder al nuevo pueblo, recogido y formado de varias gentes y naciones, o a la segunda esposa tan amada del mismo Dios; no sea, en fin, que abramos los ojos y miremos, aun como posible, que la primera esposa de Dios, o la casa de Jacob, arrojada con tanta ignominia, y castigada con tanta severidad, pueda algún día volver a la gracia de su esposo; pueda algún día ser llamada y asunta con grandes ventajas a su antigua dignidad; pueda algún día ocupar el puesto que ahora ocupa la que entró en su lugar, cuando ésta sea tan infiel y tan ingrata como ella, cuando la supere en malicia, y la justifique con la abundancia de su iniquidad. Todas estas cosas que acabo de apuntar, sólo como en cifra o en diseño, en adelante se irán desenvolviendo poco a poco, pues no es posible explicar en pocas palabras unos misterios tan grandes, y al mismo tiempo tan delicados.

25. Volviendo ahora a lo que habíamos comenzado, parece cierto e innegable, que el estado futuro de los judíos lo tocan los doctores cristianos (cuando se ven precisados a tocarlo) con tanta indiferencia, con tanta frialdad y con tanta prisa, que si hemos de juzgar por lo poco que nos dicen, y por el modo con que nos hablan, casi, casi vienen a parar en nada. Según lo que nos dicen, y según el modo con que lo dicen, todo cuanto anuncian las Escrituras sobre este asunto, con términos y expresiones tan claras, tan vivas, tan magníficas, debe reducirse solamente a esto: *que hacia los fines del mundo, y en vísperas de acabarse todo, los judíos que entonces quedaren conocerán la verdad, abrazarán la fe de los cristianos, y la Iglesia los recibirá benignamente dentro de sí*. Esta gran merced que hacen los doctores cristianos, con tanta liberalidad, a la casa de Abrahán, de Isaac y de Jacob (los hombres más ilustres que ha tenido el mundo), no penséis, señor, que todos la hacen del mismo modo, y con la misma generosidad. Los más se contentan con decir en general y en confuso, que al fin del mundo se convertirán o todos o muchos; y San Gregorio da como por supuesto que aun al fin del mundo, apenas recibirá la Iglesia a los judíos que hallare.

26. Algunos doctores, como Dionisio Cartujano, Barradas, etc., no atreviéndose a negar del todo, ni tampoco a conceder del todo lo que con tanta claridad y formalidad dice a las gentes cristianas su propio Apóstol, añaden de suyo, que cuando los judíos se conviertan a Cristo, serán unos cristianos excelentes; que en los tiempos más calamitosos, cuales deben ser los tiempos del Anticristo, serán el mayor consuelo de la Iglesia cristiana; que defenderán la fe, y aun la propagarán en todo el mundo, donde están esparcidos; que por su fervor y celo atraerán contra sí toda la indignación del Anticristo,

no obstante de ser éste su propio rey y Mesías, amado y adorado de todos, etc. ¡Oh cuánto mejor fuera *delante de Dios, y delante de los hombres*, que en lugar de las noticias que no se hallan en la revelación, tomásemos fiel y sencillamente las que se hallan, y nos contentásemos con ellas! Según estos autores (que cuidan poco de guardar otras consecuencias, pues no tratan de toda la Escritura) la conversión de los judíos deberá preceder al Anticristo.

27. Mas el común sentir de los intérpretes, a quienes es preciso guardar consecuencia de algún modo posible, difiere este gran suceso hasta después de la muerte de este monarca imaginario, como dijimos en otra parte; suponiendo lo que no es posible probar, que ha de ser judío de la tribu de Dan; que los judíos lo han de recibir por su Mesías; que lo han de buscar y unirse con él; que le han de edificar de nuevo, con suma grandeza y magnificencia, la ciudad de Jerusalén para corte de su imperio universal, etc. Mas después que lo vean muerto, destruido su imperio, y descubiertas sus ficciones diabólicas, desengañados y corridos, se volverán de todo corazón a su verdadero Mesías, y creerán en él. Preguntad a este común de los intérpretes (dejando por ahora otras preguntas que ya quedan hechas) ¿si en los tiempos mismos del Anticristo, y en medio de su persecución al cristianismo, sucederá la conversión que esperamos de los judíos? Y veréis como no se atreven a negarlo del todo, ni tampoco a concederlo del todo. ¿Por qué razón? Porque en este mismo tiempo ponen la venida de Elías, persuadidos que este profeta debe ser uno de aquellos dos testigos, de quienes se habla en el capítulo XI del Apocalipsis. Y como la Escritura divina, cuando habla de la futura venida de Elías, que sólo es en cuatro únicos lugares, no le señala otro destino, u otro ministerio que la conversión de Israel, y la restitución de todas sus tribus, como se puede ver en el Eclesiástico, en Malaquías, en el evangelio de San Mateo, y en el de San Marcos; se hace cosa durísima decir, que nada conseguirá Elías, después de más de tres años de ministerio, pues esos dos testigos, como consta expresamente del mismo texto, han de ser muertos por el Anticristo; por consiguiente, han de acabar su ministerio antes del fin del Anticristo. De aquí se sigue manifiestamente que, o ninguno de los dos testigos es Elías, lo cual es contra la suposición común, o si alguno de ellos es Elías, la conversión de los judíos, su restitución, su ascensión y remedio pleno, de que habla San Pablo, y de que habla el evangelio, no puede ser, o suceder después del Antecristo; pues a esto sólo dice la escritura que ha de venir Elías, y que para esto sólo está reservado.

28. Este embarazo tan visible, que parecía capaz de desconcertar muchas medidas, se ve quitado de por medio con gran facilidad. ¿Cómo? Diciendo secamente y como de paso, que algunos judíos no dejarán de convertirse, aun en los tiempos del Anticristo, por la predicación de Elías. ¿Y las palabras expresas del Hijo de Dios: *Elías, cuando vendrá primero, reformará todas las cosas*, no tienen otro significado que la conversión de algunos judíos? Por aquí podemos ya empezar a divisar lo que en adelante hemos de ver, *hasta hartura de vista*, esto es, la indiferencia, la frialdad extrema y aun el disgusto con que hablan los doctores cristianos de la vocación futura de los judíos, del mismo modo que lo hicieron éstos respecto de las gentes. Paréceme que oigo contra mí, cuando menos, aquella queja que dio a Cristo cierto legisperito: *diciendo estas cosas, nos afrentas también a nosotros*; pues ningún doctor cristiano ha negado jamás la vocación futura de los judíos, ni su verdadera y sincera conversión, antes todos conceden unánimemente,

que algún día, *esto es, al fin del mundo*, se han de convertir a Cristo, y han de ser admitidos al gremio de la iglesia. Bien, ¿mas con esto sólo se piensan verificar todas las profecías? ¿Con esto sólo se podrán contentar y satisfacer plenamente nuestras esperanzas? ¿No podremos todos los judíos clamar a grandes voces y con infinita razón, que no tenemos necesidad alguna de sus concesiones liberales, *teniendo para nuestro consuelo los santos libros, que están en nuestras manos*?

29. La conversión futura de los judíos, que admiten y conceden unánimemente todos los doctores cristianos, ¿de dónde la han sacado? preguntamos todos los judíos. ¿Acaso la han sacado de solo su discurso, o de su ingenio? ¡Pobres de nosotros, si no hubiera más principio que éste! Deben, pues, responder necesariamente, que la han sacado de la revelación auténtica y pública, esto es, de las Santas Escrituras, pues no hay otra fuente segura de donde poder sacar cosas futuras. Si la han sacado de las Santas Escrituras se pregunta de nuevo, ¿cómo o por qué no han sacado, ni hecho caso alguno de tantas cosas admirables, que se leen en las mismas Escrituras, tan conjuntas, tan conexas y estrechamente unidas con la conversión futura de los judíos? ¿Cómo o por qué han tomado solamente esta conversión de los judíos, dejando y aun despreciando todas las otras circunstancias gravísimas, que la acompañan y la siguen? O estas circunstancias son igualmente ciertas y seguras, o no lo es la conversión de los judíos; porque no hay razón alguna, ni la puede haber, para creer ésta, *más bien*, que aquéllas.

30. Imagínese por ahora que yo negase contra todos los doctores la conversión futura de los judíos; en este caso ¿cómo podrían convencerme? ¿Con mostrarme textos clarísimos de la Escritura? Con ellos mismos me defendería yo, con ellos mismos me haría fuerte e invencible, sin oponer otro escudo que este simple discurso. Estos textos clarísimos de la Escritura que se citan a favor de la conversión futura de los judíos, o se deben creer plenamente, esto es, todo lo que cada uno de ellos dice y afirma, o nada debe creerse; porque esto tiene de singular la divina Escritura, sobre todas las escrituras que no son divinas, que o todo cuanto dice y afirma es cierto y seguro, o nada lo es. Ahora pues, según el sentir casi universal de los doctores (hablo en la práctica) no se debe creer; pues no se cree, ni admite todo lo que dicen y afirman esos mismos textos de la Escritura que se alegan a favor de la conversión futura de los judíos; es un suceso *ad libitum*, que se puede afirmar o negar, conforme el gusto o genio de cada uno.

31. De otro modo. Esos textos clarísimos de la Santa Escritura, que se alegan a favor de la conversión futura de los judíos, no sólo afirman dicha conversión, sino que con la misma claridad afirman muchas circunstancias gravísimas, nuevas, admirables y magníficas, que deben acompañar y seguir la misma conversión. De esto segundo, se ríen universalmente los doctores cristianos (conforme a su sistema favorable) no sólo sin escrúpulo alguno, sino con grandes muestras de rectitud y piedad; luego con la misma razón y con la misma piedad y rectitud, podremos reírnos de lo primero. El discurso aunque rústico y simple, por eso mismo me parece justo. Sólo puede quedar alguna duda sobre lo que afirma la proposición mayor, y esto es lo que nos toca ahora probar y demostrar, y lo que luego vamos a hacer.

32. Ya queda notado al principio de este fenómeno, que cuando la Escritura divina anuncia a los Judíos las mayores calamidades, especialmente después de la muerte del Mesías, y en consecuencia de su incredulidad, que también anuncia clarísimamente, los considera bajo de cuatro aspectos principales. Primero: como desterrados de su patria, esparcidos hacia todos los vientos, y cautivos entre todas las naciones. Segundo: como degradados de su puesto, despojados de sus prerrogativas, y privados del honor de pueblo de Dios. Tercero: como esposa de Dios, infiel e ingratisima, arrojada con suma ignominia de casa del esposo, abandonada del cielo y de la tierra, olvidada, deshonorada y humillada hasta lo sumo. Cuarto en fin: como un cadáver destrozado, cuyos huesos dispersos por todo el campo de este mundo, no ofrecen otra cosa a la vista, que desprecio, aversión, disgusto y horror. Debajo de estos cuatro aspectos principales quiero yo también considerar ahora a los judíos; pues todo el mundo sabe, que éste es puntualmente el estado en que se halla toda esta mísera nación, desde la muerte de su Mesías, o poco después, hasta nuestros tiempos; y todo esto *según las Escrituras*.

Artículo I

Primer aspecto

33. Se consideran los judíos, después de la muerte del Mesías como desterrados de su patria y dispersos hacia todos los vientos; y se pregunta, ¿si este castigo tendrá fin, o no?

Pues cuando vieren a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca... Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas... Porque habrá grande apretura sobre la tierra, e irá para este pueblo. Y caerán a filo de espada; y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles; hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

34. Según todo lo que sobre este punto hemos podido averiguar, los doctores cristianos no reconocen en realidad, ni admiten otro fin al destierro presente de los judíos, que el fin del mundo; pues todos los innumerables lugares de la Escritura que hablan de esto, o los tiran a acomodar, en cuanto se puede, a la vuelta de Babilonia, o en cuanto no se puede, que es lo más, los alegorizan y espiritualizan del todo. Es verdad que dicen y afirman, que el Anticristo su rey y Mesías los restablecerá en la tierra de sus padres; mas este supuesto restablecimiento no merece entrar en consideración; ya por ser tan supuesto y tan falso, como lo es el mismo rey y Mesías que llaman Anticristo; ya porque este mismo restablecimiento supuesto, lo destruyen en otras partes, como luego veremos; y ya principalmente porque no es éste el restablecimiento en justicia y santidad, y por la mano omnipotente de Dios, de que hablan las Escrituras.

35. También es verdad, que llegando a explicar el capítulo XXXVIII de Ezequiel, muestran alguna especie de benignidad o de menos rigor; pues las cosas que se dicen en este capítulo y en el siguiente, así como son incomodables a la vuelta de Babilonia, así son incapaces de la alegoría. Allí se anuncia con suma claridad y simplicidad la expedición de cierto Gog, el cual, llevando consigo una multitud innumerable de varias

gentes y naciones, ha de ir *al fin de los años*, a la tierra y montes de Israel, contra el mismo Israel, ya restablecido en la tierra de sus padres: *cuando morare mi pueblo de Israel, como una nube, para cubrir la tierra... sobre aquellos que habían sido abandonados, y después restablecidos, y sobre el pueblo que ha sido recogido de las gentes, que comenzó a poseer, y ser morador del ombligo de la tierra*. Allí se dice, cómo Dios protegerá a su pueblo, destrozando toda aquella infinita muchedumbre con tempestades y fuego del cielo. Allí se dice, que los hijos de Israel, viéndose libres de aquel gran peligro, saldrán a recoger las armas de aquel ejército innumerable, y con ellas solas tendrán suficiente leña para siete años. Allí se dice, que apenas les bastarán los siete primeros meses, para sepultar tantos cadáveres, no obstante que serán ayudados de las aves y las bestias. Allí se dice, que el lugar donde se enterrarán todos aquellos huesos, será cerca del mar, y se llamará, *el valle de la muchedumbre de Gog*. Por abreviar, toda esta célebre profecía se concluye con estas palabras, que piden a gritos nuestra mayor atención. *Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, porque los transporté a las naciones, y los congregué sobre su tierra, y no dejé allí ninguno de ellos. Y no esconderé más mi rostro de ellos, porque he derramado mi espíritu sobre toda la casa de Israel, dice el Señor Dios*.

36. De todo esto parece que se sigue legítimamente, que antes de la expedición de Gog, ya se les habrá alzado el destierro a todos los hijos de Israel; ya habrán salido, o Dios los habrá sacado de entre las naciones, donde el mismo Dios los tiene desterrados; ya los habrá congregado y restablecido en su misma tierra, *porque los transporté a las naciones* (dice el mismo Señor) *y los congregué sobre su tierra*; y todo esto en gracia de Dios y llenos de su divino espíritu, *porque he derramado mi espíritu sobre toda la casa de Israel*. Esta sola profecía, aunque no hubiera otra, ¿no bastaba para creer, que el destierro presente de los judíos es un castigo no perpetuo, sino temporal? Con todo eso, en el sistema de los doctores cristianos no basta ni puede bastar. Aunque el embarazo es terrible, no por eso es insuperable. Debe, pues, decirse, condescendiendo en algo, por exceso de benignidad, que aunque la profecía habla de los judíos, o de los hijos de Israel en general, mas no habla solamente de ellos. ¿Pues de quiénes otros? Habla también y principalmente de los cristianos de todos los pueblos, tribus y lenguas; los cuales, en los tiempos terribles del Anticristo, huirán de sus respectivos países, y se congregarán en la Palestina. ¡En la Palestina! ¡Los cristianos, perseguidos del Anticristo o sus ministros, se han ido a refugiar a la Palestina! ¡Se han congregado en la Palestina, donde suponen la corte o residencia del monarca universal que los persigue! No os admiréis, señor, porque esto debe suceder, según nos lo aseguran, por orden expresa de Dios, o por providencia particular, con estas palabras... *transporté a las naciones, y los congregué sobre su tierra*.

31. Si queréis ahora saber los designios de Dios en una providencia tan extraordinaria, si queréis saber para qué fin congregará Dios en la Palestina tantos cristianos de todas las gentes, pueblos y lenguas, entrando también en este número algunos judíos, convertidos por la predicación de Elías; responden unos, como bravos, que esto será para hacer guerra viva al monarca universal en su misma corte; lo cual en aquel tiempo, dicen que será lícito a los cristianos. Si esto no se admite, os responden otros, que será para que sean testigos oculares del castigo grande y estrepitoso, que ya va a descargar sobre el Anticristo; y luego inmediatamente sobre la muchedumbre de Gog, que viene a vengar la

muerte de Anticristo en los cristianos de la Palestina, congregados allí. Si tampoco esto se admite, ni puede concebirse, os responden otros más prudentes; que será para los fines que Dios sólo sabe, y no ha querido revelarnos. ¡Quién pensara, sino lo viese por sus ojos, que estas especies, o estas... no sé cómo llamarlas, se podían hallar escritas en los intérpretes de las Santas Escrituras, hombres por tantos títulos, ilustres, estimables, y respetables! Y todos estos esfuerzos violentísimos, ¿para qué? Leed, amigo, otra vez y otras mil veces toda la profecía, y no hallaréis en toda ella, cómo ni por dónde sustituir estas ideas tan extrañas, en lugar de las que da la misma profecía, tan claras, tan sencillas y tan naturales; no solamente en los dos capítulos XXXVIII y XXXIX donde se habla de propósito de la expedición de Gog *sobre aquellos que habían sido abandonados, y después restablecidos*, sino en los cuatro capítulos antecedentes, y en los nueve siguientes, que todo es claro y manifiestamente un mismo asunto; esto es, el estado futuro de los judíos.

38. Ahora, si una profecía tan clara, tan expresiva, tan circunstanciada, se explica o se elude del modo tan extraño o tan ingenioso que acabamos de ver, y esto haciendo a los judíos alguna gracia, ¿qué otra suerte mejor podremos anunciar a las otras profecías? Con todo eso, yo voy a mostraros algunas otras, valgan lo que valieren, como quien produce delante de un juez sabio, recto e incorrupto, algunos de sus instrumentos que tiene auténticos, en que se fundan sus derechos o sus esperanzas.

Primer instrumento

Párrafo I

39. Desde el primer Profeta se empieza ya a divisar este gran misterio. Habiendo anunciado Moisés, *en palabra del Señor*, a todo Israel los diversos castigos con que Dios los amenazaba, si no eran fieles a sus leyes; habiéndoles profetizado los diferentes estados de calamidad y miseria extrema en que habían de caer por su iniquidad; habiéndoles dicho con la mayor claridad e individualidad el estado mismo en que se ven hoy día, y en que los ha visto todo el mundo, después de la muerte de su Mesías; esto es, desterrados de su patria, dispersos entre todas las naciones, despreciados, aborrecidos, perseguidos, mirados como la hez de la plebe, y como la risa y fábula de todas las gentes, etc.; después de todo esto, llegando al capítulo XXX del Deuteronomio, les dice así.

Cuando vinieren, pues, sobre ti todas estas cosas, la bendición o la maldición, que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en tu corazón en medio de todas las gentes, por las cuales te habrá esparcido el Señor Dios tuyo, y te convirtieres a él y obedecieres a sus mandamientos con tus hijos, de todo tu corazón, y de toda tu ánima, como yo hoy te lo intimo. El Señor Dios tuyo te hará volver de tu cautiverio, y tendrá misericordia de ti, y te congregará de nuevo, de todos los pueblos a los que te había esparcido antes. Aun cuando hubieras sido arrojado hasta los polos de cielo, de allí te sacará el Señor Dios tuyo, y te tomará, e introducirá en la Tierra, que poseyeron tus padres, y la disfrutarás; y dándote su bendición, te hará que seas en mayor número que fueron tus padres. El Señor Dios tuyo, circuncidará tu corazón, y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y de toda tu alma, para que puedas vivir. Y

convertirá todas estas maldiciones contra tus enemigos, y contra aquellos que te aborrecen y persiguen. Mas tú te convertirás, y oirás la voz del Señor Dios tuyo.

40. Esta promesa si es de Dios, o se ha cumplido ya plenamente, o si no se ha cumplido, es necesario que se cumpla algún día, porque Dios no puede faltar a su palabra: *no es Dios como el hombre, para que mienta; ni como el hijo del hombre, para que se mude. ¿Dijo, pues, y no lo hará? ¿Habló, y no lo cumplirá?* Que no se haya cumplido hasta ahora, parecerá evidente a cualquiera que teniendo presente todo el texto sagrado diere una ojeada breve a toda la Escritura, y a toda la historia. Podrá decirse, y en realidad se dice o se insinúa, que todo esto se cumplió ya en tiempo de Ciro, cuando volvieron de Babilonia algunos pocos con Zorobabel; ni hay otra cautividad, ni otra vuelta a que recurrir. Ahora, es evidente por el mismo texto y por toda la Escritura, que entonces no se cumplió la promesa de Dios. Vedlo claro.

41. Primero: esta promesa no habla ciertamente con una sola tribu, ni con dos o tres, sino con todo Israel en general, y con todas sus tribus; así como la amenaza de dispersión y cautiverio con todos habla, y con todos se ha cumplido y se está cumpliendo. Los que volvieron de Babilonia, como se dice individualmente en el libro primero de Esdras, sólo eran de la tribu de Judá y Benjamín, con algunos pocos de Leví; luego por este solo capítulo, aunque no hubiese otros, la promesa de Dios no se cumplió en aquel tiempo; por consiguiente no era éste el suceso de que habla. Segundo y principal: Dios promete en términos formales, que, cuando los recoja con su brazo omnipotente, de todos los pueblos y naciones, adonde él mismo los había esparcido por sus delitos, les circuncidará el corazón, en primer lugar, para que de esta suerte amen a su Dios con todo su corazón y con toda su alma, y puedan vivir en adelante una vida sobrenatural y divina: *El Señor Dios tuyo circuncidará tu corazón, y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y de toda tu alma, para que puedas vivir.* Conque promete el Señor una circuncisión de corazón, general a todo Israel, cuando lo recoja de entre las naciones, y lo introduzca de nuevo en la tierra de sus padres; y esta circuncisión de corazón, ¿cuándo ha sucedido? ¿Acaso en la vuelta de Babilonia? Leed los dos libros de Esdras y Nehemías, y hallaréis todo lo contrario. Leed después para asegurarnos más el capítulo VII de los Hechos de los Apóstoles, y hallaréis al versículo 51 que San Estevan lleno del Espíritu Santo los reprende en público concilio, y les da en cara con la incircuncisión del corazón, así de ellos, como de sus padres. *Duros de cerviz (les dice), e incircuncisos de corazones, y de orejas, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros.* Conque hasta la muerte de San Estevan no había sucedido en Israel tal circuncisión de corazón. Y después acá, ¿de dónde la podremos sacar?

42. Síguese de aquí, que la promesa de que vamos hablando, es de Dios mismo, como no se duda; si hasta ahora no ha tenido su cumplimiento, como tampoco se puede dudar, deberemos confesar de buena fe, que alguna vez lo ha de tener. Deberemos, digo, confesar, que los míseros judíos dispersos tantos siglos ha entre las naciones, han de ser algún día llamados, recogidos y congregados por el brazo omnipotente de Dios vivo, estén donde estuvieren, y quisieren o no las potestades de la tierra: *Aun cuando hubieres sido arrojado hasta los polos del cielo, de allí te sacará el Señor Dios tuyo, y han de ser*

del mismo modo introducidos y plantados de nuevo establemente en aquella misma tierra que fue la herencia y la posesión de sus padres: *y te tomará e introducirá en la tierra, que poseyeron tus padres, y la disfrutarás*. Parece que esto es claro, y lo fuera sin duda en cualquiera otro asunto de menos interés; mas en el asunto presente no lo es tanto que no se pueda fácilmente oscurecer con alguna brillante solución.

43. Puede pues oponerse, lo que oponen modernamente algunos sabios, como una solución sin réplica, no sólo al lugar del Deuteronomio, que actualmente consideramos, sino generalmente a todas las profecías favorables a los judíos, que hasta ahora no se han verificado en ellos. Confiesan estos sabios, que muchas, o las más de las profecías que tienen promesas de Dios a favor de la casa de Jacob, no se verificaron ni pudieron haberse verificado en la vuelta de Babilonia. Esta misma confesión la hacen todos los intérpretes de la Escritura, a lo menos tácitamente; pues, no obstante los grandes esfuerzos que procuran hacer, para acomodar estas profecías a la vuelta de Babilonia, casi siempre se ven precisados, aun los más literales, a recurrir por último refugio a la pura alegoría. Confiesan más: (y esto prudentísimamente con todos los doctores eclesiásticos más sabios y más sensatos de nuestro siglo) que el sentido puramente alegórico y espiritual realmente no satisface a quien desea la verdad, y sólo en ella puede descansar. Esta segunda confesión es ciertamente digna de estimación; mas por esto mismo se hace más extraña en estos sabios, que en lugar de ver la verdad que por sí misma se manifiesta, en lugar de confesarla y descansar en ella, en lugar de dar a Dios la gloria y honra que le es tan debida, creyendo y esperando que hará infaliblemente lo que tiene prometido, abran otro camino tal vez más difícil, más incómodo, más incapaz de contentar a quien desea la verdad, que el camino ordinario de la pura alegoría. ¿Qué camino es éste? Es el decir en general, y sin explicarse mucho, que las promesas de Dios hechas a los judíos *por la boca de los Profetas*, especialmente aquellas grandes y extraordinarias que hasta ahora no se han verificado, no fueron absolutas, sino condicionadas; por tanto, el no haberse verificado, ha sido culpa de los judíos mismos, por no haber verificado la condición.

44. Preguntadles ahora, aunque os tengan por importuno, ¿cuál fue la condición?, y veréis las consecuencias que de aquí se siguen. Según insinúan, la condición fue, si eran fieles a Dios y observaban sus santas leyes, si recibían a su Mesías con honor, si lo oían, si lo obedecían, etc. ¡Oh, qué descubrimiento tan importante! No se puede negar que, en este caso no se hubieran visto los judíos, ni se vieran en el estado de miseria extrema en que se han visto, ¡y se ven aún! *Ojalá hubieras atendido a mis mandamientos*, les dice el Señor por Isaías, *tu paz hubiera sido como un río, y tu justicia como remolinos del mar. Y hubiera sido tu posteridad como la arena, y los hijos de tu seno como sus pedrezuelas; no hubiera perecido, ni fuera borrado su nombre de mi presencia*. Mas, en este caso no hubiera sido necesario ingerir *en buen olivo*, ramas de oleastro silvestre en lugar de las ramas naturales de olivo, que se secaron por su iniquidad, y fueron cortadas por su esterilidad. *Pero dirás: Los ramos han sido quebrados, para que yo sea ingerido. Bien, por su incredulidad fueron quebrados; mas tú por la fe estás en pie, pues no te engrías por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó a los ramos naturales, ni menos te perdonará a ti*. En este caso, vuelvo a decir, no hubiera sido tan necesario aquel milagro grande de hacer de las piedras hijos de Abrahán. *Por el pecado de ellos vino la salud a*

los gentiles... el pecado de ellos son las riquezas del mundo, y el menoscabo de ellos las riquezas de los gentiles.

45. Mas aunque todo esto no se puede negar, se puede bien negar, y se debe negar que sea ésta la condición de aquellas promesas grandes y magníficas, favorables a los judíos, que leemos en la Santa Escritura. Estas promesas de que hablamos suponen evidentemente los delitos de los judíos, no sólo cometidos, sino castigados con la mayor severidad. Una de estas promesas es, que los sacará con su brazo omnipotente de todos los pueblos y naciones, donde él mismo los tiene desterrados, y atribulados por sus delitos. Esta promesa no queda en esto solo, sino que es como el principio y fundamento de otras muchísimas, que deben seguirse inmediatamente después de ella, después que hayan sido recogidos y congregados, *con grandes piedades*, y plantados de nuevo en la tierra de sus padres.

46. Decidme ahora, amigo mío, con sinceridad, ¿esta promesa (lo mismo digo de las otras que son consecuencias suyas) se hubiera ya cumplido, o se cumpliera, si no hubieran precedido los delitos de los judíos? ¿No veis la implicación o el absurdo tan manifiesto? Los judíos se hallan hoy día, y muchos siglos ha, desterrados de su patria, dispersos entre las naciones, abatidos, despreciados y atribulados, etc. Y todo esto ¿por qué? ¿Por sus virtudes, o por sus delitos? Diréis necesariamente que por sus delitos, comprendiendo en esta palabra todo lo malo que sabemos de cierto ha habido en ellos, así antes como después del Mesías; porque fueron infieles a su Dios; porque fueron ingratisimos a su Dios; porque no observaron las leyes de su Dios. Esto mismo lo confiesan ellos francamente, y ninguno de sus doctores se ha atrevido a negarlo... ¿Y no más de por esto? Sí, todavía hay otra causa mayor, más particular y más inmediata. Porque reprobaron a su Mesías; porque lo persiguieron cruelísimamente hasta hacerlo morir en una cruz; porque no quisieron admitir, antes se negaron con una suma descortesía, al convite que aun después de esto se les hizo a ellos en primer lugar; porque resistieron obstinadamente a la predicación de los Apóstoles, y cerraron sus ojos a la luz. Esta misma razón, como si fuese la única, es la que se lee en Isaías: *Porque vine, y no había hombre; llamé, y no había quien oyese*. Ésta es la que señaló el mismo Mesías en la parábola de la viña: y después cuando *al ver la ciudad, lloró sobre ella*; y más claramente cuando les dijo a sus Apóstoles, hablando de la ruina de Jerusalén: *Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas, que están escritas... Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones...*

47. ¿Conque si no hubieran precedido estos delitos de los judíos (vuelvo a preguntar), ya Dios les hubiera cumplido, o les cumpliera sus promesas? ¿Conque si no hubieran precedido estos delitos de los judíos, ya Dios los hubiera sacado de su destierro, de su tribulación, y de su miseria extremada? ¿Conque si no hubieran precedido estos delitos, no obstante hubieran sido castigados, desterrados y atribulados? Y si no, ¿cómo podía Dios sacarlos de su destierro, de su tribulación, de su miseria? Luego aun verificada la condición que se pretende, no podía Dios cumplirles sus promesas, mejor diremos no podía haber hecho Dios tales promesas no sólo inútiles, sino implicatorias. Ved aquí en este caso cómo debían ser las promesas de Dios... Os prometo sacaros de vuestro cautiverio y destierro; os prometo volveros a vuestra patria; os prometo libraros de todas

vuestras tribulaciones, y colmaros de nuevos y mayores bienes, etc.; mas todo esto debajo de la condición indispensable de que no habéis de cometer aquellos mismos delitos, por los cuales habéis de ser desterrados, humillados y atribulados... ¡Qué implicación! Aun en el hombre más rústico, apenas se pudiera creer... La condición, pues, de las promesas de Dios, de que vamos hablando, no pudo ser la inocencia de los judíos, sino su penitencia. Esta condición señala expresamente el texto de Moisés, y ésta señala expresa o tácitamente las otras profecías: (por estas palabras) *Cuando vinieren pues sobre ti todas estas cosas... y te arrepintieres en tu corazón en medio de todas las gentes, por las cuales te habrá esparcido el Señor Dios tuyo, y te convirtieres a él... El Señor Dios tuyo te hará volver de tu cautiverio, y tendrá misericordia de ti, y congregará de nuevo de todos los pueblos, a los que te había esparcido antes... Y te tomará, e introducirá en la tierra que poseyeron tus padres, y la disfrutarás.*

48. Es indubitable, ni yo puedo pretender otra cosa, que las promesas de Dios grandes y extraordinarias hechas a los judíos, que leemos en los profetas, no se verificarán de modo alguno, si primero no se verifica la condición con que sólo se hicieron, y con que sólo se pueden hacer. Asimismo es igualmente indubitable, que se verificarán con toda plenitud, cuando se verifique la condición; pues lo contrario repugna infinitamente a la infinita veracidad y santidad de Dios... ¿Y dudáis, señor, que esta condición necesaria e indispensable se ha de verificar algún día? ¿Lo ha dudado jamás alguno? ¿No está este punto clarísimamente anunciado, no una, sino muchísimas veces en los Profetas, en San Pablo, y aun en los evangelios? ¿No convienen en este punto general todos los doctores cristianos? Sí, todo esto es verdad; mas llegando al cumplimiento de las promesas de Dios, entonces ya es otra cosa, entonces se les ve retirar al punto la mano, como que aquello es demasiado para los viles y péfidos judíos, entonces vienen bien los diversos sentidos de la Escritura, entonces deben entenderse Moisés y los profetas, *en sentido alegórico, especialmente intentado por el Espíritu Santo*, entonces... Entonces sí son buenas y justas las ideas, que sobre estas cosas nos dan los doctores, las promesas condicionadas de un Dios infinitamente santo vienen todas a reducirse a la verificación de la condición, y nada más, esto es, a que los judíos abrirán un día los ojos; se volverán de todo corazón a Dios; reconocerán a su verdadero Mesías; llorarán con amargo llanto su ceguedad y dureza pasada; y la Iglesia los recibirá en su seno, poco antes de acabarse el mundo; y esto apenas.

49. Si les decís ahora que ésta es la condición y no el condicionado; si les representáis con toda cortesía, que una vez puesta la condición que Dios les pide de su parte, se debe necesariamente seguir lo que está de la parte de Dios, esto es, el pleno cumplimiento de sus promesas; os responderán unos, con semblante lleno de indignación, que los judíos se han hecho indignos de todo bien; otros, que las promesas de Dios no hablan con ellos, sino con las gentes cristianas, que son el verdadero Israel de Dios; otros, que las promesas de Dios no pueden entenderse, *según la letra que mata*, sino en otro sentido alegórico y espiritual; otros, que realmente se cumplirán en los judíos mismos, cuando se conviertan a Cristo; porque entonces, entrando en la Iglesia, podrán también entrar en el cielo que es la verdadera tierra de promisión; otros, en fin, y gravísimos doctores os dirán, que sí, que los judíos, o los hijos de Israel en general, volverán otra vez a establecerse de nuevo en aquella misma tierra, por la que tanto suspiran; mas esto será

siguiendo al Anticristo, que ha de ser judío de la tribu de Dan, y ha de ser creído y recibido de ellos, como su verdadero Mesías. Y si acaso, no pudiendo contener vuestra justa indignación, tuviereis la imprudencia de preguntarles, ¿de dónde han sacado una especie tan extraña, tan fabulosa, tan ridícula, y por eso tan indigna de hombres tan cuerdos? Es muy probable que la respuesta no sea otra, que la que se dio en otros tiempos, en pleno concilio al príncipe Nicodemos: *¿Eres tú también Galileo?*

50. Mas digan lo que dijeren, el restablecimiento de los judíos, o de todas las tribus de Jacob, en aquella misma tierra suya, de la que fueron arrojados por sus delitos, es una cosa tan clara, tan expresa, tan repetida de la Escritura de la verdad, como lo es su conversión, y como lo es su dispersión y cautiverio actual, de que todo el mundo es testigo ocular; pues el mismo espíritu de verdad que anunció esto segundo, anuncia también lo primero, y con la misma propiedad y claridad. Casi no hay profeta, desde Moisés hasta Malaquías, que no toque de algún modo estos tres puntos capitales. Primero: el destierro, dispersión y cautiverio de Israel entre todos los pueblos y naciones, con todas las circunstancias, así generales como particulares, que nos enseña la historia y la experiencia. Segundo: su conversión verdadera, *con todo su corazón, y con toda su alma*, su penitencia y llanto. Tercero: su restablecimiento fijo y estable en aquella misma tierra de que fueron arrojados, y esto debajo de la palabra real infalible e indefectible que les da aquel mismo Dios, que es *fiel... en todas sus palabras...* de que no volverá a desterrarlos jamás: *y no los destruiré; y los plantaré, y no los arrancaré*, dice por Jeremías; *Y los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra, que les di...* dice por Amós; y hablando con la tierra y montes de Israel, le dice por Ezequiel: *y les serás por heredad, y nunca más estarás sin ellos... Ni haré más oír en ti la confusión de las gentes, ni tendrás que llevar jamás el oprobrio de los pueblos, y no perderás más tu gente...*

51. Ahora pues, el primero de estos puntos capitales lo ve todo el mundo, y lo ve puntualmente del mismo modo que está anunciado en las Escrituras. El segundo, lo confiesan unánimemente todos los doctores, aun los más alegóricos. Y el tercero, digo yo, ¿por qué no se recibe? ¿Acaso porque no consta de la Escritura, como los dos primeros? No, amigo, no; consta claramente de la Escritura; si no, bien excusados eran los esfuerzos que se hacen para desfigurar aquellos lugares de la misma Escritura que hablan de esto; bien excusado era el recurso tan frecuente a sentidos puramente alegóricos; y bien excusado era en este caso aquel último refugio que se nota, aun en autores prolijos y difusos, que es omitir no pocos, y pasarlos por alto. Si preguntáis ahora, ¿por qué no se usa esta violencia con aquellos lugares que anuncian a los judíos ira, indignación, destierro, castigos y plagas, ni tampoco con los que anuncian su futura conversión? La respuesta es fácil y breve: porque ni lo primero, ni lo segundo choca las ideas favorables; mas lo tercero las choca tanto y con tanta fuerza, que hay peligro evidente de que las quebrante y aniquile.

52. Yo no puedo copiar aquí todos los lugares de la Escritura que hablan claramente de esto tercero, ni mucho menos hacer sobre ellos las debidas reflexiones. Para esto solo sería necesario un grueso volumen, aunque no considerásemos otro profeta que Isaías. Algunos de estos lugares quedan ya notados, y otros muchos más han de ir saliendo por

precisión. Apuntaremos no obstante algunos pocos, que prueban directa e inmediatamente el fin y término del destierro presente de los judíos, y es el asunto particular de este primer aspecto. Importa mucho que quedemos sobre esto plenamente asegurados; pues de aquí depende la inteligencia de los otros.

Segundo instrumento

Párrafo II

53. *Sucedará: que en aquel día herirá el Señor desde el cauce del río (el Eúfrates) hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno; y sucedará: que en aquel día resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido de tierra de los Asirios, y los que habían sido echados en tierra de Egipto, y adorarán al Señor en el santo monte en Jerusalén.*

54. Sobre este texto de Isaías debemos hacer dos observaciones principales, que parecen de suma importancia. Así, aunque nos detengamos un minuto más, o salgamos dos o tres pasos fuera del asunto principal, deberá mirarse este defecto como del todo inexcusable.

Primera observación

55. Los límites de la tierra de promisión, que señala esta profecía, son, sin duda alguna, mucho más amplios que las que poseyeron jamás los hijos de Israel; y no obstante son precisamente los mismos que se leen expresos en la Escritura auténtica de la donación que hizo Dios a nuestro santo y venerable padre Abrahán, como consta claramente por estas palabras: *En aquel día concertó el Señor alianza con Abrahán, diciendo: A tu posteridad daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el grande río Eúfrates.* Conque no habiendo poseído jamás los hijos Abrahán toda aquella porción de tierra, que Dios les prometió, podremos esperar de la bondad y santidad del mismo Dios, que llegará tiempo en que la posean. ¿Cuándo? Cuando *herirá el Señor desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto...* Cuando *resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido...* pues como dice San Pablo, *los dones y vocación de Dios son inmutables.*

56. Diréis acaso que esto se verificó en los días de Salomón, pues de este célebre rey, dice la divina Escritura: *Tuvo también señorío sobre todos los reyes, desde el río Eúfrates hasta la tierra de los Filisteos, y hasta los términos de Egipto.* Mas esta potestad que ejercitó Salomón, ¿a qué se reducía? La misma Escritura lo dice claramente, así en el lugar citado, como en el libro tercero de los reyes, *todo el mundo...* (habla manifiestamente de las tierras circunvecinas de la Asia) *deseaba ver la cara del rey Salomón.* Todos los reyes o régulos que entonces había entre el Nilo y el Eúfrates, deseaban ver por sus ojos a Salomón, que se había hecho famosísimo por su sabiduría. Así, unos iban en persona a Jerusalén, como fue la reina de Saba desde lo más austral de la Arabia, otros le enviaban frecuentemente embajadas, proponiéndole sus enigmas, o consultándole sus dudas. Al mismo tiempo le enviaban, o le llevaban dones y regalos de

oro y plata, y otras cosas preciosas y raras que había en sus países: *Y cada uno le llevaba todos los años sus presentes, vasos de plata y de oro, vestidos y armas de guerra, y aromas también, y caballos y mulos...* Esto es lo único que se halla en la Escritura, tocante a la potestad de Salomón sobre los otros reyes que había entonces, *desde el río Eúfrates hasta la tierra de los Filisteos, y hasta los términos de Egipto*; puede ser también (aunque la historia sagrada no lo dice) que alguno de estos régulos pagase algún tributo a Salomón, no porque él los hubiese vencido y hecho tributarios, pues sabemos que Salomón fue un rey pacífico, que jamás sacó la espada contra sus vecinos; sino porque quedaron tributarios desde el tiempo de David su padre, lo cual leemos en el libro segundo de los reyes. Mas todo esto, ¿qué puede probar en el asunto? ¿Es esto lo que contiene la promesa de Dios, concebida en estos términos: *a tu posteridad daré esta tierra desde el río del Egipto hasta el grande río Eúfrates*? Si hay otra cosa que responder a esta dificultad, yo la ignoro absolutamente; ya porque no la hallo en los doctores, ya porque no me ocurre lo que puede decirse contra una evidencia. Así tengo por cierto, que la promesa de Dios hecha a Abrahán para su descendencia, no se ha cumplido hasta ahora plenamente, si no se ha cumplido hasta ahora plenamente puedo concluir sin peligro de error, que llegará tiempo en que se cumpla plenamente; pues ni el mundo se ha acabado, ni tampoco se ha acabado la descendencia de Abrahán, ni aun se ha confundido siquiera con las otras naciones.

57. Para certificarnos más de la bondad de esta conclusión, volvamos los ojos a la profecía de Isaías. En aquel día, dice, herirá el Señor, dará golpes terribles, destruirá y arruinará (que todo esto suena el verbo *herir*) desde el río Eúfrates hasta el torrente de Egipto; esto es, hasta el Nilo, o hasta el Rhinocorura, que está más al oriente. Lo cual ejecutado, prosigue, entrarán y se congregarán en este país los hijos de Israel: *uno a uno... y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno*. ¿Qué quiere decir esto? La expresión, aunque singular, parece propísima y naturalísima. Después de herido todo aquel vasto país, por la mano omnipotente de Dios; después de evacuado y desembarazado enteramente de otros pueblos y naciones, que en él habitan o habitarán entonces; no será necesario que entren en él los hijos de Israel, como entraron la primera vez, esto es, con las armas en la mano, y en orden de batalla, no habiendo en todo el país habitador alguno; pues, como también anuncia Zacarías: *volverá toda la tierra hasta el desierto... (o volverá como llanura)*, como lee Vatablo, *desde el collado Remmón hasta el Mediodía de Jerusalén*; no habiendo quien les haga resistencia ni les dispute la entrada, podrán muy bien entrar entonces *uno a uno*, es decir, sin temor ni recelo, sin oposición, como puede entrar una familia en su propia casa. Porque entonces (sigue diciendo) después de evacuado el país, y preparada la habitación, se tocará una trompeta metafórica, grande y sonora, a cuya voz vendrán y se congregaran aun los que se pensaban perdidos en la tierra de los Asirios, que no pueden ser otros, que las reliquias de las diez tribus, que llevó cautivas Salmanasar, las cuales, ni volvieron en tiempo de Ciro, ni se sabe precisamente donde están; sólo se sabe en general, que toda el Asia, no menos que la Europa, está llena de judíos, conocidos solamente por este nombre general: *y sucederá: que en aquel día resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido de tierra de los Asirios, y los que habían sido echados en Tierra de Egipto, y adorarán al Señor en el santo monte en Jerusalén*. Ved ahora si tenemos razón los míseros hijos de Abrahán para creer y esperar, que algún día cumplirá Dios plenamente

aquella promesa que hizo a su mayor y más fiel amigo, por estas precisas palabras: *A tu posteridad daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el grande río Eúfrates.*

58. Naturalmente desearéis saber, ¿por qué no les cumplió Dios plenamente esta promesa, cuando los sacó de Egipto? A lo cual os respondo en breve, remitiéndoos a la relación de su viaje por el desierto, que hallaréis en los libros de Moisés, y también en los dos libros de Josué y de los Jueces; lo primero: sus pecados en el desierto fueron tan frecuentes, tan graves y tan inexcusables, que el Señor dio muestras un día de quererlos exterminar del todo, y para no hacerlo, como ellos ciertamente lo merecían, movió el corazón de su fiel siervo, para que intercediese por ellos, y lo aplacase con aquella sencilla y animosa disyuntiva: *o perdónales esta culpa, o si no lo haces, bórrame de tu libro...* A lo cual el gran Dios, lejos de indignarse, le respondió con una blandura admirable, digna de un verdadero amigo: *Al que pecare contra mí, le borraré de mi libro. Mas tú anda, y lleva ese pueblo a donde te he dicho.* Y aunque por entonces quedó aplacado, como no por eso cesaron los pecados del ingratisimo pueblo, antes fueron cada día más y mayores, les juró un día, en medio de su indignación, que no entrarían en su descanso, o no les daría todo lo que pensaba darles. Este juramento de Dios les trae a la memoria San Pablo, y con él les prueba que aunque Josué los introdujo en la Palestina, no se les cumplieron por entonces las promesas de Dios con toda plenitud: *Porque si Jesús les hubiera dado el reposo, jamás en adelante hubieran hablado, de otro día. Por lo cual queda el sabbatismo para el pueblo de Dios.*

59. La segunda razón más inmediata de no habérseles cumplido entonces plenamente, así éstas como las otras promesas de Dios, fue, porque ellos no quisieron exterminar todas aquellas gentes que Dios expresamente les mandaba, antes se acomodaron con ellas, y aun se unieron recíprocamente por medio de matrimonios ilícitos, que les prohibía su ley. Por lo cual, pasados algunos años, estando congregados en cierto lugar, que después se llamó *el lugar de los que lloran*, les envió el Señor un ángel, que les dio sobre esto como la última sentencia definitiva, por estas palabras... *Yo os saqué de Egipto e introduje en la tierra, por la que juré a vuestros padres... Mas con la condición de que no harías alianza con los habitadores de esta Tierra, sino que derribarías sus altares, y no habéis querido oír mi voz; ¿por qué habéis hecho esto? Por lo mismo no he querido exterminarlos de vuestra presencia, para que los tengáis por enemigos, y sus dioses sean para vuestra ruina.* Mas sea lo que fuere de este primer punto, vengamos al segundo que es el principal.

Segunda observación

60. ¿Qué día o tiempo es éste de que habla esta profecía? Yo observo en primer lugar, que en todo este capítulo XXVII de Isaías se anuncian claramente cuatro misterios, o cuatro grandes sucesos, que parecen todavía muy futuros. De todos cuatro se dice que sucederán *en aquel día*, sin decirnos determinadamente el día en que deben suceder. Sólo parece cierto, que todos cuatro deben suceder en un mismo día (no se habla aquí de un día natural de doce o veinte y cuatro horas), ya por estar todos cuatro juntos y seguidos en un mismo capítulo, que empieza con estas palabras, *en aquel día*; ya también porque a cada uno en particular se le anteponen las mismas palabras *en aquel día*, lo cual parece

una señal sensible y clara, de que el mismo día sirve para todos. Esto supuesto, discurremos así.

61. Cuatro sucesos o misterios que hasta ahora no se han verificado, están claramente anunciados para un mismo día, sin saberse de cierto para qué día. En medio de esta incertidumbre, tenemos la fortuna de hallar *en la Escritura de la verdad*, el día preciso en que debe suceder el uno de ellos, esto es, el primero; ¿no bastará esta noticia para concluir al punto, que los otros tres sucederán el mismo día? Ved pues ahora este descubrimiento: el primer misterio con que empieza la profecía es este: *En aquel día visitará el Señor con su espada dura, y grande, y fuerte, sobre Leviatán serpiente rolliza, y sobre Leviatán serpiente tortuosa, y matará la ballena que está en el mar*. El texto considerado en sí mismo, parece ciertamente oscurísimo; ni se sabe de qué misterio habla, ni de qué tiempo; mas si tomamos en la mano aquella clarísima antorcha, que en otra parte dejamos encendida, al punto se aclara todo, al punto se conoce y se ve con los ojos, así el misterio como el tiempo en que debe suceder; traed a la memoria lo que queda dicho en nuestra primera disertación sobre los Milenarios, artículo tercero, párrafo cuarto. Allí se dijo que el libro divino y admirable del Apocalipsis, es una verdadera luz que alumbrá y guía en los pasos más oscuros y difíciles de los Profetas, y como una llave maestra que abre las puertas más cerradas. Allí se dijo, y también se probó con toda la evidencia que cabe en el asunto, que la prisión del dragón o serpiente, *que se llama diablo y Satanás*, con todas las circunstancias que dice San Juan en el capítulo XX, no es un suceso muy pasado, sino todavía futuro, reservado visiblemente para después de la muerte de la bestia, o ruina total del Anticristo. Y como esta bestia o este Anticristo, como también queda probado y aun demostrado en el fenómeno cuarto, ha de ser muerto y destruido enteramente en el día grande del Señor, cuando venga en gloria y majestad, en este mismo día deberá suceder la prisión del dragón, o lo que es lo mismo de la serpiente tortuosa, *con la espada del Señor, dura, y grande, y fuerte*.

62. Comparad ahora los dos textos de Isaías y de San Juan, veréis en ambos el mismo misterio, anunciado con diversas palabras, y que San Juan, según sus continuas alusiones a todas las Escrituras, alude aquí manifiestamente a este lugar de Isaías. Isaías dice que en aquel día, sin decir en cual día, visitará el Señor a la serpiente con su espada dura, grande, y fuerte. San Juan, nombrando claramente el día de la venida del Señor, y representándolo con una espada de dos filos en su boca, dice que la misma serpiente, *que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo*, será entonces visitada, encadenada y encerrada en el abismo, hasta cierto tiempo, para que no engañe más a las gentes: *hasta que sean cumplidos los mil años*. Decidme ahora con sinceridad: ¿veis aquí dos misterios diversos? ¿No es claro y palpable el mismo misterio de ambas profecías? ¿Qué visita puede haber más sensible para el diablo, ni qué espada más dura, ni más grande, ni más fuerte puede experimentar este espíritu soberbio, inquieto y malignísimo, que verse encadenado con cadenas bien proporcionadas a su naturaleza, verse encarcelado en el abismo, cerrada y sellada la puerta de su cárcel, sin noticia alguna de todo lo que pasa en el mundo, y privado enteramente del ejercicio de su más violenta pasión, que es hacer a los hombres todo el mal posible?

63. Isaías dice, que en aquel día no sólo visitará el Señor a la serpiente *con su espada dura, y grande, y fuerte*; sino que matará también el ceto o el pez grande que está en el mar. ¿Qué ceto es este que está en el mar? Leed el capítulo XIII del Apocalipsis, y lo veréis claro con noticias más individuales. Dice San Juan, que su bestia de siete cabezas y diez cuernos, a quienes hemos considerado en el fenómeno tercero como un cuerpo moral, compuesto de muchos individuos unidos entre sí *contra el Señor, y contra su Cristo*, esta bestia dice, estaba en el mar y salía del mar; por consiguiente era de especie cetácea por su grandeza. Lo mismo dice Daniel de sus cuatro bestias, de que se compone visiblemente la bestia del Apocalipsis: *Y cuatro grandes bestias subían de la mar*. Dice San Juan, que esta bestia terrible que salía del mar, *irá en muerte*, pues será muerta y destruida enteramente con la espada del Rey de los reyes, en el día solemnísimo de su venida del cielo a la tierra. Ved ahora y juzgad, si todo esto corresponde perfectamente, y aun abre la inteligencia de aquella expresión oscurísima de Isaías: *y matará la ballena que está en el mar*.

64. Conociendo, pues, el día en que ha de suceder el primer misterio, podemos ya decir, que conocemos el día, o tiempo en que deben suceder los otros tres. En efecto, su misma grandeza y novedad, parece que nos llama a otro tiempo todavía futuro infinitamente diverso del presente. Ved aquí por su orden los cuatro misterios que contiene este capítulo XXVII de Isaías. El primero es el que acabamos de observar, esto es, la visita de la serpiente, *con su espada dura, y grande, y fuerte...* y al mismo tiempo la muerte, la destrucción, la ruina total del ceto, que está en el mar, o de la muchedumbre de peces grandes y monstruosos, unidos contra el Cristo del Señor, o de la bestia de siete cabezas y diez cuernos; o del Anticristo, o del hombre de pecado, etc. Todo me parece una misma cosa, explicada con diversas palabras: *En aquel día visitará el Señor con su espada dura, y grande, y fuerte, sobre Leviatán... y matará la ballena que está en el mar*.

65. El segundo misterio es éste: *En aquel día la viña del vino puro le cantará a él*. En estas cuatro palabras se divisa bien un misterio, del todo nuevo, inaudito hasta el día de hoy, y sólo digno de aquel tiempo feliz. En aquel día, la viña del vino puro cantará las alabanzas del Señor. ¿Qué viña es ésta, de vino puro, de vino generoso, de vino óptimo? Nadie ignora, que en todos tiempos ha tenido Dios en esta nuestra tierra una viña, o una iglesia que le ha dado el debido culto; que lo ha reconocido, lo ha adorado, lo ha alabado; que siempre ha producido algunos frutos de justicia, dignos de Dios; o pocos o muchos, buenos o mejores, según los tiempos y el cultivo. La tuvo desde Adán por Set hasta Noé. La tuvo desde Noé por Sem hasta Abrahán; estos dos tiempos son sin duda los más infecundos. La tuvo desde Abrahán por Isaac y Jacob hasta Moisés; por cuyo ministerio se trasladó la viña, y se le dio un nuevo cultivo, que hasta entonces no se le había dado, esto es, la ley y las ceremonias fijas y estables del culto externo: *Trasladaste de Egipto una viña, echaste fuera las naciones, y la plantaste*. Con este cultivo es cierto que la viña dio más y mejores frutos, que en todos los tiempos anteriores, y los prosiguió dando sin interrupción hasta el Mesías; aunque nunca tantos, ni tan buenos, como se debía esperar. La tiene en fin, infinitamente mejorada después del Mesías, en consecuencia de sus sudores, de su sangre, de sus méritos, de su doctrina y de la efusión de su divino Espíritu. Y también (que esto no puede disimularse) en consecuencia de haber licenciado y arrojado fuera de la viña a sus antiguos colonos, y puesto en su lugar otros nuevos;

conforme a la sentencia que ellos mismos se dieron, cuando el Señor les propuso la parábola de la viña. *Éstos dijeron: A los malos destruirá malamente, y arrendará su viña a otros labradores*; la cual sentencia confirmó el Señor luego al punto diciéndoles con toda claridad, que bien presto sucedería así: *Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él.*

66. No es posible negar, sin negar la misma evidencia, que esta viña, que después del Mesías tiene Dios en el mundo, ha dado en todos tiempos frutos admirables, excelentes, óptimos y en una grande y prodigiosa cantidad, mas tampoco es posible negar sin negar la misma evidencia, que en todos tiempos se ha visto en esta misma viña de Dios, una mayor y más prodigiosa multitud de plantas, no digo solamente estériles, infecundas, sin fruto alguno razonable; no digo solamente cargadas de agrazones silvestres, ásperos y duros, que jamás llegan a madurar; sino lo que parece más extraño, cargados en lugar de uvas, de otros frutos incógnitos, mal sanos, llenos de peligro y aun de veneno, ajenos, contrarios y contradictorios a los frutos propios del Espíritu. De modo, que con la misma, o con mayor razón se puede quejar ahora el Señor, como se quejaba en otros tiempos muy anteriores al Mesías: *¿Qué es lo que debí hacer más de esto a mi viña, y no lo hice? ¿es porque esperé que llevase uvas, y las llevó silvestres... y esperé que hiciese juicio, y he aquí iniquidad?*

67. Dirase no obstante, que la viña de vino puro, generoso y óptimo, de que aquí habla este profeta, no puede ser otra que la Iglesia presente, renovada, y aun plantada de nuevo por el Mesías mismo; regada con su sangre, fecundada con su Espíritu; cuyas leyes son excelentes, como que no paran en la superficie, sino que pasan directamente a lo más interior del corazón; cuya creencia es altísima; cuya doctrina es ciertamente divina; cuya moral purísima; cuyo culto *no* consiste solamente *en templos hechos de mano... sino en espíritu y verdad*; cuyas ceremonias son graves, majestuosas, significativas; cuyo sacrificio perfectamente santo, como que en él está real y verdaderamente la fuente misma de toda santidad; en suma, cuyos medios de santificación, al paso que abundantes, son eficacísimos, etc. Todas estas cosas, y otras muchas más que pudieran añadirse, son ciertamente grandes y magníficas; y por eso dignas todas de nuestro más profundo respeto y agradecimiento. Mas debiéramos reflexionar antes de cantar la victoria, que todas estas cosas y otras semejantes, no pertenecen de modo alguno al fruto de la viña, sino solamente a su cultivo. Nos dicen y predicán todo lo que Dios ha hecho con la viña; no la bondad de la viña para con Dios. Nos dicen y predicán todo lo que Dios ha hecho para con la viña, que no podía ser más, y no nos dicen una sola palabra de lo que la viña ha hecho, y ha de hacer para con Dios. ¿Quién puede ignorar, que la bondad de una viña consiste no en que tenga el mejor cultivo posible, ni tampoco en que tenga plantas a millares; sino en que el fruto corresponda, así en abundancia como en bondad a la muchedumbre de sus plantas, y la excelencia de su cultivo? Éste parece sin duda el mayor de los males, que una viña cultivada con tanto cuidado, con tantas industrias, con tantos gastos, no haya correspondido siempre, ni corresponda, a proporción a las esperanzas. Exceptuando algunas plantas, que siglos ha han sido pocas, respecto de la otra muchedumbre, es innegable, sin negar la misma evidencia, que todas las otras no han dado fruto alguno, sino cuando más, hojas inútiles; o lo han dado escasísimo y de ínfima

calidad; o han dado solamente agrazones silvestres, que deben contarse más entre los frutos de la carne que del espíritu.

68. Siendo esto así, como lo es en realidad, ¿os parece que tendrá gran razón esta viña presente para gloriarse de la excelencia y de la muchedumbre de sus frutos? ¿Os parece que tendrán gran razón sus propios labradores, que no dejan de conocerla, *por dentro y fuera*, para ensalzarla y beatificarla a todas horas, para ponderar su gran fecundidad, y para darle el título ilustre supremo de *la viña del vino puro*? ¿No les podremos repetir a estos labradores aquellas palabras que a este mismo propósito les decía el Apóstol: *No es buena vuestra jactancia*? Los frutos de esta viña comparados con los que daba antes del Mesías, no hay duda que se hallan muy superiores en número y en bondad; mas si se atiende al cultivo que ha tenido constantemente después del Mesías, como se debe atender; si se examinan fielmente las partidas de gastos y recibo, como se deben examinar; entonces parecerá necesario mudar de tono, confesando, *con espíritu humillado, que no es buena vuestra jactancia*; por consiguiente, que el título glorioso e ilustre, de *la viña del vino puro*, no puede todavía competir a esta viña en el estado y providencia presente. ¿Cómo ha de ser viña de vino puro, ni merecer este nombre con alguna propiedad, si no da este vino puro de que se habla? ¿Cómo ha de dar este vino puro, generoso y óptimo, si las uvas óptimas son rarísimas, las buenas no muchas, las ácidas e insípidas, en abundancia, y las pésimas innumerables? Luego no puede ser esta viña de la que habla la profecía.

69. Se podrá acaso responder, que el vino de esta viña presente será puro y óptimo, si sólo se consideran las uvas buenas y se exprimen éstas separadamente de la otra infinita muchedumbre; mas este expediente bueno en sí, se encuentra luego al punto con un embarazo terrible, o con una consecuencia intolerable. ¿Cuál es ésta? Que con la misma razón, con el mismo expediente, y con el mismo sentido, podremos dar el título ilustre de *viña del vino puro* a la viña que tuvo Dios en todos los tiempos anteriores al Mesías. ¿Y por qué no? Puede alguno dudar de la bondad, de la inocencia, de la simplicidad, de la devoción y piedad, de la rectitud y justicia de nuestros Patriarcas, de nuestros Profetas, y de nuestros justos? Exprímense, pues, estas uvas solas, o estos frutos de la antigua viña, los cuales fueron más y mejores de lo que se piensa comúnmente, y se hallará con admiración un vino puro, excelente, óptimo, y digno de la aprobación del mismo Dios. ¿Y bastará esto para llamar *viña del vino puro* a aquella antigua viña de Dios? Luego tampoco puede bastar para darle este glorioso título a la viña presente, ni para creer que se hable de ella, cuando se dice: *en aquel día la viña del vino puro le contará a él*.

70. ¿Pues de qué viña se habla, y de qué tiempo? Si se repara con la debida atención y formalidad en todo el contexto, tomando el hilo, a lo menos desde el capítulo XXIV, se conocerá sin otra diligencia, que se habla de otros tiempos, que todavía no hemos visto; que se habla de otra viña; mejor diremos, que se habla de la misma viña antigua y presente; pero en otro estado, y aun con otro cultivo infinitamente diverso; tanto como lo es en el estado y cultivo actual, respecto del estado y cultivo que tuvo en los tiempos anteriores al Mesías, y tal vez mucho más: *porque la mano del Señor no se ha encogido*; se conocerá, digo que se habla de aquel tiempo y de aquella viña, de quien se dice más adelante en el mismo Profeta: *porque fuiste desamparada, y aborrecida, y no había quien*

por ti pasase, te pondré por lozanía (o para alegría) de los siglos. De aquélla de quien se dice: *No se oirá más hablar de iniquidad en tu tierra.* De aquélla en suma de quien se dice: *Tu pueblo todos justos;* todo lo cual y mucho más que esto, se puede ver en el capítulo LX de Isaías. Y aunque dicen que todo esto habla de la viña presente, y que todo se ha verificado y se verifica en ella, *parte alegórica, parte anagógicamente, esto es, parte en la tierra, y parte en el cielo;* mas la verdad es, que todas éstas son voces al aire, que nada significan, ni pueden contentar de modo alguno a quien desea sinceramente la verdad. Por consiguiente podemos, y aun debemos decir con la mayor sinceridad posible, que nada de esto se ha visto jamás *en nuestra tierra;* y sino se ha visto jamás, luego deberá verse alguna vez; pues está anunciado tan claramente en la Escritura de la verdad. ¿Cuándo será esto? Será sin duda cuando el Señor nos conceda finalmente lo que tantas veces le pedimos, enseñados y animados de su propio Hijo, esto es, que venga a nosotros su reino, y que su santa voluntad se haga en nuestra tierra, así como se hace en el cielo.

71. Por si acaso quisierais dar un vuelo hasta lo más alto del cielo, para buscar allí esta viña de vino puro, que por acá no se ha visto jamás, os advierto dos cosas importantes. Primera: que reparéis bien en todas las palabras que siguen inmediatamente al texto de Isaías: *En aquel día la viña del vino puro le cantará a él. Yo el Señor, que la guardo, de repente le daré a beber* (como leen Pagnini y Vatablo de un modo más claro, *al momento, o en cada instante la haré regar*); *de noche y de día la guardo, para que no reciba daño.* ¿Os parece que allá en el cielo podrá haber algún temor de enemigos, os parece que allá en el cielo deberá estar el Señor en gran vigilancia guardando su viña día y noche, *para que no reciba daño?* La segunda cosa que os advierto es: que todo cuanto hay ahora en el cielo, o cuanto puede haber de aquí en adelante, desde Cristo mismo, hasta el último bienaventurado, no es ni se llama, ni puede llamarse, sin una suma impropiedad, viña de Dios, sino el fruto de la viña de Dios. La viña de Dios está acá bajo en nuestra tierra, y siempre necesita y necesitará vigilancia, solicitud, cultivo y trabajo para que dé mucho fruto y bueno. Este fruto que da no se queda en la tierra, sino que se va llevando al cielo, en donde se congrega y deja depositado en eterna seguridad; mas la viña se queda en nuestra tierra, sin moverse de ella. Así el sentido anagógico, hablando de la viña de Dios, no viene al caso, como tampoco viene al caso en tantos otros lugares de la Escritura, para cuya inteligencia se recurre frecuentemente a este sentido celestial.

72. Si se quiere mirar sin preocupación, se hallarán a cada paso en los Profetas y en los Salmos cosas admirables, nuevas, e inauditas, que tiene Dios reservadas en sus tesoros. Especialmente son dignos de particular atención todos aquellos lugares donde se habla de cántico nuevo, que son muchos y bien notables, los cuales por todo su contexto pertenecen visiblemente a otros tiempos todavía futuros. En el capítulo XIV del Apocalipsis, se ve comenzar este cántico nuevo, y es fácil ver la alusión clara a dichos lugares de los Profetas y los Salmos. Pero de esto trataremos en otra parte cuando sea su tiempo.

73. Tenemos, pues, en la profecía de Isaías, de que vamos hablando, conocidos los dos primeros misterios, y el tiempo en que deben verificarse, como efectos propios de la segunda venida del Mesías, no de la primera. Estos misterios son; primero: la prisión del diablo, o la visita que se le ha de hacer, *con la espada del Señor dura, y grande, y fuerte,*

y juntamente la muerte del ceto que está en el mar, y que saldrá a su tiempo de este mar metafórico. Segundo: el cántico de la viña de vino puro. Nos quedan los otros dos que hablan expresa y nominadamente de los judíos, anunciándoles el fin del destierro presente, y el término de sus trabajos; y de éstos decimos lo mismo que de los primeros, esto es, que son misterios no pasados, sino futuros, que se han de verificar en aquel mismo día moral, de que empieza a hablar, y prosigue hablando la profecía. *Y sucederá: Que en aquel día (dice el uno) herirá el Señor desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno. Y sucederá: Que en aquel día (dice el otro) resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido de tierra de los Asirios, y los que habían sido echados en Tierra de Egipto, y adorarán al Señor en el santo monte en Jerusalén.* Con lo cual concuerda Jeremías (diciendo): *Porque vendrá el día, en que gritarán los guardas en el monte de Efraín; levantaos, y subamos a Sión al Señor Dios nuestro.*

74. La explicación de estos dos últimos misterios, que se halla en los intérpretes de la Escritura, me parece a mí, que es la mayor confirmación de todo lo que acabamos de observar. Todos pretenden acomodarlos del modo posible a la vuelta de Babilonia; mas como esta empresa es no sólo ardua y difícil, sino imposible, pues el texto mismo, y contexto, y toda la historia sagrada la repugna y la contradice, se ven luego precisados a recurrir a la alegoría, diciendo que aunque todo esto se verificó de algún modo *en sentido literal* en la vuelta de Babilonia, mas su plena verificación, *en el sentido especialmente intentado por el Espíritu Santo*, sucedió después de la muerte del Mesías, y venida del Espíritu Santo. Ved aquí con qué facilidad.

Primer misterio

Y sucederá: Que en aquel día herirá el Señor desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno.

Explicación

El Señor en aquel día herirá o afligirá todo el país, comprendido entre el Eúfrates, y el Egipto. Así lo hizo el Señor, ya por medio de Nabucodonosor, ya por medio de los romanos, que sujetaron todo aquel vasto país a su dominación, ya también y más propiamente después de la muerte de Cristo, por medio de Vespasiano, de Tito y de Adriano. Y vosotros, hijos de Israel, os congregaréis uno a uno (*o uno por uno* como leen Pagnini y Vatablo). ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué quiere decir? (prosigue la explicación): que después de la muerte de Cristo, ya antes, ya también después de Vespasiano, y Tito, entrarán los judíos a la Iglesia *uno a uno, esto es, poquísimos.*

Segundo misterio

75. *Y sucederá: Que en aquel día resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido de Tierra de los Asirios, y los que habían sido echados en Tierra de Egipto, y adorarán al Señor en el santo monte en Jerusalén.*

Explicación

En aquel día que comenzó la pascua de Pentecostés, cuando vino el Espíritu Santo sobre los discípulos, se tocará una trompeta grande, que será la predicación del Evangelio, a cuya voz vendrán a la iglesia de Cristo no solamente muchísimos gentiles, sino también muchos judíos, aun de aquellos que estaban como perdidos en la tierra de los Asirios, desde Salmanasar, y en Egipto desde Nabuco; porque es muy verosímil, que muchos individuos de todas las doce tribus creyesen a los Apóstoles, y se hiciesen cristianos. Ahora, para que no parezca que dejan del todo el sentido literal, añaden aquí una palabra, con la que todo queda remediado; es a saber, que el profeta de Dios por estas expresiones alude ciertamente a la salida de Babilonia, y la considera solamente como una figura, o sombra de la liberación por Cristo de la cautividad del demonio, etc. Entre otras muchas cosas que se ofrecerían a vuestra reflexión en este modo tan confuso, y tan apresurado de explicar esta profecía, reparad esto solamente: que en este último versículo, son muchos los judíos de todas las tribus, que vienen al sonido de la trompeta y adoran al Señor *en el santo monte en Jerusalén, esto es, en la Iglesia de Cristo*; y en el versículo antecedente, *uno a uno, esto es, poquísimos*.

Tercer instrumento

Párrafo III

76. El instrumento que se sigue es una confirmación y al mismo tiempo una explicación del antecedente. En él se anuncia claramente la vocación futura de todo Israel, y su verdadera conversión con que se ha de hacer honorable y glorioso en los ojos de Dios, y digno de su dilección. En consecuencia de lo cual, le promete el Señor para este tiempo dos cosas muy parecidas a las dos últimas que acabamos de observar, o por decir mejor las mismas con palabras más expresivas. *Y ahora esto dice el Señor tu Criador, oh Jacob, y tu formador, oh Israel: No temas, porque te redimí, y te llamé por tu nombre; mío eres tú. Cuando pasares por las aguas, contigo estaré, y no te cubrirán los ríos; cuando anduvieres por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti; porque yo el Señor tu Dios, el santo de Israel tu Salvador, di por rescate tuyo a Egipto, a Etiopia, y a Saba por ti. Desde que te hiciste digno de honra en mis ojos, y glorioso; yo te amé, y yo daré hombres por ti, y pueblos por tu alma. No temas, porque yo estoy contigo; del oriente traeré tus hijos, y del occidente te congregaré. Diré al Aquilón: Da; y al Ábrego: No lo estorbes, trae mis hijos de lejos, y mis hijas de los extremos de la tierra.*

77. Para comprender bien así el misterio, como el tiempo de que aquí se habla, sin que nos quede sobre ello ni aun sospecha de duda, nos puede ser de gran provecho la lección atenta de todo el capítulo antecedente. En él se habla claramente de la primera venida del Mesías, de su carácter, de su ministerio, de sus virtudes, singularmente de su paciencia y mansedumbre, y de todos los efectos admirables que debían producir en el mundo su predicación, su doctrina, sus ejemplos, su espíritu, etc.; y todo ello en las gentes, no en Israel por su incredulidad. Aun aquella voz del cielo que se oyó después en el Jordán, y en el Tabor: *Éste es mi Hijo el amado, en quien me he complacido*, se lee anunciada en este capítulo XLII, que empieza con ella misma: *He aquí mi siervo, le ampararé; mi*

escogido, mi alma tuvo su complacencia en él; sobre él puse mi espíritu, él promulgará justicia a las naciones. Después de lo cual desde el versículo 20 se prosigue hablando de la ceguedad de Israel, que lo había de desconocer y reprobado, de la indignación de Dios para con este pueblo ingrato, de su castigo, de su tribulación, de su dispersión entre las gentes, y también de su dureza y obstinación en medio de tantos trabajos, concluyéndose todo con estas palabras: *Y derramó sobre él la indignación de su furor, y guerra fuerte, y que mole en rededor, y no lo conoció; y le incendió, y no lo entendió.* Y es así, que hasta ahora no han querido ni quieren reconocer la verdadera causa de sus trabajos.

78. Hecha esta importante observación, y quitado con ella todo recurso, así a la vuelta de Babilonia, como a la alegoría, es ya fácil entender todo el texto citado, con que sigue inmediatamente el capítulo XLIII, esto es, que se habla de Israel, considerado en el estado presente de castigo, de tribulación, de ceguedad, en que quedó después del Mesías. Por consiguiente, que las cosas que aquí se le anuncian, no son cosas pasadas, de ningún modo, y en ningún sentido, sino evidentemente futuras, que se verificarán a su tiempo con toda plenitud. Esto supuesto, consideremos ahora brevemente estas cosas que se anuncian y prometen al residuo de Israel. *Y ahora dice el Señor tu criador, oh Jacob, y tu formador, oh Israel: No temas, porque te redimí, y te llamé por tu nombre; mío eres tú, etc.* Veis aquí en primer lugar la vocación de Dios, primer paso absolutamente necesario para la conversión de un pecador, que Dios lo llame como por su nombre; que le calme sus temores; que aliente su confianza, para que oiga y obedezca a la voz de su Dios, para que se ponga en sus manos, y consienta voluntariamente en la nueva creación o renovación *según el hombre interior...* (a quien le dice): *Desde que te hiciste digno de honra en mis ojos, y glorioso, yo te amé.*

79. ¿De qué otro modo puede un pecador hacerse honorable y glorioso en los ojos de Dios que por medio de una verdadera penitencia, y de una sincera conversión? Veis aquí, pues, anunciada claramente la conversión de Israel, que tantas veces, y de tantos modos se anuncia en todas las Escrituras. Si no queréis reconocer aquí la conversión futura de Israel, deberéis mostrar otro tiempo, desde Isaías hasta el día presente, en que Israel, generalmente hablando, haya comparecido honorable y glorioso en los ojos de Dios, y por eso digno de su dilección. Lo contrario hallaréis en toda la Escritura, y el mismo Mesías lo confirmó, cuando les dijo: *¿cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste?* Lo confirmó el Espíritu Santo, cuando les dijo por boca de San Esteban: *vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros.* Lo confirmó San Pablo, cuando les dijo, citando el capítulo LXV de Isaías: *Y a Israel dice: Todo el día abrí mis manos a un pueblo incrédulo y rebelde.* Mas de aquí mismo se sigue, que ha de haber todavía otro tiempo, en que Dios mismo pueda decir, hablando con Israel: *Desde que te hiciste digno de honra en mis ojos, y glorioso, yo te amé.* Leed el salmo LXXI, y hallaréis en él todo este honor y gloria de Israel, después de su vocación y conversión, que allí mismo se anuncia: *librará al pobre del poderoso; y al pobre, que no tenía ayudador. Se lastimará del pobre, y del desvalido, y hará salvas las almas de los pobres. Rescatará sus almas de la usura, y de la iniquidad, y será honrado en su presencia el nombre de ellos.* Lo mismo se lee, y con términos mucho más expresivos, en todo el capítulo V de Baruc. Verificada, pues, la conversión de Israel, como que esto solo espera Dios para cumplirle sus

promesas, prosigue inmediatamente diciéndole: *Yo daré hombres por ti, y pueblos por tu alma. ¿Qué quiere decir esto? Volved los ojos a lo que queda dicho sobre aquel otro texto del capítulo XXVII (que en aquel día herirá el Señor desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno), y veréis, a mi parecer, el mismo misterio; y para certificarnos más, atended a lo que se sigue: Del Oriente traeré tus hijos, y del Occidente te congregaré. Diré al Aquilón: Da; y al Ábrego: No lo estorbes, trae mis hijos de lejos, y mis hijas de los extremos de la tierra. Para dar lugar a tantos hijos e hijas que trae con su brazo omnipotente de todos los cuatro vientos, bien será menester desembarazar primero la posada, dando por ellos aquellos hombres y pueblos que la ocupaban. Así se les anuncia a éstos en el salmo IX: seréis exterminadas, oh naciones, de la tierra de él...; o como leen los 70, y la versión arábiga: serán exterminados los pueblos de la tierra de él. De todo esto se hallará muchísimo en Isaías, si se lee sin preocupación, especialmente desde el capítulo XL hasta el fin.*

Otros instrumentos

Párrafo IV

80. *Y yo congregaré las reliquias de mi rebaño de todas las tierras, a donde los hubiere echado; y los haré volver a sus campos; y crecerán, y se multiplicarán. Y levantaré sobre ellos pastores, y los apacentarán; de allí adelante no tendrán miedo, ni se asombrarán; y de su número no será buscado ninguno, dice el Señor.*

81. Bastan estas últimas palabras para comprender al punto, que ni se habla aquí de la vuelta de Babilonia, ni tampoco puede tener lugar la alegoría de la Iglesia presente. Con esta advertencia, proseguí leyendo el texto de Jeremías. *Mirad que vienen los días, dice el Señor; y levantaré para David un pimpollo justo; y reinará rey, que será sabio; y hará el juicio y la justicia en la tierra. En aquellos días se salvará Judá, e Israel habitará confiadamente; y éste es el nombre que le llamarán, el Señor nuestro justo. Por esto he aquí que vienen días, dice el Señor, y no dirán ya más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto. Sino: Vive el Señor, que sacó, y trajo el linaje de la casa de Israel de tierra del Norte, y de todas las tierras, a las cuales los había yo echado allá; y habitarán en su tierra.*

Ésta es palabra, que vino del Señor a Jeremías, diciendo: ...Escribe tú en un libro todas las palabras, que te he hablado. Porque he aquí que vienen los días, dice el Señor; y haré que vuelvan los que hayan de volver de mi pueblo de Israel y de Judá, dice el Señor; y les haré volver a la tierra, que di a sus padres; y la poseerán.

82. Todo este capítulo y el siguiente, en que se continúa el mismo asunto, son sin duda dignos de la más atenta consideración. Como son tan difusos, y yo voy ya de prisa en lo que pertenece a este primer aspecto, me contento por ahora con hacer sobre ellos dos o tres advertencias importantes. Primera: que aquí se habla expresamente, no sólo con Judá sino también con Israel, y a ambos se enderezan las palabras del Señor, *haré que vuelvan los que hayan de volver de mi pueblo de Israel y de Judá...* y luego al versículo 4: *Y éstas son las palabras, que habló el Señor a Israel y a Judá.* Con esta primera advertencia

parece que queda cerrada la puerta al recurso ordinario de la vuelta de Babilonia; pues sabemos de cierto, que de Babilonia volvió Judá, o una parte de él bien pequeña; mas no volvió Israel, el cual no había ido a Babilonia, ni a la Caldea, sino a Nínive y a la Asiria. Segunda advertencia: que aquí se habla ya del día del Señor, grande y terrible, que no tiene semejante; se habla de la confusión y espanto de los impíos; se habla del pavor y terror de todas las naciones, lo cual no viene al caso en la vuelta de Babilonia. *Preguntad*, dice el Señor, *y ved si pare el varón; ¿pues por qué he visto la mano de todo varón sobre su lomo, como de la que está de parto y se han vuelto todas las caras en amarillez? ¡Ay, que es grande aquel día! ni hay semejante a él; y tiempo es de tribulación para Jacob, y de él será librado.* Tercera advertencia: *en aquel día*, prosigue el Señor inmediatamente versículo 8: *haré pedazos el yugo, y las cadenas de Jacob, y no permitiré que en adelante sean dominados por otros señores; servirán solamente a su Dios, y a su rey David, (que no puede ser otro que el Mesías hijo de David.)*

83. Todo esto y todo cuanto sigue en esta larga profecía, estuvo tan lejos de verificarse en la vuelta de Babilonia, que los doctores más ingeniosos, aun tirando a esto con el mayor empeño, como que tanto importaba a su sistema, si esto fuera posible, se hallan atajados casi a cada paso, y para poder salir de algún modo del gran embarazo, les es inevitable recurrir con frecuencia a la pura alegoría; y del mismo modo les es inevitable decirnos aquí, que esta alegoría a la Iglesia presente, es el sentido *especialmente intentado por el Espíritu Santo*. Si esta pura alegoría es el sentido verdadero, intentado especialmente por el Espíritu Santo, del día del Señor, grande y terrible que no tiene semejante, ¿a qué propósito nos habla tanto el mismo Espíritu Santo del espanto y terror de todas las gentes? ¿A qué propósito nos habla tanto de la conversión y penitencia de Israel y de Judá, y de la curación y remedio de sus llagas, siendo esto un suceso que los doctores lo reservan para después del Anticristo? ¿A qué propósito, en fin, se concluye todo el capítulo XXX con estas palabras, enderezadas nominadamente a Israel y a Judá; *en lo último de los días entenderéis?* Este *en lo último de los días* quieren que signifique el fin del mundo; mas según las Escrituras, no puede significar sino el fin del siglo, como hemos dicho, y diremos más en adelante. ¡Oh amigo!, leed toda esta profecía, contenida en estos dos capítulos, y después de haberla considerado, preguntaos a vos mismo: ¿cuándo se han verificado las cosas que anuncia? Porque si hasta ahora no se han verificado, es necesario que se verifiquen alguna vez: *para que los Profetas sean hallados fieles*

84. El mismo profeta. *He aquí que yo los traeré de tierra del Norte, y los recogeré de los extremos de la tierra; estarán entre ellos el ciego y el cojo, la preñada y la parida juntamente; grande será la multitud de los que acá volverán. Con llanto vendrán, mas con misericordia los volveré; y los traeré por arroyos de aguas por camino derecho, y no tropezarán en él; porque padre soy yo de Israel, y Efraín es mi primogénito.*

85. Y como divisando el Profeta de Dios que las gentes, aun cristianas, podían no solamente dudar, sino aun despreciar como increíbles tantas misericordias para con los viles, pérfidos y malditos judíos, se vuelve inmediatamente a las mismas gentes y les dice: que no se maravillen, que todo esto lo dice quien lo puede hacer; que todo esto no es palabra de Jeremías, sino del mismo Dios, que tiene esparcido a Israel entre las gentes;

que este mismo Dios lo congregará algún día *de los extremos de la tierra*, lo redimirá, lo librará *de la mano del más poderoso*, y lo guardará como un buen pastor a su grey.

Oíd, naciones, la palabra del Señor... El que esparció a Israel, lo congregará; y lo guardará como el pastor su ganado. Porque el Señor redimió a Jacob, y le libró de la mano del más poderoso. Y vendrán, y darán alabanza en el monte de Sión, etc.

86. Y después: *He aquí que yo los congregaré de todas las tierras, a donde los eché con mi furor, y con mi ira, y con mi grande indignación; y los volveré a este lugar, y haré que habiten confiadamente en él. Y serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y les daré un corazón, y un camino para que me teman todos los días; y les vaya bien a ellos, y a sus hijos después de ellos. Y haré con ellos un pacto eterno, y no dejaré de hacerles bien; y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí. Y me alegraré con ellos, cuando les hiciere bien; y los plantaré en esta tierra en verdad, con todo mi corazón, y con toda mi alma.*

87. Y finalmente: *He aquí que yo les cicatrizaré la llaga, y daré sanidad, y los curaré; y les mostraré la paz y la verdad, que pidieron. Y haré volver los que vuelvan de Judá, y los que vuelvan de Jerusalén; y los edificaré como desde el principio. Y los limpiaré de toda su iniquidad, en que pecaron contra mí; y seré propicio a todas sus maldades, con que pecaron contra mí, y me despreciaron. Y me será a mí de nombre, y de gozo, y de alabanza, y de regocijo para con todas las naciones de la tierra, que oyeren todos los bienes, que yo les he de hacer; y se asombrarán, y se turbarán por todos los bienes, y por toda la paz, que yo les haré a ellos.*

88. O todas éstas son unas exageraciones desmedidas, llenas de impropiedad, y aun de falsedad, o el Espíritu Santo no habla aquí de la vuelta de Babilonia; porque sabemos de cierto por la misma Escritura, que nada de esto se verificó; ni se pudo verificar en aquel tiempo. Si no es que se diga, que se habla aquí no de la antigua Babilonia de los Caldeos, sino de la vuelta de otra grande Babilonia, llamada así por los dos apóstoles más amados San Pedro, y San Juan, con lo cual nos conformaremos enteramente según se verá en su lugar, cuando observemos de propósito esta vuelta de Babilonia y a Babilonia misma.

89. Por último, considerad quieta y atentamente aquella profecía del Señor que hablando con sus discípulos, pocos días antes de su pasión les dice así: *Pues cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca... Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas, que están escritas... Porque habrá grande apretura sobre la tierra, e ira para este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.*

90. Estas últimas palabras ¿qué quieren decir? Jerusalén será hollada, o conculcada de las gentes hasta que se llenen los tiempos de las naciones. Yo infiero de aquí una consecuencia, no sólo legítima y justa, sino conforme con otros muchos lugares de la Escritura; luego las naciones tienen sus tiempos fijos y precisos, los cuales concluidos, Jerusalén dejará de ser hollada de las gentes. A esto alude visiblemente San Pablo, o esto

mismo dice, hablando con las gentes cristianas: *Mas no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (porque no seáis sabios en vosotros mismos) que la ceguera ha venido en parte a Israel hasta que haya entrado la plenitud de las gentes, y que así todo Israel se salve, como está escrito.*

91. De modo, que cumplidos o llenos los tiempos de misericordia para las gentes, y habiendo entrado la plenitud de ellas (no cierto todas, sino las que han de entrar, según la presciencia de Dios), entonces, dice el Apóstol, será salvo todo Israel, conforme está escrito; entonces, dice el mismo Cristo, Jerusalén dejará de ser conculcada de las gentes, y esto en el mismo sentido en que ahora se dice con toda verdad, *hollada de los gentiles*; esto es, materialmente y formalmente; materialmente cuanto al lugar donde estaba fabricada; formalmente cuanto a sus propios y legítimos habitantes, o a la nación entera, de quien Jerusalén era cabeza, según la institución de Dios; pues en ambos sentidos se ha cumplido y se está cumpliendo la profecía del Señor. No quisiera detenerme un momento más en la consideración de este primer aspecto, que ha salido más difuso que lo que yo pensaba; y no obstante, he dicho poquísimo respecto de lo que había que decir. Mas se hace durísimo no decir una palabra sobre la explicación de estos dos textos que acabo de citar, que se hallan en los mejores intérpretes de la Escritura, y a lo menos la propongo a vuestra reflexión.

92. Jerusalén, dice Cristo, será conculcada de las gentes hasta que se llenen los tiempos de las naciones... *Esto es*, dice la explicación, hasta el fin del mundo, o no mucho antes. ¿Cuándo? Cuando el Anticristo rey y Mesías de los judíos, y monarca universal de todo el orbe, edifique de nuevo esta ciudad, y ponga en ella la corte de su imperio universal... La ceguera de Israel, dice el Apóstol, debe durar hasta que entre la plenitud de las gentes. Cuando haya entrado esta plenitud, o lo que parece lo mismo, cuando se hayan llenado, o concluido los tiempos de las naciones, entonces todo Israel será salvo, según está escrito... *Esto es* (prosigue la explicación), Israel será salvo un poquito antes de acabarse el mundo... *Esto es*, Israel será salvo después de la muerte de su falso Mesías, y ruina de su imperio universal. ¡Oh, si fuese posible cerrar enteramente esta puerta, o esta abertura, y quitar del todo este efugio tan ordinario! ¿Qué bienes no pudieran resultar de aquí para la verdadera y llanísima inteligencia de tantas y tan graves profecías? Yo imploro para esto y para otras mil cosas de que trato, el favor y la protección de los sabios de nuestro siglo, cuyo principal carácter es la inquisición de la verdad en cualquier asunto que sea, sin negarse a ella después de conocida.

93. No dejéis, señor, de reparar bien, aunque sea de paso, aquella especie de salva o preparación que hace el Apóstol, antes de revelar este secreto, como pidiendo a las gentes cristianas, con quienes habla, una atención particular. *Mas no quiero, hermanos míos (dice), que ignoréis este misterio (porque no seáis sabios en vosotros mismos).* ¡Qué salva tan inútil y tan fuera de propósito, si el misterio que va a revelar no es otro, sino que los judíos se convertirán al fin del mundo, y que la Iglesia presente apenas recibirá entonces a los judíos que hallare! Esto quiere el Apóstol que no ignoren las gentes cristianas para que no se envanezcan, para que no se engrían, para que no se fíen demasiado, para que no sean sabios solamente para sí mismos. Pero de esto en otra parte, que todavía no es su tiempo.

Artículo II

Segundo aspecto

Se consideran los judíos después de la muerte del Mesías como desconocidos de su dios, y horror de pueblo suyo; y se pregunta aquí, si este castigo tendrá fin, o no.

Párrafo I

94. Todos saben que la descendencia del justo Abrahán por Isaac, y Jacob, fue más de dos mil años la única entre todas las naciones de la tierra, que conociese y adorase al verdadero Dios, la única escogida de Dios, consagrada a Dios, unida a Dios, la única que entrase en comercio y sociedad con Dios, que recibiese leyes, y ceremonias de Dios, que tratase con Dios, que se obligase a Dios, y a quien el mismo Dios se obligase. La única, en suma, que mereciese llamarse con verdad pueblo de Dios; *Sólo os conocí a vosotros de todos los linajes de la tierra*, les decía el mismo Dios por el profeta Amós.

95. Del mismo modo saben todos, que este pueblo de Dios, tan distinguido, tan honrado, tan amado, tan beneficiado, fue siempre por la mayor y máxima parte el más duro, el más infiel, el más ingrato de todos los pueblos. Para conservar este pueblo, para instruirlo, para ilustrarlo, para santificarlo, ¡qué prodigios no hizo el Señor, qué excesos, qué providencias, qué beneficios, qué promesas, qué amenazas, qué castigos! Pero todo en vano, y tan en vano, que el mismo Dios se quejaba continuamente por sus Profetas, como un buen padre, que ya no halla qué hacer para corregir un hijo perverso... *¿Qué es lo que debí hacer más de esto a mi viña, y no lo hice? En vano castigué a vuestros hijos, no recibieron la corrección*, les decía por Jeremías capítulo II. *No escuchó voz, ni recibió amonestación...* decía por Sofonías capítulo III.

96. Llegando en fin la ingratitud, e iniquidad de este pueblo hasta el supremo grado, esto es, hasta desconocer, hasta crucificar a la esperanza de Israel, hasta cerrar voluntariamente los ojos a aquella grande luz que vieron los ciegos de nacimiento, esto es, aun el mismo pueblo de las gentes, *que andaba en tinieblas... en la región de la sombra de muerte*, llegó también hasta el supremo grado la justa indignación de Dios; esto es, hasta privarlo enteramente del honor y prerrogativas de pueblo suyo; hasta arrojarle de sí, abandonarlo, y desconocerlo, como si ya no fuese su padre ni su Dios; hasta reputarlo y mirarlo como cualquiera otro pueblo extraño y salvaje, a quien no tiene obligación alguna, y aun a quien reputa entre sus enemigos. Así se lo tenía anunciado claramente por Daniel (diciendo): *Y después de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo; y no será más suyo el pueblo que le negará*. Así se lo tenía anunciado por Oseas cuando le mandó a este profeta que a un hijo que acababa de nacerle, le pusiese por nombre *Longhammí*, esto es: *No pueblo mío*; explicando luego el enigma por estas palabras: *porque vosotros no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro.*⁽¹⁴¹⁾ Así lo tenía anunciado por Malaquías: *no está mi voluntad en vosotros... ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece a mi nombre ofrenda pura.*

97. Esta amenaza terrible que los judíos, *sabios en sí mismos*, jamás creyeron plenamente, se empezó a verificar (no obstante su vana confianza, y su estulta seguridad) después de la muerte del Mesías, y se ha verificado con tanta plenitud, que más de diez y siete siglos ha, que la descendencia del justo Abrahán, ni es pueblo de Dios, ni aun siquiera pueblo, habiendo quedado desde entonces, en un estado tan singular, como lo ha visto y lo ve todo el mundo, y como todo el mundo debiera mirarlo con los mayores sentimientos de religión, si mirase también, que todo esto está anunciado en la Escritura, del mismo modo y en la misma forma en que lo ve. Por lo que el mismo Mesías, anunciando la próxima ruina de Jerusalén, y el castigo inminente del pueblo de Dios, dice que aquellos días serán ya sólo de ira y de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.

98. Según esto, tenemos en el asunto de que vamos hablando dos cosas ciertas e indubitables, de que nos da testimonio la divina Escritura; de la una en historia, de la otra en profecía; mas en profecía ya plenamente verificada en presencia de todo el mundo, y con ciencia cierta de todos los que son capaces de saber. La primera en historia es, que la descendencia del justo Abrahán por Isaac, y Jacob, fue por espacio de muchos siglos el pueblo único de Dios, fue la viña de Dios, la heredad de Dios, la iglesia de Dios, la sinagoga de Dios, que todas estas diversas palabras, que usa la misma Escritura, significan una misma cosa. La segunda en profecía, ya plenísimamente verificada, es, que este mismo pueblo de Dios, después de la muerte del Mesías, ha sido despojado enteramente de su dignidad, como estaba escrito, y como el mismo Mesías lo confirmó diciendo: *Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores*.

99. Ahora, si fuera de estas dos cosas ciertas e indubitables, de que tanto nos ha hablado la divina Escritura, hallásemos en ella misma otra tercera, que todavía no se ha verificado, y esto no oscuramente, sino con la mayor claridad posible, no una o dos veces, sino innumerables, no en uno o dos profetas, sino en casi todos; en este caso, suponiéndolo cierto e innegable, ¿qué deberíamos hacer? ¿Nos sería lícito dudar de esta tercera, o despreciarla o desfigurarla? ¿Nos sería lícito hacer en esta tercera, lo que no hacemos, ni nos es posible hacer con la primera, ni con la segunda? ¿Nos sería lícito pasarla a otros sentidos impropios y violentísimos, y por eso mismo infinitamente ajenos de la veracidad de Dios? Pues, amigo mío, esta tercera se halla en las Santas Escrituras, no menos que la primera y la segunda; se halla anunciada con la misma y mayor claridad; se halla, no sólo en Daniel, en Oseas y Malaquías, sino en casi todos los Profetas, y en algunos dos veces. ¿Cuál es esta tercera? Que la misma descendencia del justo Abrahán, por Isaac, y Jacob, la que desde Abrahán hasta Cristo fue pueblo único de Dios, y que desde Cristo hasta el día de hoy, está privada de este honor, y arrojada *en las tinieblas exteriores* esta misma descendencia de Abrahán volverá algún día a ser otra vez pueblo de Dios, infinitamente mayor de lo que fue en otros tiempos; y esto en su misma patria, de que fue desterrada, y bajo de otro testamento sempiterno, que no puede envejecerse, ni acabarse como el primero. No me preguntéis tan presto, en qué sentido hablo, porque yo no soy capaz de explicar muchas cosas a un mismo tiempo. El sentido en que hablo, se irá manifestando por sí mismo sin otra diligencia. Si esto tercero así como suena (que bien claro está) os parece duro y difícil de creer, daréis con esto una prueba bien sensible, de que sólo creéis a Dios en aquellas cosas que ya veis verificadas con vuestros propios

ojos; mas no en aquellas otras que no se han verificado, ni se sabe ni se entiende cómo podrán verificarse. Y en este caso no deberéis extrañar, que os apliquemos aquellas palabras de Cristo ya resucitado: *Porque me has visto, Tomás has creído; Bienaventurados los que no vieron y creyeron.* Esto tercero es lo que vamos ya a mostrar.

Se considera el capítulo XI de Isaías

Párrafo II

100. La primera parte de esta profecía hasta el versículo 10, aunque hacía admirablemente al asunto general de esta obra, mas respecto del asunto particular, de que actualmente hablamos, no viene tan al caso. En ella hay tanto que observar, que era necesaria una difusa y casi importuna digresión. Por cuyo motivo nos vemos precisados a omitirla por ahora, reservándola para su propio y natural lugar, que debe tener en la tercera parte. No obstante, parece conveniente advertir aquí, como de paso, mas a grandes voces, que no es cierto, ni aun siquiera, probable, con verdadera probabilidad, que se hable en esta profecía de la primera venida del Mesías, ni de la Iglesia presente, a donde tiran los intérpretes, según su sistema, usando para esto, ya de sumo ingenio, ya de suma violencia; sino que habla y manifiestamente de la venida del Señor en gloria y majestad, como es facilísimo, no digo solamente probarlo, sino demostrarlo con suma evidencia, así por el texto mismo, y por todas sus expresiones y palabras, como por todo su contexto, tomado desde el capítulo X, continuado por todo el XI, y seguido hasta el XII. Confieso ingenuamente que dejo este punto con suma repugnancia; no lo dejara tan del todo, si no tuviera esperanza de volverlo a tomar con más quietud en otra ocasión más oportuna. Vengamos, pues, a la observación de la segunda parte de la misma profecía, que es la que ahora se ha de menester.

Verso XI

101. *Y será en aquel día: Extenderá el Señor su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo, que quedará de los Asirios, y de Egipto, y de Fetros, y de Etiopia, y de Elam, y de Sennaar, y de Emath, y de las islas del mar. Y alzará bandera a las naciones, y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro playas de la tierra. Y será quitada la emulación de Efraín, y perecerán los enemigos de Judá; Efraín no envidiará a Judá, y Judá no peleará contra Efraín. Y volarán a los hombros de los Filisteos por mar, etc.*

102. Os parecerá sin duda a primera vista, que esta profecía que acabáis de leer con vuestros ojos no pide interpretación, bastando leerla para entenderla; y no obstante ésta es una de las muchas profecías, que no pueden pasar sin grandes precauciones; no puede salir al público, sin haber entrado en el crisol, y dejado en él todo lo que se tiene por escoria; no sea que se entienda como se lee, y con esto sólo se desconcierten, o se pongan en peligro algunas medidas. Para evitar, pues, este gran peligro, debe interpretarse la profecía, diciendo resueltamente, que aunque *en sentido literal* anuncia la salida de Babilonia, y en este sentido se verificó entonces, si no en todo, a lo menos en parte; mas en otro sentido más alto anuncia otra cosa mucho mayor. ¿Cuál es ésta? Es, dicen, la

conversión de muchísimos judíos, *no ya uno a uno, esto es, poquísimos*; sino de millares de ellos, y verosíblemente de todas las doce tribus, que sucedió con la predicación de los Apóstoles, así en Jerusalén, y Judea, como en todas las otras partes del mundo, por donde discurrieron los mismos Apóstoles. En este sentido altísimo, y por eso *especialmente intentado por el Espíritu Santo*, se acabó de verificar la profecía, que sólo se había verificado *en parte* en la salida de Babilonia, y esto como un tipo o figura de la liberación por Cristo de otra cautividad mayor, que era la del demonio y del pecado, etc.

103. Para ver ahora con los ojos si esta interpretación es justa o no, aunque fuera muy conducente el confrontarla con el texto mismo, y con todas sus palabras; mas por abreviar, reparemos solamente en dos palabras importantes, que contiene la primera cláusula: la una es, *segunda*; la otra es, *para poseer... Y será en aquel día: Extenderá el Señor su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo, que quedará, etc.* De manera, que el Señor promete aquí en términos claros y formales, que para poseer el residuo de Israel, hará segunda vez, *en aquel día*, aquello mismo que hizo en otros tiempos la primera vez; pues ninguna cosa puede hacerse segunda vez, si no se ha hecho la vez primera. Se pregunta ahora, ¿a qué suceso anterior alude esta palabra *segunda*? Si no recurrimos al Éxodo, o a la salida de Egipto, y paso del mar Rojo, parece claro, que nos cansaremos en vano. El texto mismo de esta profecía nos remite a este primer suceso, concluyendo con estas palabras: *Y habrá camino para el resto de mi pueblo, que escapare de los Asirios; así como lo hubo para Israel, en aquel día, que salió de Tierra de Egipto.* Siendo el primer suceso la salida de Egipto, en la cual sacó Dios su mano omnipotente en favor de Israel, el segundo deberá ser alguna cosa semejante. Es decir, si la primera vez hizo Dios tan visible y tan admirable su mano omnipotente, en tanta multitud de prodigios, para sacar a Israel de Egipto, y poseerlo como pueblo suyo peculiar, prometiendo el mismo Dios esta mano omnipotente, para otra segunda vez, esto es, para poseer el residuo de Israel, deberán renovarse esta segunda vez aquellos mismos prodigios, u otros semejantes o mayores. Digo mayores, porque parece mucho menos difícil sacar un pueblo del poder de un príncipe solo, y de la pequeña tierra de Jesén, que sacarlo del poder de todos los príncipes, y de todas las cuatro plagas de la tierra, donde está disperso, y prodigiosamente multiplicado. *Congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá.*

104. Si esto no se recibe, si se desprecia como increíble, o como displicente, deberá mostrarse en los siglos pasados este suceso segundo, en que Dios haya hecho manifestar su mano omnipotente, así como la hizo manifestar la primera vez en Egipto. ¿Cuál, pues, habrá sido este suceso? O fue la salida de Babilonia, o la cosa no ha sucedido hasta el día de hoy; porque el sentido espiritual a que se recurre, y con que se tiran a llenar tantos y tan grandes vacíos, apenas parece suficiente para huir la dificultad, dejándola en pie. Que el segundo suceso de que aquí se habla no fuese la salida de Babilonia, se prueba evidentemente por tres razones sacadas del mismo texto sin salir de él. Primera: porque aquellos pocos que salieron de Babilonia con licencia de su rey Ciro, no salieron de todas las partes de la tierra que nombra expresamente la profecía; no salieron de la Asiria, de Egipto, de Fetros, o Arabia, de Etiopia, de Elam, de Emat, que eran todas regiones conocidas de los judíos; mucho menos salieron de aquellas regiones que sólo se nombran en general, como son las islas del mar; mucho menos aun de las cuatro plagas de la tierra,

o de los cuatro vientos cardinales. Lo único que se puede decir de los que salieron de Babilonia es, que salieron de Senaar, o Caldea, que también está en esta lista, y tal vez por esto solo se dice, que la profecía se cumplió entonces en parte, y en esta parte pequeñísima solo como una figura de otra cosa mayor, que debe ser puramente espiritual. Algunos doctores (creo que no son muchos) dan muestras de quedar poco satisfechos, y aun con grandes escrúpulos, de la violencia de su explicación. Así, añaden una palabra con que todo queda remediado; es a saber: que toda esta profecía, y otras semejantes, se acabarán de cumplir con toda su plenitud hacia el fin del mundo, esto es, después del Anticristo, cuando los judíos dispersos entre las naciones sean llamados de Dios, *así a la Iglesia de Cristo como a su tierra*. Estas últimas palabras fueran dignas de estimación, si sobre ellas se explicasen un poquito más; el gran trabajo es, que las dicen tan de paso, tan en general, tan en confuso, que nos dejan con el deseo de saber, que es lo que nos conceden en realidad; pues aun esto poco que parece que conceden lo deshacen del todo en otras partes.

105. La segunda razón es, porque en la salida de Babilonia, no tuvo Dios que hacer milagro alguno extraordinario; no tuvo para qué mostrar públicamente su mano omnipotente, como lo había hecho en Egipto; sólo movió secretamente el corazón de Ciro, inspirándole que permitiese a los judíos, y aun los convidara a que volviesen a Jerusalén, y edificasen de nuevo el templo de Dios. El mismo Ciro lo dice así en su decreto, o edicto real: *Esto dice Ciro rey de los Persas: Todos los reinos de la tierra me los ha dado el Señor Dios del cielo, y el mismo me ha mandado que le edificase casa en Jerusalén, que está en la Judea... y que edifique la casa del Señor Dios de Israel*. ¡Qué cosa tan diversa de lo que sucedió con Faraón!

106. La tercera razón, y a mi parecer la más decisiva, es la causa, o el motivo, o el fin directo, o inmediato para que sacará Dios segunda vez su mano omnipotente. Será, dice el profeta de Dios, para poseer el residuo de su pueblo, que entonces se hallare en todas las naciones de la tierra: *para poseer el resto de su pueblo, que quedará de los Asirios...* De aquí se infiere manifiestamente, que la profecía no puede hablar ni en todo ni en parte de la salida de Babilonia. ¿Por qué? Porque los que salieron de Babilonia fueron algunos individuos de aquella misma descendencia del justo Abrahán, que todavía era pueblo de Dios, y único pueblo suyo; ni por estar desterrado este pueblo de su patria, y penitenciado de su Dios, dejó de ser pueblo suyo, ni Dios dejó de poseerlo como tal, ni de mirarlo y tratarlo como la única posesión o heredad, que tenía sobre la tierra. En toda la larga profecía de Jeremías se ve lo que hizo el Señor para no desterrarlo. Se ve, que al fin lo castigó con éste y otros castigos, como con repugnancia y dolor; y hablando a nuestro modo, a más no poder; y todo enderezado *a edificación, y no a destrucción*; para solicitar por este medio su enmienda, no su ruina; pues la idolatría en unos, y la iniquidad en casi todos, máximamente en el sacerdocio, se habían hecho tan generales, que como decía el mismo Dios por Miqueas, capítulo VII, *el mejor entre ellos es como cambrón; y el que es recto, como espino de cerca*.

107. Después de desterrado, no dejó Dios de asistir a este pueblo suyo, de consolarlo, de protegerlo con providencias no sólo generales, sino bien singulares, y muchas de ellas bien extraordinarias, como un buen padre que por una parte castiga con rigor a un hijo

perverso, le muestra un semblante inexorable, lo priva de su presencia, lo aflige, lo destierra, y al mismo tiempo no puede olvidarse de que es padre, no puede disimular su amor y su ternura. En este tiempo de destierro y de indignación, sucedió aquella providencia milagrosa, en que libró a la inocente Susana de las piedras, que ya iban a oprimirla por el falso testimonio de los jueces inicuos. En este tiempo sucedió aquella otra providencia admirable, con que libró a todo su pueblo de la tiranía del soberbio Amán, por medio de Ester y Mardoqueo. En este tiempo sacó sin lesión alguna del horno *de fuego ardiendo*, a aquellos tres justos que resistieron constantemente al impío decreto de Nabucodonosor, que quería adorasen por Dios a una estatua, *obra de las manos de los hombres*; y esto a vista del mismo rey y de toda su corte. En este tiempo les envió aquellos dos grandes profetas, Daniel, y Ezequiel, los cuales en todo el tiempo del destierro les hicieron servicios de suma importancia, el uno en lo espiritual, y el otro aun en lo temporal, por el gran crédito que tenían en la corte y en todo el imperio. En suma, en este tiempo de destierro, de ira, de indignación, les escribió una carta por medio de Jeremías, que había quedado en Jerusalén, en la que les dice, entre otras cosas, estas amorosas palabras, dignas de un verdadero padre. *Porque yo sé los pensamientos, que yo tengo sobre vosotros... pensamientos de paz, y no de aflicción, para daros el fin, y la paciencia... Me buscaréis, y me hallaréis; cuando me buscareis de todo vuestro corazón. Y seré hallado de vosotros, dice el Señor.* Señales todas las más sensibles, de que aun después de desterrados y expatriados, los miraba Dios como pueblo suyo, y que no dejaban de serlo, por hallarse fuera de su patria, aunque tan abatidos y humillados, *en tierra extraña.*

108. Por abreviar, si se lee toda la Escritura, desde el capítulo XII del Génesis, esto es, desde la vocación de Abrahán, hasta la muerte del Mesías, o algunos años adelante, siempre se hallará a Israel con el honor y dignidad de pueblo de Dios; siempre se hallará en este pueblo la viña de Dios, la heredad de Dios, la iglesia de Dios; por consiguiente, siempre se hallará este pueblo poseído de Dios, no obstante su iniquidad, y los terribles castigos que sufrió por ella. De otra suerte pudiera decirse, que en algún tiempo faltó del mundo la iglesia de Dios; pues no es otra cosa poseer Dios un pueblo, que ser este pueblo la iglesia de Dios. Este inconveniente no pequeño, cesó enteramente 40 años después de la muerte del Mesías. Ya en este tiempo se había Dios preparado por la predicación del Evangelio, y por la efusión abundante de su divino Espíritu, otro pueblo nuevo, que se recogía en gran prisa de entre las gentes; ya tenía en él bien asegurada su Iglesia, y por usar de la similitud admirable del Apóstol, ya había Dios ingerido en aquel mismo olivo, cuyas ramas propias se iban a cortar, otras ramas de oleastro silvestre, las cuales participando de la virtud de la raíz, y gozando plenamente de todo el jugo nutricio, debían dar excelentes frutos, como ciertamente los han dado, aunque no tantos como se debía esperar. Con esto se podían ya cortar sin inconveniente alguno las ramas propias del olivo, y en efecto así sucedió, *según que estaba escrito*; y desde entonces (y solamente desde entonces) toda la descendencia del justo Abrahán dejó de ser pueblo de Dios, y Dios lo dejó de poseer en calidad de pueblo suyo, o heredad suya, o iglesia suya, etc.

109. De modo que desde Abrahán hasta el día de hoy, es imposible señalar otra época, en que Dios dejase de poseer a Israel (en todo, o en parte), y en que Israel dejase de ser pueblo de Dios, sino solamente después de la muerte del Mesías. De aquí se sigue una

consecuencia legítima y justa; luego la promesa que hace Dios de sacar segunda vez su mano omnipotente, como la sacó la primera vez en Egipto, para poseer el residuo de Israel, que en aquel día quedare entre todas las naciones, y en todas las cuatro plagas de la tierra, es una promesa que hasta ahora no se ha verificado; si hasta ahora no se ha verificado, luego debe haber otro tiempo en que se verifique. ¿Cuándo? *Cuando extienda el Señor su mano segunda vez, para poseer el resto de su pueblo que quedará de los Asirios, y de Egipto... y de las islas del mar.*

110. Esta posesión, o esta posesión por segunda vez, es toda la esperanza y el consuelo único de los miserables judíos; y aunque las ideas que sobre esto tienen, son ciertamente groseras y aun absurdas, conformes al estado de ceguedad y de ignorancia extrema, en que actualmente se hallan *según las Escrituras*; mas podían los doctores cristianos corregirles estas ideas, y darles otras más justas y más conformes a sus Escrituras, sin negarles la sustancia misma, con tanta dureza y con tan poca razón.

111. A todo esto se debe añadir, lo que añade inmediatamente la profecía, diciendo, que en este mismo día de que habla, elevará el Señor cierta señal (o real, o metafórica) no ciertamente en favor de las naciones, como se tira a suponer o insinuar con gran disimulo; sino contra las naciones mismas, y con esta señal congregará los prófugos de Israel, y los dispersos de Judá, de todas las cuatro plagas de la tierra.

Se confirma todo lo dicho con otros lugares de los profetas

Párrafo III

112. Hasta aquí hemos considerado solamente una parte del capítulo XI de Isaías. Quedan fuera de este lugar otros innumerables en casi todos los Profetas, no menos claros y expresos en el asunto. Mas porque el considerarlos todos o muchos de ellos, sería un trabajo molestísimo, sin especial utilidad, debemos contentarnos con producir y examinar algunos pocos; haciendo sobre ellos y sobre todos los demás en general esta simple y brevísima reflexión. Es cierto e innegable que en la Escritura divina se halla una promesa de Dios, repetida y confirmada de varios modos en los más de los Profetas, la cual promesa habla expresa y nominadamente con todo el residuo de los hijos de Israel, cuando éstos sean recogidos de todas las naciones, plantados de nuevo en la tierra de sus padres, bañados del Espíritu de Dios, lavados con esta agua limpia de todos sus pecados, iluminados, santificados, etc.; y todo esto, no bajo del Antiguo Testamento, sino debajo del otro nuevo y sempiterno; palabras y expresiones todas de que usan los profetas de Dios. La promesa de que hablo, se halla no solamente en esta sustancia, sino también en estas formales palabras.

113. En aquel día, en aquel tiempo, yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.

114. Por si acaso esto se dudare, ved aquí algunos pocos ejemplares mirándolos juntos y de cerca, los podremos considerar mejor.

115. Jeremías: *Y pondré mis ojos sobre ellos para aplacarme, y los volveré a traer a esta tierra; y los edificaré, y no los destruiré; y los plantaré, y no los arrancaré. Y les daré corazón para que sepan, que yo soy el Señor; y serán mi pueblo, y yo les seré su Dios; porque lo convertirán a mí de todo su corazón.*

116. Del mismo: *Y vosotros me seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. El tiempo en que esto sucederá luego lo explica el Profeta, diciendo: en lo último de los días entenderéis estas cosas. En aquel tiempo, dice el Señor: Seré el Dios de todas las parentelas de Israel y ellas serán mi pueblo.*

117. Baruch: *Y asentaré con ellos otra alianza sempiterna, para que yo les sea a ellos Dios, y ellos a mí me sean pueblo; y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel, de la tierra que les di.*

118. Este texto clama a voces pidiendo una atención particular.

Ezequiel: *Esto dice el Señor Dios: Yo os congregaré de los pueblos, y os reuniré de las tierras, en que habéis sido dispersos, y os daré la tierra de Israel... Y les daré un solo corazón, y un espíritu nuevo pondré en sus entrañas; y quitaré de la carne de ellos el corazón de piedra, y les daré corazón de carne; para que anden en mis mandamientos, y guarden mis juicios, y los cumplan; y a mí me sean pueblo, y yo les sea a ellos Dios.*

119. Del mismo: *Y sabrán que yo soy el Señor, cuando quebrantare las cadenas del yugo de ellos, y los libraré de la mano de los que los dominan. Y no serán más expuestos a la presa de las gentes, ni serán devorados de las bestias de la tierra; sino que morarán confiados sin ningún espanto... Y sabrán que yo el Señor seré su Dios con ellos, y ellos casa de Israel serán mi pueblo, dice el Señor Dios.*

120. Del mismo: *Por cuanto os sacaré de entre las gentes, y os recogeré de todas las tierras, y os conduciré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias... Y moraréis en la tierra, que di a vuestros padres; y seréis su pueblo; y yo seré vuestro Dios.*

121. Del mismo: *He aquí yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde fueron; y los recogeré de todas partes, y los conduciré a su tierra. Y los haré una nación sola en la tierra en los montes de Israel, y será solo un rey que los mande a todos... y ellos serán mi pueblo, y yo les seré su Dios. Y mi siervo David será rey sobre ellos.*

122. Zacarías. *He aquí yo salvaré a mi pueblo de las tierras del Oriente, y de las tierras del Occidente. Y los conduciré, y morarán en medio de Jerusalén; y serán mi pueblo, y yo les seré su Dios en verdad y en justicia.*

123. Sería bien observar aquí de paso, que Zacarías profetizó después de la vuelta de Babilonia; como también, los que volvieron de Babilonia, volvieron *de las tierras del Oriente*, mas no *de las tierras del Occidente*.

Del mismo. *Y serán en toda la tierra, dice el Señor; dos partes de ella serán dispersas, y perecerán; y la tercera parte quedará en ella. Y pasaré por fuego la tercera parte, y los purificaré como se quema la plata, y los acrisolaré, como es acrisolado el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré. Diré: Pueblo mío eres; y él dirá: Señor Dios mío.*

124. Parece que estos pocos lugares, aunque no hubiese otros, bastan y sobran para asegurarnos de la promesa divina de que hablamos. Oídme ahora, amigo, dos palabras, y dadme atención. Lo que se dice y promete en éstos, y otros lugares semejantes de la divina Escritura, o se cumplió ya plenamente en los tiempos anteriores al Mesías, o no se ha cumplido de modo alguno hasta el día de hoy. Entre estas dos cosas, no hay medio alguno razonable; porque ni en los días del Mesías, ni en los siglos que han corrido después del Mesías, se ha podido esto cumplir, piénsese como se pensare; antes por el contrario se ha cumplido en este tiempo posterior al Mesías, todo lo que estaba escrito en contra de Israel: *Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas, que están escritas.* Entre otras cosas, una de ellas es ésta, que también está escrito, y ninguno se la disputa: Israel dejará de ser pueblo de Dios, y Dios mismo dejará de ser su Dios: *vosotros no sois mi pueblo y yo no seré vuestro... Será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que le negará.*

125. No queda, pues, otra cosa que decir, sino que todo se cumplió en los tiempos anteriores al Mesías. Mas, ¿cuándo? ¿Acaso en la vuelta de Babilonia en tiempo de Ciro, o Artajerjes? Sí, en este tiempo, pues no hay otro recurso en el sentido que llaman literal. Ved ahora la consecuencia natural y legítima que de aquí se sigue. Todas estas profecías, decís, hablan literalmente de la vuelta de Babilonia, y en ella se cumplieron literalmente *en sentido literal*; luego todas estas profecías, digo yo, y tantas otras del todo semejantes, son profecías apócrifas, son fingidas, son falsas, y los que se atrevieron a publicarlas en el nombre santo de Dios vivo, fueron en esto unos verdaderos seductores. La consecuencia parece legítima y forzosa. Para conocer un profeta falso, por quien no habla el Espíritu Santo nos da una regla general cierta e indubitable el mismo Espíritu Santo: *Tendrás esto por señal*, nos dice en el capítulo XVIII del Deuteronomio, versículo 22: *Si lo que aquel profeta hubiere vaticinado en el nombre del Señor, no se verificare, esto no lo habló el Señor, sino que se lo forjó el profeta por orgullo de su corazón.* Conque si las profecías de que hablamos anuncian y prometen *en el nombre del Señor*, para la vuelta de Babilonia, cosas que entonces no se vieron ni se han visto jamás, con esto solo podemos concluir seguramente, que todas son falsas y fingidas; que el Espíritu de Dios no habló, ni pudo hablar en ellas; y que estos que se llaman profetas las fingieron todas *por orgullo de su corazón*. Si el decir esto se juzga con suma razón una verdadera blasfemia sólo digna de algún filósofo Anticristiano, deberemos confesar de buena fe, que dichas profecías no se enderezan de modo alguno a la vuelta de Babilonia; sino que anuncian para otros tiempos todavía futuros.

126. Si queréis ahora asegurarnos más de esta verdad, y quedar plenamente satisfecho, y enteramente convencido, volved a leer las profecías que acabamos de apuntar; en ellas mismas hallaréis al punto, sin otro estudio, la suma improporción y la dificultad insuperable.

127. Primero: los que volvieron de Babilonia no fueron ciertamente todas las congregaciones o familias, o tribus de Israel, pues las diez tribus pertenecientes al reino de Samaria, que llevó cautivas a la Siria Salmanasar, no volvieron entonces, ni han vuelto jamás. Apenas se puede colegir de toda la historia sagrada que volviese algún individuo (cuyo padre o abuelo se hallaba verosímelmente en Judea, cuando sucedió el cautiverio de las diez tribus, y después fue llevado a Babilonia junto con los judíos) y no obstante las profecías anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen esta vuelta, y todos los otros bienes que deben acompañarla, y seguirla, a todas las tribus, cognaciones, o familias de Israel: *En aquel tiempo, dice el Señor: Seré el Dios de todas las parentelas de Israel, y ellas serán mi pueblo. Esto dice el Señor: Halló gracia en el desierto el pueblo, que había quedado de la espada; irá Israel a su reposo.*

128. Lo segundo: los que volvieron de Babilonia, no volvieron libres, sino del todo sujetos al rey de Babilonia, y a sus ministros, a sus gobernadores, a sus exactores; volvieron cargados del mismo yugo, y arrastrando las mismas cadenas que cargaban en Babilonia, y con que quedaron los que no volvieron, que fue la mayor y máxima parte. Y no obstante, las profecías anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen a todas las cognaciones de Israel todo lo contrario: *cuando quebrantare las cadenas del yuyo de ellos, y los librare de los que los dominan... no le dominarán más los extraños, sino que servirán al Señor su Dios, y a David su rey, al que levantaré para ellos.*

129. Tercero: los que salieron de Babilonia padecieron grandes oposiciones de todos sus vecinos, siéndoles necesario para edificar el templo y la ciudad, trabajar con una mano, y pelear con otra. Después de esto, siempre vivieron entre inquietudes, temores y sobresaltos; siempre tuvieron enemigos terribles, que tal vez intentaron exterminarlos enteramente, y poco les faltó para conseguirlo; y no obstante, los Profetas anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen a todo Israel todo lo contrario: *morarán confiados sin ningún espanto.*

130. Cuarto: los que volvieron de Babilonia, no tuvieron jamás rey propio de la familia de David, pues Zorobabel, que volvió con ellos, ni fue su rey, ni tuvo otro puesto ni otro título que el de mero conductor, y todos sus hijos y descendientes fueron en adelante hombres particulares, de quienes nada se sabe, hasta San José que fue un carpintero, y no obstante, las profecías anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen a todo Israel todo lo contrario: *y será solo un rey que los mande a todos... Y mi siervo David será rey sobre ellos.*

131. Quinto: los que volvieron de Babilonia fueron otra vez arrancados de su patria, y desterrados de nuevo, y esparcidos a todos vientos; en el cual estado perseveran desde Tito, o Adriano, hasta el día presente. Y no obstante, las profecías anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen a todo Israel todo lo contrario: *Y los edificaré, y no los destruiré, y los plantaré, y no los arrancaré; y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel, de la tierra que les di.*

132. Últimamente, los que volvieron de Babilonia fueron algunos individuos del pueblo de Dios, los cuales por estar en Babilonia, no habían dejado de ser pueblo de

Dios, ni Dios había dejado de ser su Dios; por consiguiente volvieron tan pueblo de Dios como habían ido, sin diferencia alguna sustancial, y no obstante las profecías anuncian, *en el nombre del Señor*, y prometen a todos los hijos de Israel, como una cosa nueva y singular, que cuando vuelvan serán pueblo de Dios: *Y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios*. ¿Qué significado real puede tener esta promesa, si sólo se habla de la vuelta de Babilonia? Sabemos de cierto sin sospecha de duda, que Israel desde su infancia, fue siempre constantemente pueblo único de Dios, sin dejar de serlo un solo momento, y que sólo dejó de serlo después de la muerte del Mesías, o después que ya se obstinó en su incredulidad. En este supuesto indubitable, ¿qué cosa más impropia puede imaginarse, ni más inverosímil que una promesa de Dios concebida en estos términos? Cuando volvieron de Babilonia algunos pocos de mi pueblo entonces serán mi pueblo, así estos pocos como todas las cognaciones o familias de Israel, y yo seré su Dios: *En aquel tiempo dice el Señor: Seré el Dios de todas las parentelas de Israel, y ellas serán mi pueblo*. Semejante promesa supone evidentemente, que cuando se haya de cumplir, se hallará todo Israel en estado de no pueblo de Dios. Sin esto, así la promesa, como su cumplimiento será una implicación o una verdadera *insulsez*.

133. En suma, consideradas seriamente estas seis observaciones, que acabamos de hacer, parece que podremos ya concluir con plena seguridad, que todas las profecías citadas poco ha, y otras semejantes, que hemos omitido, no pueden mirar a la vuelta de Babilonia, ni a todos los tiempos que precedieron al Mesías; por consiguiente las cosas que en ellas se anuncian y prometen al residuo de Israel, son todas reservadas para otros tiempos que todavía no han llegado, en los cuales se cumplirán plenamente sin faltarles un ápice. Esto es todo lo que por hora pretendemos. Tiempo tenemos, queriéndolo Dios, para explicarnos más.

Artículo III

Tercer aspecto

Se consideran los judíos después de la muerte del Mesías, como la esposa de Dios arrojada por justas razones de casa del esposo, y despojada enteramente de su dignidad; y se pregunta si este castigo tendrá fin, o no.

134. Este punto tiene grande relación con el antecedente, y aun parece el mismo, a lo menos cuanto a la sustancia, pues todos estos nombres, pueblo de Dios, iglesia de Dios, sinagoga de Dios, esposa de Dios, etc., todos en sustancia suenan y significan casi una misma cosa. Por tanto, si es cierto y seguro lo que acabamos de probar, esto es, que aquel que, desde Abrahán hasta el Mesías, fue pueblo de Dios, y ahora no lo es, ha de volver a serlo en algún tiempo, podremos asegurar del mismo modo, y en el mismo sentido, que aquella que fue la verdadera esposa de Dios, esto es, la casa de Jacob, y ahora no lo es, sino antes la más vil y despreciable de todas las mujeres, volverá a serlo algún día aunque lo repugne todo el mundo. El punto, aunque sumamente delicado, es sin duda alguna gravísimo e importantísimo por todos sus aspectos. El ser delicado y crítico por alguna circunstancia extrínseca, no parece razón suficiente para encubrirlo, o disimularlo, si realmente se halla expreso en la Escritura de la verdad. Para algún fin particular lo mandó

escribir el Espíritu Santo; y es claro que su intención no pudo ser, que después de escrito se quedase siempre oculto, y que ninguno se atreviese a tocarlo por su extrema delicadeza.

135. Hágome cargo, que es menester valor, y gran valor, para anunciar prosperidades a la que fue reina Vasti, en presencia de la reina Ester, la cual fue llamada graciosamente a ocupar su puesto, en consecuencia de la sentencia terrible que se dio contra la primera: *reciba su reino otra, que sea mejor que ella*. La cual sentencia concuerda perfectamente con aquella otra no menos terrible: *quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él*. Mucho más valor sería necesario para avanzar esta proposición en tono de profecía.

136. Llegará tiempo en que el rey Asuero, se acuerde *de Vasti, y de lo que había hecho, y de lo que había padecido*. Llegará tiempo en que se acuerde de su primera esposa, a quien tanto amó, y a quien apartó de sí por justas razones, y compadecido de sus trabajos, enternecido con sus lágrimas, satisfecho con su larga y durísima penitencia, la llame otra vez así, no obstante la oposición de sus siete sabios y de sus ministros (*ibid.* versículo 3), le restituya todos sus honores, y la corone de mayor gloria, que la que tuvo antes de su infortunio.

137. Si para avanzar esta proposición en presencia de la reina Ester, hubiese sido necesario un valor extraordinario, podréis ahora aplicar la consecuencia con gran facilidad.

Se considera todo el capítulo XLIX de Isaías: «Oíd, islas, y atended, pueblos de lejos», etc.

Párrafo I

138. En la simple lectura de todo este capítulo; primero, lo que se presenta como una verdad, es la persona que habla en él desde la primera hasta la última palabra, la que no puede ser otra por todo el contexto, que el Mesías mismo, o el Espíritu de Dios en persona suya. Habla en primer lugar de su primera venida al mundo, como si fuese este suceso ya pasado; pues para Dios lo mismo es lo futuro, que lo pasado, y que lo presente: *y todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de él*. Habla de la misión que tiene de Dios; del fin primario e inmediato de esta misión; de sus efectos, ya prósperos, ya también adversos; habla de la vocación de las gentes; de la misericordia que conseguirán sin buscarla; de la conversión al verdadero Dios de muchos reyes y príncipes; y junto con ellos de sus reinos y principados, etc. Después de lo cual como si ya estuviese concluido este gran misterio de la vocación y salud de las gentes; como si ya se llenasen o estuviesen muy cerca de llenarse los tiempos de las naciones; como si se hubiese ya conseguido plenamente lo que dijo después a los judíos: *Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco; es necesario que yo las traiga*; como si ya hubiese conseguido entre las mismas gentes el fruto de su pasión, y de su muerte, esto es, morir *para juntar en uno los hijos de Dios, que estaban dispersos*; en estas circunstancias, digo, vuelve sus ojos llenos de compasión y de ternura, a sus propios hermanos, a su propia

sangre, a su antiguo y miserable pueblo, *cuyos padres son los mismos, de quienes desciende también Cristo según la carne.*

139. Representase aquí todo este pueblo, o toda esta familia del justo Abrahán, en figura de una triste mujer viuda, sola, sin consuelo, sin refugio, sin esperanza, abandonada enteramente del cielo y de la tierra; a quien no obstante se le da el nombre de Sión, que es el mismo con que fue conocida y honrada en los tiempos de su mayor prosperidad. Pues esta Sión, *verdaderamente... viuda, y desamparada*, oprimida ahora de tristeza, sumergida en un profundo y amarguísimo llanto, a vista de la felicidad del pueblo de las gentes, que han ocupado su puesto, suspira y se lamenta diciendo, que su Dios la ha desamparado del todo, que la ha abandonado, que la ha echado en un perpetuo olvido, como si nunca la hubiera conocido: *Y dijo Sión: Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí.* Esta misma queja y lamento se lee en el capítulo XXXVII, versículo 11 de Ezequiel: *ellos dicen: Secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y hemos sido cortados.* Mas así como allí los consuela el Señor con las promesas y esperanza cierta, de que los huesos secos y áridos, y esparcidos por el campo, volverán a unirse entre sí, *cada uno a su coyuntura*, se cubrirán de carne, de nervios, y piel, y se les dará otra vez el espíritu de vida; así los consuela en este lugar con promesas todavía mayores, y con expresiones llenas de amor y de ternura. Sión se lamenta diciendo: *me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí;* y el Señor le responde al punto estas palabras, sólo dignas de una infinita bondad: *¿Cómo puede olvidar la mujer a su chiquito, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Y si ella le olvidare, pero yo no me olvidaré de ti.*

140. Desde este versículo XV, hasta el fin del capítulo se ve claramente, sin poder dudarlo, que habla el Mesías, no con otra persona, sino únicamente con la misma Sión, llorosa y afligida, y que todo cuanto habla, son palabras de consuelo, de esperanza, de amor; mezclando tantas y tan grandes promesas, que su misma grandeza las ha hecho increíbles. Para hacer digno concepto de estas cosas, y poder observarlas con más exactitud, se hace necesario copiar aquí todo el texto, a lo menos desde el versículo 14 poniéndolo a la vista del que lee.

Y dijo Sión: Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí.

141. Ésta es la queja y el lamento de Sión, a vista de la felicidad de las gentes que ocupan su puesto, a la cual queja le responde el Señor inmediatamente con estas palabras.

¿Cómo puede olvidar la mujer a su chiquito, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Y si ella le olvidare, pero yo no me olvidaré de ti. He aquí que te he grabado en mis manos; tus muros están siempre delante de mis ojos. Vinieron tus reedificadores, los que te destruían, y asolaban, se irán fuera de ti. Alza tus ojos al rededor, y mira, todos éstos se han congregado, a ti vinieron; vivo yo, dice el Señor, que de todos éstos serás vestida como de vestidura de honra, y te los rodearás como una esposa. Porque tus desiertos, y tus soledades, y la tierra de tu ruina, ahora serán angostos para los muchos moradores, y serán echados lejos los que te sorbían. Aun dirán en tus oídos los hijos de tu esterilidad: Angosto es para mí el lugar, hazme espacio para que yo habite. Y dirás en

tu corazón: ¿Quién me engendró éstos? Yo estéril, y sin parir, echada de mi patria, y cautiva; ¿y éstos quién los crio? Yo desamparada y sola; ¿y éstos en dónde estaban? Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo alzaré mi mano a las gentes, y a los pueblos levantaré mi bandera. Y traerán a tus hijos en brazos, y a tus hijas llevarán sobre los hombros. Y reyes serán los que te alimenten, y reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado hasta la tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies. Y sabrás que yo soy el Señor, sobre el cual no se avergonzarán los que le aguardan. ¿Por ventura será quitada la presa al fuerte? ¿O lo que apresare el valiente, podrá ser salvo? Porque esto dice el Señor: Ciertamente el cautiverio será quitado al fuerte; y lo que haya sido quitado por el valiente, se salvará. Mas a aquellos que a ti te juzgaron, yo los juzgaré, y a tus hijos yo los salvaré. Y a tus enemigos daré a comer sus carnes; y se embriagarán con su sangre, así como con mosto; y sabrá toda carne, que yo soy el Señor tu Salvador, y tu Redentor el fuerte de Jacob.

142. Las palabras no pueden ser más claras, ni más expresivas, ni más tiernas, ni más consolantes. No nos es posible observarlas todas en particular; lo puede hacer cualquiera por sí mismo, después de haber examinado y entendido bien estos dos puntos capitales. Primero: ¿quién es esta Sión que aquí se lamenta de haber sido abandonada, y olvidada de su Dios? Segundo: ¿de qué tiempo se habla aquí?

Lo que sobre estos dos puntos se halla en los doctores.

Párrafo II

143. Cuanto a lo primero estamos bien seguros, sin sospecha de temor, que en este lugar los doctores no nos dirán lo que nos dicen en tantos otros, donde se habla de Sión (digo donde se habla a favor), esto es, que Sión significa la Iglesia presente. Esto fuera decir que la Iglesia presente es la que se lamenta de que Cristo su esposo la ha desamparado, y olvidado del todo: *Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí*; confiesan pues aquí, como en otros muchos lugares nada envidiables, que la Sión que llora y se lamenta, no es otra cosa, que la casa de Jacob, en cuanto pueblo, o Iglesia, o esposa, o sinagoga del verdadero Dios. Confiesan más, aunque en general y confusamente, que a ella le responde el Señor aquellas palabras amorosas, y de tanta consolación.

114. Preguntadles ahora pidiendo una respuesta categórica: ¿si todas estas palabras consolantes, y todas estas magníficas promesas, que acabáis de leer, hablan con la misma Sión, que llora y se lamenta?, y veréis con admiración y pasmo, la negativa sin misericordia. No obstante, como por un exceso de bondad, y por el respeto tan debido el sentido literal de la Escritura Santa, se conceden algunas pocas a la misma Sión, que llora, y se lamenta: esto es la vigésima o trigésima parte; las demás no pueden ser para ella, sino para la Iglesia o la esposa presente; aunque ésta no se ha lamentado ni hablado una palabra. Son estas cosas demasiado grandes, dice un doctor de los más clásicos; y ¿quién no dice lo mismo en la práctica aunque tácitamente? Son estas cosas demasiado grandes para que podamos entenderlas *en sentido literal*, de la sinagoga o de la nación infiel y reprobada de los judíos, sino solamente en cuanto sombra y figura de la Iglesia

presente. Y esto lo dice el buen hombre con satisfacción, como si fuese el plenipotenciario de Dios, o el dispensador de sus tesoros; como si Dios mismo no pudiese prometer y dar de lo que es suyo propio, sino con el conocimiento y beneplácito del hombre enfermo, escaso y limitado. *¿Puede por ventura compararse con Dios un hombre, aun cuando fuese de una ciencia perfecta?* Yo sé que a esto se da comúnmente el nombre honorable y glorioso de celo y de piedad cristiana; mas también sé con mayor certidumbre, que el verdadero celo, y la verdadera piedad cristiana, piden en primer lugar creer no sólo en Dios, sino también a Dios y esperar que cumplirá infaliblemente lo que dice y promete, aunque yo pobre y limitado no alcance ni entienda cómo podrá ser.

145. Cuanto a lo segundo; esto es, cuanto a los tiempos de que se habla en la profecía, nos dicen, buscando de algún modo el sentido literal, que el lamento de Sión, y la respuesta consolatoria de Dios (no toda, sino aquella pequeñísima parte que se puede conceder sin perjuicio de las ideas favorables) se verificó, ya durante la cautividad de Babilonia, ya en la salida de esta cautividad; por lo cual le dice Dios a Sión estas palabras, que no se le disputan: *He aquí que te he grabado en mis manos; tus muros están siempre delante de mis ojos. Vinieron tus reedificadores; los que te destruían y assolaban, se irán fuera de ti;* las cuales palabras, según su explicación literal, tienen este sentido. Tengo en mis manos, oh Sión, el diseño de tu reedificación; vinieron o vendrán presto los que te han de edificar de nuevo, esto es, Zorobabel, Esdras y Nehemías; y los Caldeos que te han destruido, saldrán de tus confines, y serán castigados. *¿Quién creyera, que si aun esto poco que aquí conceden a la Sión llorosa, se verificó en la salida de Babilonia?* Lo veréis más despacio en el fenómeno VII, a donde me remito por ahora.

146. Mas no es esto lo más singular. En el versículo antecedente, nos dicen que quien habla, y se lamenta en espíritu es la Sinagoga, es la Iglesia, es la esposa antigua del verdadero Dios; y no obstante la respuesta que le da el Señor, se endereza solamente a la Sión material, o a la ciudad y fortaleza de David; y toda la consolación se reduce a que será reedificada de nuevo materialmente. *Digo toda la consolación,* porque lo que se sigue desde aquí hasta el fin del capítulo, ya no se puede conceder ni a la Sión espiritual, ni mucho menos a la material, ni a los tiempos de Zorobabel, Esdras y Nehemías. Son cosas demasiado grandes las que se dicen. Así, deben ser para otros tiempos, y para otra Sión, esto es, para la Iglesia presente. No hay que preguntar por qué razón, o con qué justicia se quita a una pobre viuda llena de trabajos, aquello poco que le queda, que es la esperanza; y esto para darlo a otra, que no es viuda ni pobre, sino opulentísima, a quien todo le sobra. Esta razón no se produce o porque no la hay, o porque no es necesaria; son cosas que no pueden entenderse de otro modo, sin gran detrimento del sistema.

Se examinen estas ideas a la luz de la profecía

Párrafo III

147. Para conocer con toda certeza, si estas ideas son justas o no, consideremos con alguna mayor atención el contexto de todo este capítulo. Esto es todo lo que precede a la queja de Sión. Con esto solo entenderemos al punto, así el tiempo de que se habla, como la ocasión y circunstancias de esta queja; por consiguiente, el misterio de la profecía todo

entero. Lo primero que se presenta a los ojos clarísimamente, es, que desde la primera palabra empieza hablando sin interrupción el Espíritu de Dios, en persona del Mesías, y prosigue hablando hasta el fin, y aun hasta el capítulo siguiente. Habla primeramente con todos los pueblos de la tierra, a quienes pide toda su atención, como que son cosas de suma importancia las que va a decirles: *Oíd, islas, y atended, pueblos de lejos...* Empieza dando una idea general, aunque grande y magnífica, de la excelencia de su persona, de su dignidad, de su ministerio, de los grandes designios que Dios tiene sobre él, para los cuales lo envía a la tierra: *El Señor desde la matriz me llamó, desde el vientre de mi madre se acordó de mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda, con la sombra de su mano me protegió, y púsome como saeta escogida, escondiome en su aljaba.*

148. Dice luego la misión que tiene de Dios directa e inmediatamente para la casa de Jacob, *Y ahora el Señor, que me formó desde la matriz por su siervo, me dice, que yo he de conducir a él a Jacob.* Lo cual concuerda perfectamente con lo que él mismo dijo después, asegurando en términos formales, que no había sido enviado de Dios, sino para las ovejas perdidas de la casa de Jacob: *No soy enviado sino a las ovejas, que perecieron de la casa de Israel.* Concuerda con lo que dice a las gentes cristianas su propio Apóstol: *Digo pues, que Jesucristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los Padres*⁽²⁰⁰⁾; y con lo que dice en la epístola a los Gálatas: que el Señor eligió a San Pedro, y lo envió directamente *para el apostolado de la circuncisión.*

149. Prosigue el Mesías diciendo claramente lo que hemos visto hasta ahora, y veremos después con nuestros ojos, es a saber, que aunque Dios lo enviaba directamente, *a las ovejas que perecieron de la casa de Israel,* o lo que es lo mismo, para *conducir a él a Jacob;* no se conseguiría por entonces este fin primario e inmediato de su misión: *mas Israel no se congregará.* Y como mirando presente la resistencia que le había de hacer este pueblo ingrato, y las terribles consecuencias que debían seguirse contra el mismo pueblo, *según las Escrituras,* llora y se lamenta de haber trabajado en vano, y de haber consumido sin fruto alguno toda su fortaleza. *Y dije yo: En vano he trabajado sin motivo, y en vano he consumido mi fuerza.* Da muestra de aflicción y dolor, por lo que mira a la perdición de Israel, y también de confusión y rubor, por lo que toca a su propia persona; como si no tuviese que responder a su divino Padre; ni como excusarse de no haber sido recibido de su pueblo escogido (por la suma iniquidad de que lo halló lleno) *mas (les fue) en piedra de tropiezo, y en piedra de escándalo... en lazo y en ruina a los moradores de Jerusalén.* Se consuela, no obstante, con haber hecho con este pueblo cuanto estaba de su parte; por lo cual será, no sólo excusado, sino aprobado y glorificado en los ojos de Dios: *por tanto mi juicio con el Señor, y mi obra con mi Dios... y glorificado he sido en los ojos del Señor, y mi Dios ha sido mi fortaleza.*

150. Pasa luego inmediatamente a referir el consuelo que le da su Padre en medio de tantas aflicciones; prometiéndole en lugar de Israel que se perdía por su incredulidad, otro pueblo mayor y mejor; el cual se debía sacar de entre las naciones de la tierra. Dios me dice, añade el Mesías, poco es que seas mi siervo solamente, o mi enviado para despertar o llamar las tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel; en falta de éstos, serás ahora la luz de las gentes, y llevarás mi salud hasta los extremos de la tierra. Estas últimas

palabras, para los judíos las más terribles, les trajo a la memoria el apóstol San Pablo, cuando desesperanzado de su conversión, en que tanto había trabajado, se despidió de ellos, diciéndoles: *A vosotros convenía que se hablase primero la palabra de Dios; mas porque la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, desde este punto nos volveremos a los gentiles. Porque el Señor así nos lo mandó: Yo te he puesto para lumbre de las gentes, para que seas en salud hasta el cabo de la tierra.* Y en otra parte, capítulo último, versículo 28. *Pues os hago saber a vosotros que a los gentiles es enviada esta salud de Dios, y ellos oirán.* En consecuencia de esto, prosigue el Mesías anunciando los efectos admirables de la vocación de las gentes, y el fruto copioso que se recogería de entre ellas; los reyes y príncipes que reconocerían al verdadero Dios, y le adorarían; y la multitud de pueblos, naciones y lenguas, que vendrían de las cuatro plagas de la tierra, a la unidad de una Iglesia, de un culto, y de una religión: *Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán por el Señor, porque es fiel, y por el Santo de Israel, que te escogió. He aquí como unos vendrán de lejos, y otros del Aquilón, y del mar, y aquéllos de la tierra del mediodía.*

151. En este tiempo, pues, y en estas circunstancias en que se mira como presente, y en que se supone ya propagada la fe, y establecida entre las gentes la Iglesia de Dios; en este tiempo en que se mira, generalmente hablando, todo el cuerpo de la nación israelítica, como no congregado a la voz de su Mesías; y por consiguiente como no suyo, ni digno de sí; *mas Israel no se congregará;* en este tiempo, vuelvo a decir, es cuando llora y se lamenta Sión, o el Espíritu de Dios en persona suya: *con gemidos inexplicables,* de que su Mesías mismo la ha abandonado y olvidado del todo, pasándose enteramente a las gentes: *Y dijo Sión: Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí.*

152. Siendo esto así, como lo es, con toda la certeza que cabe en el asunto, ¿a qué viene en este tiempo, de que se va hablando, en que se supone venido el Mesías, arrojada Sión, llamadas las gentes, predicado el Evangelio en las cuatro plagas del orbe, etc., a qué propósito viene en este tiempo el llanto de los cautivos de Babilonia, ni la consolación que se les da, de que Sión, la ciudad o fortaleza de David, será materialmente edificada de nuevo, y los Caldeos castigados? Y todas las otras cosas, que se le dicen a la misma Sión que llora y se lamenta, ¿por qué no se acomodan también a los cautivos de Babilonia, y a la vuelta de esta cautividad? ¿Acaso porque ésta es una empresa imposible? Sí, amigo, porque es una empresa imposible. Si fuese de algún modo posible, no se dejara tan presto aquel tiempo, aquella cautividad, aquella Sión; no se diera un salto tan repentino y tan prodigioso, desde lo material, hasta lo espiritual; desde aquellos tiempos hasta estos nuestros; desde aquella Sión hasta otra Sión, a quien se le da este nombre graciosamente, la cual ni habla en la profecía ni se habla con ella. Bien fácil cosa es, acomodar a un párvulo de dos o tres años, una pequeña parte de vestido, que se hizo para un hombre de madura edad, y de estatura más que mediana; mas el acomodarlo todo justamente, sin artificio ni violencia, esto es, sin cortar ni plegar, parece algo más que difícil, y esta misma dificultad es la prueba más convincente, de que aquel vestido realmente no se hizo para el párvulo. La semejanza es de bien fácil aplicación.

153. Fuera de esto, sería bueno examinar aquí con la mayor formalidad posible, hasta saberlo de cierto, si nos es lícito, si se ha dejado en nuestras manos, y a nuestra libre

disposición, el cortar, el dividir, el despedazar como nos pareciere, la divina Escritura. Si somos dueños absolutos de dividir en varias piezas una misma profecía, y disponer de estas piezas, según nos pareciere mejor, dando unas piezas a un tiempo, y otras a otros; unas a los tiempos de la más remota antigüedad; otras (y las mejores que se hallan) a los tiempos en que vivimos; unas como de limosna a los míseros judíos, y éstas absolutamente inservibles; y todas las demás a las gentes, que son las que hacen esta repartición. Digo que sería bueno saber esto de cierto, porque a mí me parece cosa durísima, y algunas veces intolerable; y no obstante lo veo practicado así, con suma frecuencia en los doctores.

154. Si la queja de Sión (volviendo a mi proposición) si toda la causa de su lamento no es otra, según todo el contexto de la profecía, sino que Dios la ha desamparado, y su Mesías se ha olvidado de ella, pasándose enteramente a las gentes, ¿qué consuelo es decirle, que será edificada materialmente, o que ya lo fue en otros tiempos, o los Caldeos castigados? Cuando éstos son unos sucesos tan pasados, tan poco dignos de consideración, tan fuera de propósito, tan ajenos de los tiempos de que se habla, ¿qué consuelo es decirle y prometerle tantas otras cosas, si al fin estas cosas no son para ella, como pretenden los doctores, sino para otra nueva dilecta, por quien ella ha sido da y olvidada?

155. El caso es, amigo mío, (y excusad la libertad con que tal vez me es necesario hablar) el caso es, lo primero, que los cristianos tienen ahora delante de sus ojos a pérfidos judíos, que éste es su ordinario sobrenombre; ven su estado presente de vileza, de abatimiento y de miseria extrema; ven su dureza, su obstinación, su ceguedad y su ignorancia actual; y les parece imposible que puedan verificarse en ellos unas promesas de tanta dignidad. ¡Como si el que promete no fuese aquel mismo Dios (de quien se dice): *Fiel es el Señor en todas sus palabras, y santo en todas sus obras!* ¡Como si el que pudo *de estas piedras levantar hijos a Abrahán*, no pudiese ya hacer otro milagro semejante, y mucho más fácil, haciéndose hijos verdaderos de Abrahán, a los que ya lo eran según la carne! ¡Como si el que anuncia y promete cosas tan grandes a las reliquias de Israel, no fuese aquel mismo Espíritu de verdad, que anunció y amenazó, con términos igualmente claros y expresivos, el estado miserable en que ha visto y ve todo el mundo a todo Israel! El caso es, lo segundo (y esta parece la principal causa, y el verdadero motivo) iba a decir... mas temo sacar a luz una verdad, y revelar un secreto antes de tiempo. Me explicaré plenamente en todo el fenómeno siguiente, cuyo título debe ser:

La Iglesia cristiana

Se considera más en particular y más de cerca la profecía de Isaías

Párrafo IV

156. Hasta aquí hemos atendido solamente a las circunstancias de esta profecía: es a saber, ¿con quién habla, en qué ocasión, y para qué tiempo? Hemos concluido, al parecer con evidencia, lo primero: que se habla con Sión, antigua esposa de Dios, y que a ella sola se dirigen, no una ni cuatro, sino todas las palabras consolatorias, y todas las

promesas que contiene la profecía. Lo segundo: que se habla con esta antigua esposa de Dios, no en otro estado, sino en el estado de soledad, de viudez, de abandono, en que quedó después del Mesías, y después que otra esposa nueva ocupó su puesto. Lo tercero: que no habiéndose verificado jamás en la Sión con quien se habla, cosa alguna de cuantas se le dicen y prometen, deberemos esperar otro tiempo, en que todas se verifiquen: *la mano del Señor no se ha encogido para no poder salvar.*

157. Esto supuesto, veamos ahora brevemente las cosas mismas que se dicen y prometen a esta antigua esposa de Dios. Ellas son tan grandes, que por eso mismo se ha pensado que no pueden hablar con ella. Sin esto no hubiera habido quien se las disputase; puesto que las primeras palabras con que empieza el Señor su consolatoria, son tan amorosas, tan tiernas, tan expresivas, que ellas solas muestran claramente, que debe haber alguna grande y extraña novedad; así de parte de Sión, que llora su soledad y desamparo, como de parte del Mesías, que atiende a su llanto, y se pone de propósito a consolarla. «¿Puede acaso una madre (empieza diciendo) olvidarse de su tierno infante? ¿Puede mirar con indiferencia el dolor y aflicción del fruto de su vientre? Pues más fácil es esto, que no que yo me olvide de ti.» Después de este primer requiebro sumamente expresivo, para que no piense que son únicamente buenas palabras, pasa luego a decirle toda la gloria y honra que le tiene preparada. Y en primer lugar le habla de su próxima reedificación siguiendo siempre la metáfora de la ciudad de David, es decir, le habla de su renovación, de su ascensión, de su remedio pleno, cuyo diseño o cuyo plan, dice que lo tiene como grabado en sus propias manos. Y como si ya estuviese concluida esta renovación, de que se habla en todos los Profetas, la convida en espíritu a que levante sus ojos, y mire por todas partes al rededor de sí. ¿Y qué es lo que ha de mirar? Es aquello mismo que es toda la causa de su llanto. Lloras (como si dijera) porque me he pasado a las gentes, y vivido entre ellas tantos siglos, obligado de tu incredulidad, y de tu extrema ingratitud; ved aquí el fruto copiosísimo que se ha recogido por mi solicitud. Todos estos hijos de Dios, *que estaban dispersos*, se han congregado *en uno*; todas estas ovejas, *que no eran de este aprisco*, han sido traídas a este ovil, o a este rebaño sobre mis propios hombros; y todos se han congregado y venido, no solamente para mí, sino también para ti. No tienes que mirarlos como extraños, tú eres su propia madre, y ellos son tus propios hijos. Yo te juro que de todos ellos te vestirás algún día, y todos te servirán de galas y de joyas preciosísimas: *Vivo yo, dice el Señor, que de todos éstos serás vestida como de vestidura de honra, y te los rodearás como una esposa.*

158. Estos hijos tuyos (prosigue diciendo) no obstante que son hijos de tu esterilidad; estos hijos que te han nacido, sin saberlo tú, en aquellos mismos tiempos en que has vivido *como viuda, y verdaderamente viuda y desamparada*; estos hijos tuyos serán tantos, que no pudiendo caber en tus confines, *desde el río de Egipto hasta el grande río Eúfrates*, te pedirán un espacio mayor en que habitar (expresiones todas conocidamente figuradas). *Aún dirán en tus oídos los hijos de tu esterilidad: angosto es para mí el lugar, hazme espacio para que yo habite.* Entonces dirás, oh Sión, dentro de tu corazón: ¿quién me ha parido estos hijos? ¡Yo estéril, yo viuda, yo *leño seco*, incapaz tantos siglos ha de parir hijos de Dios! ¡Yo desterrada, cautiva, abominada de Dios y de los hombres, olvidada, destituida y sola! Y estos hijos míos, ¿de dónde han salido? Y éstos, ¿dónde estaban? Y éstos, ¿quién me los ha criado, sustentado y educado?

159. Paremos aquí un momento. Estas palabras ¿quién las dirá, o a quién pueden competir? ¿Acaso a la Iglesia cristiana, a la esposa actual del verdadero Dios? ¿No veis la impropiedad y la repugnancia? La esposa actual no puede ni ha podido jamás decir con verdad: *yo estéril, y sin parir, echada de mi patria, y cautiva... desamparada y sola...* Pues si esto no compete de modo alguno a la esposa actual; luego no se habla con ella de modo alguno; luego se habla con su antecesora. No hay medio entre estas dos cosas. Sabemos de cierto que Dios sólo ha tenido dos esposas. La primera la apartó de sí por justas razones, *con indignación y con grande ira*; la segunda que entró en su lugar, es la que ahora reina; a ésta no le competen las palabras de que hablamos; luego a la primera; luego esta misma es la que las dirá algún día, a vista de los innumerables hijos de Dios que le han nacido en el tiempo mismo de su esterilidad.

160. Síguese de aquí, lo primero: que esta antigua esposa de Dios, actualmente estéril, desterrada, cautiva, destruida y sola, ha de salir algún día de su estado actual, ha de salir de su destierro, de su cautiverio, de su soledad, de su esterilidad; ha de ser llamada otra vez, y asunta a su antigua dignidad. Y si no, ¿cuándo, ni cómo podrá decir estas palabras? *Y dirás en tu corazón: ¿Quién me engendró éstos? Yo estéril, y sin parir, echada de mi patria, y cautiva; y éstos, ¿quién los crió? Yo desamparada y sola... éstos, ¿en dónde estaban?* Síguese lo segundo: que todos los hijos de Dios que han nacido, y en adelante nacieren y se congregaren de entre las gentes, todos son en la realidad hijos de aquella primera esposa; pues a ella se han de atribuir, a ella se han de agregar, a ella han de reconocer por madre, y le han de servir de ornamento y de gloria: *vivo yo, dice el Señor, que de todos éstos serás vestida como de vestidura de honra, y te los rodearás como una esposa.*

161. Se puede ahora temer, no sin gran fundamento, que estas cosas que acabo de decir os causen alguna gran novedad, y tal vez alguna especie de escándalo, pareciéndoos (aunque todavía muy confuso) que ya me acerco al precipicio, y que al fin como judío, no estoy muy lejos de judaizar. No, amigo mío, no temáis donde no hay que temer; no seáis uno de aquellos de quienes se dice en el salmo XIII, *allí temblaron de miedo, donde no había motivo de temor.* Estoy muy lejos y ajenísmo de esta estulticia. Lo que es judaizar, y lo que únicamente merece este nombre, no ignoro. Así, creo firmemente como una verdad de fe, definida en el primer concilio de la Iglesia, que la circuncisión y las otras observancias puramente legales de la ley de Moisés, no obligan de modo alguno a los cristianos, ni son necesarias, ni aun conducentes para la salud; *mas creemos ser salvos por la gracia del Señor Jesucristo.* El creer alguna cosa contraria a esta verdad, es lo que únicamente se llama judaizar. Si fuera de esto hay otra cosa que merezca este odioso nombre, yo la ignoro absolutamente, ni me parece posible señalarla. En consecuencia de esto, habréis reparado ya, o deberéis repararlo, que cuando digo que la casa de Jacob, la cual fue antiguamente pueblo de Dios y esposa suya, y ya ahora no lo es, lo volverá a ser en algún tiempo; no hablo de otro modo que como habla la divina Escritura, esto es, que volverá a serlo en otro estado infinitamente diverso, y bajo de otro testamento nuevo y sempiterno: *Y asentaré con ellos otra alianza sempiterna; haré con vosotros un pacto sempiterno, las misericordias firmes a David; y haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá...; y haré con ellos un pacto eterno, y no dejaré de hacerles bien; y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí.*

162. Si aun con esta limitación os causan todavía novedad y extrañeza las cosas que voy hablando, me será necesario aplicaros aquellas palabras que decía Cristo, en ocasión muy semejante, al legisperito y pío Nicodemus: *¿Tú eres Maestro en Israel, y esto ignoras? ¿Puedes ignorar que todos los hijos de Dios, que después del Mesías se han recogido y se recogerán de entre las gentes, son todos del linaje de aquella mujer? Y si todos son de su linaje, luego todos son sus verdaderos hijos, y todos realmente le pertenecen; así como hablando según la naturaleza, todos los hombres somos hijos de Eva, y todos pertenecemos a esta común madre de todos. ¿Puedes ignorar que ninguno puede ser salvo, ni ser admitido a la dignidad de hijo de Dios sin la fe? ¿Y puede haber verdadera fe sino en los hijos verdaderos de Abrahán? Reconoced, pues, que los que son de la fe, los tales son hijos de Abrahán... Y así los que son de la fe, serán benditos con el fiel Abrahán. ¿Puedes ignorar que no hay salud, ni la puede haber en la presente providencia, sino la que ha venido a las gentes por medio de los judíos? Es decir, no hay salud, sino para los hijos verdaderos del fiel Abrahán, que por medio de una fe verdadera y sincera se han agregado a su familia. ¿Puedes ignorar, que todos los creyentes de las naciones no son ya en realidad aquellas mismas ramas silvestres, cortadas de los bosques e ingertas en buena oliva por la sabia mano de Dios? ¿Puedes ignorar que todo el fruto que han dado y pueden dar estas ramas silvestres, ni es ni son de su propia sustancia, ni de la sustancia de los árboles salvajes de donde fueron misericordiosamente sacadas, sino de la pingüe y preciosa sustancia de la buena oliva donde han sido injertos? ¿Tú eres Maestro en Israel, y esto ignoras?... y tú siendo acebuche, fuiste injerido en ellos, y has sido hecho participante de la raíz, y de la grosura de la oliva. Los que pensaren de otro modo deben esperar, que luego inmediatamente les diga al oído su propio Apóstol: *No te jactes contra los ramos* (los propios de la buena oliva, cortados por la incredulidad), *porque si te jactas, tú no sustentas a la raíz, sino la raíz a ti. No me detengo en lo que resta de la profecía de Isaías, porque algo se ha de dejar a la reflexión de quien lee; ello es tan claro, que no será menester mucho tiempo, ni mucho trabajo.**

Otros lugares de la escritura.

Párrafo V

163. Sin salir de Isaías, hallamos tanto sobre el asunto presente que parece imposible tocarlo todo, ni aun siquiera la centésima parte, sin una prolija y molestísima difusión. Para suplir esta falta de algún modo razonable, que nos traiga alguna utilidad, yo sólo quisiera advertir o hacer reparar una cosa, que me parece clarísima en Isaías, sin la cual no alcanzo cómo pueda entenderse este Profeta de un modo seguido y natural. Lo que deseo hacer reparar es, que desde el capítulo XLIX cuando menos, hasta el LXVI, que es el último, se nota clara y distintamente que todo es una conversación o una especie de diálogo, en que se ven hablar tres personas: esto es, Dios, el Mesías, y Sión; y todo cuanto hablan parece que es sobre un mismo asunto o interés, sin salir de él, ni divertir la conversación a otra cosa.

164. La primera persona que habla es Dios, y es bien fácil observar, que siempre que habla (que es pocas veces, y pocas palabras) o habla con el Mesías, o con Sión. La segunda es el Mesías mismo, él es el que abre la conversación, y hace en toda ella como

el papel principal. Empieza pidiendo atención a todos los países y a todos los pueblos de la tierra: *Oíd, islas, y atended, pueblos de lejos*; y desembarazado brevemente de todo lo que pertenece a su primera venida al mundo, tan favorable, respecto de las gentes, como funesta para Sión, vuelve sus ojos llenos de compasión a la misma Sión que se representa allí mismo como cubierta de luto y de tristeza, a vista de la felicidad de las gentes, y de su propia infelicidad, diciendo estas solas palabras en medio de su llanto: *Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí*. Desde este punto para adelante, en los diez y ocho capítulos que se siguen, ya no se ve que hable una sola palabra con otras personas que con Sión; y esto no en cualquiera estado indeterminado, sino precisamente de humillación, de soledad y de abandono, en que quedó después de su primera venida, y en consecuencia de su incredulidad. Esto es tan claro, que casi no es menester otro estudio, que la simple lectura, con esta advertencia. Así se ve en todos estos diez y ocho capítulos, que ya consuela a la infeliz Sión, ya la reprende, ya la exhorta a penitencia, ya le trae a la memoria sus antiguos delitos, va también el mal recibimiento que le hizo cuando vino al mundo: *Porque vine, y no había hombre; llamé, y no había quien oyese*. Ya se muestra algunas veces indignado e incapaz de aplacarse, sin duda para darle a conocer la grandeza de su mal, ya la avergüenza y la confunde más con el ejemplo de las gentes que han oído su voz, lo han conocido, lo han buscado, y lo han hallado: *Buscáronme los que antes no preguntaban por mí, halláronme los que no me buscaron. Dije: Vedme, vedme a una nación, que no invocaba mi nombre. (Mas Israel por el contrario dice:) Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo*, ya en fin la consuela, la alienta, le renueva las antiguas promesas, le hace otras de nuevo mucho mayores, se compadece de sus trabajos, se enternece con ella, etc.

165. La tercera persona que habla es la misma Sión, con quien se habla, en la cual se ve una grande y prodigiosa variedad de afectos, todos buenos, todos santos, todos conducentes para la salud, o que ya la supone. Se ven en ella afectos de confusión, de penitencia, de llanto, de confesión sincera y franca de sus delitos, de admiración, de agradecimiento, de esperanza, y también de amor y caridad perfecta. Como una persona que despierta de un profundo sueño, o como un sordo y ciego que empieza a oír y ver, y todo le coge de nuevo. Entre otras cosas dignas de atención, podéis reparar y comprender al punto por el contexto mismo, que todo el capítulo LIII que parece una historia abreviada y completa de la pasión y muerte del Mesías, no es otra cosa, que lo que dice Sión en medio de su llanto, después que ha conocido al mismo Mesías, que ella reprobó y puso en una cruz: *¿Quién ha creído lo que nos ha oído? (empieza diciendo) ¿y el brazo del Señor a quién ha sido revelado? ¿Quién de nosotros (como si dijera) creyó a sus propios oídos? ¿Y el brazo del Señor (o lo que es lo mismo) el Verbo de Dios o el Mesías, quién lo conoció? Lo oímos a él mismo que nos habló palabras de vida, y no lo creímos, ni lo conocimos siquiera por la voz, como debíamos conocerlo según las Escrituras, de lo cual se quejaba él mismo, diciendo: ¿Por qué no entendéis este mi lenguaje? Oímos después a sus discípulos, y lejos de creerlos los despreciamos, y aun los perseguimos del mismo modo. Hemos oído hablar de él en todas las partes del mundo, donde hemos estado dispersos, por espacio de tantos siglos, y no hemos creído jamás a nuestros oídos. Lo vimos con nuestros ojos cuando fue visto en la tierra, y conversó con los hombres, y tampoco creímos a nuestros ojos, no viendo en él aquella grandeza y majestad mundana, que nos habíamos figurado, y que nos habían anunciado nuestros*

doctores. *Le vimos, y no era de mirar, y le echamos menos. Despreciado, y el postrero de los hombres, varón de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él... nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado. Mas él fue llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados... Todos nosotros como ovejas nos extraviamos, cada uno se desvió por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros... Yo no tengo tiempo para detenerme en estas observaciones particulares, que puede hacer cualquiera con sólo una poca de atención.*

166. Entre tantas cosas y tan diversas como dice el Mesías a Sión en esta larga conversación, se deben notar especialmente aquellas que hacen a nuestro propósito actual, esto es, las que son de consuelo y esperanza, y contienen alguna promesa extraordinaria. Por ejemplo, estas que aquí apunto, como por muestra de otras muchísimas, del todo semejantes, que pudiera mostrar.

167. Primero: en el capítulo LI, versículo 16, hablando Dios con el Mesías, le dice estas palabras: *Puse mis palabras en tu boca, y con la sombra de mi mano te cubrí, para que plantes los cielos, y cimientes la tierra; y digas a Sión: Mi pueblo eres tú.* En consecuencia de esto, toma al punto las palabras el mismo Mesías, y vuelto a Sión, y viéndola tan abatida, y confundida con el polvo de la tierra, le dice así desde el versículo 17.

168. *Álzate, álzale, levántate, Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira; hasta el fondo del cáliz dormidero bebiste, y bebiste hasta las heces... Tus hijos fueron echados por tierra, durmieron en los cabos de todas las calles, como orige enlazado; llenos de la indignación del Señor, del castigo de tu Dios. Por tanto oye esto, pobrecilla, y embriagada no de vino. Esto dice el dominador tu Señor y tu Dios, que peleará por su pueblo: Mira que he quitado de tu mano el cáliz de adormecimiento... no lo volverás a beber en adelante. Y lo pondré en manos de aquellos que te abatieron, y dijeron a tu alma: Encórvate, para que pasemos; y pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino a los pasajeros.*

169. Segundo: capítulo LII. *Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sión, vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalén, ciudad del Santo; porque no volverá a pasar por ti en adelante incircunciso ni inmundo. Sacúdete del polvo, levántate; siéntate, Jerusalén; suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión. Porque esto dice el Señor: De balde fuisteis vendidos, y sin plata redimidos.*

170. Tercero: capítulo LIV. *No temas, porque no serás avergonzada, ni sonrojada; pues no tendrás de qué afrentarte, porque te olvidarás de la confusión de la mocedad, y no te acordarás más del oprobrio de tu viudez. Porque reinará en ti el que te crió, el Señor de los ejércitos es el nombre de él; y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra. Porque el Señor te llamó como a mujer desamparada, y angustiada de espíritu, y como a mujer, que es repudiada desde la juventud, dijo tu Dios. Por un momento, por un poco te desamparé, mas yo te recogeré con grandes piedades. En el momento de mi indignación escondí por un poco de ti mi cara, mas con eterna*

misericordia me he compadecido de ti, dijo el Señor tu Redentor. Esto es para mí como en los días de Noé, quien juré que yo no traería más las aguas de Noé sobre la tierra; así juré, que no me enojaré contigo, ni te reprenderé. Porque los montes serán conmovidos, y los collados se estremecerán; mas mi misericordia no se apartará de ti, y la alianza de mi paz no se moverá, dijo el Señor compasivo de ti. Pobrecilla combatida de la tempestad, sin ningún consuelo. Mira que yo pondré por orden tus piedras, y te cimentaré sobre zafiros... Y serás cimentada en justicia; ponte lejos de la opresión, pues no temerás, y del espanto, que no llegará a ti.

171. Cuarto: capítulo LX. *Y vendrán a ti encorvados los hijos de aquellos que te abatieron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te desacreditaban, y te llamarán la ciudad del Señor, la Sión del Santo de Israel. Porque fuiste desamparada, y aborrecida, y no había, quien por ti pasase, te pondré por lozanía de los siglos, para gozo en generación y generación. Y mamarás leche de las naciones, y serás amamantada, por el pecho de los Reyes; y sabrás, que yo soy el Señor tu Salvador, y tu Redentor, el fuerte de Jacob... No se oirá más hablar de iniquidad en tu tierra, ni habrá estrago ni quebrantamiento en tus términos, y ocupará la salud tus muros, y tus puertas la alabanza.*

172. Quinto: capítulo LXII. *De allí adelante no serás llamada desamparada; y tu tierra no será ya más llamada desierta... Y los nombrarán, Pueblo santo, redimidos por el Señor. Mas tú serás llamada: La ciudad buscada, y no la Desamparada.*

173. Sexto: capítulo LXVI. *Alegraos con Jerusalén, y regocijaos con ella todos los que la amáis; gozaos con ella de gozo todos los que lloráis sobre ella, para que maméis, y seáis llenos de la teta de su consolación; para que chupéis, y abundéis en delicias de toda su gloria. Porque esto dice el Señor: He aquí que yo derivaré sobre ella como río de paz, y como arroyo que inunda la gloria de las gentes, la cual mamaréis; llevados seréis a los pechos, y sobre las rodillas os acariciarán. Como la madre acaricia a su hijo, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados.*

174. Considerad por último todo el capítulo II de Oseas, en que veréis abreviado todo el misterio de que actualmente hablamos, desde el principio hasta el fin. Lo primero: le anuncia Dios a su esposa infiel, que llegará el caso de privarla enteramente de su dignidad, que la arrojará ignominiosamente de su casa, que la abandonará del todo, que la mirará como si no fuera su esposa, ni él su marido, que no hará caso de sus hijos, ni se moverá a compasión. *Juzgad a vuestra madre* (o como leen los 70, *sed juzgados con vuestra madre*), *juzgadla; porque ella no es mi mujer, ni yo su marido... Y no tendré misericordia de sus hijos.* Lo segundo: le anuncia los terribles trabajos y calamidades que padecerá en su soledad y desamparo, y todo de su mano y por orden suya: *he aquí yo cercaré tu camino con espinos, y lo cercaré con paredes, y no hallará sus senderos... manifestaré su locura a los ojos de sus amadores; y nadie la sacará de mi mano. Y haré cesar todo su gozo, su solemnidad, su Neomenia.* Lo tercero: le anuncia y le promete, así en este lugar como en el capítulo II, que después de bien castigada, trabajada, y humillada hasta lo sumo, abrirá finalmente los ojos, y dirá como el hijo pródigo del Evangelio: *Iré, y volveré a mi primer marido.* Lo cuarto, en fin: le anuncia que entonces llamará a su

Dios, diciéndole: *mi primer marido*; y le promete que entonces la recibirá otra vez, y se desposará con ella como de nuevo, y no la apartará jamás de sí: *Y te desposaré conmigo para siempre; y te desposaré conmigo en justicia, y juicio, y en misericordia, y en clemencia. Y te desposaré conmigo en fe; y sabrás que yo soy el Señor.*

175. Estos lugares que acabo de apuntar, omitiendo otros innumerables que se pueden ver en los profetas, parece que prueban invenciblemente, que aquella primera esposa de Dios (es decir la casa de Jacob) que después de la muerte del Mesías fue arrojada ignominiosamente de la casa del esposo por su iniquidad e incredulidad, ha de ser llamada algún día, y asunta con infinitas ventajas en otro estado y bajo de otro testamento sempiterno, a su primera dignidad, para no perderla jamás, que es todo lo que por ahora pretendíamos probar. Examinemos en seguida atentamente lo que alega la parte contraria.

Se proponen y examinan dos impedimentos.

Párrafo VI

176. La parte contraria, que sin duda tiene fuertes motivos para oponerse con todas sus fuerzas a la vocación y asunción de Sión, alega contra ella dos impedimentos, en tono de gran seguridad; y cierto, que mirados éstos desde cierta distancia, muestran un semblante verdaderamente terrible, capaz de acobardar y aun hacer temblar al más animoso. El primer impedimento está o se pretende estar de parte de la esposa actual de Dios; de aquella, digo, que entró en lugar de Sión, y ocupó el puesto que ella dejó vacío *por su incredulidad*. De aquélla de quien dice el Apóstol, citando el de Oseas: *Llamaré pueblo mío, al que no era mi pueblo; y amado, al que no era amado; y que alcanzó misericordia, al que no había alcanzado misericordia*. De aquélla de quien dice San Pedro: *en algún tiempo erais no pueblo, mas ahora sois pueblo de Dios; que no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habéis alcanzado misericordia*. El segundo impedimento está o se pretende estar de parte de la misma Sión, la cual se supone ya incapaz de otra cosa, que de desprecio y vilipendio. Uno y otro impedimento se presenta en tono tan decisivo, y con tan gran satisfacción, que según ellos parece que no queda lugar a la duda o la sospecha. No obstante, si nos acercamos un poco más, si los miramos con alguna particular atención, si llegamos a tocarlos con la mano, descubrimos al punto con admiración y pasmo, que el primero estriba únicamente sobre un puro sofisma, y el segundo sobre una insigne falsedad.

Primer impedimento

177. La sustancia de este primer impedimento se reduce en pocas palabras a este discurso: Dios no puede tener dos esposas diversas, así como no puede tener dos Iglesias diversas, porque la esencia de la Iglesia y de la esposa de Dios, esto es, de la parte activa de la misma Iglesia (que es la que propiamente se llama esposa madre, etc.) es la unidad; luego Sión no puede ser llamada otra vez y asunta de nuevo a la dignidad de esposa de Dios, que tuvo en otros tiempos. El antecedente es no sólo cierto sino dogma de fe. La consecuencia se prueba así: para que Sión pueda volver a ser esposa de Dios, es necesario que la esposa actual que entró en su lugar, caiga en algún tiempo en la desgracia del

esposo y en el mismo infortunio en que cayó Sión; así como fue necesario que cayese Sión y fuese arrojada de casa, para que entrase a reinar la esposa actual. A este propósito se dice en Isaías: *Estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno y al otro*. Ahora pues: es cierto e innegable, según las promesas infalibles del esposo mismo, que la esposa actual que entró en lugar de Sión, no puede jamás caer de su gracia, ni ser tratada con el mismo rigor; luego es imposible que Sión vuelva jamás a la dignidad de esposa de Dios. Si alguno duda de las promesas del esposo, vedlas aquí: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mas yo he rogado por ti* (le dijo el Señor a San Pedro), *que no falte tu fe. Y mirad* (añade) *que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo*.

178. ¡Oh amigo! ¿No ves ya con tus ojos lo que te decía poco ha? ¿Será posible que pases sobre un sofisma tan grosero sin advertirlo o sin darte por entendido? ¿Ignoras que este mismo sofisma fue el que alucinó a mis judíos, el que les hizo increíbles las amenazas de su Dios, el que les hizo ininteligibles y aun invisibles sus Escrituras? Óyeme ahora solamente estas dos palabras. Primera: las promesas del esposo que alega a su favor y contra Sión la parte contraria, ¿a quién se hicieron? Diréis sin duda, ni podéis decir otra cosa, que se hicieron a la iglesia que debía establecerse y como fundarse de nuevo *desde este punto, y hasta en siglo*, después del Mesías, y en consecuencia de su doctrina, de sus ejemplos, de su pasión y muerte, de su resurrección, de su ascensión al cielo, y de la efusión del Espíritu Santo. Yo paso un poco más adelante y pregunto más. Esta iglesia cristiana fundada por el Mesías ¿no estuvo mucho tiempo en sola los judíos? La parte activa y principal de esta iglesia, que es la que llamamos nuestra madre santa, y por consiguiente la esposa de Dios, ¿no estuvo muchos años en Jerusalén y en solos los judíos? ¿No se les dio a éstos solos inmediatamente de mano del esposo, toda la potestad espiritual, toda la jurisdicción *de ligar y desatar*, todo el gobierno y disposición, y dirección de la misma iglesia? ¿No floreció esta iglesia en Jerusalén y en solos los judíos con una santidad y perfección tan admirables y tan conformes a la institución de Cristo, cual nunca se ha visto después de ellos en todos los siglos posteriores? Todo esto es cierto e innegable por la historia sagrada.

179. Con todo esto, la Iglesia santa, fundada por el Mesías en Jerusalén y en solos los judíos, dejó poco después a los judíos (o ellos la dejaron, no queriendo entrar en ella) y se pasó a las gentes, y esto tan del todo, como si para ellas solas se hubiese fundado. El centro de unidad de la Iglesia cristiana, que el mismo esposo había puesto en Jerusalén, lo sacó de Jerusalén y lo puso en Roma, para mayor bien y comodidad de las mismas gentes. Todo lo activo de la misma Iglesia se quitó a los antiguos colonos o labradores, y se les dio a otros nuevos en consecuencia de la sentencia que ya estaba dada: *arrendará su viña a otros labradores*. Ahora bien: ¿en esta conmutación faltó el esposo a su real palabra? ¿No quedaron tan intactas sus promesas como la Iglesia misma a quien se habían hecho? ¿No hubiera sido una insigne estulticia en Jerusalén y en los judíos, alegar estas promesas del esposo, para probar que la Iglesia activa no podía pasarse a las gentes, ni el centro de unidad a Roma? Se espera con ansia la disparidad, y entre tanto decimos resueltamente, que el primer impedimento que se alega contra Sión, es nulo y de ningún valor, pues se funda en un equívoco o juego de palabras. Demás de esto se debe observar,

que la parte contraria pretende alegar a su favor aquellas promesas generales, hechas a la Iglesia cristiana, formada de las gentes, como si hablasen con ella sola. Mas las promesas que hablan directa e inmediatamente con Sión, de que están llenas las Escrituras, éstas se miran con otros ojos; éstas son de ningún valor; éstas no pueden entenderse como se leen; éstas, etc. Mas ¿por qué razón? ¿Con qué fundamento? ¿Con qué justicia?

180. Pero amigo mío, éste es un punto gravísimo que pide una observación particular. Os remito por ahora al fenómeno siguiente donde procuraremos tratarlo más de propósito, y más a fondo, no dejándolo solamente en un puede ser. Traed a la memoria entretanto, lo que queda dicho de las gentes cristianas en el fenómeno III, especialmente sobre la bestia de dos cuernos, y sobre la mujer sentada en la bestia, etc.

Segundo impedimento

El repudio de Sión

181. El segundo impedimento se pretende estar de parte de Sión misma. Ésta, dicen, no puede volver a ser esposa de Dios. ¿Por qué? Porque es una esposa repudiada, y repudiada en toda forma, como prescribía la ley. Preguntad ahora de dónde consta este repudio, y os remiten por toda respuesta al capítulo L de Isaías, y al capítulo III de Jeremías. Éstos son los únicos instrumentos que se han podido hallar en todos los archivos. Examinémoslos con atención y separadamente.

182. Cuanto al primer instrumento que es el primer versículo del capítulo L de Isaías, se debe observar en primer lugar, que este capítulo no puede separarse de modo alguno, sin una manifiesta violencia, del capítulo antecedente; porque no son dos asuntos diversos, sino uno solo el que en ellos se trata. Ya hemos observado poco ha, lo que se trata en todo el capítulo XLIX. Hemos notado, que quien habla en todo él, desde la primera hasta la última palabra, es el Mesías mismo, o el Espíritu de Dios en persona suya. Hemos notado en particular, que primero habla con todos los pueblos de la tierra, y a éstos no les habla de otra cosa, que de su primera venida y de todas sus resultas; llegando al versículo 14 vuelve los ojos y toda su atención a otra parte, esto es a Sión, que allí mismo se representa como abandonada de Dios, y de su Mesías, diciendo en medio de su llanto: *Me ha desamparado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí*. Se hace cargo de la causa de su dolor; da muestras las menos equívocas de compasión y de ternura; y como olvidado de todo otro interés, empieza luego a consolarla, y prosigue hablando con ella siempre palabras de consuelo hasta el fin del capítulo.

183. Es visible y clarísimo por todo el contexto, que este discurso del Mesías a Sión, no se termina aquí, ni se divierte a otro asunto, ni a otra persona. El mismo Mesías prosigue el mismo discurso en el capítulo L. Solamente se nota esta pequeña diferencia de ningún momento para el caso, que acabando de hablar con la madre Sión en el capítulo XLIX; en el L, se vuelve a sus hijos como si estuviesen allí presentes, y les hace estas dos preguntas. Primera: *¿Qué libelo de repudio es éste, (o cuál es éste) por el cual yo deseché a vuestra madre?* Segunda: *¿o quién es mi acreedor a quien os he vendido?* De estas dos preguntas, si se separan de todo el contexto, o si no quieren mirarse como

preguntas, es bien fácil concluir, que Dios ha repudiado a Sión y ha vendido a sus hijos por esclavos; mas atendido todo el contexto, como debe atenderse, se concluye evidentemente todo lo contrario, esto es, que no ha habido tal repudio de la madre, ni tal venta de sus hijos. Los que miran su estado actual de abandono, de abatimiento, de servidumbre, y todo ello tan prolongado, podrán hacerlo o pensarlo así; mas ¿con qué razón, dice el Señor. Si he repudiado verdaderamente a vuestra madre, ¿dónde está el libro o libelo de repudio que le di al despedirla de mi casa? ¿Quién tiene este libelo? ¿Quién lo ha visto jamás?

184. Naturalmente salta aquí a los ojos la alusión al capítulo XXIV del Deuteronomio. Mandaba la ley, que si alguno descontento de su legítima mujer quisiese repudiarla (lo cual como explicó después el Mesías mismo, sólo se permitió a los judíos (diciéndoles) *por la dureza de vuestros corazones*) no lo hiciese, ni pudiese hacerlo sin dar a la mujer antes de despedirla un libelo o una escritura auténtica, en que declarase que aquella mujer quedaba libre; que el contrato matrimonial quedaba disuelto; que él cedía de todo su derecho; por consiguiente, que aquella mujer podía casarse con otro, según su voluntad. A esta ley alude aquí manifiestamente el Señor, cuando hablando con todos los hijos de Sión, les pregunta por el libro o escritura de repudio que dio a su madre al despedirla de su casa. Como si dijera: es verdad que yo eché de mi casa a vuestra madre *en el momento de mi indignación*, por la enormidad de sus delitos; mas no es lo mismo echarla de casa que repudiarla. Si cuando la eché de casa no le di libelo de repudio, como está mandado en vuestra ley, con esto sólo di a entender que no la echaba para siempre, que no cedía de mi derecho, que no disolvía el matrimonio, que ella no quedaba libre para desposarse con otro Dios, sino del todo sujeta a mi dominio. Por consiguiente que podía llamarla otra vez, y que en efecto mi intención era llamarla cuando me pareciese, cuando hubiese sufrido su doble confusión, cuando hubiese recibido según su mérito. Tampoco os he vendido a vosotros, prosigue el Señor, y si no que comparezca el comprador, muestre la escritura de contrato, o mi recibo, del precio que dio: *¿o quién es mi acreedor, a quién os he vendido?* Si os he vendido, ha sido *de balde*, ha sido *sin precio*; lo cual no merece con propiedad el nombre de venta. Por eso les dice en el salmo XLIII, 12 y 13: *Nos entregaste como ovejas de vianda, y nos esparciste entre las naciones. Vendiste tu pueblo sin precio.*

185. Todo este misterio conforme lo vamos viendo en el texto de Isaías, lo leemos más en breve, y pintado con colores más vivos y más claros en el Profeta más lacónico, que por eso mismo parece el más oscuro de todos. Mandó Dios al profeta Oseas que buscara una mujer, *amada de su amigo, y adúltera*, que se desposara con ella, y la amara: *así como el Señor ama a los hijos de Israel, y ellos vuelven los ojos a dioses ajenos, y aman el orujo de las uvas*. Hallada esta mujer sin gran dificultad, hecho el contrato y desposado con ella, el profeta tuvo orden de Dios de apartarla de sí, y de ponerla en las manos, no libelo de repudio, sino otra especie de libelo mucho más breve, o una declaración formal en estas precisas palabras: *Muchos días me aguardarás; no fornicarás, ni te desposarás con otro; y también yo te aguardaré a ti*. El Profeta mismo explica luego al punto el enigma, diciendo:

Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin efod, y sin terafines. Y después de esto volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días.

186. Veis aquí el estado miserable de soledad, y de verdadera viudez en que quedó Sión después del Mesías, y en que la ha visto y ve todavía todo el mundo. Este estado se representa aquí con la mayor viveza y propiedad posible. Desde que el Señor la apartó de sí, no ha hecho otra cosa que esperar; y esta esperanza, esta expectación ha sido su único consuelo, en medio de sus grandes tribulaciones (como se le encarga en su especie de libelo): *Muchos días me aguardarás*. En estos muchos días que ya se pueden contar por millares, ni se ha casado Sión con otro Dios, ni tampoco ha caído jamás en alguno de aquellos excesos, que tanto la deshonraron en otros tiempos (como también se le encarga en su libelo): *no fornicarás, ni te desposarás con otro*. Aun sus mayores enemigos se ven precisados a confesar la verdad, y dar testimonio de su honradez en este punto particular. Todos la acusan, la reprenden, la condenan por su dureza, por su ceguedad, por su obstinación, y por otros delitos, o verdaderos o supuestos; mas ninguno la acusa, ni la ha acusado jamás, desde el Mesías hasta el día de hoy, de aquel exceso horrible que la Escritura divina llama fornicación, esto es, de idolatría; mucho menos de irreligión, o de ateísmo. Estas dos cosas, que se le encargan o se le anuncian en su especie de libelo, las ha observado y las está observando con toda aquella fidelidad y perfección, de que es capaz en el estado presente. Primera: *Muchos días me aguardarás*. Segunda: *no fornicarás, ni te desposarás con otro*.

187. Queda la tercera, que no toca a ella, sino a Dios: *y también yo te aguardaré a ti*; la cual debemos creer que el mismo Dios ha cumplido y está cumpliendo por su parte. Es decir, que la está esperando, y la espera hasta aquellos tiempos y momentos, *que puso el Padre en su propio poder*, los cuales llegados, la llamará, otra vez a sí, y ella oirá su voz dentro de su corazón: *Iré, y volveré a mi primer marido*; y tal vez dirá también bajo de otra similitud: *Me levantaré, e iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y delante de ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus jornaleros*. Volverá, digo, a casa del esposo (el cual *se movió a misericordia*) la recibirá entre sus brazos, se olvidará de todo lo pasado, la restituirá con infinitas ventajas a su primera dignidad, la fundará y establecerá de nuevo *con regocijo de toda la tierra*, le dará la posesión de todos sus derechos, le cumplirá tantas promesas, que por tantos siglos han estado suspensas, y en suma, se acabarán todos sus trabajos: *Y después de esto volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días*. Y como dice el mismo Profeta en el capítulo antecedente, versículo 15 y siguientes, *cantará allí según los días de su mocedad, y según los días en que salió de tierra de Egipto. Y acaecerá en aquel día, dice el Señor: me llamará: marido mío... Y te desposaré conmigo para siempre; y te desposaré conmigo en justicia, y juicio, y en misericordia, y en clemencia. Y te desposaré conmigo en fe; y sabrás que yo soy el Señor*.

188. Yo no ignoro, amigo, ni vos podéis ignorar, que todo este misterio admirable, contenido en el brevísimo capítulo III de Oseas, se tira a acomodar del modo posible a la

cautividad de Babilonia, y a los que volvieron con Zorobabel; mas tampoco ignoro, ni vos podéis ignorar, que esta acomodación, por más esfuerzos que se hagan, sólo puede llegar hasta la mitad. La otra mitad debe quedar fuera irremediabilmente, así por su enorme grandeza, como por su absoluta inflexibilidad.

Muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin efod, y sin terafines.

189. Esta primera mitad del texto, separada de la otra mitad, es fácil hacerla servir a la cautividad de Babilonia; pues al fin, en todo este tiempo estuvieron los hijos de Israel sin rey propio (y lo están desde entonces hasta ahora) estuvieron sin altar, sin sacrificio, etc. Mas si se unen las dos mitades, como deben unirse, pues no son dos piezas diversas, sino una misma; con esto solo se conoce al punto, y aun se toca con la mano, que toda entera (la brevísima profecía) mira a otro tiempo, y a otro suceso infinitamente mayor. Ved aquí la otra mitad, y no queráis separar lo que Dios ha unido.

Y después de esto volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios... y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días.

190. Unidas estas dos mitades, acomodad el todo que de ellas resulta a la cautividad de Babilonia y a la vuelta, y tocaréis con las manos la repugnancia e imposibilidad.

191. En primer lugar, los que volvieron de Babilonia lejos de buscar a su Dios, como lo anuncia la profecía, diciendo: *después de esto volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios*, no pensaron en otra cosa, que en buscarse a sí mismos, y en establecerse cómodamente; tanto, que pasados algunos años, fue necesario que Dios les enviase dos profetas, Ageo y Zacarías, para acordarles el fin principal de su venida, que era la reedificación del templo destruido por Nabucodonosor. Así los reprende el Señor por Ageo, capítulo I: *Este pueblo dice: No es llegado aún el tiempo de que la casa del Señor se edifique... ¿Conque tenéis vosotros tiempo para morar en casas artesonadas, y esta casa será desierta?... porque mi casa está abandonada, y la prisa que mostráis cada uno es para su casa. Por esto se prohibió a los cielos que diesen agua para vosotros, y se prohibió a la tierra que diese su fruto.*

192. En segundo lugar, los que volvieron de Babilonia lejos de buscar a su Dios, empezaron luego a quebrantar una de sus leyes más sagradas y más fundamentales, cuya inobservancia había sido siempre funestísima para la mayor parte de la nación, su escándalo, su ruina, y la causa principal de todos sus trabajos. Empezaron, digo, a casarse con mujeres extranjeras e idólatras, como si ya no les obligase aquella ley que dice: *Ni tomarás de sus hijas mujeres para tus hijos*. Esta transgresión fue tan universal en los que volvieron de Babilonia, como se puede ver en el capítulo IX del libro 1 de Esdras, que empieza así.

Y acabadas que fueron estas cosas se llegaron a mí los príncipes, diciendo: El pueblo de Israel, los sacerdotes y los levitas no se han separado de los pueblos de estas tierras, ni de sus abominaciones... Porque han tomado de sus hijas para sí y para sus hijos... y la

mano de los principales y de los magistrados ha sido la primera en esta prevaricación. Y luego que oí estas palabras, rasgué mi manto y mi túnica, y mesé los cabellos de mi cabeza y de mi barba, y me senté triste.

193. Y es de notar aquí que este santo sacerdote Esdras vino a Jerusalén, enviado de Artajerjes, sesenta años poco más o menos después de Ciro; y por consiguiente, después de la época célebre de la vuelta de Babilonia. Conque todo este largo espacio de tiempo habían buscado admirablemente a Dios, quebrantado sus leyes más sagradas los hijos de Israel (siendo así que de ellos dice Oseas): *volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios*. Nada digo de la observancia del sábado, que apenas había quien respetase este día tan sagrado, como lo lloró y procuró remediar Nehemías, enviado del mismo Artajerjes, trece años después de Esdras: *en aquel día, dice el mismo Nehemías, vi en Judá que pisaban lagares en sábado, que acarreaban haces, y cargaban sobre asnos vino, y uvas, e higos, y toda carga, y lo entraban en Jerusalén en día de sábado, etc.*

194. En tercer lugar, ¿cuál sería aquel su rey David que buscaron los hijos de Israel cuando volvieron de Babilonia? *Buscarán al Señor su Dios, y a David su rey*. ¿Sería acaso Zorobabel hijo de David que volvió con ellos? Sí, éste sería, ni hay otro rey David a quien poder recurrir en aquellos tiempos. ¿Mas para qué buscar a quien tenían consigo? ¿Acaso para sentarlo en el trono de su padre? ¿Para ponerle el cetro en la mano y la corona en la cabeza? ¿Para honrarlo y obedecerlo como legítimo soberano? ¡Oh, cuán lejos estaban en aquel tiempo, así los judíos como el mismo Zorobabel, de semejantes pensamientos! Y las palabras que se siguen y *se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes*, ¿cómo se verificaron en la vuelta de Babilonia? Y (estas otras) *en el fin de los días*, que son como la llave de toda la profecía, ¿dónde se colocan, ni qué uso pueden tener en aquellos tiempos? Todas estas cosas son sin duda demasiado grandes, duras, e inflexibles; ni basta la fuerza, ni tampoco el ingenio para hacerlas ceder.

195. Volvamos ahora a Isaías, a quien dejamos un momento para entenderlo mejor en Oseas. No habiendo, pues, tal repudio de Sión, ni tal venta de sus hijos (prosigue hablando el Mesías), la razón por que he usado con vosotros, y con vuestra madre de tanto rigor y severidad, ha sido la muchedumbre y gravedad de vuestros delitos: *ved que por vuestras maldades habéis sido vendidos, y por vuestros pecados he repudiado a vuestra madre*. Entre estos delitos, con ser tantos y tan graves, no nombra otro en particular, sino el mal recibimiento que le hicieron en su venida: *Porque vine, y no había hombre; llamé, y no había quien oyese*. Otra señal clara de los tiempos de que aquí se habla, hecha esta declaración de no haber repudiado a la madre, ni vendido a los hijos, prosigue inmediatamente la consolatoria diciéndoles: *¿Por ventura se ha acertado, y achicado mi mano, que no pueda redimir? ¿O no hay poder en mí para libraros?* Y para que vean que lo puede hacer, y que lo hará infaliblemente como lo tiene prometido, les acuerda en pocas palabras, así lo que hizo cuando los sacó de Egipto, como lo que está anunciado en las Escrituras para los tiempos de su segunda venida. *Ved que a mi amenaza haré desierto el mar, y pondré en seco los ríos; se pudrirán los peces sin agua, y morirán en seco. Vestiré los cielos de tinieblas, y les pondré un saco por cubierta.*

196. Visto, pues, y examinado este primer instrumento, la conclusión sea, que lejos de probar algo contra Sión, antes prueba a su favor. Prueba que es una esposa penitenciada de Dios, no repudiada, pues cuando el Señor la arrojó de sí *aunque con ira, y con grande indignación*, no le dio libelo de repudio; por consiguiente no cedió de su derecho, ni disolvió el matrimonio. Búsquese este libelo en todos los archivos públicos y dignos de fe, que son todos los libros sagrados, y no se hallará otro, que aquel solo de que acabamos de hablar, registrado en el capítulo III de Oseas.

Muchos días me aguardarás; no fornicarás, ni te desposarás con otro; y también yo te aguardaré a ti.

197. Cuya verdadera inteligencia es la que le da al mismo profeta diciendo: *Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin terafines. Y después de esto volverán los hijos de Israel y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días.*

Se examina en breve el segundo instrumento

198. Para conocer la insuficiencia y nulidad de este instrumento basta leer el capítulo III de Jeremías, a donde nos remiten. En él hallamos todo lo contrario de lo que se pretende; y hallamos fuera de esto, que todo este capítulo es una confirmación de lo que hemos dicho hasta aquí sobre los judíos, y también de lo que todavía nos queda que decir.

199. *Se dice comúnmente* (empieza el Señor hablando con la casa de Judá, y tratándola de esposa suya, aunque infiel y adúltera): *Se dice comúnmente: si un marido repudiare a su mujer, y separándose ella de él, tomare otro marido, ¿acaso volverá más aquél a ella? ¿Acaso no será aquella mujer amancillada, y contaminada? Mas tú has fornicado con muchos amadores; esto no obstante vuélvete a mí... y yo te recibiré.*

200. Por estas primeras palabras se empieza ya a conocer cuán ajeno estaba el Señor de repudiar a Sión, pues en medio de sus adulterios, con que estaba tan contaminada, la llama, la exhorta, la ruega que se vuelva a él, prometiéndola de recibirla, y olvidarse de todo: *esto no obstante vuélvete a mí... y yo te recibiré.* En toda esta exhortación, que sigue haciendo el Señor a la casa de Judá se ve lo que deseaba su penitencia y enmienda, para no verse precisado a desterrarla a Babilonia.

201. Entre las cosas que dice el Señor quejándose de la ingratitud de Judá, una es, que aun habiendo visto por sus ojos el castigo terrible que acababa de dar a su hermana mayor (esto es, a la casa de Israel compuesta de diez tribus) a quien había desterrado a la Asiria y Media, dándole libelo de repudio; con todo eso no había escarmentado, ni entrado en temor; antes parece, que esto mismo le había servido de mayor incentivo para soltar la rienda a sus excesos, y multiplicar sus adulterios. *Y vio la prevaricadora Judá su*

hermana, que porque había adulterado la rebelde Israel, la había yo desechado, y dado libelo de repudio; y no tuvo temor la prevaricadora, Judá su hermana, mas se fue, y ella también fornicó... y adulteró con la piedra y con el leño. ¿Quién pensara que estas palabras se trajesen a consideración, y que con ellas se intentase probar que Sión es una esposa repudiada? ¿Con qué justicia? ¿Con qué razón? ¿Con qué apariencia? ¿Acaso por aquellas palabras, la había yo desechado, y dado libelo de repudio? Mas esto ¿de quién se dice? ¿De qué tiempo se habla, y en qué sentido?

202. Cualquiera que lea este texto seguidamente conocerá al punto, lo primero, que no se habla de los tiempos posteriores al Mesías, sino muy anteriores aún a la cautividad de Babilonia, pues Jeremías empezó a profetizar en tiempos de Josías, esto es, más de seiscientos años antes del Mesías, y aquí habla de la idolatría de Judá, que sucedía en su tiempo. Lo segundo, que se habla del libelo de repudio dado a la casa de Israel adúltera y juntamente cismática, que se había separado de su hermana la casa de Judá, donde estaba Sión, o la corte y centro de unidad de la verdadera religión. Lo tercero y principal, que se habla de la casa de Israel, no considerada como Iglesia de Dios (pues antes se había salido de la iglesia) sino considerada solamente como reino y como cosa diversa de la casa y reino de Judá. Estos dos reinos o estas dos casas se llaman en la Escritura dos hermanas, esposas de Dios; una mayor porque comprendía diez tribus, otra menor porque comprendía solas dos; a la primera se le da el nombre de *Oolla*, a la segunda de *Ooliba*, mas esto no se dice porque Dios tuviese en aquel tiempo dos esposas o dos iglesias diversas, sino porque las dos hermanas, ambas reinas independientes en cuanto al reino terreno, debían componer una reina, una iglesia, una esposa del verdadero Dios. Y no obstante, la mayor se había separado de la menor (dejándola la menor con su separación) y esto no solamente en cuanto al reino terreno, sino también en cuanto a la religión, separándose (por pura política mundana, que es la verdadera peste del mundo) separándose, digo, al mismo tiempo, de su Dios, de sus leyes, de su culto, de su fe, de su esperanza y de sus obligaciones.

203. Pues a esta hermana mayor, cismática, adúltera y prostituta de profesión, dice el Señor, que al fin la arrojó de sí, y le dio libelo de repudio; mas no dice esto de la hermana menor, de la casa de Judá, de Sión, donde estaba y debía estar por institución suya la esposa propiamente dicha, esto es, lo activo de la religión, o la corte y centro de la verdadera Iglesia de Dios. A ésta la desterró también a Babilonia después de algunos años; mas no le dio libelo de repudio, no se disolvió el matrimonio, no la dejó en libertad para casarse con otros dioses; antes por el contrario, deseando ella este libelo de repudio, deseando quedar en plena libertad por la suma corrupción de su corazón, la declara el Señor por el profeta Ezequiel, enviado extraordinario en aquellos tiempos de su destierro, que no conseguiría de modo alguno lo que deseaba y pensaba: *Y no se cumplirá el designio de vuestro ánimo, cuando decís: Seremos como las gentes, y como los pueblos de la tierra, para adorar los leños y las piedras. Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte, y con brazo extendido, y con furor encendido reinaré sobre vosotros. Y os sacaré de los pueblos, y os congregaré de las tierras, en donde habéis sido dispersos, con mano robusta, y con furor encendido reinaré sobre vosotros.* Ésta parece la verdadera razón porque habiendo vuelto de su destierro la hermana menor, no volvió la hermana mayor, ni se sabe hasta ahora con alguna distinción y claridad donde se halla; no porque

se haya perdido enteramente, ni porque se haya mezclado y confundido con las otras naciones, ni tampoco porque no haya de volver jamás, sino porque todavía no ha llegado su tiempo. ¿Y pensáis, señor, que este tiempo no llegará?

204. Yo supongo por un momento, que ya no os acordéis de todos aquellos lugares de la Escritura, que quedan notados y copiados en este fenómeno de los judíos. También quiero suponer por otro momento, que se hayan perdido todas las profecías, y todos cuantos libros o piezas diversas componen la Biblia sagrada, sin quedarnos otra cosa en el día de hoy, sino solamente el capítulo III de Jeremías. Aun en este caso tan deplorable, y con solo este instrumento, no podíamos mirar a las diez tribus (mucho menos a Sión) como del todo abandonadas, sin remedio y sin esperanza. Proseguid leyendo el mismo capítulo, y antes de llegar a la mitad, empezareis a ver con admiración en lo que para al fin el repudio de la hermana mayor, y la bondad del Señor para con ella. Anda (le dice a Jeremías versículo 12) anda, y da voces contra el Aquilón (hacia donde había sido ventilada cien años antes esta hermana mayor), llámala, convídala, exhortala que vuelva a su Dios con todo su corazón. Dile que estoy pronto a recibirla, y la recibiré en efecto, no obstante haberle dado libelo de repudio. Dile en mi nombre, y asegúrale de mi parte, que mi indignación contra ella, aunque grande y justísima, no es irremediable, que no quiero de ella otra cosa, sino que conozca su iniquidad, que conozca y confiese que ha pecado contra su Dios. *Anda, y grita estas palabras contra el Aquilón, y dirás: Vuélvete, rebelde Israel... y no apartaré mi cara de vosotros, porque Santo soy yo... y no me enojaré por siempre. Con todo eso reconoce tu maldad, porque contra el Señor tu Dios has prevaricado... Volveos, hijos, que os retirasteis... porque yo soy vuestro marido.*

205. Si esto os parece todavía poco claro en favor de la hermana mayor, seguid leyendo un poco más, y veréis cómo la exhortación pasa luego, aunque insensiblemente, a profecía (lo cual es frecuentísimo en todos los profetas). Así prosigue el Señor inmediatamente diciendo: *Volveos, hijos, que os retirasteis (o rebeldes, como leen otras versiones) porque yo soy vuestro marido; y tomaré de vosotros uno de cada ciudad, y dos de cada parentela, y os introduciré en Sión.* Ya desde aquí empieza la profecía. Éstas son las reliquias preciosas de Israel, de que tanto se habla en los Profetas; de que San Pablo habla en varias partes, especialmente en la epístola *a los Romanos*, capítulo XI; de que se habla en el Apocalipsis, capítulo VII, cuando se sacan de cada una de las tribus doce mil sellados con el sello de Dios vivo, etc. De este modo prosigue Jeremías en lo restante del capítulo III, anunciando cosas del todo nuevas, que hasta ahora ciertamente no han sucedido. Por ejemplo, versículo 17: *En aquel tiempo llamarán a Jerusalén Trono del Señor; y serán congregadas a ella todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, y no andarán tras la maldad de su corazón pésimo.* El misterio que aquí se empieza a divisar, lo observaremos en otra parte. *En aquellos días (prosigue diciendo versículo 18) la casa de Judá irá a la casa de Israel, y vendrán a una de la tierra del Aquilón (y de todas las regiones, como se halla en los Setenta) a la tierra que di a vuestros padres.*

206. Esto último, ¿cuándo sucedió? ¿Acaso en la vuelta de Babilonia? Falso y falsísimo por la misma historia sagrada, y por todos los monumentos que nos quedan de este suceso. La casa de Judá, que fue desterrada a Babilonia en tiempo de

Nabucodonosor, ésta volvió de Babilonia con licencia del rey Ciro, sin habersele pasado por el pensamiento el ir primero a buscar a su hermana mayor (con quien había vivido siempre en suma enemistad) para venir junto con ella a la tierra de sus padres. Esta hermana mayor quedó en su destierro, en su cautividad, en su dispersión; ni hubo entonces, ni hubo después, quien la fuese a llamar. Y aunque la hubiese llamado alguno, estaba escusada legítimamente por no haber lugar para ella en la tierra de sus padres, estando tan ocupada, menos Judá y Benjamín, con las naciones que había enviado a poblarla Salmanazar 200 años antes de Ciro. En este destierro ha estado hasta ahora como perdida, y lo estará hasta su tiempo. *En aquellos días la casa de Judá irá a la casa de Israel, y vendrán a una de la tierra del Aquilón, (y de todas las regiones) a la tierra, que di a vuestros padres.* Es cierto que no sabemos cuándo ni cómo podrá esto suceder; mas esta ignorancia propia nuestra, respecto de lo futuro, no puede ser una razón suficiente para negarlo o despreciarlo, o echarlo a otros sentidos conocidamente violentos, o puramente acomodaticios. Traed a la memoria aquella trompeta grande, de que hablamos en otra parte, que, como se dice en Isaías, se debe tocar en algún día para este fin. *En aquel día resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido de tierra de los Asirios, y los que habían sido echados en tierra de Egipto, y adorarán al Señor en el santo monte en Jerusalén.* También podéis acordaros de aquel otro lugar del mismo Isaías: *Y alzará bandera a las naciones, y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra.*

207. En suma, no perdamos tiempo inútilmente, todo el capítulo III de Jeremías nada prueba contra Sión, antes confirma y corrobora todos los instrumentos (tantos y tan claros) que tiene a su favor. Por consiguiente, no hay razón alguna para decir que es una esposa repudiada; sino una esposa penitenciada, que está cumpliendo su penitencia, hasta que acabe de recibir enteramente *de la mano del Señor al doble por todos sus pecado.* Y como ella misma dice en espíritu por Miqueas: *No te huelgues, enemiga mía, sobre mí, porque caí; me levantaré cuando estuviere sentado en tinieblas, el Señor es mi luz. Llevaré sobre mí la ira del Señor, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa, y se declare a mi favor; me sacará a luz, verá su justicia. Y lo verá mi enemiga, y será cubierta de confusión la que me dice: ¿En dónde está el Señor Dios tuyo?* Considerad, amigo, estas palabras del Espíritu Santo que habló por sus profetas y consideradlas con atención, dando lugar a serias reflexiones. Si las leéis en su propia fuente con todo su contexto, hallaréis ciertamente mucho más de lo que soy capaz de reflexionar.

Artículo IV

Cuarto aspecto

Se consideran los judíos después del Mesías, y su muerte, como privados de la vida espiritual y divina que estaba antes en ellos solos, por consiguiente como muertos, cuyos huesos, *consumidas las carnes,* se ven áridos y secos, y dispersos sobre el gran campo de este mundo. Y se pregunta: si este castigo tendrá fin o no.

208. En este cuarto y último aspecto poco tenemos que observar de nuevo; ya porque las cosas principales que pudiéramos observar, quedan suficientemente observadas en los

tres aspectos precedentes; ya también porque nos ahorra todo el trabajo una célebre y admirable profecía que hallamos en los libros sagrados, la cual sola comprende y reúne con admirable simplicidad y claridad, todo cuanto se halla esparcido en las otras profecías que anuncian misericordias a la casa de Jacob. Así, toda nuestra observación debe convertirse únicamente a esta misma profecía célebre que vamos a copiar aquí.

209. El estado miserable en que quedó toda la casa de Jacob después del Mesías (el cual debía ser para ella por su malicia e iniquidad piedra de tropiezo como estaba anunciado en Isaías, capítulo VIII, versículo 14, con estas palabras: *Mas en piedra de tropiezo, y en piedra de escándalo a las dos casas de Israel, en lazo y en ruina a los moradores de Jerusalén. Y tropezarán muchos de entre ellos, y caerán, y serán quebrantados, y enlazados, y presos.*) Este estado, digo, en que ve todo el mundo a la casa de Jacob, y juntamente el otro estado todavía futuro, a que debe pasar después de este presente lo mostró Dios en una visión extraordinaria, y bajo unas semejanzas las más propias y naturales al profeta Ezequiel, como él mismo lo refiere en todo el capítulo XXXVII de su profecía por estas palabras.

210. *Vino sobre mí la mano del Señor, y me sacó fuera en espíritu del Señor, y me dejó en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Y me llevó al rededor de ellos, y eran en más gran número sobre la haz del campo, y secos en extremo. Y díjome: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso, que vivirán estos huesos? Y dije: Señor Dios, tú lo sabes. Y díjome: Profetiza sobre estos huesos; y les dirás: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí yo haré entrar en vosotros espíritu, y viviréis. Y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carnes sobre vosotros, y extenderé piel sobre vosotros, y os daré espíritu, y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me lo había mandado; mas cuando yo profetizaba, hubo ruido, y he aquí una conmoción; y ayuntáronse huesos a huesos, cada uno a su coyuntura. Y miré, y vi que subieron nervios y carnes sobre ellos; y se extendió en ellos piel por encima, mas no tenían espíritu. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: De los cuatro vientos ven, oh espíritu, y sopla sobre estos muertos, y revivan. Y profeticé como me lo había mandado, y entró en ellos espíritu, y vivieron, y se levantaron sobre sus pies un ejército numeroso en extremo. Y me dijo: Hijo de hombre, todos estos huesos, la casa de Israel es; ellos dicen: Secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y hemos sido cortados. Por tanto profetiza, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os conduciré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros, y os sacare de vuestras sepulturas, pueblo mío, y pusiere mi espíritu en vosotros, y viviereis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo el Señor hablé, e hice, dice el Señor Dios.*

211. Segunda parte desde el versículo 15. *Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo del hombre, tómate un leño (o una vara) y escribe en él: A Judá, y a los hijos de Israel sus compañeros... Y júntalos el un leño con el otro, para que sean uno solo, y se harán uno en tu mano. Y cuando te hablaren los hijos de tu pueblo, diciendo: ¿No nos dirás lo que quieres significar con estas cosas? Les dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo tomaré el leño de José, que está en la mano de Efraín, y las tribus de Israel que*

le están unidas, y las pondré juntas con el leño de Judá, y las haré un solo leño, y serán uno en su mano. Y estarán en tu mano, a vista de ellos los leños en que escribieres. Y les dirás: Esto dice el Señor Dios: He, aquí yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde fueron, y los recogeré de todas partes, y los conduciré a su tierra. Y los haré una nación sola en la tierra en los montes de Israel, y será solo un rey que los mande a todos; y nunca más serán dos pueblos, ni se dividirán en lo venidero en dos reinos. Ni se contaminarán más con sus ídolos, y con sus abominaciones, y con todas sus maldades; y los sacaré salvos de todas las moradas en que pecaron, y los purificaré, y ellos serán mi pueblo, y yo les seré su Dios. Y mi siervo David será rey sobre ellos, y uno solo será el pastor de todos ellos; en mis juicios andarán, y guardarán, y cumplirán mis mandamientos. Y morarán sobre la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual moraron vuestros padres; y morarán en ella ellos, y sus hijos, y los hijos de sus hijos por siempre; y David mi siervo será príncipe de ellos perpetuamente. Y haré con ellos alianza de paz, alianza eterna tendrán ellos; y los cimentaré, y multiplicaré, y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpetuamente.

Lo que se halla sobre esto en los intérpretes.

Párrafo I

212. Habéis leído, señor mío, toda esta célebre profecía, y aunque debo pensar que la habéis leído con grande atención, y con no menor admiración, ya os suplico que volváis a leerla, no digo solamente dos o tres veces, sino doscientas o trescientas. Estoy cierto, que mientras más la leyereis, hallaréis más que entender, y entenderéis mejor. Ésta es una de aquellas muchas profecías, verdaderamente terribles y admirables, en que el Espíritu Santo se explica de un modo tan señoril, tan decisivo, tan claro, tan circunstanciado, que nada queda que hacer al ingenio humano. Todos los esfuerzos que éste hiciera en contra, no servirán para otra cosa, que para dar a conocer su pequeñez o insuficiencia. En cuantos autores he podido ver sobre este punto, hallo manifiestas señales de embarazo y temor, que no les es posible disimular del todo, por más que lo pretenden. Empiezan a engolfarse al principio con gran suavidad, como que el mar está quieto, y los escollos, aunque no se ignoran, no se ven tan cerca que amenace peligro; mas apenas han navegado algunas pocas millas, apenas han pasado algunos pocos versículos de la profecía, cuando se hallan rodeados de escollos terribles, que impiden el paso, y amenazan con un naufragio inevitable.

213. Empiezan a acomodar la profecía a los judíos en el tiempo de la cautividad de Babilonia. Estos son, dicen, los huesos secos y áridos, esparcidos por el campo; y estos mismos huesos, vestidos de nervios, de carne y de piel, a quienes se introduce de nuevo el espíritu de vida, son los mismos judíos que volvieron de Babilonia. Mas como es imposible (cuanto puede extenderse esta palabra) seguir esta acomodación, y llevar adelante esta idea sin que perezca y se aniquile entre tantos escollos, ved lo que hacen para librarla del inminente naufragio. Paréceme que haré un gran servicio a la verdad, en descubrir o no disimular este artificio. Lo primero: dar muestra de no ver tal peligro ni

tales escollos, o a lo menos no temerlos; pues delante del enemigo no es bueno mostrar flaqueza. Lo segundo: como, no obstante esta intrepidez, el peligro se ve cierto o inevitable, si se da un paso más adelante, para no dar este paso más, y al mismo tiempo para no volver atrás con deshonor, ved la ingeniosidad. Fingen (digámoslo así para explicarnos con toda propiedad), fingen prácticamente haber descubierto un enemigo terrible, a quien es preciso presentar la batalla; por consiguiente es necesario mudar de rumbo, porque este asunto es, sin comparación más interesante que los cautivos de Babilonia. Este enemigo terrible, que obliga a mudar enteramente de rumbo, ¿cuál es? Es aquel error antiquísimo de la secta de los Saduceos, *que dicen que no hay resurrección*, a quienes siguieron algunos herejes de los más ignorantes y groseros del primero y segundo siglo. Este error tan perjudicial es preciso combatir aquí hasta destruirlo y aniquilarlo. Por tanto, dejados aparte los cautivos de Babilonia, y con ellos toda la profecía, con todos sus escollos, se ve convertir en un momento toda la explicación en una controversia formal sobre la resurrección de la carne, pretendiendo probar y corroborar este artículo esencial de nuestra religión con este lugar de la Escritura.

214. No falta quien pase un poco más adelante, y saque de esta misma profecía no solamente la verdad de la resurrección, sino también otra noticia bien singular; es a saber, que poco antes de la resurrección universal tendrán orden los ángeles de recoger todos los huesos, partículas y cenizas de todos los muertos, esparcidos en todo el orbe, y conducirlos todos al gran campo de Senaar, donde estaba situada Babilonia, y donde el profeta Ezequiel tuvo esta visión. ¿Para qué? Para que todos los hijos de Adán resuciten *en un momento, en un abrir de ojo*; y puedan desde allí encaminarse todos juntos, y llegar presto al valle de Josafat, que es viaje de pocos días, y entonces será mucho más breve, pues no tendrán que parar a comer ni dormir, etc.

215. Es verdad que el común de los doctores no pasa tan adelante, ni admite, ni aprueba un despropósito tan solemne; mas también es verdad que el común de los doctores se divierte y se detiene mucho más de lo que era menester, en probar la resurrección de la carne con esta célebre profecía, como si en ella no hubiese misterio directo e inmediato, y por eso digno de sus primeras atenciones. De aquí se sigue, que como ya fatigados de una disputa tan grave, pasan con suma ligereza, y a no pequeña distancia, por lo que resta de la profecía; señalando algunas cosas sólo en general y confusamente, suponiendo otras sin pensar en probarlas, y omitiendo del todo las más sustanciales, como si fuesen de ninguna importancia.

216. Aunque esto que acabo de decir me parece la pura verdad (como lo puede examinar por sí mismo el que pensare lo contrario) no por eso pienso acusar de mala fe a los intérpretes de la Escritura. No ignoro la grande y notable diferencia que hay entre una mala fe y una mala causa, fundada en un principio falso, que se tiene inocentemente por verdadero. Lo primero supone malicia, artificio y dolo; lo segundo sólo arguye impotencia. En este principio, pues, en este supuesto no verdadero, en este sistema no bueno, está todo el mal. ¿Qué otra cosa me es posible hacer, cuando veo que una profecía (o ciento o mil) falsifica formalmente, destruye, aniquila mi principio, mi supuesto, mi sistema, que yo tengo por único, y por consiguiente por indubitable? Negar la profecía, o arrancarla de la Biblia sagrada, *no es lícito*. Acomodarla toda, o gran parte de ella, a los

cautivos de Babilonia, es imposible; porque los escollos que impiden el paso son tantos, y tan unidos entre sí, cuantas son las expresiones y palabras de que se compone la misma profecía. Alegorizarla toda o a lo menos alguna parte considerable, parece una empresa sumamente ardua e inasequible al ingenio humano. Pues en este conflicto, en esta situación, en estas circunstancias tan críticas, ¿qué se hará? ¿qué partido se podrá tomar para salvar de algún modo, y librar del naufragio inminente, el principio, el supuesto y el sistema? Discurrid, amigo, cuanto alcanzare vuestro ingenio; y yo me atrevo a profetizar, que no hallaréis otra cosa mejor que lo que ya está discurrido. Quiero decir, divertirse en primer lugar (mucho o poco, según el carácter del autor, mas siempre con muestras de un grandísimo celo) a probar y confirmar, y roborar con esta profecía nuestro artículo de fe sobre la resurrección de la carne. En segundo lugar, para dar una prueba real de sinceridad y buena fe, confesar francamente, que dicha profecía no tiene por objeto, directo e inmediato, la resurrección de los muertos, que creemos y esperamos todos los cristianos; sino que es una pura metáfora o semejanza, tomada de la verdadera resurrección que ha de suceder, para explicar la cautividad de los judíos en Babilonia, y anunciar la salida de esta cautividad; y también (aunque de paso, y en sentido alegórico) la cautividad del linaje humano por el pecado, y la liberación por Cristo de esta misma cautividad.

217. En tercer lugar, como si ésta fuera la verdadera inteligencia de la metáfora, como si esta inteligencia quedase ya probada, y demostrada, como si no la repugnase abiertamente todo el texto sagrado volver a insistir de nuevo en la disputa de la resurrección; no ya porque la profecía mire directamente a la resurrección de la carne; sino porque esta resurrección de la carne se infiere manifiestamente de la misma profecía; pues no usara Dios de una metáfora tomada de la resurrección, si no hubiera de haber verdadera resurrección: *pues nadie confirma lo incierto por medio de cosas, que no constan de cierto*. ¡Qué lástima que unas cosas tan verdaderas y tan buenas en sí sean tan fuera del caso! Y la explicación de la profecía, ¿donde está? ¿No se había empezado a acomodar a los cautivos de Babilonia? ¿Por qué, pues, no se prosigue esta acomodación, hasta dejarla enteramente concluida? ¿Acaso porque lo impidieron los Saduceos enemigos de la resurrección? Bien, mas ya estos Saduceos han quedado vencidos en la disputa, han enmudecido del todo, han desaparecido. Parece ya tiempo oportuno para seguir quietamente la explicación que se había comenzado. ¡Oh, qué petición tan importuna! ¿Cómo es posible seguir la explicación de una profecía tan difusa después de las fatigas de una batalla tan reñida? Bastará, pues, decir en general, en pocas palabras, y desde cierta distancia, que los huesos áridos y secos de que se ve lleno todo el campo, son los judíos en el tiempo de la cautividad de Babilonia; y estos mismos huesos vestidos de nervios, de carne y de piel, en quienes se introduce de nuevo el espíritu de vida, son los mismos judíos que salieron de Babilonia y volvieron a su patria. Luego veremos, como aun esto poco que aquí se dice tan en general, es incompatible con la explicación de la metáfora que se lee en la misma profecía.

218. Por lo que toca a la segunda parte, que es la principal, y la más llena de escollos, la explicación es igualmente fácil y breve, y mucho más fácil y breve por lo que en ella se omite, que es casi todo. Las dos varas o cetros que unidos entre sí forman uno solo, el cual se pone estable y perpetuamente en la mano de un solo rey, a quien se da el nombre

de David, ¿qué significan? Significan, dicen, *en sentido literal*, que después de la vuelta de Babilonia, las dos casas o reinos diversos de Israel y de Judá, se unirán entre sí bajo de un mismo príncipe descendiente de David, el cual, como también dicen y confiesan, no puede ser otro que Zorobabel (no obstante que Zorobabel ni fue rey, ni príncipe, ni tuvo cetro, ni vara, ni autoridad alguna independiente). Bajo de este príncipe, nos quieren dar a entender, aunque con voz muy baja, que sucedería esta unión de las reinos de Israel y Judá, siendo muy verosímil, añaden, que algunos individuos de todas las otras diez tribus volviesen juntos con los judíos, y se agregasen a la casa y reino de Judá. Y si nada de esto cuadra, como es cierto que nada cuadra, por confesión inevitable de los mismos doctores, pues lo contradice manifiestamente la historia sagrada y todo el contexto de la profecía; si nada de esto cuadra, significa, *en sentido alegórico especialmente intentado por el Espíritu Santo*, que Judá e Israel, *esto es*, los judíos y los gentiles se unirían en una misma Iglesia bajo un mismo rey, hijo de David, el cual reinaría sobre todos ellos *por la fe de los creyentes*. Éste es en breve todo el misterio general de la profecía, o a esto se reduce toda la explicación. Las demás cosas particulares que se leen en ella, y que destruyen visiblemente aquellas generalidades, no merecen especial atención, ni es bien perder el tiempo en cosas de tan poco interés. Volved, señor, a leer la profecía, y estudiadla con mayor cuidado principalmente desde el versículo 15.

Reflexiones

Párrafo II

219. El examen prolijo, y la impugnación formal de esta especie de explicación que acabamos de oír, sería cuando menos un trabajo inútil. Después de leída y considerada la profecía toda *con verdad y con sencillez de corazón*, ¿qué necesidad tenemos de otro examen, ni de otra impugnación? La profecía misma no sólo habla, sino que expresa al mismo tiempo el sentido en que habla; propone enigmas, y al punto los resuelve; usa de metáforas, y las explica. Con esta explicación abre un camino recto, fácil y llano; y con ella misma cierra todo otro camino o senda diversa, que pudiera tomarse. No deja arbitrio, ni esperanza por ninguno de los treinta y dos rumbos; o habéis de pasar por el camino que halláis abierto; o habéis de volveros a vuestra casa renunciando el empeño inútil de explicar la profecía de otra manera diversa, de la que ella se explica a sí misma.

220. La prueba más sensible de esta verdad, es el ningún efecto sensible de estas diligencias, practicadas por los mayores ingenios para abrirse otro camino diverso, no queriendo entrar por este que les parece impracticable; y cierto que lo es en su sistema. Este ningún fruto de tantas diligencias habla todavía más claro y en voz más alta y más sonora, en favor de la verdad de Dios, confirmando prácticamente aquella sentencia divina: *¿Puede por ventura compararse con Dios un hombre, aun cuando fuese de una ciencia perfecta?* El ingenio humano limitado y pobre, ¿podrá jamás prevalecer contra la sabiduría divina? Para hacer esto un poco más sensible, hagamos algunas pocas y breves reflexiones.

Primera reflexión

221. La resurrección de la carne es una verdad, y una de las verdades o artículos de fe esenciales y fundamentales del cristianismo. Esta verdad está tan sólidamente asegurada en todas las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, que más parece una verdadera injusticia, que un servicio real, querer asegurarla con puntales postizos y debilísimos en sí: *Pues si no hay resurrección de muertos, dice San Pablo, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, luego vana nuestra predicación, y también es vana vuestra fe. Y somos asimismo hallados por falsos testigos de Dios, porque dimos testimonio contra Dios diciendo, que resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, porque aún estáis en vuestros pecados. Y por consiguiente también los que durmieron en Cristo han perecido.* La profecía que ahora consideramos, no se endereza de modo alguno, por confesión de los mismos doctores, a la resurrección de los muertos; es una pura metáfora, que tiene por objeto real otro misterio muy diverso del cual se habla *por semejanza, no por propiedad.* Este misterio particular se señala y se explica claramente en la misma profecía; así, debía considerarse este misterio de propósito, y a fondo, sin divertirse tanto a aquellas otras cosas, *de las que se traen estas semejanzas, no propiedades.* Debía examinarse en primer lugar, ¿qué misterio es éste tan grande, a quien pueda competir con toda propiedad, según las Escrituras, una metáfora tan nueva, y tan magnífica, de que el mismo Dios se sirve para anunciarlo? Debía examinarse en segundo lugar, ¿de qué tiempos se habla aquí, si ya pasados, o todavía futuros? Ambas cosas debían estudiarse en la misma profecía, atendiendo a todo su contexto, y a todas sus expresiones y explicaciones, sin omitir alguna; atendiendo del mismo modo a todo lo que precede en los tres capítulos antecedentes, y a todo lo que se sigue en los once siguientes. Por todo lo cual se ve tan claro, así el misterio, como el tiempo, que su misma claridad parece que ha hecho cerrar los ojos, o volverlos hacia otra parte.

Segunda reflexión

222. La metáfora de los huesos, *en más gran número sobre la haz del campo, y secos en extremo,* los cuales a la voz de Dios se unen entre sí, se cubren de nervios, de carne y piel, y reciben de nuevo el espíritu de vida, etc., no tiene alguna significación arbitraria, que se haya dejado a nuestro ingenio, ni es algún enigma oscuro, de que se nos pida la solución. El mismo Espíritu de verdad que usa de la metáfora, explica al mismo tiempo lo que por ella debemos entender: *todos estos huesos (dice), la casa de Israel es; todos estos huesos, sin exceptuar alguno, son los miserables hijos de Israel; ellos dicen: secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y hemos sido cortados.* ¿Quiénes dicen esto: los mismos huesos áridos y secos, o los significados por esta similitud? Si son los huesos mismos, luego estos huesos tenían otros huesos propios suyos de que se componían; pues sin esto no pudieran decir: *secáronse nuestros huesos.* Si son los significados por ellos, luego a éstos se debe convertir toda la atención, no a la similitud de que se usa; y ya que se atiende a la similitud, y que esta atención no se reprueba, no por eso debe desatenderse también el asunto principal, a donde se endereza la similitud.

Tercera reflexión

223. Los tiempos de que habla esta profecía, no pueden ser los de la cautividad de Babilonia, y vuelta a Jerusalén. El texto mismo y todo el contexto, y la grandeza de las metáforas, etc., no sólo repugnan esta inteligencia, sino que la contradicen formalmente, casi a cada palabra; mas desde el versículo 15 hasta el fin. Ésta parece la verdadera razón por que los intérpretes apenas tocan ligeramente y como de muy lejos, esta segunda parte de la profecía; y algunos, aun de los más difusos, la omiten toda. Cierto que no había necesidad de tanta prisa, si nada hubiera que temer.

Cuarta reflexión

224. Los huesos áridos y secos, y *secos en extremo*, de que se ve lleno el campo, nos dicen los doctores que no significan otra cosa en sentido literal, que los judíos cautivos en Babilonia; y los mismos huesos unidos entre sí, *cada uno a su coyuntura*, que después de vestidos de nervios, carne y piel, reciben de nuevo el espíritu de vida, etc., tampoco significan otra cosa, *en el mismo sentido literal*, que los mismos judíos que salen de Babilonia y vuelven a su patria. De aquí se sigue, digo yo, una consecuencia algo dura; pero justísima e innegable; es a saber, que aun después de verificada la salida de Babilonia, y vuelta de los cautivos a su patria, el campo dicho queda todavía lleno de huesos, *en más gran número... y secos en extremo*, casi tanto como lo estaban antes de este suceso. ¿Por qué? Porque sabemos de cierto que los cautivos, que, sin dejar de serlo, salieron de Babilonia y volvieron a su patria, fueron como cuatro, respecto de mil; fueron poquísimos, respecto de los que no volvieron; y esto, no solamente comparados con toda la casa de Jacob, o con todas sus doce tribus, de que habla manifiestamente la profecía, diciendo: *todos estos huesos, la casa de Israel es*; sino aun respecto de sola la casa de Judá, o de los judíos propiamente dichos, que eran los propios cautivos de Babilonia. Esta casa de Judá aunque sólo se componía de dos tribus, Judá y Benjamín, y del necesario sacerdocio, perteneciente a la tribu de Leví, no era tan pequeña, que no contase algunos millones de individuos. El número preciso yo no lo sé, mas se puede fácilmente computar por lo que se dice en el libro segundo del Paralipómenos, capítulo XVII; esto es, que en tiempo de Josafat, tenía este rey, bajo cinco capitanes generales, un millón ciento y setenta mil soldados, fuera de otros muchísimos que guardaban los presidios o plazas fuertes: *Todos éstos estaban prontos a las órdenes del rey, sin contar otros, que había puesto en las ciudades muradas, por todo Judá*. El número de individuos entre hombres, mujeres y niños que resultare del cómputo, se puede comparar con el número de individuos entre hombres, mujeres y niños que salieron de Babilonia, y volvieron a la Judea, los cuales como se dice en el libro primero de Esdras, capítulo segundo, sólo llegaron a cuarenta y dos mil. Luego estos que volvieron a su patria, aun hablando solamente de la casa de Judá, fueron una parte pequeñísima, respecto de los que no volvieron. ¿Qué sería si se hablara como debe hablarse de toda la casa de Jacob? *Todos estos huesos la casa de Israel es*. Luego si los huesos áridos, que se visten de nervios, carne y piel, y reviven, son los que salen de Babilonia y vuelven a su patria, como pretenden los doctores; los que no salen de Babilonia, o del lugar de su destierro, ni vuelven a su patria, deberán quedar en el estado y condición de huesos áridos y secos. Luego siendo éstos, poco más o menos, como mil, respecto de cuatro (o si se quiere de

cuarenta) el campo que vio Ezequiel quedó necesariamente casi tan lleno de huesos áridos y secos, como estaba antes. Luego cuando el Profeta les dice a todos los huesos en general: *Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí yo haré entrar en vosotros espíritu, y viviréis...* sólo se habla con un puñado de aquellos huesos, no con todos; sólo un puñado de ellos volvió a su patria, quedando la mayor y máxima parte, no sólo de la casa de Jacob, sino también de la casa de Judá, en su destierro. A todo esto se debe añadir, lo que añade el Profeta (versículo 10) hablando de todos los huesos: *en más gran número sobre la haz del campo*. Es a saber, que después de vestidos de nervios, carne y piel, *entró en ellos espíritu, y vivieron; y se levantaron sobre sus pies un ejército numeroso en extremo*. Cuarenta y dos mil personas entre hombres, mujeres, niños, hablando de una nación, que se componía de muchos millones, ¿merece con alguna propiedad el nombre de *un ejército numeroso en extremo*? Consideradlo bien, y esto solo, aun prescindiendo de otros mil embarazos, os hará entrar cuando menos en grandes sospechas. No me detengo más en esta reflexión, porque espero tratar este punto capital, mas de propósito y más a fondo en el fenómeno séptimo; por ahora *al buen entendedor pocas palabras*.

Quinta y última reflexión

225. O se cree que la profecía mira directamente, *en sentido literal*, a la vuelta de Babilonia, o no se cree. Si lo primero: ¿por qué no se explica toda seguidamente, en este sentido que llaman literal? ¿Por qué no se lleva adelante esta idea hasta hacerla reposar en su fin? ¿Acaso porque ésta es una empresa imposible? Luego esta misma imposibilidad debía mirarse como una prueba real y demostrativa, de que el sentido no es bueno, ni la idea justa. Si lo segundo: ¿con qué razón, o con qué equidad se insinúa, más suponiendo que probando, que éste es el sentido literal de la profecía? ¿Cómo es posible que el sentido literal, esto es, el verdadero sentido de una profecía, en que habla el espíritu de verdad, aunque lo repugne, o lo contradiga casi a cada palabra, la misma profecía? Luego, o el misterio de que habla es otro muy diverso, o no habla en ella el espíritu de verdad: *sino que se lo forjó el Profeta por orgullo de su corazón*.

226. Lo que decimos del sentido literal que se pretende o se insinúa, o se tira a suponer, decimos del mismo modo del sentido alegórico, con que se procuran llenar los infinitos vacíos que deja necesariamente el que llaman literal. Si el sentido alegórico es aquí el *especialmente intentado* por el Espíritu Santo, explíquese la profecía en este sentido; mas explíquese toda seguidamente, atendiendo a todo y dando razón de todo; a lo menos llénense bien con este sentido alegórico todos los vacíos que dejó el sentido literal. Si ni aun esto se puede (como es cierto que no se puede, pues si se pudiera, no es creíble que no se hubiera hecho) se podrá conseguir el intento en el sentido mixto. Acaso me preguntaréis con admiración, qué quiere decir sentido mixto; y yo os respondo, que no lo sé sino por la práctica, es decir, porque veo que se hace de él un gran uso en ciertos asuntos. Es verdad que no se hallan en la lista de los diversos sentidos que se asientan para la inteligencia de las Escrituras. Éstos son cuatro principales, y dos menos principales. El primero de los cuatro principales es el literal, esto es, el verdadero, a que se debe atender *ante todo*; pues sólo este puede fundar una verdad, y establecer un dogma. El segundo es el alegórico, esto es, el figurado; porque alegoría y figura

significan una misma cosa. El tercero es el anagógico, que más pertenece al cielo, que a la tierra. El cuarto es el tropológico o moral, por las buenas y excelentes doctrinas, que se pueden sacar de todas las Escrituras, para arreglar nuestras costumbres y santificar nuestra vida. Los dos menos principales son el espiritual o místico, y el acomodaticio. Este último no ignoráis lo que significa, esto es, acomodar a Pedro lo que realmente no es de Pedro, sino de Pablo.

227. Fuera de estos seis sentidos, queda todavía otro no despreciable; el cual, aunque no se nombra, no por eso deja de usarse en las ocasiones, como que es el más cómodo de todos; éste es el que yo llamo sentido mixto, que a todos los comprende, y de todos se sirve. ¿Qué mayor comodidad, que poder entender una misma profecía, que destruye enteramente mi sistema, parte en un sentido, parte en otro, parte en cinco o seis al mismo tiempo? No obstante esta gran comodidad, que es fácil concebir en el sentido mixto, yo me atrevo a decir, que para entender esta profecía de que hablamos, y otras muy semejantes, no bastan todos los sentidos (ni todos los ingenios) juntos y unidos entre sí. Parece necesario, demás de esto, echar mano del último recurso, fácil e indefectible sobre todos; parece, digo, necesario e inevitable omitir y pasar por alto muchísimas cosas, que resisten invenciblemente a todos los sentidos, y son aquellas puntualmente que son inacordables con el sistema. Por ejemplo, éstas desde el versículo 21: *He aquí yo tomaré a los a los de Israel de en medio de las naciones, a donde fueron; y los recogeré de todas partes, y los conduciré a su tierra. Y los haré una nación sola en la tierra en los montes de Israel, y será solo un rey que los mande a todos... Y mi siervo David será rey sobre ellos, y uno solo será el pastor de todos ellos; en mis juicios andarán, y guardarán, y cumplirán mis mandamientos... Y David mi siervo será príncipe de ellos perpetuamente. Y haré con ellos alianza de paz, alianza eterna tendrán ellos... Y estará mi tabernáculo entre ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpetuamente.*

228. De estas pocas reflexiones que acabamos de hacer, y de muchísimas otras que puede hacer cualquiera con gran facilidad, la conclusión sea: que si la profecía de que hablamos (lo mismo digo de cualquiera otras) no puede entenderse seguidamente en este sentido, ni en el otro, ni en todos juntos; la deberemos entender en aquel sentido único, obvio, natural y sencillo, que muestra la misma profecía, repugne o no repugne a nuestras miserables ideas. Si Dios ha hablado, él lo hará aunque a nosotros nos parezca difícil o imposible. ¿Dijo pues, y no lo hará? ¿Habló, y no lo cumplirá? ¿Para qué, pues, nos cansamos inútilmente en buscar otros caminos difíciles e impracticables, cuando tenemos este fácil, llano y seguro? ¿Acaso porque no pueden pasar por este camino ciertas ideas? Luego ésta es una prueba evidente, no de que el camino no sea bueno, sino de que estas ideas no son buenas, sino de contrabando, pues no pueden pasar seguramente por el camino real. Y si son de contrabando, luego las deberemos dejar, obedeciendo fielmente a las órdenes del rey supremo, y *cautivando nuestro entendimiento en obsequio de la fe*. Con esto solo, ya nada tenemos que temer; el camino queda fácil, llano y seguro; y la profecía que se imaginaba tan oscura, se ve al punto llena de claridad, y se entiende toda entera, desde la primera hasta la última palabra.

229. No puedo detenerme más en este punto particular, porque me llaman con gran instancia otros muchos de igual o mayor importancia, que tienen con éste una gran relación, y que por consiguiente deben aclararlo y fortificarlo más. Todos ellos pertenecen y se encaminan directa e inmediatamente a un mismo asunto principal, esto es, a la consumación del gran misterio de Dios, que encierran, en sí las Santas Escrituras, o a la revelación de nuestro Señor Jesucristo, o a su venida segunda en gloria y majestad, que todos creemos y esperamos.

Fenómeno VI

La Iglesia cristiana

230. Los dos puntos capitales, que ahora vamos a examinar, esto es, la Iglesia cristiana, y la cautividad de Babilonia, no merecen tanto el nombre de fenómenos cuanto de antifenómenos, o de velos, o de nubes, o de impedimentos para la observación de los verdaderos fenómenos. Éstas son aquellas dos grandes y antiguas fortalezas que han servido y sirven como de refugio y asilo contra toda clase de enemigos. A ellas se acogen frecuentísimamente los intérpretes de la Escritura, y en ellas aseguran a su parecer invenciblemente todas sus ideas sobre la segunda venida del Mesías; haciendo desde aquí tanto fuego, o por mejor decir, tanto ruido para ahuyentar las ideas enemigas, que el paso queda, si no cerrado absolutamente, a lo menos sumamente difícil y casi impracticable.

231. Ya habréis reparado en todo el fenómeno antecedente la gran dificultad y trabajo con que hemos caminado, siéndonos necesario casi a cada paso abrirnos camino a fuerza de brazos, y disputar largo tiempo sobre un palmo de tierra, ya con la una, ya con la otra fortaleza, ya con ambas a un mismo tiempo; pues como el paso frecuente entre estas dos grandes fortalezas nos es inevitable, por estar situadas a la una y a la otra parte del camino real que deseamos seguir, se hace ya necesario dejar por algún tiempo toda otra ocupación, y convertir todas nuestras atenciones a las fortalezas mismas, como si fuesen en la realidad dos grandes fenómenos, dignos de la más atenta y más prolija observación. Con esto, examinadas cada una de por sí; examinadas de propósito, sin divertirnos a otra cosa; examinadas de cerca cuanto nos sea permitido, podremos saber de cierto si son inexpugnables o no, es decir, si son capaces de defender las ideas contrarias, o no; o para ceder prudentemente y retirarnos del empeño, o para seguir nuestro camino sin temor alguno. Estas dos fortalezas son: primera, la cautividad de los judíos en Babilonia, y su vuelta a Jerusalén y Judea. Esto es lo que llaman sentido literal en las más de las profecías, a lo menos en cuanto se puede. Mas como realmente se puede poco, y las más veces nada, queda para suplirlo todo la segunda fortaleza, amplísima, fortísima, inaccesible, que se hace respetar con sólo su nombre. Queda, digo, en sentido alegórico, *especialmente intentado por el Espíritu Santo*, la Iglesia cristiana. Empecemos por ésta, que es la más trabajosa.

Algunos presupuestos necesarios

Párrafo I

232. Antes de acercarnos a esta fortaleza sagrada, y digna de nuestro más profundo respeto, para que podamos entendernos bien, y proceder sin confusión, y aun sin sospecha de temor, debemos indispensablemente presuponer dos cosas indispensables. Primera: la noción, o la idea clara de todo lo que se significa y comprende en esta palabra, Iglesia cristiana, es decir, lo que hay de cierto y de fe divina en este punto, lo cual deberá mirarse como una breve, sincera y religiosa confesión de nuestra fe. Segunda: la noción o la idea igualmente clara del sentido, y de los términos en que solamente pensamos hablar. Sin estas dos nociones parece moralmente imposible cerrar del todo la puerta a sutilezas, o equívocos, o sofismas, ya directos, ya reflejos, que puedan fácilmente incomodarnos, enredarnos y aun oprimirnos.

Primera noción

233. La Iglesia cristiana o católica, que es de la que hablo (ni puedo hablar de otra, pues a ésta solamente reconozco por verdadera iglesia de Cristo), la Iglesia cristiana, digo, fundada por el Mesías mismo, por el Hijo de Dios, por el Hombre Dios, regada con su sangre, y fecundada con su Espíritu, etc., es la verdadera y única Iglesia de Dios vivo, en esta nuestra tierra. Ésta es, como dice el Apóstol, *columna y apoyo de la verdad*; la depositaria incorruptible y fiel de la verdad, a quien toca enseñarla según la recibió; a quien toca por consiguiente el juicio y sentencia definitiva, sobre el real y verdadero sentido de las Santas Escrituras; y lo que ella ha resuelto, enseñado y mandado en estos asuntos, y lo que resolviere, enseñare y mandare en adelante, como verdad de fe, debe ser recibido de todos sin contradicción ni disputa. Esta Iglesia es santa, y merece este nombre con toda propiedad, no solamente por la santidad de Dios a quien está consagrada, y a quien se encamina directamente, sino también por la santidad del espíritu que la une y anima; por la santidad de su fundamento y de su cabeza, que es Cristo mismo; por la santidad de su culto, de sus sacramentos, de su moral, de sus leyes; y en suma, porque sólo dentro de ella se puede hallar aquella justicia y santidad, que hace a los hombres hijos de Dios. *Y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo.*

234. Esta Iglesia es católica o universal, porque siendo esencialmente una, comprende y abarca dentro de sí todos los pueblos, tribus y lenguas, que han querido y quisieren entrar en adelante, y agregarse a ella. A ninguna nación excluye, ni a ninguno de sus individuos, ni aun a los viles y míseros judíos, los cuales sin la fe, que es el estado en que actualmente se hallan, son mirados del Dios de sus padres, como cualquiera otra nación infiel, y lo serían eternamente si no hubiesen de salir de este estado infeliz, como ciertamente han de salir *según las Escrituras. Porque en Jesucristo ni la circuncisión vale algo, ni el prepucio, sino la fe que obra por caridad.* Esta fe pura o incorrupta es la que hace al caso; ésta es la que hace hijos verdaderos de Abrahán; ésta es la que constituye el verdadero cristianismo, o la verdadera Iglesia cristiana, *en donde no hay gentil y judío, circuncisión, y prepucio, bárbaro, y escita, siervo, y libre; mas Cristo es todo en todos.*

235. Esta iglesia es asimismo apostólica, y también se dice con propiedad romana, porque toda la autoridad y jurisdicción, o potestad espiritual la puso el Hijo de Dios

mismo en sus apóstoles, y sobre todos en el príncipe de ellos San Pedro, toda está y estará hasta que él venga en sus legítimos sucesores, que son los Obispos, y sobre todo en el sucesor del príncipe de los Apóstoles San Pedro, que es el obispo de Roma, al cual llamamos todos los católicos el papa, o padre común, o el sumo pontífice, y a quien reconocemos por vicario de Cristo en la tierra, y cabeza visible de la verdadera y universal Iglesia. Por consiguiente reconocemos a este obispo de Roma por el verdadero centro de unidad, a donde deben encaminarse, y llegar y comunicar con él todas las líneas que parten de la circunferencia de todo el orbe cristiano; y los que no se encaminaren a este centro, ni comunicaren con él, van ciertamente desviados, y no pertenecen a la unidad esencial del cuerpo de Cristo, o a la verdadera Iglesia cristiana. Otras mil cosas había aquí que decir, las cuales o se disputan hasta ahora, o no son de este lugar. Bastan estas pocas, que son las sustanciales para una confesión de fe.

Segunda noción

236. Esta Iglesia cristiana, esta Iglesia católica, única esposa del verdadero Dios, no obstante ser esencialmente una e indivisible, se compone necesariamente de dos partes diversas entre sí, sin lo cual todo fuera en ella un desorden, una confusión ininteligible. Se compone, digo, necesariamente de dos partes, a saber, activa y pasiva; esto es, de madre e hijos, de maestra y discípulos, de gobernadora y de gobernados, de directora y de dirigidos, etc. Por esta noción clara y palpable, parece bien fácil conocer con ideas claras y palpables la diferencia que hay entre el verdadero significado de estas dos palabras: Iglesia de Dios, y esposa de Dios. La primera es una palabra general que comprende a todos los fieles *de uno y otro sexo*, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, civiles y rústicos, sacerdotes y legos. La segunda parece claro que sólo puede competir a la parte activa de la misma Iglesia, que es el sacerdocio, o por hablar con mayor propiedad, el cuerpo de los pastores. Esta parte activa es la que llamamos con verdad nuestra madre la iglesia, y de esta sola hablamos cuando decimos: la Iglesia lo enseña; la Iglesia lo decide; la Iglesia lo manda. Y si ésta es propiamente nuestra madre, ésta es también la esposa en la casa de Dios, a quien toca parir hijos de Dios, a quien toca criarlos, sustentarlos, enseñarlos, gobernarlos y corregirlos, etc.

237. De aquí se sigue otra noción de gran importancia, que puede aclarar mis ideas no poco confusas, esto es, la inteligencia verdadera y genuina de algunos lugares del evangelio los más terribles para los judíos. Quiero decir: ¿qué es lo que realmente se les ha quitado a los judíos en consecuencia de aquella terrible profecía de Cristo o de aquella sentencia que pronunció contra ellos en estas palabras: *Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él*; y de aquella otra que ellos pronunciaron contra sí mismos, antes de saber de quiénes hablaba: *A los malos destruirá malamente; y arrendará su viña a otros labradores*. Después de estas sentencias verificadas con toda plenitud, y ejecutadas con tanto rigor, es cosa cierta y de fe divina, que a los judíos no se les ha quitado el ingreso a la Iglesia cristiana, ni el ser miembros de la Iglesia cristiana. Desde que ésta se fundó, sus puertas les han estado abiertas día y noche, así como lo han estado, y lo deben estar para todas las otras naciones, tribus y lenguas. Lejos de impedirles la entrada, ellos fueron los primeros convidados, y convidados con la mayor ternura, instancia y empeño, por mandato

expreso del padre de familias; y este convite no se ha interrumpido jamás hasta la presente. Los que han querido han entrado, y la Iglesia les ha recibido en su seno, y está prontísima a recibir a los que en adelante quisieren entrar; porque al fin es Iglesia católica y universal, y este nombre no la pudiera competir, si excluyese alguna nación o alguna raza de gentes.

238. Siendo esto así, como lo es evidentemente, se pregunta de nuevo: ¿qué es lo que se ha quitado a los judíos? O la sentencia de Cristo *quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo, etc.*, y la que ellos se dieron, obligados del mismo Cristo, y *arrendará su viña a otros labradores*, no tienen significado alguno, o es otra cosa muy diversa, y mucho más notable que el simple ingreso a la Iglesia cristiana, la que se ha quitado a los judíos. ¿Cuál es ésta? No es otra, amigo, ni puede ser otra que el reino activo; el ser hijos del reino, o reinantes que es lo mismo; la Iglesia activa, la dignidad de esposa, de madre, de gobernadora de la familia; la administración de la viña de Dios; el ser colonos, o labradores de esta viña, etc. Si ellos por su incredulidad y malicia no han querido entrar en la Iglesia, tampoco han querido entrar otros muchos pueblos, tribus y lenguas y de ningunos de éstos se puede decir con verdad que se les ha quitado el reino de Dios, o la administración de la viña de Dios. ¿Cómo se ha de quitar a un hombre lo que no tiene, ni le pertenece de modo alguno? Conque si a los judíos se les ha quitado el reino de Dios, este reino lo tenían cuando se les quitó, y lo hubieran tenido, y lo tuvieran, si no se les hubiese quitado. Yo deseo que se tengan presentes todas estas nociones, para que cuando hable de la Iglesia cristiana, no se equivoque y confunda la parte principal con el todo, ni la activa con la pasiva, ni las ideas generales de Iglesia con las particulares de esposa.

Párrafo II

239. Supuestas y entendidas bien todas estas cosas, oídme ahora, amigo, con menos escrúpulo y con más atención. La primera proposición que voy a anticipar, no hay duda que os parecerá increíble, improbable, y como un despropósito de los más solemnes que se han adelantado jamás. No obstante, con vuestra licencia, a lo menos presunta, yo me atrevo a adelantarla y también a probarla.

Proposición

240. «Esta palabra *santa y venerable Iglesia cristiana*, en la boca y pluma de los doctores cristianos, es no pocas veces en ciertos puntos particulares, una palabra muy equívoca, que tiene mucho de sofisma, aunque muy oculto y muy disimulado.»

241. Deseo explicarme con toda claridad, de modo que cualquiera me entienda, sin que sea necesaria otra explicación, que la que suenan y significan obvia y literalmente las palabras, las cuales no tienen, o no deben tener otro uso, que manifestar el concepto de la mente. Ya veis, pues, en primer lugar, que la proposición no es universal, sino contraída expresamente a ciertos puntos particulares. Si me preguntáis ahora, qué puntos particulares son éstos, os respondo en breve, que son todos aquellos lugares de la divina Escritura conocidamente favorables a los judíos, en que se leen clara y distintamente

anuncios alegres, promesas magníficas, extraordinarias, nuevas, admirables, que hace el mismo Dios a Sión, a Jerusalén, a la casa de Jacob; y esto no como quiera, no indeterminadamente, no a bulto y en confuso, sino expresamente a Sión, *estéril, y sin parir, echada de su patria, y cautiva... desamparada y sola... como mujer desamparada y angustiada de espíritu... a Sión, considerada como mujer repudiada desde la juventud*; a Jerusalén destruida y conculcada de las gentes; a la casa de Jacob, esparcida a todos los vientos, y hecha el ludibrio de todas las naciones; las cuales promesas sabemos con toda certidumbre no haberse verificado jamás.

242. Estos lugares de la Escritura verdaderamente innumerables y clarísimos, se procuran todos acomodar, en cuanto es posible al ingenio humano, a la Iglesia cristiana (hablo en el sentido mismo en que hablan los doctores), esto es, en el estado presente; comprendidos en este estado presente todos los 17 siglos que han pasado desde los apóstoles hasta el día de hoy; pues no reconocen, ni les parece posible, otro estado mejor, por más que lo anuncien las Escrituras. Así pues, Sión, cuando se habla de ella en bueno, es decir, cuando se habla de ella, *no como mujer repudiada desde la juventud, ni como mujer desamparada y aborrecida*; sino en cuanto curada de sus llagas, llamada de su Dios, recibida, acariciada, sublimada, ensalzada, significa la Iglesia cristiana presente. Jerusalén, no en cuanto destruida y conculcada, sino en cuanto reedificada y honrada de todas las naciones, significa la Iglesia cristiana presente. Y la casa de Israel, o de Jacob, no en cuanto ventilada hacia todos los rumbos, *con indignación, y con grande ira*, sino en cuanto recogida por el brazo omnipotente de su Dios *con grandes piedades*, no puede significar otra cosa que la Iglesia cristiana en el estado presente.

243. Sucede no obstante, y con suma frecuencia, que en medio de la acomodación que se iba haciendo del texto sagrado a la Iglesia cristiana presente, se encuentra con alguno o muchos embarazos, que cierran el camino e impiden el paso absolutamente. Pues en este caso, ¿qué remedio? El remedio es pronto y facilísimo. ¿Qué cosa más fácil que dar un vuelo mental de la tierra al cielo, y dar por acomodado allá lo que por acá es imposible? Efectivamente así se hace, o así se procura hacer, en cuanto se puede; porque la Iglesia triunfante y la militante (añaden y ponderan), son una misma iglesia, sin otra diferencia que estar la una en el puerto, y la otra en la mar. Bien, y si lo que dice el texto sagrado tampoco se puede competer de modo alguno a la iglesia triunfante; si a ésta repugna visiblemente tanto o más que a la iglesia militante lo que se le quisiera acomodar, en este caso, no raro sino continuo, ¿qué se hará? El embarazo, aunque grande y continuo, no por eso es irremediable. Deberá, pues, en este caso frecuentísimo explicarse el texto del modo posible. Si no puede explicarse cómodamente en este sentido, ni en el otro, ni en muchos juntos, o deberá omitirse del todo, como cosa de poco momento, o tocarse apenas por la superficie, que es casi lo mismo que omitirlo. Todo es permitido en la práctica, con tal que no se piense en lo que suenan y significan, en su propio y natural sentido, éstas y semejantes palabras: Sión, Jerusalén, Israel, Judá, la casa de Jacob, las tribus de Israel, el tabernáculo de David, etc. Son estas cosas demasiado grandes para los pequeños, viles y pérfidos judíos.

Se empieza a mover el equívoco

Párrafo III

244. El fundamento único en que estriba todo este modo de pensar, y de interpretar las profecías, es (según pretenden) la doctrina expresa y clara del apóstol San Pablo, el cual en varias partes de sus escritos nos asegura formalmente, e inculca en ello como una verdad esencial y fundamental del cristianismo, que los hijos verdaderos de Abrahán, con quienes hablan las promesas, no son los que descienden de él según la carne o la naturaleza, sino los que descienden según el espíritu; que estos últimos son todos los creyentes de cualquiera nación que sean; *que los que son de la fe, los tales son hijos de Abrahán*; que entre éstos no hay distinción alguna de judío y griego, de bárbaro, y escita, de libre y esclavo: *puesto que uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Y en otra parte: Porque en Jesucristo ni la circuncisión vale algo, ni el prepucio, sino la fe que obra por caridad.* Supuesta esta doctrina tan repetida del Apóstol y maestro de las gentes, que ningún cristiano puede ignorar, argumentan así. Las promesas que se leen en las Escrituras para después de la venida del Mesías, hablan solamente, según San Pablo, con los hijos verdaderos de Abrahán; esto es, no con los hijos según la carne, sino con los hijos según el espíritu; *porque no todos los que son de Israel, éstos son Israelitas; ni los que son linaje de Abrahán, todos son hijos.* Estos hijos verdaderos de Abrahán, según el mismo Apóstol, son todos los creyentes de todas las naciones, sin distinción alguna de judío y griego, de circuncisión y prepucio, de libre y esclavo, de bárbaro y no bárbaro, etc.: *los que son de fe, los tales son hijos de Abrahán*; luego las promesas que se leen en las Escrituras para después de la venida del Mesías, hablan solamente con los creyentes de todas las naciones, sin diferencia alguna de judío y gentil; luego hablan con la Iglesia presente que se compone de todos los creyentes de todo el mundo y orbe terráqueo, sin diferencia alguna de judío y gentil; luego no hacen mal, sino muy bien los doctores cristianos en entender y procurar acomodar del modo posible a la Iglesia cristiana (ya militante ya triunfante) las promesas que se leen en las Escrituras para después de la venida del Mesías, aunque éstas hablen nominadamente con los hijos de Abrahán, con los Israelitas, con Sión, con Jerusalén, con Judá, con Israel, o con las reliquias preciosas de este pueblo infeliz.

245. Este discurso a primera vista justísimo, pues se supone fundado sobre la doctrina de un apóstol, perfectamente instruido en todo el misterio de Dios que encierran las Escrituras, ha sido por esto mismo como un doble velo, que nos ha cubierto a lo menos la mitad del mismo misterio de Dios. San Pablo dice, que los verdaderos hijos de Abrahán, con quienes hablan las promesas, no son los hijos según la carne, o según la naturaleza, sino los hijos según el espíritu, esto es, los creyentes de cualquiera nación que sean. Bien, ésta es una verdad clara, de que sólo pueden dudar los que no son creyentes. Mas cuando San Pablo enseña esta verdad a todos los creyentes, y con ella los consuela y anima, ¿de qué promesas habla? ¿Acaso de todas cuantas se leen en las Escrituras para después de la encarnación del hijo de Dios? Falso y falsísimo, por testimonio del mismo San Pablo, el cual cuando habla en particular y de propósito de la conversión a Cristo (todavía futura) de los hijos de Abrahán, *según la carne*, cita otras promesas particulares a ellos solos, que no pueden competir a los creyentes de todas las naciones, como luego veremos. Y los doctores mismos reconocen y confiesan a lo menos algunas de estas promesas

particulares, y otras muchas (y las más notables) parece que las reconocen y confiesan tácitamente, pues las omiten, o apenas las tocan por la superficie.

246. Conque según eso, hay en las Escrituras promesas generales, y promesas particulares; unas que hablan en general con todos los hijos de Abrahán *según el espíritu*, esto es, con todos los creyentes, *de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación*, sin excluir a los judíos que quisieren entrar en este número; otras particulares a los mismos judíos o a los hijos de Abrahán *según la carne, o según la naturaleza*; y éstas para otro tiempo que todavía no ha llegado, para cuando sean hijos de Abrahán, no sólo según la carne, sino también y mucho más *según el espíritu*; como ciertamente lo han de ser, según las mismas promesas particulares de que hablamos. Las promesas generales que comprenden a todos los creyentes de todas las naciones, se entiende (*si tuvieran una fe viva*) son: la remisión de los pecados, la salud, el espíritu, la amistad de Dios, la filiación de Dios, y todo lo que de aquí debe resultar, que es como dice el mismo San Pablo: *sí hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos también glorificados con él*. Todo esto habla indubitablemente con todos los hijos de Abrahán, según el espíritu; con todos los verdaderos creyentes, pasados, presentes y futuros, de todos los pueblos, tribus y lenguas de todo el orbe; todos éstos podrán decir con verdad... *nosotros somos hijos de la promesa*; todos éstos (podrán decir igualmente) *somos contados por descendientes*, y todos serán benditos con el Padre de todos los creyentes. *Y así los que son de la fe, serán benditos con el fiel Abrahán*. ¿Y todo esto, amigo, os parece poco? ¿No debemos contentarnos todos los creyentes con unas promesas tan grandes y de tanta dignidad?

247. Mas estas promesas, grandes y magníficas, generales a todos los creyentes, no son ciertamente todas las promesas que se leen en las Escrituras para después del Mesías. Hay fuera de éstas otras particulares, que se enderezan inmediata y únicamente a los miserables hijos de Abrahán, por Isaac y Jacob, *según la carne, o según la naturaleza*; para cuando lo sean también *según el espíritu*; para cuando se les quite el corazón de piedra, y se les dé corazón de carne, y éste circuncidado; para cuando sean recogidos y congregados *con grandes piedades* por el brazo omnipotente de Dios vivo, de todos los países y naciones, donde él mismo los tiene esparcidos; para cuando sean curados de sus llagas y lavados de sus iniquidades; en suma, para cuando sean creyentes, en lugar de las naciones de todo el orbe, que por la mayor y máxima parte dejarán de serlo *como está escrito*; de todo lo cual hemos hablado ya suficientemente en los fenómenos precedentes.

248. Estas promesas particulares a solos los hijos de Abrahán, *según la naturaleza*, verbigracia su vocación a Cristo, su verdadera, y sincera conversión, con todas las circunstancias con que está anunciada la misión de Elías para este solo fin, pues la Escritura no señala otro, su reposición y restablecimiento en la tierra prometida a sus padres, su contrición y llanto íntimo y amarguísimo, su justicia, su santidad, su asunción, su plenitud, que son los términos de que usa el mismo San Pablo; estas promesas, digo, y todas sus consecuencias, no hay razón alguna para querer acomodarlas a la Iglesia presente, extendiéndolas a todos los creyentes de las naciones. Éstos deben contentarse con lo que han recibido, que no es poco. Deben alabar a Dios, y agradecerle incesantemente la suma misericordia que ha hecho con ellos. Deben trabajar en hacerse

hijos dignos de Abrahán, imitando su santidad y su justicia: *Si sois hijos de Abrahán*, decía Cristo, *haced las obras de Abrahán*; mas apropiarse a sí mismos, para ser más ricos también, lo que para otros tiempos está prometido a otros pobres, que ahora se hayan en extrema miseria, no parece obra propia del justo Abrahán.

Párrafo IV

249. Con la distinción que acabamos de hacer de promesas generales y particulares, es fácil ya empezar a ver el equívoco de que vamos hablando, sobre el cual estriba únicamente el modo ordinario de pensar sobre la inteligencia de las más de las profecías. Para que este equívoco se conozca mejor, y juntamente para llegar en breve a lo más inmediato, pareceme bien proponer aquí una hipótesis o suposición, prescindiendo por un momento de que sea verdadera o falsa, dulce o amarga, creíble o increíble. Esta hipótesis se puede proponer en estos términos.

250. «La Iglesia cristiana (hablo principalmente de la activa) que ahora está ciertamente en las gentes que fueron llamadas en lugar de los judíos, o de los hijos de Abrahán, *según la naturaleza*; a las cuales gentes se entregó el reino de Dios, o la administración de la viña de Dios, que es una misma cosa, según aquella sentencia fulminada contra los mismos judíos: *quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haya los frutos de él... y arrendará su viña a otros labradores*. Esta Iglesia cristiana, principalmente la parte activa, este reino de Dios activo, esta administración de la viña de Dios, etc., volverá en algún tiempo a los judíos, a quienes se quitó, los cuales serán llamados por misericordia a ocupar aquel puesto que perdieron por su incredulidad. Asimismo, el centro de unidad de la Iglesia cristiana, católica y universal (que entonces lo será efectivamente, comprendiendo dentro de sí a todos los habitantes de la tierra), este centro de unidad que ahora está en Roma, y en las gentes, estará entonces en Sión, en Jerusalén, y en los hijos de Abrahán *según la carne*, que lo serán también perfectísimamente *según el espíritu*. No nos metamos tan presto en el examen prolijo de esta suposición; ella se irá manifestando por sí misma, sin mucho trabajo, ni mucho ruido. Nos basta por ahora saber, que no es suposición imposible, ni tampoco contraria a alguna verdad de fe.»

251. Pues en esta suposición, admitida por un solo momento, ¿no se entienden en este mismo momento todas las Escrituras? ¿No se pueden entender, y explicar con una suma facilidad y propiedad las profecías innumerables de que hablamos? Todos aquellos grandes bienes y misericordias, tantas veces prometidas nominadamente a Sión, en el estado de soledad y miseria en que se halla tantos siglos ha, a Jerusalén destruida y conculcada, a la casa de Jacob, y descendencia de Abrahán cautiva entre todas las naciones, etc.; todas estas promesas, digo, que hasta ahora no se han verificado, y que su misma grandeza las ha hecho parecer increíbles aun a los mejores creyentes de las naciones, ¿no se ve con los ojos cómo pueden verificarse? Y si la suposición, aunque es un poco dura y amarga, es realmente una verdad clara e innegable, en este caso, ¿podremos todavía decir que las profecías no hablan de aquellas mismas personas de quienes hablan expresa y nominadamente? ¿Rehusaremos todavía en este caso dar nuestro consentimiento, que no se nos pide ni se ha menester? Veis, pues, aquí el

equivoco, que ya se descubre hasta su raíz. Sión, Jerusalén, y la casa de Jacob, cuando se habla de ellas en *bueno*, es decir, cuando se les anuncian cosas muy grandes, nuevas y extraordinarias, no pueden significar otra cosa, nos dicen, que la Iglesia de Cristo. Bien, yo también lo digo, y lo creo así. Mas ¿cuándo, en qué estado, y con qué circunstancias?

252. No cierto ahora en el estado presente, sino en otro tiempo y en otro estado infinitamente diverso. No ahora, digo, cuando Sión, y Jerusalén están destruidas en lo material, y en lo formal, y la casa de Jacob se halla según las Escrituras, esparcida a todos vientos, y cautiva entre todas las gentes. No ahora cuando toda la casa de Jacob, por justos juicios de Dios, se halla ciega, sorda, y muda; que ni ve, ni oye, ni habla, ni da señal alguna de vida verdadera, pues le falta el principio de vida que es la fe. No ahora, cuando toda la casa de Jacob, se halla como un cadáver destrozado, cuyos huesos áridos y secos, se miran con horror en todos los pueblos y naciones donde están dispersos. No ahora, en fin, cuando toda la casa de Jacob yace postrada en aquella especie de letargo, de demencia, de frenesí, de contradicción, digna más de lástima que de indignación; como es aborrecer y detestar aquella misma persona, a quien ama por otra parte, a quien espera, a quien desea, y por quien suspira noche y día, como su mayor y único bien. ¿Pues cuándo?

253. Cuando la misma casa de Jacob, a quien se han hecho las promesas de que hablamos, *que son mis deudos según la carne*, dice San Pablo, *que son los Israelitas, de los cuales es la adopción de los hijos, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas; cuyos padres son los mismos de quienes desciende también Cristo según la carne*; cuando esta casa de Jacob *según la carne*, con quien hablan directa e inmediatamente estas promesas, sea llamada de Dios, y recogida con su brazo omnipotente de todos los países del mundo donde se halla dispersa. Cuando sea introducida y como plantada de nuevo en aquella tierra, que llamamos de promisión, porque fue prometida para ellos a sus padres (diciéndoles): *los edificaré, y no los destruiré; y los plantaré, y no los dice por Jeremías. Y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel, de la tierra que les di*, dice por Baruc. *Y los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra, que les di*, dice últimamente por Amós, etc. Cuando se les quite el corazón de piedra, y se les dé el corazón de carne. Cuando los huesos secos y áridos se unan entre sí, se vistan de carne, nervios y piel, y se les introduzca el espíritu de vida. Cuando despierte de su profundo sueño; cuando abra sus ojos llenos de lágrimas; cuando reconozca a su Mesías, a quien tantos siglos ha estado amando, y juntamente aborreciendo, deseando y detestando; cuando, en fin, sea *lavada y blanqueada*, con aquella agua pura y limpia que se le promete en el capítulo XXXVI, versículo 25 de Ezequiel: *Por cuanto os sacaré de entre las gentes, y os recogeré de todas las tierras, y os conduciré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias; y pondré mi espíritu en medio de vosotros*; cosas todas que leemos frecuentísimamente *en la escritura de los profetas*.

254. *¿Pero cuándo serán estas cosas?* Os oigo decir con especie de irrisión o de frialdad extrema. *¿Cuándo serán estas cosas?* ¿Es creíble que estas cosas se puedan verificar jamás? ¿Que se puedan verificar así como se lee en las Escrituras? ¿Que puedan verificarse en los viles judíos, en los pérfidos judíos, en los ciegos, duros y obstinados judíos? No se puede negar, amigo, que pensáis como hombre prudente. Es ciertísimo que,

para los hombres cosa es ésta que no puede ser; mas ¿os atreveréis a decir que también es imposible o difícil, para Dios? Si parecerá cosa difícil en aquel tiempo a los de las reliquias de este pueblo, ¿acaso será difícil a mis ojos? Y en caso que Dios mismo dijese y prometiese todo lo que contiene nuestra hipótesis, ¿sería suficiente razón para dudarlo, el que para los hombres cosa es esta que no puede ser? Cosa durísima es tirar coeces contra el aguijón.

255. No es esto lo más. Cuando conceden los doctores, como lo conceden todos con gran benignidad, que los judíos al fin del mundo se convertirán; lo que quieren decir y dicen expresamente es, que cuando se conviertan, entrarán en la Iglesia cristiana presente; es decir, en la Iglesia cristiana, cuya parte activa y principal está solamente en las gentes; pues no hallan otro modo de concebir la Iglesia cristiana. Por consiguiente, que esta parte activa de la Iglesia, como buena y piadosa madre, dilatará su seno al fin del mundo, y recibirá misericordiosamente a los judíos que entonces se hallaren sobre la tierra. Con lo cual nos dan a entender, y nos suponen como ciertas e indubitables, dos cosas bien dignas de la mayor atención. Primera: que cuando venga el Señor en gloria y majestad (que ellos mismos dicen y suponen deberá ser al fin del mundo) hallará esta parte activa de la Iglesia presente, llena de aquella verdadera fe *que obra por caridad*; y por consiguiente llena de verdadera caridad; pues hallará dentro de su seno materno, no solamente algunos o muchos hijos fieles de varias gentes y naciones, sino también a todos los judíos, *de todas las tribus de los hijos de Israel*, que no deja de sumar muchos millones. La cual idea deberá componerse con la idea infinitamente diversa, que nos da el Señor en diversas partes del evangelio, por ejemplo, con aquellas palabras: *cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?* Y con aquellas otras: *Y así como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre. Y con aquellas: Asimismo como fue en los días de Lot... De esta manera será el día, en que se manifestará el Hijo del Hombre.* Véase lo que sobre esto queda observado en el fenómeno IV, párrafo VI.

256. La segunda cosa que nos dan a entender, y nos suponen como cierta e indubitable, es ésta: que la Iglesia cristiana activa de que hablamos, que ahora está ciertamente en las gentes, lo deberá estar siempre en esta misma forma hasta el fin del mundo, sin que pueda haber en esto mudanza o novedad alguna; debiendo Dios dejar siempre las cosas como se están. Mas esto segundo (olvidando por ahora, o haciendo que olvidamos lo primero), ¿sobre qué fundamento estriba? ¿No podremos ver este fundamento? ¿No podremos, sin ser racionalmente notados de impiedad, examinarlo de cerca? ¿No podremos proponer nuestras dudas a los sabios, y las razones grandes o pequeñas que tenemos para dudar? ¿Y en caso que éstos, mostrándonos un semblante severo, terrible o inexorable, no se dignen de oírnos, o no nos den otra respuesta que clamar: *ha blasfemado... sentencia de muerte tiene este hombre... sea apedreado*, no podremos, lícita, pía y religiosamente, examinar este punto gravísimo o importantísimo a la luz de las Escrituras, que nos pone la Iglesia misma en las manos?

Examen de la hipótesis propuesta

Párrafo V

257. Yo hablo, amigo, por la presente con vos solo. Sé que sois sabio, aunque poco inclinado al estudio de las Santas Escrituras, según el gusto de nuestro siglo; a lo menos no las ignoráis, ni tampoco las dejáis de respetar ni de creer. A vos, pues, os presento inmediatamente esta mi consulta, os propongo mis dudas, y las razones en que se fundan. Para que podáis darme una respuesta categórica, sin confusión y sin equívoco reflejo, oíd primero con bondad, y considerad atentamente cinco puntos previos, que ofrezco a vuestra reflexión. A mí me parecen cinco verdades. Si acaso no lo fuesen en vuestro juicio, yo estoy pronto a condenarlas o corregirlas, luego al punto que me lo deis a conocer. Yo he protestado otras veces, y protesto de nuevo, que todo este escrito y cuanto en él se contiene, lo sujeto de buena fe, no sólo al juicio de la Iglesia, sino también al juicio y corrección de los sabios, que quieran examinarlo con formalidad.

Primera verdad

258. Jesucristo fundó su Iglesia en Jerusalén, y por entonces en solos los judíos; mas como él, según las órdenes de su divino Padre, debía partirse luego *a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse*, eligió en su lugar a uno de los doce apóstoles, que fue San Pedro, a quien hizo su vicario en la tierra, y consiguientemente cabeza verdadera y visible de la misma Iglesia; dejándole para esto todas las llaves de la casa, y encomendado a su cuidado, fidelidad y vigilancia, la conservación, el aumento, la enseñanza y buen gobierno de toda la familia, por sí y por sus legítimos sucesores, hasta que él volviese.

Segunda verdad

259. Todo lo activo de la Iglesia de Cristo, es decir, toda la autoridad, jurisdicción y potestad espiritual, necesaria para la conservación, aumento y buen gobierno de esta Iglesia, la puso el mismo Hijo de Dios en sus apóstoles, dándole a uno de ellos la primacía sobre todos; lo cual era convenientísimo, para que se conservase y perpetuase el buen orden en toda la jerarquía eclesiástica. Entre estos apóstoles de Cristo, y aun entre los otros discípulos de clase inferior, es cosa cierta y averiguada, que no hubo uno solo que no fuese judío, o perteneciente, *según la carne*, a la casa de Jacob y descendencia de Abrahán. Así como es cosa cierta y averiguada, que entre todos los 72 libros o piezas separadas que componen la Biblia sagrada (45 antes, y 27 después del Mesías) no hay uno solo cuyo escritor fuese llamado por el Espíritu Santo, de otra nación o pueblo, que del pueblo de Israel, y casa de Jacob.

Tercera verdad

260. Pudo muy bien el Señor, si así lo hubiera querido, conservar y perpetuar en Jerusalén la primacía, la corte, el asiento, la sede apostólica, o centro de la unidad de toda la Iglesia de Cristo; y además de esto, la autoridad, y potestad suprema en solos los judíos, disponiendo que éstos solos fuesen los sucesores de San Pedro, y heredasen todas sus preeminencias y prerrogativas. Tal vez hubiera sido así, si Jerusalén y Judea, o los judíos en general, hubiesen oído a los apóstoles, y hubieran recibido y no rechazado la palabra de Dios. Si acaso os parece esto muy embarazoso, y por eso muy difícil o muy

duro de creer, podéis considerar, que esto mismo, a proporción, lo pudo hacer en Roma, cabeza entonces del mayor imperio que ha habido en el mundo. Esto mismo, a proporción, lo pudo hacer entre las gentes idólatras de profesión que no lo conocían, y a quienes no tenía obligación alguna, ni por ellas, ni por la justicia de sus padres. Esto mismo, a proporción, lo pudo hacer también, a pesar de la potencia y empeño de los Césares, a pesar de la repugnancia y oposición del senado y pueblo romano, a pesar de las amenazas, de los terrores, de los tormentos, de las cruces y de los ríos de sangre cristiana que inundaron a Roma. Lo pudo hacer, y lo hizo, y se salió con ello.

Cuarta verdad

261. En caso (no imposible ni difícil) de quedar en Jerusalén, y en solos los judíos, la sede apostólica, o el centro de unidad de toda la Iglesia de Cristo, ésta hubiera sido tan católica, tan universal, como lo es ahora sin diferencia alguna; pues antes que San Pedro tuviese orden de pasarse a Roma y poner en ella su silla (y tal vez antes de saberse o entenderse con ideas claras todo el gran misterio de la vocación de las gentes) ya se había definido esta verdad en Jerusalén, y se había puesto en el símbolo público de fe; porque ninguno ignoraba el mandato expreso del Señor, que dijo a todos antes de subir al cielo: *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; etc.*

Quinta verdad

262. Queriendo Dios castigar a Jerusalén y a los judíos con el último y mayor castigo, entre tantos que le estaban anunciados, no solamente por haber reprobado y crucificado a su Mesías (que este sumo delito se les hubiera perdonado, si hubieran creído a los apóstoles de Cristo) sino también por haberse obstinado en su incredulidad; por haberse excusado con tanta incivilidad y descortesía de asistir a aquella gran cena, a que ellos fueron los primeros convidados; y a más de esto, por la oposición que hacían a la predicación del evangelio, procurando con sumo empeño que ninguno asistiese a dicha cena, con tanto deshonor y afrenta del buen padre de familias; por éstos y otros gravísimos delitos de que estaba llena Jerusalén, Sión, y generalmente hablando, toda la casa de Jacob, llegó finalmente el caso de poner en ejecución aquella sentencia terrible que ya estaba anunciada en el Evangelio. *Os digo, que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena; y aquella otra un poco más amarga por más expresiva y más clara: Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él.*

263. Para dar lugar a la ejecución de esta sentencia, y juntamente para hacer con las gentes una suma e inestimable misericordia, lo primero que hizo el Señor fue sacar de Jerusalén el candelero, y la antorcha grande y primitiva que había puesto en él; sacar, digo, de Jerusalén a su vicario, sacar la sede apostólica, sacar el centro de unidad de la verdadera Iglesia cristiana, y pasarlo todo a Roma, para mayor bien y comodidad de las gentes llamadas en lugar de Israel; determinando, a lo menos tácitamente, que en adelante las gentes mismas sucediesen a San Pedro, así como a los otros apóstoles, y que los hijos del reino fuesen desheredados y arrojados hasta su tiempo a las tinieblas exteriores: *os*

*digo, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abrahán, y Isaac, y Jacob en el reino de los cielos. Mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores. Y para quitar a estos hijos del reino toda ocasión de disputa, y dejarlos enteramente en la calle, según les estaba anunciado, lo segundo que hizo el Señor fue, enviar contra ellos sus ejércitos, y destruir enteramente su templo y su ciudad; lo cual se ejecutó por medio de Vespasiano, y Tito, y se completó enteramente por medio de Adriano; verificándose con toda plenitud aquella otra profecía del mismo Señor: *habrá grande apretura sobre la tierra, e ira para este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.**

264. Supuesta la buena inteligencia de estos cinco puntos, y en la buena fe de no hallarse en ellos cosa alguna que no sea verdad, *según las Escrituras*, vuelvo ahora a mi consulta: cuando Dios por justísimas causas abandonó a Jerusalén, y pasó a Roma la corte o el centro de su Iglesia, ¿se ató acaso las manos tan del todo, que ya no pueda trocar estas suertes sin negarse a sí mismo, y esto en ningún tiempo, en ningún caso y por ningún motivo? ¿Pudo Dios, sin negarse a sí mismo, sacar de Jerusalén no sólo la candela, sino también el candelero, y ponerlo en Roma; y ya no podrá, sin negarse a sí mismo, en ningún tiempo, en ningún caso y por ningún motivo sacarlo de Roma y volverlo a Jerusalén? ¿Pudo quitar a los judíos la administración de la viña, o lo que es lo mismo, el reino de Dios activo, y darlo a las gentes, por las razones que se apuntan en la parábola de la viña; y ya no podrá por las mismas razones, o por otras semejantes o mayores, quitarlo a las gentes y volverlo a dar a los judíos? ¿Pudo cortar a la buena oliva sus ramas propias y naturales, e injerir en lugar de éstas, contra la naturaleza, otras ramas extrañas y silvestres, y ya no podrá en ningún tiempo, ni por ningún motivo (aun cuando los injertos se hayan viciado por la mayor y máxima parte) no podrá, digo, cortar éstos, y volver a injerir aquellas, *según la naturaleza?*

265. Hágome cargo del embarazo más que ordinario que os podrá ocasionar esta consulta. La respuesta a primera vista fácil y llana, no lo es tanto, que no necesite de algún estudio. Fuera de los doctores ordinarios que podéis consultar a vuestro gusto, creo que os dará grandes luces un antiquísimo y célebre doctor, seguido de todos los católicos, y de todas las escuelas de teología, sin excepción alguna, que trata este mismo punto plenamente y a fondo. Yo hallo entre sus escritos un discurso admirable, dirigido inmediatamente a las gentes cristianas, tan claro, tan circunstanciado, tan sólidamente fundado, que nada queda que desear a quien busca la pura verdad, y a quien, o sea dulce o amarga, en ella descansa. Por tanto, dignaos, amigo, de leer este discurso con paciencia, y consideradlo con atención. Si os pareciere algo difuso, y como una molesta digresión, ofreced a Dios vuestro trabajo, esperando de él un fruto abundantísimo. *Mirad como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana, y tardía.* Como de estos discursos habréis leído infinitamente más difusos y de ninguna utilidad.

Párrafo VI

Discurso a las gentes cristianas de un doctor antiguo y célebre

Parte primera

266. «Se piensa comúnmente entre los Cristianos, que el Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob, el cual agradoso tanto en la inocencia y justicia de estos tres patriarcas, que quiso ser llamado eternamente con este nombre, diciendo: *Éste es mi nombre para siempre, y éste es mi memorial por generación y generación*; que este Dios infinitamente veraz y fiel *en todas sus palabras*, ha abandonado eternamente la descendencia de estos justos. Se piensa que la arrojó de sí para siempre, por aquel gran delito que cometieron cuando clamaron: *Crucifícale, crucifícale... Sobre nosotros, y sobre nuestros hijos sea su sangre*. Se piensa que este delito es irremisible; sin que pueda valerles el castigo y penitencia durísima de tantos siglos, ni aun aquella misma sangre de infinito valor que ellos derramaron, sin saber lo que hacían. Se piensa, que este Dios grande e infinito, cuyos juicios aunque inescrutables (*sin embargo son*), *verdaderos, justos en sí mismos*, no tiene ya algunos designios, dignos de su grandeza, sobre estos hijos infelices, ingratos y rebeldes, sino solamente que se conviertan al fin del mundo los que entonces quedaren. Mas este modo de pensar, ¿en qué se funda? ¿Acaso en alguna revelación tomada de los libros sagrados, o en alguna buena y sólida razón? *Digo pues*, decía el doctor y maestro de las gentes: *¿Por ventura, ha desechado Dios a su pueblo? No por cierto... No ha desechado Dios a su pueblo, al que conoció en su presciencia*.

267. »Primeramente, debemos traer a la memoria todo lo sucedido con este pueblo ingrato, en los primeros años después de la muerte del Mesías. Tan lejos estuvo Dios de vengar la muerte de su Hijo, ni el Hijo de vengarse a sí mismo con el abandono total de los hijos de Abrahán, que antes por el contrario, éstos fueron los primeros llamados, y convidados con instancia a la gran cena; a éstos se ofreció, en primer lugar, con infinita generosidad todo el fruto precioso de aquella muerte, en que ellos mismos habían tenido toda la culpa. Los siervos que luego fueron enviados *por todo el mundo*, a convidar a todo el linaje humano, tuvieron orden expresa de empezar por Jerusalén, por los hijos de Israel, y de trabajar en ellos con el mayor empeño hasta que aceptasen el convite, o hasta que su dureza y obstinación llegase al extremo de no dejar arbitrio ni esperanza. Si se leen los hechos de los Apóstoles, allí se verá lo que hizo el Señor por medio de sus enviados para vencer su obstinación. Allí se verá, que no se pasó del todo a las gentes, sino después que ellos repelieron del todo la palabra o el convite de Dios, y se enfurecieron contra sus enviados, como lo había anunciado todo en términos clarísimos el mismo Señor en la parábola de las nupcias, con lo cual se hicieron indignos del bien que se les ofrecía, y llenaron todas las medidas del sufrimiento. *A vosotros convenía que se hablase primero la palabra de Dios* (les dijo al fin San Pablo, y San Bernabé); *mas porque la desecháis; y os juzgáis indignos de la vida eterna, desde este punto nos volvemos a los gentiles; porque el Señor así lo mandó*. No obstante esta obstinación general de toda la nación, no dejaron de salvarse algunas reliquias, *según la elección de la gracia... y los demás fueron cegados; así como está escrito*; dándoles Dios en castigo de su iniquidad... *ojos para que no vean, y orejas para que no oigan, hasta hoy día*.

Parte segunda

268. »No hablando ya de aquellos primeros tiempos de la Iglesia, ni de los pocos judíos que entonces creyeron, convirtamos ahora toda nuestra atención a los que no creyeron y se obstinaron en su incredulidad, que fueron casi todos. Éstos solos debemos considerar aquí, pues éstos son los que se piensan olvidados enteramente de su Dios. Es innegable, que estos infelices *fueron cegados, así como estaba escrito*; dieron contra la piedra fundamental, y tropezaron en ella, como también estaba escrito; siendo para ellos por su ceguedad *piedra de tropiezo, y piedra de escándalo*. ¿Mas pensáis que de tal modo tropezaron, que cayesen? ¿Que cayesen, digo, con toda su posteridad en la desgracia y olvido eterno del Dios de Abrahán? *No por cierto*. La verdad es, que Dios por sus juicios altísimos, siempre llenos de sabiduría, de bondad, de rectitud y justicia, lo permitió así, y así lo dispuso con grande acuerdo, y con designios dignos de su grandeza, para sacar de este mal innumerables bienes, como los ha sacado efectivamente. No tenéis que preguntar, qué bienes son éstos, pues no los ignoráis, pues los gozáis con suma abundancia; pues ha pasado a vosotros lo que ellos no estimaron por su grosería, y despreciaron por su ignorancia; pues, en fin, su delito, su incredulidad, su obstinación, ha sido vuestra salud: *por el pecado de ellos (o por su caída) vino la salud a los gentiles, para incitarlos a la imitación*.

269. »Pues si el delito de los judíos ha sido la salud del mundo; si su incredulidad, su ceguedad, su castigo, su humillación, su disminución, han sido las riquezas de las gentes, ¿cuánto más lo será su plenitud? (De estas palabras del Apóstol se sigue natural y legítimamente, que debemos esperar en lo futuro esa plenitud de Israel, la cual hará al mundo todavía mayores bienes que los que ha hecho su delito, su incredulidad, su obstinación, su castigo y su humillación; de lo cual se pueden sacar otras consecuencias, no menos legítimas ni menos importantes.)

Sigue el discurso de este doctor.

270. »Con vosotros hablo, gentes cristianas, creyentes de todas las naciones, tribus y lenguas. Siendo yo vuestro predicador y maestro, a quien se ha fiado el ministerio de la palabra, debo honrar este ministerio sagrado, diciendo y enseñando a todos *lo que aprendí del Señor Jesús*, esto es, la pura verdad; oídme pues, hermanos, y dad atención.

271. »Si la ceguedad de los judíos, si su incredulidad, si su obstinación, si la pérdida que Dios ha hecho de ellos ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué pensáis será su asunción? ¿Qué pensáis será cuando el misericordioso Dios de sus padres, que *levanta de la tierra al desvalido, y alza del estiércol al pobre*, les dé la mano, y los levante del polvo de la tierra; cuando les abra los ojos y los oídos; cuando los llame; cuando los traiga a sí; cuando los reciba entre sus brazos como aquel buen padre de la parábola del hijo pródigo? ¿Qué pensáis, será esta asunción, y esta plenitud de los judíos, *sino vida de los muertos*? Entonces verá el mundo con admiración y pasmo, no sólo vivos a los que tenía por muertos (habiéndose introducido en los huesos áridos y secos el espíritu de vida) sino que de estos muertos sale la vida, dando ellos la vida verdadera al mundo muerto; muerto digo, en el mismo sentido en que ellos están ahora. *Porque si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento, sino vida de los muertos?*

272. »¿Qué tenéis que maravillaros? *Si el primer fruto es santo, lo es también la masa; y si la raíz es santa, también los ramos.* Es decir, habiendo sido tan santos y tan agradables a Dios todos aquellos frutos, que en varios tiempos se le han ofrecido de toda la masa de la casa de Jacob, como son, fuera de los patriarcas, tantos profetas y justos, como son los apóstoles de Cristo, los discípulos de la clase inferior, los fieles de la primitiva Iglesia, la santa Madre del Mesías, y sobre todo el Mesías mismo; debe también mirarse como santa, como consagrada a Dios, y como herencia suya toda esta casa de Jacob, que es la masa de donde salieron frutos tan preciosos. Del mismo modo, siendo santa la raíz de un árbol, es santo todo el árbol con todas sus ramas. ¿Y qué diremos si algunas o muchas de las ramas de este árbol tan santo se han quebrado? Oídmе otra vez, gentes, y no olvidéis esta gran verdad.

273. »Todo el gentilismo de donde habéis sido elegidos era y entresacados con tanta misericordia, ¿qué otra cosa era sino un monte de oleastros infructíferos, que no daban fruto alguno, digno de Dios, ni lo hubieran dado jamás, dejados a su natural rusticidad? Vosotros, pues, a quienes no tenía Dios obligación alguna, ni por pacto, ni por promesa, ni por vuestra justicia, ni por la justicia de vuestros padres, fuisteis sacados de vuestros bosques por pura bondad del Dios de Israel; fuisteis injeridos por su sabia y omnipotente mano, en aquel mismo árbol santo, en aquella misma oliva buena, cuyas ramas naturales se habían quebrado, y entrasteis a ocupar su lugar. Con esto, participando del jugo pingüe de la raíz, quedasteis ya en estado de dar aquellos frutos que no llevaba vuestra naturaleza: *tú siendo acebuche* (dice San Pablo), *fuiste injerido en ellos, y has sido hecho participante de la raíz, y de la grosura de la oliva.* De aquí se sigue inmediata y legítimamente, que no tenéis razón alguna, ni apariencia de razón, para gloriaros, para engríos, para despreciar e insultar a las ramas naturales, aunque quebradas, secas y estériles, por su infelicidad. Y si acaso entra en vosotros alguna elación, algún engreimiento, alguna vana seguridad, sabed, hermanos, que no lleváis vosotros a la raíz, sino la raíz os lleva a vosotros. Que es lo mismo que decir: vuestro sustento, vuestro verdor, vuestra fecundidad, vuestra vida, os viene de la raíz del árbol donde estáis injertos, y no al contrario. *No te jactes contra los ramos. Porque si te jactas, tú no sustentas a la raíz, sino la raíz a ti.*

274. »Dirás acaso: *Los ramos han sido quebrados para que yo sea injerido.* Las ramas naturales de esta buena oliva se quebraron, y fueron arrojadas por su inutilidad para injerirnos a nosotros en su lugar. Bien, alabad por ello al Dios de Israel, y sed agradecidos a esta suma misericordia. Ésta es la consecuencia legítima y justa que debéis sacar de aquella verdad: no elación, no seguridad, no propia satisfacción, mucho menos desprecio de las ramas, y odio de las ramas quebradas. Éstas se han secado y hecho inútiles por su incredulidad; vosotros, que ahora estáis injertos en el mismo árbol por la fe, no presumáis tanto de vosotros mismos, no deis lugar a pensamientos de elación y de vana seguridad; obrad vuestra salud con temor y temblor, porque no hay razón alguna para persuadirse, que Dios ha de contemplar más a las ramas extrañas, por estar injertas en buena oliva, que lo que contempló a las ramas naturales. *Mas tú por la fe estás en pie; pues no te engrías por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó a los ramos naturales, ni menos te perdonará a ti.* De aquí se sigue, que no es imposible que suceda a los injertos aquel mismo trabajo, que sucedió a las ramas naturales.

275. »En este consejo de Dios, admirable o inescrutable, debemos considerar por una parte, la bondad y misericordia del Señor, y por otra su justicia y severidad. La severidad para con los judíos ingratos, que fueron infieles a su vocación, y se obstinaron en su infidelidad; la bondad para con las gentes, que fueron llamadas en su lugar. Mas esta bondad para con las gentes (no menos que la severidad para con los judíos) es necesario entenderla bien, porque es muy fácil abusar de una y de otra. Así como la severidad para con los judíos debe durar indispensablemente todo el tiempo que durare su infidelidad, y nada más, así la bondad para con las gentes deberá durar todo el tiempo que éstas permanecieren en aquella fe y bondad, que Dios ha pretendido de ellas, y nada más. Si este tiempo se llena alguna vez, *como está escrito*, así como se ha de llenar el tiempo de la incredulidad de los judíos, *como también está escrito*, ¿qué otra cosa, ni qué suerte mejor pueden esperar los injertos, sino la misma severidad que han experimentado las ramas naturales, y tal vez mayor? *Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron; y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en la incredulidad, serán injeridos, pues Dios es poderoso para injerirlos de nuevo.*

276. »Si esto os causa gran novedad, si os parece dura cosa y difícil de creer, volved los ojos a vosotros mismos, y haced esta breve, fácil y justa reflexión. Yo fui sacado por la bondad de Dios de mi oleastro inútil, e infructuoso, que sólo era bueno para el fuego; fui injerido *en buen olivo* por la sabia, omnipotente y benéfica mano del Padre celestial. Por este beneficio quedé en estado de poder gozar abundantísimamente del jugo pingüe de la raíz del árbol, y por consiguiente de dar frutos dignos de Dios. Pues cuando las ramas propias y naturales del mismo árbol le sean enteramente restituidas (como es cierto que lo han de ser); cuando sea como injeridas de nuevo, *según su naturaleza*, por la misma mano sabia, omnipotente y benéfica del Dios de Abrahán, ¿qué frutos no podrán dar, y qué frutos no darán? *Porque si tú fuiste cortado del natural acebuche, y contra natura has sido injerido en buen olivo; ¿cuánto más aquellos, que son naturales, serán injeridos en su propio olivo?*

Parte tercera

277. »La incredulidad presente de los judíos, su obstinación, su dureza, su ceguedad en medio de tan gran luz, y el estado singular en que por esto se hallan, es un fenómeno bien extraordinario, y como un enigma o misterio más digno de una atenta consideración, que de una inconsiderada indignación. Porque el conocimiento de este gran misterio, desde su principio hasta su fin, puede ser utilísimo a todos los creyentes de todas las naciones, yo que no deseo otra cosa que vuestro verdadero bien, quiero descubriros este misterio y revelaros este secreto *porque no seáis sabios en vosotros mismos*; para que moderéis vuestra nimia confianza, que puede fácilmente pasar a presunción, y aun a temeridad, y deis lugar a un santo y religioso temor. Sabed, hermanos, que la ceguedad presente de los judíos con todas sus consecuencias, es un misterio grande, unido estrechísimamente con el misterio no menos grande de vuestra vocación; de modo que aquel primero depende de este segundo, y durará tanto, cuanto éste durare. Es a saber, hasta que entre la plenitud de las gentes; no cierto todas, sino las que han de entrar, según

la presciencia y elección de Dios: *Porque muchos son los llamados, más pocos los escogidos*; hasta que ya no se halle entre las gentes quien quiera entrar; hasta que los que estaban dentro se vayan saliendo, y los que quedaren se vayan resfriando en la caridad, por la abundancia de la iniquidad; hasta que en fin, se llenen los tiempos de las naciones.

278. »Llegado este tiempo y concluido este misterio, tiene determinado el misericordioso y justo Dios, de llamar a los judíos, y recoger todas sus reliquias *con grandes piedades*, así como está escrito, anunciado y prometido en sus Escrituras. Porque no es posible citar aquí todos los lugares de las Escrituras que hablan de esto, bastará por ahora el capítulo LIX de Isaías, donde se dice: *cuando viniere a Sión* (o como leen todas las versiones, *vendrá a Sión, o por Sión*) *el Redentor...* (y el de San Pablo que dice): *Vendrá de Sión el Libertador que desterrará la impiedad de Jacob. Y ésta será mi alianza con ellos, cuando quitare sus pecados*. Por tanto, si Dios los trata ahora como a enemigos, esta enemistad no sólo es justísima respecto de ellos, sino también llena de bondad respecto de vosotros. Mejor diré, esta enemistad con los judíos, es solamente *por causa de vosotros*, por vuestro amor, por vuestra contemplación, por vuestro mayor bien; pues en la presente providencia *estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno, y al otro*. Mas si por este respecto son ahora enemigos, por otro respecto, no lo son, sino antes carísimos a Dios, que no puede negarlo del todo sin negarse a sí mismo, pues tiene empeñada su real palabra, que es ésta: *En verdad según el Evangelio son enemigos por causa de vosotros; mas según la elección son muy amados por causa de sus padres*. Si ellos son ahora dignos de ira por su incredulidad, por su obstinación y *por causa de vosotros*, también son dignos de misericordia por la justicia de sus padres, por los méritos de sus padres, por las promesas hechas a sus padres: *Pues los dones y vocación de Dios son inmutables*. No puede Dios arrepentirse de haber prometido, ni niega sus promesas, ni deja de cumplirlas con toda plenitud.

Parte cuarta

279. »Así como vosotros, *estabais en aquel tiempo sin Cristo, separados de la comunicación de Israel, y extranjeros de los testamentos* (del antiguo y del nuevo), *no teniendo esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo*; así como vosotros no conocíais al verdadero Dios, y ahora le habéis hallado sin buscarlo y habéis conseguido misericordia por la incredulidad de los judíos; así éstos ahora no creen, ni quieren oír hablar de la misericordia que vosotros habéis hallado, creyendo en aquel que ellos reprobaron y crucificaron. ¿Y pensáis que no habrá en esto algún gran misterio digno de la grandeza, sabiduría y bondad de Dios? *No por cierto... Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también éstos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que ellos alcancen también misericordia*. El gran misterio es: que quiere Dios, y lo tiene así determinado, que los judíos hallen misericordia de aquel mismo modo, y por aquel mismo camino por donde la hallaron las gentes. Éstas hallaron misericordia sin buscarla, por la incredulidad de los judíos: *y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos*. Pues aplicad la semejanza, y sacad fielmente la buena y legítima consecuencia: *Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos*

de misericordia. Dios por su infinita grandeza, y por sus juicios incomprensibles ha encerrado todo este gran misterio (de las gentes y de los judíos) en la incredulidad de los unos y de los otros, para hacer misericordia con todos. En la incredulidad de los judíos, para llamar a las gentes en su lugar, y hacer con ellas grandes misericordias; y en la incredulidad de las gentes, cuando ésta suceda, y está anunciada y llegue a cierto punto, para volver a llamar a los judíos, y hacer con ellos todas aquellas misericordias, que ya están escritas. Misterio verdaderamente grande o incomprensible, al paso que cierto o innegable, del cual nos dan ideas bien claras todas las Escrituras.»

280. El autor mismo de este discurso, siendo uno de los hombres más sabios y más ilustrados del cielo, da muestras, llegando aquí, de hallarse todo sumergido, y como perdido en el abismo insondable de los juicios de Dios; y no pudiendo pasar adelante, concluye con aquella célebre exclamación, tan llena de piedad, como de verdad.

«¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas; a él sea gloria en los siglos. Amen.»

Párrafo VII

En que se declara quién es el autor del precedente discurso.

281. Por estas últimas palabras, conoceréis ya claramente, si acaso no lo habéis conocido desde el principio, quién es el autor de este discurso. Si os parece duro y amargo, y por eso inacordable con las ideas favorables, podéis dar vuestras quejas amorosas a vuestro propio Apóstol y doctor, el cual inspirado por el Espíritu de Dios, lo predicó así a todos los creyentes de las naciones, y no sin misterio lo envió directamente a los Romanos; protestando sobre este punto particular, que aunque Apóstol propio de las gentes, no podía menos que honrar su ministerio.

282. Y no he hecho otra cosa, que traducir este discurso en mi propio idioma, con aquella especie de extensión o explanación, que llamamos paráfrasis; atándome escrupulosamente, no tanto a las palabras o sílabas, cuanto al fondo de la doctrina, y a la mente expresa del autor. Lo cual me ha parecido tanto más importante y necesario, cuanto veo con mis ojos y toco con las manos, la gran oscuridad y tinieblas en que nos dejan los intérpretes sobre este lugar de San Pablo, y sobre tantos otros que tienen con éste, no sólo estrecha relación, sino verdadera identidad. El punto que aquí trata el Apóstol, es el misterio grande y admirable de la vocación de las gentes, tomado este misterio todo entero desde su principio hasta su fin, esto es, desde que a los judíos se les quitó enteramente el reino de Dios, se dio a las gentes, hasta la vocación y asunción y plenitud futura de los mismo judíos, o hasta la consumación del misterio de Dios, a donde se encaminan, y a donde van a parar todos las profecías. El Apóstol revela aquí claramente el misterio diciendo que como fiel ministro de Dios, no puede hacer otra cosa

que decir la pura verdad, y con ella honrar su ministerio: *Porque con vosotros hablo, gentiles: mientras que yo sea apóstol de las gentes, honraré mi ministerio.*

283. Con todo esto parece innegable (a lo menos a quien quiera mirar estas cosas con simplicidad, poniendo aparte por un momento todos los efugios y las sutilezas), parece, digo, innegable, que este misterio grande y cierto de la vocación de las gentes, como se halla en las Escrituras, y como aquí lo propone en compendio el Apóstol de las mismas gentes, no se ha entendido hasta ahora, o no se ha querido entender perfectamente. (Perdonad la descortesía, o la rusticidad, o la audacia, o como queráis llamarla; con tal que no digáis la falsedad, no pienso yo contradeciros.) Han tomado, es verdad, las gentes cristianas, han creído, han abrazado, han ponderado todo lo que en el misterio admirable de su vocación les es favorable; pensando buenamente que los pérfidos judíos ya están reprobados, y absolutamente abandonados de su Dios; pensando píamente que todo el misterio de Dios, que contienen las Escrituras, debe encaminarse únicamente, debe terminarse, debe concluirse y perfeccionarse en la vocación de las gentes; ha sido imposible, que den entrada a otras ideas poco agradables, aunque partes esenciales de este misto misterio. Así se ve, y es bien fácil repararlo, el esfuerzo grande que hacen los doctores, y las sutilezas e ingeniosidades que ponen en obra, especialmente sobre este lugar de San Pablo para separar lo amargo de lo dulce, y salir con felicidad del gran embarazo en que los pone su propio Apóstol. Tanto, que muchos de ellos, no atreviéndose a disimular del todo, lo que aquí dice el Apóstol en favor de los judíos, han creído, no obstante que les era lícito usar con estos miserables cierta especie de compensación; quiero decir, negarles lo que dice San Pablo y anuncian los Profetas, porque es demasiado para los viles y pérfidos judíos; ni se puede entender ni conceder sin deshonor de las gentes cristianas, que son el verdadero Israel de Dios; y para compensar esta pequeña falta, concederles generosamente otras muchas cosas bien ordinarias, de que no hablan ni los Profetas ni San Pablo; las cuales se pueden muy bien conceder, sin perjuicio alguno de los que creen ser dueños de los tesoros de Dios. Si esta compensación es justa o no, a mí no me toca el decirlo; pues al fin soy parte, y puede cegarme la pasión. En efecto, esto me parece lo mismo que dar pedazos de vidrio en abundancia a aquella misma persona a quien se le quitan sus diamantes.

284. Si hacéis, amigo, alguna reflexión, no dejaréis de acordaros, que esto mismo, en sustancia, sucedió antiguamente a los doctores judíos cuando llegaban a la explicación de algunos lugares de la Escritura, no menos contrario, a su pueblo, que favorables a las gentes. Ellos concedían liberalmente, mas concedían lo que la Escritura no dice; y negaban al mismo tiempo, o disimulaban lo que dice, endulzándolo de tal modo, que no perjudicase al pueblo santo. Creo que ésta fue una de las principales causas de su perdición. Este amor desordenado de sí mismo; esta confianza desmedida; esta nimia satisfacción; este retenerlo todo para sí; este interpretarlo todo a su favor, etc.

285. Deseara, amigo, si esto fuera posible, que todas estas cosas se considerasen con la mayor formalidad posible; no despreciando, ni perdiendo vista cierta luz, que empieza ya a aclararnos todo el misterio, mostrándonos el camino fácil y llano, que conduce a la verificación plena y perfecta de todas las profecías; y haciéndonos ver desde el principio hasta el fin el misterio grande de la vocación de las gentes y ceguera de los judíos. Esta

luz de que hablo, no es otra que el sistema presente del mundo, y del estado en que ya se halla entre las naciones la Iglesia de Cristo por la mayor parte: esto es, *ni fría, ni caliente*.

286. Para que podáis ahora comparar con el texto mismo de San Pablo la traducción y paráfrasis que acabáis de leer, os presento aquí el mismo texto original, dividido así mismo en sus cuatro partes, que son como cuatro rayos de luz que se unen en un mismo punto.

Epístola de San Pablo Apóstol a los romanos, capítulo XI

Parte primera

287. *Digo pues: ¿Por ventura ha desechado Dios su pueblo? No por cierto, porque también yo soy Israelita del linaje de Abrahán, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al que conoció en su presciencia. ¿O no sabéis lo que dice de Elías la Escritura, cómo se queja a Dios contra Israel? Señor, mataron tus Profetas, derribaron tus altares, y yo he quedado solo, y me buscan para matarme. ¿Mas qué le dice la respuesta de Dios? Me he reservado siete mil varones, que no han doblado los rodillas delante de Baal. Pues así también en este tiempo, los que se han reservado de ellos, según la elección de la gracia, se han hecho salvos. Y si por gracia, luego no por obra, de otra manera la gracia ya no es gracia. ¿Pues qué? Lo que buscaba Israel, esto no lo alcanzó, mas los escogidos lo alcanzaron; y los demás fueron cegados, así como está escrito: Les dio Dios espíritu de remordimiento, ojos para que no vean, y orejas para que no oigan hasta hoy día.*

288. *Pues digo: ¿Que tropezaron de manera que cayesen? No por cierto. Mas por el pecado de ellos vino la salud a los gentiles, para incitarlos a la imitación. Y si el pecado de ellos son las riquezas del mundo, y el menoscabo de ellos las riquezas de los gentiles; ¿cuánto más la plenitud de ellos? Porque con vosotros hablo, gentiles: Mientras que yo sea Apóstol de las gentes, honraré mi ministerio, por si de algún modo puedo mover a emulación a los de mi nación, y hacer que se salven algunos de ellos. Porque si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo: ¿qué será su restablecimiento, sino vida de los muertos? Y si el primer fruto es santo, lo es también la masa; y si la raíz es santa, también los ramos. Y si algunos de los ramos fueron quebrados, y tú siendo acebuche, fuiste injerido en ellos, y has sido hecho participante de la raíz, y de la grosura de la oliva, no te jactes contra los ramos. Porque si te jactas, tú no sustentas a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: Los ramos han sido quebrados, para que yo sea injerido. Bien, por su incredulidad fueron quebrados, mas tú por la fe estás en pie; pues no te engrías por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó a los ramos naturales, ni menos te perdonará a ti. Mira pues la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron; y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado. Y aun ellos si no permanecieren en la incredulidad, serán injeridos; pues Dios es poderoso para injerirlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del natural acebuche, y contra natura has sido injerido en buen olivo; ¿cuánto más aquellos, que son naturales, serán injeridos en su propio olivo?*

Parte tercera

289. *Mas no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (porque no seáis sabios en vosotros mismos) que la ceguera ha venido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes, y que así todo Israel se salvase, como está escrito: Vendrá de Sión, (o a Sión) el libertador, que desterrará la impiedad de Jacob. Y ésta será mi alianza con ellos, cuando quitare sus pecados. En verdad, según el evangelio, son enemigos por causa de vosotros; mas según la elección son muy amados por causa de sus padres. Pues los dones y vocación de Dios son inmutables.*

Parte cuarta

290. *Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos, así también éstos ahora no han creído en vuestras misericordias, para que ellos realicen también misericordia. Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia. ¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le dio a él primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él, son todas las cosas; a él sea gloria en los siglos. Amen.*

Reflexiones

Párrafo VIII

291. Esta cuarta parte del discurso de San Pablo (empecemos por aquí) no contiene otra cosa que una proposición y una exclamación. La proposición descubre y afirma un misterio oculto que ninguno pudiera saber, ni aun el mismo Apóstol sin revelación expresa de Dios. Este misterio debe ser sin duda muy grande, pues sólo propuesto en cuatro palabras, ha producido dos efectos, ambos grandes y bien notables, aunque muy diversos entre sí. Un efecto produjo en el Apóstol mismo, luego al punto que reveló el misterio inspirado por el Espíritu Santo. Otro efecto, al parecer infinitamente diverso, ha producido en los doctores que verosímelmente han mirado dicha proposición por todos sus aspectos. El efecto que produjo en San Pablo, fue hacerlo prorrumpir inmediatamente en aquella célebre exclamación, que es una de las piezas más sublimes, más expresivas y más religiosas que se leen en todas las Escrituras. *¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!* Mas el efecto que ha producido en los doctores, ¿cuál será? Confieso, amigo mío, que me falta el ánimo para decirlo; y ciertamente omitiera esta verdad (como omito tantas otras que vos no sabéis), si por otra parte no entendiese, que en las presentes circunstancias debo también honrar mi ministerio, no disimulando una verdad tan importante por respetos puramente humanos. Hablando, pues, francamente, y *salvo el respeto que se les debe*, el efecto que ha producido en ellos, según el sistema favorable, ha sido no admitir dicha proposición, ni el misterio contenido en ella, *según está*, sino después de bien acrisolado, después de bien limado, y después de

haberle quitado algunas superfluidades, no sólo molestas o incómodas, sino también absolutamente insufribles. ¿No me entendéis?

292. Así suavizada la proposición, y dulcificado el misterio, yo pregunto ahora: ¿qué juicio podremos hacer de la gran exclamación de San Pablo? ¿Qué quiere decir en la boca o pluma del doctor de las gentes, una exclamación tan expresiva, y tan llena de religioso entusiasmo, para una cosa respectivamente tan pequeña; para una proposición, digo, que después de bien acrisolada, o pasada, esto es, por él, ya no contiene misterio alguno digno de tal exclamación? ¿No podremos con razón decir, que el doctor y maestro de las gentes, podía haber reservado una pieza tan sublime para otro misterio mayor? ¿No podremos con razón decir, que su exclamación, por el mismo caso que es tan sublime parece un verdadero despropósito?

293. En efecto, supongamos por un momento que la proposición así moderada y dulcificada, como se halla en los doctores, sea en la realidad lo que intentó decirnos el apóstol San Pablo; supongamos que esta proposición reducida a sus justos quilates, sólo contenga, o sólo deba contener este pequeño misterio: *Porque como también vosotros (las gentes) en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos, así también éstos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que ellos alcancen también misericordia. Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia. Esto es:* así como vosotros, gentiles, no conocíais al verdadero Dios, ni creíais en él, y no obstante, ahora habéis hallado misericordia sin buscarla, por la incredulidad de los judíos; así éstos no creen ahora en vuestra misericordia, y no obstante esta incredulidad y obstinación presente, hallarán también misericordia en algún tiempo, esto es, *al fin del mundo*, porque provocados de vuestro buen ejemplo, y avergonzados de haber creído en el Anticristo, abrirán finalmente los ojos, creerán en Cristo, y la Iglesia los recibirá en su seno. Ya veis, que la proposición de que vamos hablando, no está todavía concluida, le falta una cláusula brevísima, pero tan llena de sustancia, que ella sola aclara toda la proposición, y produce al punto la exclamación: *Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia.* ¿Qué quiere decir esta breve cláusula? A San Pablo le pareció un misterio tan alto, que confesando tácitamente su pequeñez, exclamó diciendo: *¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e impenetrables sus caminos!*

294. Mas esta misma cláusula después de pasada por el crisol, se ve ya tan pequeña, y su misterio tan claro, que no parece digno de tal exclamación. Parece que el Apóstol debía haber reservado una pieza tan sublime para otro misterio mayor. Después de dulcificada la cláusula con todo su misterio, el sentido único que le queda es éste: *Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia.* Dios ha permitido que todos los hombres, así gentiles como judíos, cayesen en el gravísimo delito de la infidelidad o incredulidad, y que en él estuviesen todos comprendidos y como encarcelados, para hacer ostentación de su misericordia con todos los hombres, así gentiles como judíos, perdonando sucesivamente a los unos y a los otros, y recibéndolos en su gracia y amistad. A los gentiles conforme han ido creyendo el evangelio y agregándose a la Iglesia de Cristo; y a los judíos, cuando crean también ellos y se

agreguen a la misma Iglesia, lo cual sucederá algún día, *esto es, al fin del mundo*. ¿Y no hay más misterio que éste en la cláusula que vamos observando? No, amigo, no hay más misterio que éste por cuanto yo he podido averiguar. Esto es lo único que, según los intérpretes de San Pablo, se puede conceder. Todo lo demás que se presenta obvia y naturalmente a cualquiera que lee, no es posible que halle lugar. ¿Por qué razón? Porque entonces se siguieran obvia y naturalmente sin poder evitarlas, algunas consecuencias sumamente duras, que no dicen bien con su sistema.

295. Siguiera lo primero: que así como las gentes hallaron misericordia sin buscarla, *así como estaba escrito... halláronme los que no me buscaron*. Dije: *Vedme, vedme, a una nación, que no invocaba mi nombre*, y esto por la incredulidad de los judíos, así los judíos han de hallar misericordia sin buscarla, por la incredulidad de las mismas gentes; por consiguiente, que esta general incredulidad de las gentes se puede algún día verificar. Se siguiera lo segundo: que así como por la incredulidad de los judíos llamó Dios a las gentes, las hizo entrar a la cena, y ocupar el puesto de los incrédulos (cumpliéndose puntualmente lo que ya había dicho Moisés, y nota San Pablo: *Yo os provocaré a celos con una que no es gente; yo os moveré a ira con una gente ignorante*), así, dejando de creer las gentes en algún tiempo, volverá Dios a llamar a los judíos, y les hará ocupar con grandes ventajas aquel mismo puesto que habían perdido; trocándose las suertes, pasando de unos a otros la triste emulación, e inclinándose el cáliz *de la una a la otra parte*. Se siguiera lo tercero: que así como las gentes entraron a ser el pueblo de Dios, y también la esposa de Dios, por la incredulidad de los judíos; así éstos *por el contrario*, entrarán algún día por la misma causa a ser otra vez pueblo de Dios, Israel de Dios, esposa de Dios: *Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia*. Se siguiera...

296. Bien, ¿y qué dificultad hay en todo esto? ¿Qué repugnancia? ¿Qué contradicción? ¿No es esto mismo lo que dice el texto del Apóstol, y lo que predica claramente todo su contexto? ¿No es esto mismo lo que anuncian otras muchas Escrituras de que ya hemos hablado? ¿No es esto mismo lo que hizo prorrumpir al Apóstol en aquella religiosa exclamación; por qué no queremos recibirlo? ¿Acaso porque no es favorable? ¡Dura cosa parece! Mas la verdad es, que a esta sola razón se reduce todo. Temo no obstante, que todavía os parezca buena aquella razón que apuntamos en otra parte, y que queráis proponerla de nuevo, como un misterio sagrado, que no se puede escudriñar sin temeridad. Si se admitiese (pensáis decirme) la proposición de San Pablo, así cruda, áspera y amarga, *según está*, sería necesario, guardando consecuencia, admitir del mismo modo dos o tres centenares de proposiciones semejantes, que se leen frecuentemente en los Profetas, en los Salmos y aun en las Escrituras del Nuevo Testamento; y en este caso, ¿qué se siguiera? Se siguiera, *decís*, con gran formalidad, que las promesas tan grandes y tan absolutas que Jesucristo tiene hechas a su Iglesia, no pudieran tener lugar; se falsificaran infaliblemente, faltara el Hijo de Dios a su real palabra.

297. ¿Cómo faltara el Hijo de Dios en este caso a su real palabra? ¿Sus promesas infalibles no pudieran verificarse? ¿Y vos creéis, señor, que el Hijo de Dios era capaz de prometer alguna cosa contraria a lo que tenían anunciado los Profetas? ¿No declaró él

mismo todo lo contrario, diciendo en términos formales: *No penséis que he venido a abrogar la ley, o los Profetas; no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento?* ¿No añadió luego para mayor claridad: *Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido?* ¿Y vos creéis, que el apóstol San Pablo era capaz de adelantar inconsideradamente alguna proposición incompatible con las promesas del Hijo de Dios, que él no podía ignorar?

298. Vengamos no obstante al examen de estas promesas, y veremos, que no hay nada en lo dicho contra ellas. Las que se hallan a este propósito en todos los cuatro evangelios son éstas. Primera: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Segunda: *Mas yo he rogado por ti (Simón), que no falte tu fe.* Tercera: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.* Si hay alguna otra promesa a este propósito, no me ocurre; mas téngase por cierto, que no será mejor que estas tres. Mas de todas ellas, ¿qué se concluye? Nada, amigo, a vuestro favor, y menos que nada; porque son conocidamente muy fuera de propósito. En alegar aquí dichas promesas, nos dáis a entender, que todavía no habéis advertido bien el gran equívoco que han ocasionado. Parece que todavía pensáis, que las promesas de Cristo a su Iglesia, que se hallan registradas en los Santos Evangelios, hablan solamente con las gentes que fueron llamadas en lugar de los judíos, *por su incredulidad.* Parece que todavía pensáis, que todo el misterio de Dios, de que hablan las Escrituras, se encierra, se concluye y se perfecciona en la vocación de las gentes. Parece que todavía pensáis que las gentes llamadas, y recibidas con tan grandes misericordias en lugar de los incrédulos judíos, perseverarán hasta la fin del mundo en aquella fe, en aquella bondad y fidelidad a que fueron llamadas. Parece que todavía pensáis que los injertos contra la naturaleza *en buen olivo,* darán siempre, constantemente frutos abundantes y dignos de Dios; y aunque llegue el tiempo en que no den tales frutos, *así como está escrito,* serán no obstante respetados y privilegiados, mucho más de lo que lo fueron las ramas naturales. Parece, en fin, que las promesas que hizo Cristo a su Iglesia, os han hecho olvidar del todo aquella amenaza del Apóstol, enderezada a los mismos injertos: *Si permanecieres en la bondad, de otra manera serás tú también cortado;* mirando esta sentencia como cruda, áspera y amarga, y por consiguiente como vacía de significación, *como metal que suena, o campana que retiñe.*

299. Imaginad ahora que yo, imitando vuestro modo de discurrir, y alegando las mismas promesas del Hijo de Dios, os propusiese esta dificultad: Jesucristo fundó su Iglesia en Jerusalén, y en solos los judíos, pues así San Pedro, a quien entregó las llaves, como los demás apóstoles y discípulos, a quienes dejó sus órdenes, con todas las facultades necesarias para ejecutarlas, eran todos judíos, no habiendo entre ellos uno solo que no lo fuese. El mismo Jesucristo, hablando con estos santos judíos, sin nombrar expresamente a las gentes, les hizo aquellas promesas de que hablamos, y les empeñó su real palabra, diciéndoles entre otras cosas al despedirse de ellos, que estaría con ellos hasta la consumación del siglo. No obstante estas promesas, es cierto que pocos años después dejó a los judíos, arrojándolos a las tinieblas exteriores, y se pasó enteramente a las gentes; sacó de Jerusalén el candelero grande, y lo puso en Roma, etc. Se pregunta ahora: ¿cómo podremos componer esta conducta del Señor con sus promesas infalibles? ¿Cómo podremos salvar intacta la palabra real del Hijo de Dios?

300. Yo no dudo que os reiréis de mi dificultad, creyendo facilísima la solución. A mí también me parece fácil, absolutamente hablando, pero si queréis guardar consecuencia, se me figura bien difícil. Mas sea como fuere, yo la ofrezco al punto por solución de vuestra dificultad. Si a ésta no satisface, tampoco puede satisfacer a la mía; pues ambas se fundan sobre un mismo principio, o por mejor decir, sobre un mismo equívoco. Jesucristo, sin faltar a sus promesas, sacó el gran candelero de Jerusalén, y lo puso en Roma; ¿y creéis que faltará a sus promesas si en algún tiempo por las mismas razones saca de Roma el mismo candelero, y después de bien purificado lo vuelve a poner en Jerusalén? Jesucristo, sin faltar a sus promesas, arrojó de sí a los judíos, les quitó el reino de Dios, principalmente lo activo de él, y se lo dio enteramente a las gentes; ¿y creéis que faltará a sus promesas si en algún tiempo por las mismas razones, y tal vez mayores, arroja de sí a las gentes ingratas, les quita el reino de Dios que les había dado, y lo vuelve a dar a los judíos? Si acaso lo creéis, deberéis mostrarnos alguna Escritura auténtica y clara, de donde conste este privilegio; la cual os será tan difícil de hallar, que antes hallaréis en su lugar no pocas, que prueban expresamente todo lo contrario, según hemos observado hasta aquí, y todavía iremos observando. Y aunque no hubiera otra, que el discurso de San Pablo, ¿no debía bastar esto solo para hacernos abrir los ojos, y confesar sinceramente vuestra equivocación?

301. Fuera de esta primera reflexión, podemos fácilmente hacer otras muchas, atendiendo bien a algunas expresiones bien notables del mismo apóstol. Por ejemplo, estas cuatro: (del capítulo XI de su epístola a los Romanos). Primera: *Si el pecado de ellos son las riquezas del mundo, y el menoscabo de ellos las riquezas de los gentiles, ¿cuánto más la plenitud de ellos?* Segunda: versículo 15. *Porque si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento sino vida de los muertos?* Tercera: versículo 25. *Mas no quiero, hermanos, ignoréis este misterio (porque no seáis sabios en vosotros mismos).* Cuarta: versículo 28. *Enemigos por causa de vosotros... muy amados por causa de sus padres.* Todas estas expresiones en boca del Apóstol propio de las gentes, del predicador de la verdad, del hombre más ilustrado del cielo y más amante de las mismas gentes, deben tener alguna propia significación, proporcionada a la grandeza de las expresiones, y al contexto mismo de todo el discurso. Mas si se miran estas expresiones después de haber salido del crisol, ya no se halla en ellas otra cosa que disonancia o impropiedad. Aquellas palabras que en el texto de San Pablo parecen tan llenas de sustancia: verbigracia plenitud de Israel, asunción de Israel, la vida de los muertos, etc., después de haber pasado por él, se ve con los ojos que han perdido toda su sustancia, no quedándoles otra cosa que aire, sonido y pompa.

302. ¿Qué plenitud de Israel, ni qué asunción de Israel, ni qué vida de los muertos (podía decir cualquiera) es el convertirse a Cristo los judíos que sobrevivieren al Anticristo; el ser admitidos como de limosna *en la iglesia de las gentes*, la víspera de acabarse el mundo; el golpearse los pechos, y pedir misericordia estos miserables poco antes que se acabe el mundo, y caiga sobre toda la tierra un diluvio de fuego? ¿Esto merece el nombre de plenitud de Israel? ¿Esto llama San Pablo asunción de Israel? ¿Esta asunción podrá ser en algún sentido la vida de los muertos? ¿Merece esto el nombre de misterio que le da San Pablo? ¿Éste es el gran misterio que revela a las gentes, diciéndoles que no quiere que lo ignoren, para que no se envanezcan, para que no se

engrían, para que se conserven en temor y caridad cristiana, añadiéndoles: *porque no seáis sabios en vosotros mismos?* Ciertamente parece difícil, por no decir imposible, conciliar unas ideas con otras, sin que mutuamente se aniquilen.

303. «¡Quién no temblará (decía pocos años ha uno de los sabios y más celosos prelados de Francia, considerando el discurso mismo de San Pablo, que hemos considerado), quién no temblará al oír estas cosas de la boca del Apóstol y doctor de las gentes! ¿Podemos mirar con indiferencia aquella venganza o aquel castigo terrible, que tantos siglos ha se manifiesta contra los judíos, cuando el mismo Apóstol nos anuncia de parte de Dios que nuestra ingratitud e infidelidad nos atraerá algún día un semejante tratamiento?»

Última observación

El texto de Isaías citado por San Pablo.

Párrafo IX

304. El sabio y juicioso autor que acabamos de citar, da grandes muestras en el mismo lugar de haber comprendido perfectamente todo el discurso del apóstol San Pablo, se hace cargo de casi todas sus expresiones, y de toda su fuerza y propiedad. Habla del estado futuro de los judíos (aunque brevemente, y sólo en general) como pudiera hablar el más circuncidado. Representa entre otras cosas con suma viveza y elocuencia, aquel gran milagro que todo el mundo tiene a la vista, sin merecerle alguna atención particular, es a saber, que los judíos, esparcidos tantos siglos ha entre todas las naciones, subsisten aún sin haberse mezclado y confundido con ellas; y aun podemos decir (añade con gran verdad y propiedad) que han sobrevivido a todas las naciones que en varios tiempos los han oprimido y procurado exterminar. ¿Quién podrá mostrar ahora los verdaderos descendientes de los antiguos Egipcios, de los antiguos Asirios, de los antiguos Babilonios, de los antiguos Griegos, ni aun de los antiguos Romanos? ¿Y pudiera añadirse, de todas las naciones bárbaras que destruyeron este imperio? Todas estas razas de gentes ya no se conocen, todas se han mezclado y confundido entre sí. Sólo la descendencia del justo Abrahán, sola la casa de Jacob, en medio de tantas persecuciones, en medio de su extremo abatimiento y vilipendio, subsiste, hasta el día de hoy, y subsiste, no en algún ángulo de la tierra, no en alguna isla incógnita, separada del comercio de las otras naciones, sino a vista de ellas, en medio de ellas, y a pesar de ellas mismas; sin haberles sido posible exterminarla, ni confundirla, ni aun siquiera desconocerla. Todo esto en sustancia reflexiona este gran hombre, y cierto que con gran razón. A lo cual pudiera añadirse otra brevísima y utilísima reflexión, es a saber, que todo esto en sustancia, y otras mil cosas más particulares, están ya registradas *desde los días antiguos*, anunciadas, amenazadas y prometidas a toda la casa de Jacob, en sus Santas Escrituras. En suma, Monseñor Bosuet concede aquí a los judíos (acomodándose al texto de San Pablo) aun algo más de lo que puede permitir el sistema general, y mucho más de lo que conceden los otros doctores. Asimismo da grandes y manifiestas señales, de haber penetrado bien el misterio entero de la vocación de las gentes, desde su principio hasta su fin; pues dice y confiesa, aunque muy de paso, lo que ningún otro que yo sepa, ha

confesado jamás, esto es, que el Apóstol amenaza de parte de Dios a las gentes cristianas, con aquel mismo tratamiento y severidad extrema, con que vemos tratados a los judíos. *Mirad, pues, la bondad y la severidad de Dios, dice San Pablo, la severidad para con aquellos que cayeron; y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en la incredulidad, serán injeridos, etc.* Estas palabras del Apóstol las recibe con toda su amargura este gran sabio, cuando otros, en su modo de hablar confuso, nos tiran a insinuar, que esta sentencia del Apóstol habla solamente con algunos cristianos los más criminales, no en general con la iglesia de las gentes. Y lo tiran a insinuar porque, aunque se infiera de su contexto, no se atreven a decirlo en términos formales.

305. No obstante todo esto, Monseñor Bosuet, llegando a lo más inmediato y sustancial de los misterios que aquí revela el Apóstol, se ve que al punto muda de tono; y cómo contemporizando con el sistema general, o con el favorable modo de discurrir, nos deja al fin en la misma perplejidad, y en la misma confusión de ideas; hablando como todos, con voz tan baja, y pasando con tanta prisa por lo más sustancial del discurso de San Pablo, que parece imposible entender aquí aquel mismo escritor, cuyo propio carácter es la claridad. Sin duda le pareció a este gran hombre que no era todavía tiempo de explicar con más claridad sus propios sentimientos.

306. Aunque pudiera notar aquí algunas otras cosas particulares, no poco interesantes, lo que por ahora me lleva toda la atención, es la inteligencia que da, siguiendo a otros intérpretes, a aquel lugar de Isaías, que cita San Pablo cuando dice, hablando con las gentes cristianas: *Mas no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (porque no seáis sabios en vosotros mismos) que la ceguedad ha venido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de la gentes, y que así todo Israel se salvase, como está escrito; para probar que lo que dice está registrado en las Escrituras, para verificar este como está escrito, entre otros muchos lugares que podía citar, elige uno, atendiendo a la brevedad, el cual le pareció el más acomodado a su asunto particular. Considerémoslo todo entero.*

Vistiose de justicia como de loriga, y yelmo de salud en su cabeza; se puso vestidos de venganza, y cubriose de celo como de un manto. Como para hacer venganza, como para retornar indignación a sus enemigos, y volver las veces a sus adversarios, a las islas dará su merecido. Y los que están al occidente temerán el nombre del Señor; y los que están al oriente la gloria de él, cuando viniere como río impetuoso, a quien el espíritu del Señor impele. Y cuando viniere a Sión el Redentor, y a aquellos que se vuelven de la maldad en Jacob, dice el Señor: Ésta será mi alianza con ellos.

307. Sobre este texto que cita San Pablo, dice Monseñor de Meaux estas precisas palabras. Así los Judíos entrarán algún día, y entrarán para no desviarse jamás; pero no entrarán sino después que el oriente y el occidente, esto es, todo el universo estará lleno del temor y del conocimiento del Señor.

308. Quien leyere esta sentencia de un hombre tan sabio, y por tantos títulos grande y digno de este nombre, pensará sin duda, que así el Profeta como el Apóstol que lo cita, no quieren decirnos otra cosa, sino que Israel estará ciego, como lo está ahora, hasta que el

oriente y el occidente, esto es, todas las naciones del universo estén dentro de la Iglesia, llenas de religión, de piedad y de aquel santo temor de Dios, que es uno de los dones del Espíritu Santo, y el propio distintivo de la verdadera justicia; por consiguiente de la verdadera fe. ¿Mas no es ésta una inteligencia infinitamente ajena del texto, mucho más de su contexto, y aun de todas las Escrituras? *Los que están al occidente temerán el nombre del Señor; y los que están al oriente la gloria de él.* Estas palabras por sí solas, sin atender a las que preceden, ni a las que siguen en el mismo texto, es facilísimo acomodarlas a cuanto se quisiere; mas ¿cómo será esto posible, si se leen unidas con su contexto? ¿Cómo será posible no reconocer en todo el contexto entero la venida del Señor en gloria y majestad, en la cual deberá temer el oriente y el occidente; esto es, todo el universo? No ciertamente con aquel temor religioso y santo, que es el principio de la sabiduría y el carácter de la justicia (porque esta idea es diametralmente opuesta a todas las ideas que nos dan sobre esto las Escrituras, como tantas veces hemos notado), sino con aquella otra especie de temor, que es propio de los reos en presencia de su rey, a quien tienen ofendido y agraviado. *Turbados quedarán a la presencia de él,* se dice en el salmo LXVII, *a la presencia del padre de los huérfanos, y juez de viudas;* y en el evangelio: *Quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas, que sobrevendrán a todo el universo, porque las virtudes de los cielos serán conmovidas; y entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad.* Y en el Apocalipsis VI, 15: *Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todo siervo, y libre se escondieron en las cavernas, y entre las peñas de los montes. Y decían a los montes, y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la presencia del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero. Porque llegado es el grande día de la ira de ellos, ¿y quién podrá sostenerse en pie?*

309. Unid ahora el texto de Isaías con todo su contexto, y entenderéis al punto lo que quiere decir, como también lo que quiere decir San Pablo, cuando lo cita para probar la vocación futura de los judíos. *Los que están al occidente temerán el nombre del Señor; y los que están al oriente la gloria de él.* Ésta es la primera mitad, no echéis en olvido la segunda: *cuando viniere como río impetuoso, a quien el espíritu del Señor impele. Y cuando, viniere a Sión el Redentor, etc.* De modo que, temerán los de oriente y occidente, cuando venga el Señor como un río tempestuoso, e impelido por el Espíritu de Dios; y cuando venga a Sión su Redentor. Leído este texto así entero se ve claramente lo que dice, y también lo que no dice. No dice, vendrá a Sión su Redentor, cuando tema el oriente y occidente; mucho menos cuando todo el universo estará lleno del temor y del conocimiento del Señor; sino al contrario; temerán los de oriente y occidente, cuando venga a Sión su Redentor. *Temerán,* dice, *cuando viniere;* no dice: *vendrá cuando hayan temido.*

310. Esto mismo que aquí dice Isaías, y San Pablo que lo cita, lo había dicho David en varias partes de sus salmos. El salmo CI por ejemplo, parece una oración fervorosísima, en que el Espíritu Santo *por boca* de David representa a la infeliz Sión, en el estado en que actualmente se halla, y en que la misma Sión habla en espíritu, se lamenta de su desamparo, y pide *con gemidos inexplicables.* Entre otras cosas bien notables, le dice a Dios estas palabras: *Tú levantándote tendrás misericordia de Sión; porque tiempo es de apiadarte de ella, porque ya viene el tiempo... Y temerán las naciones tu nombre, Señor,*

y todos los reyes de la tierra tu gloria. Y para mayor claridad añade luego la causa o la ocasión de este temor: Porque edificó el Señor a Sión, y será visto en su gloria. Miró a la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos. Escribanse estas cosas a la otra generación (o como leen las otras versiones, en la novísima generación). Este mismo temor se lee en el salmo IX, en el XLVII, y frecuentemente en casi todos los Profetas, como podéis haber notado en los lugares que hemos observado hasta aquí.

311. Fuera de esto, si Isaías en el lugar citado habla del temor santo de Dios que supone la verdadera fe; si de esta fe y temor santo de Dios estará lleno el oriente y el occidente, esto es, todo el universo cuando los judíos se conviertan a Cristo, y cuando venga su Redentor, ¿a qué propósito se nos representa este Redentor vestido de venganza, y cubierto de celo como de un manto? ¿A qué propósito se dice que viene *como para retornar indignación a sus enemigos, y volver las veces a sus adversarios*? ¿A qué propósito se añade: *a las islas daré su merecido*? ¿Contra quién puede ser esta indignación y esta venganza? ¿Contra Sión? No, pues antes viene como su Redentor para librarla de su cautiverio; el tiempo de venganza para esta miserable, ya entonces se ha llenado: *recibió de la mano del Señor al doble por todos sus pecados*. ¿Contra el oriente y occidente, o contra todas las naciones del universo? Tampoco puede ser, porque todas se suponen ya llenas del temor, y del conocimiento del Señor, que parece lo mismo que llenas de fe y sabiduría. ¿Pues contra quién tanta ira, y tanto aparato de venganza? Si vos señor, lo podéis concebir, yo confieso simplemente mi pequeñez. En este caso no hallo sentido o significado alguno a todo el texto de Isaías, sus expresiones por el mismo caso que vivísimas, me parecen la misma impropiedad; y por otra parte, no hallo para qué fin pueda citar San Pablo este mismo lugar de Isaías.

312. Parece que estos inconvenientes los consideraron bien otros muchos doctores, los cuales huyendo de ellos, tiraron por otro rumbo diverso, que les pareció menos embarazoso y mucho más breve, diciendo que el Profeta habla aquí, no de la segunda, sino de la primera venida del Mesías y de sus efectos admirables. Así, el verdadero sentido de esta profecía es este (reparadlo bien). El Mesías vendrá con todo el aparato y majestad, representado por estas semejanzas, es a saber: *se puso vestidos de venganza, y cubriose de celo como de un manto, como para hacer venganza, como para retornar indignación a sus enemigos, y volver las veces a sus adversarios, a las islas dará su merecido. Y... temerán, etc.* Todo lo cual, ¿qué sentido tiene? Vedlo aquí. *El sentido es*, que así como varias gentes y naciones, esto es, egipcios, asirios, caldeos, griegos y romanos, sujetaron, afligieron, oprimieron en varios tiempos al pueblo de Dios; así *por el contrario*, todas estas naciones se sujetarán al Mesías, y serán dominadas por él, porque creyendo en él, recibirán su yugo suave, y observarán sus leyes con fidelidad y bondad, etc. ¡Oh, amigo!, todas estas violencias tan notorias que las puede reparar el hombre más distraído, se hacen necesarias, y necesarias con demasiada frecuencia para poder mantener el sistema favorable; para poder, digo, explicar o acomodar las Santas Escrituras, siempre a favor de la nueva plebe y de la nueva dilecta, y siempre en contra de la otra antigua; *desamparada y aborrecida*.

313. De todo lo que hemos observado en este fenómeno parece ya tiempo de sacar la última consecuencia, sin esperar otras noticias, ni detenernos inútilmente en más

observaciones. La consecuencia sea: que habiendo todavía otro tiempo para los judíos, habiendo de llegar infaliblemente este tiempo de misericordia, por más que se repugne, habiendo de suceder en este tiempo la plenitud de Israel, la asunción de Israel, etc., en este mismo tiempo se verificarán plenísimamente, *según la letra*, todas cuantas profecías hay a su favor, por grandes e increíbles que parezcan; por consiguiente, el recurso tan frecuente de los doctores a la primera fortaleza, esto es, a la Iglesia cristiana presente, *en sentido alegórico*, para explicar dichas profecías (echando fuera de ellas a los judíos como si no hablaran con ellos) es un recurso a lo menos poco seguro, donde parece imposible defender largo tiempo las ideas favorables, e impedir el paso a las contrarias. Pasemos ahora a examinar de cerca y más de propósito, la segunda fortaleza que está a la otra parte del camino real. Aunque ésta parece mucho menor o menos respetable, ordinariamente incomoda más, pues en ella se hacen fuertes, no ya con la pura alegoría, sino con la letra misma o sentido literal de la Escritura. Mas antes de llegar a esta operación, debemos como por especie de paréntesis responder a dos objeciones.

Anotación primera

314. Las ideas que se proponen en este fenómeno, así del misterio grande de la vocación de las gentes, como del misterio no menos grande de la vocación futura de los judíos, aunque parecen muy conformes a las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, ciertamente no se hallan en los intérpretes sagrados, ni en los teólogos, ni en los padres antiguos de la Iglesia; luego son, o pueden ser unas ideas falsas con apariencia de verdad; pues no parece verosímil que siendo verdaderas y justas, se hubiesen ocultado a tantos sabios que pasaron toda su vida en el estudio y meditación de las mismas Escrituras, ni mucho menos, que éstos las hubiesen disimulado después de conocidas.

Respuesta

315. En otros tiempos confieso francamente que esta reflexión me hacía temblar; mas queriendo luego sacar aquella consecuencia, sentía clara y distintamente (y lo siento cada día más) que la repugnaba toda el alma, como si fuese una injuria a Dios, o una falta de respeto a su veracidad, por respetos puramente humanos, y éstos no tanto positivos, cuanto negativos; digo negativos, porque aunque las ideas de que hablamos no se hallan ciertamente en los doctores; mas tampoco se hallan expresa y formalmente contradichas con pruebas, y razones capaces de destruirlas, ni aun siquiera de hacerles alguna directa y formal oposición. No obstante, como este argumento aunque, puramente negativo, puede fácilmente ocasionar algún embarazo o algún escrúpulo (grande o pequeño según diversas complejiones) nos es necesario examinarlo de cerca, y decir sobre él tres o cuatro palabras.

316. Dos cosas debemos considerar aquí. La primera, es un hecho de que no se puede dudar. La segunda, es la causa o el origen verdadero de este mismo hecho. El hecho es, que ni los antiguos padres de la Iglesia, ni los otros doctores eclesiásticos que han escrito después, han tratado este punto particular de que hablamos, de propósito y a fondo. Ninguno que yo sepa, ha mirado el misterio entero de la vocación de las gentes, desde su verdadero principio hasta su verdadero fin, haciéndose cargo, digo, de todo lo que hay

sobre esto en las Escrituras, así del Antiguo, como del Nuevo Testamento, explicando de un modo claro y natural dichos lugares, comparando los unos con los otros, atendiendo a todo su contexto y respondiendo a las dificultades, etc.

317. Por una consecuencia natural, tampoco se han aplicado a examinar de cerca aquellos lugares de la escritura, tantos y tan notables que hablan del estado futuro de los judíos, y de los grandes designios que Dios tiene todavía sobre ellos. El cual estado futuro de los judíos parece absolutamente inseparable del misterio entero y completo de la vocación de las gentes. Es verdad que muchos tocan el punto de la conversión de los judíos, y algunos dan tal cual señal nada equívoca, de haber divisado todo el misterio, especialmente cuando llegan a ciertos lugares más notables que no es posible disimular; mas según todo lo que yo puedo alcanzar, me parece que apenas lo tocan por la superficie, y siempre con tanta priesa, con tanta indiferencia, con tanto disgusto, que es capaz de advertirlo el hombre menos reflexivo. Confiesan en general, sobre alguno de estos lugares, que allí se encierran grandes misterios, mas no nos dicen, qué misterios son, ni de qué personas se habla, ni para qué tiempos, etc.

318. Muchísimas veces hablan como en suposición, es decir, como si fuese cierta e indubitable alguna suposición implícita, sobre que proceden manifiestamente, o como si esta implícita suposición quedase ya probada y sólidamente asegurada. Mas no es difícil conocer, que realmente están muy lejos de entrar en el examen de la misma suposición, ni aun siquiera de confesar que proceden sobre ella. Suponen, por ejemplo (para explicarnos un poco más) que la iglesia cristiana debe durar indefectiblemente hasta el fin, o hasta que ya no haya hombres vivos y viadores en esta nuestra tierra. Esta suposición es ciertísima y de fe divina. Al mismo tiempo suponen, aunque implícitamente sin explicarse mucho, que la Iglesia cristiana deberá siempre estar y permanecer en las gentes, como está ahora, sin novedad alguna. Suponen demás de esto, que los judíos conservados de Dios entre las naciones, sin confundirse con ellas, con una providencia tan admirable, serán alguna vez llamados del mismo Dios, y se convertirán de todo corazón a su Mesías, que ahora no quieren reconocer. Mas en la suposición implícita, que ninguno piensa examinar de cerca, de que la Iglesia estará siempre entre las gentes, como lo está ahora, se guardan bien de entrar en el examen prolijo y exacto de aquellos mismos lugares de la Escritura, con que establecen la conversión futura de los judíos, muchos de los cuales, mirados de cerca, parece que destruyen y aniquilan su implícita suposición. Todo esto que acabo de decir me parece la pura verdad, sin quedarme sobre ello alguna duda o sospecha racional. Cualquiera que tuviere alguna práctica, entenderá al punto lo que quiero decir; quien no la tuviere, quién sabe lo que podrá entender.

319. Siendo, pues, este hecho cierto e innegable, es preciso que esto haya dependido de algún principio, o de alguna causa legítima y justa; con la cual los doctores se puedan no solamente excusar, sino justificar plenamente *delante de Dios y de los hombres*. Porque pensar que hombres tan cuerdos, tan píos, tan santos han procedido en estos asuntos, o por pasión, o por algún otro afecto menos ordenado, lo tengo por un pensamiento injusto y formalmente temerario. ¿Cuál, pues, habrá sido la verdadera causa del silencio de los doctores eclesiásticos, especialmente de los antiguos padres, sobre el misterio entero y completo de la vocación de las gentes, como también sobre el gran

misterio de la vocación futura de los judíos? Esto es lo que voy ahora a proponer. Y para no detenerme en preámbulos inútiles, me parece que no hay que buscar esta verdadera causa, sino en la misma vocación de los santos doctores, o en el ministerio propio e inmediato a que fueron llamados. Hablo en primer lugar y principalmente de los antiguos, y a proporción de todos los otros, que en diversos tiempos han servido a la iglesia con sus escritos.

320. Los antiguos padres fueron en su tiempo aquella lengua erudita, o de disciplina y enseñanza, que después de los apóstoles dio el Señor a la nueva plebe, a la nueva dilecta, a la nueva esposa, a aquella de quien decía San Pedro, *que en algún tiempo eráis no pueblo, mas ahora sois pueblo de Dios*; y San Pablo citando a Oseas: *Llamaré pueblo mío, al que no era mi pueblo; y amado, al que no era amado; y que alcanzó misericordia, al que no había alcanzado misericordia*. Así, el oficio o ministerio propio de estos santos doctores, no era otro que servir con todas sus fuerzas y talentos a esta nueva dilecta, atender en todo a su mayor utilidad, y mirar con verdadero celo y continuada vigilancia por todos sus intereses. Debían, en primer lugar, darle ideas justas del verdadero Dios, quitándole al mismo tiempo y procurando borrarle del todo aquellas ideas miserables en que se había criado, de sus dioses de palo y de piedra. Debían darle a conocer, y hacer digno concepto de la persona infinitamente admirable y amable del esposo, haciendo que entendiesen bien que era verdadero Dios, como Hijo natural de Dios mismo; y juntamente verdadero Hombre, como Hijo natural de la santísima virgen María, y por ella Hijo también de David, y Abrahán; y esto sin confusión de las dos naturalezas divina y humana. Este solo punto tuvo bien ocupados a todos los doctores de los primeros siglos.

321. Debían, fuera de esto, hacerla comprender la pureza y santidad de vida a que era llamada, explicándole clara y distintamente toda la moral de las Escrituras, máximamente de los evangelios. Debían alentarla con la esperanza cierta de un eterno galardón, y retraerla de toda la gloria vana del mundo, y de todos sus venenosos placeres, con el temor de un castigo asimismo eterno y terrible *que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*. Debían exhortarla únicamente a la práctica de todas las virtudes, como que son el ornamento único con que puede aparecer graciosa y agradable a los ojos del esposo. Debían inclinarla con la mayor prudencia, discreción y suavidad posible, al amor verdadero e íntimo del esposo, como que éste es el principio de todos los bienes, como que hace fáciles las cosas más difíciles, y como que significa y santifica todas las acciones por pequeñas y ordinarias que sean. Debían celar con sumo cuidado y vigilancia, que no aprendiese de falsos maestros algún error contrario, o ajeno de la sana doctrina, así en el dogma, como en la moral. Debían, en fin, instruirla perfectamente, y exhortarla continuamente a la práctica de todas las cosas pertenecientes a su nueva dignidad. Veis aquí en resumen la vocación de los santos doctores, o el ministerio a que fueron llamados. Para este ministerio se les dieron los talentos, o dones y gracias del Espíritu Santo, a unos más, a otros menos; *según la medida de la donación de Cristo*, y ellos correspondieron fielmente, trabajando con ellos, y mirando siempre en su trabajo la mayor gloria de Dios en la utilidad de la Iglesia.

322. Es verdad que muchos de estos fieles y celosos ministros, especialmente los más célebres, no se contentaron con esto solo. Habiendo registrado cuidadosamente todas las

galas y joyas preciosas, que se hallaban en los tesoros de la primera esposa (los cuales habían quedado en poder de la que había ocupado su puesto) les pareció engalanar a ésta con todas ellas, creyendo buenamente que arrojada aquélla por sus gravísimos delitos, debía ya mirarse como realmente muerta, y sepultada *en la tierra del olvido*. Por consiguiente, que aquellas galas pertenecían todas a la nueva esposa, y podía ésta servirse de todas según su voluntad. Entre ellas no hay duda que se hallaban algunas que le armaban bien y le venían justas; por tanto parecía claro, que para ella se habían hecho y guardado; otras se hallaban de no muy difícil acomodación; con un poco de trabajo e industria, se podían hacer servir. La gran dificultad estaba en otras muchísimas (las más y mejores) que llegando a la prueba se hallaban visiblemente desproporcionadas, y por eso inservibles. ¿Qué se hace pues con éstas? Dejarlas dobladas sin algún uso, no puede ser, pues al fin no se hicieron sin gran acuerdo, ni se guardaron para que no sirviesen. Es necesario, pues, hacerlas servir todas del modo posible. Esto que intentaron algunos pocos de los antiguos, los más ingeniosos y elocuentes, lo han proseguido con mayor empeño otros muchos doctores, animados del mismo celo por la gloria y utilidad de la nueva dilecta. Mas después de tantas y tan ingeniosas diligencias, es bien fácil conocer al punto por varias señas infalibles, que aquellas son galas prestadas, no propias; que no se hicieron realmente para el uso que se les quiere dar, sino que son acomodadas con industria y con artificio.

323. Mas volviendo a nuestro propósito actual, es ciertísimo que los antiguos padres, como maestros y ministros de la Iglesia presente, llamados de Dios *para aquel ministerio*, no miraron otra cosa que su mayor servicio y utilidad. Se ve frecuentemente que casi siempre en todos sus escritos, trayendo a consideración varios lugares de la Escritura Santa (ya de profecía, ya también de historia) y hablando sobre ellos, prescinden absolutamente del verdadero historial y literal sentido de aquellos lugares de la Escritura sobre que hablan, declinando luego a sentidos morales y puramente místicos, para buscar en ellos alguna mayor utilidad y edificación de los fieles. Así les decía a éstos San Agustín: *Porque si sólo queremos entender esto literalmente, muy poco o ningún fruto sacaremos de las lecciones divinas.*

324. Siendo esto así, ¿cómo era posible que los celosos y prudentísimos padres hablasen una sola palabra en favor de la primera esposa de Dios? ¿Cómo era posible que se divirtiesen a otras cosas, que podían ser en aquellos tiempos perjudiciales? ¿Cómo era posible que se atreviesen a anunciar prosperidades a la primera esposa en presencia de la que ocupaba su puesto? ¿Cómo era posible que no temiesen afligirla, desconsolarla, desanimarla y aun resfriarla en la caridad? ¿Cómo era posible por consiguiente que no procurasen interpretar o acomodar las Escrituras todo a su favor, a su edificación, a su utilidad? Lo contrario hubiera sido, *atendidas las circunstancias*, una suma imprudencia. ¿Por qué? Porque en las circunstancias en que se hallaban los antiguos doctores, no había razón alguna para esperar de esto alguna utilidad, hubieran hecho más daño que provecho. En aquellos primeros tiempos estaba la esposa en su juventud, y como joven en sus primeros amores y fervores. Así, era necesario confirmarla en ellos, no amedrentarla con amenazas importunas; era necesario animarla más y más, no desanimarla; nutrirla con alimentos de vida, proporcionados a su edad y a su complexión delicada, no con alimentos difíciles de digerir, aun a las personas muy robustas. Era necesario alegrarla *en*

el Señor, y dilatarle el corazón para que creciese cada día más en número y fervor, no desconsolarla y desanimarla con anuncios tristes y amargos, que por entonces no podían tener sino pésimas consecuencias.

325. Así lo pensaron sin duda, y así lo practicaron los santos y prudentes doctores. Tan lejos estuvieron de hablar una palabra favorable a la antigua esposa de Dios, que antes por el contrario, se nota facilísimamente en todos sus escritos, que siempre que se ofrece alguna ocasión (y no pocas veces sin ocasión alguna) hablan mal de ella, y dicen sin faltar a la verdad todo el mal posible, ya ponderando sus antiguos delitos, sus infidelidades, sus adulterios, ya trayendo a consideración el mal recibimiento que hizo a su Mesías, y la bárbara crueldad con que lo trató, ya reprendiendo su ingratitud, su dureza, su obstinación presente, etc. Y todo esto ¿para qué? Para que sirva de lección, de escarmiento y de edificación de la esposa actual, y ésta se anime y enfervorice más en ejercicio de todas las virtudes contrarias, correspondiendo fidelísimamente a su vocación. Por esta razón no se explicaron los prudentísimos padres, ni aun siquiera tocaron muchos puntos verdaderamente delicados y críticos, temiendo las consecuencias legítimas y justas que naturalmente debían inferirse, las cuales por entonces parecían más propias *para la destrucción, que para la edificación*. Por esta razón hablaron tan poco, y esto en términos muy generales, de la segunda venida del Señor, sin descender a tantas otras cosas particulares, que sobre esto hay en las Escrituras. Por esta razón jamás se explicaron clara y distintamente sobre el juicio de vivos. Por esta razón, el Anticristo con que estamos amenazados para los últimos tiempos, les pareció que no podía salir de las gentes sin gran deshonor de éstas, y desconsuelo de los fieles; por tanto debía salir de los judíos, debía ser creído y recibido de éstos; debía ser un monarca universal, que con todo su poder hiciese la más sangrienta guerra a la Iglesia, o a la nueva dilecta. Por esta razón el cuarto reino de la gran estatua fue el romano, y la piedra ya bajó del monte *al vientre de la Virgen*, y entonces destruyó la estatua, destruyendo o empezando a destruir el imperio del diablo, y formando otro nuevo imperio, esto es, la Iglesia presente o la nueva esposa. Por esta razón en suma, hasta ahora no sabemos bien qué es lo que pedimos al Señor por aquellas palabras: *Venga el tu reino*. (Véase la anotación siguiente.)

326. Debo ahora satisfacer en breve a esta réplica, o admonición que se me puede hacer, pues ya se me ha hecho. Aunque estas ideas, oigo decir, fuesen realmente buenas y justísimas, aunque fuesen tan conformes a las Escrituras, como ciertamente lo parecen, debía yo no obstante, y todo fiel cristiano, observar el mismo silencio, y proceder con la misma prudencia y circunspección con que en estos asuntos han procedido los doctores, no negando expresa y formalmente *lo que está declarado en la Escritura de verdad*, lo cual es cierto que *no es permitido*; mas interpretándolo de algún modo no imposible ni difícil a favor de la nueva dilecta, pues al fin es nuestra señora, nuestra reina, nuestra madre, a quien tenemos tantas y tan grandes obligaciones; la antigua esposa de Dios infiel y adúltera, y por esto tan justamente *desamparada y aborrecida*, debe contentarse con que sus reliquias sean recogidas hacia el fin de los siglos, y agregadas misericordiosamente a la iglesia de las gentes. Tanto más dicen que debería yo proceder en este modo cortés y prudente, cuanto debo mirarme como un triste judío que no tengo otra esperanza, ni puedo tenerla de salud, sino en cuanto he sido llamado y agregado a la nueva plebe, o nuevo pueblo de Dios, etc.

327. Dos descargos tengo que dar a esta admonición los cuales se deben mirar como dos disparidades, o como dos razones que tengo propias y peculiares, que no tuvieron otros escritores. Por estas dos razones (no divididas sino juntas y unidas entre sí) creo que no debo guardar el silencio que ellos guardaron, ni proceder con la misma circunspección y prudencia con que ellos procedieron.

Primera razón

328. Yo soy un cristiano y un católico, por la gracia y misericordia de Dios; mas no por eso dejo de ser judío; así, aunque pertenezco inmediatamente a la esposa actual, y la reconozco y venero por mi señora y madre, no por esto dejo de pertenecer de algún modo propio y natural a la esposa antigua de Dios, madre común de todos los creyentes; no por eso puedo olvidarla, ni dejar de amarla con ternura (sin temer que por esto me llamen judaizante); no por esto puedo negar sin impiedad a esta madre mía, aunque por la presente tan deshonrada y envilecida. En esta consideración, ¡qué mucho que no guarde aquel silencio, que por justísimas causas han guardado otros escritores! ¡Qué mucho que mire por el consuelo, y por el verdadero bien de esta madre infeliz, actualmente *combatida de tempestad, sin ningún consuelo!* ¡Qué mucho que pretenda hacer valer a su favor tantas escrituras auténticas y claras, que suelen ser ordinariamente todo el caudal de las viudas! Fuera de esto, no dejo de temer ser comprendido en aquella queja amarguísima del Mesías, el cual, en el capítulo LI de Isaías, mirando a esta paupécula en el estado de viudez, de soledad y desamparo en que ahora se halla, abatida y casi confundida con el polvo, le da la mano, lleno de compasión y de ternura, diciéndole: *Álzate, álzate, levántate, Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira; hasta el fondo del cáliz dormidero bebiste, y bebiste hasta las heces.* Luego como mirando a todas partes, y como extrañando la indiferencia y frialdad de tantos hijos, respecto de su propia madre, se lamenta de ellos, y los culpa y reprende, diciendo: *No hay quien la sostenga a ella (o no tiene quien la guíe) de todos los hijos que engendró; y no hay quien la tome por la mano de todos los hijos, que crió.*

Segunda razón

329. La segunda razón de disparidad, mucho más inmediata o más sensible, es el tiempo mismo en que nos hallamos, infinitamente diverso del tiempo de los antiguos padres, y a proporción del de los otros escritores eclesiásticos. En cuya consideración discurro así. Yo aunque judío *del linaje de Abrahán*, soy por la bondad de Dios un cristiano, un católico, un hijo, un súbdito de la esposa de Dios, que actualmente reina; luego debo servirla con todas mis fuerzas y talentos, no puramente con cortesías y palabras estériles, sino mucho más con servicios reales y oportunos, según los tiempos y circunstancias; luego según estos tiempos y circunstancias debo no lisonjearla vanamente, sino decirla con toda reverencia la verdad pura; luego debo atender en mis obsequios y servicios, no ya a lo que en otros tiempos y circunstancias le pudo haber sido conveniente y útil, verbigracia en los tiempos de su juventud y primeros amores, sino a lo que entiendo le es útil, conveniente y aun necesario en el estado presente. Ésta es una regla de verdadera prudencia que dicta la recta razón, y que el Espíritu Santo no dejó de enseñarnos en particular: *Todas las cosas tienen su tiempo, y por sus espacios pasan*

todas ellas debajo del cielo. Hay tiempo de nacer, y tiempo de morir... Tiempo de matar, y tiempo de sanar. Tiempo de derribar, y tiempo de edificar... Tiempo de callar, y tiempo de hablar.

330. Ahora, yo no puedo saber lo que se pensará entre los sabios sobre la oportunidad de estas ideas. Lo que a mí me parece es lo que únicamente puedo decir; remitiéndome enteramente a su juicio y discreción. A mí me parece, hablando *en verdad, y simplicidad de corazón*, que en estos asuntos ya es pasado el tiempo de callar o de prescindir, que fue el tiempo de los antiguos padres, y de los doctores que les sucedieron, y que ya nos hallamos en los tiempos de hablar. La revelación o manifestación de aquellas cosas, que en otros tiempos hubieran sido poco convenientes, y aun dañosas a la joven esposa, ahora en estos tiempos parecen ya convenientes, y casi absolutamente necesarias. Cualquiera que lo dudare, no tiene otra cosa que hacer, sino abrir los ojos y mirar. Con esta sola diligencia podrá fácilmente salir de toda duda.

331. ¿Cómo es posible confundir los tiempos presentes con los pasados; los tiempos de la juventud de la esposa, con los de la mayor edad; los tiempos de inocencia y de simplicidad, con los tiempos de sagacidad y aun de malicia; los tiempos de amor y de fervor, con los tiempos que ya parece amenazan, prenunciados por San Pablo, *vendrán tiempos peligrosos*, de tibieza, y aun de frío en la caridad; *porque se multiplicará la iniquidad*, dice el esposo mismo, *se resfriará la caridad de muchos*; y en otra parte: *tardándose el Esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas* (las vírgenes). Pues mudadas ya las circunstancias en que se hallaban los santos padres, en esta sensualidad, en esta delicadeza y pompa mundana, en esta distracción, en esta soñolencia, descuido y aun tedio formal de los verdaderos intereses del esposo (que ven y lloran los que tienen ojos), ¿no será ya tiempo de decirle, de advertirle, de acordarle, *lo que está declarado en la Escritura de verdad*? ¿No será ya tiempo de decirle lo que en otros tiempos no convenía? ¿Se podrá mirar como un delito, y no antes como un verdadero servicio, el decirle con reverencia, mas clara y distintamente, que está amenazada del esposo con aquel mismo castigo y tal vez mayor, con que fue castigada la primera esposa? *Tú por la fe estás en pie, pues no te engrías por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó a los ramos naturales, ni menos te perdonará a ti. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado.*

Anotación segunda

332. En dos o tres lugares de esta obra se insinúa, y en el último se dice claramente, que hasta ahora no sabemos bien lo que pedimos al Señor por aquellas palabras: *venga el tu reino*; lo cual parece falso, o poco conforme a la verdad por esta razón: Jesucristo en su primera venida fundó un reino espiritual de justicia y santidad, que él mismo llamaba frecuentemente *reino de los cielos, y reino de Dios*. Aunque después en su segunda venida haya de fundar otro reino, *según las Escrituras*, o haya de hacer lo que quisiere, como Señor absoluto de todo, no por eso ha de destruir el reino de justicia ya fundado; luego si hasta ahora se ha pedido este reino, se ha entendido muy bien lo que se ha pedido. Yo confieso que no entiendo bien, sino confusamente, lo que pretende esta

anotación. No obstante, a esto poco que me parece entiendo en general, voy a responder con toda brevedad.

Respuesta

333. Jesucristo en su primera venida fundó un reino espiritual de justicia y santidad, que él mismo llamaba frecuentemente *reino de los cielos*, y *reino de Dios*. Bien, luego este reino ya vino al mundo, ya lo tenemos con nosotros en nuestra tierra. Si ya vino, y ya lo tenemos, ¿para qué pedimos que venga? ¿No será ésta una petición inútil o injuriosa a Dios? O creemos que ya vino al mundo el reino que pedimos, o no lo creemos; si lo primero, luego no tenemos ya que esperararlo, por consiguiente deberemos excusar ya esta petición, *porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera?... lo que no vemos, esperamos*; si lo segundo, ¿por qué no nos explicamos un poco más?

334. Este embarazo parece que obligó a otros sabios a tirar por otro camino. Así, dicen, que lo que pedimos a Dios por estas palabras *venga el tu reino*, es, que la Iglesia presente (que es sin duda el reino de Dios) crezca y se extienda a todo el linaje humano, y que todos sus individuos entren en la Iglesia y sean justos y santos, etc. Esta petición no hay duda que es buena, y digna de un verdadero cristiano; mas para pedir este bien no parecen tan propias las palabras *venga el tu reino*; antes parecen sumamente impropias, oscuras, y nada acomodadas al fin. *Venga tu reino, esto es*, el reino que ya vino, crezca y se extienda por toda la tierra. Venir y crecer son ciertamente dos palabras, cuyo diverso significado no podía ignorar el que nos enseñó a orar con esta admirable oración.

335. Mas si por ellas entiendo el reino que ha de venir; cuando venga el rey, según me lo anuncian las Santas Escrituras, las palabras con que pido las hallo claras, simples, propias y escogidas entre millares de otras que pudieran imaginarse. Con ellas pido, y entiendo clarísimamente lo que pido; y si tengo verdadero celo del bien de mis prójimos, si deseo con verdad que todos los pueblos, tribus y lenguas, adoren al verdadero Dios, que todos sean cristianos, que todos sean justos y santos, etc., todo esto lo comprendo en mi petición, y todo lo pido confiadamente sin salir de aquellas tres palabras: *venga el tu reino*. Digo confiadamente, porque sé por las mismas Escrituras que este bien que deseo a todo el linaje humano, no puede ser en el estado presente; pero será sin falta cuando venga el reino que pido. Por tanto, lejos de temer la venida del rey *en gloria y majestad*, antes la deseo con las mayores ansias, y la pido con todo el fervor de que soy capaz; así por el remedio pleno de los miserables judíos, como también por todo el residuo de las gentes; las cuales *después de acabada la vendimia... levantarán su voz, y darán alabanza; cuando fuere el Señor glorificado, alzarán la gritería desde el mar*. De todo lo cual hablaremos de propósito cuando sea su tiempo.

336. Jesucristo en su primera venida fundó (dicen) un reino espiritual, que él mismo llamaba *reino de los cielos*, y *reino de Dios*. Aquí se divisa fácilmente un equívoco de no pequeña consideración. Lo que Jesucristo llama frecuentemente en sus parábolas *reino de los cielos*, *reino de Dios*, no es otra cosa las más veces por confesión de todos, que lo que él mismo llama *el reino del evangelio*, esto es, la noticia, buena nueva, anuncio, predicación del reino de Dios. *Reino de los cielos* (dice San Jerónimo) *es la predicación*

del Evangelio, y la noticia de las Escrituras, que conduce a la vida. Esta predicación y noticia del reino parece claro, que no puede ser el reino mismo, sino como un pregón o convite general que se hace a todos, para que se alisten los que quisieren bajo esta bandera; para que admitan, o no, según su voluntad la filiación de Dios, que a todos se ofrece con ciertas condiciones; y de esta suerte puedan tener parte y herencia perpetua *en el reino de Cristo, y de Dios.*

337. Ahora, todos los que son llamados a este reino, son al mismo tiempo obligados a poner de su parte ciertas condiciones indispensables, comprendidas todas en estas dos palabras: fe y justicia, o según se explica San Pablo *fe que obra por caridad.* Los que observaren fielmente estas dos leyes con toda su extensión pueden mirarse ya como hijos del reino, y esperar para su tiempo ser *herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo.* Mas no podrán decir que ya están en posesión de esta herencia; antes deberán siempre vivir en solicitud, en vigilancia, en temor y temblor, teniendo presente aquella sentencia del Señor: *el que perseverare hasta el fin, este será, salvo.* Por eso el mismo Señor, *preguntándole los Fariseos: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?* les dio aquella divina respuesta: *el reino de Dios está dentro de vosotros...* Como si dijera: pensad en haceros dignos del reino de Dios, con lo que está dentro de vosotros y de vuestra parte; no en inquirir curiosamente cuándo vendrá. Esta justicia o disposición para el reino de Dios, este convite al reino, esta predicación de la fe y justicia necesaria para conseguirlo, no es ciertamente el reino mismo, y si se llama reino, es solamente en sentido latísimo; así como se llama templo o palacio un edificio que se está haciendo. La noticia de este reino ya la tenemos por la predicación de los Apóstoles; lo que se nos pide de nuestra parte no lo ignoramos; por consiguiente creemos este reino, lo esperamos y deseamos; si lo creemos, esperamos y deseamos, luego todavía no lo tenemos, luego podemos y debemos pedirlo con aquellas divinas palabras *venga el tu reino,* luego podemos y debemos esperar que a su tiempo se nos concederá lo que pedimos. Dicen que esto sucederá en el cielo después de la general resurrección, y fin del mundo; mas si las Escrituras dicen clara y expresamente, como tantas veces hemos observado, que sucederá en esta nuestra tierra, *¿a quién deberemos creer?* El explicar estas cosas diciendo: sucederá en la tierra, *esto es, en la tierra de los que viven; esto es, en el cielo,* ¿son palabras que deben hacer poca impresión a quien las considera de cerca, y las confronta con las Escrituras?

338. En suma, el reino de Dios, o el reino de los cielos, no ha venido hasta ahora, y por eso pedimos ahora que venga. Lo que únicamente ha venido es la noticia, la relación, la fe, el convite, el evangelio del reino, con las condiciones arriba dichas. Todo esto nos trajo el Mesías en su primera venida; lo demás lo esperamos para la segunda: *la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchó toda la tierra.* Si todo lo que nos dicen las Escrituras del reino de Dios, debe verificarse allá en el cielo, parece que debiéramos pedir, ir nosotros o ser llevados al cielo, al reino de Dios; no que el reino de Dios viniese a nuestra tierra, a nosotros. En este mismo caso el maestro bueno nos hubiera enseñado otras palabras con que pedir. Y así concluyo con el doctísimo padre Maldonado, *que el verdadero sentido es el que insinúan Teofilato y Ruperto, cuando afirman: que se llama reino de Dios aquél en que haciendo de sus enemigos escabel de sus pies reinará en todas partes, y será, en expresión de San Pablo, el todo en todas las*

cosas; pues aunque actualmente en todas partes domina; no decimos que reina, porque no lo hace en paz, sino en guerra, a la frente de enemigos y de rebeldes que le resisten. Pero, subyugados sus contrarios, libres ya sus amigos y condenados sus enemigos, su imperio será completo. Que éste sea el verdadero sentido, se colige claramente, así del texto ya citado del Apóstol, como de que aquí pedimos que venga a nosotros, no nuestro reino, sino el de Dios. Esto no significa, pues, que Dios reine en nuestros corazones, o que nosotros reinemos con los bienaventurados (que es nuestra principal petición); sino que Dios reine absolutamente y libre de contrarios, por eso decimos, venga el tu reino; como hijos que al rey nuestro padre le deseamos el reino pacífico y la victoria de sus enemigos, no para nuestro reino, sino para el suyo. Deseamos, pues, que venga, como desean que venga Jesucristo los que le aman. Esto es lo que yo digo, ni más ni menos.

Fenómeno VII

Babilonia y sus cautivos.

Párrafo I

339. Cualquiera que lea con atención los Profetas, reparará fácilmente dos cosas principales. Primera: grandes y terribles amenazas contra Babilonia. Segunda: grandes y magníficas promesas en favor de los cautivos, no solamente de la casa de Judá, o de los judíos en particular que fueron los propios cautivos de Babilonia, sino generalmente de todo Israel, y de todas sus tribus para cuando salgan de su cautiverio, y vuelvan a su patria, de su destierro. Uno y otro con figuras y expresiones tan vivas, que hacen formar una idea más que ordinaria, y más que grande, así de la vuelta de los cautivos a su patria, como del castigo inminente y terribilísimo de aquella capital.

340. Si con esta idea volvemos los ojos a la historia, se lee en los libros de Esdras todo lo que sucedió en la vuelta de Babilonia, y el estado en que quedaron los que volvieron, aun después de restituidos a su patria; se leen en los dos libros de los Macabeos, los grandes trabajos, angustias y tribulaciones, que en diversos tiempos tuvieron que sufrir, dominados enteramente por los príncipes griegos; se lee después de esto en los evangelios, el estado de vasallaje y opresión formal en que se hallaban cuando vino el Mesías, no solamente dominados por los Romanos, sino inmediatamente por un idumeo, cual era el cruelísimo Herodes; se lee por otra parte, ya en la historia profana, ya también en la sagrada, que Babilonia, después de haber salido de ella aquellos cautivos, se mantuvo en su ser sin novedad alguna sustancial, por espacio de muchos siglos, que no la destruyó Darío Medo, ni Ciro Persa, ni alguno otro de sus sucesores, que no se destruyó repentinamente en un solo día, aquellas dos grandes calamidades que parece le anuncia Isaías, cuando le dice: *Te vendrán estas dos cosas súbitamente en un solo día, esterilidad y viudez*. Con estas noticias ciertas y seguras, no puede menos de maravillarse, de ver empleadas por los profetas de Dios vivo unas expresiones tan grandes para unas cosas respectivamente tan pequeñas. Mucho más deberá maravillarse, si advierte y conoce sin poder dudar, que nada o casi nada se ha verificado hasta el día de hoy, de lo que con tantas y tan vivas expresiones parece que tenían anunciado sobre estos asuntos los profetas de Dios.

341. Difícilmente se hallará otro punto en toda la divina Escritura, que haya dado más cuidado, ni haya apurado más los ingenios, que Babilonia y sus cautivos. Embarazo en que no pocas veces se hallan los intérpretes; y la gran fuerza que hacen para salir con honor es tan visible, que puede fácilmente repararlo el hombre menos reflexivo. Ya suponen cosas que debían no suponerse sino probarse en toda forma; ya conceden a lo menos en parte en general y en confuso lo que en otras ocasiones más inmediatas omiten o niegan absolutamente; ya usan de un sentido, ya de otro, ya de muchos a un mismo tiempo, y esto en un mismo individuo o texto; ya siguen el sentido literal hasta cierta distancia, y hallándose atajados por el texto mismo, que visiblemente protesta la violencia, vuelven un poco más atrás buscando por todos los otros rumbos algún otro sentido menos incómodo, o menos inflexible. Si éste se halla, éste solo basta para decir, que aunque aquel sentido (que no se puede llevar adelante) es realmente el sentido literal, mas este otro es el sentido *especialmente intentado por el Espíritu Santo*.

342. Después de todas estas diligencias no por eso queda resuelta la gran dificultad. Se ve tan en pie y tan entera, como si no se hubiese tocado. Las profecías son muchas y muy claras a favor de los miserables hijos de Israel, para cuando vuelvan de su destierro y cautiverio, y por eso mismo es igualmente claro que no se han verificado jamás. Los intérpretes suponen que ya todas se han verificado, o se están verificando muchos siglos ha. Mas, ¿cómo? Una pequeña parte literalmente en aquellos pocos que salieron antiguamente de Babilonia con permiso de Ciro; la mayor parte alegóricamente en los redimidos por Cristo de la verdadera cautividad de Babilonia, esto es, del pecado y del demonio; y otra parte, que no puede explicarse ni en el uno ni en el otro sentido, se verifica, dicen, anagóricamente en aquellas almas santas, que rotas las prisiones del cuerpo, vuelan al cielo su verdadera patria, donde gozan en paz y quietud de todos los bienes. Nada decimos por ahora de aquella otra parte bien considerable, que tal vez se omite por excusar prolijidad.

343. Mas, ¿sería creíble, digo yo, que el Espíritu de Dios *que habló por sus Profetas*, hablase de este modo? ¿Sería creíble que hablase por sus Profetas sobre un mismo asunto, parte en un sentido, parte en otro, parte en muchos, parte en ninguno? ¿Sería creíble este modo de hablar de la veracidad de Dios y de su santidad infinita? Aun en el hombre más ordinario se tuviera esto, y con gran razón, por un defecto intolerable. ¿Sería creíble, vuelvo a decir, que Dios vivo y verdadero, hablando nominadamente con los hijos de Abrahán, de Isaac, y de Jacob, a quienes iba a desterrar, o había ya desterrado y esparcido entre las naciones, les permitiese, no sólo recogerlos y restituirlos a su patria; sino junto con esto, otros innumerables bienes y misericordias, que no habían de verificarse en ellos, sino en las gentes; y esto en un sentido puramente espiritual? ¿Y esto o muchísimo de esto en sentido parte espiritual, parte alegórico, parte anagórico, parte místico y espiritual? No puedo negar, que me parece todo esto duro y difícil de creer. Y no obstante sé de cierto, que en el sistema ordinario no hay otro modo de resolver la gran dificultad.

344. El modo ordinario de discurrir es éste en sustancia, y sobre él no faltan algunas reglas generales. Las profecías, dicen, y con gran razón, son verdaderas y de fe divina, Dios es quien habla en ellas, y no el hombre; estas profecías no se han verificado

plenamente *según la letra*, como es claro y *por sí conocido*, y consta de la Escritura; luego... (repárese con cuidado en esta consecuencia) luego es preciso decir, que en ellas se encierra algún gran misterio, mucho mayor que la salida material de Babilonia de los Caldeos, el cual misterio no puede ser otro que la liberación por Cristo de la verdadera cautividad de Babilonia, esto es, del pecado y del demonio. Por consiguiente, todo lo que anuncian las profecías, tocante a la justicia, a la santidad, a la paz, a la felicidad estable y permanente de los que vuelven de su destierro, y son restablecidos de nuevo en la tierra prometida a sus padres etc., se debe entender de los hijos de la Iglesia presente, que son el verdadero Israel de Dios, la cual justicia, santidad, paz, justificación y felicidad, empiezan en la tierra, y se consuman y perfeccionan enteramente en el cielo. Esta consecuencia, o este modo de discurrir, como si fuese justísimo en todas sus partes, es de gran uso para desembarazarse sin oposición alguna, antes con sumo honor, de toda suerte de dificultades.

Se propone otra consecuencia.

Párrafo II

345. Así como yo no repruebo absolutamente el sentido alegórico, anagógico, etc., así tampoco puedo reprobar absolutamente la consecuencia que acabamos de oír; antes por el contrario, mirada por cierto aspecto, me parece buena y propísima *para la utilidad y edificación*. A todos los creyentes nos importa saber y no olvidar que fuimos redimidos y librados por Cristo, del poder de las tinieblas; que este mundo es un verdadero destierro; que nuestra patria es el cielo; que la justicia, y santidad, y *paz, y gozo en el Espíritu Santo*, empiezan aquí, y allá se perfeccionan; que todos los fieles cristianos, de cualquiera nación que sean, son el verdadero Israel de Dios. No obstante estas verdades, que yo creo y confieso con todos los fieles cristianos, propongo a la consideración y juicio de los sabios otra consecuencia sacada de las mismas premisas que supongo ciertas y evidentes, y pido que se compare esta segunda consecuencia con la primera, *en sencillez y verdad*. Discurro, pues, así: las profecías de que hablamos son ciertas y seguras, pues en ellas no habla el hombre sino Dios mismo; estas profecías no se han cumplido hasta ahora plenamente *según la letra*; luego debe llegar tiempo en que todas se cumplan plenamente *según la letra*. Digo *según la letra* plenamente, para comprender, así las cosas mismas que anuncian, como las personas de quienes hablan expresa y nominadamente.

346. Más claro: las profecías hablan expresa y nominadamente de los judíos en general, o de todas las tribus de Israel sin excluir a ninguna, para cuando vuelvan de su cautividad y destierro, y sean introducidas y planteadas de nuevo en la tierra prometida a sus padres. Ahora, pues, es cierto y evidente, que los judíos desterrados a Babilonia, y cautivos en Babilonia, volvieron muchos días ha de su cautividad y destierro; es cierto y evidente, que entonces edificaron de nuevo su templo y su ciudad de Jerusalén; es cierto y evidente, que entonces se establecieron de nuevo en aquella tierra, de donde habían sido desterrados; por otra parte, también es cierto y evidente (por confesión forzosa e innegable de todos los intérpretes) que las profecías innumerables, que hablan de la vuelta de la cautividad y destierro de los hijos de Israel, no se han verificado ni de ciento una, no se han verificado plenamente *según la letra*, no se han verificado, ni en lo que

anuncian clara y distintamente, ni en las personas de quienes hablan expresa y nominadamente, etc. Luego... Luego... (ved ya la consecuencia que ofrezco a vuestra consideración) Luego la cautividad y destierro de los hijos de Israel, de que hablan las profecías, no puede ser la cautividad y destierro de Babilonia, a que fueron llevados por Nabucodonosor.

347. De aquí se sigue otra consecuencia, o por mejor decir una cadena de consecuencias. Luego la cautividad y destierro de que hablan las profecías no se ha concluido hasta el tiempo presente, pues si se hubiese ya concluido, ya se hubieran verificado las profecías; luego los hijos de Israel no han vuelto hasta ahora de la cautividad y destierro de que hablan las profecías; luego deberemos esperar otro tiempo, en que los hijos de Israel vuelvan de su cautividad y destierro, y en que por consiguiente se verifiquen en ellos las profecías; luego el descanso, el sabbatismo, la independencia de toda potestad y dominación de la tierra, la justicia, la santidad, la paz, la felicidad estable y permanente bajo un solo rey, a quien se da el nombre de David, anunciado todo clara y distintamente a los hijos dispersos de Jacob, para cuando vuelvan de su dispersión, de su cautividad, de su destierro, se verificará en ellos plenamente, cuando se verifique esta vuelta, la cual está anunciada del mismo modo que todo lo demás.

348. En efecto, esta última consecuencia no sólo se infiere de aquellas premisas, sino que se lee expresamente en el capítulo XII de Daniel, versículo 7: *cuando fuere cumplida la dispersión de la congregación del pueblo santo, serán cumplidas todas estas cosas*. Después que el ángel *que vestido de ropas de lino* reveló a este Profeta muchos y grandes misterios contenidos en todo el largo capítulo antecedente, en especial lo que debía suceder al pueblo de Israel en los últimos tiempos; pues a esto sólo le dice que viene determinadamente: *he venido a mostrarte las cosas que han de acontecer a tu pueblo en los últimos días, porque la visión es aún para días*; después de todo esto, preguntando el mismo Profeta: *¿cuándo se cumplirán estas maravillas?*, le respondió al punto levantando las manos al cielo, y jurando *por el que siempre vive diciendo, que en tiempo, y tiempos, y mitad de tiempo*.. Y concluye inmediatamente su respuesta, o la explica y aclara diciendo que todas aquellas cosas de que acaba de hablar, tendrán su perfecto cumplimiento cuando se complete o concluya enteramente la dispersión del pueblo santo hecha por la mano de Dios. Estas palabras combinadas con aquellas otras del capítulo X: *he venido a mostrarte las cosas que han de acontecer a tu pueblo en los últimos días, porque la visión es aún para días*, parecen la verdadera llave de todos los misterios del capítulo XI y XII de este Profeta, los cuales misterios se verificarán y entenderán perfectamente, cuando se acaben los trabajos de los hijos de Israel, y cuando tenga fin su destierro, su dispersión y cautiverio. De un modo semejante podemos discurrir en lo que toca a las amenazas terribles que se leen en las Santas Escrituras contra Babilonia, como veremos más adelante.

Sumario de la historia de los hijos de Israel, desde el principio de su destierro y dispersión, hasta la época presente.

Párrafo III

349. Ciento veinte y dos años después que las diez tribus, que componían el reino de Israel o de Samaria, salieron desterradas de su Dios, y fueron llevadas cautivas a la Asiria por Salmanasar, rey de Nínive, las dos tribus que restaban y componían el reino de Judá, fueron del mismo modo, y por las mismas causas desterradas y conducidas a Babilonia por Nabucodonosor. Esta transmigración se concluyó perfectamente once años después, cuando el mismo Nabuco irritado por la rebelión de Sedecías, tío del último rey (a quien había fiado la regencia del reino y honrado con el título de rey) volvió con más furor contra Jerusalén; y habiéndola saqueado y arruinado enteramente y ejecutado casi lo mismo con todas las ciudades de Judea, se llevó consigo a sus habitantes, no dejando en toda la tierra sino algunos pocos de *la plebe de los pobres, que absolutamente no tenían cosa alguna*; los cuales no dándose por seguros, no tardaron mucho en desterrarse a sí mismos, huyendo a Egipto.

350. Cumplidos los 70 años que había predicho Jeremías, capítulo XXIX, el rey Ciro que por muerte de Darío acababa de sentarse en el trono del imperio, movido e inspirado de Dios (como él mismo lo dice en su edicto público, y como lo había anunciado Isaías capítulo XLV, llamando a este príncipe con su propio nombre Ciro, doscientos años antes) concedió licencia a los judíos que quisieran, y aun los exhortó a volver a Jerusalén, y a edificar de nuevo el templo del verdadero Dios, mandando que se les restituyesen los vasos sagrados que había transportado Nabucodonosor, y se les ayudase con todo lo necesario para el edificio sagrado. Con esta licencia volvieron algunos con Zorobabel, señalado del mismo rey Ciro por conductor de aquella tropa de voluntarios (los cuales todos fueron de la tribu de Judá y Benjamín) con algunos sacerdotes y levitas, como se lee expreso en el libro primero de Esdras, capítulo primero: *levantáronse los príncipes de los padres de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes, y los levitas*. En el capítulo segundo para mayor claridad se dice, que los que volvieron a Jerusalén eran descendientes de aquellos mismos, que había llevado cautivos a Babilonia Nabucodonosor: *que subieron del cautiverio, que había hecho trasladar a Babilonia Nabucodonosor rey de Babilonia, y volvieron a Jerusalén y a Judá*. De las otras diez tribus no se habla jamás una palabra.

351. Aunque las ciudades y provincias de la Media, donde dichas tribus habían sido colocadas, eran en aquel tiempo de la jurisdicción de Ciro, que hacían una parte considerable de su imperio, es cierto que a éstas no se les dio facultad para volver a sus respectivos países; ya porque estos países estaban ocupados por otras naciones que el mismo Salmanasar había enviado en lugar de Israel, como se dice en el libro 4 de los reyes, capítulo XVII, versículo 24; ya porque la intención de Ciro sólo miraba al templo del verdadero Dios. Así se ve que su edicto o cédula real habla solamente de la reedificación del templo del Dios del cielo, que estaba antes en Jerusalén, y del culto del mismo Dios. Por consiguiente sólo habla con los judíos y sacerdocio a quienes esto pertenecía. *Esto dice Ciro rey de los Persas: (dice el edicto) Todos los reinos de la tierra me los ha dado el Señor Dios del cielo, y él mismo me ha mandado que le edificase casa en Jerusalén... Y todos los varones que hubieren quedado en todos los lugares donde moran, desde el lugar donde están, ayúdenle con plata y oro, y hacienda y bestias, sin contar lo que voluntariamente ofrecen al templo del Dios que está en Jerusalén.*

352. Después de muchos años (que según me parece, no pudieron ser menos de sesenta) el año séptimo de Artajerjes, volvió de Babilonia a Jerusalén, acompañado de seiscientas personas el santo y sabio sacerdote Esdras, enviado del mismo rey como de visitador de sus hermanos, para que viese si éstos observaban fielmente las leyes de su Dios, y las leyes regias, para hacer observar ambas leyes con toda perfección y puntualidad, y para que como hombre lleno de sabiduría, de celo y de piedad, instruyese libremente y sin embarazo alguno a los ignorantes. *Y tú, Esdras (le dice el rey) según la sabiduría de tu Dios, que hay en tu mano, establece jueces, y presidentes para que juzguen a todo el pueblo, que está de la otra parte del río, conviene a saber, a los que tienen noticia de la ley de tu Dios, y a los que la ignoran enseñadla libremente. Y todo el que no cumpliera exactamente la ley de tu Dios, y la ley del rey, será condenado, o a muerte, o a destierro, o a una multa sobre sus bienes, o a lo menos a cárcel.* A los 13 años después de Esdras, el año 20 del mismo Artajerjes, Nehemías, que era su copero y favorito, consiguió licencia del rey para ir a Jerusalén, llevando facultad amplia (que hasta entonces no se había dado a los judíos) para edificar de nuevo la ciudad, y ceñirla de muros en toda forma, como lo hizo, no sin grandes oposiciones de todas las naciones circunvecinas; como se puede ver en el libro del mismo Nehemías, que llamamos el segundo de Esdras.

353. Ahora, es cierto por la misma Escritura que los que volvieron de Babilonia a Jerusalén, en estas tres partidas, apenas hicieron la suma de cuarenta y dos mil y seiscientos, que es lo mismo que decir, sólo fueron una parte no muy considerable de las tribus de Judá y Benjamín (las cuales pocos años antes de la cautividad, en tiempo del rey Josafat, podían dar un millón ciento y setenta mil soldados, que estaban alistados y prontos bajo cinco capitanes generales, exentos los que guardaban los presidios, como se dice expresamente en el libro segundo del Paralipómenos capítulo XVII); por consiguiente, los más individuos de Judá y Benjamín se quedaron en su destierro, o porque no pudieron venir, o porque no quisieron, mirando con indiferencia la tierra de sus padres y el culto de su Dios. Todas estas noticias ciertas y seguras nos deben servir para conocer, o para advertir una verdad importantísima en el asunto que tratamos, es a saber: que los judíos que volvieron en aquellos tiempos de Babilonia a Judea, no volvieron más libres que los que quedaron, ni vivieron más libres en la tierra de sus padres, que lo que habían vivido en la Caldea. Salieron de Babilonia con licencia del príncipe, mas no salieron de la servidumbre de Babilonia. Mudaron de terreno, mas no mudaron de condición, casi del mismo modo que si hubiesen pasado de una provincia a otra del mismo imperio. De esto se lamentaban ellos mismos, más de 70 años después de haber salido de Babilonia, cuando congregados en Jerusalén por Nehemías y Esdras, a celebrar las fiestas de los tabernáculos, y oír la lectura de la ley, prorrumpieron un día en un amargo llanto, a que se siguió una fervorosa oración, y entre otras cosas le decían al Señor estas palabras: *He aquí que nosotros mismos hoy somos esclavos; y la tierra, que diste a nuestros padres para que comiesen su pan, y los bienes que produce, y nosotros mismos somos en ella esclavos. Y sus frutos se multiplican para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados, y tienen dominio sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestras bestias, a su voluntad, y estamos en grande tribulación.*

354. ¡Qué buena libertad! ¡Qué república tan digna de este nombre! Éste es, amigo mío, el título ilustre con que honran los doctores cristianos comúnmente a los judíos que volvieron de Babilonia con Zorobabel, Esdras y Nehemías. La razón que tienen para darle el nombre de república es tan clara, que la puede ver el más corto de vista. En suma, les es preciso suavizar un poco del mejor modo posible la interpretación (durísima a la verdad) de tantas y tan claras, y tan magníficas profecías, que hablan de la vuelta de todos los hijos de Israel a la tierra de promisión, de donde fueron desterrados, como si estas magníficas profecías se hubiesen ya cumplido en aquellos pocos esclavos, que sin dejar de serlo volvieron a la Judea.

355. Después de edificado el templo y la ciudad; después que se establecieron, los que volvieron, en Judea, que verosímilmente hallaron desierta, pues no se dice que los reyes de Babilonia enviasen alguna otra nación para que la poblase, como se dice respecto de las tierras que ocupaban las otras diez tribus; después de todo esto, hasta las revoluciones causadas por Alejandro, parece evidente e innegable, que así Jerusalén como toda la Judea quedaron como antes sin novedad alguna, en cuanto a la sujeción y dependencia total del imperio de Babilonia. Ni se sabe que los habitantes de Judea tuviesen otra exención, respecto de los habitantes de la Caldea, Media o Persia, etc., sino la facultad que le dieron Ciro, Darío, y Artajerjes de poder dar a su Dios un culto público en Jerusalén, y vivir según las leyes que habían recibido del mismo Dios; sin dejar por eso de observar puntualmente las leves regias: *Y todo el que no cumpliera exactamente la ley de tu Dios* (le dice el rey a Esdras), *y la ley del rey, será condenado o a muerte, o a destierro, etc.*

356. El príncipe Zorobabel era, no sólo de la casa y familia de David, sino nieto por línea recta del último rey de Judá (digo último, porque Sedecías, que reinó últimamente no tenía derecho alguno a la corona, sino que fue puesto con violencia por Nabucodonosor); mas Zorobabel tenía derecho legítimo por ser hijo legítimo primogénito de Salatiel, el cual lo había sido de Jeconías o Joaquín, que fue llevado a Babilonia y encerrado en ella hasta que subió al trono Evilmerodach. Con todo eso, ni Zorobabel ni los que con él fueron, pensaron jamás en tal reino ni en tal corona; ni se sabe que tuviese entre ellos más mando ni más autoridad que la que le había dado Ciro sumamente escasa, limitada a sola la reedificación del templo, y también la que le daba el respeto y cortesía de los que sabían quién era.

257. Después que el imperio de Caldeo o Persia (que es lo mismo) fundado por Nabucodonosor, y acrecentado por sus sucesores, fue enteramente destruido por los griegos, que se apoderaron de él, lo dividieron en varias piezas, y lo hicieron mudar enteramente de semblante; no por eso quedaron libres los judíos que habitaban en Jerusalén y Judea; no por eso pensaron poner en el trono algún descendiente de David; no por eso pensaron en alzarse en república libre; ni aun siquiera en negar su tributo y vasallaje a los nuevos amos. Siempre fueron siervos y súbditos de los príncipes griegos, ya de éste, ya del otro, según el partido dominante. Estos príncipes, así como mandaban y disponían de todo en las otras provincias de su imperio, así disponían también en Jerusalén y Judea, metiendo la mano aun en lo más sagrado; pues se sabe por los dos libros de los Macabeos, que quitaban y ponían a su arbitrio el sumo Sacerdote, y se

apoderaban de los tesoros del templo, destinados para el culto divino, y para el sustento de los pobres.

358. La única novedad de consideración que hubo en aquellos tiempos, fue la que ocasionó la impiedad o imprudencia de uno de estos reyes, a quien llama la divina Escritura *una raíz pecadora, Antioco el ilustre*. Este rey inicuo e insensato, habiendo salido mal de su expedición contra el Egipto, pensó consolarse de algún modo, convirtiendo toda su rabia y furor contra los judíos. Así, sin otro motivo que una leve sospecha de su infidelidad, se fue derecho a Jerusalén con todas sus tropas, se apoderó de ella sin oposición, la saqueó, la incendió, la destruyó casi enteramente, derramó la sangre inocente de ochenta mil personas, vendió otros tantos por esclavos, hizo cesar *el sacrificio continuo*, despojó el templo de Dios de todos sus ornamentos y riquezas, lo profanó con la profanación y más sacrílega; ya colocando en él la estatua de Júpiter Olímpico, ya permitiendo en él aquellos excesos que disuenan y causan horror aun a los oídos menos castos. *Porque el templo* (dice la Escritura) *estaba lleno de lascivias y glotonerías propias de gentiles, y de hombres, que pecaban con ramerías*; y sobre todo, como si esto fuera poco, pretendió también con empeño, que todos los judíos se hiciesen gentiles, y renunciasen a su Dios y a su religión, que adorasen a los dioses de palo y de piedra que adoraban las otras naciones, y se acomodasen enteramente a sus costumbres y modo de vivir; y todo esto pena de muerte. Pero Dios, que velaba sobre la conservación de su Iglesia, al mismo tiempo que castigaba sus pecados, permitiendo tan graves males *para corregirnos y enmendarnos*, hizo en esta ocasión una clarísima ostentación de su grandeza. Excitó su espíritu en una familia sacerdotal; la vistió de la virtud de lo alto; la armó de celo y de coraje sagrado; y por medio de esta familia hizo con pocos hombres tantos prodigios, cuantos se leen con asombro en los dos libros de los Macabeos. Pasado este intervalo, que no fue muy largo, ni muy feliz, pues todo él estuvo siempre lleno de guerras, de inquietud y de turbación, y habiendo triunfado la verdadera religión de tantas y tan graves oposiciones, lo demás prosiguió como antes con poquísima o ninguna novedad en la sustancia. Los habitantes de Jerusalén y de Judea, no menos que las naciones circunvecinas, prosiguieron sirviendo como vasallos y súbditos del imperio de los griegos, pagando sus tributos y sufriendo su dominación, hasta que los romanos se hicieron dueños absolutos de todo el oriente, como se habían hecho de todo el occidente.

359. En este estado estaban las cosas cuando vino el Mesías, el cual lejos de sacarlos de aquella servidumbre en que estaban quinientos años había desde Nabucodonosor, les declaró por el contrario en términos formales, que debían pagar al César lo que era del César, como a Dios lo que era de Dios, y él mismo pagó su tributo. Poco después, estando cerca de Jerusalén, donde iba a padecer, se declaró más con sus discípulos y amigos que lo seguían, y que iban en la persuasión de *que luego se manifestaría el reino de Dios*; se declaró, digo, con aquella parábola admirable y clarísima, que se lee en el capítulo XIX del Evangelio de San Lucas: *Un hombre noble fue a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse*. Con lo cual les dio bien claro a conocer, que lo que ellos pensaban y esperaban, aunque expreso en las Escrituras, estaba todavía muy lejos. Que primero se debían cumplir otras muchas Escrituras, igualmente claras y expresas, que hablaban de su pasión, de su muerte y de todas sus consecuencias: *Mas primero es menester, que él padezca mucho, y que sea reprobado de esta generación*.

360. Finalmente, muerto el Mesías, glorificado y resucitado, no por esto se acabó, ni mitigó la servidumbre y cautividad de los hijos de Israel; antes ésta se agravó más, y se hizo más dura sin comparación en castigo de haber reprobado a su Mesías, como lo anunciaban las Escrituras, y como el mismo Señor lo había predicho pocos días antes de su pasión: *Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas, que están escritas... Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, etc.* En efecto, pocos años después de la muerte del Mesías, fueron otra vez arrojados de Jerusalén y de Judea, por los Romanos; el templo y la ciudad fueron destruidos *desde los cimientos*; y su cautiverio, y su servidumbre, sus angustias, sus tribulaciones, no sólo siguieron como antes; sino que crecieron y se agravaron notablemente, y después acá no han dejado de crecer, y a tiempos agravarse más en todas las naciones.

361. Mas esta cautividad presente, esta servidumbre en que ve todo el mundo a los judíos después de la destrucción de Jerusalén por los romanos, no puede llamarse con propiedad una cautividad y servidumbre nueva, aunque se considerasen solamente los que entonces habitaban en la Judea, que era una parte bien pequeña respecto de la que en aquel tiempo se llamaba dispersión de las doce tribus; aun hablando, digo, de estos solos, parece cierto que los romanos no hicieron otra cosa en la realidad, sino revocar la licencia que les había dado el rey Ciro, Darío, y Artajerjes, para edificar el templo de su Dios, y vivir en Jerusalén y en Judea. Así como Dios movió el corazón de estos príncipes para que concediesen aquella licencia, así movió después el corazón a Vespasiano y Tito, y mucho más a Adriano para que la revocasen del todo, confirmando, el primer decreto de Nabuco, y haciéndolo ejecutar sin misericordia.

362. Aquella licencia de Ciro, anunciada por el Espíritu Santo doscientos años antes había sido sin duda conveniente y aun necesaria; ya para que se diese a Dios vivo el culto debido en su santo templo; ya para que no se pervirtiese el pueblo de Dios entre la idolatría e iniquidades de Babilonia; ya también y principalmente para que pudiese haber a su tiempo en la tierra santa un cuerpo considerable de la nación y del sacerdocio, el cual, o recibiese al Mesías que estaba ya cerca, o le reprobase y pusiese en una cruz, pues uno y otro extremo se debía dejar en su libertad.

Se confrontan estas noticias con las profecías.

Párrafo IV

363. Lo que acabamos de decir sumariamente tocante, a los sucesos principales de los hijos de Israel, desde el principio de su destierro, dispersión y cautiverio, hasta la presente, nos parece que es la pura verdad. No se halla a lo menos otra idea ni en la Historia sagrada, ni tampoco en la profana. Las diez tribus que fueron llevadas a Asiria y Media por Salmanasar, rey de Nínive, es ciertísimo a quien quiera mirarlo, que hasta ahora no han vuelto de su destierro; y si no dígase cuándo; y no obstante, las profecías anuncian y aseguran clarísimamente que han de volver. Las otras dos tribus de Judá y Benjamín, que fueron del mismo modo llevadas cautivas a Babilonia por Nabucodonosor, volvieron es verdad a Jerusalén y Judea (no todos sus individuos, sino una parte bien

pequeña respecto del todo); más aún estos pocos que quedaron, volvieron tan cautivos como habían ido; vivieron en Jerusalén y Judea, en la misma opresión y servidumbre en que quedaban en Babilonia y Caldea, los que no volvieron. En suma, no volvieron de Babilonia, ni vivieron en Jerusalén y Judea, como anuncian las profecías.

364. Esto último es tan claro, que para convencerse basta una simple lección de las Escrituras. Y para acabar de convencerse plenamente, sin que quede duda ni sospecha de lo contrario, basta leer con algún examen lo que sobre estas cosas nos dicen los doctores. Después de un sumo empeño, diligencia, estudio y meditación, como hombres llenos de ciencia, de erudición y de ingenio, al fin se ven en la necesidad inevitable de confesar, algunos expresamente y todos implícitamente, que es una empresa no sólo difícil, sino imposible al ingenio humano, el acomodar o verificar las profecías en la vuelta de Babilonia, que sucedió en tiempo de Ciro. Si esto fuese posible de algún modo, con esto sólo quedaba ahorrado todo el trabajo. No había necesidad en este caso de dejar el sentido obvio y literal, y acogerse a cada paso a aquellos recursos fríos, y a la verdad mal seguros, de que tantas veces hemos hablado.

365. Porque la confrontación de las profecías con la historia es un punto de suma importancia en el asunto que tratamos; aunque ya quedan notadas muchas de estas cosas en todo el fenómeno de los judíos, especialmente en el aspecto II, párrafo IV, todavía me parece necesario apuntar en breve, y poner a la vista algunas de estas profecías, para que teniéndolas presentes, se empiece a ver con los ojos, y se prosiga viendo con la lección de las demás, la distancia suma y la desproporción infinita que hay entre ellas, y la vuelta de la antigua Babilonia.

366. Primeramente, en Isaías se dice, que Dios congregará a los prófugos de Israel, y a los dispersos de Judá de todas las cuatro plagas de la tierra; que congregados éstos en sus propias tierras, serán señores de aquellos mismos de quienes habían sido esclavos; que el Señor les dará entonces descanso de sus trabajos, de su opresión, y de aquella servidumbre en que han estado por tantos siglos; que no se oirá ya entre ellos el nombre de exactor, ni de tributo; que dirán entonces llenos de regocijo: *¿Cómo cesó el exactor, se acabó el tributo? Quebró el Señor el báculo de los impíos, la vara de los que dominaban;* que quebrantada, y hecha mil pedazos esta vara de la dominación de los hombres, toda la tierra quedará quieta y en silencio, y al mismo tiempo, llena de gozo y exultación; que en aquel día en fin, el Señor quitará del cuello y de los hombros de Israel aquel yugo y aquella carga tan pesada que ha llevado en su largo cautiverio.

367. En Jeremías se dice que Dios congregará las reliquias de su grey de todas las tierras donde estuvieren dispersas, y las conducirá con su brazo omnipotente, *a sus campos;* que allí crecerán y multiplicarán en paz y quietud, sin miedo ni pavor de las malas bestias; tanto que ninguno faltará ni se echará menos en la cuenta; y en los capítulos XXXII, XXXIII, y XXXIV, se dice que Dios congregará a todos los hijos de Israel de todas las naciones, tierras y lugares a donde los arrojó en medio de su furor, de su ira, de su indignación grande y justísima, y los reducirá otra vez a su propia tierra, donde habitarán *confiadamente;* que serán entonces su pueblo; que les dará a todos *un corazón, y una alma;* que celebrará con ellos un pacto sempiterno; que en adelante no

dejará jamás de beneficiarlos; que se gozará en sus beneficios, y no tendrá por qué arrepentirse de haberlos hecho; que les infundirá en sus corazones su santo temor, para que ya no ofendan a su Dios, ni se aparten de él; que sanará sus heridas, y cerrará del todo las cicatrices; que perdonará sus pecados e iniquidades, y echará en perpetuo olvido todo lo pasado; que todas las gentes que oyeren, o supieren los bienes innumerables y estupendos que les ha de dar, *se asombrarán, y se turbarán por todos los bienes, y por toda la paz, que yo* (dice el Señor) *les haré a ellos*; que, en fin, los plantará de nuevo en la tierra misma que prometió a sus padres, y esto con todo su corazón y con toda su alma: *pondré mis ojos sobre ellos para aplacarme, y los volveré a traer a esta tierra; y los edificaré, y no los destruiré; y los plantaré y no los arrancaré*; que en aquellos tiempos ya no dirán: *Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; Sino. Vive el señor, que sacó, y trajo el linaje de la casa de Israel de tierra del Norte, y de todas las tierras a las cuales los había... echado allá; y habitarán en su tierra*; porque vendrá tiempo, dice el Señor, en el cual *levantaré para David un pimpollo justo; y reinará rey, que será sabio; y hará el juicio y la justicia en la tierra. En aquellos días, prosigue inmediatamente, se salvará Judá, e Israel habitará confiadamente; y éste es el nombre, que le llamarán, el Señor nuestro justo*; y para decirlo todo en una palabra: en el capítulo I, versículo 4, se lee: *En aquellos días, y en aquel tiempo, dice el Señor: vendrán los hijos de Israel, ellos, y juntamente los hijos de Judá... Vendrán, y se agregarán al Señor con una eterna alianza, que ningún olvido la borrará... y más abajo versículo 20: En aquellos días, y en aquel tiempo, dice el Señor: será buscada la maldad de Israel, y no existirá; y el pecado de Judá, y no será hallado.*

368. En Baruc se dice, que los cautivos que salieron de su tierra con ignominia, *a pie llevados por los enemigos*, volverán de oriente y occidente conducidos con honor como hijos del reino: *mas el Señor te los traerá* (a Jerusalén) *levantados con honra como hijos del reino*; lo cual concuerda perfectamente con lo que se lee en Isaías: que los árboles les harán sombra *por mandamiento de Dios*; que el Señor los traerá *en la lumbre de su majestad, con la misericordia, y con la justicia, que viene de él*; que su justicia, santidad y fidelidad a su Dios, será entonces diez veces mayor de lo que había sido su iniquidad; que en fin, los revocará a la tierra que prometió con juramento a sus padres Abrahán, Isaac y Jacob; y esto ya bajo otro testimonio firme y sempiterno, y que no los volverá otra vez a mover de la tierra que les dio: *los volveré a la tierra, que juré a los padres de ellos, Abrahán, Isaac, y Jacob... Y asentaré con ellos otra alianza sempiterna, para que yo les sea a ellos Dios, y ellos a mí me sean pueblo; y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel, de la tierra que les di.*

369. En Ezequiel se dice que Dios congregará los dispersos de Israel de todas las tierras donde se hallaren, y les dará su propia tierra; que entonces dará a todos un corazón y un espíritu nuevo, quitándoles el corazón de piedra, y dándoles corazón de carne; que romperá y hará pedazos su yugo y sus cadenas, librándolos enteramente *de la mano de los que los dominan*, y que en adelante habitarán en su tierra *confiados sin ningún espanto... ni llevarán más el oprobio de las gentes*; que derramará sobre ellos una agua pura y limpia, con que los lavará de todas sus iniquidades pasadas. En suma, en el capítulo XXXVII, versículo 21, se leen estas palabras: *He aquí yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde fueron; y los recogeré de todas partes, y los*

conduciré a su tierra. Y los haré una nación sola en la tierra en los montes de Israel, y será solo un rey que los mande a todos... Y mi siervo David será rey sobre ellos, etc.

370. En Oseas se dice que los hijos de Judá y de Israel, que antes eran dos reinos enemigos entre sí, se congregarán después de su destierro y se unirán otra vez, como lo estuvieron en tiempo de David, y Salomón, y que entonces *se elegirán una sola cabeza, y subirán de la tierra; pues grande es el día de Jezrael*. La interpretación que se da comúnmente a este texto de Oseas, es verdaderamente curiosa, y por eso digna de alguna atención. *Se congregarán en uno los hijos de Judá, y los hijos de Israel*. Los hijos de Judá y de Israel (nos dicen) significan aquí los judíos y los gentiles que creyeron por la predicación de los apóstoles. Unos y otros, y prosigue la explicación, reconocieron de común acuerdo a Jesucristo, por hijo de David e Hijo de Dios; por consiguiente lo miraron como a su cabeza, como a su Señor, como a su verdadero y legítimo rey. Unos y otros se levantarán de la tierra, esto es, de los pensamientos, afectos y deseos terrenos, porque será grande el día de Jezrael. ¿Qué querrá decirnos este Profeta con estas cuatro palabras? ¿Qué día de Jezrael será éste? El día de Jezrael (concluye la explicación) no quiere decir otra cosa, sino el día de la muerte de Cristo, el día de su resurrección, el de su ascensión a los cielos, el día de la venida del Espíritu Santo, etc. Todos estos días sagrados vienen aquí significados por el día de Jezrael: *pues grande es el día de Jezrael*.

371. Ahora bien, ¿y toda esta explicación, se puede aquí preguntar, sobre qué fundamento estriba? ¿Con qué razón se asegura, que los hijos de Judá significan en general los judíos creyentes y los hijos de Israel los gentiles? ¿Con qué razón se asegura, que el día grande de Jezrael, de que habla el Profeta, son aquellos cuatro días de la muerte, resurrección, ascensión de Cristo, y venida del Espíritu Santo? ¿Acaso porque esto se sabe y se cree, y lo otro, o no se quiere creer, o no se quiere que se sepa?

372. Oíd ahora otra explicación sencilla, sí, pero bien fundada y por eso clara y natural. Los hijos de Judá, y los hijos de Israel, no sólo significan, sino que son real y verdaderamente los que se llaman así en toda la Escritura, esto es, los reinos diversos, y siempre enemigos de Israel y Judá. El primero, que comprendía diez tribus, y cuya capital era Samaria. El segundo, que comprendía solas dos, y cuya capital era Jerusalén. Estos reinos que antes de la cautividad no sólo eran dos reinos diversos sino dos enemigos, llegará tiempo, dice el Profeta, en que se unan entre sí, y formen un solo reino bajo una sola cabeza, o de un solo rey, descendiente de David (que es lo mismo que acaba de decirnos Ezequiel); entonces, prosigue, se levantarán ambos de la tierra donde han estado como muertos y sepultados; el uno desde Salmanasar, el otro desde Nabucodonosor, y *subirán de la tierra*.

373. Este gran milagro, concluye el profeta, sucederá en el mundo infaliblemente, porque el día de Jezrael será grande. Estas últimas palabras, aunque a primera vista no ofrecen otra cosa que la misma oscuridad; mas si queréis tomar el pequeño trabajo de leer el capítulo VII del libro de los Jueces, con esto solo creo firmemente quedaréis del todo satisfecho. Allí leeréis con admiración, y con no pequeña diversión, lo que sucedió antiguamente en el gran valle de Jezrael, a donde clara y visiblemente alude Oseas. Leeréis, digo, la célebre batalla, o por mejor decir, el horrible destrozo que hizo Gedeón

en el ejército innumerable y formidable de Madianitas, Amalecitas, y otras naciones orientales, que como langostas venían a desolar la tierra; los cuales todos estaban acampados y cubrían el gran valle de Jezrael. A este ejército formidable, en su mismo campo acometió Gedeón por orden de Dios con solos 300 soldados, todos ellos tan bien armados, que ninguno de ellos llevaba espada, ni lanza, ni alguna otra arma ofensiva, ni aun defensiva. En lugar de armas llevaba cada uno una trompeta en la mano diestra, y en la siniestra una hidria o vaso de tierra, que escondía dentro una lámpara encendida. Dada la señal, debían todos romper los vasos, chocándolos mutuamente cada uno con el que tenía a su lado, con lo cual, apareciendo las luces, debían todos a un mismo tiempo sonar sus trompetas y correr al rededor del campo. No fue menester otra diligencia de parte de Gedeón, y de sus fieles compañeros; lo demás lo hizo Dios: *Y el Señor hizo que tirasen de la espada en todo el campo, y se mataban unos a otros, etc.*

374. Todo esto, vuelvo a decir, sucedió en el valle de Jezrael, y este suceso tan memorable toma aquí este Profeta como por recuerdo, señal o parábola de lo que debe suceder cuando llegue el día del Señor, o la revelación de Jesucristo que es lo mismo; del cual día nos hablan tanto y de tantas maneras todas las Escrituras. A esta misma expedición de Gedeón en el valle de Jezrael alude claramente Isaías, hablando de la venida del Señor en gloria y majestad, cuando dice: *He aquí que el Dominador Señor de los ejércitos quebrará la cantarilla con espanto, y los altos de estatura serán cortados, y los sublimes abatidos.* A esto alude David en muchísimos salmos, en especial el CIX, cuando le dice al Mesías su hijo: *El Señor está a tu derecha, quebrantó a los reyes en el día de su ira. Juzgará a las naciones, multiplicará las ruinas; castigará cabezas en tierra de muchos.* A esto alude el mismo Isaías, cuando dice en el capítulo XIV: *Quebró el Señor el báculo de los impíos, la vara de los que dominaban.* A esto alude todo el cántico de Habacuc, en especial versículo 12 (en el que dice): *Con estruendo hollarás la tierra, y espantarás con furor las gentes. Saliste para salud de tu pueblo, para salud con tu Cristo... Maldijiste sus cetros, a la cabeza de sus guerreros, que venían como un torbellino para destrozarme.* A esto alude en sustancia la caída de la piedra sobre los pies de la estatua; y a esto alude todo el capítulo XIX del Apocalipsis. Con esta idea, volved a leer el texto de Oseas, y me parece que lo entenderéis sin dificultad: *se congregarán en uno los hijos de Judá, y los hijos de Israel; y se elegirán una sola cabeza, y subirán de la tierra, pues grande es el día de Jezrahel.* Excusad la digresión, y volvamos a tomar el hilo que dejamos suelto.

375. En Joel se dice, hablando con todo Israel en general: *os recompensaré los años, que comió la langosta, el pulgón, y la roya, y la oruga; mi ejército terrible, que yo envié contra vosotros.* Los cuales años no son otros, sino aquellos mismos que les anuncia el mismo Profeta en el capítulo antecedente, versículo 4, por estas palabras: *Lo que dejó la oruga, comió la langosta, y lo que dejó la langosta, comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón comió la roya* Y estos años o tiempos de tribulación y calamidades, significados por estas expresiones tan naturales y tan vivas, es cierto que hasta ahora no se los ha vuelto el Señor como aquí se los promete.

376. En Amós se dice, capítulo IX: *los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra, que les di, dice el Señor.* En Abdías se dice, versículo 17: *la casa*

de Jacob poseerá a los que la habían poseído. En Miqueas se dice: Según los días de tu salida de la tierra de Egipto, le haré ver maravillas. Lo verán las gentes, y serán confundidas con todo su poder... al Señor Dios nuestro respetarán, y te temerán. En Sofonías se dice: Las reliquias de Israel no harán injusticia, ni hablarán mentira, y no será hallada en la boca de ellos lengua engañosa; y hablando con la madre Sión, le dice, versículo 19: He aquí yo mataré a todos aquellos, que te afligieron en aquel tiempo; y salvaré a la que cojeaba; y recogeré aquella que había sido desechada; y los pondré por loor, y por renombre en toda la tierra de la confusión de ellos. Finalmente, en Zacarías, que profetizó después de la vuelta de Babilonia, se dice, capítulo XIV, versículo 11: morarán en ella, y no será más anatema, sino que reposará Jerusalén sin recelo. De estas cosas hallaréis a cada paso en los Profetas todos, empezando desde Moisés.

377. Ahora, decidme, amigo, con sinceridad y verdad, ¿qué os parece de estas profecías? Supongamos por un momento que no hubiese otras en toda la Escritura divina, sino estas pocas que aquí hemos apuntado. Aun hablando de estas solas, ¿será posible verificarlas en aquellos pocos esclavos que volvieron, con licencia de Ciro, de Babilonia a la Judea? Reflexionad, señor mío, este punto capital con toda vuestra atención y con todo vuestro juicio. Yo esperaré con paciencia vuestra respuesta. Entre tanto debéis contentaros de que yo saque como legítimas y forzosas aquellas consecuencias, que me quedaron suspensas en el párrafo II.

378. Primera: luego la cautividad y destierro y dispersión de los hijos de Israel, de que hablan las profecías, no puede ser la que padecieron solas dos tribus en tiempo de Nabucodonosor. Segunda: luego la vuelta de la cautividad, destierro y dispersión de los hijos de Israel de que hablan las profecías, no puede ser la vuelta de algunos individuos de solas dos tribus, que sucedió en tiempo de Ciro, y con su licencia y beneplácito; mucho más cuando dichas profecías no nombran a Babilonia, sino que sólo dicen en general, que volverán *de todas las tierras, de Oriente y Occidente, de las cuatro plagas de la tierra, etc.* Tercera consecuencia: luego esta vuelta y todas las cosas, así generales como particulares que se dicen de ella, no se han verificado hasta ahora. Cuarta: en fin, luego una de tres, o los profetas erraron, o Dios no es veraz, o todas se han de verificar en algún tiempo, ni más ni menos como están escritas. Yo suscribo a esto tercero, y dejo lo primero y la segundo a quien lo quisiere.

Amenazas contra Babilonia.

Párrafo V

379. Lo que hasta aquí hemos dicho de los cautivos de Babilonia podemos decir de Babilonia misma. Las profecías que hay contra ella son tan terribles, tan admirables, tan enfáticas, y según parece, tan ejecutivas, que por eso mismo es claro e innegable, que no se han cumplido hasta la presente las que hay en favor de los cautivos. Yo me imagino (y me sujeto en esto de buena fe al examen y juicio de los sabios) que la Babilonia contra quien hablan directa e inmediatamente los Profetas, es una Babilonia más general que particular, quiero decir, así como los cautivos, en cuyo favor se habla tanto y de tantas maneras, no pueden limitarse de modo alguno a aquellos solos que llevó a Babilonia

Nabucodonosor, y que volvieron a la Judea con licencia de Ciro, como acabamos de probar; así la Babilonia contra quien se habla, tampoco puede limitarse] a aquella sola e individua Babilonia, que fue otros tiempos la capital del primer imperio del mundo. Parece que los Profetas de Dios no hicieron otra cosa, que tocar lo uno y lo otro de paso, como un correo, que llegando a una ciudad intermedia, deja en ella algunas órdenes del príncipe, que le pertenecen inmediatamente; mas no para, ni se detiene en ella, sino que al punto pasa adelante hasta el fin y término de su misión. De este modo parece que lo hicieron los Profetas de Dios. No pudiendo parar como en término último, ni en aquellos cautivos de Babilonia, ni tampoco en aquella Babilonia, como que no eran el objeto primario y directo de su misión, aunque tocaron lo uno y lo otro; mas no se detuvieron mucho; pasaron por ambas cosas como por objetos intermedios, hasta dejar enteramente destruida a Babilonia (con toda la extensión de esta palabra) y sus hermanos en plena y perfecta libertad.

380. El carácter propio del profeta Isaías, es andarse casi siempre por las cosas últimas, como que eran éstas su principal ministerio, y su particular vocación: *Con espíritu grande vio los últimos tiempos, y alentó a los que lloraban en Sión*, dice la misma Escritura. Así, se ve este Profeta ocupado casi siempre, desde el principio hasta el fin, en las cosas últimas, sin olvidarse de ellas, aun cuando parece que debían distraerlo tantos otros asuntos de que trata. Con estas cosas últimas consuela frecuentemente a Sión y a sus miserables hijos en las tribulaciones que él mismo les anuncia. De manera que aunque toca muchos puntos pertenecientes al estado en su tiempo del pueblo de Dios, ya reprendiendo, ya amenazando, ya exhortando, ya instruyendo, etc., y siempre con una viveza y elegancia admirable; aunque habla no pocas veces de la primera venida del Mesías, de su vida, de sus virtudes, de su doctrina, de sus tormentos, de su pasión y de su muerte; aunque habla del estado infelicísimo en que quedaría Israel después de la muerte del Mesías, y en consecuencia de haberlo reprobado; aunque habla clara y expresamente de la vocación de las gentes en lugar de Israel, etc.; mas en estos y otros muchos puntos que toca es fácil observar que casi siempre se pasa insensiblemente, y da un vuelo suave hacia donde lo llama su propia vocación, o el espíritu que lo gobernaba, que era lo último.

381. Esto que decimos en general de toda la profecía de Isaías, se hace más notable, y casi se toca con las manos, cuando habla de Babilonia al capítulo XIII. Por ejemplo, le pone por título: *Carga de Babilonia, que vio Isaías*; y todo el capítulo (exceptuados dos o tres versículos cuando más) es absolutamente inacomodable a la antigua Babilonia; todo él se endereza visiblemente a lo último, como puede verlo quien tuviere ojos. Lo mismo sucede con el capítulo XIV en que sigue la misma materia. En todo él dice de Babilonia y de su rey cosas tan grandes, tan extraordinarias y tan nuevas, que es imposible acomodarlos a aquella Babilonia, y a su rey Baltasar. Los expositores más literales, después de haberse fatigado no poco en dicha acomodación, lo confiesan así aunque de paso y en confuso; y muchos son de parecer, que aquí se habla del Anticristo, bajo del rey de Babilonia (y por eso tal vez lo hacen nacer de Babilonia, y empezar a reinar en ella, como dijimos en el fenómeno III, artículo II). La verdad es, que no se habla aquí de cosas ya pasadas, sino de cosas mucho mayores y todavía futuras. Aunque no hubiera otra contraseña que las últimas palabras con que se concluye la profecía, esto solo bastaba

para comprender todo el misterio: *Éste es el consejo* (dice el Señor), *que acordé sobre toda la tierra, y ésta es la mano extendida sobre todas las naciones.* Del capítulo XLVII del mismo Isaías, en que vuelve a hablar de Babilonia, decimos lo mismo y mucho más.

382. Jeremías en sus dos capítulos L y LI hace lo mismo que Isaías, con más difusión y prolijidad. Esto es, pasa por encima de aquella Babilonia de Caldea, descarga sobre ella una tempestad de rayos, le hace saber las órdenes de Dios, que le pertenecen a ella inmediatamente, después de lo cual desembarazado en breve de un interés respectivamente tan pequeño, pasa luego más adelante hasta llegar en espíritu a otra Babilonia, dicha así *por semejanza no por propiedad*, de donde finalmente saca libres a todos los cautivos, así de Judea, como también de Israel; y no sólo libres, sino justos, santos, reconciliados enteramente con su Dios, y restituidos con grandes ventajas al honor y dignidad de pueblo suyo; los planta de nuevo en la tierra prometida a sus padres, y les promete de parte de Dios que ya no volverán otra vez a ser dominados por alguna potestad de la tierra.

383. Para que esto se haga más sensible, hagamos dos o tres observaciones, como por muestra de las que se pudieran hacer.

Primera observación

En el capítulo L, versículo 3 dice así: *Porque subió contra ella* (contra Babilonia) *una nación del Norte, que pondrá su tierra en soledad; y no habrá quien la habite, desde el hombre hasta la bestia; y se movieron, y se fueron, etc.* Si el Profeta habla aquí de la antigua Babilonia Caldea, parece claro que nada de esto se verificó cuando fue contra ella la gente del Aquilón con Darío y Ciro. Esta gente, lejos de destruir a Babilonia, lejos de ponerla a ella y a toda la Caldea en desierto y soledad, no hizo en ella otra mudanza de consideración, que poner en el trono del imperio, en lugar del hijo o nieto de Nabucodonosor, primero a Darío Medo, y después a Ciro Persa. Babilonia después de esta época quedó de corte principal del mismo imperio muchos años, y se mantuvo en pie muchos más sin novedad alguna. Alejandro Magno, que destruyó este primer imperio, doscientos años después de Darío Medo, tampoco destruyó a Babilonia, ni puso su tierra en soledad; antes en ella vivió, y en ella acabó sus días. En tiempo de Antioco, que empezó a reinar *el año ciento y treinta y siete del imperio de los Griegos*, Babilonia era todavía ciudad considerable, donde habitaban cuando les parecía los reyes sucesores de Alejandro; pues expresamente dice la Escritura que no habiendo podido el rey Antioco despojar de sus riquezas el templo y la ciudad de Climaide en Persia: *se retiró con gran pesar, y se volvió a Babilonia.*

Segunda observación

384. El mismo Jeremías, en el mismo lugar citado, prosigue inmediatamente diciendo: *En aquellos días y en aquel tiempo, dice el Señor: vendrán los hijos de Israel, ellos, y juntamente los hijos de Judá; andando y llorando se apresurarán y buscarán al Señor su Dios. Preguntarán el camino para Sión, hacia acá sus rostros. Vendrán, y se agregarán al Señor con una eterna alianza, que ningún olvido la borraré.* Si se habla aquí de la

antigua Babilonia, y de los tiempos en que fue tomada por los Medos y Persas, es cierto cuanto puede caber en la certeza, que *en aquellos días, y en aquel tiempo* nada de esto se verificó. Después que los Medos y Persas se hicieron dueños de Babilonia, volvieron algunos hijos de Judá; mas no volvieron los que en toda la Escritura se llaman hijos de Israel, a contradistinción de los de Judá; no volvieron *ellos, y juntamente los hijos de Judá*. De los que volvieron con licencia de Ciro, tampoco se verificó entonces, ni se ha verificado hasta la presente lo que se sigue: *vendrán, y se agregarán al Señor con una eterna alianza*.

Tercera observación

385. *En aquellos días, y en aquel tiempo, dice el Señor, será buscada la maldad de Israel, y no existirá; y el pecado de Judá, y no será hallado*. En aquellos días, y tiempos de Darío y Ciro, ni en todos los que han pasado hasta la presente, ¿cómo podremos verificar estas palabras? Volved los ojos a todos los tiempos pasados hasta tocar con Ciro y Darío, buscando en todos estos tiempos la iniquidad en Israel, y la hallaréis; buscad el pecado de Judá, y también lo hallaréis; ni será necesaria mucha diligencia, ni mucho estudio para hallar lo que ha estado y está patente a los ojos de todos: *Duros de cerviz, e incircuncisos de corazones y de orejas, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros*; se les dijo con gran verdad más de quinientos años después de Ciro. Con la misma verdad les dijo el Mesías mismo: *Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra, mas el corazón de ellos lejos está de mí, y en otra parte. Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres, mas de dentro estáis llenos de hipocresía, y de iniquidad*.

386. Podrá decirse lo que sobre este texto de Jeremías dicen comúnmente los intérpretes, es a saber, que el Profeta con estas palabras, *maldad de Israel... pecado de Judá*, sólo habla de la idolatría; la cual, dicen, cesó enteramente después de la vuelta de Babilonia. ¿Quién creyera que en una cosa tan clara no había de faltar algún efugio? Mas este efugio, si se mira de cerca, se halla muy semejante a una perspectiva. La apariencia se desvanece al punto, si se da algún lugar a la reflexión. Primeramente, ¿con qué fundamento se asegura en tono decisivo que la iniquidad y pecado de que habla este Profeta es solamente la idolatría? Ciertamente que con ninguno. Estas palabras, *iniquidad y pecado*, no solamente en la Escritura divina, sino en todas las naciones y en todas las lenguas, son y han sido siempre unas palabras universales que comprenden todo mal moral, ya respecto de Dios, ya respecto del prójimo; ¿por qué, pues, ve contraen aquí a sola la idolatría? La idolatría es cierto que es iniquidad y pecado gravísimo, ¿mas todo pecado y toda iniquidad deberá reputarse por idolatría? Lo segundo, expresamente habla el Profeta de Israel y de Judá, como que vuelven juntos a la tierra de sus padres, sin llevar consigo el pecado y la iniquidad que antes los oprimía; y es cierto y claro, que aunque volvió Judá en aquel tiempo sin idolatría, mas Israel no volvió sin idolatría, ni con ella, porque no volvió. Lo tercero, aun hablando solamente de los que volvieron, éstos no estuvieron tan libres de idolatría, que no fueran ídólatras casi todos en tiempo de Antioco; y Judas Macabeo que los persiguió con tanto celo y fervor, no tuvo gran necesidad de encender lámparas y antorchas para encontrarlos; por todas partes se le presentaban. ¿Y

qué diremos del resto de los hijos de Judá? Que no volvieron, sino que quedaron en Babilonia y en toda la Caldea. ¿Qué diremos de los hijos de Israel, o de las diez tribus? Que tampoco volvieron, sino que quedaron dispersos en la Media y en otras provincias del imperio. ¿Sería necesario encender muchas lámparas y linternas, para hallar su iniquidad y su pecado?

387. Síguese de aquí (y de otras mil observaciones que podrían hacerse sobre estas profecías) síguese (digo) que o las profecías se han falsificado, o no tienen por objeto primario y directo la antigua Babilonia de Caldea, sino que en ellas se encierra otro misterio mayor y más general que pide toda nuestra atención. La antigua Babilonia no parece que entra en dichas profecías, sino como una señal, o semejanza, o parábola de todo lo que ha sucedido, y se ha continuado desde Nabuco hasta ahora, y está todavía por concluirse. En efecto, así se lee expreso en Isaías, capítulo XIV, en que hablando con todo Israel en general, y anunciándole la vuelta de su destierro y el fin de sus trabajos, le dice estas palabras: *Y será en aquel día, cuando te diere Dios descanso de tu trabajo, y de tu apremio, y de tu dura servidumbre, en que antes serviste; tomarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo cesó el exactor, se acabó el tributo? Quebró el Señor el báculo de los impíos, la vara de los que dominaban.*

388. Si este texto seriamente considerado se pudiera aplicar, o acomodar de algún modo razonable a la antigua Babilonia y a su rey Baltasar, y a aquellos pocos cautivos, que sin dejar de serlo volvieron con Zorobabel, etc., parece que no hubiera gran dificultad en creer que la palabra *parábola* no tiene aquí otro misterio ni otro significado, que el de cántico elegante y festivo, como pretenden insinuarnos; mas el trabajo es, que no siendo posible lo primero, quedamos en nuestra posesión sobre lo segundo. La palabra, *Parábola*, debe significar aquí lo mismo que en tantas otras partes de la Escritura, esto es, *locución por semejanza, no por propiedad*. Así, este cántico que pone Isaías para cierto tiempo en boca de Israel, sin dejar de ser festivo y elegante, es al mismo tiempo una verdadera parábola; y todo lo que se dice en él, se dice *por semejanza, no por propiedad*. Por consiguiente, el rey de Babilonia y Babilonia misma, se deben mirar como una verdadera similitud, no como propiedad. ¿Con qué propiedad, y con qué verdad pudo Israel decir este cántico en tiempo de Ciro; ni aun siquiera sus primeras palabras que son éstas: *¿Como cesó el exactor, se acabó el tributo?* Si alguno las hubiere dicho, o al salir de Babilonia, o después de estar en Judea, cierto que no hubiera sido creído sobre su palabra; todos lo hubieran desmentido al punto, diciendo con verdad lo que decían en tiempo de Nehemías: *He aquí que nosotros mismos hoy somos esclavos; y la tierra, que diste a nuestros padres para que comiesen su pan, y los bienes que produce, y nosotros mismos somos en ella esclavos. Y sus frutos se multiplican para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados, y tienen dominio sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestras bestias a su voluntad, y estamos en grande tribulación.* Comparad este texto con aquel otro: *¿Cómo cesó el exactor, se acabó el tributo?*, y ved si los podéis concordar en un mismo tiempo y personas.

Se confirma y aclara más este modo de discurrir.

Párrafo VI

389. Para entender bien todas las profecías que hay contra Babilonia, y el fin y término verdadero a donde todas se enderezan, paréceme a mí que basta tomar las llaves en las manos, y abrir las puertas. La misma Escritura nos ofrece estas llaves, con las cuales todo se facilita; sin ellas todo queda obscuro, difícil e inaccesible.

Primera llave

390. El apóstol San Pedro escribiendo desde Roma a todas las iglesias de Asia, concluye su primera epístola por estas palabras: *Os saluda la iglesia, que está en Babilonia*. ¿Qué quiere decir esto? San Pedro ciertamente no escribía desde el Eúfrates, sino desde el Tíber, no desde la Caldea, sino desde Roma. En tiempo de San Pedro, la antigua Babilonia ya no existía, ya estaba casi tan olvidada como lo está ahora, ¿pues de qué Babilonia habla? De Roma misma. Mas, ¿por qué razón le da este nombre a la capital del imperio Romano? Fuera de esto, los cristianos a quienes escribía, debían sin duda estar bien enterados de que Babilonia y Roma no eran dos cosas diversas, sino una misma. Sin esta noticia, la dicha salutación, como de personas incógnitas e inciertas, hubiera sido inútil, y por lo mismo indigna del supremo pastor. Si sabían esto los cristianos, ¿de dónde lo sabían?

391. A esta dificultad responden comúnmente los intérpretes, que el apóstol San Pedro puso Babilonia en lugar de Roma, sólo por precaución, esto es, para no ocasionar sin necesidad, alguna persecución, o contra sí, o contra los cristianos, si esta epístola llegase por algún accidente a manos de los étnicos, y a noticia del emperador. Mas, ¿qué tenían que temer en este caso, ni San Pedro, ni los cristianos? ¿Qué hubieran hallado en ello que reprender, ni por qué perseguir al cristianismo? Antes hubieran hallado mucho que alabar en aquella parte que ellos podían entender, que es la moral, por ejemplo: *Someteos, pues, a toda humana criatura, y esto por Dios, ya sea al rey, como soberano que es, ya a los gobernadores... Porque así es la voluntad de Dios... Honrad a todos, amad la hermandad, temed a Dios, dad honra al rey. Siervos, sed obedientes a los señores con todo temor, no tan solamente a los buenos y moderados, sino aun a los de recia condición... mancebos, obedeced a los ancianos...* ¡No sé yo que algún príncipe o república pueda reprender, o no alabar esta doctrina del sumo pastor de los cristianos!

392. Acaso se dirá, que San Pedro no temía por la moral de su epístola, sino porque en ella habla de Jesucristo, y de la religión cristiana. ¿Y es creíble, digo yo, que San Pedro temiese por esta parte? En la misma epístola exhorta a los cristianos a no temer la persecución que les venga en cuanto cristianos; sino la que puede venirles en cuanto reos y delincuentes: *ninguno de vosotros padezca como homicida o ladrón... Mas si padeciere como cristiano, no se avergüence; antes dé loor a Dios en este nombre*. Fuera de que cuando San Pedro escribió esta epístola, no había edicto alguno del emperador contra los cristianos, ni prohibición del cristianismo, pues los mismos autores afirman, que esta epístola la escribió San Pedro el año 13 después de la muerte del Señor, que según parece corresponde a los principios del emperador Claudio, esto es, más de 20 años antes de la primera persecución de la Iglesia, que fue la de Nerón. ¿A qué venía pues en este tiempo el temor y la persecución de San Pedro? Y dado caso que quisiese usar de alguna precaución, ¿no era más natural que dijese a los cristianos, a quienes escribía: *os saluda*

esta Iglesia; sin nombrar a Roma, ni a Babilonia, ni alguna otra ciudad determinada? ¿No sabrían los cristianos en qué parte del mundo se hallaba en aquel tiempo el príncipe de los Apóstoles y el vicario de Cristo?

Segunda llave

393. Después de algunos años (y no pocos, pues pasaron a lo menos 30) escribió San Juan su Apocalipsis; y en los capítulos XVI, XVII, XVIII, y XIX, habla expresa y nominadamente de Babilonia, profetizando contra ella cosas nada ordinarias. Y para que ninguno desconozca la Babilonia de que habla, para que ninguno se equivoque pensando que habla de la antigua, que ya no existía, le pone tantas señas y distintivos, que es preciso conocerla por más que se repugne. De modo, que aun los doctores más corteses o más apasionados por Roma, se ven en la necesidad inevitable de confesar y conceder en este punto la pura verdad. Lo que se debe notar principalmente sobre estos lugares del Apocalipsis, es el reclamo, o la alusión clarísima que hacen a todas las profecías que hay contra Babilonia. Todas son llamadas aquí, todas se hacen comparecer, todas son obligadas a servir contra la nueva Babilonia. No sólo se traen las expresiones vivas de los Profetas, sino tal vez sus mismas palabras, como luego veremos. Y es bien fácil notar, que el amado discípulo se sirve puntualmente de aquellas palabras y expresiones vivísimas de los profetas, que no tuvieron lugar ni pudieron tenerlo en la antigua Babilonia. Para que no se piense que queremos ser creídos sobre nuestra palabra, será bien poner aquí a algunos ejemplares.

Alusiones o reclamos de la Babilonia del Apocalipsis, a la Babilonia de los Profetas.

Párrafo VII

394. Isaías, hablando de Babilonia, dice: *Dura visión me ha sido noticiada... Por esto se han llenado mis lomos de dolor, congoja me tomó, como congoja de mujer, que está de parto; me caí cuando lo oí, quedé turbado cuando lo vi. Desmayose mi corazón, me horrorizaron las tinieblas; Babilonia, la mi amada, es para mí un asombro. ¿Os parece verosímil que la toma de Babilonia por Darío y Ciro, pudiese causar en Isaías unos efectos tan grandes, como él mismo dice y pondera con tanta viveza?*

395. San Juan hablando de Roma futura, dice con más brevedad, mirándola sentada sobre la bestia: *cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración. Leed este capítulo XVII y el siguiente, y allí veréis cuan gran razón tenía el amado discípulo para admirarse con tan gran admiración, de ver a Roma en el estado infelicísimo que él mismo anuncia.*

396. El mismo Isaías le dice a Babilonia: *Ahora, pues, escucha esto, tú delicada, y que habitas confiadamente, la que dices en tu corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay más; no me sentaré viuda, ni conoceré esterilidad. Te vendrán estas dos cosas subitáneamente en un solo día, esterilidad y viudez. Todas estas cosas vinieron sobre ti... Este tu saber y ciencia, te engañó. Y dijiste en tu corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra. Vendrá mal*

sobre ti, y no sabrás de dónde nacerá; y se desplomará sobre ti una calamidad, que no podrás espiar; vendrá sobre ti repentinamente una miseria, que no sabrás.

397. ¿Cómo es posible acomodar todo esto a la antigua Babilonia, tomada por Darío y Ciro? Leed, amigo, cualquier expositor; comparad lo que os dijere con el texto, y con la historia de este suceso que no ignoráis; y con esto solo podéis salir de toda duda; mucho más si reparáis en el texto del Apocalipsis, que hablando de Roma futura, dice así:

Cuanto ella se ha glorificado, y ha vivido en deleites, tanto le daréis de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto. Por esto en un día vendrán sus plagas, muerte, y llanto, y hambre, y será quemada con fuego; porque es fuerte el Dios que la juzgará.

Jeremías. *Retornadle según su obra, según todas las cosas que hizo, hacedle a ella.*

Apocalipsis. *Tornadle a dar así como ella os ha dado, y pagadle al doble según sus obras.*

Jeremías. *La que moras sobre muchas aguas, rica en tesoros.*

Apocalipsis. *Ven acá, y te mostraré la condenación de la grande ramera, que está sentada sobre las aguas.*

Jeremías. *Súbitamente cayó Babilonia, y fue desmenuzada.*

Apocalipsis. *Y después de esto vi descender del cielo otro ángel, que tenía gran poder, y la tierra fue esclarecida de su gloria. Y exclamó fuertemente, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande... Lo mismo se dice en el capítulo XIV, versículo 8. Y otro ángel le siguió diciendo: Cayó, cayó aquella Babilonia la grande... Lo cual también alude al capítulo XXI de Isaías, versículo 9, donde se lee: Cayó, cayó, Babilonia.*

Jeremías. *Huid de en medio de Babilonia, y salve cada uno su alma... y versículo 45. Salid de en medio de ella, pueblo mío, para que salve cada uno su alma de la ira del furor del Señor.*

Apocalipsis. *Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no tengáis parte en sus pecados, y que no recibáis de sus plagas.*

Jeremías. *Cáliz de oro Babilonia en la mano del Señor, que embriaga toda la tierra; del vino de ella bebieron todas las naciones, y por esto fueron conmovidas.*

Apocalipsis. *Y se embriagaron los moradores de la tierra con el vino de su prostitución. Porque todas las gentes han bebido del vino de la ira de su fornicación, y los reyes de la tierra han fornicado con ella.*

Jeremías. *Así será sumergida Babilonia, y no se levantará de la aflicción.*

Apocalipsis. *Y un Ángel fuerte alzó una piedra como una grande piedra de molino, y la echó en la mar, diciendo: Con tanto ímpetu será echada Babilonia, aquella grande ciudad, y ya no será hallada jamás.*

Jeremías. *Y los cielos y la tierra, y todas las cosas que hay en ellos, darán alabanza sobre lo de Babilonia.*

Apocalipsis. *Regocíjate sobre ella, cielo, y vosotros santos Apóstoles, y Profetas; porque Dios ha juzgado vuestra causa cuanto a ella. Y en el capítulo XIX prosigue diciendo: Después de esto oí como voz de muchas gentes en el cielo, que decían: Aleluya, la salud, y la gloria, y el poder es a nuestro Dios. Porque sus juicios verdaderos son y justos, que ha condenado a la grande ramera, que pervirtió la tierra con su prostitución, y ha vengado la sangre de sus siervos de las manos de ella. Y otra vez dijeron: Aleluya. Y el humo de ella sube en los siglos de los siglos.*

398. Basten estas pocas alusiones que acabamos de notar, para conocer, o a lo menos entrar en grandes y vehementes sospechas, de que la Babilonia de los Profetas no puede limitarse a aquella antigua e individua ciudad, que fue la corte del primer imperio. Así como aquel primer imperio, que al principio estuvo en la cabeza de oro de la estatua, se ha ido bajando con el tiempo, de la cabeza al pecho y brazos, después al vientre y muslos, y últimamente del vientre y muslos a las piernas, pies y dedos (como actualmente lo vemos); así aquella primera Babilonia considerada, no en lo material, sino en lo formal, ha ido siguiendo los mismos pasos; no digo solamente desde Nabucodonosor, o desde el primer imperio de los cuatro más célebres, sino aun desde que comenzó el imperio, o el principado de un hombre solo sobre muchos, que llamamos monarquía; lo cual como se lee en el capítulo X, versículo 10 del Génesis, tuvo su primer principio en Babilonia.

399. En este aspecto, pues, me parece a mí que consideran los Profetas a Babilonia, cuando le anuncian con tantas, tan vivas y tan magníficas expresiones, cosas que hasta ahora no se han visto en el mundo, ni se han verificado de modo alguno en aquella primera y antigua Babilonia. Considerada Babilonia en este aspecto, se entienden al punto sin embarazo alguno dichas profecías; las cuales sin esto quedan ciertamente algo más que difíciles, oscuras e inaccesibles. Este mismo aspecto parece que es el que tuvieron muy presente los apóstoles San Pedro y San Juan, cuando la dieron el nombre propio de Babilonia a aquella gran ciudad, que en su tiempo era la señora del mundo, como la capital del imperio romano. Es verdad que este imperio ha bajado muchos días ha, desde el vientre hasta los pies y dedos de la estatua; mas con todo eso podemos decir, que persevera, no física sino moralmente, en uno de sus efectos principales, dignos por cierto de todas las atenciones de los Apóstoles y Profetas. Persevera, digo, moralmente en lo que es relativo al pueblo de Israel (pueblo propio de los unos y de los otros); persevera, vuelvo a decir, en cuanto al cautiverio y dispersión entera y completa de este pueblo infeliz, ejecutada por los romanos después de la muerte del Mesías, y continuada, confirmada y agravada por el cuarto imperio; y persevera también moralmente perseverando en su lustre, gloria y esplendor aquella misma ciudad, que fue corte y capital del mismo imperio; y ahora lo es de un estado o imperio pequeño en lo material,

mas en lo espiritual de un imperio o estado mayor, cual es, o debía ser todo el orbe cristiano.

400. No sé, amigo mío, si en este último punto me he explicado bien; pienso que no, mas no por eso quedo sin consuelo, o sin esperanza cierta y segura. Lo que falta a mi explicación lo puede suplir muy bien *abundante y copiosamente* vuestra juiciosa reflexión. Os remito de nuevo al fenómeno III, párrafo XIV, cuyo título es: *la mujer sobre la bestia*.

Resumen o conclusión

Párrafo VIII

401. En suma, aquella antigua Babilonia situada en el Eúfrates, ya no existe en el mundo, días ha que murió, ni hay esperanza alguna que resucite jamás: *ni será edificada, hasta en generación y generación... no morará allí varón, ni la habitará hijo de hombre*. Con todo eso las profecías que hay contra Babilonia no se han verificado hasta ahora plenamente. Digo plenamente, porque aunque Babilonia se destruyó (que es una de las cosas que anuncian claramente los Profetas) mas no se destruyó de aquel modo, y con aquellas circunstancias particulares que se leen expresas en sus profecías.

402. Muchos autores, no solamente de los intérpretes de la Escritura, mas también los historiadores, entre ellos el sabio y pío Monseñor Rolin, en su historia antigua, hablan de la destrucción de Babilonia, y citan las profecías con una especie de confianza y seguridad, como si dicha destrucción y dichas profecías estuviesen perfectamente de acuerdo. Mas si les preguntamos por curiosidad, ¿de qué monumentos, de qué archivos y de qué fuentes han sacado unas noticias tan singulares?, nos hallamos con la extraña y gran novedad, de que realmente no han tenido otras fuentes, ni otros archivos, ni otros monumentos sino las mismas profecías, las cuales han suplido por todo. Bien, y si hay monumentos en contra, ciertos y seguros, no digo solamente en la historia profana (que esto importa poco), sino mucho más en la historia sagrada; en este caso, ¿no sería cosa justísima no hacernos desentendidos de dichos monumentos? Pues así es.

403. Por lo que toca a la historia sagrada, os he hecho ya notar en varias partes de este fenómeno algunos monumentos y noticias ciertas, del todo incompatibles con las profecías. Pudiera haber notado otras muchas más con poco trabajo material; mas ¿para qué? ¿No bastan y aun sobran las que quedan notadas? Por lo que toca a la historia profana, me parece que bastará deciros o acordaros, que Alejandro Magno murió en Babilona 200 años después que Babilonia debía estar enteramente destruida, si los Profetas hubiesen hablado de ella directa o inmediatamente.

404. Fuera de esto, también os he hecho notar (y debéis notarlo con especial cuidado y exactitud), que todas aquellas cosas y circunstancias más graves, que miradas las profecías ciertamente faltaron en la destrucción de la antigua Babilonia, se ven aparecer y como resucitar, después de algunos siglos, en el Apocalipsis de San Juan; y esto como unas cosas propias y peculiares, no de aquella antigua y difunta Babilonia, sino de otra

nueva que todavía existe, para cuando llegue para aquel tiempo y momentos, *que puso el Padre en su propio poder.*

405. Del mismo modo discurrimos de los cautivos de Babilonia, según las profecías. Muchos días, o muchos siglos ha que salieron de aquella antigua Babilonia algunos cautivos de Judá. Muchos siglos ha que se establecieron de nuevo en la Judea, muchos siglos ha que edificaron de nuevo su templo y ciudad de Jerusalén. Mas con todo, es cierto e innegable (cuanto puede extenderse esta palabra certeza en asuntos semejantes), que las profecías innumerables que hablan en general de la vuelta de los cautivos a su tierra, no se han verificado, ni una entre mil. No hay duda que algunos de los cautivos, *que había hecho trasladar a Babilonia Nabucodonosor rey de Babilonia, y volvieron a Jerusalén, y Judá;* mas ni aquella salida de Babilonia, ni aquella vuelta, ni aquel nuevo establecimiento en Jerusalén y Judea, sucedió entonces de aquel modo y con aquellas circunstancias gravísimas, que anuncian clara y distintamente las profecías.

406. Pues a todo esto, ¿qué podremos decir? ¿Que las profecías se han falsificado? ¿Que los Profetas erraron, o el Espíritu Santo *que habló por los Profetas?* ¿Que los Profetas fingieron aquellas cosas *por orgullo de su corazón?* ¿Que Dios ha faltado a su palabra? Todos estos despropósitos se presentan naturalmente y como de tropel; o es muy fácil que se presenten a cualquier hombre reflexivo, por pío que sea, si por otra parte no tiene ni admite otras ideas, que las que puede dar el sistema ordinario. Mas estos mismos despropósitos u otros semejantes se desvanecen al punto, si dejado por un momento el sistema ordinario de los doctores e intérpretes, nos atenemos al sistema ordinario de la Escritura. En este sistema (si es lícito darle este nombre) todo se compone sin la menor dificultad. Es cierto que las profecías no se han cumplido hasta la presente; mas también es cierto que todavía no se ha acabado el mundo. También es cierto que los cautivos, de quienes se habla, existen todavía en el mundo, y existen en calidad de cautivos. También es cierto que no ha sido posible exterminarlos, ni confundirlos con las otras naciones, ni iluminarlos, ni abrirles el oído interno, ni quitarles el corazón de piedra, ni el velo del corazón, etc., cosas todas que están clarísimamente anunciadas en las mismas profecías. ¿Quién, pues, nos impide el pensar y decir libremente lo que de suyo se presenta a la razón, ilustrada con la lumbre de la fe? ¿Quién nos impide el pensar y decir libremente, que así como ya se han cumplido muchísimas profecías, de las que se leen en las Escrituras, así se cumplirán a su tiempo otras muchas que todavía quedan? ¿Hay cosa más conforme a razón, ni más digna de Dios? Piensen, pues, los hombres como pensaren, y acomoden como les fuere posible o imposible; siempre será verdadera aquella sentencia del Apóstol: *Dios es veraz, y todo hombre falaz, como está escrito.*

407. De todo lo que hemos observado en estos dos últimos fenómenos, la conclusión sea: que aquellas dos grandes fortalezas donde se acogen con todas sus ideas los intérpretes de la Escritura (es a saber, Babilonia y sus cautivos, en cuanto se puede; y en cuanto no se puede, que es casi todo, la Iglesia cristiana, compuesta de las gentes que entraron en lugar de los judíos) son en realidad dos fortalezas que tienen mucho de perspectiva. No hay duda, que miradas de cierta distancia, muestran una gran apariencia, e infunden no sé qué de pavor; mas la apariencia y pavor van desapareciendo, al paso que los ojos o la reflexión se van acercando.

408. Lo primero: la Iglesia cristiana no puede faltar. Es su edificio tan indestructible y eterno, como lo es el fundamento sobre que estriba, *que es Cristo Jesús*; pero sin faltar la Iglesia cristiana, puede muy bien ahora (como pudo en otros tiempos) mudarse el candelero de una parte a otra, o inclinarse el cáliz *para éste y para aquél*; porque como está escrito, *sus heces no se han apurado; beberán todos los pecadores de la tierra*; y como nos advierte el Apóstol: *...Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia*.

409. Lo segundo: salieron de Babilonia algunos cautivos; mas no salieron como anuncian las profecías claramente; pues no salieron libres, ni salieron santos, ni salieron con el corazón circuncidado, ni salieron de todos los países y naciones de la tierra, ni salieron todos sin quedar alguno, ni salieron *los hijos de Israel, ellos, y juntamente los hijos de Judá*, ni salieron para vivir en quietud y seguridad en la tierra prometida a sus padres, ni salieron, en suma, para no ser otra vez movidos y desterrados de aquella tierra, cosas todas anunciadas y repetidas de mil maneras en toda la Escritura. Luego lo que entonces no sucedió, deberá suceder algún día así como está escrito, sin que le falte *ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido*.

Apéndice

410. Las cosas que acabamos de observar en este fenómeno forman en sustancia la dificultad más grave de todas cuantas han opuesto, y oponen hasta ahora los judíos, a los que les hablan de la venida del Mesías. Después que se ven rodeados y atacados por todas partes con sus mismas escrituras; después que ya no hallan qué responder a los argumentos clarísimos y eficacísimos que les hacen los doctores cristianos; después que se ven convencidos y concluidos con suma evidencia; se acogen, al fin a aquella última fortaleza, que sin razón han tenido en todos tiempos por inexpugnable; se acogen, quiero decir, a las profecías. Su modo de discurrir, reducido a cuatro palabras, es éste. Las profecías (digan lo que dijeren los cristianos e intérpretes, y acomoden como mejor les pareciere), las profecías es cierto que no se han cumplido; luego el Mesías no ha venido. El antecedente lo prueban, mostrando una por una (con grande y molestísima prolijidad) no solamente aquellas pocas que nosotros hemos observado, sino otras muchas más que hemos omitido. La consecuencia la deducen a su parecer clarísimamente de las mismas profecías; pues entre éstas es fácil notar que unas anuncian expresamente, otras suponen evidentemente, que toda visión y profecía se habrá ya cumplido cuando venga el Mesías, o se acabará de cumplir plena y perfectamente en su venida. Basta leer el capítulo IX de Daniel, en donde se hallan juntas, y unidas, y como inseparables estas dos cosas entre otras, a saber, el cumplimiento pleno y perfecto de toda profecía y visión, y la unción del Santo de los santos. Conque si el Mesías ha venido, deberá ya haber sucedido la unción del Santo de los santos. Si ésta ha sucedido deberá ya haberse cumplido plena y perfectamente toda visión y profecía. Esto último es evidentemente falso, luego también lo primero, pues no hay más razón para lo uno, que para lo otro; luego el ungido o Cristo del Señor no ha venido, etc.

411. Este argumento de los doctores judíos es el único entre todos a que no han podido responder hasta ahora los doctores cristianos, a lo menos de un modo perceptible, capaz

de contentar y satisfacer a quien desea la verdad, y sólo en ella puede reposar. En todo lo demás tengo por cierto e indubitable, que convencen evidentemente a los doctores judíos, los confunden y los hacen enmudecer; y esto con tanta eficacia y evidencia, que algunos rabinos más modernos (y sin duda más doctos y sinceros que los antiguos) se han visto precisados a decir en fuerza de los argumentos, que el Mesías debía haber venido muchos siglos ha, según las Escrituras; mas que ha dilatado su venida por los pecados de su pueblo. Otros todavía más doctos y más sinceros han dicho (y parece que en esto han dicho la pura verdad sin entenderla) que el Mesías ya vino; pero que está oculto por la misma razón, esto es, por los pecados de su pueblo.

412. Mas aunque en todo lo demás convencen los doctores cristianos, y confunden a los judíos, en el punto particular que ahora tratamos, parece cierto que no han hecho otra cosa, según su sistema, que hablar en tono decisivo, ponderar, suponer mucho, y al fin dejar intacta la dificultad, o por mejor decir, dejarla más visible y más insoluble. Ved aquí toda la respuesta, y toda la solución de la gravísima dificultad. Lo primero: saludan a los doctores judíos con la salutación acostumbrada, llamándolos groseros y carnales, pues se han imaginado que las profecías dictadas por el Espíritu Santo, se habían de cumplir así como suenan, o según su modo grosero de entender (en esto último no dejan de tener razón, y gran razón). Lo segundo: les añaden, que han entendido las Escrituras *según la letra que mata, y no según el espíritu que vivifica* (lo cual también puede ser verdad, y lo es en gran parte, mas en su verdadero sentido). Lo tercero: les enseñan, como si fueran capaces de admitir, o de entender una doctrina tan extraña, y tan repugnante al sentido común, que las profecías se deben entender, no como suenan, o según el sentido que aparece; pues en este sentido, añaden, sería necesario admitir en Dios manos, pies, ojos y oídos materiales, todo lo cual se lee frecuentemente en las profecías, sino que se deben entender solamente en aquel sentido verdadero en que Dios habló. ¿Cuál es este sentido verdadero? Es, dicen, el sentido espiritual y figurado. Y en este verdadero sentido se han verificado ya en la Iglesia presente casi todas aquellas profecías, que no pudieron verificarse, ni tener lugar en los judíos; exceptuando algunas pocas, cuyo cumplimiento perfecto se reserva para el fin del mundo, cuando vuelva el Señor del cielo a la tierra *a juzgar a los vivos y a los muertos*, esto es, a todo entero el linaje humano, que lo espera en el gran valle de Josafat, ya muerto y resucitado, etc. ¿Y no hay más respuesta que ésta, ni más solución de una tan grave dificultad? No, amigo, no hay más, según todo lo que yo he podido averiguar. No por eso niego la posibilidad absoluta de alguna solución más probable o perceptible; mas en el sistema ordinario no comprendo como pueda ser.

413. ¡Oh, verdaderamente pobres e infelices judíos! Por todas partes os sigue y acompaña el reato de vuestros delitos, y la justa indignación de vuestro Dios. ¡Oh, sistema no menos funesto y perjudicial para vosotros, que el que abrazaron imprudentemente vuestros doctores! Aquél os hizo desconocer, reprobar y crucificar a la esperanza de Israel, y os redujo por buena consecuencia al estado miserable en que os halláis tantos siglos ha, anunciado clarísimamente en vuestras profecías; y este otro sistema en que os quieren hacer entrar con una violencia tan manifiesta, os ha cegado mucho más. Al sistema de vuestros doctores es evidente que les faltó la mitad de las profecías, o la mitad del Mesías mismo; y a este segundo sistema es no menos evidente, que le falta la otra mitad. Una y otra falta ha recaído sobre vosotros, y ha completado

vuestra infelicidad. ¡Oh, si fuese posible unir entre sí estas dos mitades, *según las Escrituras!* Con esto solo parece que estaba todo remediado por una y otra parte. No era menester otra cosa, así para el verdadero y sólido bien de las gentes cristianas, como para remedio de los infelices judíos; *pero ahí está la dificultad, éste es el trabajo.* Si se uniesen bien estas dos mitades, podrá decirse: ¿cómo pudieran cumplirse las profecías? ¿Cómo pudiera cumplirse todo lo que se lee en contra de los judíos, y en favor de las gentes que ocuparon su puesto? ¿Cómo pudiera cumplirse asimismo lo que se lee, para otro tiempo en contra de las gentes y en favor de los judíos? Conque los segundos se hicieran cargo de las circunstancias que habían de acompañar la primera venida del Mesías, según las Escrituras, y por consiguiente la creyeran; y los primeros que creen la primera ya cumplida, y esperan la segunda venida del Mesías en gloria y majestad, hagan reflexión sobre tantas profecías, que hablan manifiestamente de ésta, y no de la primera, y por tanto entonces sólo tendrán su entero cumplimiento.

Fenómeno VIII

La señal grande, o la mujer vestida del sol.

Apocalipsis, capítulo XII

1. *Apareció en el cielo una grande señal: una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando en cinta, clamaba con dolores de parto, y sufría dolores por parir. Y fue vista otra señal en cielo, y he aquí un grande, dragón bermejo, que tenía siete cabezas, y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y la cola de él arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las hizo caer sobre la tierra; y el dragón se paró delante de la mujer, que estaba de parto, a fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido. Y parió un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro, y su hijo fue arrebatado para Dios, y para su trono; y la mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días. Y hubo una grande batalla en el cielo, Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles; y no prevalecieron éstos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él. Y oí una grande voz en el cielo, que decía: Ahora se ha cumplido la salud, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo, porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y no amaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual regocijaos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de la tierra, y de la mar!, porque descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo. Y cuando el dragón vio que había sido derribado en tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón. Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar, en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente. Y la serpiente lanzó de su boca en pos de la mujer, agua como un río, con el fin de que fuese arrebatada de la corriente. Mas la tierra ayudó a la mujer, y abrió la tierra su boca, y sorbió el río que*

había lanzado el dragón de su boca. Y se airó el dragón contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra los otros de su linaje, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo. Y se paró sobre la arena de la mar.]

Lo que sobre esto se halla en los doctores.

Párrafo I

2. Para poder observar este gran fenómeno con toda exactitud y con conocimiento de causa, sería muy conducente saber primero, y tener como a la vista las varias inteligencias o explicaciones, que hasta ahora se le han dado, mirándolas todas con la atención y formalidad que cada una pide. Sería del mismo modo conducente, si esto fuese posible, entender bien lo que en realidad nos quieren decir, combinando unas con otras, y todas con el texto sagrado, de modo que resultase de esta combinación algún todo creíble, o verosímil, y perceptible.

3. Todo lo que sobre estos misterios se halla en los doctores, se reduce a tres opiniones o tres modos de discurrir, o a tres sendas diversas, por donde se han dado algunos pasos, aunque no muchos. La primera, frecuentísima en toda clase de escrituras eclesiásticas, especialmente panegiristas, dice o supone, que la mujer vestida del sol, etc., de que aquí se habla, es la santísima Virgen María Madre de Cristo. En esta suposición que ninguno ha pensado probar, no hay aquí hacer otra cosa, sino acomodar devota e ingeniosamente a nuestra Señora tres o cuatro palabras de esta profecía, de aquellas que tienen algún lustre, y muestran alguna apariencia; olvidando todo lo demás, como que no hace a su propósito. Esta especie de inteligencia no ha menester otro examen que un principio de reflexión. Cualquiera hombre sensato conoce bien, y se hace cargo, que semejantes acomodaciones han sido en tantos tiempos no sólo permitidas, sino aplaudidas en los discursos panegíricos; los cuales, aunque devotos y píos, siempre necesitan de algún poco de brillo. En suma, no perdamos tiempo inútilmente. Los misterios de este capítulo XII del Apocalipsis hablan tanto de la santísima Virgen María, como hablan los libros sapienciales, o lo que en ellos se dice de la sabiduría. Es verdad que la Iglesia, en las festividades de la Madre de Cristo, lee algunos lugares de estos libros sagrados; mas su intención no es, ni lo puede ser, el persuadirnos o insinuarnos, que aquellos lugares que lee, hablen realmente de nuestra Señora, ni que éste sea su verdadero sentido.

4. Vengamos, pues, a la explicación de los doctores no panegiristas, sino literales, que son los que buscan el verdadero sentido de las Santas Escrituras. Éstos, según su sistema general, son de parecer, que la mujer misteriosa, de que habla San Juan, no puede ser otra que la Iglesia de Cristo. Aunque en esta proposición general convienen todos; mas en lo particular se dividen en dos opiniones. La primera, sostiene que los misterios contenidos en esta profecía, son unos misterios ya pasados, que tuvieron su pleno cumplimiento quince siglos ha. La segunda comunísima afirma todo lo contrario. La primera dice, que la profecía ya se cumplió en toda la Iglesia cristiana, en los tiempos terribles de la persecución de Diocleciano. La segunda dice, que se cumplirá toda en otros tiempos todavía futuros, y mucho más terribles, cuales deben ser los de la tribulación del Anticristo. La primera de estas dos opiniones, aunque propuesta y defendida por autores

modernos, graves, píos y doctísimos, no por eso la creemos digna de especial atención, sino, cuando más, digna de alguna especial admiración, de ver que unos hombres tan grandes hayan producido en este asunto particular unos frutos tan pequeños. Mas esta misma admiración, lejos de hacernos perder un punto de la estimación y respeto debido por tantos títulos a estos grandes sabios, nos conduce por el contrario a estimarlos más; teniendo por cierto, que no entraron en esta idea sino después que ya no pudieron tolerar la explicación verdaderamente ininteligible de los otros autores literales. Esta sola reflexión hace toda su apología. Nos queda, pues, el examen un poco más prolijo de la principal opinión, que corre casi como única entre los que buscan la verdad en el sentido literal.

Explicación de la profecía según los autores literales.

Párrafo II

5. La Iglesia cristiana presente, cuando lleguen los tiempos críticos y terribles de la persecución del Anticristo, nos dicen los autores literales, es todo el misterio, o misterios que contiene el capítulo XII del Apocalipsis. Representase la Iglesia en aquellos tiempos como una señal o prodigio grande, bajo la semejanza de una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y coronada de doce estrellas. Por estas figuras tan magníficas, lo que se nos dice es que Jesucristo, sol de justicia, según sus promesas infalibles, vestirá entonces a su Iglesia y la iluminará con sus resplandores, del mismo modo que la ha vestido e iluminado hasta la presente; pues él mismo dijo antes de partirse: *mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo*. Por consiguiente, digo yo, el vestido del sol no se debe mirar como una gala nueva y extraordinaria, que se dará a la Iglesia en los tiempos del Anticristo, sino como su vestido ordinario, propio y natural. La corona de doce estrellas es símbolo de los doce apóstoles, que son sus maestros y doctores. La luna bajo sus pies, quiere decir, que la Iglesia despreciará entonces con un soberano desprecio todas las cosas corruptibles y mudables, o toda la gloria vana del mundo, simbolizada por la luna. Tal vez se hablara con mayor propiedad si se dijese que la Iglesia en aquellos tiempos deberá despreciar todas estas cosas, como lo debe ahora según su vocación y profesión. Permitiendo no obstante todo esto (pues los evangelios y otras Escrituras nos anuncian todo lo contrario), la acomodación hasta aquí es *de algún modo tolerable*, si aquí mismo se concluye toda la profecía con todos sus misterios; mas el trabajo es que ahora sólo empieza.

6. Esta mujer (prosigue el texto sagrado) estaba preñada, y como ya se acercaba la hora del parto, padecía grandes congojas, angustias y dolores, que se manifiestan bien en las voces y clamores que daba. ¿Qué quiere decir esto? Lo que quiere decir, según la explicación, es que la Iglesia cristiana, la cual en los tiempos de paz pare sus hijos sin dolor, sin incomodidad, sin embarazo, los parirá con gran dificultad en los tiempos borrascosos y terribles del Anticristo... Si se muda la palabra Anticristo en la palabra Diocleciano, y al futuro se añade pretérito, esto mismo es lo que añade la primera opinión, y tal vez con menor violencia. Pasemos adelante. *Fue vista otra señal en el cielo, y he aquí un grande dragón*. Estando la mujer en estas angustias, apareció por otra parte el cielo otra señal, no menos digna de admiración, es a saber, un dragón de color

rojo con siete cabezas y diez cuernos, cuya cola traía la tercera parte de las estrellas del cielo, arrojándolas a la tierra; lo cual ejecutado, el dragón se puso luego delante de la mujer, esperando la hora del parto para devorar el fruto de su vientre. Lo que esto significa es que el dragón infernal, o Satanás con siete cabezas y diez cuernos, esto es, revestido del mismo Anticristo (que así se describe en el capítulo siguiente), oyendo los clamores de la mujer, o conociendo bien las grandes tribulaciones en que se halla la Iglesia, procurará aprovecharse de tan bella ocasión, para afligirla más, o acabar con ella del todo, devorándole el hijo que está para parir; esto es, los hijos que pariere. Pero Dios, que no puede olvidarse de su Iglesia, le enviará muy a propósito al arcángel San Miguel, con todos los ejércitos del cielo, para que la defiendan del dragón y del Anticristo. Al punto se trabará una gran batalla entre San Miguel y el dragón, y entre los ángeles del uno y del otro, y quedando el dragón vencido y ahuyentado con todos sus ángeles, la mujer o la Iglesia parirá ya sus hijos con menos trabajo, sin tan grandes contradicciones; *y parió un hijo varón*; y estos hijos que la Iglesia parirá en aquellos tiempos, serán tan másculos, o tan varoniles, que aun acabados de nacer, se opondrán al Anticristo, y le resistirán con valor, por lo cual merecerán ser arrebatados al trono de Dios, esto es, al cielo por medio del martirio: *y su hijo fue arrebatado para Dios, y para su trono*. Ahora, de este parto o de este hijo másculo se dice, que él es quien ha de regir o gobernar todas las gentes con vara de hierro. ¿Cuándo será esto? Será verosímilmente el día del juicio, en el valle de Josafat. Prosigamos.

7. Cuando el dragón se vio vencido y arrojado a la tierra con todos sus ángeles, cuando supo que la mujer había parido felizmente y el hijo había volado al trono de Dios, dice el texto sagrado que convirtió toda su rabia y furor contra la madre, y la persiguió con todas sus fuerzas. A la mujer se le dieron entonces dos alas de águila grande, para que volase al desierto al lugar que Dios le tenía preparado, donde será apacentada *por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo... o mil doscientos y sesenta días*, que todo suena tres años y medio. Todo esto que aquí se anuncia (dice la explicación) se verificará cuando la Iglesia, perseguida cruelmente por el Anticristo y el dragón, se vea precisada a huir, y esconderse en los montes y desiertos más solitarios, para cuyo efecto se le darán dos alas de águila grande (que unos entienden de un modo, otros de otro, y otros de ninguno, que parece el mejor partido). En este desierto y soledad estará la Iglesia *mil doscientos y sesenta días* (que son puntualmente los días que ha de durar la persecución del Anticristo), sustentándola Dios milagrosamente en lo corporal, como sustentó a Elías, y a tantos otros anacoretas; y en lo espiritual por medio de sus pastores, etc. Quisiera proseguir, y concluir el resto de la profecía, según la explicación; mas, ¿para qué? ¿No basta esto solo para juzgar prudentemente de todo lo demás? A quien esto no bastare, puede fácilmente instruirse por sí mismo, consultando a los intérpretes literales, que le parecieren mejor. Esta especie de libros son los primeros que se presentan a los curiosos en cualquier biblioteca.

Párrafo III

Reflexiones sobre esta inteligencia.

Primera

8. Cuando decimos, u oímos decir, que la verdadera Iglesia cristiana pare verdaderos hijos de Dios, lo que únicamente entendemos por esta locución figurada es que la Iglesia activa, que es en propiedad nuestra madre, habiendo admitido benignamente, y recibido dentro de su espaciosísimo seno algunos infieles, que piden este beneficio, los instruye primero plenamente en los misterios que deben creer, y en las leyes que deben observar. Todo el tiempo que dura esta instrucción, se dice con propiedad, que están éstos como en el vientre de la madre; la cual, como dice San Agustín, *cría a sus hijos con oportunos alimentos, y los lleva alegre en su mente, hasta que llega el momento de darlos a luz*. Este día de parto no es otro que el día del bautismo, después del cual, la misma iglesia los reconoce por hijos suyos, como que ya son hijos de Dios por la regeneración en espíritu, etc.

9. Esto supuesto, discurremos así. Si la mujer vestida del sol es la Iglesia en los tiempos del Anticristo, lo que se anuncia por aquellas palabras: *Y estando en cinta, clamaba con dolores de parto, y sufría dolores por parir*, es esto solamente: que la Iglesia en aquellos tiempos tendrá grandes embarazos, dificultades y contradicciones para instruir, y mucho más para bautizar a los catecúmenos (y si se quiere también para bautizar a los párvulos de las mujeres cristianas); y no obstante estas dificultades, al fin los parirá para Cristo, o los bautizará: *parió un hijo varón, esto es, sus hijos*; por consiguiente, estos catecúmenos serán los que espera el dragón para devorarlos luego al punto que sean bautizados: *el dragón se paró delante de la mujer, a fin de tragarse al hijo, luego que ella lo hubiese parido*. Estos catecúmenos serán los que acabados de nacer o de ser bautizados, serán arrebatados al trono de Dios, como dice la explicación, por medio del martirio. Estos catecúmenos serán los que han de regir todas las gentes con vara de hierro. ¿No veis, señor, aun desde el principio, la impropiedad y oscuridad extrema? ¿Y todos los otros hijos de la misma madre? Digo los hijos mayores que ya eran nacidos y adultos antes del Anticristo. ¿Éstos no tendrán parte en los bienes tan grandes que se anuncian al hijo menor? ¿Éstos no volarán al trono de Dios por medio del martirio? ¿Éstos no regirán las gentes *con vara de hierro*?

Segunda reflexión

10. Acaso se dirá (y así se dice en la realidad, o se supone) que los hijos mayores, o una gran parte de ellos saldrán huyendo con la madre, o con el cuerpo de los pastores; dejando por consiguiente entre las llamas de la persecución a los hijos párvulos, acabados de nacer. A lo menos es cierto, según la explicación, que la madre debe huir al desierto luego después del parto; y debe huir, no sola, sino con alguno o muchos de sus hijos adultos, pues nos dicen, que la Iglesia será apacentada en el desierto por medio de sus pastores; y siendo éstos con propiedad, la madre no podrá apacentar los hijos, o las ovejas que no tiene consigo. Conque a lo menos algunos adultos seguirán a sus pastores, y se esconderán con ellos en el desierto; quedando los otros con sus hermanos mínimos, que acaban de nacer, sin tener quien les dé el sustento necesario, y al mismo tiempo rodeados

de peligros. Parecen estas cosas como unos verdaderos enigmas, aún más oscuros que el texto mismo.

Tercera reflexión

11. Si la mujer vestida del sol es la Iglesia en los tiempos del Anticristo, la Iglesia en aquellos tiempos deberá huir y esconderse en los montes y cuevas, luego después del parto, sea este parto lo que quisieren que sea: *Y parió un hijo varón... Y la mujer huyó al desierto*; deberá huir, no sólo la Iglesia activa, o el cuerpo de los pastores, sino junto con ella una parte, o grande o pequeña, de la Iglesia pasiva, o del común de los fieles de ambos sexos y de todas condiciones. Deberá con su huida dejar en sumo peligro otra parte no menos grande, y tal vez mayor de los mismos fieles; pues no parece verosímil que todos los fieles huyan al desierto, ni que haya desierto para todos. Deberá, en suma, la madre dejar al hijo másculo, o a los hijos que acaba de parir; no obstante el amor y ternura de una madre, y tal madre respecto de sus párvulos que quedan en la cuna. Es verdad que el texto mismo dice, que este hijo másculo fue luego arrebatado al trono de Dios; mas la explicación dice que esto será por medio del martirio y de la muerte, lo cual, aunque para el hijo o los hijos másculos, será un bien inestimable; mas esto no excusa ni hace honor a la tímida madre, que los abandonó por salvarse a sí misma... Aun las bestias más inermes y de menos espíritu en semejantes ocasiones parecen unos leones, y se hacen honor.

Cuarta reflexión

12. Crece sobre todo la dificultad y el embarazo de esta inteligencia, si se advierte bien el tiempo en que debe suceder la huida de esta mujer. Los autores suponen que será en tiempo del Anticristo y por causa de su persecución; pues a esta persecución atribuyen los dolores del parto y las angustias para parir, y a esta misma persecución atribuyen la venida de San Miguel, y la batalla con el dragón. Mas si se atiende al texto sagrado parece evidente y clarísimo, que así la batalla de San Miguel con el dragón, como el parto de la mujer, como el rapto de su hijo al trono de Dios, como también su huida a la soledad, son unos sucesos que deben preceder al Anticristo y a su persecución.

13. Primeramente, la mujer que después del parto huye a la soledad, ha de estar en ella, dice el texto sagrado, 1260 días, que hacen 42 meses, o tres años y medio. *Y parió un hijo varón... Y la mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días*. Concluidos estos días, nos dicen los doctores que la mujer solitaria, esto es, la Iglesia, saldrá de su soledad, por la muerte del Anticristo y ruina de su imperio universal. Por otra parte sabemos, que la persecución del Anticristo ha de durar este mismo espacio de tiempo, como se dice en el capítulo siguiente: *y le fue dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses*; luego la mujer, esto es, la iglesia estará en la soledad escondida y segura todo el tiempo que durare la persecución del Anticristo; luego esta persecución no puede ser la causa de sus dolores y angustias en el parto; luego tampoco puede ser la causa de la batalla de San Miguel con el dragón; luego esta batalla no puede ser para defender a la Iglesia de la persecución del Anticristo.

14. Lo segundo y principal, cuando la mujer después del parto huyó a la soledad, dice el texto sagrado que el dragón aunque ya vencido en la batalla, y arrojado a la tierra, no por eso dejó de perseguirla, y no pudiendo alcanzarla, arrojó de su boca un río de agua, *con el fin de que fuese arrebatada de la corriente*; y viendo que esta última diligencia te había salido mal, pues la tierra abrió su boca y se tragó el río de agua, irritado furiosamente se volvió luego a hacer guerra formal *contra los otros de su linaje... Y se paró sobre la arena de la mar*. Y luego inmediatamente dice San Juan que vio salir del mar la bestia de siete cabezas y diez cuernos, y prosigue en todo el capítulo siguiente anunciando los misterios del Anticristo, y la terribilidad de su persecución: *Y se paró sobre la arena de la mar. Y vi salir de la mar una bestia*. De modo que cuando la bestia o el Anticristo salió del mar, cuando se reveló o manifestó públicamente, cuando comenzó en toda forma su persecución, ya la mujer había parido con grandes dolores; ya el hijo másculo había volado al trono de Dios; ya había sucedido la batalla y victoria de San Miguel contra el dragón; ya la misma mujer había huido a la soledad; ya el dragón la había seguido, y desesperanzado de alcanzarla, se había vuelto lleno de furor a hacer guerra *contra los otros de su linaje*; y para hacer esta guerra con el mayor y mejor efecto posible, se había ido a las orillas del mar metafórico, como a llamar en su favor la bestia de siete cabezas y diez cuernos, por medio de la cual esperaba hacer grandes conquistas. Éste es el orden claro y palpable de toda esta profecía. ¿Cómo, pues, nos suponen a la Iglesia en tiempo del Anticristo, y por causa de su persecución, padeciendo grandes dolores y angustias para dar a luz nuevos hijos, y huyendo después del parto a la soledad?, etc.

15. Si alguno puede concordar todas estas cosas de un modo fácil e inteligible, me parece que dará una prueba bien sensible de un talento más que ordinario. Yo, que no me hallo capaz de tanto, y que veo por otra parte muchísimas dificultades y embarazos, que omito por no ser tan molesto, no puedo menos que abandonar enteramente esta inteligencia, y junto con ella todas las otras sendas igualmente difíciles, que hasta ahora se han pretendido abrir; mostrando al mismo tiempo otra senda u otro camino fácil y llano, que aquí diviso; el cual, aunque al principio podrá parecer impracticable, y figurarse como un precipicio; espero no obstante, que a pocos pasos, perdido el miedo, se empezará a mirar con otros ojos. Si este punto hace o no a mi asunto principal, no se puede decidir tan presto, será necesario esperar un poco.

Se propone otra inteligencia de esta profecía.

Párrafo IV

16. Ante todas cosas, debemos tener muy presente, sin olvidar lo único que hay en esta profecía célebre de claro y perceptible a cualquiera que lea; es a saber, que toda ella desde la primera hasta la última palabra, es una metáfora, o una parábola, o una semejanza. Los sucesos que se anuncian en ella tienen todo el aire de grandes, nuevos y extraordinarios, a proporción de la novedad y grandeza de las semejanzas con que son anunciados; mas por esto mismo se nos presentan como unos enigmas impenetrables. La persona, o el sujeto, o el cuerpo moral de quien se habla, y de quien se dicen tantas cosas particulares, es ciertamente alguna cosa real, a la cual le conviene bien, aunque sólo *por*

semejanza, no por propiedad, el nombre de una mujer, y todas las otras cosas particulares que dicen de ella; mas todas estas cosas particulares son tan metafóricas como ella misma. Así como la palabra mujer es una metáfora o una semejanza, así lo es el sol de que se ve vestida; así lo es la luna que tiene a sus pies; así lo es la corona de doce estrellas; así lo es el cielo donde aparece esta gran señal; así lo es su preñez, sus dolores, su parto, etc.

17. En esta suposición visible y manifiesta, se concibe al punto, que para comprender bien las cosas particulares que se dicen de esta mujer, es necesario conocer primero con ideas claras, qué mujer es ésta, o qué es lo que aquí se nos presenta bajo la semejanza de una mujer. Si esto no se conoce, a lo menos con una certeza moral, mucho más si se entiende en esta mujer otra cosa diversa de lo que en realidad significa, será moralmente imposible explicar de un modo claro y perceptible toda esta profecía. Cada paso que se diere como sobre un supuesto falso será consiguientemente paso falso. Al contrario, si una vez se conoce dicha mujer, todo lo demás quedará accesible, todo se podrá ya explicar de un modo seguido y natural, sin artificio ni violencia, aunque por otras razones y circunstancias accidentales cueste algún trabajo.

18. Ahora, pues, como sobre el verdadero significado de esta mujer ha habido y puede haber en adelante diversas opiniones o diversos sistemas, ¿cómo podremos conocer cuál de ellos es el verdadero, o si hay alguno entre ellos que lo sea? A esta pregunta yo no puedo responder otra cosa sino que dentro de nosotros mismos tenemos todos, por don del Criador, cierta balanza natural, bastante justa en sí (que suele llamarse sentido común, o lumbré de razón) en la cual podemos pesar, sin gran dificultad, estas diversas opiniones o sistemas, y saber por este medio el peso y valor intrínseco de cada uno. La operación es fácil y simple, pues sólo consiste en confrontar y comparar atentamente el sistema, cualquiera que sea, con el texto mismo y con todo su contexto; y también, si esto se puede sin grave incómodo, con otras Escrituras que tengan con ésta alguna relación. Si el sistema, puesto en esta balanza, y observado con atención, *es hallado falto*, esto sólo nos basta para mirarlo, no digo como malo, sino como no bueno. Al contrario, si se halla en la balanza exactamente conforme al texto de la profecía con todo su contexto; si todo lo explica sin omitir una sola palabra; si todo lo explica sin violencia alguna, de un modo seguido, fácil, claro y perceptible; si, en suma, todo lo explica de un modo plenamente conforme a otros muchísimos lugares de la divina Escritura, a la cual alude visiblemente toda esta profecía, etc.; en este caso cualquier juez imparcial deberá dar, *según lo alegado y probado*, una sentencia favorable; pues ésta es la mayor prueba que puede dar de su bondad un sistema, en cualquier asunto que sea.

19. Yo no me atreveré a asegurar, como una verdad, que la mujer que voy a proponer, es precisamente la misma de que habla la profecía. Lo que sí me atrevo a asegurar es que en este sistema, la profecía se entiende al punto toda entera; toda entera se puede explicar seguidamente sin embarazo alguno, todas sus metáforas, todas sus expresiones, y aun todas sus palabras, sin omitir una sola, le competen a dicha mujer, *según las Escrituras*; ni se concibe otra cosa diversa a quien puedan competir con igual propiedad. Si esto es así o no, sólo podrá saberse después que el sistema mismo y toda la explicación de la

profecía, que voy a proponer, hayan entrado en la fiel balanza, y se hayan pesado y observado con la mayor y más escrupulosa exactitud.

Sistema

20. La mujer, de que habla San Juan en todo el capítulo XII del Apocalipsis, es aquella misma de quien se habla para su tiempo en otros muchísimos lugares de la divina Escritura, que deben ir saliendo en todo este discurso. Es aquella misma a quien se dice por ejemplo: *el Señor te llamó como a mujer desamparada, y angustiada de espíritu, y como a mujer que es repudiada desde la juventud, dijo tu Dios. Por un momento, por un poco te desamparé, mas yo te recogeré con grandes piedades. En el momento de mi indignación escondí por un poco de ti mi cara, mas con eterna misericordia me he compadecido de ti, dijo el Señor tu Redentor. Esto es para mí como en los días de Noé, a quien juré que yo no traería más las aguas de Noé sobre la tierra; así juré que no me enojaré contigo, ni te reprenderé. Porque los montes serán conmovidos, y los collados se estremecerán; mas mi misericordia no se apartará de ti, y la alianza de mi paz no se moverá, dijo el Señor compasivo de ti. Pobrecilla combatida de la tempestad, sin ningún consuelo. Mira, que yo pondré por orden tus piedras, y te cimentaré sobre zafiros... Y serás cimentada en justicia.* Es aquella misma a quien se dice: *Levántate, esclarecete Jerusalén; porque ha venido tu lumbre, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor, y su gloria se verá en ti... Porque fuiste desamparada, y aborrecida, y no había quien por ti pasase, te pondré por lozanía de los siglos.* Es aquella misma a quien se dice: *Porque te cerraré la cicatriz, y te sanaré de tus heridas, dice el Señor. Porque te llamaron, oh Sión, la echada afuera; ésta es la que no tenía quien la buscase.* Es aquella misma a quien se dice: *Desnúdate, Jerusalén, de la túnica de luto, y de tu maltratamiento; y vístete la hermosura, y la honra de aquella gloria sempiterna, que te viene de Dios. Te rodeará Dios con un manto forrado de justicia, y pondrá sobre tu cabeza un bonetillo de honra eterna. Porque Dios mostrará su resplandor en ti, a todos los que están debajo del cielo.* Es, en suma, la antigua esposa de Dios, o la casa de Jacob, arrojada de sí, en cuanto esposa, por su iniquidad y enorme ingratitud, para el tiempo en que sea llamada a su dignidad, y restituida en todos sus honores, según queda dicho y probado en el fenómeno V, artículo 3. En esta mujer y en este tiempo se verificarán plenísimamente todas las cosas que anuncia esta profecía, y tantas otras que están anunciadas bajo tantas y tan magníficas pinturas. Éste es el sistema.

21. Para ver ahora si está de acuerdo con la profecía, parece necesario seguir el orden de toda ella, explicando uno por uno todos los 18 versículos que la componen; y para mayor brevedad y claridad, pareceme bien dividir toda la explicación en algunos artículos, comprendiendo en cada uno, ya dos, ya tres versículos, y tal vez uno solo, según la necesidad.

Advertencia previa

Párrafo V

22. Para la mejor inteligencia de estos misterios, como también de todo el Apocalipsis, importaría mucho traer a la memoria lo que ya hemos notado en varias ocasiones, especialmente en el fenómeno III, párrafo V, es a saber. Primero: que el libro divino del Apocalipsis es una profecía admirable, enderezada toda a la segunda venida del Mesías. Segundo: que esta admirable profecía es toda, o casi toda, una continuada alusión a toda la Escritura, o como un extracto o análisis de la misma Escritura. Se ven principalmente estas alusiones a todo cuanto hay en ella de más singular, de más grande, de más interesante en el asunto gravísimo de la venida del Hombre Dios en gloria y majestad; comprendiendo en este asunto gravísimo, así las cosas más notables que han de preceder a esta venida, como las que la han de acompañar, como también todas sus consecuencias.

23. Si estas dos consecuencias que parecen tan claras, o no se advierten o se desprecian, ¿qué mucho se mire el Apocalipsis como la misma oscuridad? ¿Cómo se ha de entender este libro divino, si los lugares más notables a que alude frecuentísimamente, ya de los libros de Moisés, ya de los Salmos, ya de los Profetas, si estos lugares, digo, no se reciben sino en cuanto puedan ser favorables, si no se trabaja en otra cosa que en hacerlos hablar siempre a favor, o cuando menos en dulcificarlos todo lo posible?

24. El Apocalipsis, señor mío, no es tan oscuro, si se quiere atender a sus vivas y casi continuas alusiones. Toda su oscuridad, o la mayor y máxima parte pudiera pasar de la noche al día, si se estudiasen dichas alusiones y se recibiesen sin preocupación, recibiendo del mismo modo los lugares de la Escritura a donde visiblemente se enderezan. Mas como estos lugares no hablan a favor, como son absolutamente inacordables con el sistema favorable, parece una consecuencia necesaria, que así el Apocalipsis como las Escrituras a que alude, queden del todo inaccesibles, o impenetrables, contentándonos con haber sacado de ellas algunas figuras y moralidades, etc. Esta advertencia puede en adelante importarnos mucho.

Artículo I

Se explica en este sistema todo el capítulo XII del apocalipsis, versículo 1 y 2.

Párrafo VI

Y apareció en el cielo una grande señal: una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando en cinta, clamaba con dolores de parto, y sufría dolores por parir.

25. La gran señal, el prodigio, el fenómeno nuevo y admirable que aparecerá en el cielo, o a la vista de todos poco antes de la revelación del Anticristo, no es otra cosa, como decíamos, que la antigua esposa de Dios arrojada tantos siglos ha ignominiosamente de casa del esposo *con indignación y con grande ira*, y llamada entonces, recogida y congregada *con grandes piedades*. Esta esposa infeliz a quien todos miran como repudiada de Dios, no obstante que el mismo Dios asegura formalmente que no lo está, pues no le ha dado libelo de repudio; y por otra parte le tiene prometido, que la llamará otra vez a sí, y se desposará de nuevo con ella, aunque con otro nuevo pacto, y

nuevas condiciones; esta que por sus liviandades, por su desobediencia, por su enormísima ingratitud ha bebido *hasta las heces*, el cáliz de la indignación de Dios, hasta quedar como embriagada y fuera de sí; esta a quien el esposo mismo amenazó tantas veces *por sus siervos los Profetas* (y aun por su propio Hijo) con los trabajos y miserias en que actualmente se halla, y a quien del mismo modo tiene prometido otro estado infinitamente diverso, en el cual *quedarán en olvido las primeras angustias*; esta misma es, vuelvo a decir, la que aquí nos representa San Juan hacia los principios de su primera vocación, o de su futura ascunción, o de su plenitud, que son los términos precisos de que usa a este mismo propósito el Apóstol San Pablo; quiero decir, cuando el misericordioso Dios de sus padres, llegados aquellos tiempos y momentos *que puso... en su propio poder*, aplacado con su larga y durísima penitencia, y enternecido con sus lágrimas, pronuncie al fin aquellas palabras, que ya están registradas para esto mismo en el capítulo XL de Isaías. *Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, y llamadla; porque se ha acabado su afán, perdonada es su maldad; recibió de la mano del Señor al doble por todos sus pecados*. Cuando la llame, digo, o la envíe a llamar, cuando la ilumine, cuando le abra los ojos y oídos, cuando le envíe lengua erudita o lengua de disciplina y enseñanza a quien pueda oír como un discípulo a su maestro, cuando, en suma, haya concebido espiritualmente a Cristo, y Cristo se haya formado en ella, por el ministerio de la palabra, *o por el oído de la fe*; entonces se dejará ver en el cielo esta grande prodigiosa señal, entonces será bien visible, a lo menos a los que tuvieren ojos sanos, entonces se verá con admiración lo que en las Escrituras ha parecido oscuro e increíble por su misma grandeza.

26. Representase, pues, esta esposa antigua de Dios en el tiempo de su futura vocación, bajo la metáfora de una mujer, no ya pobre, miserable, desnuda, despreciable y abominable, como la ha visto todo el mundo, y como la ve aún en los tiempos de su viudez, de su desolación, de su miseria, de su oprobrio; sino vestida y engalanada con el vestido más precioso y brillante que puede caber en la imaginación, pues para explicarlo no se halla otra semejanza más propia que el mismo sol: *Una mujer cubierta del sol*. Esto parece que es lo que se promete por Malaquías: *nacerá para vosotros los que teméis mi nombre, el sol de justicia, y la salud bajo sus alas*. Saldrá a su tiempo para vosotros el sol de justicia, el cual en sus plumas, o en sus resplandores os llevará la sanidad; o de otro modo, saldrá para vosotros el sol de justicia, el cual os dará alas, y por medio de ellas la sanidad. De estas alas hablaremos más adelante. Esto es lo que dice ella misma en espíritu por Miqueas: *me levantaré cuando estuviere sentada en tinieblas, el Señor es mi luz. Llevaré sobre mí la ira del Señor, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa, y se declare a mi favor; me sacará a luz, verá su justicia*. Esto es lo que dice ella misma en espíritu en el salmo CXVII (que todo es visiblemente para este tiempo): *Dios es el Señor, y nos ha manifestado su luz*. Así, no podemos entender otra cosa por el vestido del sol de esta mujer, que la misma luz celestial, *que descende del Padre de las lumbres*; y nos parece la expresión más propia, más viva, más natural, para poder explicar de algún modo, *según las Escrituras*, aquel torrente de luces que deberán entonces inundar y circular por todas partes a la esposa, a quien el esposo mismo despierta ya misericordiosamente de su profundísimo letargo; a quien llama y convida con aquella multitud de consolaciones y anuncios alegrísimos, que ya están preparados en la Escritura de la verdad, por ejemplo, éstos.

27. *Álzate, álzate, levántate, Jerusalén, que bebiste de la mano del Señor el cáliz de su ira; hasta el fondo del cáliz dormidero bebiste, y bebiste hasta las heces... Esto dice el dominador tu Señor, y tu Dios, que peleará por su pueblo: Mira que he quitado de tu mano el cáliz de adormecimiento, el fondo del cáliz de mi indignación, no lo volverás a beber en adelante. Y lo pondré en mano de aquellos que te abatieron, y dijeron a tu alma: Encórvate, para que pasemos; y pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino a los pasajeros.*

Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sión, vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalén, ciudad del santo... Sacúdete del polvo, levántate; siéntate, Jerusalén; suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión.

Levántate, esclarecete, Jerusalén; porque ha venido tu lumbre, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti.

No temas, porque no serás avergonzada, ni sonrojada; pues no tendrás de qué afrentarte, porque te olvidarás de la confusión de tu mocedad, y no te acordarás más del oprobrio de tu viudez.

Brillarás con luz resplandeciente, y todos los términos de la tierra te adorarán.

Porque Dios mostrará su resplandor en ti, a todos los que están debajo del cielo.

28. Fuera de la vestidura del sol aparece nuestra mujer con la luna bajo sus pies. Esta similitud parece claro que no pertenece de modo alguno al ornamento y galas de la esposa. ¿Qué ornamento, qué claridad, qué nuevo esplendor puede añadir la luz de la luna en la presencia del sol, y a una persona vestida y circundada del sol? Si es para denotar como algunos piensan, un calzado correspondiente a la riqueza del vestido, en este caso la expresión *debajo de sus pies*, no parece tan propia, pues el calzado no es solamente para debajo de los pies, sino para vestirlos y cubrirlos enteramente; debiera en este caso decirse *en sus pies*; lo cual denota otra cosa mucho más inferior que el calzado mismo.

29. Parécenos, pues, siguiendo la metáfora, y buscando en ella toda la propiedad que nos sea posible, que la expresión *la luna debajo de sus pies*, no es otra cosa que una consecuencia naturalísima del estado nuevo y admirable en que se halla la mujer, esto es, vestida del sol. Si está vestida del sol, luego el sol respecto de ella está ya sobre el horizonte, y no sólo sobre el horizonte, sino en el meridiano, y aun en el zenit, perpendicular a ella misma. De otra suerte no pudiera bañarla toda con sus luces, o cubrirla enteramente a manera de vestido: *cubierta del sol*. Si el sol, respecto de ella, está en el zenit; luego respecto de ella, ya es perfecto día, luego respecto de ella ya es pasada la noche. Si respecto de ella ya es pasada la noche, luego la luna, que es un luminar menor, destinado de Dios no para el día sino para la noche, no debe estar en otra parte que bajo sus pies, como una cosa tan inútil en un día tan claro.

30. Observad fuera de esto, que esta infeliz mujer, aunque realmente ha quedado en una verdadera y perfecta noche, después que se le ha escondido el sol de justicia, *por la*

incredulidad; mas esta noche no ha sido para ella tan oscura que no haya tenido alguna luz, a lo menos del luminar menor. Quiero decir, no ha quedado en tan grandes tinieblas como estaba antes del Mesías todo el linaje humano, y como lo está hasta el día de hoy una gran parte de él, sino es la mayor. Ha conservado en esta larga noche el conocimiento del verdadero Dios; ha respetado sus leyes, y las ha observado en medio de sus tribulaciones con mayor fidelidad que en los días más serenos. Pues esta escasa luz, que hasta ahora la ha acompañado, o para no adorar otros dioses de palo y de piedra, o para no precipitarse en el ateísmo, o para observar la ley que recibió de Dios; esta luz del luminar de la noche aparecerá en aquellos tiempos bajo sus pies, como una cosa del todo inútil e inservible en medio de tantos resplandores. Dirá acaso alguno, que esta explicación tiene todo el aire de discurso predicable, y yo concederé que él tiene razón, cuando haya explicado esta metáfora: *la luna debajo de sus pies*, de un modo más propio y natural, en cualquiera otro sistema.

31. De este modo, a proporción, discurrimos de las doce estrellas que forman la corona de la mujer. Estando vestida del sol, bañada y circundada del padre de la luz, las estrellas nada pueden añadir a su esplendor; pues sabemos por la experiencia cotidiana que éstas desaparecen, o se hacen del todo invisibles en presencia del sol. ¿Qué significa, pues, esta semejanza: *en su cabeza una corona de doce estrellas*? A mí me parece esto una clara y vivísima alusión a dos lugares de la Escritura (sin considerar por ahora algunos otros). El primero es el capítulo XXXVII, versículo 9 del Génesis, o el sueño profético del patriarca José. *He visto en el sueño* (dijo inocentemente a su padre y a sus once hermanos) *como que el sol, y la luna, y once estrellas me adoraban*; donde fuera de significarse por el sol y la luna, Jacob y Raquel, se significan, con la similitud de once estrellas, los once patriarcas, hermanos de José. La duodécima estrella era el mismo José, así como en la visión de los doce manípulos, los once adoraban al duodécimo, que era el mismo José: *Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo; y como que mi gavilla se levantaba, y se tenía derecha, y que vuestras gavillas, que estaban al rededor adoraban a mi gavilla*. El segundo lugar a que alude San Juan, parece que es el capítulo XXVIII del Éxodo desde el versículo 15, donde se describe el racional del sumo sacerdote, en el cual mandó Dios a Moisés que se pusiesen doce piedras preciosas, engastadas en oro purísimo, y en ellas se grabasen los nombres de los doce patriarcas hijos de Jacob. En suma, el número doce es el jeroglífico, el distintivo, o las armas propias de la casa de Israel. Si alguno porfía en que las doce estrellas de la corona deben significar los doce apóstoles de Cristo, le responderemos por ahorrar disputas, que los doce apóstoles de Cristo son y serán eternamente hijos verdaderos y legítimos de esta misma mujer, de quien hablamos, y como tales, bien podrán formar en aquellos tiempos la corona de la madre. Mas la verdadera y propia significación nos parece que son los doce patriarcas; pues éstos son significados en la Escritura misma por doce estrellas.

32. Conocido ya (con aquella especie de conocimiento que puede caber en esto), conocido, digo, todo lo que pertenece a lo externo de esta prodigiosa mujer, esto es, el sol que la viste, la luna que tiene bajo sus pies, y las doce estrellas que forman su corona, pasemos ahora a considerar su interior, lo que encierra dentro de sí, lo cual parece el efecto, y también la causa de los resplandores que se manifiestan por de fuera.

33. Dice inmediatamente el texto sagrado, que la mujer estaba preñada, y acercándose la hora del parto, padecía terribles dolores y angustias para dar a luz el fruto de su vientre; manifestándose éstas en las voces y clamores que daba: *y estando en cinta, clamaba con dolores de parto, y sufría dolores por parir*. Parece aquí que San Juan, según sus continuas alusiones, alude por esta semejanza al capítulo XXVI de Isaías, que todo entero es un cántico admirable, que deberá cantarse en aquellos días en la tierra de Judá: *En aquel día (empieza el capítulo) será cantado este cántico en tierra de Judá*. Para saber ahora que días son éstos de que habla este Profeta, no es menester otra diligencia que leer seguidamente el cántico mismo. En él se verá, sin poder dudarlo, que el cántico, ni se ha cantado ni se ha podido cantar en todos cuantos días, años y siglos han pasado hasta la presente. Y para asegurarse todavía más, sería bueno tomarle todo su gusto, leyendo los dos capítulos antecedentes, y también el siguiente; pues todos ellos hablan manifiestamente de unos mismos misterios, y de un mismo tiempo. Este cántico nuevo y admirable, sólo compete a las reliquias de Israel, congregadas *en aquellos días, en la tierra de Judá, con grandes piedades*; pues de ellas se habla, o por mejor decir, ellas son las que hablan en espíritu en todo el capítulo XXV, y ellas mismas prosiguen hablando en el cántico del capítulo XXVI. El decir, *será cantado este cántico en tierra de Judá, esto es en la Iglesia de Cristo*, no sé que pueda contentar mucho, ni a quien lo oye, ni a quien lo dice, mucho menos si se hace cargo de todo el contexto.

34. Pues entre las cosas que en este cántico profético dicen a su Dios estas santas y preciosas reliquias, una de ellas es la que acaba de sucederles en su vocación por la bondad y misericordia del mismo Dios: *Como la que concibe, cuando se acerca el parto, dolorida da gritos en sus dolores; así hemos sido delante de ti, Señor. Concebimos, y como que estuvimos con dolores de parto, y parimos espiritualmente*; o como leen los LXX que es la versión que usaban los apóstoles *así hemos sido para con tu amado; por tu temor, oh Señor, recibimos en el vientre el espíritu de tu salud, lo hemos dado a luz y lo hemos criado*.

35. Mas este concepto metafórico, estos dolores y clamores para darlo a luz, y el parto mismo con todas sus consecuencias, ¿qué significan en ambas profecías? El parto lo consideraremos más adelante (artículo III); el concepto, y los dolores y angustias para darlo a luz, parece claro, siguiendo el mismo hilo de la metáfora que hemos comenzado. De manera, que llamada misericordiosamente del esposo la madre Sión con todas sus reliquias (las cuales, sea número determinado o indeterminado, deben ser *ciento y cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel*), iluminada o vestida de la luz celestial, que viene del Padre de las luces; abiertos los ojos, y los oídos internos, para que vea y oiga lo que hasta ahora por justos juicios de Dios no ha visto ni oído, *según las Escrituras*; le entrará la luz por los ojos, y por los oídos de la fe: *la fe es por el oído*; con lo cual, no habiendo ya impedimento alguno por su parte, *porque se ha acabado su afán, perdonada es su maldad*, concebirá al punto *en el vientre, por semejanza*, a Cristo Jesús (y este crucificado, el cual ha sido siempre para ella por culpa de sus doctores un verdadero escándalo) y Cristo Jesús se empezará a formar en ella en el mismo *vientre, por semejanza*, y allí mismo *va adelante y crece hasta el día perfecto*. Esto es claro, y no necesita más explicación.

36. Mas como no basta para la salud concebir a Cristo Jesús en el secreto del corazón, sino que es necesario parirlo, digamos así, darlo a luz, manifestar en público este concepto, y declararse por él: *Porque de corazón se cree para justicia, mas de boca se hace la confesión para salud*, llegando aquí la esposa, empezarán naturalmente las angustias, los dolores y los clamores, por las grandes dificultades, contradicciones y embarazos, que opondrán entonces la tierra y el infierno, para que quede sin efecto aquella preñez. ¡Qué persecuciones no se levantarán *en aquellos días* contra la mujer! ¡Qué extrañeza, qué disgusto, qué enfado no causará *en aquellos días*, una novedad tan importuna, en que nadie pensaba, una novedad bien capaz de alterar el público reposo, y perturbar la paz, no de Cristo, sino del mundo; *en aquellos días*, vuelvo a decir, en los cuales la caridad, y por buena consecuencia también la fe, estarán tan tibias y tan escasas, por la abundancia de la iniquidad!

37. Los primeros que se opondrán al parto de la mujer, serán verosímilmente los judíos mismos, *de todas las tribus de los hijos de Israel*; aquellos, digo, que no entrarán por culpa suya en el número de los sellados con el sello de Dios vivo; los cuales, como se dice en Zacarías, serán las dos terceras partes, cuando menos: *Y serán en toda la tierra, dice el Señor: dos partes de ella serán dispersas, y perecerán; y la tercera parte quedará en ella. Y pasaré por fuego la tercera parte, y los purificaré como se quema la plata, y los acrisolaré, como es acrisolado el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré. Diré: pueblo mío eres; y él dirá: Señor Dios mío.* Dije que los no sellados con el sello de Dios vivo serán las dos terceras partes, y añadí, *cuando menos*, porque me parece muy natural y muy conforme a otros lugares de la Escritura, que en la prueba del fuego de la tribulación, por donde ha de pasar esta tercera parte, quede mucha escoria, o estaño, que no pertenece al oro fino. Así se lo anuncia Dios por Isaías: *volveré mi mano sobre ti, y acrisolaré tu escoria hasta lo puro, y quitaré de ti todo tu estaño.* Y en otra parte se dice claramente, que después que pase por la prueba, saldrá diezmado (o dejando en el fuego de diez, uno, o como piensan otros, sacando solamente uno de diez): *se multiplicará la que había sido desamparada en medio de la tierra. Y todavía en ella la décima parte, y se convertirá, y servirá para muestra como terebinto, y como encina, que extiende sus ramos; linaje santo será, lo que quedare en ella.* Lo mismo se dice en el capítulo LXV, versículo 8.

38. Parece, pues, sumamente verosímil, que las dos terceras partes de la casa de Jacob persigan con todas sus fuerzas a la otra parte que ha creído; así como lo hicieron en los principios de la Iglesia. Mas esta persecución (en caso que suceda) apenas podrá ser como una pintura, o como una sombra, respecto de la que moverá el dragón por otra vía más corta, y con armas sin comparación mayores, que ya en aquellos tiempos tendrá a su libre disposición. Quiero decir, por medio de aquellas siete bestias y diez cuernos, de que tanto hablamos en el fenómeno III. Estas siete bestias, esparcidas por todo el mundo, estarán entonces, no solamente en amistad y buena armonía, sino en vísperas de firmar el tratado de unión o liga formal, *contra el Señor y contra su Cristo.* Ésta es la otra señal que aparece en el cielo al mismo tiempo.

Artículo II

Versículos 3 y 4

Y fue vista otra señal en el cielo, y he aquí un grande dragón bermejo, que tenía siete cabezas, y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas. Y la cola de él arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las hizo caer sobre la tierra; y el dragón se paró delante de la mujer, que estaba de parto, a fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido.

39. Representase aquí la antigua serpiente, *que se llama diablo y Satanás*, llena de vehementísimas sospechas, y por consiguiente de temores y sobresaltos, por la gran novedad de aquella mujer, a quien hasta entonces había mirado, como la mira todo el mundo, con un soberano desprecio. Lo que le da mayor cuidado, no es el sol, ni la luna, ni las estrellas; sino la circunstancia terrible de verla preñada, sin haber podido impedir este mal, y tal vez sin haberlo sabido, y sin poder ahora impedir el parto que ya va a suceder. Para remediar del modo posible un mal tan grave, y de tan pésimas consecuencias, ¿qué otro partido puede tomar, ni más pronto, ni más eficaz, que declararse con sus amigos, e implorar su socorro? Con aquéllos, digo, a quienes tiene tan obligados con toda suerte de lisonjas, halagos y servicios. A éstos, pues, recurre al punto, sin perder instante; todos los pone en movimiento, y aun se viste de ellos mismos, para agitarlos y animarlos más contra aquella mujer terrible y admirable, capaz de arruinarle todos sus proyectos. Ésta es la razón por que se deja ver en figura de un monstruoso dragón, de color rojo o lleno de fuego, de ira y furor, y con siete cabezas y diez cuernos, cuya cifra no necesita de nueva explicación, quedando bastante explicada en el fenómeno III.

40. Como si estos ejércitos fuesen todavía insuficientes para pelear contra una mujer, no dándose el dragón por seguro, por la grandeza de sus temores, bien fundados a la verdad, llama también en su socorro otra especie de soldados, mucho más peligrosos que todos los ejércitos del mundo. Trae con su cola (símbolo propio de la lisonja, del halago, de la seducción; pues como se lee en Isaías: *el profeta que enseña mentira, ése es la cola*), trae, digo, con la cola, nada menos que la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arroja a la tierra, para que le sirvan a él, en lugar de lucir en el cielo, como era su destino y obligación. Por estas estrellas metafóricas arrancadas del cielo con la cola del dragón, yo no entiendo otra cosa, sino lo que hallo en algunos autores graves, que citan y siguen en esto a San Jerónimo, y a Teodoreto. *Y la cola de él* (dice este último) *arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo... esto es, de aquellos varones príncipes de la Iglesia, no solamente políticos, sino también doctores eclesiásticos y religiosos, que a manera de estrellas brillan y se aventajan en el orbe a los demás*; lo cual no deja de concordar con lo que dijimos en otra parte, hablando de la bestia de dos cuernos (fenómeno III, párrafo IX). Es verdad que así la caída de estas estrellas, como todos los otros misterios que contiene esta profecía, la ponen estos doctores en los tiempos mismos del Anticristo; pues dicen que el príncipe San Miguel bajará del cielo, y peleará con el dragón, para defender a la Iglesia de la persecución del Anticristo, y en otra parte sobre el capítulo XII del mismo Apocalipsis, dicen que bajará a matar al Anticristo, y destruir su imperio universal; mas si se quiere atender al texto sagrado, y a todo su contexto, como debe atenderse, parece claro que en los tiempos de que se habla

en todo este capítulo XII, el Anticristo todavía no ha venido al mundo, o no se ha revelado públicamente, aunque se espera por momentos. Es necesario que la mujer de primero a luz lo que tiene dentro de sí, y después huya a la soledad, y se ponga en salvo, porque así conviene para los designios de Dios, como veremos después.

41. Armado, pues, el dragón con todas las armas, esto es, con los judíos no sellados, con la potencia terrible de las siete bestias; aunque todavía no unidas perfectamente en un solo cuerpo, y armado también con tantas estrellas que con su cola ha traído del cielo, y arrojado a la tierra, se presentará delante de la mujer que está para parir, o para impedir el parto, si esto fuese posible, o a lo menos para devorarlo luego que suceda; es decir, para hacerlo inútil o infructuoso; para impedir que tenga aquellas terribles consecuencias que con tanta razón sospecha y teme; para hacer que sea *desde el vientre trasladado al sepulcro*; para dejar, en fin, a la triste mujer en mayor soledad y desamparo, y en miseria más irremediable, aun después de un parto tan deseado, y tan esperado: *para tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido*. Mas todo esto, ¿qué quiere decir en realidad? ¿Qué misterio particular se encierra en esta similitud? Seguid la metáfora, y no tendréis gran dificultad de comprender este misterio.

42. Primeramente, se debe suponer, y se colige bien claramente del mismo texto, que el dragón, o no ha sabido, porque Dios se lo ha ocultado, como le oculta infinitas cosas, o no ha podido impedir que la mujer conciba dentro de sí a Cristo, y que Cristo se forme en ella: *la fe es por el oído*; en lo cual ha trabajado, o Elías solo; pues es éste su propio ministerio a que está destinado, o junto con Elías algunos otros operarios elegidos de Dios de entre las gentes cristianas (lo que parece no poco verosímil, así como los judíos cristianos trabajaron al principio en la conversión de las gentes). Lo segundo, se debe suponer, que en aquel tiempo y circunstancias, en que el dragón *que tenía siete cabezas, y diez cuernos*, y también *la tercera parte de las estrellas del cielo*, se presenta con estas armas terribles delante de la mujer, tampoco puede impedir su parto metafórico, esto es, que la mujer confiese públicamente su fe, y se declare públicamente por Cristo Jesús; pues este parto en aquel tiempo ya insta, ya se espera por momentos, ya va a suceder. Pues en esta constitución tan crítica, en este conflicto, en esta urgencia, ¿qué remedio? No hay otro que devorar el parto mismo, es decir, trabajar con todo el empeño posible, ya con amenazas, ya con seducción, ya con la fuerza abierta, en que la mujer se arrepienta de lo hecho; que desconozca, como si no fuese suyo, el fruto de su vientre, que acaba de dar a luz entre tantos dolores; que lo sacrifique a la pública tranquilidad; que lo niegue; que lo repruebe; que lo olvide; que rompa o desate aquella cuerda intolerable con que lo ha ligado, recibiendo en recompensa el espíritu de plena libertad; esto es, el espíritu dulce y humano *que divide a Jesús*, de que en aquellos tiempos estará llena casi toda la tierra. Para esto son sin duda aquellos ejércitos, y aquellas armas terribles de que el dragón aparece vestido como que tiene o tendrá entonces a su disposición siete cabezas y diez cuernos, en que se simboliza la fuerza y la violencia, y por otra parte innumerables estrellas, que ha arrancado del cielo con su cola, símbolo propio del engaño, y de la seducción. Esto es todo lo que puedo comprender o sospechar en aquella admirable *similitud: y el dragón se paró delante de la mujer... a fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido*. No creo que el dragón sea tan insensato, que pueda imaginarse capaz de devorar realmente el hijo mismo de que se habla.

Artículo III

Versículo V

Y parió un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios, y para su trono.

43. No obstante la vista del dragón, no obstante las legiones que tiene a su disposición, y que aparecen junto con él, no obstante los dolores y angustias, así externas como internas que por todas partes le cercan y la afligen de todos modos, la mujer da, en fin, a luz lo que encerraba dentro de sí; pare felizmente un hijo másculo, destinado a regir todas las gentes con vara de hierro, el cual luego que nace, es arrebatado a Dios, y presentado delante de su trono.

44. Dos puntos principales tenemos aquí que considerar. Primero: quién es este hijo másculo, que da a luz esta mujer entre tantas angustias y dolores. Segundo: qué misterio es éste de presentarse este hijo, luego que nace, al trono de Dios. Estos dos puntos, mucho más que todos los otros, han sido como dos murallas altísimas e inaccesibles, que han cerrado el paso a todos los intérpretes del Apocalipsis. Digo a todos, no solamente porque no tengo noticia de alguno, sino porque en el sistema ordinario me parece imposible que haya alguno que reconozca en este hijo másculo al mismo Jesucristo; no obstante de no haber otra persona ni en el cielo ni en la tierra a quien pueda competir el distintivo *de regir todas las gentes con vara de hierro*. Estas palabras son tomadas del salmo II, y se repiten otras veces en el mismo Apocalipsis, y ciertamente son inacomodables a otra persona. Del mismo modo parece imposible explicar con alguna propiedad lo que significa en el texto ser arrebatado este hijo, luego que nace, al trono de Dios. Mas en el sistema que seguimos, ambas cosas parecen tan claras, que basta sólo proponerlas, para comprender al punto que todo debe suceder así, *según las Escrituras*, y esto sin usar de violencia, ni de discurso artificial.

45. No olvidéis, señor, aquella verdad indubitable que dejamos propuesta en el párrafo IV, que aquí no se habla ni puede hablarse de madre natural ni de parto material. La mujer que pare con tantos dolores, y el parto mismo, son conocidamente una metáfora o una semejanza; mas esta semejanza no impide, antes supone, que así la madre como el hijo deben ser alguna cosa física y real, a quienes competen propísimamente estas semejanzas. Esto supuesto, decimos, lo primero, que aunque el parto de esta mujer es tan metafórico como ella misma, mas el hijo que nace, *por semejanza, que había de regir todas las gentes con vara de hierro*, no puede ser otro que el mismo Mesías Jesucristo, Hijo de Dios, e Hijo de la Virgen; no cierto concebido, y nacido, entonces material y físicamente; sino concebido y nacido espiritualmente por la fe, y nacido del mismo modo, por una pública confesión de la misma fe; concebido, digo, y nacido espiritualmente de aquella misma madre, que muchos siglos antes lo había concebido y parido sólo materialmente, y que por una suma ceguedad, efecto propio de su actual iniquidad, no había hecho la debida distinción entre este hijo de la promisión, y los otros hijos, *según la carne*; no había conocido su valor y precio infinito; antes lo había confundido con la ínfima plebe, y reputado como uno de los más inicuos de su familia, según estaba

anunciado en Isaías: *y con los malvados fue contado*. En suma, lo había concebido y parido; lo había visto y oído; lo había visto crecer dentro de su casa, *en sabiduría, y en gracia delante de Dios y de los hombres*; lo había contemplado y admirado sus obras prodigiosas; mas sin aquella fe *que justifica al impío*, y que es el principio de todos los bienes; sin aquella fe de que aquel hijo suyo que tenía delante, y que en todas sus obras y palabras manifestaba evidentemente lo que era, *según las Escrituras*, era realmente el Mesías mismo, tan deseado y suspirado por todo el cuerpo de la nación. La misma iniquidad, que tanto abundaba en aquellos tiempos en la misma nación, máximamente en el sacerdocio, fue la que cerró los ojos y los oídos, para que no viesen ni oyesen, lo mismo que veían y oían, según estaba anunciado en sus mismas Escrituras; lo cual les acordó el Mesías mismo cuando dijo, citando este lugar de Isaías: *se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis*.

46. Éste parece que es, según todas las contraseñas, aquel prodigio grande e inaudito, de que habla el mismo Isaías: *Antes que estuviere de parto, parió; antes que llegase su parto, parió un hijo varón. ¿Quién jamás oyó cosa tal? ¿Y quién la vio semejante a ésta?* De modo que la mujer de que hablamos, parió ciertamente a su Mesías muchos siglos ha; mas, ¿cómo? *Antes que estuviere de parto, parió... varón*; lo pare antes de concebirlo o conocerlo; lo parió sin dolor, antes de parirlo con dolor; es decir, lo parió sin sentimiento, sin conocimiento, sin espíritu, sin fe, etc. Por eso aquel parto no le pudo ser de utilidad alguna; antes fue por eso mismo *pedra de tropiezo, y piedra de escándalo... ¿Por qué causa? Porque no por fe, sino como por obras; pues tropezaron en la piedra del escándalo, así como está escrito*.

47. Mas cuando Dios use con esta misma mujer de aquellas grandes misericordias que le tiene prometidas; cuando la llame, *como a mujer desamparada... y como a mujer que es repudiada desde la juventud...*; cuando la recoja *con grandes piedades*; cuando la ilumine, y le abra los ojos y los oídos; cuando le envíe lengua erudita o maestros ministros de la palabra, especialmente a Elías, *quien en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas*; entonces, entrándole por los ojos la luz, y por los oídos la fe de su Mesías, lo concebirá al punto en espíritu, es a saber, con conocimiento, con fe, con estimación, con un entrañable y ardientísimo amor, y también con aquellas angustias y dolores dentro y fuera, de una verdadera y amarga penitencia, que en aquel tiempo y circunstancias serán inevitables.

48. Este parto espiritual de Sión, esta fe y confesión de fe, este reconocer y publicar públicamente y a todo riesgo, que aquel mismo Jesús a quien reprobó en otro tiempo, a quien pidió para la cruz, a quien siempre había detestado y aborrecido, etc., es su verdadero Mesías, *hermosura de justicia, y... esperanza de sus padres*; esto parece que es lo que únicamente espera Dios para juntar aquel gran Consejo, y formar aquel majestuoso tribunal, de que tanto se habla en los dos capítulos IV y V del mismo Apocalipsis, que son una manifiesta y vivísima alusión al capítulo VII de Daniel, como luego veremos. Y éste es el segundo punto que vamos a considerar.

Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.

49. Habiendo parido la mujer *un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro*, dice el texto sagrado que este hijo fue luego como arrebatado a Dios, y presentado delante de su trono. ¿Qué quiere decir esto? Sigamos en espíritu a este hijo, que acaba de nacer; sigámosle con humildad, mas sin miedo, hasta el mismo trono de Dios, y seamos testigos oculares, en cuanto pueda permitir nuestro estado presente, de lo que allí se hace, y de los misterios nuevos y admirables, que ya van a empezar. La entrada en este supremo Consejo no es tan imposible ni tan difícil, si queremos aprovecharnos de las llaves que se nos dan.

50. *Estaba mirando hasta tanto, que fueron puestas sillas, y sentose el Anciano de Días... Miraba yo, pues, en la visión de la noche, y he aquí venía como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él. Y diole la potestad, y la honra, y el reino; y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él; su potestad es potestad eterna, que no será quitada; y su reino, que no será destruido.*

51. Después de haber concluido este Profeta el gran misterio de las cuatro bestias, y llevado todo desde su principio hasta su fin, como observamos en el fenómeno segundo, vuelve cuatro pasos atrás, para referir de propósito otro misterio principalísimo, el cual, aunque tiene no poca relación con el primero, y con su fin, no había podido tener lugar, por no interrumpir los sucesos de las bestias. Este método practicado hasta ahora entre los buenos historiadores, es comunísimo, entre los profetas (y se hace mucho más notable, y casi palpable en todo el libro del Apocalipsis, como quizá demostraremos alguna vez). El misterio principalísimo de que hablo, es éste. Que junto el gran Consejo sentado en su trono *el Anciano de Días*, o el mismo Dios vivo y verdadero, y con él los otros conjueces en sus respectivos tronos (expresiones todas metafóricas, acomodadas a nuestra inteligencia), se vio luego venir como en las nubes del cielo, una persona admirable como Hijo de Hombre, el cual se encaminó directamente a dicho Consejo; y entrando en él, se avanzó inmediatamente hasta el trono de Dios, ante cuya presencia fue presentado por otros (no se dice por quiénes) *y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él*. La resulta de esta presentación al trono de Dios, fue que luego inmediatamente le dio Dios a esta persona admirable, o a este, por antonomasia, Hijo del Hombre (que así se llama él mismo frecuentemente en todos los cuatro evangelios) le dio luego inmediatamente la potestad, el honor y el reino; en cuya consecuencia natural y legítima, le servirán en adelante como súbditos suyos todos los pueblos, tribus y lenguas.

52. Sobre este lugar de Daniel puede cualquiera hacer una breve y facilísima reflexión, haciéndose a sí mismo estas dos preguntas. Primera: estas cosas que aquí se dicen, ¿se han verificado ya, o no? Si ya se han verificado, deberá mostrarse cuándo y cómo se han verificado; sin perder de vista el texto de la profecía con todo su contexto, lo cual parece tan imposible como la misma imposibilidad. Si no se han verificado hasta el día de hoy, luego debe llegar tiempo en que todas se verifiquen. Segunda pregunta: si todas estas cosas se han de verificar alguna vez, ¿cuándo podrá ser esto, sino después del parto de esta mujer? Después que dé a luz un fruto tan anunciado, tan esperado, y tan deseado, para cuyo tiempo están ya preparadas tantas riquezas en los tesoros de Dios. Comparad ahora un texto con otro, el texto de Daniel con el del Apocalipsis, y hallaréis entre ellos

una tan gran analogía, que el primero os parecerá una explicación del segundo, y el segundo la inteligencia del primero.

Texto de Daniel

53. Miraba yo, pues, en la visión de la noche, y he aquí venía como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él. Y dióle la potestad, y la honra, y el reino; y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él.

Texto de San Juan

Y parió un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios, y para su trono.

54. De manera que verificado el parto de la mujer, y nacido el hijo másculo del modo que hemos dicho, luego al punto vuela a Dios, y se presenta o es presentado delante de su trono. Si preguntamos ahora para qué fin, nos responde Daniel que es para recibir del mismo Dios públicamente en su gran Consejo la potestad, el honor y el reino; pues ésta es la resulta inmediata y única de su presentación al trono de Dios: *y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él. Y dióle la potestad, y la honra, y el reino;* no cierto *en acto primero*, como se explican los escolásticos, o *en potencia*, o *en derecho* (que de este modo lo tiene ahora, y lo ha tenido siempre), sino *en acto segundo*, o en ejercicio, que por eso se añade inmediatamente: *y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él;* con lo cual concuerda perfectamente la expresión del texto de San Juan: *que había de regir todas las gentes con vara de hierro.*

55. De aquí se sigue naturalmente, que esta potestad, este honor, este reino que en aquel tiempo se le ha de dar, al Hijo del Hombre, no lo ha recibido hasta la presente (por más que lo repugnen las ideas ordinarias que en este punto son oscurísimas). Es verdad que después de su resurrección les dijo el Señor a sus apóstoles: *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra;* mas por el contexto mismo se conoce al punto, aunque no hubiera otros fundamentos, que el Señor sólo habló de la potestad espiritual de sumo sacerdote; pues esta misma potestad es la que les comunica allí mismo a los apóstoles, en consecuencia de haberla recibido de su Padre; y prosigue inmediatamente diciéndoles: *Id, pues, y enseñad a todas las gentes, etc.* Como si dijera: se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y por esta potestad que tengo, yo os envío a todo el mundo, no a dominarlo como señores, sino a enseñarlo como maestros. Andad, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizando a los que creyeren en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y persuadiéndoles que observen todas las cosas particulares que os he mandado. ¿Quién no ve que estas palabras son propias no de un rey, sino de un sumo sacerdote, y quién no ve que estas cosas son las que únicamente pertenecen al sumo sacerdote? No por esto decimos que Jesucristo no tenga ahora plena potestad, para hacer y deshacer, según su voluntad; mas como esta voluntad es santa y bien ordenada, no se mete por ahora en otras cosas, sino en las que son propias de un sumo sacerdote. Esta plena potestad de hacer y deshacer, la tuvo aun cuando vivía en carne mortal, y, no

obstante, en toda su vida santísima no hizo otra cosa que enseñar con obras y palabras. Tan lejos estuvo de usar de la potestad de rey, que a uno que le dijo: *di a mi hermano, que parta conmigo la herencia*; le respondió con extrañeza: *Hombre, ¿quién me ha puesto por juez, o repartidor entre vosotros?*

56. Es verdad, vuelvo a decir, que después de su resurrección se fue este Hijo del Hombre al cielo, *o a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse*. Es verdad que entonces se sentó con suma gloria y honor a la diestra del Padre (no cierto en trono aparte, sino en el mismo trono del Padre, como él mismo lo dice en el capítulo III, versículo 21, del Apocalipsis: *y me he sentado con mi Padre en su trono*. Es verdad que en el cielo, *a la diestra del Padre*, está honrado y glorificado de Dios, y de todos los ángeles y santos. Está ciertamente constituido rey, y heredero universal de todas las cosas criadas; pues por él y para él se hicieron todas: *al cual* (el mismo Padre) *constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos... por quien son todas las cosas, y para quien son todas las cosas*. Mas también es igualmente verdad, que esta herencia, esta potestad actual, este reino, este honor tan propio y tan debido al Hombre Dios, hasta ahora no lo ha recibido; porque hasta ahora no se le ha dado: *Mas ahora* (decía San Pablo, y nosotros lo decimos ahora con la misma verdad) *Mas ahora aún no vemos todas las cosas sometidas a él*. Si todavía no se ven sujetas a él todas las cosas; luego todavía no ha recibido *en acto segundo* la potestad, el honor y el reino, pues la sujeción y obediencia de todas las cosas a él, debe ser una consecuencia necesaria e inmediata de su potestad, honor y reino: *En esto mismo de haber sometido a él todas las cosas, ninguna dejó que no fuese sometida a él*. Y si no, ¿qué potestad, honor y reino, se le podrá dar en aquel tiempo de que habla Daniel? Así, aunque actualmente se halla ya el Hijo del Hombre, Cristo Jesús, en estado de gloria y de impassibilidad, no por eso deja de estar al mismo tiempo en una real y verdadera expectación, hasta que llegue el tiempo en que se le dé efectivamente toda la potestad, honor y reino, de que ya está constituido heredero irrevocablemente; poniendo sobre sus hombros todo el principado, y todas las cosas bajo sus pies: *está sentado... a la diestra de Dios*, dice el Apóstol mismo, *esperando lo que resta, hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies*.

57. Para acabar de comprender con mayor claridad lo que acabamos de decir sobre este Hijo del Hombre, presentado delante del trono de Dios, abramos otra ventana, y miremos este mismo misterio con otra nueva luz. Leamos, digo, con alguna mayor atención el capítulo IV y V del Apocalipsis, en los cuales se repite manifiestamente, se explica, y se aclara todo el texto de Daniel. Combinadas estas dos Escrituras, no parece sino que ambos Profetas se hallaron presentes en espíritu a este mismo Consejo (el uno 500 años antes que el otro), y fueron testigos oculares de lo que allí se hacía, o se había de hacer a su tiempo; aunque a este último, como a discípulo tan amado, se le manifestaron en la misma visión algunas cosas más particulares.

Apocalipsis, capítulo IV

58. *Después de esto miré, y vi una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí era como de trompeta, que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y te mostraré las cosas que es necesario sean hechas después de éstas. Y luego fui en espíritu; y he aquí un*

trono, que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado... Y al rededor del trono veinte y cuatro sillas, y sobre las sillas veinte y cuatro ancianos sentados, vestidos de ropas blancas, y en sus cabezas coronas de oro, etc.

59. Lo que resta de esta profecía, que son cuando menos dos capítulos enteros, se puede ver y considerar en su misma fuente, pues yo no puedo detenerme tanto en un solo punto, cuando me llaman al mismo tiempo otros muchos de igual o mayor importancia. Para mi intento particular me basta hacer aquí una breve reflexión, comparando una profecía con otra, para que se vea, que el misterio de que hablan, es el mismo en sustancia, explicado solamente con diversas palabras, y añadidas en la segunda profecía algunas circunstancias más, que no se hallan en la primera, como es frecuentísimo en todas las alusiones del Apocalipsis.

60. Primeramente, el tiempo de que hablan, parece evidentemente el mismo. Daniel vio formarse este gran Consejo en los tiempos de su cuarta bestia, que como dijimos en su lugar, y ninguno duda ni es posible dudar, son ya tiempos muy inmediatos a la venida del Señor (y esto, sea esta bestia lo que quisieren que sea), pues los doctores mismos confiesan que éste será algún Consejo o juicio oculto, que hará Dios con sus ángeles y santos, para condenar al Anticristo, y mirar por el honor de Cristo y bien de su Iglesia; la cual explicación, aunque, respecto del misterio, es oscurísima, mas respecto del tiempo es bastante clara. Esto nos basta por ahora. San Juan nos representa este mismo Consejo y juicio conocidamente en los mismos tiempos. Lo primero, por las razones generales que quedan apuntadas en otras partes, principalmente en el fenómeno III, párrafo V, donde se dijo, y también se probó, que el Apocalipsis, especialmente desde el capítulo IV, es una profecía seguida, cuyo asunto principal es la segunda venida del Mesías; comprendidas todas las cosas más notables que la han de preceder, acompañar y seguir; lo cual no dejan de confesar, o expresa o tácitamente, en todo o en parte, casi todos los expositores. Lo segundo, porque a lo menos parece cierto que este Consejo y juicio tan solemne de que aquí se habla, no se ha formado hasta el día de hoy, pues hasta ahora no se ha visto resulta alguna de tantas y tan grandes cosas que anuncia la misma profecía, como consecuencias inmediatas de aquel mismo Consejo. Lo tercero, porque el contexto mismo nos da a conocer los tiempos, como luego veremos.

61. Daniel dice, que en los tiempos de sus cuatro bestias vio que se ponían muchos tronos, y se sentaba en ellos el juicio; primeramente Dios mismo, a quien llama *el Anciano de Días*, y después en otros tronos inferiores otros conjuces: *Estaba mirando hasta tanto que fueron puestas sillas, y sentose el Anciano de Días*. San Juan dice lo mismo con diversas palabras. En lugar de *el Anciano de Días*, dice: *sobre el trono estaba uno sentado*; y por lo que mira a los otros conjuces, señala su número preciso: *y sobre las sillas veinte y cuatro ancianos sentados*. Daniel vio millares de millares de ángeles al rededor del trono de Dios: *millares de millares le servían, y diez mil veces cien mil estaban delante de él*. San Juan no sólo vio todos estos millares de millares de ángeles al rededor del trono, sino también oyó sus voces: *Y vi, y oí voz de muchos ángeles... y era el número de ellos millares de millares*.

62. Por abreviar, Daniel nos representa una persona singular y admirable, *como Hijo de Hombre*, la cual, entrando en aquel grande y supremo Consejo, se presenta delante del trono de Dios mismo, que allí preside, y recibe de él inmediatamente la potestad, el honor y el reino: *Y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él, y diole la potestad, y la honra, y el reino; y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él.* San Juan nos representa esta misma persona singular y admirable, bajo otra semejanza, y con otras circunstancias más particulares, y todavía más admirables; esto es, bajo la semejanza de un inocentísimo Cordero que se presenta, y está en pie delante del trono de Dios: *así como muerto; como alegando el mérito infinito de su obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual recibe de mano del mismo Dios cierto libro cerrado y sellado con siete sellos que ninguno es digno de abrir ni puede abrir sino él solo.* Lo abre allí mismo a vista de aquella numerosa y respetable asamblea, que espera con vivas ansias aquel momento feliz, el cual llegado, se sigue luego inmediatamente en todo el universo una tan gran admiración, una alegría, un júbilo, una exultación tan sagrada y tan universal, que no sólo los ángeles, y los conjueces y testigos, sino junto con ellos todas las criaturas del universo, aun las irracionales e insensibles, todas claman a una voz, todas dan gloria a Dios, y se regocijan de ver abierto el libro en manos del Cordero.

63. El mismo discípulo amado, *que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas, y sabemos que su testimonio es verdadero*, nos asegura que oyó en todo el universo todas estas voces de júbilo sagrado, luego al punto que el Cordero recibió el libro *de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y lo abrió públicamente en aquel Consejo extraordinario.* Los consejeros mismos y conjueces *se postraron delante del Cordero... Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres, Señor, de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque fuiste muerto, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.* Los millares y millares de ángeles dijeron: *Digno es el Cordero, que fue muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición.* Las demás criaturas del universo clamaron a una voz: *Al que está sentado en el trono, y al Cordero: bendición, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos.* Todo lo cual concuerda admirablemente con infinitas cosas semejantes, que ya están anunciadas y preparadas para aquellos tiempos en los Profetas y en los Salmos.

64. Leed entre otros muchísimos lugares, que no podemos por ahora citar, todo el salmo LXXI, y reparad especialmente sus últimas palabras: *bendito el nombre de la majestad de él para siempre; y será muy llena de su majestad toda la tierra, así sea, así sea.* Y el salmo XCV: *Alégrense los cielos, y regocíjese la tierra, conmuévase el mar, y su plenitud; se gozarán los campos, y todas las cosas que en ellos hay. Entonces se regocijarán todos los árboles de las selvas a la vista del Señor, porque vino, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará la redondez de la tierra con equidad, y los pueblos con su verdad... Cantad alegres en la presencia del Rey, que es el Señor; muévase el mar, y su plenitud; la redondez de la tierra, y los que moran en ella. Los ríos aplaudirán con palmadas, juntamente los montes se alegrarán a la vista del Señor, porque vino a juzgar la tierra.*

Observación de este libro que abre el Cordero.

65. Llegando aquí, parece naturalísimo el deseo de saber (con aquella ciencia, a lo menos, que nos es posible en el estado presente) ¿qué libro es este que en aquel Consejo extraordinario se pone en manos del Cordero, tan cerrado y tan sellado, que ninguna pura criatura es digna ni capaz de abrirlo, sino él solo? ¿Qué libro es este que el Cordero recibe inmediatamente *de la mano derecha del que estaba sentado en el trono*; que abre allí mismo en medio de toda aquella numerosa y venerable asamblea; que la llena toda, con sólo abrirlo, de tanto regocijo y alegría, que no cabiendo en el cielo, se difunde a todas las criaturas del universo? Sin duda debe figurarse y significarse por este libro alguna cosa muy grande; pues las resultas de su apertura son tan grandes, tan extraordinarias y tan nuevas. Yo confieso que siempre he tenido el mismo deseo, pareciéndome que una vez que esto se entendiese, sería ya fácil sacar muchas y muy útiles consecuencias. Lo que sobre esto hallo en los intérpretes, hablando francamente, no me satisface; o porque no entiendo lo que quieren decir, o porque no le hallo proporción alguna con lo que dice el texto sagrado. ¿Quién podrá persuadirse, por ejemplo, después de haber considerado el texto con todo su contexto, que el libro de que aquí se habla es la misma Escritura divina? ¿Cómo y a qué propósito? Ésta, dicen oscuramente, se abrió, o se entendió con la muerte y resurrección de Cristo. Y no obstante esta supuesta apertura, digo yo: los doctores han trabajado infinito en buscar la inteligencia de la misma Escritura, diciendo las más veces unos una, y otros otra cosa sobre un mismo lugar.

66. ¿Quién podrá persuadirse que el libro de que aquí se habla es el mismo libro del Apocalipsis? ¿Cómo, y a qué propósito, cuando es cierto que no había tal libro en el mundo, en el tiempo que San Juan tuvo esta visión? Y aun prescindiendo de este anacronismo, ¿el libro del Apocalipsis es el que recibe el Cordero de mano de Dios, el que abre delante de todos los ángeles y santos, el que con su apertura llena de júbilo y regocijo al cielo y a la tierra? Ciertamente que no lo entiendo, sino es acaso que quieren decirnos que así en el Apocalipsis como en otras muchas Escrituras se nos dan grandes ideas del libro de que hablamos, y de algunas cosas de las que contiene, a lo cual no pienso repugnar. ¿Pues qué libro puede ser éste, al que competan con propiedad las cosas tan nuevas y admirables, que se dicen de él? Yo bien creo, señor, que no me preguntáis sobre las cosas particulares que están escritas en el libro; pues no ignoráis lo que se dice en el mismo texto: *no fue hallado ninguno digno de abrir el libro, ni de mirarlo*. Si ninguno es digno de abrir el libro, ni de mirarlo, ¿quién podrá decir lo que contiene? Seguramente contiene lo que dice San Pablo: *Que ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió*. Mas si sólo me preguntáis sobre el título del libro, esto es, sobre su argumento o asunto general, voy luego a proponer simplemente mi pensamiento, pidiendo no sólo atención, sino consideración y examen formal, y todo ello poniendo a un lado por un momento toda preocupación.

67. El libro, pues, de que hablamos, me parece a mí, atendidas las circunstancias, que no es otro sino el mismo Testamento nuevo y eterno de Dios, en el cual sabemos de cierto que está llamado en primer lugar, y constituido heredero, Rey y Señor universal de todo, aquel mismo Unigénito de Dios, *por quien son todas las cosas, y para quien son todas las cosas, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos*; aquel

que siendo Unigénito de Dios, *resplandor de la gloria, y la figura de su sustancia y sustentándolo todo con la palabra de su virtud*, es al mismo tiempo por su infinita dignación, el primogénito entre todos los que son, y serán llamados hijos de Dios: *que según su decreto son llamados santos... para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*. Dije en primer lugar, porque también sabemos con la misma certidumbre, que juntamente con el primogénito, *y por él... de él... y en él* están llamados a la herencia, como coherederos suyos, todos sus hermanos menores, los cuales muchos días ha, que se llaman y convidan con las mayores instancias; muchos días ha que se buscan por todas partes, y entre todas las gentes, tribus, y lenguas, para que quieran admitir la dignidad de hijos de Dios, y tener parte en la herencia de que habla el mismo Testamento nuevo y eterno; pidiéndoles de su parte solamente dos condiciones indispensables, que son fe y justicia; esto es, que crean en verdad a su Dios, y sigan sin temor alguno, obedezcan, imiten, amen, y se conformen todo lo posible con la imagen viva del mismo Dios, que es su propio Hijo: *Porque los que conoció en su presciencia, a estos también predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su hijo... Y si hijos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo... El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas?*

68. Es ciertísimo que este Testamento nuevo y eterno de Dios, tan anunciado en las antiguas Escrituras, está ya hecho muchos tiempos ha; está firmado irrevocablemente; está sellado y asegurado *por dos cosas infalibles, en las cuales es imposible que Dios falte*, esto es, con la palabra de Dios, y con la sangre del Cordero, con la sangre del Hombre Dios, *la sangre del nuevo (y eterno) Testamento*, así como el Antiguo Testamento que era solamente *por algún tiempo, y como ayo que nos condujo a Cristo*, se selló y aseguró con la sangre de animales: *Porque Moisés habiendo leído a todo el pueblo todo el mandamiento de la ley, tomando sangre de becerros, y de machos de cabrío con agua, y con lana bermeja, y con hisopo; roció al mismo libro, y también a todo el pueblo, diciendo: Ésta es la sangre del Testamento que Dios os ha mandado*. Mas aunque este Testamento de Dios, nuevo y eterno, está ciertamente hecho, aunque está firmado y asegurado irrevocablemente; parece del mismo modo cierto e indubitable, que todavía no se ha abierto, sino que está cerrado y sellado, hasta que llegue el tiempo de abrirse. Lo que ahora llamamos Testamento nuevo, esto es, las nuevas Escrituras, canónicas, auténticas, divinas, que se han hecho después del Mesías, no son, propiamente hablando, el Testamento mismo, son solamente la noticia, el anuncio, el convite general que se hace a todos los pueblos tribus y lenguas, para que concurran todos los que quisieren a la gran cena, y procuren entrar en parte del Testamento nuevo y eterno de Dios; verificando cada uno en sí mismo aquellas dos condiciones que se piden a todos, y a cada uno en particular; esto es, fe y justicia. Estas nuevas Escrituras se llaman con mayor propiedad *el Evangelio del reino*, que es el nombre que dio el Mesías a la misión y predicación de los apóstoles: Evangelio, o anuncio, o buenas nuevas del reino, el cual reino es todo lo que contiene el Testamento mismo. No hay, pues, razón alguna para confundir la noticia de estar ya hecho el Testamento de Dios, nuevo y eterno, con el Testamento mismo. La noticia es cierta y segura, y sobre esta certidumbre y seguridad, se trabaja muchos siglos ha, en que todos la crean y se aprovechen de ella; mas el Testamento mismo ninguno lo ha leído hasta ahora, y ninguno es capaz de leerlo; ya

porque ninguno es capaz de entender *lo que ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió*; ya principalmente porque está todavía en manos de Dios, cerrado y sellado, con siete sellos, hasta que lleguen los tiempos y momentos, *que el Padre puso en su propio poder*; hasta que se ponga el Testamento en manos del Cordero; hasta que el Cordero mismo rompa los sellos; hasta que lo abra públicamente en el supremo y pleno Consejo de Dios mismo y con esto entre jurídicamente en la posesión actual de toda su herencia, con el *hágase, hágase*, o con el consentimiento y aclamación, deseo, y júbilo, y exultación unánime de todo el universo.

69. En efecto, ¿qué quiere decir presentarse el Unigénito de Dios, *como hijo de hombre, como Cordero, así como muerto*; presentarse, digo, delante del trono de su divino Padre en aquel Consejo extraordinario, y en aquel tiempo de que vamos hablando; recibir de mano del Padre un libro cerrado y sellado, que ninguno puede abrir sino él solo; abrirlo allí públicamente en presencia de Dios, y a vista de todos los ángeles, y de todos los conjuces y testigos; llenarse de admiración, y de un júbilo extraordinario con la apertura del libro, así los conjuces y testigos, como todos los espíritus angélicos; postrarse todos llenos de verdadera devoción, de agradecimiento, y del más profundo respeto, delante del trono de Dios, y también delante del Cordero mismo; alabar a Dios, bendecirlo, y darle gracias, por lo que acaba de suceder, esto es, porque ha puesto ya el libro en manos del Cordero, y el Cordero lo ha abierto a vista de todos, y manifestado todos sus secretos; conocer, y confesar todos unánimemente, que el Cordero, *que fue muerto*, es realmente digno de todo aquello que ha recibido con el libro, y está encerrado en el mismo libro? ¿Difundirse esta exultación y júbilo sagrado desde aquel supremo Consejo a todas las criaturas del universo? ¿Oírse al punto las voces de todos, que gritan y aclaman a una voz: *Al que está sentado en el trono, y al Cordero: bendición, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos*? ¿No es esto manifiestamente una confirmación o una relación más extensa, y más circunstanciada del texto de Daniel?

70. Una persona admirable, *como Hijo de Hombre* (dice este Profeta), llegó como de las nubes del cielo, y entrando sin impedimento ni oposición alguna en el gran Consejo de Dios, se presentó o fue presentado delante de su trono, y allí recibió de mano de Dios la potestad, el honor y el reino: *y he aquí* (son sus palabras) *venía como Hijo de Hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el Anciano de Días, y presentáronle delante de él. Y dióle la potestad, y la honra, y el reino; y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él*. San Juan dice que este mismo Hijo del Hombre, presentado delante del trono de Dios en figura de Cordero, *así como muerto*, recibió de su mano un libro cerrado y sellado, que sólo él podía abrir, que lo abrió allí mismo a vista de todos los conjuces y testigos, con admiración, y exultación de todos; y en consecuencia inmediata de esta apertura del libro, todos se postraron delante de Dios y del Cordero, diciendo: digno es el Cordero, *que fue muerto*, de recibir el honor y la gloria, la virtud y la potestad, la bendición, la sabiduría, la fortaleza, etc. Decidme ahora, señor mío, con sinceridad: ¿no es éste el mismo misterio de que habla Daniel? ¿No es esto decirnos manifiestamente, que recibiendo el Cordero un libro de mano de Dios, recibe en él la potestad, el honor y el reino? ¿No es esto decirnos manifiestamente que recibiendo el libro y abriéndolo, se halla ser el Testamento de su divino Padre, en que lo constituye y declara *heredero de todo*? ¿No es esto decirnos manifiestamente, que junto con el libro, y el libro mismo, se le da la

posesión actual de toda su herencia; esto es, la potestad, el honor y el reino? Si no es esto, ¿a qué propósito son tantas voces de júbilo y regocijo, con que resuena todo el universo a sola la apertura del libro? Considérese todo esto con más formalidad, y examínese con mayor atención. Yo no puedo detenerme más en esta consideración, porque me llama a grandes voces la mujer misma que acaba de parir espiritualmente este hijo másculo, este Hijo del Hombre, este Cordero; la cual después del parto queda en la tierra en grandes conflictos.

71. Volviendo ahora al punto particular que dejamos suspenso, lo que decimos y concluimos es: que a este mismo Consejo extraordinario, a este mismo trono de Dios de que habla Daniel, y de que habla San Juan, será arrebatado y presentado el hijo másculo de nuestra mujer metafórica, luego al punto, que se verifique su nacimiento también metafórico; luego al punto, digo, que esta celeberrima mujer, vestida ya del sol, lo conciba por la fe, y lo dé a luz por una pública confesión de la misma fe: *Y parió un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios, y para su trono; pues según todas las ideas que no dan las Santas Escrituras, parece que esto sólo se espera, para dar a este hijo de esta mujer, a este Hijo de Dios, a este Hijo del Hombre, a este Cordero que fue muerto, toda la potestad actual, todo el honor efectivo y real, y todo el reino y principado universal, que por tantos títulos se le debe, y de que ya está constituido heredero en el Testamento nuevo y eterno de su divino Padre. Por consiguiente, no se espera otra cosa para poner en sus manos este libro, o este Testamento, y para comenzar a ponerse en ejecución lo que en él se contiene.*

72. Entonces, señor mío, y sólo entonces se empezarán a ver los grandes y admirables misterios que contiene el Apocalipsis, y a verificarse sus profecías, las cuales, digan otros lo que quisieren, hasta ahora no se han verificado, no digo todas, o muchas, pero ni una sola. Entonces se revelará, se manifestará, o saldrá a la pública luz, con todas sus piezas y resortes, aquella gran máquina, o aquel gran misterio de iniquidad, que llamamos Anticristo, el que se está formando tantos tiempos ha, y en nuestros días vemos ya tan adelantado y tan crecido.

Artículo IV

Capítulo XII, versículo 6

Y la mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días.

73. Habiendo la mujer dado a luz, aunque con grandes angustias y dolores, lo que encerraba dentro de sí; habiendo volado a Dios, y a su trono el fruto de su vientre, *que había de regir todas las gentes con vara de hierro; mientras se obraban los misterios grandes y admirables que acabamos de observar, y otros más que observaremos luego; fuera de otros infinitos que al hombre no le es lícito hablar; dice el texto sagrado, que la mujer huyó luego inmediatamente a la soledad, donde Dios le tenía preparado un lugar cómodo y seguro para que allí viviese, y se le diese el sustento necesario y conveniente por espacio de 1260 días, que son puntualmente 42 meses, y según el calendario antiguo*

tres años y medio, tiempo necesario que debe durar la gran tribulación del Anticristo entre las gentes, y en que debe pervertirlas casi enteramente, como se dice en todo el capítulo siguiente y también en el evangelio.

74. Parece moralmente imposible comprender bien lo que aquí se nos dice, si no advertimos, o si hacemos poco caso de la alusión tan clara y tan sensible que contienen estas pocas palabras. Si no volvemos, digo, los ojos a los tiempos pasados, trayendo a la memoria aquel célebre suceso de que se habla en el libro del Éxodo, al cual aluden también frecuentemente los Profetas, cuando anuncian la vocación futura de Israel, como hemos observado, y todavía hemos de observar.

75. Cuando Dios determinó dar a su pueblo aquella ley que llamamos *escrita*; cuando determinó entrar el en pacto y sociedad pública con este pueblo; cuando se dignó sublimarlo a la dignidad de esposa, y celebrar solemnísimamente aquel contrato en que ambos quedaron ligados y obligados perpetuamente; fue conveniente ante todas cosas sacar de Egipto a este pueblo o a esta esposa; redimirla del cautiverio, esclavitud y miseria en que entonces se hallaba; separarla enteramente del trato y comunicación de aquella gente supersticiosa; y conducirla en primer lugar, aun a costa de prodigios inauditos, al desierto y soledad del monte Sinaí. Fue conveniente tenerla por algún tiempo en aquella soledad, sustentándola *en alma y cuerpo*, con maná del cielo, para que allí, libre de toda ocupación, desembarazada de todo otro cuidado, y lejos de toda distracción, pudiese oír quietamente la voz de su Dios, y ser enseñada e instruida, así en el rito y ceremonias del nuevo culto, como en todas las otras leyes que debía observar.

76. Del mismo modo podemos discurrir y discurrirnos confiadamente, *según las Escrituras*, que sucederá cuando llegue aquel tiempo feliz anunciado con tan magníficas expresiones por los Profetas de Dios; cuando llegue aquel tiempo feliz de la vocación, conversión, congregación y asunción de las reliquias preciosas de este pueblo, y de esta esposa, a quien todos miran como repudiada y abandonada; cuando esta antigua esposa de Dios, no repudiada, sino castigada, afligida y penitenciada por su enorme ingratitude, conciba en espíritu, y dé a pública luz aquel mismo hijo infinitamente amable y apreciable, que en otros tiempos había parido, *según la carne*, sin haber querido, hasta la presente, reconocerlo por lo que es, ni distinguirlo del resto de los hombres.

77. Entonces, pues, sacará Dios segunda vez de Egipto, o *de todas las tierras* a su antigua esposa: *y será en aquel día, extenderá el Señor su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo, que quedará de los Asirios, y de Egipto... y de las islas del mar. Y alzará bandera a las naciones, y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro playas de la tierra... Y habrá camino para el resto de mi pueblo, que escapare de los Asirios* (esto es, al residuo de las diez tribus), *así como lo hubo para Israel en aquel día, que salió de tierra de Egipto*. Entonces sacará Dios a su antigua esposa de todas las tierras y naciones donde él mismo la tiene dispersa, desterrada, cautiva y llena de todo aquel oprobrio y confusión, que ella misma se ha merecido. Entonces la sacará con los mismos o mayores prodigios con que la sacó de Egipto; pues así le está anunciado y prometido en casi todos los Profetas: *según los días de tu salida de la tierra de Egipto, le haré ver maravillas* (o como leen los LXX: *ved las*

maravillas). Lo verán las gentes (prosigue), y serán confundidas con todo su poder. Y por Jeremías se les dice a estas santas reliquias: no dirán ya más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto. Sino: Vive el Señor, que sacó, y trajo el linaje de la casa de Israel de tierra del Norte, y de todas las tierras, a las cuales los había yo echado allá; y habitarán en su tierra.

78. De la huida de esta mujer al desierto, y de sus ocupaciones en aquella dulce soledad, hablamos de propósito en el capítulo VIII; y como no es preciso seguir el orden mismo de la profecía, San Juan toca aquí este misterio sólo en general, y al punto lo deja, o lo reserva para mejor lugar, substituyendo otro misterio no menos grande, que debe suceder en el mismo tiempo, sin cuya noticia no se puede entender bien el misterio de la huida de la mujer, y de su habitación en la soledad. Sigamos, pues, el orden del texto sagrado, que sin duda alguna es el más conveniente y el mejor.

Artículo V

Capítulo XII, versículos 7, 8 y 9

Y hubo una grande batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles. Y no prevalecieron éstos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él.

79. Esta batalla célebre entre San Miguel y sus ángeles, y el dragón y los suyos, parece clarísimo por todo el texto sagrado, y por todo su contexto, que debe suceder después del parto no menos célebre de la mujer vestida del sol, y después que el hijo másculo, que había de regir todas las gentes con vara de hierro, haya volado a Dios, y presentándose delante de su trono. Asimismo parece clarísimo por todo el contexto, que la batalla debe darse únicamente por causa de la mujer, y en consecuencia de su parto, el que el dragón no pudo impedir, ni pudo devorar. En este supuesto no arbitrario, sino cierto, claro y perceptible a todos, no tenemos necesidad alguna, antes nos puede ser de sumo perjuicio, divertirnos a otras cosas, o falsas, o a lo menos inciertas, dejando entre tanto sin explicación, y aun sin atención, un suceso o un misterio tan grande, como debe ser esta batalla. Los intérpretes del Apocalipsis (hablo de los literales, que de los otros no hay para qué hablar) recurren aquí para decir algo, y llenar con esto algunos vacíos, a aquel caos oscurísimo o impenetrable del pecado y castigo de los ángeles malos, imaginando y dando luego por cierta la imaginación, que cuando el gran príncipe Satanás, abusando de su libertad y de los dones del Criador, se rebeló en el cielo contra Dios, trayendo a su partido (como dicen) la tercera parte de los ángeles, se le opuso lleno de verdadero celo otro príncipe no menos grande, que la Escritura llama *Miguel*, a quien se agregaron las otras dos terceras partes de los espíritus angélicos. Con esto, encendidos los unos con un verdadero celo de la honra de Dios y los otros en ira y furor, trabaron entre sí una gran disputa, que pasó naturalmente a una verdadera batalla, en la que Miguel y sus fieles compañeros vencieron a Satanás y a sus rebeldes, y los arrojaron del cielo a la tierra; esto es, al infierno.

80. Si preguntamos ahora por curiosidad, ¿de qué fuentes, de qué archivos públicos o secretos se han sacado una noticia como ésta?, parece más que probable que con esta sola pregunta deban quedar, aun los más eruditos, en un verdadero y no pequeño embarazo. Este suceso que suponen por cierto (podemos decirles) precedió ciertamente a la creación del hombre, o mucho o poco, según varios modos de pensar; pues de la Escritura divina nada consta. Por otra parte, es igualmente cierto que lo que ha pasado, o puede pasar entre los entes puramente espirituales, no es del resorte del hombre, *aun cuando fuese de una ciencia perfecta*; son estas cosas muy superiores a su limitada inteligencia. Es verdad que pueden llegar a su noticia, mas no por otro conducto que el de la Revelación divina, cierta y segura. ¿De aquí se sigue legítimamente, que si el suceso de que hablamos no nos lo ha revelado Dios en sus Escrituras, podremos no solamente no creerlo, sino reprobarlo como apócrifo? A esta pregunta o consulta no hay duda que responden; mas la repuesta no es otra que remitirnos, como quien está de prisa, a este mismo lugar del Apocalipsis que ahora observamos. Mas este lugar del Apocalipsis, ¿de qué tiempos habla, de pasados o de futuros? ¿Es una historia, o una profecía? Es profecía, dicen, que anuncia innegablemente para otros tiempos todavía futuros una grande y terrible entre los ángeles malos y buenos. Mas esta batalla futura que se anuncia, alude a la que se dio en el cielo entre los mismos ángeles antes de la creación del hombre. ¡Oh, válgame Dios! ¿No es esto, propiamente hablando, *responder por la cuestión*? Para que un suceso cierto y seguro (sea presente o futuro) aluda o pueda aludir a otro suceso semejante ya pasado, es necesario que aquel suceso ya pasado, sea igualmente cierto y seguro, y que esto esté *por otra parte* bien probado, con aquella especie de prueba que pide el asunto. Esta proposición parece un axioma, y lo es en realidad. ¿Quién no se reiría, por ejemplo, de un historiador que nos refiriese ahora una gran batalla naval entre africanos y europeos, sucedida en los tiempos anteriores a Noé? Y si preguntado de dónde había tomado una noticia tan plausible, nos remitiese a la historia romana; si nos asegurase e hiciese ver en esta historia la batalla naval entre cartaginenses y romanos, sucedida en la primera guerra púnica; si nos asegurase con formalidad, que esta batalla naval alude, o aludió a otra semejante, que sucedió en los tiempos antediluvianos: ¿sobre este solo fundamento pudiéramos creer aquella noticia? Aplíquese pues la semejanza.

81. No me parece conveniente disimular aquí lo que algunos autores no ordinarios, ni de la clase inferior, han discurrido para confirmar, o fundar de algún modo posible aquella noticia. Éstos nos remiten al capítulo primero del Génesis, donde nos hacen observar aquellas palabras del versículo 4. *Y vio Dios la luz que era buena. Y separó a la luz de las tinieblas. Y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche*; las cuales palabras consideradas profundamente pueden tener (dicen) fuera de su sentido literal, este otro sentido: vio Dios la fidelidad y bondad del príncipe Miguel y de todos los ángeles que eligieron con él la mejor parte, y aprobando esta fidelidad, y canonizándola por buena, los dividió de los ángeles infieles: *Y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche*; esto es, a los primeros les dio el nombre de día, *esto es*, les dio la luz y claridad de la visión beatífica. Y a los segundos los llamó noche, *esto es*, los arrojó de sí a la noche eterna del infierno. La sustancia de lo que aquí se dice, es una verdad de la que el texto no habla, y en donde se echa menos (porque sin duda no se ha podido más) la batalla entre los ángeles fieles e infieles. Si proseguimos ahora leyendo en esta inteligencia, este lugar del Génesis, hallamos a pocos pasos que aquellos dos luminares que crió Dios, uno para el

día, y otro para la noche, su destino a lo menos secundario sería éste: que el sol sirviese a los ángeles buenos, y la luna a los malos. Y aquellas palabras del salmo CXXXV: *El sol para presidir el día... La luna y las estrellas para presidir la noche*, podrán también tener este sentido: que el sol tenga potestad o influya sobre los ángeles buenos, y la luna y estrellas sobre los malos, etc.

82. Hablando ahora simple y sencilla o seriamente, que parece un mismo modo de hablar, es ciertísimo que en todas las Santas Escrituras, no se halla ni una sola palabra de donde poder inferir, ni aun sospechar aquella supuesta batalla sucedida en el cielo, *al principio de la creación*, entre los ángeles buenos y malos; ni el pecado de unos, ni sus consecuencias; ni el tiempo y medios que les dio Dios, o que no les dio de penitencia, etc. Nada de esto sabemos por la Revelación, y si nada sabemos por la Revelación, ¿por cuál otro conducto lo podremos saber? Al paso que ésta nos habla frecuentísimamente de los ángeles buenos, y también de los malos, de los servicios reales que nos hacen los unos, y de los perjuicios igualmente reales que nos hacen los otros, y que nos desean y procuran hacer a todas horas; a este mismo paso observa un profundísimo silencio sobre la caída de los ángeles malos, y sobre las causas y circunstancias de su reprobación; o porque esta noticia no nos es necesaria, o lo que parece más verosímil porque en el estado presente no somos capaces de entender lo que pasa, o puede pasar entre criaturas puramente espirituales. A éstas no las concebimos, sino bajo aquellas especies poco justas, que nos prestan nuestros sentidos.

83. Nos basta, pues, saber en el estado presente dos cosas de gran importancia. Primera: que hay ángeles, o criaturas puramente espirituales, a quienes llamamos con este nombre general, los cuales son buenos, santos, píos, benéficos, bien aventurados, que *siempre ven la cara de mi Padre*, que presentan a Dios nuestras oraciones, que nos socorren y ayudan en nuestras tentaciones y necesidades, que nos procuran todo el bien posible, como que son, o todos o muchísimos de ellos, según la voluntad del Padre celestial, *enviados para ministerio en favor de aquellos que han de recibir la heredad de salud*. Segunda: que hay también ángeles malos, perversos, inicuos, malignísimos, arrojados para siempre de la gracia y amistad de Dios, sin duda por el mal uso que hicieron de su libertad, y de los dones de su Criador, mientras fueron viadores, los cuales no cesan de perseguirnos, de insidiarnos, y también de acusarnos ante el tribunal del justo juez; pidiendo y alegando contra nosotros, por el mal uso que también hacemos de nuestra libertad, de nuestra razón, de nuestra fe, y de tantos bienes naturales y espirituales que hemos recibido. Estas dos cosas nos basta saber, y nos fuera una cosa utilísima el saberlas bien, y mucho más el aprovecharnos de esta noticia. La ciencia de otras cosas más particulares no nos toca, ni nos es necesaria, ni asequible en el estado presente.

84. Concluida esta digresión, no del todo inútil, entremos ya a observar de propósito el lugar del Apocalipsis, que dejamos suspenso. Para cuya inteligencia no tenemos necesidad alguna de suposiciones arbitrarias, ni de discursos artificiales. El mismo texto y contexto de esta profecía nos abre el camino fácil y llano. No tenemos que hacer otra cosa, sino seguirlo; advirtiendo bien y llevando presente estas dos verdades, no menos necesarias que innegables.

85. Primera: que el dragón y sus ángeles, no obstante de estar privados para siempre de la gracia y amistad de Dios, tienen todavía algún acceso a él, real y personal; pueden todavía llegar a Dios, presentarse delante de su tribunal, hablar con él, pedir y acusar, alegar, etc. Esto parece claro por las Escrituras, y me parece que ninguno lo niega, ni lo duda. Consta del capítulo II de Job. Consta del capítulo XXII del libro III de los Reyes. Consta del capítulo XXII, versículo 31, del Evangelio de San Lucas, y consta de este mismo lugar del Apocalipsis, versículo 10, como veremos en el artículo siguiente. Este acceso a Dios, que ha tenido y tiene todavía el dragón y sus ángeles, no es para adorarlo y honrarlo como a su criador y Señor, ni para gozar de su vista, ni para amarlo como a sumo bien; todo esto es infinitamente ajeno de su estado presente, y aun contrario a sus inclinaciones. Según las ideas que sobre esto nos dan las Escrituras, sólo podemos concebir este acceso a Dios de los espíritus malignos, como el que tiene acá en la tierra cualquier hombre privado, por vil que sea, a su rey o príncipe en su consejo o tribunal de justicia. Si el tribunal procede como debe, oye, o admite cualquiera acusación, de cualquier acusador que sea; y si después de bien examinada, se halla verdadero el delito en el acusado, no puede menos de dar la sentencia contra él, según lo alegado y probado, aunque por otra parte deteste y abomine al vil acusado. Esta ley, como fundada en la recta razón, se ha practicado universalmente en todos tiempos y en todas las naciones, aun las menos civiles; y se practicará mientras hubiere en el mundo recto juicio.

86. Ahora pues, como el gobierno y justicia de los hombres, que como saben o deben saber todos los cristianos, *de Dios son ordenadas*, es una imagen o una emanación de la justicia y gobierno de Dios, podemos decir seguramente que lo mismo sucede a proporción en el sacrosanto y rectísimo tribunal del sumo Dios, respecto de Satanás y de sus ángeles. Si a éstos se les concede acceso a Dios, como a justo juez, por razones que no son de nuestro resorte, es consiguiente que se admita la acusación. Si ésta se admite, es consiguiente que se examine, o que se vea si es verdadera o falsa. Si se halla verdadera, innegable e indisimulable, es consiguiente y aun necesario que se dé luego la sentencia contra el culpado, aunque el acusador haya procedido con intenciones tan perversas, como las puede tener el mismo Satanás; pues en un juicio justo, o en un recto tribunal de justicia no se atiende a la intención buena o mala del acusador, sino solamente a la verdad o falsedad de la acusación. La mala intención tendrá a su tiempo su juicio y su sentencia.

87. La segunda cosa que debemos advertir aquí y no olvidar, es aquel Consejo extraordinario y juicio supremo, de que hablamos en el artículo IV, el cual, como se dice expresamente en Daniel, se debe abrir en aquellos tiempos, para quitar a los hombres toda la potestad que habían recibido, y de que tanto han abusado: *Y se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado, y perezca para siempre. Y que el reino, y la potestad, y la grandeza del reino que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo*. En el cual supremo Consejo se sienta, en primer lugar, en su trono el *Anciano de Días*, y en sus tronos respectivos otros conjuces. En que asisten millares de millares de ángeles, prontos a ejecutar lo que allí se ordena. En que se presenta el Mesías mismo, según Daniel, *como Hijo de Hombre*; y según San Juan, *un Cordero así como muerto*. En que *tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono*, según dice San Juan; y según Daniel, *recibe la potestad, y la honra, y*

el reino, etc. Este Consejo o Juicio supremo que se abre, como queda notado, después del parto de la mujer, persevera abierto y en continua operación, todo el tiempo que la mujer misma está retirada en la soledad, es decir, los mismos cuarenta y dos meses que debe durar entre las gentes la gran tribulación del Anticristo, o del misterio de iniquidad, ya consumado y revelado, hasta que del mismo Consejo o tribunal supremo se desprenda la piedra, y se encamine directamente hacia la estatua, hiriéndola *en sus pies de hierro, y de barro*; hasta que el Hijo del Hombre o el Cordero mismo, Cristo Jesús, llegada aquella hora y momentos, *que puso el Padre en su propio poder*, y que espera con las mayores ansias el cielo y la tierra, vuelva a ésta *después de haber recibido el reino* con toda aquella gloria y majestad con que se describe en el capítulo XIX del mismo Apocalipsis.

88. Esta verdad no sólo se colige, sino que se ve con los ojos, leyendo con alguna mediana atención el mismo Apocalipsis, desde el capítulo IV, hasta el XIX. Después de abierto aquel Consejo extraordinario, y sentado el juicio, *para quitarle el poder, y que sea quebrantado, y perezca para siempre*; después que el Hijo del Hombre, o el Cordero supremo se presenta en dicho juicio, y recibe el libro de mano de Dios mismo, etc., se ve y se palpa en el Apocalipsis que de este mismo Consejo y juicio supremo empiezan luego a salir, y prosiguen saliendo, hasta la venida del Señor, nuevas, repetidas y casi continuas órdenes contra la tierra, contra la bestia en especial, contra los adoradores de la bestia, contra los que traen ya en la frente o en las manos su carácter, o su nombre, o el número de su nombre; todo lo cual, como queda notado en otra parte, no es otra cosa que el *reniego* o la formal apostasía. De este Consejo o juicio se ven salir primeramente, conforme se van abriendo los siete sellos del libro, aquellos siete misterios cuya inteligencia, aunque la ignore por la mayor parte, mas no ignoro que son verdaderos males, y verdaderas plagas, *para estos que moraban sobre la tierra*. De este Consejo o juicio se ven salir aquellos cuatro ángeles, *que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra... a quienes era dado poder dañar a la tierra, y a la mar*.

89. De este Consejo o juicio, después de abierto el último sello del libro, y habiendo precedido un silencio como de media hora, se ven salir luego inmediatamente siete ángeles, a quienes *les fueron dadas siete trompetas*, a cuyo sonido y a cuyas voces sucesivas van sucediendo y efectuándose en la tierra aquellas siete plagas horribles de que se habla en los capítulos XIII y IX y parte del X. De este Consejo o juicio se ve salir un ángel con un incensario en la mano lleno de brasas de fuego, las cuales arroja sobre la tierra: *y fueron hechos truenos, y voces, y relámpagos y terremoto grande*. Poco después se ven salir del mismo Consejo otros siete ángeles, cada uno con su fiala o redoma, en las cuales llevan *las siete plagas postreras. Porque en ellas es consumada la ira de Dios*; y a quienes se dice: *Id, y derramad las siete copas de la ira, de Dios sobre la tierra*. De este Consejo o juicio, después de sustanciada la causa, y dada la sentencia, sale también la orden de su ejecución contra la grande Babilonia, que allí mismo *vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino de la indignación de su ira*; la que se ve ya en aquel tiempo, sentada sobre la bestia, y no obstante llena de presunción y seguridad vanísimas, diciendo dentro de su corazón: *Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto*. De todo lo cual se habla difusamente en los dos capítulos XVII y XVIII y parte del XIX. En suma, de este Consejo o juicio supremo se ven salir tantas, tan nuevas, tan inauditas órdenes contra la tierra, que cualquiera las puede observar fácilmente, si lee

con cuidado el divino libro del Apocalipsis, desde el capítulo IV en que se abre el Consejo y empieza la visión hasta el XIX en que se ve bajar del cielo en su propia persona el Rey de los reyes.

90. Supuestas y advertidas bien estas dos verdades, esto es, el acceso que tienen todavía a Dios los ángeles malos, y el Consejo o juicio extraordinario que se ha de abrir en los tiempos de que hablamos, con esto sólo queda fácil y llana la inteligencia de este misterio particular. La batalla de San Miguel y sus ángeles, con el dragón y los suyos, debe de ser una consecuencia muy natural del estado nuevo a que ha pasado la mujer después de su parto.

91. Ya hemos visto desde el artículo II las sospechas, los temores e inquietudes del dragón, al ver una tan gran novedad en aquella misma mujer, a quien hasta entonces había mirado con el mayor desprecio. Estas sospechas y temores crecen y se aumentan hasta llegar al supremo grado, al verla realmente preñada y ya para parir. Hemos visto las diligencias que hace, y los expedientes que toma (haciendo entrar a todo el mundo en sus propios intereses, y tocando al arma por todas partes contra esta mujer), para impedir desde sus principios las resultas terribles de su preñez y de su parto. Hemos visto sus deseos y esfuerzos inútiles para devorar el parto mismo, ya que no le es posible el impedirlo, es decir, para que la mujer después del parto se arrepienta de lo hecho, para que niegue y renuncie, desconozca y olvide enteramente el fruto mismo de su vientre, que acaba de dar a luz entre tantas angustias. Hemos visto que la mujer, no obstante los artificios y las violencias del dragón, *parió un hijo varón, que había de regir todas las gentes con vara de hierro*; que este hijo suyo voló al punto a Dios, y se presentó delante de Dios y de su trono; que allí recibió de su mano un libro cerrado y sellado; que lo abrió allí mismo con admiración y júbilo plenísimo de todo el universo, etc. Hemos visto, en fin, que la mujer después del parto, quedando victoriosa de tantos enemigos, se retira del mundo, y se encamina a la soledad.

92. Pues en este conflicto tan importuno y terrible, ¿qué remedio? En la tierra ninguno aparece. Todos se han tomado, y todos se han frustrado. No hay, pues, otra esperanza que acudir al cielo. ¿Al cielo? ¿El dragón acudir al cielo contra una mujer manifiestamente protegida del cielo? ¿Contra una mujer que ha creído, y que ha confesado públicamente su fe? Sí, dice el dragón, al cielo. No nos queda ya otra áncora que arrojar al mar, para evitar el cierto naufragio. Al cielo, al tribunal del justo Juez. Hasta ahora se han oído y despachado a nuestro favor todas las acusaciones que hemos hecho contra esta mujer (lo cual no ignora Dios), que ha sido en todos tiempos la más infiel, la más ingrata, la más vil y perversa de todas las mujeres. Puede ser que seamos oídos y atendidos también esta vez. No perdamos tiempo, vamos al cielo, presentemos contra ella nuevas acusaciones, y si éstas no se admiten, presentemos juntas, sin olvidar una sola, todas las antiguas, que son gravísimas y casi infinitas. Consolado un momento con estos pensamientos, y lisonjeado con estas esperanzas, se encamina al punto para el cielo, seguido de todos sus ángeles, y abandonado por entonces todo otro interés. Como el que lleva no sufre dilaciones, ninguna otra cosa es capaz de detenerlo, ni aun de divertirle. No obstante que halla mudado en el cielo todo el teatro; no obstante que halla otro nuevo tribunal y juicio, cuyas puertas halla cerradas; no por eso se turba, ni pierde el ánimo ni las esperanzas; se

presenta a estas puertas pidiendo audiencia, y pretendiendo con aquel orgullo y audacia que es su propio carácter, que se le dé entrada, como siempre, para proponer y hacer valer sus acusaciones; y también, si acaso esto le es posible, para investigar lo que allí se trata. No penséis, señor, que éste es alguno de aquellos vanos fantasmas que finge la imaginación, y que se desvanecen más presto de lo que se formaron. De más de ser una cosa naturalísima, en que por otra parte no se halla repugnancia alguna, todo esto lo veréis claro en el artículo siguiente, y bien expreso.

93. Estando pues, el dragón y sus ángeles, como tumultuando, digámoslo así, o como batiendo atrevidamente las puertas de aquel nuevo juicio, se levanta por orden de Dios el príncipe grande San Miguel, seguido de innumerables ángeles, y sale fuera a reprimir aquella audacia: *Y en aquel tiempo*, se le dice a Daniel, capítulo XII, *se levantará Miguel, príncipe grande, que es el defensor de los hijos de tu pueblo*. De este texto hablaremos luego. El dragón furioso pretende entrar de grado o por fuerza, San Miguel le resiste constantemente. El dragón clama grandes voces ser oído en juicio, pues trae acusaciones gravísimas contra la mujer que acaba de parir; San Miguel no cede un punto, antes lo trata, no sólo de inicuo, sino de falso delator, pues la mujer a quien viene a acusar ya no es la que era delante de Dios, sino otra infinitamente diversa; ya no es aquella ingrata e infiel, aquella dura, pérfida y rebelde; sino otra fiel, humilde, bañada en lágrimas de verdadera penitencia, que ha despertado de su letargo, que reconoce sus delitos, que los detesta y abomina, que, en fin, ha concebido y ha parido, esto es, ha creído y ha confesado públicamente a su Mesías, en medio de tantas oposiciones, angustias y dolores, y lo adora y ama sobre todas las cosas. Por tanto, si trae nuevas acusaciones, éstas son evidentemente falsas. Si no trae otra novedad que sus antiguos delitos, ya éstos están sobradamente castigados *de herida de enemigo con cruel castigo*. Ya ha recibido esta miserable *de la mano del Señor al doble por todos sus pecados*. Ya estos pecados están perdonados, y arrojados *en el profundo de la mar*.

94. En esto creciendo por momentos el fervor, y no siendo probable que ceda alguna de las partes, se viene fácilmente de las palabras a las obras, y de las razones a la fuerza de las armas. Se traba, digo, entre el príncipe Miguel y el dragón, y entre los ángeles del uno y del otro una verdadera batalla, del modo que puede haberla entre puros espíritus; no solamente con voces intelectuales, o meras razones, sino también con violencia, y con fuerza real; lo cual aunque no comprendemos cómo pueda ser, mas esto sólo prueba que somos pequeños, y nuestras ideas muy escasas para poder salir de los entes puramente materiales, y pasar a entender cómo obran los puros espirituales. Nuestro estado presente no alcanza a tanto. Esperamos otro estado mejor en que todo nos será inteligible. *Y hubo una grande batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles*. En esta verdadera batalla, no pasada, sino todavía futura, deben quedar el dragón y sus ángeles plena y perfectamente vencidos, deben todos ser arrojados a la tierra irresistiblemente, y quedar privados desde entonces *para siempre* del acceso que tenían a Dios como a justo juez, para acusar, alegar y pedir contra los hombres: *Y nunca más fue hallado su lugar en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel dragón, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fue arrojada en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él*.

95. Esta célebre batalla debe ser sin duda un suceso gravísimo, y de gravísimas consecuencias, pues está anunciado para aquellos tiempos con tantas, tan claras y tan magníficas expresiones. En ella deberá decidirse, y quedar decidida la suerte de la mujer, por lo cual ciertamente se pelea según todo el contexto; esto es, si esta ha de quedar enteramente libre, o sujeta de algún modo a las violencias, asechanzas, artificios y máquinas del dragón; lo que parece que interesa igualmente al cielo, a la tierra y al infierno.

Texto de Daniel, capítulo XII

96. Entendido ya el misterio de esta gran batalla, sus causas, sus fines, sus circunstancias del tiempo y del lugar, etc., se entiende al punto con ideas clarísimas todo el capítulo XII de Daniel, al cual alude manifiestamente, y no sólo alude, sino que lo explica y aclara toda esta profecía admirable, contenida en el capítulo XII del Apocalipsis.

Y en aquel tiempo (se le dice a Daniel) se levantará Miguel príncipe grande, que es el defensor de los hijos de tu pueblo; y vendrá tiempo, cual no fue desde que las gentes comenzaron a ser hasta aquel tiempo. Y en aquel tiempo será salvo tu pueblo, todo el que se hallare escrito en el libro... (de los escogidos...) Muchos serán escogidos, y blanqueados, y probados como por fuego (o como por medio del fuego); etc.

97. Sobre este texto de Daniel debemos reparar, lo primero, que aquí se dice clara y expresamente, que el príncipe grande San Miguel está señalado de Dios por príncipe y protector del pueblo de Israel. Lo mismo se dice en el capítulo X, versículo último: *Miguel que es vuestro príncipe*. Esta circunstancia o esta advertencia, ¿para qué puede aquí añadirse, si la expedición de San Miguel, o el *se levantará Miguel*, no es por causa de este mismo pueblo, y para defenderlo y protegerlo? Debemos reparar lo segundo, el tiempo preciso de que aquí se habla: *En aquel tiempo se levantará Miguel príncipe grande, que es el defensor de los hijos de tu pueblo*. Este tiempo se presenta de suyo sin otra diligencia que abrir los ojos; basta leer el texto para conocer, sin poder dudar, que es el tiempo mismo de la vocación y ascensión futura de Israel, de que habla San Pablo, y de que hablan casi todos los Profetas. Pues de este mismo tiempo se le dice a Daniel: *Y en aquel tiempo será salvo tu pueblo, todo el que se hallare escrito en el libro (de los escogidos)*; y se añade poco después, que muchos de este pueblo serán elegidos y dealbados, y probados como por el fuego; los cuales son visiblemente aquellos mismos de que hablamos hacia el fin del artículo I, de quienes se dice en Zacarías: *Y pasaré por fuego la tercera parte, y los purificaré como se quema la plata, y los acrisolaré como es acrisolado el oro...* ¿Y éstos son otros que los que aparecen en el Apocalipsis, sellados en la frente con el sello de Dios vivo?

98. Debemos observar lo tercero, que este tiempo de la batalla de San Miguel con el dragón, o del *se levantará Miguel*, debe preceder necesaria y evidentemente a la tribulación del Anticristo, así por el texto del Apocalipsis, como por el texto de Daniel; pues expresamente se dice a este Profeta, que después de la expedición de San Miguel en consecuencia de lo que ha de haber (lo que aquí se calla y se revela en el Apocalipsis) se

seguirá en la tierra un tiempo tan tenebroso, tan terrible, cual nunca se ha visto en todos los siglos anteriores: *Y vendrá tiempo, cual no fue desde que las gentes comenzaron a ser*; que es la expresión misma de que usa el Señor en el evangelio hablando de la tribulación del Anticristo: *Porque habrá entonces grande tribulación, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva*. Todo lo repite San Juan, y lo trae a la memoria en esta misma profecía que ahora observamos al verso 12 y 17 como luego veremos.

99. De aquí se sigue legítimamente, que la explicación que hasta ahora se ha dado, así al texto de Daniel, como al de San Juan, diciendo que el *se levantará Miguel*, o su batalla con el dragón será para defender a la iglesia de la persecución del Anticristo, esta explicación, digo, que es la común entre los intérpretes literales, no puede subsistir; la repugnan y contradicen unánimemente ambas profecías; la de Daniel por lo que acabamos de decir, y queda dicho más difusamente en el apéndice al fenómeno IV; la del Apocalipsis, porque en ella se ve claro, que el dragón vencido y arrojado a la tierra, no pudiendo alcanzar a la mujer que huye, la que ha sido la causa de su desgracia presente, convierte todas sus iras contra lo poco que habrá entonces de verdadera Iglesia cristiana: *se fue a hacer guerra contra los otros de su linaje (de la mujer), que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo. Y se paró sobre la arena de la mar*. Con lo cual, saliendo del mar la bestia de siete cabezas y diez cuernos, y de la tierra la bestia de dos cuernos, empieza desde luego la gran tribulación del Anticristo, y se revela todo el misterio de iniquidad, como se anuncia en todo el capítulo siguiente.

100. No siendo, pues, ni pudiendo ser esta batalla de San Miguel con el dragón para defender a la Iglesia de la persecución del Anticristo, que todavía no ha empezado, es consiguiente que sea otro el misterio. Yo propongo otro que es el que acabo de explicar. Cualquiera que repugnare esta sentencia o inteligencia, deberá producir otra mejor, que sea más propia, más seguida, más natural y más conforme a las Escrituras.



Artículo VI

Versículos 10, 11 y 12

Y oí una grande voz en el cielo, que decía: Ahora se ha cumplido la salud, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo, porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y no amaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual regocijaos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de la tierra, y de la mar, porque descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo!

101. Vencido el dragón en la batalla, arrojado a la tierra con todos sus ángeles, y privado para siempre del acceso que tenía a Dios, se oye luego en el cielo una gran voz, como de aclamación y júbilo universal, que dice: ahora sí que está hecha, o concluida la salud (modo de hablar, difícil de trasladar bien de una lengua a otra). Ya están vencidos, como si dijera, los mayores impedimentos que había, para que se manifieste la virtud, y el reino de nuestro Dios, y la potestad de Cristo, porque ha sido arrojado para siempre del tribunal del justo Juez, el perpetuo acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche en la presencia del Señor; ellos lo han vencido finalmente por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio.

102. Estas voces de júbilo universal, que se oyen en el cielo inmediatamente después de la victoria de San Miguel, denotan y prueban, lo primero, el grande y ardientísimo deseo que tienen los habitantes del cielo, ángeles y santos, no obstante la gloria de que gozan, de que llegue y se manifieste plenamente el reino de Dios y la potestad de Cristo. Denotan y prueban, lo segundo, el acceso libre que tiene el dragón y sus ángeles al tribunal de Dios para acusar a los hombres y pedir contra ellos, especialmente cuando son culpados: *el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche*. Denotan y prueban, lo tercero, que el reino de Dios y la potestad de Cristo no pueden manifestarse, o no se manifestarán mientras no se verifique la conversión de Israel, tan anunciada y prometida en las Escrituras. Así, les dijo el Señor en cierta ocasión: *No me veréis hasta que digáis con verdad: bendito el que vino en el nombre del Señor*; y todo lo demás que ya está escrito y anunciado en salmo CXVII, de donde son estas palabras. Por eso, convertido Israel, y arrojado del tribunal de Dios el acusador, que ya no tiene de qué acusar, se alegra todo el cielo diciendo: *Ahora se ha cumplido la salud, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo, porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos...*

103. Convertidos, pues, éstos en aquellos tiempos de que hablamos, desarmarán en esto a su acusador, lo vencerán, y pondrán la victoria en manos de San Miguel, el cual sin este subsidio no pudiera vencer, ni pensar en dar la batalla; mas no lo vencerán, prosigue el texto, sino por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio. Es decir, que la sangre misma del Cordero, que ellos derramaron, y que con tanta imprudencia se echaron sobre sí, y sobre toda su posteridad, clamando a grandes voces: *Sea crucificado... Sea crucificado... Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre*; esta sangre preciosa que hasta ahora ha clamado y clama contra ellos, como clamaba la del justo e inocente Abel contra su impío y cruelísimo hermano, que la derramó sin otra causa, sino porque *sus obras eran malas, y las de su hermano buenas*; esta sangre, digo, de infinito valor, clamará en aquellos tiempos, no contra ellos, sino a su favor; intercederá por ellos; los reconciliará con Dios; y los lavará enteramente de todos sus iniquidades antiguas y nuevas: *y ellos le han vencido por la sangre del Cordero*. A esta sangre preciosa deberá atribuirse aquella victoria; mas para que esta sangre les pueda aprovechar, les será necesario poner alguna cosa de su parte, como es necesario a todo cristiano; pues no todo ha de ser a costa del buen Jesús. Les será necesaria la palabra del testimonio del mismo Jesús, o del mismo Cordero, es a saber, declararse públicamente por él, confesarlo *delante de Dios y de los hombres*, por su verdadero Mesías, hijo de David, hijo de Dios; y defender su fe, y confirmar este testimonio con su vida y sangre sin temor alguno. Lo

cual, aunque en todo tiempo es necesario a todo fiel cristiano, mas en aquel tiempo y circunstancias será necesario con especialidad, pues como se colige claramente de las palabras que se siguen, la persecución de la mujer, de que hablamos en el artículo II, no quedará solamente en palabras, o en amenazas y temores, sino que pasará hasta el derramamiento de no poca sangre: *y no amaron sus vidas hasta la muerte*. Y las primicias *para Dios, y para el Cordero*, de que se habla en el capítulo XIV, son buena prueba de que no faltarán en aquellos tiempos Faraones, o Herodes, que sacrificarán a sus pasiones la sangre de los inocentes.

104. Este gran suceso de la conversión de Israel y de la batalla de San Miguel, debe ser sin duda de grandes consecuencias, y producir alguna grande y extraña novedad. Las voces que se oyen en el cielo, luego después de la batalla, muestran clarísimamente que van luego a seguirse cosas muy grandes, y de sumo gozo para los habitantes del cielo; *por lo cual regocijaos, cielos, los que moráis en ellos*; aunque por otra parte van también a seguirse por breve tiempo otras cosas no menos grandes, mas de sumo trabajo y tributación para los habitadores de la tierra. Así, concluyen con las mismas voces diciendo: *¡Ay de la tierra, y de la mar!, porque descendió el diablo a vosotros con grande ira, sabiendo, que tiene poco tiempo*. Las cosas que deben luego seguirse en la tierra, por la ira grande con que baja el dragón después de vencido, se notan brevísimamente en lo que resta de este capítulo; y después más en particular y más por extenso en los siete capítulos siguientes.

Artículo VII

Versículos 13 y 14

Y cuando el dragón vio que había sido derribado en tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón. Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar, en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente.

105. Viéndose el dragón arrojado a la tierra irresistiblemente, cortadas las alas para volar al cielo, y privado para siempre del acceso libre que tenía al tribunal de Dios; entra con esto en vehementes sospechas, o en una certidumbre más que moral de que su fin debe estar ya muy cerca. Digo su fin, no respecto de su ser natural, sino respecto de su libertad para hacer mal a los hombres, que parece su pasión dominante. Este pensamiento terrible que debía naturalmente hacerlo caer de ánimo, entristecerlo y oprimirlo, éste es el que lo hace más diligente, llenándolo de nuevo odio, y de mayor furor contra Dios, contra Cristo, y contra todo cuanto le pertenece; y desea por consiguiente emplear bien aquel poco tiempo, sin perder un solo momento. Y, en primer lugar, la mujer *que parió el hijo varón*, es la que llama todas sus atenciones, como que ella ha sido la que ha arruinado sus proyectos con un parto tan importuno; y como que ella misma ha sido la causa de su desgracia y humillación actual.

106. A ésta, pues, se resuelve, y se dispone a perseguir de todos modos y con todas las máquinas imaginables, o para arruinarla y aniquilarla del todo, o, a lo menos, para no

dejarla gozar tranquilamente del fruto de su vientre. Pero se engaña el infeliz, y su mismo furor apaga u oscurece la luz de su razón. La mujer que voy a perseguir (debía decirse a sí mismo) no es ya la que era; no es aquella antigua, sino otra muy nueva; se ha renovado y mudado del todo, principalmente después del parto, *por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio*; ya tiene de su parte al Omnipotente, y a su lado a su príncipe Miguel. ¿Qué podré yo hacer contra ella, que no recaiga sobre mí? Acercarme a ella personalmente, no es posible, sin trabar otra nueva batalla con su príncipe y protector, para lo cual ya no hay caudal ni fuerzas, aunque sobre rabia y furor. Esta breve y fácil reflexión debiera contener al astuto dragón, y hacerlo desistir de una empresa no menos peligrosa que inútil; mas el orgullo y la cólera son siempre muy malos consejeros. Resuelto, pues, a perseguirla a todo trance, y conociendo bien que por sí mismo nada puede, vuelve a vestirse de aquellas armas con que apareció vestido antes del parto de la mujer, *a fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido*; vuelve, digo, a animar de nuevo sus siete cabezas y diez cuernos (todavía no unidos perfectamente en un solo cuerpo moral; pero ya bien dispuestos a esta unión); vuelve a tocar al arma en toda la tierra con mayor prisa y empeño, contra la terrible mujer, cuyo parto inopinado lo ha reducido a tantas angustias: *Y cuando el dragón vio que había sido derribado en tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón.*

107. Bien pudiera Dios, sólo con quererlo, defender a la mujer por otra vía más corta, de las máquinas del dragón, y hacer inútiles todos sus conatos; así como pudo defender a su propio Hijo de las asechanzas de Herodes, sin enviarlo desterrado a Egipto. Mas el altísimo y sumo Dios, que no sólo es omnipotente, sino también sabio y prudente, con aquella su infinita sabiduría que *alcanza de fin a fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad*, observará entonces con la mujer perseguida la misma conducta suave y fuerte, que observó en otros tiempos con el perseguido infante: *el Rey de los judíos que ha nacido*. Cuando Herodes, turbado con la gran novedad, que llevaron los Magos a Jerusalén, *diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido?*, determinó buscarlo y sofocarlo en la cuna, dispuso su divino Padre que huyese a Egipto, y allí se estuviese oculto hasta su tiempo, para cuya huida le dio dos alas como de águila grande, proporcionadas al estado de infancia en que actualmente estaba; es a saber, a su misma Madre santísima, y a San José. Estas dos alas lo condujeron en sumo silencio, y con una suavidad admirable al lugar que Dios le tenía preparado, y allí lo ocultaron de Herodes todo el tiempo que duró su destierro, hasta que difunto Herodes, se les dio orden de volver a la tierra de Israel, donde ya no había por entonces perseguidores: *porque muertos son los que querían matar al niño.*

108. De este modo mismo, cuando la mujer de que vamos hablando, *en los días de su mocedad*, se vio tan cruelmente perseguida del rey de Egipto, y buscada de tantos modos para la muerte, dispuso y ordenó esta misma prudentísima sabiduría, suave y fuerte, que la joven mujer saliese luego de Egipto, y huyese a los desiertos de Arabia, para lo que le dio también dos alas como de águila grande, esto es, dos grandes y célebres conductores, Moisés y Aarón, que con prodigios inauditos la condujeron al desierto, y allí la sustentaron con el pasto conveniente todo el tiempo de su peregrinación. Con sola la memoria de este gran suceso se hace luego visible, y aun salta naturalmente a los ojos la alusión del texto del Apocalipsis a la salida de Egipto, y especialmente al capítulo XIX

del Éxodo, versículo 4. Compárense entre sí ambos lugares, y se hallará entre ellos una perfecta conformidad. Después de pasado el Mar Rojo, y estando ya todo Israel en el desierto del monte Sinaí, les dice el Señor estas palabras:

Texto del Éxodo

109. *Vosotros mismos habéis visto lo que he hecho a los Egipcios, de qué manera os he llevado sobre alas de águilas (o como lee la paráfrasis caldea, como sobre alas de águila) y tomado para mí.*

Texto del Apocalipsis

Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar.

110. De manera que así como en otros tiempos remotísimos, cuando se dignó Dios mismo de sublimar a esta joven a la dignidad de esposa suya, la sacó primero de la esclavitud de Egipto, *con mano robusta (y fuerte)* y la condujo *sobre alas de águilas (o como sobre alas de águila)*, a la soledad del monte Sinaí, donde se celebraron solemnísimamente los desposorios; así sucederá a proporción en otros tiempos todavía futuros de que tanto hablan las Escrituras, cuando el mismo misericordioso Dios, compadecido de sus trabajos, y aplacado con tantos siglos de durísima penitencia, se digne de llamarla segunda vez, *como a mujer desamparada y angustiada de espíritu, y como a mujer que es repudiada desde a la juventud*; aunque bajo otro testamento, u otro pacto nuevo y sempiterno. Entonces renovará el Señor aquellos antiguos prodigios, y obrará otros mayores para sacarla de la opresión y servidumbre, no ya de sólo Egipto, sino de las cuatro plagas de la tierra, y para poseerla segunda vez: *Y será en aquel día; extenderá el Señor su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo*; y para que salga de su actual servidumbre, y pueda huir con más facilidad, le dará también otras dos alas como de águila grande con que pueda volar otra vez a la soledad, le dará otros dos conductores muy semejantes a Moisés y Aarón, y proporcionados al nuevo ministerio.

111. Qué alas, o qué conductores serán éstos, no lo podemos asegurar de cierto, sino cuando más por vía de congruencia, o de sospechas aunque vehementísimas. La primera ala o el primer conductor parece ciertamente el profeta Elías. Lo que de él está escrito en el Eclesiástico, en Malaquías y en el Evangelio, es un fundamento que excede la pura verosimilitud, y casi toca en la evidencia. Este hombre extraordinario está todavía vivo, sin haber pasado por la muerte, por donde debe pasar en algún tiempo. Está reservado únicamente, según las Escrituras, para bien de los judíos, o de los hijos de Israel en general, esto es, como se dice en el Eclesiástico: *para aplacar la ira del Señor, para reconciliar el corazón del padre con el hijo, y restituir las tribus de Jacob*. Lo mismo en sustancia se dice en Malaquías: *He aquí yo os enviaré al profeta Elías, antes que venga el día grande y tremendo del Señor. Y convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres*. Todo lo que confirmó y explicó más el Hijo de Dios diciendo: *Elías en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas*. Según esto, parece más que probable que el profeta Elías ha de ser uno de los conductores o una de las alas.

112. La gran dificultad está en conocer con la misma verosimilitud la segunda ala, o el segundo conductor: *Y fueron dadas a la mujer dos alas*. No hay duda que aquel antiquísimo profeta, *Enoc, que fue el séptimo después de Adán*, está todavía vivo como Elías, sin que sepamos ni del uno ni del otro el lugar determinado donde se hallan, pues la Escritura Santa ya dice *en el cielo, ya al paraíso*, palabras más generales que particulares. *Y anduvo con Dios* (dice de Enoc), *y desapareció; porque le llevó Dios*; y como añade la paráfrasis Caldea, *ni aun murió con Dios*. Mas en el Eclesiástico se lee: *fue trasladado al paraíso*. Y de Elías se dice: *subió Elías al cielo en un torbellino*. Este texto del Eclesiástico es el único en toda la Escritura por donde podemos conocer el destino de Enoc, o el fin para que Dios le tiene reservado: *Enoc agradó a Dios, y fue trasladado al paraíso, para predicar a las gentes penitencia*. Por estas últimas palabras es fácil comprender que el destino de este santo hombre no es para los judíos, como el de Elías, sino para las gentes; o sea para los tiempos terribles de la tribulación del Anticristo (como se infiere, del capítulo XIV, versículo 6 del Apocalipsis), o sea para las gentes que quedaren vivas en la tierra, después de la venida del Señor, como es ciertísimo que han de quedar, *según las Escrituras*, de lo que hablaremos más de propósito a su tiempo. Por esta razón, o por este destino del santo Enoc, *para predicar a las gentes penitencia* (que es lo único que hallamos de él en toda la Escritura), no veo cómo pueda ser la otra ala, o el otro conductor de nuestra mujer, con la cual no tiene otra relación que la que tiene el común padre de todos los hombres.

113. Los intérpretes del Apocalipsis, exceptuando algunos pocos, sienten o sospechan comúnmente, que aquellos dos testigos *vestidos de sacos*, de quienes se habla en el capítulo XI que se han de oponer a la bestia, y ser perseguidos y muertos por ella, etc., serán Elías y Enoc; mas por el contexto mismo es fácil conocer que estos dos testigos están tan lejos de significar dos personas singulares e individuales, como lo está la bestia misma, a la que se han de oponer, y que los ha de perseguir hasta la muerte. Basta leer atentamente lo que se dice de estos dos testigos, desde el versículo 7, hasta el 14, para mirarlos como dos cuerpos religiosos y píos, o como dos congregaciones de fieles ministros de Dios; los cuales, llenos de su divino Espíritu, se deberán oponer por providencia suya a la general iniquidad: *Y daré a mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos*. A éstos, prosigue el texto, perseguirá furiosamente la bestia; pero Dios los protegerá visiblemente con prodigios extraordinarios, hasta que llenen los días de su profecía, y entonces serán vencidos o muertos por la bestia misma, con alegría y aplauso universal de los habitantes de la tierra: *Y los moradores de la tierra se gozarán por la muerte de ellos, y se alegrarán; y se enviarán presentes los unos a los otros, porque estos dos profetas atormentarán a los que moraban sobre la tierra*. Después de vencidos y muertos (concluye el texto) sus cuerpos yacerán *insepultos* por tres días y medio en las plazas de la ciudad grande, que se llama espiritualmente Sodoma y Egipto. Estas palabras parecen la llave de todo el misterio. Si los dos testigos son dos personas singulares, ¿no basta para sus dos cadáveres una sola plaza? ¿Dos solos cadáveres han de estar tendidos en las plazas de una ciudad tan grande?

114. Ahora, ¿qué ciudad es esta que merece el nombre de Sodoma y Egipto? ¿No se conoce por estas contraseñas, que se dice ciudad, así como se dice Sodoma y Egipto, esto

es, *por semejanza, no por propiedad*? ¿No es éste el modo de hablar de todo el libro divino del Apocalipsis? Muchos doctores graves, reparando bien en estas expresiones y modo de hablar, son de parecer que aquí no se habla de alguna ciudad determinada (ni de Jerusalén futura, ni de Roma futura, según diversos modos de pensar) sino generalmente de todo el mundo o de toda la tierra; pues aunque el texto añade: *donde el Señor de ellos fue también crucificado*; esta circunstancia no es menos verdadera, hablando de todo el orbe de la tierra, que hablando sólo de Jerusalén; fuera de que el Señor no fue crucificado en la ciudad de Jerusalén, sino fuera de ella. Yo me conformo casi enteramente sobre este punto con el parecer de estos doctores; y digo, casi enteramente porque no me parece necesario darle una gran extensión a esta ciudad metafórica, que es llamada espiritualmente Sodoma y Egipto. Basta considerar su grandeza dentro de aquellos límites (bien espaciosos y celeberrimos) donde han florecido los cuatro grandes imperios, de que hablan las Escrituras; donde ha florecido el cristianismo, y donde florecerá en otros tiempos con increíble vigor el anticristianismo. De los otros países de nuestro globo, de aquellos principalmente de quienes dice Dios por Isaías: *que no oyeron de mí, y no vieron mi gloria*; de quienes dice en el mismo Isaías: *Porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos; como si algunas pocas aceitunas, que quedaron, se sacudieren de la oliva; y algunos rebuscos, después de acabada la vendimia. Éstos levantarán su voz, y darán alabanza; cuando fuere el Señor glorificado, alzarán la gritería desde el mar; de aquéllos de quienes se habla en Daniel: Y vi que había sido muerta la bestia... Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y se les habían señalado tiempos de vida...* de estos países, digo, gentes y lenguas, tenemos que decir cuatro palabras en otra ocasión más oportuna, pues ya ésta parece una verdadera digresión.

115. Volviendo ahora a nuestros dos testigos, considerados como dos cuerpos morales, decimos en suma y brevísimamente, que de ellos deberán salir todos o los más de aquellos mártires que todavía faltan para completar el número de los correinantes; de los cuales se dice expresamente en el capítulo XX, que han de resucitar en la venida de Cristo, juntamente con los otros mártires más antiguos: *y las almas de los degollados... y los que no adoraron la bestia... y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no entraron en vida. Así, cuando a la apertura del cuarto sello del libro claman las almas de los mártires pidiendo justicia de su sangre derramada por Cristo, se les da a cada uno una estola blanca, que parece un nuevo grado de gloria, con la noticia de estar ya muy próxima su resurrección: Y fueron dadas a cada uno de ellos unas ropas blancas; y se les dice, que descansen y esperen todavía un momento, mientras se completa el número de sus consiervos y hermanos, que van luego a ser muertos como ellos lo fueron.*

116. Aunque por las razones que acabo de apuntar me parece que el santo Enoc no es la segunda ala que se ha de dar a la mujer, no por eso me atrevo a negarlo del todo; pues los dos ministerios, el uno de dar penitencia a las gentes (o antes o después de la venida del Señor), y el otro de conducir las tribus de Israel a la soledad, no son absolutamente incompatibles. No obstante, siguiendo la alusión que parece tan clara, a la salida de Egipto, se halla fácilmente una gran semejanza y proporción entre Moisés y Elías, y no es fácil hallar alguna entre Aarón, y Enoc. Si se me pregunta ahora, ¿quién será, o quién podrá ser esta segunda ala, según las Escrituras? Respondo con verdad que no lo sé. Las

sospechas que sobre esto tengo, aunque vehementísimas, no me atrevo a proponerlas aquí. Esto sería excitar inoportunamente una disputa inútil, capaz de distraernos a otra cosa, y hacer olvidar el asunto principal. Por ahora basta decir, que esta segunda ala, compañera de Elías, como lo fue Aarón de Moisés, será infaliblemente la que Dios ya tiene elegida.

Artículo VIII

Versículos 15 y 16

Y la serpiente lanzó de su boca en pos de la mujer agua como un río, con el fin de que fuese arrebatada de la corriente. Mas la tierra ayudó a la mujer; y abrió la tierra su boca, y sorbió el río que había lanzado el dragón de su boca.

117. Estas cuatro palabras como la corriente de un gran río, nos llevan naturalmente, sin poder resistirlo, al paso del mar Rojo. Si se lee con esta advertencia el capítulo XIV del Éxodo, en él se halla la explicación de todo lo que aquí nos dice San Juan, en él se entienden al punto las dos metáforas de que usa. Primera: el agua como río que sale con violencia de la boca del dragón para alcanzar a la mujer que huye, para detenerla y hacerla volver atrás. Segunda: la boca que abre la tierra en favor de la mujer fugitiva, tragándose todo el gran río de agua que va contra ella. Leído este capítulo del Éxodo, no necesitamos de más explicación; todo el enigma queda disuelto.

118. Cuando la mujer misma de que hablamos, *en los días de su juventud*, viéndose tan perseguida y afligida en Egipto, voló hacia el desierto sobre las dos alas como de águila que se le dieron, ¿qué hizo Faraón? Yo voy, señor, a referir este gran suceso con la misma metáfora, y con las mismas expresiones y palabras de que usa San Juan, sin otra alteración que poner *Faraón*, donde dice *Dragón*, y *mar* donde *tierra*. Ved si podéis dejar de entenderme. Viendo Faraón que los hijos de Israel huían efectivamente de Egipto, y se encaminaban para el desierto, ayudados y conducidos por aquellas dos alas que Dios les había dado, lleno de un nuevo furor o indignación, arrojó de su boca una gran copia de agua, como un gran río, para alcanzar por este medio a los fugitivos, y hacerlos volver a su servicio: *y Faraón lanzó de su boca agua como un río, con el fin de que fuesen arrebatados de la corriente*. Pero el mar ayudó a los hijos de Israel, porque abriendo su boca, se tragó toda el agua que Faraón había echado de la suya. ¿No lo entendéis? Confrontad ahora esta metáfora con el texto mismo del Éxodo, y veréis toda la propiedad. Dice Moisés que luego que Faraón supo de cierto que huía todo Israel hacia el desierto, se inmutó su corazón y con él toda su corte: *mudose el corazón de Faraón y el de sus siervos*; y sin perder tiempo dio luego orden a sus capitanes que juntasen todos sus ejércitos, y él mismo montando en su carro hizo que le siguiesen seiscientos carros escogidos: *y todos los carros que se hallaron en Egipto, y los capitanes de todo el ejército*. ¿Para qué todo este aparato? Para seguir a Israel que huye, y hacerlo volver a su servicio: *con el fin de que fuese arrebatado de la corriente*. Veis aquí, pues, el gran río de agua que Faraón arrojó de su boca, esto es, por orden y mandato suyo, exprimido con su palabra. Si acaso extrañáis que los ejércitos de Faraón se expliquen con la metáfora de un río de agua, podéis traer a la memoria que en Isaías se usa de la misma metáfora para

anunciar la venida de los ejércitos del rey de Asiria contra todo Israel: *Por esto he aquí que el Señor traerá sobre ellos aguas del río fuertes y abundantes, al rey de los Asirios, y todo su poder; y subirá sobre todos sus arroyos, y correrá sobre todas sus riberas.*

119. Dice más Moisés, que estando las tropas de Faraón, o el río que había salido de su boca, a vista de Israel, que estaba acampado en las orillas del mar Rojo, el mismo mar lo ayudó en aquel terrible conflicto; porque abriendo su boca, o dividiéndose en dos partes, dio paso franco a los fugitivos, y cuando éstos llegaron a la otra parte, cerró su boca sobre los enemigos que los seguían: *los envolvió el Señor en medio de las olas. Y se volvieron las aguas, y cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Faraón, que habían entrado en la mar en su seguimiento; ni uno sólo quedó de ellos.* Comparad ahora este texto con aquel otro: *Mas la tierra ayudó a la mujer; y abrió la tierra su boca, y sorbió el río que había lanzado el dragón de su boca;* y me parece que no podréis menos que reconocer dos misterios del mismo Israel, uno ya pasado y otro todavía futuro, cuando el mismo Dios saque segunda vez su mano omnipotente para poseer las reliquias de Israel.

120. Con la combinación atenta y juiciosa de estos dos lugares del Apocalipsis y del Éxodo, salta luego a los ojos, y se presenta como de suyo la inteligencia fácil y llana de muchísimas profecías, que anuncian claramente a las reliquias de Israel cosas muy semejantes y aun mayores que las que sucedieron en su salida de Egipto. Primeramente, se entiende al punto, sólo con leerlo, todo el misterio de la expedición de la muchedumbre de Gog, de que se habla difusamente en los dos capítulos XXXVIII y XXXIX de Ezequiel. Esta expedición la pone este profeta luego inmediatamente después de la resurrección metafórica de los huesos áridos y secos de todo el capítulo XXXVII, en el cual, explicando el mismo Dios la metáfora, acaba con decir entre otras cosas: *He aquí yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde fueron; y los recogeré de todas partes, y los conduciré a su tierra.* Concluido este misterio de la vocación y asunción de Israel, empieza luego a profetizar la muchedumbre de gentes de varias partes y naciones, que han de ir contra el mismo Israel, *a la tierra que se ha salvado de la espada, y se ha recogido de muchos pueblos a los montes de Israel...* Y (hablando con el mismo Israel le dice) *subiendo vendrás como tempestad, y como nube, para que cubras la tierra tú y todas tus huestes, y muchos pueblos contigo.* ¿Quién no ve aquí el gran río de agua que arroja de su boca el dragón contra la mujer que huye? La tierra ayudó a la mujer, dice San Juan, porque abriendo su boca se tragó toda el agua del gran río. Esto mismo dice Ezequiel anunciando el fin de toda aquella infinita muchedumbre: *Y sucederá en aquel día (dice el Señor): daré a Gog un lugar famoso para sepulcro en Israel; el valle de los que van hacia el Oriente de la mar, que hará pasmar a los que pasen; y enterrarán allí a Gog, y toda su muchedumbre, y será llamado el valle de la muchedumbre de Gog.* Otras muchas observaciones se pueden hacer fácilmente sobre esta profecía, si se lee con esta advertencia, en lo cual ya no puedo ahora detenerme.

121. Además de esto se entienden asimismo otros lugares de los Profetas, como el capítulo XVI de Isaías, que observaremos de propósito en el fenómeno siguiente, párrafo último. Se entiende todo el cántico de Habacuc, capítulo III, se entiende todo el capítulo

último de Zacarías, y por abreviar, se entiende también la célebre profecía de Joel capítulo III, la cual se ha pensado que habla del juicio universal, que se ha de hacer en el valle de Josafat; mas si se lee todo el capítulo seguido, parece necesario hallar otro misterio infinitamente diverso. El temor de este misterio y de las cosas particulares que aquí se anuncian, con tanta claridad, parece que es el que ha hecho sustituir en su lugar el juicio universal, del que piensan que habla Joel en estas palabras: *...he aquí en aquellos días, y en aquel tiempo, dice el Señor, cuando yo levantaré el cautiverio de Judá y de Jerusalén; juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat; y allí disputaré con ellas en favor de Israel mi pueblo, y de mi heredad, que pusieron dispersa entre las naciones; y repartieron mi tierra, etc.* En este texto, y en todo lo que se sigue hasta el fin de la profecía reparan muchos en aquellas tres palabras: *juntaré todas las gentes*; y después en aquellas otras: *Salid fuera, y venid todas las gentes del contorno, y congregaos; allí hará Dios caer tus valientes. Levántense, y vayan las gentes al valle de Josafat, porque allí me sentaré para juzgar a todas las gentes al contorno.* Mas, lo primero, estas palabras, *todas las gentes*, en frase ordinaria de la Escritura Santa, ¿significan otra cosa las más veces que una gran muchedumbre de varios pueblos, tribus y lenguas? ¿No se dice, por ejemplo, en Zacarías capítulo XIV: *reuniré todas las gentes en batalla contra Jerusalén, y será tomada la ciudad?* ¿No dicen las reliquias de Israel en el salmo CXVII: *Todas las naciones me cercaron, mas yo tomé venganza de ellas en el nombre del Señor?* ¿No nos enseñan los mismos doctores, sobre otros mil lugares de la Escritura, que estas palabras de *todos los hijos de Israel, todas las naciones, todas las gentes, todas las familias de las gentes, etc.*, no siempre significan todos los individuos, sino algunos o muchos de cada pueblo, o de cada nación? ¿Por qué, pues, entienden aquí todos los individuos del linaje humano, y éstos no vivos, sino ya muertos y resucitados? Lo segundo, después de la resurrección universal, ¿podrán los judíos, ya restituidos a su tierra, vender a las gentes que a ellos los vendieron en otro tiempo? Pues ésta es una de las cosas que dice Dios a estas gentes en esta misma profecía, o en este juicio que hará de ellas sentado en el valle de Josafat: *He aquí yo los levantaré (a los Judíos) del lugar en que los vendisteis, y vuestra paga volveré contra vuestra cabeza. Y venderé vuestros hijos y vuestras hijas por mano de los hijos de Judá, y los venderán a los Sabeos, pueblo apartado, porque el Señor habló.* Oh, señor mío, no perdamos tiempo, leed por vuestros ojos toda esta célebre profecía, contenida en el capítulo III de Joel. Considerad atentamente, no una u otra palabra de por sí, sino todas sus palabras por su orden, unidas las unas con las otras, como debe hacerse con cualquiera otra Escritura, por humana que sea; y creo firmemente que con esta sola diligencia quedaremos perfectamente de acuerdo.

122. En suma, con la combinación de este lugar del Apocalipsis y del Éxodo, se entiende todo el capítulo VII de Miqueas, donde promete el que no puede mentir, que las maravillas que hará cuando saque a Israel de entre las naciones, donde lo tiene desterrado y disperso, serán muy semejantes a las que hizo antiguamente cuando lo sacó de Egipto; que verán las gentes estas maravillas, como las vieron los Egipcios, y por más esfuerzos que hagan, no conseguirán otra cosa que su propia confusión: *Lo verán las gentes, y serán confundidas con todo su poder; pondrán la mano sobre la boca, serán sordas las orejas de ellos. El polvo lamerán como las serpientes, como los reptiles de la tierra se estremecerán dentro de sus casas; al Señor Dios nuestro respetarán, y temerán.*

Finalmente, así como cuando se vio todo Israel a la otra parte del mar Rojo, cuando vio por sus ojos devorado y sumergido, *en aguas impetuosas*, todo aquel grande y formidable río que iba contra él, salido de la boca de Faraón; cuando vio tan claramente a su favor la mano omnipotente de su Dios, etc., cantó, lleno de un júbilo sagrado y de un religioso pavor, aquel cántico sublime que siempre se lee con admiración en el capítulo XV del Éxodo; así, de un modo perfectamente semejante, cuando la tierra se haya tragado toda el agua del río grande, salida de la boca del dragón, que va contra la mujer que huye al desierto (metáfora clarísima, anunciada por la misma alusión) viéndose ya libre y puesta en seguro por medio de tantas maravillas, cantará también a su Dios aquel otro cántico profético, más sublime en la sustancia que en los accidentes, que ya está preparado en el mismo Miqueas, y con que concluye este profeta toda su profecía.

¿Quién es, o Dios, semejante a ti, que quitas la maldad, y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? No enviará más su furor, porque es amador de misericordia. Se tornará, y tendrá misericordia de nosotros; sepultará nuestras maldades, y echará en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Harás verdad con Jacob, con Abrahán misericordia, como lo juraste a nuestros padres desde los días antiguos.

La soledad de la mujer, según las Escrituras.

123. Llegada finalmente la mujer al lugar que Dios le tiene preparado, será allí apacentada con el pasto conveniente en aquellas circunstancias, *por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo... o mil doscientos y sesenta días... o cuarenta y dos meses*, que todo suena el espacio de tres años y medio. Sobre este retiro y soledad de la célebre mujer, parece naturalísimo el deseo de algunas noticias más individuales; ya pertenecientes al lugar determinado de la tierra, a donde la han de conducir sus alas por orden de Dios; ya también pertenecientes a sus ocupaciones en la soledad, y a los designios de Dios en una providencia tan extraordinaria.

124. Cuanto a lo primero decimos que aunque el texto del Apocalipsis nada nos dice en particular, pues sólo anuncia el misterio en palabras muy generales; mas combinado este texto con otras noticias bastantemente claras, que se hallan en los Profetas de Dios, podemos discurrir sin temor de alejarnos mucho de la verdad, que el lugar determinado de la tierra, en aquel tiempo desierto y solo, donde Dios ha de llevar a esa mujer, será aquel mismo país, prometido con juramento a sus padres para su descendencia: *desde el río de Egipto hasta el grande río Eúfrates*. Dadme atención, y considerad con formalidad las razones en que me fundo.

125. Primeramente, dice San Juan versículo 6, que la mujer después del parto huyó luego a la soledad, donde tenía ya lugar preparado por Dios mismo; y en los versículos 13 y 14 donde vuelve a hablar más de propósito de esta huida, por haberla interrumpido con la batalla de San Miguel con el dragón, dice que este lugar preparado de Dios, ya desierto y solo, es un lugar propio de la mujer, y preparado de antemano por Dios mismo: *Y que fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar*. Ahora, un lugar propio de la mujer, y preparado de antemano por Dios mismo, ¿cuál os parece que podrá ser? Yo no negaré que este reparo, mirado en sí mismo, tiene

todo el aire de aquellas sutilezas, sólo buenas o pasables en un discurso panegírico. Por tanto, si en toda la divina Escritura no hubiera otra luz que ésta, yo fuera el primero en confesar que es una luz muy escasa, insuficiente e inservible; por consiguiente, que el lugar determinado de la tierra, donde la mujer debe huir, es una de las cosas que ignoramos. Mas si combinamos esto poco que aquí dice San Juan, con lo que se dice sobre esto mismo en otros muchos lugares de la Escritura de los Profetas, parece que no hay necesidad alguna de esta confesión, y que podremos sin recelo afirmar aquella proposición, produciendo las razones que tenemos.

126. Para lo cual debemos, *antes de todo*, traer a la memoria, a lo menos en general y en confuso, todas aquellas profecías clarísimas con que hemos probado en varias partes, principalmente en el fenómeno V y VII, que el destierro y dispersión actual de los hijos de Jacob, es un castigo de Dios, predicho de mil maneras por sus profetas, y confirmado por la boca del mismo Mesías: *Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas... Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones*. Asimismo, que este castigo no debe ser eterno, sino limitado a un determinado tiempo que sólo Dios sabe; que alguna vez se ha de aplacar la justa indignación de Dios, respecto de estos miserables, y convertirse la ira en misericordia; que llegado este tiempo, los sacará el mismo Dios con su brazo omnipotente de todas las tierras y naciones donde él mismo los tiene dispersos, así como los sacó antiguamente de Egipto, y los plantará de nuevo establemente en aquella misma tierra, prometida para ellos a sus padres, y esto a pesar de todas las potestades de la tierra: *Aun cuando hubieres sido arrojado hasta los polos del cielo, de allí te sacará el Señor Dios tuyo, y te tomará, e introducirá en la tierra que poseyeron tus padres, y la disfrutarás... Y alzará bandera a las naciones, y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra*. De estos anuncios y promesas hallaréis infinitos en los profetas, desde Moisés hasta Malaquías.

127. Pues en esta suposición cierta e innegable discurrimos así. Para que Dios introduzca y plante de nuevo las reliquias de Jacob en la tierra prometida para ellos a sus padres, es necesario que primero les prepare esta misma tierra, y esto es lo que dice San Juan: *la mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar aparejado de Dios*. Esta preparación, según las Escrituras, y según la razón natural, debe comenzar necesariamente por la evacuación de la misma tierra; como quien prepara un palacio o casa para una grande y numerosa familia que se espera de nuevo, a quien la casa misma pertenece en propiedad, lo primero que hace es evacuarla de todas las otras personas que habitan en ella, como que no son ellos los verdaderos y legítimos dueños, y de esta suerte reducir la casa a una verdadera soledad. Ésta, pues, es según las Escrituras la primera cosa que ha de hacer la mano omnipotente del Dios de Abrahán, antes de llamar y congrega todas sus reliquias, o antes de dar alas a la mujer para que huya a la soledad, *a su lugar... a un lugar aparejado de Dios*. Así lo tiene claramente anunciado el mismo Dios, en el capítulo XXVII de Isaías, como queda observado en el fenómeno quinto, primer aspecto, segunda instrucción. Repárese con nueva y mayor atención en esta profecía, atendiendo bien a todo su contexto, o a los tiempos de que se habla.

Y sucederá: Que en aquel día herirá el Señor desde el cauce del río (el Eúfrates) hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis congregados uno a uno. Y sucederá: Que en aquel día resonará una grande trompeta, y vendrán los que se habían perdido.

128. Lo cual concuerda perfectamente con lo que se dice en el salmo IX: *seréis exterminadas, oh naciones, de la tierra de él.* Ahora, si esta profecía se ha de cumplir alguna vez, ¿cuándo podrá ser esto, sino en el tiempo y circunstancias de que vamos hablando? Consideradlo bien. Conque es a lo menos sumamente verosímil, que en el tiempo de la vocación y asunción futura de Israel, o de la huida de la mujer a la soledad, se verifique o esté ya plenamente verificada esta profecía; por consiguiente, que esté reducida a un verdadero desierto y soledad toda la tierra de promisión, por aquel mismo Señor, que no sólo es omnipotente, sino también infinitamente veraz; y es igualmente verosímil que ésta sea la preparación del lugar de que habla San Juan; la preparación, digo, de un lugar propio de la mujer que ha de huir a él: *en donde tenía un lugar aparejado de Dios... para que volase al desierto a su lugar.*

129. Fuera de esto, si se quiere dar alguna mayor atención a los Profetas, en ellos se hallan, no digo solamente vestigios, sino luces bien claras de este mismo misterio. Primeramente, en Ezequiel se leen estas palabras.

Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte, y con brazo extendido, y con furor encendido reinaré sobre vosotros. (Son las expresiones de que usa el Señor hablando de la salida de Egipto.) Y os sacaré de los pueblos, y os congregaré de las tierras, en donde habéis sido dispersos... Y os conduciré a un desierto despoblado, y allí entraré en juicio con vosotros cara a cara. Como disputé en juicio contra vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así os juzgaré, dice el Señor Dios. Y os someteré a mi cetro, y os haré entrar en los lazos de la alianza... En olor de suavidad os recibiré, cuando os sacare de los pueblos y os congregare de las tierras en donde estáis dispersos, y seré santificado entre vosotros a vista de las naciones. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando os llevare a la tierra de Israel, a la tierra por la que alcé mi mano para darla a vuestros padres. Y allí os acordaréis de vuestros caminos, y de todas vuestras maldades con las que os habéis contaminado, y os desagradaréis de vosotros en vuestros ojos, por todas las maldades que cometisteis. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando os hiciere bien por mi nombre, y no según vuestros malos caminos, ni según vuestras detestables maldades, casa de Israel, dice el Señor Dios.

130. Dejando por ahora, no sin repugnancia, las muchas reflexiones que sobre este texto se pudieran hacer, yo reparo solamente en dos expresiones, que son las que hacen a mi propósito actual. Primera: *os sacaré de los pueblos, y os congregaré de las tierras, en donde habéis sido dispersos... Y os conduciré a un desierto despoblado.* Segunda: *cuando os llevare a la tierra de Israel.* Estas dos cláusulas, siguiendo el hilo del contexto, suenan visiblemente una misma cosa. Así, el desierto de los pueblos, o la tierra evacuada de los pueblos que en ella habitaban, a donde Dios ha de llevar las reliquias de Israel, será la misma tierra de Israel *por la que alzó su mano para darla a los padres de ellos.*

131. En Oseas (capítulo II) habla el Señor de la casa de Jacob, usando de la misma metáfora de una mujer, esposa de Dios, arrojada por sus delitos de casa del esposo; y después de haber anunciado los grandes trabajos con que la había de castigar (los cuales vemos ya verificados con toda plenitud) pasa luego a hablar de su futura vocación, y de lo que ha de hacer con ella, cuando sea tiempo. Esta consolación empieza desde el versículo 14, y sigue hasta el fin: *Por tanto he aquí yo la atraeré*; expresión propísima y naturalísima, para significar el afecto de compasión y ternura, y las palabras llenas de amor y cariño con que será llamada; que por eso los LXX y después de ellos Pagnini y Vatablo en lugar de *la atraeré*, leen, *la separaré*.

He aquí yo la atraeré, y la llevaré al desierto, y la hablaré al corazón. Y le daré sus viñadores del mismo lugar, y el valle de Achor para entrar en esperanza (o a la puerta de la esperanza); y cantará allí según los días de su mocedad, y según los días en que salió de tierra de Egipto.

132. Como si dijera: yo llamaré a su tiempo a esta miserable, después que haya sufrido su doble confusión, y en primer lugar la haré llevar a la soledad, donde le hablaré no solamente a los oídos, sino también al corazón. Allí le daré operarios o ministros naturales de aquel mismo lugar, esto es, Israelitas de la misma estirpe de Jacob; le daré también segunda vez el valle de Achor, el cual será para ella como la puerta o el principio de su esperanza. Para entender bien toda la fuerza y propiedad de estas últimas palabras, debemos saber o traer a la memoria que este valle de Achor, ameno, fertilísimo (cerca del cual estaba la antigua Jericó, y según dicen algunos, las mejores viñas de Engaddi, de que se habla en los cantares) fue la primera tierra donde se acampó todo Israel, conducido ya por Josué, después de haber pasado el Jordán, con prodigios muy semejantes al paso del mar Rojo. En este valle se empezaron a abrir sus esperanzas, así por el paso milagroso del Jordán que detuvo sus corrientes, o las encaminó perpendicularmente hacia el cielo, como por la milagrosa toma de Jericó, y luego después de la de Hay, como se refiere en el libro de Josué, capítulos VI, VII y VIII. Este valle, pues, dice el Señor aludiendo manifiestamente a aquella primera entrada en la tierra de promisión, que le dará entonces a la mujer que ha de llevar a la soledad para que allí se abran sus esperanzas, viendo otra vez abierta para ella aquella primera puerta de la tierra santa: *y la llevaré al desierto, y la hablaré al corazón. Y le daré sus viñadores (u operarios) del mismo lugar, y el valle de Achor para entrar en esperanza (o en la puerta de la esperanza).*

133. En Miqueas, capítulo VII, 13, se lee que aquella tierra será desolada por la iniquidad de habitantes; lo cual ejecutado, habitará en ella la grey de la heredad del Señor, como en un desierto y soledad, o como en las quebradas o bosques del monte Carmelo: *Apacenta a tu pueblo con tu cayado, la grey de tu heredad*; se le dice inmediatamente al Mesías o a Dios mismo: *apacenta a tu pueblo... la grey de tu heredad a los que moran solos en el bosque en medio del Carmelo*. Los tiempos de que habla aquí este profeta es fácil conocerlos por todo su contexto.

134. En Isaías se lee que los pastos propios de esta misma grey, donde ella debía vivir y ser apacentada, según las intenciones de Dios, serán por largo tiempo la habitación y el gozo de los onagros o bestias salvajes; y para que no se piense que aquí se habla de la

cautividad de Babilonia, añade inmediatamente el Profeta, que esto durará hasta que se derrame sobre esta misma grey el espíritu de lo alto: *Gozo de asnos monteses, pasto de rebaños, hasta que sea derramado sobre nosotros el espíritu de lo alto*. Que derramado este espíritu, prosigue, sobre esta misma grey de que se habla, entonces el desierto será como un Carmelo; y lo que antes parecía un Carmelo, o un lugar ameno y delicioso, será reputado por un bosque; metáfora bien expresiva y bien clara del estado actual de la casa de Jacob en comparación de la iglesia de las gentes, que son ahora la casa del mismo Jacob por la fe; y *al contrario*, de lo que deberá suceder en otros tiempos: *porque aún habrá otro tiempo*. En aquel tiempo, prosigue el Profeta, habitará el juicio en la soledad, y allí mismo se sentará la justicia y se dejará ver con toda su hermosura: *Y morará el juicio en el desierto, y la justicia residirá en el Carmelo*. Que la obra o el fruto de la justicia será la paz; que el culto o adorno de la justicia será el silencio; todo lo cual producirá una verdadera paz y una seguridad inalterable.

135. Habiendo conocido, a lo menos probablemente, el lugar desierto y solo a donde ha de conducir Dios a la mujer después de su parto misterioso, se sigue ahora naturalmente la consideración, *según las Escrituras*, de lo que debe pasar en aquella soledad, esto es, de los fines que Dios pretende en llevar allí a la mujer, y tenerla como escondida *de la presencia de la serpiente*, por espacio de 42 meses, que son puntualmente los que debe durar entre las gentes la gran tribulación anticristiana; hasta que, *luego después de la tribulación de aquellos días*, se desprenda del monte la piedra; y vuelva del cielo el Rey de los reyes. La inteligencia de este punto nos la ofrecen y facilitan casi todos los profetas, a donde nos remite visiblemente el amado discípulo con sus continuas alusiones.

136. No solamente, pues, ha de sacar Dios segunda vez de Egipto o de todas las naciones a su antigua esposa, según sus promesas infalibles; sino que, según las mismas promesas, la ha de conducir en primer lugar a la soledad, así como lo hizo la primera vez; para que allí, libre de toda distracción, y desembarazada de todo otro cuidado, dé lugar al espíritu de Dios, *a quien no puede recibir el mundo*, y empiece a oír, y entender lo que se le dice al corazón. Para que allí vea y contemple, como reducido a un punto de vista, todo cuanto Dios ha hecho con ella, desde que la sublimó graciosamente a la dignidad de esposa suya; y por otra parte, reducido asimismo a otro punto de vista, todo lo que ella ha hecho con su Dios: *os conduciré a un desierto despoblado, y allí entraré en juicio con vosotros cara a cara*; expresión vivísima y naturalísima, para significar un juicio mutuo, donde se manifiesta claramente la conducta de ambos esposos, y las razones que pueden producirse de una y otra parte.

137. Por eso les dice el mismo Señor por Isaías: *Acercaos a defender vuestra causa... alegad, si acaso tenéis alguna razón poderosa, dijo el Rey de Jacob*. Y en el capítulo XLIII, después de acordarles las maravillas que hizo para sacarlos de Egipto, añade estas palabras: *No os acordéis de las cosas pasadas, y no miréis a las antiguas. Ved que yo las hago nuevas, y ahora saldrán a luz, ciertamente las conoceréis; pondré camino en desierto, y ríos en despoblado*. Pasa luego a hacerles presentes los grandes y continuos beneficios que han recibido de su mano, y la suma e increíble ingratitud con que ha sido siempre correspondido: *No me invocaste, Jacob, ni te cuidaste de mí, Israel... Antes me*

hiciste servir en tus pecados, me has dado pena con tus iniquidades. Yo soy, yo soy el mismo que borró tus iniquidades por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados. Tráeme a la memoria, y entremos en juicio a una; relata si alguna cosa tienes para justificarte.

138. Pues en esta soledad, en esta quietud, en este juicio mutuo, abiertos ya los oídos y los ojos de la esposa, y convertidas sus tinieblas en luz, como también le está prometido por estas palabras: *haré que delante de ellos las tinieblas se cambien en luz*; se correrá con esto aquella cortina, o se alzaré aquel velo denso y tenebroso, que hasta ahora tiene cubierto su corazón: *hasta el día de hoy*, dice el Apóstol, y nosotros lo decimos hoy con la misma verdad: *el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Mas cuando se convirtiere al Señor, será quitado el velo*. Corrida, digo, esta cortina y alzado este velo, comenzará a ver, y también a entender sus Santas Escrituras; las cuales, por su propia iniquidad madre natural de la ceguedad, y mucho más por culpa manifiesta e innegable de sus doctores, han sido y son hasta ahora, respecto de ella, *como las palabras de un libro sellado*. Con esta inteligencia, y con la noticia y recuerdo de todo lo pasado, máximamente de aquel tratamiento inicuo, cruel y bárbaro, con que fue recibido en la santa ciudad su mismo Mesías, que era todo su amor y toda su esperanza, comenzará sin dudar aquel tierno, amargo e inconsolable llanto de que se habla en Zacarías, capítulo XII, y proseguirá sin interrupción hasta que se complete en Jerusalén. *En aquel día* (dice este profeta) *será grande el llanto en Jerusalén... Y plañirá la tierra, familias y familias a solas... y lo plañirán con llanto, como sobre un unigénito, y harán duelo sobre él, como se suele hacer en la muerte de un primogénito*. Allí, con el corazón enternecido, y al mismo tiempo contrito y humillado, y con los ojos llenos de lágrimas, comenzará a decirle a su Mesías, más con el corazón que con la boca, aquellas tiernas palabras, que ya están registradas en el mismo Profeta: *¿Pues qué llagas son éstas en medio de tus manos?* Y el Señor le responderá, y le hará sentir la respuesta en lo más íntimo del corazón: *De éstas he sido llagado en la casa de aquellos que me amaban (o en la casa de mi amada, como leen los LXX)*.

139. Allí, en aquella quietud y soledad se le mudará del todo el corazón, derramándose sobre ella aquella agua pura y limpia (símbolo propio del bautismo y del Espíritu de Dios) que se le promete en el capítulo XXXVI de Ezequiel, desde el versículo 24. *Por cuanto os sacaré de entre las gentes, y os recogeré de todas las tierras, y os conduciré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias... Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros, etc.* Allí les dará el Señor aquellos pastores buenos y excelentes, que se les prometen por Oseas, y por Jeremías, los cuales les darán el pasto conveniente de doctrina, de instrucción y de exhortación, de aliento, de fervor, para que ninguno de sus individuos desfallezca y se eche menos en el número: *Y les daré sus viñadores del mismo lugar... Y levantaré sobre ellos pastores, y los apacentarán; de allí adelante no tendrán miedo, ni se asombrarán; y de su número no será buscado ninguno*. Estos pastores parece serán sus mismas alas, que la han de conducir a la soledad: *en donde tenía un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días*. Allí se santificará con aquella perfecta santificación que se le

tiene anunciada y prometida para después de la resurrección metafórica de los huesos áridos y secos: *y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre*. Allí derramará sobre ella el Padre celestial con infinita bondad y profusión *espíritu de gracia y de oración*; y junto con el don de oración, también el espíritu bueno y sumamente necesario, para un pecador, de llanto, de contrición y penitencia: *Y haréis memoria de vuestros caminos perversos, y de vuestros depravados afectos; y os serán amargos vuestros pecados, y vuestras maldades. No lo haré yo por vosotros, dice el Señor Dios, tenedlo entendido; confundíos, y avergonzaos sobre vuestros caminos, casa de Israel*.

140. Allí, en aquella soledad, o al entrar en ella descubrirá el Señor (para los fines que él solo sabe, y no tocan a nuestra ignorancia y pequeñez) el arca sagrada de la antigua alianza, y junto con ella el antiguo altar y tabernáculo, que Jeremías, *por una orden expresa que recibió de Dios*, sacó del templo, después de destruida Jerusalén por Nabucodonosor, y escondió en una cueva del monte Nevo, situado a la otra parte del Jordán, en la tierra de Moab. Lo cual ejecutado, el mismo Jeremías profetizó: *Que será desconocido el lugar, hasta que reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio. Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés, etc*.

141. Allí, en suma, se verificarán otras innumerables profecías, de que están llenos los Profetas, especialmente los Salmos, que nos anuncian la conversión, la restitución y asunción futura de las reliquias de Israel, y la mudanza de su estado presente en otro infinitamente diverso, que su misma novedad y grandeza ha hecho increíble. Volved a leer con mayor atención la profecía de Oseas, que poco ha apuntamos.

He aquí yo la atraeré, y la llevaré al desierto, y la hablaré al corazón. Y le daré sus viñadores del mismo lugar, y el valle de Achor para entrar en esperanza, y cantar allí según los días de su mocedad, y según los días en que salió de tierra de Egipto. Y acaecerá en aquel día, dice el Señor, me llamará: Marido mío... Y te desposaré conmigo para siempre, y te desposaré conmigo en justicia, y juicio, y en misericordia, y en clemencia. Y te desposaré conmigo en fe, etc.

Artículo último

Versículos 17 y 18

Y se airó el dragón contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de su linaje, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo. Y se paró sobre la arena de la mar.

142. Este último suceso que anuncia aquí San Juan, parece la consecuencia también última, o la resulta final de la vocación y asunción de las reliquias de Jacob. No habiendo el dragón podido impedir el parto de la mujer, ni tampoco devorarlo; no habiendo después de esto podido conseguir entrada, ni audiencia en el tribunal del justo Juez; no habiendo podido resistir al príncipe grande San Miguel que lo arrojó a la tierra con todos sus ángeles; no habiendo podido, en fin, después que fue vencido y arrojado a la tierra,

alcanzar a la mujer que huía, ni por sí, ni por medio de aquel gran río, que como otro Faraón arrojó de su boca, *con el fin de que fuese arrebatada de la corriente*, esto es, para hacerla volver a la servidumbre y cadenas de Egipto; dice el texto sagrado que se irritó furiosamente contra la mujer, y quedó como abrasado y ardiendo en vivas llamas de furor: *y se airó el dragón contra la mujer*. Mas considerando, a pesar suyo, que aquel mal era ya irremediable, y que el pájaro no solamente se le había volado de entre las manos, sino que había volado a cierta soledad, para él ciertamente inaccesible (*de la presencia de la serpiente*) no quiso perder inútilmente aquel poco tiempo que le quedaba. Tomó, pues, para consolarse de algún modo el último partido y resolución que puede tomar un desesperado. Convirtió toda su indignación, su rabia y su furor contra lo que quedaba en la tierra, *de su linaje*, que no puede ser otra cosa sino las reliquias del verdadero cristianismo entre las gentes; pues expresamente se dice que estas reliquias, *del linaje de la mujer*, contra quienes convierte el dragón todas su iras, son aquellos que observan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo: *y se fue a hacer guerra contra los otros de su linaje, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo*; los cuales, por la fe pura e incorrupta, *son linaje de Abrahán*, y por una consecuencia necesaria, *son del linaje de aquella mujer*.

143. Y veis aquí con esto solo mudado todo el teatro o aspecto presente de nuestra tierra. Veis aquí el verdadero principio de la tribulación anticristiana, de que estamos amenazados en todas las Escrituras, y de que nos hablan con tanta claridad y con expresiones tan vivas, así los apóstoles como el Hijo de Dios, según los evangelios. Veis aquí revelado, manifiesto, perfecto y consumado aquel mismo misterio de iniquidad, que ya se comenzaba a obrar aún en los tiempos de San Pablo. Del cual misterio de iniquidad, ya revelado públicamente, sigue luego hablando San Juan en todo el capítulo siguiente, bajo la metáfora de una bestia terrible con siete cabezas y diez cuernos, y de otra bestia aún más terrible de dos solos cuernos, semejantes a los de un cordero; mas con voz o locuela de dragón. Todo lo cual se puede ver de nuevo y considerar con mayor atención en el fenómeno III, desde el párrafo III, a donde me remito por la presente para el perfecto cumplimiento de este fenómeno.

Conclusión

144. Esto es, amigo y Señor mío, lo que juzgo *en el Señor, según las Santas Escrituras*, sobre la verdadera inteligencia del capítulo XII del Apocalipsis. En esta inteligencia, como acabáis de ver, todo corre naturalmente sin tropiezo, sin embarazo, sin artificio, sin violencia; y todo corre según las Escrituras. Yo no niego que me puedo en esto engañar, así como en otras muchas cosas en que me parece haber encontrado la verdad. Sé que soy, como todos, hijo de Adán, y no tengo privilegio alguno que pueda eximirme de la pensión general a todos los mortales. Por tanto, me creo obligado a protestar, como lo hago *en verdad*, que todas las cosas que sobre esto he dicho, mi intención no es afirmar como una verdad, demostrada o demostrable, sino solamente proponer y pedir. Proponer estas cosas a la consideración de los sabios, y pedir instantemente consideración, como que la juzgo infinitamente interesante. Para lo cual me parece buena disposición que cualquier juez, aunque sea el ingenio más sublime, ponga primero aparte toda preocupación, y procure quedar en una plena y perfecta

indiferencia para tomar o rechazar lo que hallare o no, conforme a la verdad. Luego tomando en las manos aquella fiel balanza, que llamamos sentido común, pese en ella escrupulosamente todo este sistema, y toda la inteligencia de la profecía que acabo de proponer; y ésta no solamente en sí misma, según su peso y valor intrínseco, o según los fundamentos en que estriba, que son las Santas Escrituras; sino también respecto de los otros sistemas o inteligencias que hasta ahora se han imaginado. Hecho esto, yo espero la sentencia, y estoy prontísimo a sujetarme a ella.

145. Si la mujer que hemos propuesto no es en la realidad la misma de que habla la profecía (lo cual se deberá primero convencer con buenas razones) a lo menos parece ciertísimo que todo cuanto dice esta profecía se debe verificar, según otras muchas profecías, en esta misma individua mujer de que hemos hablado. Y si todo eso se ha de verificar en ella en algún tiempo, según las Escrituras, ¿qué razón puede haber para repugnar o dudar de que sea ella misma? No se puede negar que esta inteligencia no se conforma, antes repugna manifiestamente a las ideas ordinarias; se pueden seguir de ellas muchas consecuencias, no menos legítimas que desagradables. Mas tampoco se puede negar, por más que se desee, que esta misma inteligencia no repugna, antes se conforma enteramente con todas las Escrituras del Viejo y Nuevo Testamento.

146. Por estas Escrituras sabemos, lo primero, que las naciones llamadas de Dios con tan grandes misericordias, tienen sus tiempos fijos y precisos, señalados ya en la presciencia divina, y en su altísima e inescrutable providencia; los cuales tiempos de misericordia (según dice a las mismas naciones su propio Apóstol con la mayor formalidad y claridad posible), serán solamente para aquellos que permanezcan en bondad; dando como buenos injertos en la buena oliva, aquellos frutos buenos y abundantes que se deben esperar después de un beneficio o de un cultivo tan extraordinario; *si permanecieres en la bondad, de otra manera serás tú también cortado*. La cual permanencia en bondad, esto es, en fe y en justicia, se nos anuncia por otra parte, o por otras mil partes, que no se verificará, como queda notado en varias partes de este escrito.

147. Sabemos, lo segundo, por las mismas Escrituras, que las tribus de Jacob, arrojadas de su Dios *con... ira, y con... grande indignación*, y castigadas con tan gran severidad, *de herida de enemigo con cruel castigo*, tienen del mismo modo sus tiempos de severidad y rigor, señalados en la presciencia y providencia admirable y altísima del mismo Dios; los cuales tiempos, como predica el mismo Apóstol, serán precisamente aquellos en que no durare en las naciones la bondad; pues así como éstas consiguieron misericordia sin buscarla por la incredulidad de los judíos, así *alternativamente* la conseguirán los judíos: *Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia. ¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e impenetrables sus caminos!*

148. Ahora, como la verdadera Iglesia cristiana es ciertamente indefectible, y *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, deberá Dios dar alguna providencia, nueva y extraordinaria, hacia el fin de los tiempos de las naciones, para que no falte del todo, aun cuando se haya resfriado la caridad, y apagado casi enteramente la lumbre de la

fe por la abundancia de la iniquidad. ¿Qué providencia será esta? Los doctores, llegando a esta estrechura, y confesando el hecho, aunque a más no poder, procuran no obstante llevar hasta el fin la idea favorable. Así dicen que la verdadera Iglesia cristiana en los tiempos terribles de la tribulación del Anticristo, se conservará en aquellos pocos o poquísimos fieles, que quedarán incorruptos, en medio de la general iniquidad. Bien, ésta es una verdad, *por sí conocida*, que no puede negar quien cree que la Iglesia es indefectible. ¿Cómo ha de ser indefectible, si en algún tiempo faltan todos los fieles, sin quedar algunos que puedan constituir la? Quedarán, pues, algunos fieles, en quienes se conservará la Iglesia hasta la venida del Señor, y éstos serán indubitadamente (o todos o muchos) los que después de la resurrección de los santos subirán *juntamente con ellos en las nubes a recibir a Cristo en los aires*. Todo esto, vuelvo a decir, es una verdad. Mas esta verdad, ¿es lo único que hay aquí que considerar? Fuera de esta verdad, ¿no hay todavía otra de mayor consideración? ¿Por qué se olvida, pues, esta verdad? ¿Por qué se olvida, digo, la vocación, la asunción, la restitución, la plenitud de los judíos, tan clara, tan visible, tan patente en todas las Escrituras? ¿Por qué se desprecian tanto estos miserables? Veis aquí de paso la verdadera causa de la oscuridad, a mi parecer, de los Profetas; quiero decir, el desprecio de los judíos, el no querer traerlos a consideración sino en las cosas que les son contrarias, el olvidarlos absolutamente en las favorables; y no obstante, con ellos todo se entiende, y sin ellos nada.

149. La providencia, pues, que según las Escrituras dará el Señor hacia el fin de los tiempos de las naciones para que no falte la Iglesia, antes se aumente, se mejore, se perfeccione, y se dilate por toda la tierra, será la vocación tan anunciada de las reliquias de Israel; así como cuando faltó Israel, o se negó casi todo al convite del gran padre de familias, su providencia fue llamar a las naciones: *Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos. Así también éstos... alcanzarán misericordia. Porque Dios todas las cosas encerró en incredulidad, para usar con todos de misericordia*; la providencia será, según las Escrituras, injerir de nuevo en la buena oliva sus ramas propias y naturales: *pues Dios es poderoso para injerirlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del natural acebuche, y contra natura has sido injerido en buen olivo; ¿cuánto más aquellos, que son naturales, serán injeridos en su propio olivo?*

150. La ceguera de Israel, prosigue el Apóstol, es un misterio, que no deben ignorar ni tampoco olvidar las gentes cristianas, a quienes el mismo Apóstol dice: *porque no seáis sabios en vosotros mismos*; el cual misterio no puede concluirse plenamente hasta que entre la plenitud de las gentes que han de entrar (no cierto todos los llamados, sino los escogidos), y entonces, cuando ya no se halle quien quiera entrar, cuando los que estaban dentro se hayan salido fuera, cuando los que quedaren no queden por la mayor y máxima parte en verdadera bondad, etc., entonces, *todo Israel se salvará, como está escrito*. Entonces el misericordioso y omnipotente Dios de nuestros padres, *Extenderá... su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo, que quedará de los Asirios, y de Egipto, y de Fetros, y de Etiopia, y de Elam, y de Sennaar, y de Emat, y de las islas del mar. Y alzará bandera a las naciones, y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra*.

151. Entonces llamará segunda vez las reliquias de Abrahán, de Isaac y de Jacob, cumpliéndoles fielmente a estos fidelísimos siervos todas las promesas que les hizo aún con juramento: *Harás verdad con Jacob, con Abrahán misericordia, como lo juraste a nuestros padres desde los días antiguos*. Entonces sacará estas reliquias preciosas de entre las naciones todas, donde él mismo las tiene dispersas, las conducirá en primer lugar, *sobre alas de águilas (o como sobre alas de águila) al desierto de los pueblos*; con prodigios iguales o mayores de los que hizo antiguamente para sacarlos de Egipto, y conducirlos a la soledad del monte Sinaí; los lavará allí de todas sus iniquidades antiguas y nuevas con la sangre del Cordero; los llenará de su espíritu; los renovará enteramente, *según el hombre interior*; y obrará en ellos aquella perfecta santificación, y todas aquellas maravillas tan grandes, tan nuevas y tan extraordinarias, que con tanta frecuencia y claridad se encuentran en los profetas de Dios.

152. A todo esto parece que alude aquella voz que se oye del cielo, poco antes de ejecutarse la sentencia que acaba de darse en el Consejo extraordinario de Dios contra la grande Babilonia: *Salid de ella, pueblo mío, para que no tengáis parte en sus pecados, y que no recibáis de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y se ha acordado el Señor de sus maldades*.

Fenómeno IX

El tabernáculo de David.

153. Acabamos de observar la gran señal del capítulo XII del Apocalipsis con todos sus misterios. En esta observación hemos visto llamada, iluminada y congregada *con grandes piedades*, a la antigua esposa de Dios con todas sus reliquias, y conducida a la soledad después de su parto, lleno de peligros y angustias, sobre dos alas de águila grande, así como sucedió antiguamente en los días de su juventud. Hemos notado de paso en esta observación algunas profecías que se enderezan visiblemente a este mismo suceso, aquellas con especialidad que hablan con alusión expresa y clara a la salida de Egipto, al paso milagroso del mar Rojo, y a la soledad del monte Sinaí de esta misma célebre mujer. En suma, habiéndola seguido hasta la soledad, *a su lugar... aparejado de Dios*, la dejamos allí retirada y segura *de la presencia de la serpiente*, libre de toda distracción, y ocupada enteramente en nutrirse con aquel pasto espiritual que Dios le ha preparado, y de que tiene una extrema necesidad, *para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días*. Ocupada, digo, en oír la lengua erudita, o la doctrina y enseñanza de sus conductores y pastores, y juntamente en oír lo que Dios le habla al corazón; y por consiguiente, en afectos de verdadera penitencia, de agradecimiento, de amor, y de continuo y amarguísimo llanto; y todo esto mientras lo restante de la tierra se abrasa en aquel fuego o peste voracísima que tiene por nombre, según San Pablo, *apostasía*; según San Juan, *todo espíritu que divide a Jesús*; según Isaías, *oscuridad... y tinieblas*. *Porque he aquí que las tinieblas* (el anticristianismo según otro nombre más obvio y más vulgar) *cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos; mas sobre ti* (se le dice y anuncia a esta misma mujer) *nacerá el Señor, y su gloria se verá en ti*.

En aquel día, dice el Señor, reuniré aquella que cojeaba, y recogeré a aquella que había desechado, y afligido. Y reservaré para residuos a la que cojeaba, y la que era afligida, para formar un pueblo robusto.

He aquí yo mataré a todos aquellos que te afligieron en aquel tiempo, y salvaré a la que cojeaba, y recogeré aquella que había sido desechada; y los pondré por loor y por renombre en toda la tierra de la confusión de ellos.

154. Si deseáis ahora saber para qué fin primario y principal congregará Dios *en aquel día*, esta mujer claudicante, *que había desechado y afligido*, lo podéis saber leyendo las palabras que siguen inmediatamente en el texto de Miqueas: *y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo*. De modo que congregará Dios a la claudicante, con todas sus reliquias, para reinar sobre ellas en el monte Sión, desde entonces *hasta en el siglo*; pues hecha esta congregación, añade, vendrá la potestad primera, y el reino de la hija de Jerusalén. Mas todo esto, ¿qué significa?, ¿qué sentido puede tener? A mí me parece que todo esto no tiene otro sentido que el obvio y natural, atendido el texto con todo su contexto; pues sólo en este sentido es conforme a la profecía, con tantas otras que anuncian lo mismo con diversas palabras. Me parece, digo, que con esta mujer claudicante, *aquella que Dios había desechado y afligido*, y con todas sus reliquias preciosas, selladas en la frente con el sello de Dios vivo, y congregadas *en aquel día... con grandes piedades*, se va luego a preparar el tabernáculo o el solio de David, *que cayó*, y de cuya erección y reedificación estable y permanente nos hablan tanto las Santas Escrituras.

Párrafo I

Modo de discurrir sobre este asunto en el sistema ordinario.

Discurso previo

155. El tabernáculo de David o su solio (se puede decir o se dice confiadamente) cayó más de dos mil años ha de aquella altura en que Dios mismo lo había colocado. No sólo cayó por su propio peso, como caen todas las cosas frágiles y corruptibles de nuestro mundo, sino también, y mucho más, por la iniquidad e ingratitud de los reyes sus sucesores, que se sentaron en el mismo solio; pues exceptuando dos o tres, todos los demás fueron pecadores: *Excepto David, y Ezequías, y Josías todos cometieron pecado*. Por lo cual el Dios de sus padres, *con indignación, y con grande ira*, no solamente depuso del solio de David, y desheredó para siempre a todos sus hijos y descendientes, sino que al mismo solio le dio un impulso violentísimo contra la tierra por medio de Nabucodonosor; lo quebrantó, lo desmenuzó, y lo redujo a polvo y ceniza, como si hubiese pronunciado contra él aquella terrible sentencia: *polvo eres, y en polvo te convertirás*. El mismo David, hablando con Dios en el salmo LXXXVIII, después de hacerle presentes sus promesas, que en este asunto le había hecho aun con juramento, le dice no obstante estas proféticas palabras: *Mas tú desechaste, y despreciaste; alejaste a tu Cristo. Has volcado la alianza de tu siervo, has echado por tierra su Santuario. (O su corona, como lee Pagnini; y la paráfrasis Caldea, su corona, su asiento sacudiste contra*

la tierra.) Y es así verdad que el golpe que dio contra la tierra el tabernáculo o solio de David, fue tan terrible por la violencia con que cayó, que desde Nabucodonosor hasta el día presente no se ha podido levantar, ni hay apariencia ni esperanza alguna de que pueda levantarse jamás. Parece una pieza no sólo quebrantada y desmenuzada, sino perfectamente aniquilada.

156. Es verdad (prosiguen diciendo, pues no es posible disimularlo todo), es verdad que muchas profecías anuncian clara y expresamente la reedificación y erección del mismo tabernáculo o solio de David, que cayó y se arruinó del todo hacia los principios del primer imperio; mas estas profecías, añaden, no deben ni pueden entenderse sino en sentido espiritual; y en este sentido verdadero y único, ya todas se han verificado y se están actualmente verificando en la Iglesia presente, la cual es el verdadero tabernáculo de David, o su verdadero solio donde se sienta y reina espiritualmente el hijo de David, Cristo Jesús, etc. Páreceme que he resumido fielmente en pocas palabras todo el modo de discurrir, y todo el discurso ordinario de los doctores, así intérpretes como teólogos, en el asunto de que tratamos.

157. De manera, digo yo, que según este modo de discurrir, el tabernáculo o solio de David (de que hablan las Escrituras, ya en contra, ya también en favor) tiene o debe tener dos sentidos, o dos aspectos infinitamente diversos entre sí. Uno puramente material; otro puramente espiritual; uno para recibir castigos y plagas; otro para recibir favores y misericordias; uno para caer, para quebrantarse y desmenuzarse; otro para levantarse después de la caída, entero y sano; uno, en suma, para morir; y otro infinitamente diverso para resucitar. Así, aunque las profecías anuncian con toda formalidad y claridad posible, que aquel mismo solio de David, caído, muerto, sepultado y convertido en polvo, resucitará algún día, y se levantará del polvo de la tierra, que se levantará de nuevo sobre las ruinas de todos los otros solios de la tierra; que se levantará de un modo incorruptible y eterno, etc.; mas esto no será, dicen, ni podrá ser según su primer sentido o aspecto material; sino solamente según el segundo sentido o aspecto espiritual, verdadero y único. En fin, el tabernáculo o solio de David resucitará, y se levantará otra vez, según las Escrituras; mas no en aquel sentido en que cayó y murió, sino en otro sentido perfectísimo en que no ha caído ni muerto jamás.

158. Yo estoy muy lejos de oponerme a este sentido o aspecto espiritual. Lo que aquí se dice o se quiere decir, yo también lo digo, lo creo y lo confieso como una verdad. No hay duda que la Iglesia presente se puede llamar en cierto sentido, un reino, un tabernáculo, un solio, donde reina espiritualmente Jesucristo, *por la fe de los creyentes*, o donde reina la verdadera fe, y también la verdadera justicia; mas estas palabras, reino, tabernáculo, solio, etc., hablando de la Iglesia presente, son unas palabras no propias, sino visiblemente prestadas. Se usa de ellas con propiedad, mas con propiedad tomada de la semejanza, y que está en la semejanza misma, no en la cosa. De este modo decía San Pablo con verdad y propiedad: *reinó la muerte desde Adán hasta Moisés*. De este modo decimos con verdad que en una gran parte del mundo reina Mahoma o el mahometismo, por la fe, aunque falsa y errónea, de los que lo creen y siguen su doctrina. En otra parte no menos grande reina la idolatría, en otra la herejía, en otra la filosofía, en otra la barbarie, etc. Y en este mismo sentido es ciertísimo que en otra gran parte del mundo

reina el verdadero cristianismo, que constituye la verdadera Iglesia de Cristo, y por consiguiente reina el mismo Cristo espiritualmente, *por la fe de los creyentes*, especialmente sobre aquellos que *tienen una fe viva*.

159. Mas con este solo sentido espiritual, aunque verdadero, ¿será posible verificar plenamente las profecías? ¿La Iglesia presente es en realidad aquel mismo reino, tabernáculo o solio de David, que fue destruido enteramente por Nabucodonosor, que desde entonces hasta ahora está sepultado en el olvido, y a quien anuncian los Profetas de Dios su resurrección, su erección, su reedificación sólida y eterna? Mirad, señor, no os equivoquéis, no queráis reducir por fuerza a una sola idea dos ideas tan diversas entre sí. La Iglesia presente es un cuerpo moral y místico, de quien Cristo mismo es la verdadera cabeza, en quien es el soberano Pontífice, el sumo Sacerdote, el Príncipe de los pastores, el Maestro, el Abogado para con el Padre, la luz, el camino, la verdad, vida, la propiciación, la redención, etc. Todos estos nombres leemos frecuentemente en los escritos de los apóstoles, y nunca el nombre de Rey temporal o de la tierra, sino en la entrada triunfante de los ramos, con las aclamaciones del pueblo, que presto se convirtieron en gritos de rebelión y blasfemias contra el rey de Israel, pidiéndolo para la muerte, y protestando: *No tenemos rey, sino a César*. Pero en el Apocalipsis, cuando ya viene del cielo a la tierra en gloria y majestad, entonces ya trae *en su vestidura, y en su muslo escrito: Rey de reyes, y Señor de señores*, y por tal será reconocido del universo.

160. Es, pues, Jesucristo, como soberano Pontífice y sumo Sacerdote, la verdadera cabeza de la Iglesia; mas cabeza del todo invisible en sí misma, y sólo visible en su vicario, sucesor legítimo de San Pedro, que el mismo Señor dejó en su lugar, con todas las llaves, y con todas sus veces y autoridad. Ahora, ¿es lo mismo ser soberano pontífice, cabeza visible o invisible de un cuerpo moral y místico, que ser rey de este mismo cuerpo? ¿No hay alguna diferencia grande y notable, aun dentro del cuerpo místico de la Iglesia, entre el sacerdocio y el imperio? ¿Es lo mismo ser en la Iglesia de Cristo sumo sacerdote, supremo pastor, soberano pontífice, cabeza visible o invisible, etc., que ser rey o monarca? Todos los católicos creemos y confesamos como una verdad indubitable que el obispo de Roma, como sucesor legítimo de San Pedro, es el vicario de Cristo, es el sumo sacerdote, el soberano pontífice, el supremo pastor; por consiguiente, es el superior y la cabeza visible del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia; mas ningún católico cree, a lo menos en estos tiempos, como ni en los siete a ocho primeros siglos, que sea rey o monarca temporal de la misma Iglesia, ni que su potestad sea tan sin límites que se extienda indiferentemente a todo, así espiritual como civil. Lo espiritual toca privadamente al sacerdocio, unido estrechamente con su cabeza visible e invisible. Lo civil (y el sacerdocio mismo en lo que es civil) toca al imperio, al rey, al príncipe, o a la potestad secular. Así como toda la potestad espiritual que hay en la verdadera Iglesia viene de Dios, así viene de Dios toda la civil que hay en el mundo: *Porque no hay potestad, sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas*. Si tal vez se ha abusado de la una, también se ha abusado igualmente de la otra, y no hay que maravillarse; pues son efectos propios y naturales de la enfermedad del hombre, en cuyas manos ha puesto Dios así la una como la otra potestad. Para todos los accidentes posibles se nos ha dejado este remedio único, pero infalible: *Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas*. Ésta es la idea clara y segurísima que nos dan los Evangelios; y conforme a ellos, toda la doctrina

de los Apóstoles, así escrita por ellos mismos, como conservada en la iglesia por una tradición y práctica de muchos siglos, constante, uniforme y universal. El querer salir de aquí, es querer confundir las ideas más claras.

161. Del reino, pues, del tabernáculo, del solio del santo rey David, que cayó del todo, y se redujo a polvo desde los principios del primer imperio, de este mismo anuncian los Profetas de Dios, que algún día se levantará de nuevo en la persona del Mesías, hijo de David, *según la carne*. Mas este reino, este tabernáculo, este trono, este solio (que de estos cuatro nombres usan los Profetas), ¿era acaso algún reino puramente espiritual? ¿Era acaso el tabernáculo de la religión, o el solio del sumo sacerdote? Ciertamente que no. El sumo sacerdocio pertenecía, por institución divina, a la tribu de Leví y familia de Aarón; no a la tribu de Judá y familia de David: *en la cual tribu* (dice San Pablo) *nada habló Moisés tocante a los sacerdotes*. Es verdad que el mismo Apóstol añade en el lugar citado que el sumo sacerdocio se trasladó a Cristo, y en Cristo se afirmó para siempre; mas también es verdad que no se trasladó a Cristo por hijo de David, a quien el sumo sacerdocio no pertenecía de modo alguno, ni tampoco por hijo de Aarón, aunque realmente descendiente de Aarón por alguna línea; pues como observa el mismo San Pablo, el sumo sacerdocio de Cristo no es *según el orden de Aarón*, (mucho menos *según el orden de David*) sino *según el orden de Melquisedec*. Se trasladó, pues, a Cristo el sumo sacerdocio, y en él se afirmó para siempre, únicamente por voluntad expresa de Dios, que así se lo tenía prometido y jurado en el salmo CX. Juró el Señor, y no se arrepentirá: *Tú eres Sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec*; (esto es, añade San Pablo) *a semejanza de Melquisedec se levanta otro sacerdote, el cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal*.

162. En suma, es ciertísimo que ni el sacerdocio de Aarón ni el de Melquisedec pertenecían a David; luego ni el uno ni el otro se pueden llamar el reino, el tabernáculo, o el solio de David. Luego el sacerdocio eterno que se puso en la persona de Cristo, y que ahora ejercita en la Iglesia presente, que llaman reino espiritual de Cristo, no puede ser el reino, el tabernáculo o solio de David, de que hablan las profecías, que cayó y se disolvió enteramente más de dos mil años ha; no puede haberse verificado en un reino, tabernáculo o solio puramente espiritual, en que David no tuvo parte alguna; pues este tabernáculo o solio espiritual no es otra cosa en realidad que el sumo sacerdocio de Cristo.

163. ¿Qué dijeran de mí si, imitando el modo de discurrir de los doctores, dijese de David mismo lo que aquí dicen de su tabernáculo? Si me atreviese, digo, a avanzar esta proposición: el santo rey David cayó, murió, fue sepultado, se convirtió en polvo, etc.; y aunque es de fe divina por las Escrituras que ha de resucitar (si acaso no ha resucitado ya), mas esta resurrección ya está verificada plenamente, ni hay que esperar otra cosa. ¿Cómo? Espiritualmente. ¿Cuándo? Cuando el Mesías su hijo recibió el sumo sacerdocio, *según el orden de Melquisedec*, o también cuando el alma de David salió del Limbo, y fue glorificada con Cristo el día de la resurrección del Señor, etc. Si este modo de discurrir pareciera insufrible en los principios fundamentales del cristianismo, se puede fácilmente aplicar la semejanza, no digo en todo, sino en el punto particular y preciso en que está la controversia.

164. Si esta semejanza no parece tan justa, puede añadirse esta otra para mayor claridad. San Pedro en su segunda epístola, hablando de su cercana muerte, les dice a los cristianos estas palabras: *Porque tengo por cosa justa, mientras que estoy en este tabernáculo, de excitaros con amonestaciones. Estando cierto de que luego tengo de dejar mi tabernáculo, según que también me lo ha dado a entender nuestro Señor Jesucristo.* Ahora, el tabernáculo de San Pedro, que cuando esto escribía estaba ya muy cerca de caer, efectivamente cayó, fue sepultado, se disolvió y convirtió en polvo; no obstante, todos sabemos y como cristianos creemos y esperamos, que el mismo tabernáculo de San Pedro, de que él mismo habla en este lugar, ha de resucitar algún día, y se ha de levantar entero del polvo de la tierra en que yace; mas esto no debe ni puede entenderse materialmente, sino en otro sentido metafórico y espiritual; y en este sentido verdadero y único ya esto se ha verificado, y se está verificando muchos siglos ha. ¿Dónde, y cómo? No solamente en el templo magnífico del Vaticano, sino en toda la universal Iglesia, que se puede muy bien mirar como un tabernáculo de San Pedro, donde es venerado y honrado de todos los fieles, como que es el Vicario de Cristo, a quien se dijeron inmediatamente aquellas palabras: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Siendo éste el verdadero y único sentido de la resurrección y erección del tabernáculo de San Pedro, que cayó en tiempo de Nerón, no tenemos que esperar otra resurrección y erección material del mismo tabernáculo de San Pedro; y el príncipe de los apóstoles deberá contentarse con esto sólo.

165. Yo no pretendo que estas semejanzas o paridades corran en todo; me basta que corran en el punto particular y preciso sobre que disputamos. Así como nos dicen las Santas Escrituras que el tabernáculo de San Pedro, de que él mismo habla, aunque caído, disuelto y hecho polvo desde el imperio de Nerón, se levantará algún día del polvo, que se levantará el mismo que cayó y no otro, que se levantará de un modo más perfecto, y para no volver a caer jamás, etc.; así nos dicen las mismas Escrituras con la misma claridad, que el tabernáculo de David, de que vamos hablando, esto es, su reino, su trono, su solio caído, destruido y convertido en polvo desde el imperio de Nabucodonosor, se levantará también algún día, que se levantará él mismo y no otro, que se levantará de un modo perfectísimo, incorruptible y eterno. Ahora, es ciertísimo, según las Escrituras, que el tabernáculo de San Pedro se ha de levantar algún día de la tierra, no en sentido metafórico y espiritual, sino en sentido propio, físico y real; luego bien podemos asegurar lo mismo del tabernáculo o solio de David, pues el mismo espíritu de verdad que promete en general lo primero, promete también en particular esto segundo: *En aquel día (se dice por ejemplo en Amós): En aquel día levantaré el tabernáculo de David, que cayó; y repararé los portillos de sus muros, y repararé lo que había caído; y lo reedificaré como en los días antiguos.*

166. Mas estas y otras profecías semejantes de que hablaremos más adelante, ¿por qué se echan a otros sentidos puramente espirituales? ¿Por qué se pretenden verificar con una violencia tan visible en el sacerdocio, o reino espiritual de Cristo, que es la Iglesia presente, cuando este que llaman reino espiritual de Cristo no tiene conexión alguna, ni la más mínima relación con el tabernáculo o reino, o solio de David *que cayó*? ¿Por qué no se reciben, digo, estas profecías, como se hallan escritas, en su propio y natural sentido? ¿Acaso porque así recibidas, se recibe junto con ellas algún error claro y manifiesto? Así

parece que se tira a insinuar, poco he dicho, así se tira a persuadir, aunque muy de prisa, y más suponiendo que probando. Mas era necesario mostrar para esto alguna verdad, clara y manifiesta, e incompatible con lo que tienen, y quieren que se tenga por error, lo cual ni se hace, ni es posible hacer. Si fuese de algún modo posible, ya lo hubieran hecho sin duda alguna. ¿Acaso porque en este sentido propio y natural, la cosa es absolutamente imposible? Muéstrase, pues, esta absoluta imposibilidad, muéstrase en ello alguna repugnancia o contradicción. ¿Acaso solamente porque tomadas dichas profecías en su sentido propio y natural, se concibe difícilmente, o no se concibe de modo alguno cómo puedan verificarse? Leve fundamento por cierto, y sumamente leve y levísimo, respecto de aquellos mismos que creen tantas otras cosas, infinitamente superiores a la inteligencia del hombre en el estado presente. Si este fundamento fuera siquiera tolerable, con éste solo quedaban dueños del campo los filósofos de nuestro siglo, y les poníamos en las manos las armas más terribles para vencernos y aniquilarnos; mas léase lo que advierte Jeremías: *He aquí que yo soy el Señor Dios de toda carne; ¿pues hay cosa alguna difícil para mí?* Y por Zacarías, hablando de estas mismas cosas, dice el Señor: *Si parecerá cosa difícil en aquel tiempo a los ojos de las reliquias de este pueblo, ¿acaso será difícil a mis ojos?...*

167. ¿Será difícil a Dios el cumplir fielmente su palabra, sin buscar otros sentidos u otros eufios, indignos de su infinita grandeza y de su suma veracidad? ¿No le cumplió fielmente a nuestro padre Abrahán en su propio y natural sentido aquella célebre promesa: *Sara tu mujer te parirá un hijo?* Promesa que hizo reír, aunque no dudar al justo Abrahán, que ya contaba cerca de cien años, y a Sara que ya contaba cerca de noventa. ¿Acaso piensas (decía lleno de una verdadera devoción y simplicidad) ¿Acaso piensas que de hombre de cien años nacerá hijo? ¿Y Sara de noventa años ha de parir? ¿No le cumplió fielmente a Zacarías, padre de San Juan, una promesa del todo semejante: *Tu mujer Elisabet te parirá un hijo?* ¿No le cumplió fielmente a la santísima Virgen María aquella promesa inaudita: *He aquí concebirás en tu seno, y parirás un hijo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo?* ¿No nos ha cumplido, en suma, a todos los creyentes aquella promesa admirable, inefable, incomprensible: *...mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne, y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él... así también el que me come, él mismo vivirá por mí?*

168. Pues si estas y tantas otras promesas que ha hecho Dios a sus siervos y amigos, las ha cumplido fidelísimamente, *según la letra*, en aquel mismo sentido, obvio, propio y natural en que ha hablado, ¿por qué razón no podremos o no deberemos creer, que cumplirá del mismo modo lo que tiene prometido al tabernáculo, al solio del santo rey David, *que cayó?* Mas dejando esta disputa, en que tal vez nos hemos detenido más de lo que era necesario, vengamos ya a la observación atenta y fiel de lo que sobre esto hallamos en las Santas Escrituras.

Se considera el primer concilio de la Iglesia cristiana.

Párrafo II

169. Por el capítulo XV de las Actas de los Apóstoles tenemos noticias bastante individuales del primer concilio de la Iglesia, de la causa o motivo porque se congregó, del modo con que se celebró, de lo que en él se definió, etc. Lo que dio ocasión a aquel primer concilio, dice San Lucas, fue la pretensión extravagante y empeño declarado de algunos doctores judíos, ya cristianos; los cuales, con buena intención y con gran celo, *mas no según la ciencia*, perturbaban no poco el ministerio de San Pablo y de San Bernabé entre las gentes, diciendo a éstas: *Si no os circuncidáis según el rito de Moisés, no podéis ser salvos*. Lo peor de todo era que esta pretensión ridícula la aprobaban y sostenían en Jerusalén misma (esto es, en la corte o centro que entonces era de la Iglesia cristiana) otros muchos doctores, también cristianos, *de la secta de los Fariseos que habían creído*, los cuales eran de sentir, y lo decían públicamente: *Que era necesario que ellos fuesen circuncidados* (los gentiles que creían), *y que se les mandase también guardar la ley de Moisés*. Como ni los Apóstoles, ni los otros discípulos, ni los más de los señores o presbíteros de la iglesia de Jerusalén aprobaban aquella pretensión verdaderamente durísima, y conocidamente inutilísima, determinaron, en fin, juntarse todos en pleno concilio para examinar, resolver y establecer lo que sobre este asunto les dictase el Espíritu Santo: *Y se congregaron los Apóstoles y presbíteros para tratar de esta controversia*.

170. Habiendo precedido varias altercaciones y disputas, sin concluirse nada por aquella vía, se levantó San Pedro lleno del Espíritu Santo; y callando todos, habló en favor de las gentes, haciendo en sustancia este simple y admirable discurso.

171. «A los que han creído hasta ahora de las gentes, sin haberse circuncidado, ni pensado en la ley de Moisés, les ha dado Dios el Espíritu Santo, como a los que hemos creído de la circuncisión, y no ha habido en esto diferencia alguna sustancial entre ellos y nosotros; pues Dios que conoce los corazones, los ha purificado por la fe, así como a nosotros; luego la circuncisión y las otras observancias puramente legales, no pueden ser necesarias para la salud; pues vemos que Dios no ha hecho caso de estas cosas, sino que ha mirado, así en la circuncisión como en el prepucio, solamente la fe; luego será una temeridad, o un tentar a Dios, el querer poner sobre las cervices de los nuevos discípulos un yugo durísimo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar. *Y Dios que conoce los corazones (éste es el texto a la letra), dio testimonio, dándoles a ellos también el Espíritu Santo, como a nosotros. Y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, habiendo purificado con la fe sus corazones. ¿Ahora pues por qué tentáis a Dios, poniendo un yugo sobre las cervices de los discípulos, que ni nuestros padres, ni nosotros pudimos llevar? Mas creemos ser salvos por la gracia del Señor Jesucristo, así como ellos.* »

172. A la fuerza de este discurso en boca de San Pedro, dice el historiador sagrado que callaron todos, que es lo mismo que decir: quedaron convencidos. *Y cayó toda la multitud; y escuchaban a Bernabé y a Pablo, que les contaban cuan grandes señales y prodigios había hecho Dios entre los gentiles por ellos*.

173. Últimamente habló San Jacobo, no para oponerse de modo alguno al discurso de San Pedro, sino antes para confirmarlo, para ilustrarlo, para aclararlo y consolidarlo de tal modo, que aquel negocio gravísimo quedase entre los creyentes enteramente concluido; y

los judíos cristianos, celosos todavía de su ley, se sosegasen y aquietasen del todo, y no pusiesen embarazo a la conversión de las gentes. Así, pues, pidiendo atención a todo el concilio, habló en estos términos.

Varones hermanos, escuchadme. Simón ha contado como Dios primero visitó a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los Profetas, como está escrito: Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que cayó; y repararé sus ruinas, y lo alzaré. Para que el resto de los hombres busque a Dios, y todas las gentes sobre las que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas. Conocida es al Señor su obra desde el siglo. Por lo cual yo juzgo, que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios.

174. Este texto se ha mirado siempre como oscurísimo, y no hay duda que lo es, ya por su extremo laconismo, ya también porque es muy difícil, después de bien considerado, acordarlo con las ideas sobre que disputamos. El modo de explicarlo, y la explicación misma, no menos lacónica, muestran claramente un extraordinario embarazo, y por buena consecuencia alguna confusión más que ordinaria. Para poder entender bien así la explicación como el texto mismo (de que hablaremos en el párrafo siguiente), creo que sería una buena disposición saber primero y tener bien presente lo que nos dicen los mismos doctores, sobre aquella célebre pregunta que hicieron al Señor todos los que asistieron y fueron testigos de su admirable ascensión a los cielos. *Los que se habían congregado, le preguntaban, diciendo: Señor, ¿si restituirás en este tiempo el reino a Israel?* Esta pregunta nos dicen ya clara y expresamente que fue un error, originado de lo que habían oído a sus Rabinos sobre el reino del Mesías: *Fingieron, por el ordinario error de aquella gente, que el reino del Mesías sería temporal y mundano, cual fue el de David y Salomón; siendo así que los Profetas predijeron que sería espiritual, debiéndose comenzar en el mundo por la fe, y tener su complemento en el cielo por la fruición de Dios.*

175. Sobre esta tan formal decisión, permítasenos hacer estas dos brevísimas preguntas. Primera: ¿dónde están estas predicciones de los profetas, o qué profetas son éstos hasta ahora tan incógnitos, que no se han injerido en la Biblia sagrada? Segunda: ¿por qué razón, y con qué equidad se confunden tanto las ideas groseras que han tenido y tienen los judíos sobre el reino de su Mesías, con las predicciones de los Profetas de Dios, que están tan lejos de aquellas groserías? Si la pregunta que los discípulos hicieron al Señor en aquellas circunstancias, hubiese sido algún error, u originada de algún error vulgar entre los suyos, ¿no era naturalísimo, por no decir absolutamente necesario, que el buen maestro les hubiese dicho siquiera aquellas tres precisas palabras que dijo en ocasión semejante a los Saduceos: *Erráis, no sabiendo las Escrituras?* ¿No era naturalísimo y aun necesario sacarlos luego al punto de aquel error explicándoles antes de dejarlos un punto de tan grande interés y de tan graves consecuencias? ¿No era naturalísimo y aun necesario (ya que nada les enseñaba positivamente sobre este punto gravísimo) que a lo menos no los confirmase con su respuesta en aquel error? Considérese la respuesta del Señor, y se verá, sin poder excusarlo, que aunque el Señor no les revela el secreto particular y determinado que ellos deseaban saber, esto es, el tiempo preciso de la restitución del reino de Israel; mas los confirma evidentemente en la

sustancia de este misterio. Lo que ellos preguntaban era, ¿si el reino de Israel, que según los Profetas se debía restituir por el Mesías, se restituiría luego en aquel tiempo, o no? Y el Señor les responde que no se metan en averiguar los tiempos y momentos, que el Padre ha puesto en su potestad; que es lo mismo que les había dicho en otra ocasión, hablando de propósito de su venida: *Mas de aquel día, ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, sino sólo el Padre.* Luego concede el Señor, no sólo tácita, sino clara y expresamente, que hay en realidad tiempos y momentos, puestos en la potestad del Padre para restituir el reino de Israel. Y si no, ¿qué sentido decente y racional pueden tener sus palabras? ¿Qué tiempos y momentos son estos que el Padre ha puesto en su potestad, o ha reservado a sí solo?

176. Si la restitución del reino de Israel por el Mesías es realmente una fábula y un error, como se asegura con tanta franqueza; luego sobre esta restitución, que es de la que se habla, no puede haber tiempos ni momentos reservados en la potestad del Padre. ¿Qué tiempos y momentos se ha de reservar el Padre a sí solo, sin querer que nadie lo sepa, para que suceda una cosa que jamás ha de suceder? ¿Una cosa que no puede suceder? ¿Una cosa que sólo pensarla y esperarla es una estulticia y un error? Entre nosotros, naturalmente poco sinceros, no sería muy de extrañar este modo de hablar, ciertamente doblado; mas en el maestro bueno, en el maestro de toda justicia y santidad, en el maestro de toda verdad, rectitud y sinceridad, se figura no sólo duro y difícil, sino algo más que imposible. Esta imposibilidad se ve crecer sensiblemente en el caso y circunstancias de que vamos hablando. Es a saber, que cuando el Señor dijo estas palabras, hablaba solamente con sus discípulos, hablaba con sus amigos, hablaba con unos hombres que realmente lo amaban y veneraban, y que estaban prontísimos a recibir y creer cualquiera cosa que les dijese, como que eran hombres simples y rectos, sin malicia, ni artificio, ni preocupación. Hablaba con aquellos hombres que él mismo había elegido para maestros del mundo; a quienes había instruido todo el tiempo de su predicación, y aun después de su resurrección no había cesado de instruirlos, *apareciéndoseles por cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios;* a quienes acababa de decir: *Id pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas;* a quienes *les abrió el sentido, para que entendiesen las Escrituras;* y a quienes había dicho la noche antes de su pasión: *a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.* Hablaba, en fin, con hombres incapaces de resistirle, ni de disputar con él sobre las cosas que habían oído, o podían haber oído *por el ordinario error de aquella gente.*

177. Pues, ¿es verdad verosímil, ni creíble, ni posible, que el maestro bueno, que era la misma verdad y sinceridad, hablase de este modo a unos hombres como éstos? ¿Es creíble ni posible que en aquellas circunstancias en que ya se ausentaba de ellos, preguntado por ellos mismos sobre un punto tan grave y de tan graves consecuencias, no les hablase con claridad, no los sacase de su error, no les reprendiese su estulticia, no les explicase en cuatro palabras lo que quieren decir los Profetas, cuando anuncian la restitución del reino de Israel? ¿Es creíble que hablase solamente de los tiempos y momentos que el Padre tiene reservados, para que suceda lo que no ha de suceder, ni puede suceder? Cierto que nos hallamos no pocas veces en grandes conflictos, y en angustias casi mortales. Dos escollos terribles e inevitables se ven aquí, mayores sin comparación que Escila y Caribdis. Estos últimos se pueden las más veces evitar; ya

prescindiendo de ellos absolutamente, o volviendo para atrás; ya navegando por en medio de ellos a igual distancia del uno y del otro; mas respecto de aquellos otros, no aparece medio, ni remedio, ni esperanza alguna. O habéis de tomar rumbo por la diestra o por la siniestra. Por consiguiente, habéis de naufragar sobre un escollo o sobre otro.

178. Si la restitución del reino de Israel por el Mesías es una estulticia y un error, luego el Mesías mismo cuando *fue visto en la tierra, y conversó con los hombres*, engañóconocidamente a sus mayores amigos que tenía sobre la tierra, hablándoles en este asunto gravísimo con equívoco y doblez, dejándolos voluntariamente *en el ordinario error de su nación*. Si esto no es creíble ni posible, luego el error estará por la parte contraria; es decir, luego será un verdadero error el afirmar, aunque sea en tono decisivo, que la restitución del reino de Israel por el Mesías es un error. Si esta última consecuencia se oye con espanto, con indignación, y con cierta especie de escándalo, luego deberemos tener por buena y legítima la primera consecuencia; luego será preciso decir y confesar aquí que Jesucristo, el Maestro por excelencia bueno, el Santo de los santos, llamado *Fiel y Veraz*, no se portó en esta ocasión como quien era; no se portó ni aun siquiera como un hombre honrado; no se portó con aquella franqueza y sinceridad que debían esperar de él sus mayores y sus únicos amigos que tenía en este marido, a quienes había elegido para maestros del mismo mundo, y predicadores de la verdad. Yo busco entre estos dos extremos algún medio razonable, y protesto que no lo hallo. En caso de no hallarse, me inclino sin temor alguno hacia la diestra. Quiero más errar con los apóstoles, y quedar confirmado en el error por el maestro de toda verdad.

Se considera de cerca la explicación del texto de San Jacobo, y de la profecía que cita.

Párrafo III

179. Como no puedo persuadirme que en tiempo de aquel concilio estuviese todavía este santo y los demás Apóstoles y señores, *en el ordinario error de su nación*, no tengo otra cosa que hacer, sino estudiar sus palabras, estudiar asimismo la profecía citada, y combinar lo uno con lo otro: *Simón ha contado como Dios primero visitó a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los Profetas, como está escrito: Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David.*

180. Todos los intérpretes suponen aquí, lo primero: que San Jacobo habla de la vocación de las gentes, a quienes en aquel tiempo visitaba el Señor por su infinita misericordia, para sacar de entre ellas un pueblo santo. Esta primera suposición es cierta e innegable por todo el contexto. Suponen, lo segundo (no se sabe sobre qué fundamento): que la profecía de Amós, que cita San Jacobo, habla del mismo misterio de la vocación de las gentes, como si para esto solo la citase y no para otra cosa. Por consiguiente suponen, lo tercero: que la reedificación y erección del tabernáculo de David, *que cayó*, y todas las otras cosas que anuncia seguidamente esta profecía, se han verificado y se están todavía verificando en el misterio mismo de la vocación de las gentes; las cuales, dicen, han formado principalmente, con algunos pocos judíos que han creído, el nuevo espiritual tabernáculo de David, *que cayó*, esto es, la Iglesia presente, donde reina espiritualmente

el Mesías mismo, hijo de David. A esto se reduce en sustancia toda la explicación, y en vano se esperará otra cosa, porque realmente no la hay.

181. Si preguntamos ahora, no satisfechos con estas generalidades, ¿qué significan algunas y muchas cosas bien notables que leemos, así en este texto de San Jacobo, como en el de Amós? Con esto sólo podremos empezar a abrir los ojos, o entrar en alguna duda o sospecha sobre la bondad de esta explicación. ¿Qué significa, por ejemplo, aquella palabra, *primero*, hablando de la vocación de las gentes? ¿Qué significan aquellas otras: *Después de esto volveré*? Estas cuatro palabras, que parecen capitales, las omiten no obstante los más de los doctores que he podido ver. Sólo uno halló que se hace cargo de ellas; mas, ¿qué es lo que dice? Dice brevísimamente que aluden a la conversión del centurión Cornelio, llamado de Dios el primero de todos los gentiles, como se refiere en el capítulo X de las Actas de los Apóstoles. Después de lo cual, quedó abierta la puerta, y empezaron a entrar, y hasta ahora están entrando gentes a millares, que son las que forman principalmente el tabernáculo espiritual de David. Compárese ahora esta explicación con el texto, y se conocerá fácilmente su poca coherencia. De modo que primero visitó Dios a las gentes para sacar de entre ellas un pueblo para su nombre, lo cual sucedió en la conversión de Cornelio con toda su familia; y después de estas cosas que sucedieron en casa de Cornelio, *después de esto*, entonces volvió Dios, y edificó de nuevo el tabernáculo espiritual de David. Y como este tabernáculo de David, según dicen los mismos doctores, no es otra cosa que la Iglesia cristiana, se sigue necesariamente que Dios edificó o fundó la Iglesia cristiana, solamente después de la conversión del centurión Cornelio *debió formarse esta Iglesia*.

182. Fuera de esto, ¿qué significan en el texto de Amós aquellas palabras: *y lo reedificaré* (el tabernáculo de David) *como en los días antiguos*? ¿La Iglesia cristiana la ha reedificado Dios como estaba en los tiempos antiguos antes de caer: *levantaré el trono de David, que cayó... y lo reedificaré como en los días antiguos*? Después de reedificado el tabernáculo de David (prosigue el Profeta) *alcanzará el que ara al que siega, y el que pisa las uvas al que siembra; y los montes destilarán dulzura, y todos los collados serán cultivados*. ¿Qué quiere decir esto? Lo que quiere decir, responden, no puede ser otra cosa sino que en la Iglesia de Cristo sus ministros u operarios tendrán siempre sobre sí grandes y continuas ocupaciones; sucediéndose los ministerios unos a otros, sin dejarles un punto de reposo, como sucedió a los Apóstoles, y sucede hasta ahora a los hombres apostólicos. Que los montes destilarán dulzura: esto es, que lloverán consuelos celestiales sobre los verdaderos fieles. Que todos los collados estarán cultivados: esto es, que no habrá pueblo o nación alguna donde no trabajen los ministros de la Iglesia, y donde no recojan algunos frutos para Dios. Últimamente dice el Profeta (y ésta parece la propia llave, o la explicación clarísima de todo lo que acaba de decir): *levantaré el cautiverio de mi pueblo de Israel... Y los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra que les di*.

183. Parece que aquí debiéramos esperar de la piedad de tantos doctores cristianos alguna conmiseración y misericordia, respecto de los míseros judíos; mas nuestras esperanzas quedan aquí tan desvanecidas como siempre. No hay que esperar consolación alguna, *hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*. Los doctores, según su

sistema, no se atreven a abrir ni consentir la apertura de una sola puerta, por el prudentísimo temor de alguna pésima e inevitable consecuencia. Así, pues, aquellas palabras con que acaba esta profecía: *levantaré el cautiverio de mi pueblo de Israel... Y los plantaré sobre su tierra; y nunca más los arrancaré de su tierra que les di*; no tienen otro sentido sino éste: yo sacaré de la cautividad del pecado y del demonio, así a las gentes como a los judíos que creyeren, *los plantaré sobre su tierra, esto es, en mi iglesia*, y no los moveré jamás de esta tierra que les he dado, si ellos no la dejan por su iniquidad, como la han dejado tantos apóstatas y herejes, etc.

184. Veis aquí, Señor mío, toda la explicación, o como dicen, el verdadero sentido intentado por el Espíritu Santo, así de la profecía de Amós, como del discurso de San Jacobo en el concilio de Jerusalén. Si este sentido puramente acomodaticio es suficiente o no, para contentar plenamente a quien busca en las Escrituras la verdad, no me toca el resolverlo. Cualquiera se lo puede preguntar a sí mismo, pesándolo fielmente en la balanza del sentido común. El mayor trabajo es que en el modo de hablar de los doctores, decisivo e indubitable, no dejan lugar, antes dan señales claras de no querer oír réplica alguna, sino que con esto solo debe quedar este punto gravísimo enteramente decidido y concluido. Si alguno se atreve, no obstante, a alzar la voz, pidiendo alguna buena razón de toda esta inteligencia o sentido, que llaman verdadero y único, no tiene que esperar otra respuesta que tres o cuatro, o más renglones de citas; esto es, que otros muchísimos doctores han entendido así todas estas cosas, y asimismo las han explicado. Bien. Mas esto, ¿quién lo duda? Si todos estos muchísimos doctores han partido desde un mismo principio, y trabajado sobre un mismo sistema, ¿qué mucho que hayan dicho lo mismo? ¿No es esto responder *por la cuestión*? Lo que aquí se pide no es lo que han pensado otros doctores, que esto no se ignora, sino la razón y fundamentos que han tenido para pensarlo. Si esta razón o fundamentos no se producen, ¿de qué sirve llenar páginas enteras con citas de autores? Bien pudieran citarse dos o tres mil autores, para probar, por ejemplo, que el agua sube en la bomba por el horror que la naturaleza tiene al vacío; mas no por eso dejará de ser falsa esta opinión, y de mirarse esta prueba como insuficiente e inútil.

185. Algunos añaden una palabra ciertamente de gran peso, si viniera al caso. Esta inteligencia, dicen, es de todos los intérpretes *ortodoxos*. Mas esta palabra *ortodoxos*, ¿a qué propósito se trae aquí? ¿Qué quiere decir esto en el asunto de que hablamos? ¿Acaso que sólo los intérpretes heterodoxos o herejes pueden pensar otra cosa diversa? ¿Acaso que dicha inteligencia es de fe católica, es ortodoxa, es verdadera e indisputable? ¿No veis, Señor, la pretensión y el empeño? ¿No veis el miedo y escrúpulo con que nos quieren espantar?

186. Crece todavía más el empeño y la pretensión. Un autor grave (y con razón estimado por uno de los mejores intérpretes) dice formalmente, citando a otro, que la sobredicha inteligencia de la profecía de Amós, y por consiguiente del texto de San Jacobo, está ya definida como verdadera y literal, contra Teodoro, obispo de Mopsuesta, por el papa Vigilio en el concilio romano. Cualquiera que lea estas palabras en un autor como éste, erudito y juicioso, es naturalísimo que las crea al punto, sin querer tomar sobre sí el gran trabajo de examinar su verdad; por consiguiente que dé por concluida esta

disputa. Yo también la diera al punto por concluida, si esto fuese cierto, o si no fuese evidentemente falso. Digo evidentemente falso, lo primero: porque no consta de la historia que en tiempo de Vigilio, ni cuando fue antipapa, ni cuando fue papa, se haya celebrado en Roma algún concilio. Lo segundo: porque las altercaciones que tanto perturbaron la paz de la Iglesia sobre los tres célebres capítulos, es a saber, sobre algunos escritos de Ibas, obispo de Edesa; de Teodoreto, obispo de Ciro; y mucho más de Teodoro, obispo de Mopsuesta, no pasaron en occidente, sino en oriente; no en Roma, sino en Constantinopla. Lo tercero y principal: porque aunque en Constantinopla, no en Roma, se condenaron al fin dichos tres capítulos, y con ellos sesenta proposiciones extraídas de los escritos de Teodoro; mas ninguna de ellas tiene alguna conexión, ni la más mínima relación con el asunto que ahora tratamos. En todas las sesenta proposiciones que ponen los historiadores, no se lee jamás *tabernáculo de David*, ni profecía de Amós, ni concilio de Jerusalén, ni discurso de San Jacobo, ni otra cosa alguna que con esto pueda equivocarse. Lo más que se halla en la historia (y tal vez de aquí nacería el equívoco) es esto: que los enemigos de Teodoro lo acusaban, entre otras cosas, de que adhería mucho a algunas opiniones de los rabinos; pues decía que el Salmo XXI no habla de Cristo; mas esta acusación general ni sabemos que se presentase al concilio de Constantinopla, ni tampoco que el concilio hablase sobre ella alguna palabra; pues las sesenta proposiciones nada de esto contenían. Yo desafío formalmente a todos los eruditos que me verifiquen de algún modo razonable esta proposición: *que así a la letra deba explicarse (el texto de Amós) está definido bajo de excomunió en el concilio Romano, contra Teodoro, obispo de Mompuesta.*

187. Concluyo este punto con estas dos preguntas. Primera: si esta noticia fuese cierta, ¿es creíble que la ignorasen otros doctores? Segunda: no ignorándola y teniéndola por segura, ¿es creíble que no la produjesen como una prueba la más decisiva de la bondad de su interpretación?

Se propone otra explicación del texto de San Jacobo con todo su contexto.

Párrafo IV

Simón ha contado cómo Dios primero visitó a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los Profetas, como está escrito: Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que cayó.

188. Parece claro que San Jacobo dice aquí dos cosas muy diversas, que no es bien confundir o disimular; pues él mismo las distingue clarísimamente diciendo que la una debe suceder primero que la otra. La primera (por confesión unánime de todos los doctores) es la vocación de las gentes, la cual prueba, confirmando el discurso de San Pedro, y asegurando según las Escrituras, que Dios determinaba visitar primero a las gentes (pues los judíos, aunque llamados los primeros, no querían oír) y sacar primero de entre las gentes un pueblo para su nombre. La segunda, después de ésta, es la vocación, la

congregación, la ascunción de las reliquias de Israel, disperso entre todas las naciones por su incredulidad: *Después de esto volveré y reedificaré*. De modo que la primera pertenece únicamente al asunto primario, o único sobre que se había congregado aquel concilio, esto es, a las gentes visitadas y llamadas de Dios, para formar un pueblo nuevo, mayor y mejor que el antiguo; pues éste, llamado en primer lugar con tan grandes instancias, se había ya obstinado en su incredulidad, y no quería congregarse; pues no se ignoraba que debía suceder así según las Escrituras. No se ignoraba la profecía de Daniel, que dice: *no será más suyo el pueblo que le negará*. Ni la de Oseas, que dice: *vosotros no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro*. Ni la de Isaías, que dice: *Israel no se congregará*. La segunda se enderezaba a sosegar los judíos cristianos celosos todavía de su ley y de su pueblo, asegurándoles que después del misterio de las gentes, llegaría también su tiempo de misericordia para este pueblo infeliz, como está escrito: *Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que cayó*. Para esto son manifiestamente aquellas palabras capitales: *primero... después de esto*.

189. San Jacobo dice que la profecía de Amós que cita, y generalmente *las palabras de los Profetas* concuerdan con estas palabras: *Dios primero visitó a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre*; mas esta concordancia no está en el misterio de la vocación de las gentes considerado en sí mismo, sino considerado como primero, respecto de otro misterio que debe seguirse después de él; de otro modo, las palabras, *primero... después de esto*, fueran no sólo inútiles, sino algo más que bárbaras, y sería necesario omitirlas del todo para poder dar a la cláusula algún sentido gramatical. Ésta es, pues, la concordancia de que aquí se habla, entre el misterio de la vocación de las gentes, y la reedificación del tabernáculo de David: que aquel misterio es primero, y éste, segundo; aquel ha de preceder, y éste seguir. ¿Cómo es posible que un misterio se preceda a sí mismo? ¿Que sea anterior, y al mismo tiempo posterior a sí mismo? Si la visitación o vocación de las gentes para sacar de entre ellas un pueblo de Dios, es lo mismo que Dios quiere hacer; si después de las cosas que pertenecen a este primer misterio, *después de esto*, se ha de reedificar el tabernáculo de David, y han de suceder las demás cosas que anuncia la profecía de Amós; luego éstos son dos misterios totalmente diversos; luego la Iglesia presente no puede ser el tabernáculo de David, de que aquí se habla; luego este segundo misterio, posterior al primero, no se ha verificado hasta el día de hoy; pues el primero todavía no se ha concluido; luego se debe verificar en algún tiempo, y por consiguiente se debe concluir en algún tiempo el primer misterio.

190. De esta concordancia de un misterio con otro, hablan frecuentísimamente los Profetas, como tantas veces hemos notado en los cuatro fenómenos antecedentes. De esta concordancia habla no pocas veces San Pablo, especialmente cuando dice a las gentes: *Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también éstos...* De esta concordancia habló muchísimas veces *en parábolas* el mismo Mesías, especialmente cuando les dijo a los Escribas y Fariseos: *Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él*. Cuando les hizo darse a sí mismos aquella justísima sentencia: *A los malos destruirá malamente; y arrendará su viña a otros labradores*. Cuando en la parábola de los operarios y de los convidados a la gran cena, les anunció claramente que serían los últimos los que debían ser los primeros;

y al contrario, serían los primeros los que debían ser los últimos; y en otra parte: *En verdad os digo que los publicanos y las ramerías os irán delante al reino de Dios*. Y, en fin, cuando dijo que Jerusalén sería destruida, sin que quedase en ella piedra sobre piedra; que aquellos tiempos serían sólo de venganza y de ira, para todo el pueblo de Dios, de quien ella era cabeza; que este pueblo, parte pasaría por el filo de la espada, parte sería esparcido a todos los vientos, y llevado cautivo a todas las gentes, y que Jerusalén sería conculcada de las mismas gentes, hasta que se llenasen los tiempos de las naciones. Por abreviar, esta misma concordancia se ve con los ojos en el cántico, no menos breve que admirable del justo Simeón, el cual, teniendo en sus brazos a la esperanza de Israel, y de todo el universo, en el estado todavía de infancia, anunció lleno del Espíritu Santo que sería primero *Lumbre para ser revelada a los gentiles, y, después, para gloria de tu pueblo Israel*. A todas estas cosas, y otras semejantes que se leen en los libros sagrados, parece aluden aquellas dos palabras: *primero... después de esto*.

191. Acaso se podrá oponer que ni en la profecía de Amós, ni en los otros Profetas, se leen jamás estas palabras: *después de esto volveré*; sino siempre o casi siempre estas otras: *en aquel día... en aquellos días... en aquel tiempo, etc*. Bien, y ¿qué inconveniente se halla en esto? El Profeta dice: en aquel día (sin señalar el día preciso de que habla), en aquel día, dice el Señor, yo resucitaré el tabernáculo de David, que cayó o murió, y lo reedificaré como en los días antiguos. San Jacobo, citando esta profecía, señala el día o tiempo de que habla éste y otros Profetas, y lo señala con estas tres palabras: *Después de esto volveré*; dando en ellas dos claras contraseñas. Primera: después de estas cosas. ¿De cuáles? De las que actualmente se habla, esto es, de las pertenecientes al gran misterio de la vocación de las gentes, a quienes Dios visitaba en primer lugar, para sacar de ellas y formar con ellas un pueblo para su nombre. Segunda contraseña: yo volveré. ¿Quién volverá? ¿Adónde, y a qué volverá? Quien volverá no puede ser otro sino aquel mismo hombre noble, *(que) fue a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse*; de quien se dijeron aquellas consolantes palabras: *¿Varones galileos, qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo. ¿Adónde volverá? Volverá sin duda alguna a esta misma tierra que dejó, y de donde es en cuanto Hombre, y juntamente a aquellos cuyos padres son los mismos, de quienes desciende también Cristo según la carne; a aquellos mismos que no quisieron reconocerlo, diciendo: No queremos que reine éste sobre nosotros; y a quienes por esto se les está dando hasta ahora un castigo tan sin ejemplar, mostrándoles Dios tantos siglos ha las espaldas, y no la cara, como les había predicho y amenazado desde Moisés. ¿A qué volverá? Volverá, según las Escrituras, a resucitar en su propia persona, y a edificar, o reedificar, como en los días antiguos, (con aquella grandeza y justicia, dignas de un Hombre Dios) el tabernáculo o solio de David su padre, que cayó... En aquel día levantaré el tabernáculo de David, que cayó... Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David que cayó... Y vendrá el primer imperio, el reino de la hija de Jerusalén*. Estas últimas palabras del profeta Miqueas, corresponden visiblemente a aquellas otras de Amós: *lo reedificaré como en los días antiguos*; y ambas anuncian claramente el juicio de los vivos, o lo que es lo mismo, el reino del Mesías sobre los vivos.

192. De todo esto que acabamos de decir, se sigue en conclusión que primero ha de recoger Dios de entre las gentes un pueblo suyo en lugar de Israel, que no quiso congregarse, y por eso fue arrojado y disperso entre todas las gentes. Primero ha de llamar y congrega*r otras ovejas, que no son de este aprisco.* Primero ha de recoger y congrega*r en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos;* y después que estos hijos de Dios estén recogidos; después que estas ovejas estén aseguradas; después que ya no se halle más que recoger; después que, aun lo que estaba recogido se vaya o saliendo fuera por falta de fe, o corrompiendo dentro por sobra de iniquidad; en suma, después que se llenen los tiempos de las naciones, que son puntualmente aquellos en que estos hijos deben permanecer en bondad, pues con esta precisa condición fueron injertos en la buena oliva: *si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado;* después de todo esto empezará a amanecer otro día, de que tanto hablan los Profetas de Dios, en el cual empezará el mismo Señor a pasarse de las gentes a los judíos, y preparados éstos o sus reliquias preciosas con las preparaciones convenientes, de que ya hemos hablado, volverá también en su propia persona de aquella región longinqua a donde fue días ha, *para recibir allí un reino, y después volverse.* Volverá, digo, cuando haya recibido del mismo Padre *la potestad, y el honor, y el reino;* cuando haya recibido solemnísimamente en el supremo Consejo de Dios la investidura del mismo reino; *y cuando volvió, después de haber recibido el reino;* y destruida en primer lugar la gran estatua, *cuyo aspecto era terrible;* evacuado todo principado, potestad y virtud, edificará sobre sus ruinas el tabernáculo de David su padre, o el último reino incorruptible y eterno; *la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchió toda la tierra.*

Y se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado, y perezca para siempre. Y que el reino, y la potestad, y la grandeza del reino, que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo.

193. Excusad, señor, este defecto en que incurro frecuentemente, de repetir varias veces en diversos lugares ciertos textos particulares de la Escritura. Si éstos se tienen presentes cuando conviene, yo admito con gusto la nota de repetidor.

Párrafo V

Se confirma todo lo dicho con otros lugares de la Escritura.

Primero

194. Isaías hablando del Mesías, dice de él entre otras cosas: *se sentará sobre el solio de David, y sobre su reino, para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre; el celo del Señor de los ejércitos hará esto.* Si se compara este texto con el de Amós, citado por San Jacobo, y se pesan en balanza fiel, parece imposible hallar entre ellos alguna diferencia digna de consideración. Isaías dice que el Mesías, como hijo de David, a quien están hechas las promesas, se sentará algún día sobre su solio y sobre su reino para confirmarlo y corroborarlo en juicio y en justicia. San Jacobo, citando en general *las palabras de los Profetas,* y en particular la profecía de Amós, dice que el Mesías mismo, que ya entonces se había ido al cielo, volverá a la tierra algún día,

y reedificará el tabernáculo de David que cayó, levantándolo del polvo de la tierra donde está sepultado, y que esto será *después*. Amós dice, que en aquel día (el cual día se determina con aquellas tres palabras, *después de esto volveré*) el Señor resucitará, y levantará de la tierra el tabernáculo de David, *que cayó*; el mismo que cayó, que se arruinó, que se disolvió, etc., y lo edificará de nuevo, *como en los días antiguos*.

195. Por estas últimas palabras yo no pienso decir (ni se me podrá atribuir un tal despropósito sin una manifiesta injusticia) que el reino del Mesías, de que hablo, será o podrá ser, *como en los días antiguos*; haciendo caer la palabra *como* sobre el modo, y no precisamente sobre la sustancia. Yo pienso y tengo por cierto esto segundo. Si mis judíos han pensado, y piensan hasta ahora lo primero, o alguna otra cosa semejante, ciertamente han errado y yerran en lo más sustancial de sus Escrituras; mas este y otros errores semejantes, manifiestamente groseros, se les podrían fácilmente corregir con sus mismas escrituras, sin darles aquella respuesta dura y terrible, y no menos dura y terrible que mal fundada: *niego todo*.

Segundo

196. La profecía de Isaías, de que empezamos a hablar, la hallamos expresamente citada en el evangelio. ¿Por quién? Por el ángel San Gabriel, enviado extraordinario de Dios a la santísima Virgen, elegida para Madre del Hombre Dios. Entre las cosas que el ángel le promete de parte de Dios, una de ellas es lo que contiene y anuncia especialmente la profecía de Isaías: *y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino*. Esta solemnísimas promesa, hecha a la santísima Virgen para el Mesías su hijo, parece cierto que hasta ahora no se le ha cumplido a nuestra Señora, y parece del mismo modo cierto, que es la única que no se le ha cumplido hasta ahora; pues todas las otras de que el ángel la aseguró de parte de Dios, se cumplieron luego al punto perfectísimamente en su sentido natural y propio, como es claro por todo el texto sagrado, y por el dogma que se funda en él.

197. Si esta única promesa no se ha cumplido hasta ahora a nuestra Señora, parece necesario que se le cumpla alguna vez en aquel mismo sentido propio y natural en que se cumplieron las otras, pues no hay más razón para aquellas que para ésta. Si ya se le ha cumplido esta promesa, como se intenta suponer, deberá mostrarse con distinción y claridad este perfecto cumplimiento, sin recurrir para esto al sumo sacerdocio de Cristo *según el orden de Melquisedec*, con el cual el trono de David no tiene conexión alguna, ni la más mínima relación; siendo claro que la promesa no habla del sacerdocio, sino del trono de David. Esta promesa, pues, ¿cuándo se ha cumplido o cuando se ha podido cumplir? En toda la historia sagrada no hallamos otra cosa sino que el Mesías hijo de David entró una vez públicamente en Jerusalén entre las aclamaciones de la plebe, con aquella pompa nueva e inaudita que refieren los evangelistas, y que ya estaba registrada en Zacarías: *Mira que tu rey vendrá a ti justo y salvador; él vendrá pobre, y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna*; mas también sabemos, que no fue recibido, sino desconocido y reprobado. Lejos de ponerlo en el trono de David, lo pusieron seis días después en otro trono de dolor y de ignominia, cual fue la cruz; y la

plebe misma que lo había aclamado por hijo de David, clamó contra él a grandes voces: *crucifícale, crucifícale.*

198. Después de su muerte y resurrección, sabemos de cierto que se fue al cielo, como él mismo había dicho: *para recibir allí un reino, y después volverse.* Sabemos de cierto que allá en el cielo *está sentado a la diestra de Dios.* Sabemos de cierto que allá está sentado en el trono mismo de su Padre. Sabemos de cierto que allá estará sentado hasta su tiempo: *hasta que ponga* (le dijo su Padre) *a tus enemigos por peana de tus pies;* y como añade el Apóstol: *esperando lo que resta...* Sabemos, en fin, con la misma certidumbre, que volverá algún día a esta nuestra tierra, *a juzgar los vivos y los muertos...* *Y no tendrá fin su reino.* Mas ni el trono de Dios, adonde ahora está, ni el trono de ignominia donde lo pusieron los suyos, se puede llamar, sin una manifiesta violencia, el trono, o solio, o tabernáculo de David su padre, que le está tan expresamente prometido. No quiero perder la oportunidad que aquí se me ofrece de decir dos palabras sobre cierta noticia, que vulgarmente corre por verdadera, como que se halla expresa en muchísimos intérpretes de la Escritura; es a saber; que aquellas palabras del salmo XCV, *Decid en las naciones que el Señor reinó,* están corrompidas o truncadas maliciosamente, por los judíos, los cuales les quitaron la palabra latina *a ligno,* pues debía leerse: *dicite in gentibus quia Dominus regnavit... a ligno.* Yo no me admirara mucho que los judíos hubiesen quitado al texto la palabra *a ligno,* que tanto podía incomodarlos. Lo que me admira, *con grande admiración,* es que sabiendo esto los doctores cristianos (pues si no lo supiesen, no es creíble que se atreviesen a publicar esta noticia en sus escritos, que deben, o pueden andar en manos de todos, con peligro de levantar un falso testimonio a los míseros e inermes judíos), que sabiendo, digo, los doctores, que los judíos quitaron al texto sagrado la palabra *a ligno,* no se la hayan restituido hasta ahora en tantas correcciones que se han hecho de la Escritura; ni se halle esta palabra en las otras versiones, que corren como buenas, fuera de la Vulgata. Ésta es una cosa que no puedo comprender. Los judíos quitaron al texto la palabra *a ligno.* Bien. O esta noticia es cierta, o no. Si es cierta, luego debe restituirse al texto mismo una palabra tan sustancial, y tan interesante. Si no es cierta, luego debe borrarse la noticia de todos los escritos públicos donde se hallare, pues los judíos, por judíos que sean, no pueden ser condenados, sino *según lo alegado y probado,* pues son hombres como todos nosotros. Fuera de esto, léase todo el salmo XCV, con ojos imparciales, y se conocerá al punto que la palabra *a ligno* no viene al caso, pues todo él habla manifiestamente de la venida segunda del Señor en gloria y majestad: *Conmuévase toda la tierra a su presencia, decid en las naciones que el Señor reinó. Porque enderezó la redondez de la tierra, que no será conmovida; juzgará los pueblos con equidad. Alégrense los cielos, y regocíjese la tierra, conmuévase el mar, y su plenitud... a la vista del Señor, porque vino, porque vino a juzgar a la tierra. Juzgará la redondez de la tierra con equidad, y los pueblos con su verdad.*

199. Responden a esto que el reino del Mesías de que hablan las Escrituras, no es terreno ni mundano, sino celestial y divino; no temporal, sino eterno; no carnal, sino espiritual. Así, aunque se dice que al Mesías se le dará el trono de David su padre; que se sentará en este trono después de reedificado y levantado del polvo de la tierra; que reinará eternamente *en la casa de Jacob, etc.;* mas todo esto no puede entenderse literalmente, sino en otro sentido perfectísimo, cual es el alegórico y espiritual; en cuanto el trono de

David, sobre todo Israel, fue una figura o sombra del trono espiritual de Cristo, sobre todos los creyentes (que no es otra cosa que su sumo sacerdocio, *según el orden de Melquisedec*). Yo he protestado en otras partes que no pienso oponerme de modo alguno a lo que se dice o se quiere decir en este sentido alegórico y espiritual; lo cual yo también lo digo y lo creo como todos los fieles. A lo que sí me opongo con todas mis débiles fuerzas, es al empeño y pretensión de los que quieren despóticamente que éste sea el único sentido de las Santas Escrituras, y que el pensar otra fuera de esto es un error, es un sueño, es un despropósito grosero, etc. Mas esto, ¿cómo lo prueban? Yo a lo menos no hallo prueba que me satisfaga.

200. Es ciertísimo que el reino del Mesías de que hablan las Escrituras, no puede ser un reino terreno y mundano, sino celestial y divino; no puede ser un reino temporal, sino eterno; no puede ser un reino carnal, sino espiritual (bien que deba ser no puramente espiritual, sino espiritual y corporal). Es decir, no puede ser el reino del Mesías como los reinos que hasta ahora hemos visto en nuestro mundo. Esto repugna infinitamente, *según las Escrituras*, al reino de un hombre que no es puro hombre, sino Hombre Dios, en cuya persona están estrechamente unidas las dos naturalezas divina y humana. Por tanto, en lugar de aquellas palabras equívocas que tienen un sonido tan desagradable: reino *terreno*, reino *mundano*, se podían sustituir estas otras: reino *celestial*, reino *divino*; mas existente físicamente en esta nuestra tierra. Sustituidas estas palabras, que son visiblemente las propias, según todas las ideas que nos dan las Santas Escrituras, se viera cesar al punto el gran ruido, o convertirse en una suave melodía, nada disonante aun a los oídos más delicados. Los que quieren que la Iglesia presente sea el reino del Mesías, hijo de David, de que hablan las Escrituras, ciertísimamente condenarán como dura esta proposición:

201. «La Iglesia presente es una Iglesia terrena, y mundana.» Mas no condenarán, antes aprobarán, ésta: «La Iglesia presente es una Iglesia celestial y divina, no obstante que existe física y realmente en este mundo.»

202. Aplíquese, pues, la semejanza, y con esto sólo se verá desvanecido el equívoco, o mitigado el gran ruido. Practíquese la misma diligencia con aquellas otras palabras tan displicentes, como impropias: reino *temporal*, reino *carnal*; leyendo en su lugar estas otras: reino *eterno*, reino *espiritual*, sin dejar de ser corporal, pues el hombre se compone esencialmente de cuerpo y espíritu. Con esta conmutación de solas las palabras, el fantasma desaparece, y la disputa queda concluida.

203. Con esta misma conmutación o distinción entre palabras propias e impropias, es bien fácil responder a otra gran dificultad que suele oponerse. Jesucristo, dicen, declaró al presidente Pilatos, ante cuyo tribunal estaba como reo de lesa majestad, acusado falsamente de haber querido hacerse rey, y rebelarse contra el César, que su reino no era de este mundo; luego no hay que esperar el reino de Cristo en este mundo, por más que lo anuncien, o parezca que lo anuncian las Escrituras. Mas esta misma dificultad la deben resolver en primer lugar los mismos que la proponen; pues la Iglesia presente, a quien llaman reino de Cristo, ciertamente no es de otro mundo, sino de éste; ni se compone de ángeles, o de otras criaturas incógnitas, sino de hombres racionales del linaje de Adán,

que realmente habitan en este mundo y son de este mundo. Responden, y con razón, que Cristo no dijo que su reino no estaba en este mundo, sino que no era de este mundo; así, aunque la Iglesia cristiana está realmente en este mundo, pues se compone de hombres vivos y viadores del linaje de Adán, con todo eso no es de este mundo; ya porque no se conforma, ni es de institución humana, sino divina; ya porque no se conforma, o no debe conformarse con las costumbres y máximas del mundo, que propiamente llamamos mundanas. Bien, luego en este mismo sentido verdadero y *por sí conocido*, puede muy bien estar en este mundo, *según las Escrituras*, el reino de Cristo, de que vamos hablando, sin ser reino de este mundo, esto es, sin tener semejanza alguna con los reinos de este mundo, ni conformarse en lo más mínimo con sus máximas y costumbres. En este sentido, y sólo en este sentido dijo el mismo Señor de sí y de sus Apóstoles: *No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo*.

204. Fuera de esto, cuando se cita un lugar de la Escritura Santa para probar alguna cosa interesante, parece que debía citarse todo entero, no dos o tres palabras solamente; pues muchas veces sucede (aun en los escritos puramente humanos) que una cláusula no se entiende, ni es posible entenderla bien, sino por sus últimas palabras. Ved aquí el texto entero, que es breve.

Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían, para que yo no fuera entregado a los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí.

205. Estas últimas palabras, *mas ahora*, ¿qué significan en realidad? Yo temo mucho oscurecerlas si me meto a explicarlas. Por tanto, las dejo sin tocarlas, pareciéndome que ellas se explican a sí mismas, y explican al mismo tiempo todo el texto.

Tercero

206. En el salmo CXXXI habla David (profeta y rey) de la promesa que Dios le tenía hecha, confirmada con juramento, de que el Mesías su hijo se sentaría algún día en su mismo trono; y para mayor confirmación añade que esta promesa de Dios es una verdad que no faltará, ni quedará frustrada: *Juró el Señor verdad a David, y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono*. Esta promesa de Dios confirmada con juramento, ¿de quién habla? ¿Habla de Salomón y de los otros reyes de Judá, o habla directa o indirectamente de Cristo Jesús? Los intérpretes dicen o suponen comúnmente que la promesa de Dios habla literal e inmediatamente de Salomón, y de los reyes que siguieron hasta Jeconías o Sedecías, donde cayó el trono de David, y desde cuya época no se ha vuelto a ver en nuestra tierra; y que solamente habla del Mesías en sentido alegórico y espiritual. No obstante, yo me atrevo a decir que la promesa de Dios, confirmada con juramento, habla literalmente, directa o inmediatamente de solo el Mesías; no de Salomón ni de los otros reyes de Judá. La razón en que me fundo es el capítulo II de las Actas de los Apóstoles, desde el versículo 25 hasta el 31. Allí se lee que San Pedro en el mismo día de Pentecostés, a *la hora de tercia del día*, acabado de recibir plenísimamente el Espíritu Santo, y hablando públicamente en medio de Jerusalén, no de

propia ciencia (que no la tenía) sino *como el Espíritu Santo les daba que hablasen*, hizo aquel primer sermón divino y admirable, en que convirtió a Cristo *cerca de tres mil*.

207. En este primer sermón les probó a los judíos con tres lugares de los Salmos de David tres verdades propias y peculiares del mismo Mesías Jesucristo hijo de David, *según la carne*. Primera: que aquel mismo Jesús, *poderoso en obras y en palabras...* que ellos mismos habían reprobado y condenado cincuenta y tres días antes, *poniéndole en un madero*, realmente había resucitado, según las Escrituras; de lo cual él mismo y todos los otros apóstoles y discípulos eran testigos oculares; pero lo habían visto después de resucitado, no una sola, sino muchísimas veces, *por cuarenta días*; habían comido y bebido con él; habían oído su voz; habían recibido sus instrucciones y mandatos antes de partirse para el cielo. Y era imposible según esto, y según las Escrituras, que el infierno lo retuviese mucho tiempo dentro de sí. Para esto les cita el texto del salmo XV: *y además también mi carne reposará en esperanza. Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea la corrupción*. Les prueba que estas palabras no pueden hablar de la persona misma de David, pues éste había sido sepultado muchos siglos antes, y su sepulcro era todavía conocido de todos, sin que a ninguno se le hubiese pasado por el pensamiento, que David hubiese resucitado antes de experimentar la corrupción: *Varones hermanos, séame lícito deciros con libertad del patriarca David, que murió, y fue enterrado; y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy*. Lo segundo: les prueba que el mismo Jesús, hijo de David, después de resucitado había subido a los cielos, según las Escrituras, y esto en presencia del mismo San Pedro, y de todos los apóstoles y discípulos, que daban testimonio público de aquella verdad, para lo cual les cita el salmo CX, diciendo que no puede hablar del mismo David: *Porque David no subió a los cielos, y dice con todo eso: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra. Hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies*. Lo tercero: les prueba que este mismo Jesús, que había resucitado y subido al cielo, debía volver algún día a esta nuestra tierra, según las Escrituras, y ocupar entonces el trono de David su Padre. Para esto les cita el salmo CXXXI, añadiendo expresamente una circunstancia notable, que no es lícito disimular. Es a saber: que para esto último se prepara el mismo profeta David, hablando de antemano en el salmo XV de la resurrección del Mesías su hijo: *Siendo pues Profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado que del fruto de sus lomos se sentaría sobre su trono; previéndolo habló de la resurrección del Cristo, que ni fue dejado en el sepulcro, ni su carne vio corrupción*.

208. De estos tres lugares de los Salmos que cita San Pedro, *como el Espíritu Santo les daba* (a sus apóstoles) *que hablasen*, yo sólo necesito estas dos consecuencias, que me parecen legítimas y justas por todos sus aspectos. Primera: así como los dos primeros lugares citados del salmo XV, y del salmo CIX, hablan literal, inmediata y únicamente de Cristo, el uno de su resurrección, el otro de su ascensión a los cielos; así el tercero, que dice: *del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono*; debe hablar literal, inmediata y únicamente de Cristo, no de Salomón, ni de los otros reyes de Judá; pues no hay más razón ni más privilegio para aquellos que para éste, siendo como aquéllos igualmente dictado por el Espíritu Santo, en un mismo día, y en un mismo discurso. Segunda consecuencia: así como los dos primeros lugares citados se cumplieron perfectamente en Cristo, en su propio, natural y literal sentido; así ni más ni menos se deberá cumplir el

tercero, por más que se repugne. Tal vez tuvo presente esta repugnancia el que todo lo sabe, pues no contento con afirmar esto tercero con su simple palabra, como lo primero y lo segundo, quiso todavía asegurarlo más, añadiendo un formal y solemne juramento: *Juró el Señor verdad a David, y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono.*

Siendo, pues, profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado que del fruto de sus lomos se sentaría sobre su trono; previéndolo habló de la resurrección del Cristo.

Párrafo VI

Última observación

209. Esta última observación deberá ser inevitablemente algo más difusa que todas las que han precedido en este fenómeno; ya por los varios puntos que comprende; ya por la dificultad más que ordinaria en aclararlos y unirlos entre sí; ya también porque su unión y plena inteligencia nos parece de gran importancia.

210. El capítulo XVI de Isaías empieza con esta misteriosa oración: *Envía, Señor, el Cordero dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión.* Estas palabras, y todas las que siguen hasta el versículo 6, no hay duda que son oscurísimas, no solamente consideradas en sí mismas, sino aun consideradas con todo su contexto, que es el que suele abrir el verdadero sentido, y aclarar las cosas más oscuras. Ni se conoce por ellas solas, con ideas claras, de qué misterio se habla, ni de qué tiempos, ni a qué propósito se dicen. La explicación que hallo en los intérpretes, confieso simplemente que no me satisface. Dicen todos los que he podido consultar, que el Profeta hace aquí una especie de paréntesis o brevísima digresión. Quieren decir que como acaba de hablar contra Moab en todo el capítulo antecedente que tiene por título: *Carga de Moab*, y todavía prosigue en el presente, se le vino a la memoria con esta ocasión la célebre viuda Rut, Moabita, la cual dejando su patria, se vino a la Judea, siguiendo a su suegra Noehemi; y después de algún tiempo se casó con Booz, y fue bisabuela de David: *Y Booz engendró de Rut a Obed. Y Obed engendró a Jesse. Y Jesse engendró a David el rey.* Acordándose el profeta de Rut, Moabita, bisabuela de David, se acordó por consiguiente del Mesías hijo de David, y por David hijo también de Rut. Con este recuerdo, lleno de fe, de esperanza y de un ardientísimo deseo, pide a Dios que envíe cuanto antes al Cordero que debe dominar espiritualmente la tierra, y que lo envíe *de la piedra del desierto, esto es*, dicen, de Moab o de la Arabia Pétreá, donde vivían los Moabitas, y donde estaba situada la antigua ciudad de Petra; no porque el Mesías hubiese de venir realmente de la Arabia, o de la tierra de Moab; sino aludiendo, dicen, a la patria de Rut, su progenitora, etc. Si proseguimos ahora leyendo el capítulo hasta el versículo 6, nos hallamos no obstante, sin poder evitarlo, con otras cosas bien diversas y bien ajenas de todo lo pasado.

211. Yo propongo aquí otra inteligencia de este lugar de Isaías, y pido para ser entendido, no solamente atención, sino también paciencia; pues no me es posible

explicarme bien, sino a costa de muchas palabras. Los talentos, aun naturales, los reparte el Criador de todos... *a cada uno como quiere.*

212. Primeramente, convengo con todos, y me parece claro e innegable, que el profeta, al empezar el capítulo XVI, hace una especie de paréntesis o breve digresión, en que extiende por un momento su vista hacia otros tiempos muy futuros, y hacia otros sucesos muy diversos y mucho mayores que aquellos de que va hablando. Esto es frecuentísimo en Isaías, y se puede con verdad decir que es de su propio carácter. Para esta breve digresión le da una ocasión bien oportuna, no la viuda Rut, Moabita, sino el mismo Moab, contra quien va profetizando, y cuya profecía se cumplió plenísimamente en tiempo de Nabucodonosor. (Véase todo el capítulo XLVIII de Jeremías.) Mas no puedo convenir en que el paréntesis o digresión de Israel sea tan breve que comprenda solamente el versículo 1; a mí me parece claro que pasa algo más adelante hasta incluir dentro de sí todo el versículo 5, sin lo cual no sé cómo se puede dar algún sentido razonable, y conforme en la historia sagrada, a estos cinco primeros versículos del capítulo XVI; véase aquí el texto seguido.

Envía, Señor, el Cordero dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión. Y sucederá que como ave que huye, y pollos que vuelan del nido, así serán las hijas de Moab en el paso del Arnón. Toma alguna traza, junta el Ayuntamiento; pon como noche tu sombra al mediodía; esconde a los que van huyendo, y no descubras a los que andan errantes. Morarán contigo mis fugitivos; Moab, sírveles de lugar en que se escondan de la presencia del destruidor; porque fenecido es el polvo, ha sido rematado el miserable (o el que hace miserables), que rehollaba la tierra. Y será establecido el trono en misericordia, y se sentará sobre él en verdad en el tabernáculo de David, quien juzgará y demandará juicio, y dará prontamente a cada uno lo que es justo.

213. En la suposición, o cierta o sólo probable, de que todos estos cinco versículos entran en el paréntesis o en la digresión del Profeta, yo os digo, señor mío, que todo se entiende o se puede entender naturalísimamente, sin ser necesario recurrir a Rut, Moabita, antiquísima aun en tiempo de Isaías, como ni a Rahab, ni a Tamar, ni a Lía, ni a Rebeca, ni a Sara, todas progenitoras de Cristo, *según la carne.* Mi modo de discurrir es éste.

214. Acababa Isaías de hablar contra Moab en todo el capítulo XV, y todavía prosigue el mismo asunto en el capítulo XVI. Mas como el carácter propio de este gran Profeta, según se dice en el Eclesiástico (capítulo 48) y queda notado en otras partes, es declinar insensible y casi continuamente a las cosas últimas; con ocasión de hablar de Moab, anunciándole su extrema humillación en castigo de su extrema soberbia, hace en medio de la profecía un como paréntesis o breve digresión, y profetiza en cuatro palabras otras cosas bien singulares, que deben suceder en otros tiempos remotísimos en la misma tierra o país de Moab. Empieza pidiendo a Dios que envíe del cielo al Cordero destinado a dominar la tierra. ¿Qué otro Cordero puede ser éste, destinado a dominar la tierra, sino aquel mismo de quien se habla en el capítulo V del Apocalipsis? El cual se presenta delante del trono de Dios, recibe de su mano un libro cerrado y sellado, lo abre allí mismo en presencia de todos los conjueces y de todos los ángeles, los llena a todos, con

sólo abrirlo, de sumo regocijo que se difunde a todo el universo, etc. ¿Qué otro Cordero puede ser éste, destinado a dominar la tierra, sino aquel de quien se habla en el capítulo VII de Daniel? El cual en los tiempos de la cuarta bestia, esto es en los últimos tiempos, se presenta delante del mismo trono de Dios, *como Hijo de Hombre*, y allí recibe de su mano, pública y solemnemente, *la potestad, y la honra, y el reino; y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él.* (Véase el fenómeno antecedente, artículo III.) ¿Qué otro Cordero puede ser éste, destinado a dominar la tierra, sino aquel mismo a quien se le dice en el salmo CX: *De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder; domina tú en medio de tus enemigos. Contigo está el principado en el día de tu poder entre los resplandores de los santos?* Esta misma petición se le hace a este Cordero, destinado a dominar la tierra, en el capítulo LXIV de mismo Isaías. *¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras!, a tu presencia los montes se derretirían. Como quemazón de fuego se deshicieran, las aguas ardieran en fuego, para que conociesen tus enemigos tu nombre; a tu presencia las naciones se turbarían, etc.* Todo lo cual, por más que quiera sutilizarse, es claro que no compete de modo alguno razonable a la primera venida del Señor, sino a la segunda, según todas las Escrituras.

215. Añade Isaías en su breve oración, pidiendo a Dios que envíe al Cordero dominador de la tierra: *de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión.* Estas palabras, *de la piedra del desierto*, miradas en sí mismas, no hay duda que son oscurísimas; mas si se combinan con otros lugares de los Profetas y del mismo Isaías, pueden muy bien entenderse sin violencia, antes con gran naturalidad y propiedad. En Habacuc, por ejemplo, se dice: *Dios vendrá del Austro, y el Santo del monte de Farán. La gloria de él cubrió los cielos, y la tierra llena está de su loor. Su claridad como la luz será, rayos de gloria en sus manos.* ¿Quién puede desconocer aquí y en todo este capítulo la venida del Señor en gloria y majestad? Ahora, el monte Farán está ciertamente en la Idumea, hacia el Austro, respecto de la Palestina; y por esto los LXX, en lugar *del Austro*, leen: *de Teman vendrá;* porque Teman era la metrópoli de Idumea. Por otra parte, en el capítulo XXXIV de Isaías, se dice clara y expresamente que el Señor cuando venga en gloria y majestad, vendrá primero directamente a la Idumea: *he aquí que bajará sobre la Idumea, y sobre el pueblo que yo mataré, para hacer justicia. La espada del Señor llena está de sangre... porque la víctima del Señor será en Bosra, y la gran matanza en tierra de Edom.* A este lugar parece que alude San Juan, cuando dice: *Y fue hollado el lago fuera de la ciudad, y salió sangre del lago hasta los frenos de los caballos por mil y seiscientos estadios.* Y en el capítulo XIX, 15, se dice del mismo cuando ya viene del cielo a la tierra: *y él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso.* Aquí, en la Idumea, *hacia el medio día de Jerusalén*, tendrá tanto que hacer la espada de dos filos que trae en su boca, cuanto se puede ver y considerar despacio en todo este capítulo XXXIV de Isaías, digno ciertamente de toda consideración, y cuanto se puede ver con mayor claridad en el capítulo XXXVI del mismo Profeta; los cuales lugares y otros semejantes los toma manifiestamente San Juan, y los hace servir todos juntos en el capítulo XIX de su Apocalipsis, como puede fácilmente convencerse de ello cualquiera que quisiere tomar el pequeño trabajo de combinar entre sí estos lugares, *en juicio y en justicia*, en lo cual yo no puedo detenerme más.

216. Con todas estas advertencias parece ya fácil, o no muy difícil, comprender bien todo el paréntesis con que empieza el capítulo XVI de Isaías: *Envía, Señor, el Cordero dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión*. Después de esta breve oración, empieza luego, dentro del mismo paréntesis, la profecía particular comprendida en los cuatro versículos siguientes: *Y sucederá* (que es lo mismo que si dijera: sucederá en estos tiempos inmediatos a la venida del Cordero dominador de la tierra) *Y sucederá que como ave que huye, y pollos que vuelan del nido, así serán las hijas de Moab en el paso del Arnón*. Parece a primera vista que aquí se anuncia una huida verdadera de los Moabitas; los cuales, por temor de algún enemigo formidable que viene contra ellos, desamparan su país y pasan a la otra parte del río o del torrente Arnón. En efecto, así lo suponen los intérpretes, insinuando muy en confuso que todo esto pudo haber sucedido, y sucedería en las expediciones de Senacherib o de Nabucodonosor.

217. Mas, ¿cómo podremos componer una huida verdadera de Moab fuera de su país con las palabras que inmediatamente se le dicen? *Toma alguna fuerza, junta el Ayuntamiento; pon como noche tu sombra al mediodía; esconde a los que van huyendo, y no descubras a los que andan errantes. Morarán contigo mis fugitivos; Moab, sírveles de lugar en que se escondan de la presencia del destruidor*.

218. Por estas palabras se ve claramente que Moab asustado entrará en pensamientos de huir fuera de sus confines, y en parte empezará a moverse; no ciertamente por temor de algún príncipe enemigo que venga contra él, sino por temor de los prófugos que ya se acercan a su tierra, y que vienen huyendo *de la presencia del destruidor*. Lo cual alude visiblemente a lo que había sucedido en otros tiempos en la misma tierra de Moab, cuando estos mismos prófugos venían huyendo de Egipto; como se puede ver en el capítulo XXII y XXIII del libro de los Números. Así se le dice aquí a Moab que no tema como temió la primera vez; que no se alborote; que no se asuste; que entre primero en consejo antes que huir; mas que no tome el consejo, ni imite la conducta de su antiguo rey Balac, el cual cerró sus puertas, y no quiso hospedar, ni dejar pasar por sus tierras a estos mismos prófugos de Dios; sino que tome ahora otro consejo más humano y más prudente, que se le propone de parte del Señor: *Toma alguna traza, junta el Ayuntamiento. ¿Qué consejo es éste? Pon como noche tu sombra al mediodía; esconde a los que van huyendo, y no descubras a los que andan errantes*. Prepara para mis prófugos un asilo o una sombra, que sea como la de la noche más oscura en la mitad del día, y escóndelos de modo que sean como invisibles; no los descubras, ni les hagas traición. Ahora, ¿cómo ha de esconder Moab dentro de sí a los prófugos de Dios, si el mismo Moab ha huido fuera de sí a la otra parte del torrente de Arnón? *Morarán contigo mis fugitivos*. (Prosigue el Señor) *Moab, sírveles de lugar en que se escondan de la presencia del destruidor; porque fenecido es el polvo, ha sido rematado el miserable que rehollaba la tierra*. Habitarán o se hospedarán en tu país mis prófugos por algún poco de tiempo; recíbelos, oh Moab, y escóndelos dentro de ti. No temas que este oficio de humanidad te pueda ocasionar algún perjuicio; porque te hago saber que ya pasa, ya se acaba, o va luego a acabarse el gran polvo de los ejércitos que los persiguen (salidos sin duda de la boca del dragón) y acaba sus días, o los acabará en breve el miserable, o como leen Pagnini y Vatablo, *el opresor*, esto es, el que oprime a otros y los hace miserables, y por esto mismo es más miserable que todos; ya se acaba, o va luego a acabarse el que

conculcaba la tierra; el cual, según todo el contexto, parece claro que no puede ser otro sino el figurado en la gran estatua de Daniel.

219. Sería conducente para la plena inteligencia de este lugar de Isaías, advertir aquí y no despreciar estas tres cosas entre otras. Primera: que la tierra o país de Moab está tan cerca de la tierra de Israel o de promisión que sólo las divide el río Jordán: *Y habiendo partido* (dice Moisés) *acamparon en las llanuras de Moab, donde a la otra parte del Jordán está situada Jericó*. Segunda: que en esta tierra o país de Moab está el célebre monte Nevo, *en el que subió Moisés, y vio la heredad del Señor*, donde él mismo murió, *mandándolo el Señor*, y donde el profeta Jeremías escondió por orden de Dios, después de destruida Jerusalén, el arca grande del Antiguo Testamento, el tabernáculo y el altar; profetizando *de parte del Señor... Que será desconocido el lugar, hasta que reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio. Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés*. Tercera: que cuando todo Israel, prófugo de Egipto, conducido ya por Josué, pasó el Jordán, como había pasado el mar Rojo, entró luego al punto en el valle fertilísimo de Achor, en donde se empezó a dilatar su corazón, y a abrirse sus esperanzas con la milagrosa toma de Jericó. Todo lo cual nos puede traer fácilmente a la memoria lo que ya queda observado en el fenómeno antecedente, artículo VIII, cuando hablamos de la huida a la soledad de aquella mujer metafórica, a quien deben darse *dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar, en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente*; o como añade Isaías en el lugar de que vamos hablando: *de la presencia del destruidor*. Esta mujer que huye al desierto, *a su lugar*, así como ha de ir directamente al valle de Achor, según le promete Dios por Oseas (capítulo II), así debe pasar segunda vez por la tierra de Moab, y detenerse en ella algún poco de tiempo, como pasó y se detuvo la primera vez, cuando salió de Egipto. Sin esto, ¿cómo podrá verificarse la profecía de Jeremías? Por esto, pues, se le aconseja a Moab de parte de Dios que no cierre otra vez sus puertas a esta mujer que viene huyendo; sino que la reciba con humanidad, y la esconda dentro de sí.

220. Con estas tres advertencias se entiende ya sin dificultad el último versículo de paréntesis de Isaías. Después de estas cosas, concluye el Profeta, se preparará en misericordia un solio, que será el mismo solio o tabernáculo de David, y en él se sentará el que debe sentarse, y se sentará *en verdad... juzgará y demandará juicio, y dará prontamente a cada uno lo que es justo*. Dos cosas de grande importancia tenemos aquí que considerar, y sería de no pequeña utilidad el considerarlas en juicio y en justicia. Primera: este solio o tabernáculo de David de que aquí se habla, ¿para quién se deberá preparar? ¿Qué persona es esta que después de preparado este solio deberá sentarse en él (según estas palabras)? *En verdad... juzgará y demandará juicio*. Segunda: ¿cómo o con qué cosas, previas, convenientes o necesarias, se deberá hacer esta preparación?

221. Cuanto a lo primero, suponen los intérpretes (y digo suponen porque hablan en el asunto como de una cosa que no necesita de prueba, por consiguiente hablan con una suma velocidad, sin hacerse cargo de las grandes dificultades que padece dicha suposición), suponen, digo, que aquí no hay otro misterio, sino anunciar el reinado del santo rey Ezequías, que es uno de los tres reyes de Judá que canoniza la Escritura. Para

Ezequías, pues, y para sus sucesores, se prepara, dicen, el solio de David de que habla Isaías en este lugar. Este buen rey se sentará *sobre él en verdad*; éste buscará o ejercerá con sus súbditos el juicio y la justicia: *dará prontamente a cada uno lo que es justo*. Para saber ahora de cierto si esta suposición es bien fundada o no, se pregunta: ¿esta preparación del solio de David, de que aquí se habla, cuándo se hizo? Sin duda debió hacerse después que se verificó plenamente lo que se anuncia en los tres versículos que preceden inmediatamente, esto es, después que los prófugos de Dios se hospedaron en la tierra de Moab, y en ella se escondieron *de la presencia del destruidor*, después que pasó el gran polvo que levantaba el mismo vastador, y después que acabó sus días el que conculcaba la tierra. Todo esto se lee seguido con este mismo orden en la brevísima profecía.

222. Siendo esto así, se pregunta otra vez: ¿qué vastador es este que en aquellos tiempos de que quieren que hable la profecía conculcaba la tierra, levantaba tanto polvo, oprimía y hacia miserables a muchos, y cuya ruina precedió a la preparación del solio de David? El vastador, responden (ni hay otra cosa a que recurrir en aquellos tiempos antiquísimos), fue ya la Asiria, ya también la Caldea, ésta con Nabucodonosor, aquella con Salmanasar; pero más propia y literalmente con Senaquerib. Ahora bien, vamos por partes. Primeramente, los Caldeos con Nabucodonosor no pueden venir al caso respecto de Ezequías. ¿Por qué? Porque éstos devastaron la Judea, y también a Moab, cerca de cien años después de la muerte de Ezequías, y desde aquella época hasta el día presente, en que contamos más de 22 siglos, el solio de David no se ha preparado para persona alguna; antes desde entonces hasta ahora parece yace sepultado en el olvido. Sólo queda, pues, la Asiria con Salmanasar y Senaquerib, y de ésta debemos decir lo mismo a proporción, esto es, que para el punto particular de que ahora hablamos no viene al caso.

223. Salmanasar, rey de Nínive, o de Asiria, es cierto que conculcó todo el reino de Israel o de Samaria, llevándose cautivas las diez tribus que lo componían; ¿mas cuándo? La historia sagrada dice que esto sucedió *el año sexto de Ezequías*. Senaquerib, sucesor de Salmanasar, es cierto que conculcó también una gran parte de la Judea, y puso en un gran conflicto y consternación a Jerusalén, ¿mas cuándo? La misma historia sagrada dice que esto sucedió *el año décimo cuarto del rey Ezequías*; y es bien observar aquí que no consta por instrumento alguno que este príncipe entrase en la tierra de Moab, ni que los Moabitas huyesen de su tierra. Lo que sólo consta es que antes de llegar a Jerusalén un ángel enviado de Dios arruinó todo su ejército, matando en una noche ciento ochenta y cinco mil soldados; con lo cual el príncipe se volvió apresuradamente para su reino. Siendo cierto todo esto, ¿cómo podremos acomodar al rey Ezequías aquellas palabras: *Y será establecido el trono en misericordia*? Estas palabras, unidas con las que preceden, como debe ser, suponen evidentemente, que cuando se sienta en el solio de David la persona de quien se habla, y para quien el solio se debe preparar, ya habrá pasado el gran polvo del que conculcaba la tierra, y acabado sus días el vastador. Conque si este vastador era Senaquerib, el solio se preparó después que Senaquerib huyó para Nínive, dejando su ejército destrozado y muerto. Conque se preparó en el año 14 o 15 del reinado de Ezequías. Conque se preparó para Ezequías 14 años después que Ezequías estaba sentado en él. Conque Ezequías empezó a ser rey de Judá 14 años después que ya lo era legítimamente, y... *en verdad*. Digo, *en verdad*, porque esos primeros 14 años del reinado

de Ezequías fueron a lo menos tan laudables, como los que se siguieron; y así le dice el mismo Ezequías a Dios en su enfermedad que sucedió luego: *Ruégote, Señor, acuérdate te suplico, de como he andado delante de ti en verdad, y con un corazón perfecto, y que he hecho lo que es agradable en tus ojos.*

224. No siendo, pues, ni pudiendo ser Ezequías la persona de quien se habla en aquellas palabras: *Y será establecido el trono en misericordia, y se sentará sobre él en verdad en el tabernáculo de David;* es preciso buscar otra persona a quien esto pueda competir, sin hacer violencia al texto con su contexto, y también sin caer en un verdadero anacronismo. ¿Qué persona puede ser ésta? Buscadla, señor, como quisierais, y me parece a mí que no hallaréis otra en que descansar que la persona misma del Mesías, hijo de David *según la carne*, cuando lleguen aquellos tiempos y momentos *que puso el Padre en su propio poder*. Esto es lo que se repugna, y lo que se huye de todos modos en el sistema que examinamos; mas esto mismo parece inevitable, considerando el texto con su contexto, y combinándolo con otras innumerables Escrituras del Viejo y Nuevo Testamento. Al rey Ezequías nada compete, según la historia sagrada, ni del texto, ni del contexto, ni mucho menos de tantas otras Escrituras, perfectamente conformes a esta de que hablamos. Al Mesías, hijo de David, le compete todo, y todo según ésta y según las otras Escrituras. Desde el principio de este capítulo XVI empieza hablando Isaías (por confesión de todos) no de Ezequías, sino del Mesías. Este Cordero, destinado a dominar la tierra, dicen todos que es ciertamente el Mesías; y a ninguno le ha pasado por el pensamiento que pueda ser Ezequías, no obstante que este rey era descendiente de Rut Moabita, así como lo fueron los otros reyes de Judá. Conque para el Mesías, no para Ezequías, *será establecido el trono en misericordia, y se sentará sobre él en verdad, en el tabernáculo de David, quien juzgará y demandará juicio, y dará prontamente a cada uno lo que es justo.*

225. Este texto concuerda perfectamente con el capítulo XXXII del mismo Isaías, que empieza así: *He aquí que reinará un rey con justicia, y los príncipes presidirán con rectitud. Y este varón será como refugio para el que se esconde del viento, y se guarece de la tempestad* (expresiones propísimas y semejanzas admirables, que indican aquella paz y verdadera felicidad del reino del Mesías, de que tanto hablan otros Profetas y el mismo Isaías, como observaremos de propósito en su propio lugar). Así prosigue diciendo: *Y (este rey) será... como arroyos de aguas en sed, y sombra de peña que sobresale en tierra yerma. No se ofuscarán los ojos de los que ven, y las orejas de los que oyen oirán atentamente. Y el corazón de los necios entenderá ciencia, y la lengua de los tartamudos hablará con expedición y claridad. El que es ignorante no será más llamado príncipe, ni el engañador será llamado mayor, etc.* Dicen que todo esto habla también de Ezequías, que anuncia su reinado feliz; mas, ¿con qué razón se dice esto? ¿Con qué propiedad? ¿Con qué equidad? Si se lee el texto cien veces y se consideran todas sus expresiones, apenas se hallará alguna acomodable al rey Ezequías, ni aun a ninguno otro de los reyes del mundo. Basta leer sus últimas palabras: *El que es ignorante no será más llamado príncipe;* y, no obstante, sin salir del reino de Judá, el sucesor inmediato de Ezequías fue el más insipiente, y el más inicuo de todos los príncipes. En suma, léanse con este cuidado los tres capítulos siguientes; en ellos se verá que todo camina seguido, y

perfectamente conforme al reino del Mesías, que nos anuncian todas las Escrituras, sin que pueda, ni aun de paso, ofrecerse a la imaginación Ezequías.

226. Habiendo observado, y si es lícito hablar así, habiendo conocido la persona para quien se debe preparar, *en misericordia*, el solio de David, nos queda ahora que observar el otro punto que tenemos suspenso. Es a saber, ¿cómo y con qué cosas se deberá hacer esta preparación? Para cuya inteligencia sería conveniente volver a leer con nueva atención los cinco primeros versículos del capítulo XVI de Isaías, advirtiendo en ellos estas tres cosas principales que quedan ya notadas. Primera: la oración misteriosa con que empieza este paréntesis, o esta profecía particular. *Envía, Señor, el Cordero dominador de la tierra*. Digo oración misteriosa, porque así se me figura por lo que en ella se pide; y esto cuando se va hablando de Moab. Segunda: en el consejo que aquí se le da al mismo Moab: *Toma alguna traza, junta el Ayuntamiento; pon como noche tu sombra al mediodía; esconde a los que van huyendo, y no descubras a los que andan errantes*. Tercera: que estos mismos vagos o prófugos, que el Señor llama suyos, habitarán por algún tiempo escondidos en la tierra de Moab. Observadas estas tres cosas capitales del texto de Isaías, podemos ya sin embarazo alguno dar dos pasos más adelante, sacando de ellas dos conclusiones bien importantes, con la mayor verosimilitud, propiedad y consecuencia que parece posible en estos asuntos.

Primera conclusión

227. En este tiempo de que hablamos, en que los prófugos de Dios, que vienen huyendo *de la presencia del destruidor*, se hospedarán en la tierra de Moab, descubrirá Dios en esta tierra (donde ciertamente está en una cueva del monte Nevo) el arca sagrada del Antiguo Testamento, el tabernáculo, y el altar que escondió Jeremías por orden de Dios, después de destruida Jerusalén por Nabucodonosor. Se descubrirá, digo, este depósito sagrado para los fines que Dios solo sabe, y que no hay necesidad de que los sepamos los curiosos. El no saberse los fines de Dios no parece razón, ni es causa suficiente para mirar con tanta indiferencia y aun frialdad una profecía tan clara.

Será desconocido el lugar, hasta que reúna Dios la congregación del pueblo, y se le muestre propicio. Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés...

228. El lugar donde queda depositada por orden de Dios el arca sagrada, el tabernáculo y el altar (dice Jeremías), será en los siglos venideros un lugar incógnito y del todo inaccesible, hasta que congrege Dios, según sus promesas infalibles, la congregación de su pueblo, y se muestre propicio y favorable al mismo pueblo; y entonces el mismo Señor manifestará estas cosas, y también sus fines o designios; y entonces el monte Nevo, situado en la tierra de Moab, será como otro nuevo y admirable teatro, donde se renovarán todos aquellos prodigios que se vieron antiguamente en el monte Sinaí. *Y entonces mostrará el Señor estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor, y habrá nube, como se manifestaba a Moisés.*

229. A esta célebre profecía parece que alude San Juan, según sus continuas alusiones a todas las Escrituras, cuando en el versículo último de su Apocalipsis, capítulo XI, un momento antes de empezar a hablar de los misterios de la mujer vestida del sol, dice así: *Y se abrió el templo de Dios en el cielo; y el arca de su testamento fue vista en su templo, y fueron hechos relámpagos, y voces, y terremoto, y grande pedrisco.* Acaso podrá repararse más de lo necesario en aquella palabra, *en el cielo*, como si esto se hubiese ya verificado, o se hubiese de verificar allá en el cielo. Mas esto sería no conocer el carácter o distintivo propio y peculiar de la profecía admirable del Apocalipsis. De ninguno de los otros Profetas se dice que subiese al cielo en espíritu, para ver allá lo que Dios quería manifestarle. Mas el mismo San Juan nos advierte desde el principio del capítulo IV, desde donde empieza en propiedad la profecía, que todas o las más de sus visiones las tuvo en el cielo, a donde fue en espíritu por providencia o privilegio particular. *Después de esto*, dice (después de concluidos los tres primeros capítulos, enderezados conocidamente a la Iglesia activa presente, en siete tiempos o estados diversos, bajo la metáfora de siete ángeles, gobernadores de siete iglesias de Asia, o de sus siete luces sobre siete candeleros, etc.) *Después de esto miré, y vi una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí era como de trompeta, que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y te mostraré las cosas que es necesario sean hechas después de éstas. Y luego fui en espíritu...*

230. Ahora, decidme, señor, con sinceridad: esta profecía de Jeremías tan clara en sí misma, aunque tan oscura y embarazosa en otros principios, ¿se ha verificado o no? La Escritura divina da testimonio claro y manifiesto de no haberse verificado hasta el día de hoy; tanto, que lo confiesan de buena fe los autores más eruditos; diciendo, aunque muy de paso, que se verificará hacia el fin del mundo, cuando vengan Elías y Enoc, los cuales descubrirán este tesoro escondido, para facilitar la conversión de los judíos. Mas difícilmente podrá concebirse que el descubrimiento del arca, del tabernáculo y del altar, pueda ser un medio proporcionado para convertir a Cristo a los judíos, o para facilitar su conversión, si éstos no se suponen ya convertidos y plenamente ilustrados. Contentémonos, no obstante, con lo que aquí se nos concede, esto es, que la profecía de que hablamos hasta ahora no se ha verificado. Luego tampoco se ha verificado la congregación del pueblo de Israel, y la propiciación de Dios, respecto de este pueblo infeliz, *hasta que reúna Dios la congregación del pueblo.* Luego la congregación de este pueblo célebre, del cual está escrito para la primera venida del Mesías que no se congregará; la propiciación de Dios para con este pueblo, y la manifestación del depósito sagrado con todas las circunstancias que anuncia Jeremías, deberá todo verificarse en algún tiempo, so pena de falsificarse la profecía. Si todo se ha de verificar en algún tiempo, ¿cuándo mejor, *según las Escrituras*, y según un justo raciocinio, que en el tiempo de que vamos hablando; en el tiempo, digo, en que los prófugos de Dios congregados con grandes piedades, que vienen huyendo, no ya solamente de Egipto, sino también *de las cuatro plagas de la tierra*, lleguen a hospedarse en la tierra de Moab? ¿Cuándo habiten por algún poco de tiempo en esta tierra: *morarán contigo mis fugitivos escondidos de la presencia del destruidor... o de la presencia de la serpiente*, como dice San Juan? ¿No parece esto tan verosímil que casi se ve con los ojos y se toca con las manos?

Segunda conclusión

231. Con estos prófugos de Dios que llegan a la tierra de Moab, buscando en ella *lugar en que se escondan de la presencia del destruidor*, o (lo que parece un mismo misterio) con la mujer del capítulo XII del Apocalipsis, que huye a la soledad, *a su lugar... aparejado de Dios... en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente*, empezará a levantarse de la tierra, y a prepararse en toda forma el tabernáculo, o solio de David, *que cayó*. Esta erección del solio de David y no es verosímil ni creíble que suceda *en un momento, en un abrir de ojo*, como la resurrección de los muertos, la cual no necesita de esta preparación, bastando un *hágase* de la voluntad del que es Omnipotente. Mas con las criaturas libres obra el Omnipotente con mucha lentitud, contemplando su libertad, *pues* (su sabiduría) *alcanza de fin a fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad*. Así, pues, será necesario para esto alguna preparación, y para esta preparación será también necesario, como dice San Juan, tiempo y tiempos, y la mitad de un tiempo (alusión clarísima, capítulo XII, versículo 7 de Daniel), el cual tiempo y tiempos, y mitad de un tiempo, dice el mismo Apóstol, corresponde a 1260 días, o 42 meses, o 3 años y medio; no empleados todos en el latíbulo de la tierra de Moab y cercanías del monte Nebo, sino parte en esta tierra (mientras se verifican en ella plenamente los misterios de la profecía de Jeremías, renovándose los prodigios antiguos del monte Sinaí), parte en el valle de Achor pasado el Jordán, y parte en otros lugares de la tierra santa, según otras profecías, y según las varias ocurrencias de que no es necesario que se nos hable en particular.

232. Para probar esta segunda conclusión no me ocurre otro modo más breve, ni más fácil, ni más eficaz, que remitirme enteramente a todo lo que queda observado en el fenómeno antecedente; y si esto, no obstante, no basta, me parece que podrán suplir abundantemente aquellos cuatro aspectos en que consideramos a los judíos en todo el fenómeno V, y después en el VII. A todo lo cual añadimos aquí, compendiando todo lo dicho, esta simple reflexión.

233. La mujer metafórica del Apocalipsis, o la claudicante de Sofonías y Miqueas, compuesta visiblemente de los prófugos de Dios, congregados *con grandes piedades*, es claro que huye a la soledad, o es conducida por el brazo omnipotente de su Dios, con gran acuerdo, con grandes designios, y para fines más que ordinarios, proporcionados sin duda a la novedad y grandeza de los sucesos maravillosos, que deben preceder y acompañar su huida. ¿Qué fines o designios pueden ser éstos? No otros, señor mío, sino los que hallamos expresos y claros *en la Escritura de la verdad*. Es a saber, aquellos mismos en sustancia, y, *guardada proporción*, con los cuales y para los cuales sacó el mismo Dios antiguamente de Egipto a esta misma mujer, compuesta y formada de estos mismos prófugos suyos, y la condujo con tantos prodigios al desierto y soledad del monte Sinaí: *Según los días de tu salida de la tierra de Egipto, le haré ver maravillas. Y acaecerá que en aquel día, dice el Señor, me llamará: Marido mío... y cantará allí (en el valle de Achor) según los días de su mocedad, y según los días en que salió de tierra de Egipto. Y será en aquel día: Extenderá el Señor su mano segunda vez para poseer el resto de su pueblo... y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra.*

234. En aquel primer tiempo o aquella primera vez sacó Dios de Egipto a esta mujer, y la condujo, *como sobre alas de águila*, al desierto y soledad del monte Sinaí. ¿Para qué fin y con qué designios? Primero: para que allí lejos de todo tumulto, y desembarazada de todo otro cuidado, pudiese oír quietamente la voz de Dios. Segundo: para que allí fuese apacientada con el pasto de doctrina, e instruida en las nuevas leyes y ceremonias con que Dios quería ser servido. Tercero: para preparar en ella un pueblo digno de Dios: *para que seas a él un pueblo peculiar*, le decía Moisés; un pueblo consagrado a Dios, conjunto a Dios, que le tributase aquel culto interno y externo que le era tan debido, ya que todos los otros pueblos y naciones lo habían enteramente olvidado. Cuarto, en fin: para celebrar con ella un pacto, un contrato, una alianza solemne y estrechísima, que el mismo Dios, *habiendo hablado a los padres por los Profetas*, llamó desposorio formal.

235. De este modo, pues, a proporción, y con los mismos fines y designios sacará Dios segunda vez a esta misma mujer, compuesta de los mismos prófugos suyos, no ya solamente de Egipto, sino de las cuatro plagas de la tierra, y la conducirá con los mismos y mayores prodigios a otra soledad que ya le tendrá preparada, *para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días... en donde es guardada... de la presencia de la serpiente*. Y como dice por Oseas, para hablarle no solamente a los oídos y a los ojos, sino mucho más al corazón; y para celebrar con ella en misericordia y en justicia, y con fidelidad otro nuevo pacto estable y permanente: *y te desposaré conmigo en justicia, y juicio, y en misericordia, y en clemencia. Y te desposaré conmigo en fe (o en fidelidad)*. No cierto (prosigue diciendo por Jeremías, XXXI, 32), no cierto, según aquel primer pacto o alianza que celebré con vuestros padres, cuando los saqué de la servidumbre de Egipto; pacto que ellos mismos hicieron írrito o inútil con sus frecuentes infidelidades; sino según otro pacto nuevo y sempiterno, que tengo preparado para las dos casas de Israel y de Judá, o para las doce tribus de Jacob.

He aquí que vendrá el tiempo, el Señor; y haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá. No según el pacto que hice con los padres de ellos, en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; pacto que invalidaron, y yo dominé sobre ellos (o los desprecié, como leen los LXX), dice el Señor. Mas éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor. Pondré mi ley en las entrañas de ellos (lo cual corresponde perfectamente a la expresión de Oseas, capítulo II, versículo 14, la hablaré al corazón...), y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñaré en adelante hombre a su prójimo, y hombre a su hermano, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el mayor, dice el Señor, porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.

236. Acaso se opondrá que San Pablo cita este mismo texto de Jeremías, como si ya en su tiempo se hubiese plenamente verificado. A lo cual se responde que San Pablo cita este texto de Jeremías únicamente para probar a los judíos que el Antiguo Testamento no podía ser eterno, sino que debía tener fin, como es clarísimo por todo su contexto. Esto mismo les prueba en el capítulo VIII de la misma epístola por estas palabras diciendo: *Pues llamándolo nuevo, dio por anticuado el primero. Y lo que se da por anticuado y viejo, cerca está de perecer*. Mas esto no es decir que la profecía que cita se había ya

verificado plenamente, sino en aquel punto particular y determinado para que la cita, es a saber, para probar, *según las Escrituras*, que debía haber otro testamento nuevo y eterno, confirmado solemnemente y sellado irrevocablemente con la sangre del Mesías mismo, así como el antiguo se había confirmado y sellado, *en otro tiempo*, con la sangre de animales. *Porque es imposible que con sangre de toros, y de machos de cabrío se quiten los pecados*. Por consiguiente, que el primer testamento debía tener fin, para dar lugar al segundo. Esto es lo que únicamente intenta San Pablo cuando cita esta profecía de Isaías.

237. Sígase ahora leyendo enteramente lo que resta de ella; añádase para adquirir mayores luces la consideración de todo el capítulo entero, y aun del antecedente; y hallamos cosas tan grandes, tan admirables y tan nuevas, que nos vemos precisados a confesar, *en verdad*, que ni se han verificado, ni se han podido verificar hasta el día de hoy. Los esfuerzos mismos que se hacen, y las violencias de que se usa para suponerlas verificadas, son una prueba la más sensible de que ciertamente no se han verificado hasta el día de hoy; si no se han verificado hasta el día de hoy, luego son cosas reservadas *en los tesoros de Dios*, para otros tiempos y momentos todavía futuros. Luego llegados tarde o temprano estos tiempos y momentos *que puso el Padre en su propio poder*, deberán verificarse todas ellas con toda plenitud; pues como dice la Escritura, y lo predica a grandes voces la razón natural: *No es Dios como el hombre, para que mienta; ni como el hijo del hombre, para que se mude. ¿Dijo pues, y no lo hará? ¿Habló, y no lo cumplirá?*

238. Pues con esta mujer metafórica, vuelvo a decir, compuesta toda de los prófugos de Dios, congregados *con grandes piedades* (los cuales en su huida deben hospedarse por algún tiempo en la tierra de Moab, para los fines que quedan insinuados, y pasar desde allí luego inmediatamente al valle de Achor) se comenzará a hacer, y se proseguirá haciendo, *por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo*, aquella preparación del solio de David de que habla Isaías: *será establecido el trono en misericordia*; y después que este solio esté bien preparado en la forma dicha, *se sentará sobre él en verdad en el tabernáculo de David, quien juzgará y demandará juicio, y dará prontamente a cada uno lo que es justo*.

Resumen y conclusión

239. Lo que acabamos de observar en este último párrafo, corresponde perfectamente a todo cuanto queda observado en todo este fenómeno. Corresponde, lo primero, al texto de Amós, y al de San Jacobo que lo cita: *En aquel día levantaré el tabernáculo de David, que cayó; y repararé los portillos de sus muros, y repararé lo que había caído; y lo reedificaré como en los días antiguos*.

240. Corresponde, lo segundo, al texto de Sofonías y Miqueas: *En aquel día... reuniré aquella que cojeaba; y recogeré a aquella que ya había desechado, y afligido... y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo... y vendrá el primer imperio, el reino de la hija de Jerusalén*.

241. Corresponde, lo tercero, al texto de Isaías, que hablando ciertamente del Mesías, dice: *se sentará sobre el solio de David, y sobre su reino; para afianzarlo, y consolidarlo*

en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre... Y le dará el Señor Dios el trono de David su padre.

242. Corresponde, lo cuarto, al salmo CXXXI, en que el mismo rey David refiere la promesa, que Dios le tiene hecha y confirmada con juramento, de que el Mesías su hijo se sentaría en su mismo trono: *Juró el Señor verdad a David, y no dejará de cumplirla: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono... Siendo pues Profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado que del fruto de sus lomos se sentaría sobre su trono, previéndolo, habló de la resurrección de Cristo.*

253. Corresponde, lo quinto, al capítulo XXIII de Jeremías, digno ciertamente de la mayor atención y reflexión: *Mirad que vienen los días, dice el Señor, y levantaré para David un pimpollo justo; y reinará rey, que será sabio; y hará el juicio y la justicia en la tierra. En aquellos días se salvará Judá, e Israel habitará confiadamente... y no dirán ya más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto. Sino: Vive el Señor, que sacó y trajo el linaje de la casa de Israel de la tierra del Norte, y de todas las tierras, a las cuales los había yo echado allá; y habitarán en su tierra.*

244. Corresponde, lo sexto, a todo el capítulo XXXVII de Ezequiel, mayormente desde el versículo 20 hasta el fin, donde se leen entre otras estas palabras: *Y morarán sobre la tierra que di a mi siervo Jacob... y David mi siervo será príncipe de ellos perpetuamente. Y haré con ellos alianza de paz, alianza eterna tendrán ellos; los cimentaré, y multiplicaré, y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpetuamente.*

245. Del mismo modo habla el mismo Profeta en el capítulo XXXIX, 25: Por tanto esto dice el Señor Dios: *Ahora levantaré cautiverio de Jacob, y me apiadaré de toda la casa de Israel, y me revestiré de celo por mi santo nombre. Y llevarán (o como lee Vatablo: después llevarán) su confusión, y toda su prevaricación con que prevaricaron contra mí, cuando moraren en su tierra confiados, sin temer a nadie. Y cuando los hiciere volver de los pueblos, y los congregare de las tierras de sus enemigos, y fuere santificado en ellos, a los ojos de muchísimas gentes. Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos, porque los transporté a las naciones, y los congregué sobre su tierra, y no dejé allí ninguno de ellos. Y no esconderé más mi rostro de ellos, porque he derramado mi espíritu sobre toda la casa de Israel, dice el Señor Dios.*

246. Esto mismo había dicho el Señor en el capítulo XXXIV del mismo Profeta desde el versículo 22: *Salvaré mi grey, y no será más expuesta a la presa, y juzgaré entre ganado y ganado. Y LEVANTARÉ SOBRE ELLAS UN SOLO PASTOR que las apacienta, a mi siervo David; él mismo las apacentará, y él mismo será su pastor. Y yo el Señor seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos; yo el Señor he hablado. Y haré con ellos alianza de paz... y sabrán que yo soy el Señor, cuando quebrantare las cadenas del yugo de ellos, y los librare de la mano de los que los dominan. Y no serán más*

expuestos a la presa de las gentes, ni serán devorados de las bestias de la tierra; sino que morarán confiados sin ningún espanto.

247. A todo lo cual corresponde, en fin, la brevísima y admirable profecía del capítulo III de Oseas: *Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey... y sin sacrificio, y sin altar, y sin efod, y sin terafines. Y después de esto volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios... y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días.*

248. O todas estas cosas, y otras innumerables que omitamos, son sueños o ficciones de los Profetas de Dios, o deberemos esperar su pleno y perfecto cumplimiento.

Fenómeno X

El monte Sión sobre los montes.

Texto de Isaías, capítulo II

249. *Palabra, que vio Isaías, hijo de Amós, sobre Judá y Jerusalén. Y en los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados, y correrán a él todas las gentes. E irán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus senderos; porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará a las naciones, y convencerá a muchos pueblos; y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra.*

250. Lo mismo y casi con las mismas palabras se lee en el capítulo IV de Miqueas: *En los últimos días el monte de la casa de Dios será fundado sobre la cima de los montes, y ensalzado sobre los collados, y correrán a él los pueblos. Y se apresurarán muchas gentes, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y marcharemos en sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará entre muchos pueblos, y castigará a naciones poderosas hasta lejos; y convertirán sus espadas en rejas de arados, y sus lanzas en azadones; no empuñará espada gente contra gente; ni se ensayarán más para hacer guerra. Y cada uno se sentará debajo de su vid, y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor; pues lo ha pronunciado por su boca el Señor de los ejércitos...*

251. Los intérpretes de la Escritura, llegando a tocar estas dos profecías, en primer lugar se ríen mucho de la grosería de nuestros Rabinos, los cuales entendieron estas cosas con una extrema materialidad, diciendo que en la venida del Mesías crecería físicamente el monte Sión, elevándose sobre todos los otros montes y collados vecinos a Jerusalén. No nos metamos ahora a averiguar si esta inteligencia es tan absurda que sólo merezca la risa y el desprecio, no sea que se piense que la queremos adoptar. No obstante, se pudiera aquí preguntar, lo primero: la elevación física y material del monte Sión, ¿es alguna empresa imposible, o muy difícil al que elevó, *en el principio*, los montes de la tierra? Lo

segundo: ¿se opone esta física elevación del monte Sión a los textos citados, o a algún otro lugar de la Escritura Santa, o a alguna verdad demostrada?

152. Sin esperar la respuesta a estas dos preguntas, que no se ignora cuál será, se pudiera preguntar, lo tercero: entre dos inteligencias de un mismo texto (suponiendo por un momento que sea forzosa la elección), ¿cuál de ellas deberá preferirse? ¿La que en nada se opone al texto, ni al contexto, antes por conformarse con él escrupulosamente abraza un error material, pero inocente (si acaso lo es), o la que en nada se conforma con el mismo texto, antes en alguna cosa le repugna y se le opone visiblemente? La respuesta a esta tercera pregunta no es tan fácil adivinarla. Mas por ahorrar disputas, vamos a lo particular.

La inteligencia común de estas profecías.

Párrafo I

253. Abrid, señor mío, cualquiera expositor, digo cualquiera, porque partiendo todos de un mismo principio y caminando sobre un mismo supuesto, es preciso que digan en sustancia lo mismo, aunque varíen algo en los accidentes. Después de haber leído la explicación que dan a dichas profecías, tomad el pequeño trabajo de confrontarlas con el texto, y con todo su contexto, y hallaréis, a mi parecer, dos cosas tan diversas, y tan distantes entre sí, *cuanto dista el Oriente del Occidente*.

254. Dicen primeramente, o lo suponen, que en ambas profecías se habla únicamente de la Iglesia presente; ésta es la casa del Señor, y al mismo tiempo el monte de la casa del Señor, por estar elevada, como lo está un monte, sobre todas las cosas ínfimas de la tierra. De este monte de la casa del Señor, dicen ambos Profetas: *en los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados*. ¿Qué quieren decir estas expresiones tan singulares? No quieren decir otra cosa, sino que la Iglesia cristiana está fundada sobre montes y collados, como sobre firmes y solidísimos fundamentos. ¿Cuáles son éstos? Son los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, y también los preceptos, consejos y máximas evangélicas: *el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular*. Todo esto no hay duda que es una verdad, *para aquel que usa de ella legítimamente*; mas el uso legítimo de una verdad, cualquiera que sea, pide esencialmente su propio lugar y su propio tiempo. De otra suerte, sin dejar de ser una verdad, podrá muy bien ser un verdadero despropósito. San Pablo, hablando de la ley de Moisés, decía: *Sabemos, pues, que la ley es buena para aquel que usa de ella legítimamente*. La ley buena es en sí; mas en tiempo de San Pablo ya no era del caso, según toda su extensión, especialmente respecto de los cristianos. Aplíquese la semejanza.

255. A esta Iglesia, pues, se procuran acomodar y se van acomodando, en cuanto se puede, las palabras y expresiones de las dos profecías. Digo en cuanto se puede, porque algunas hay, aunque pocas, que sin hacer notable resistencia se dejan acomodar bastante bien, otras que necesitan de verdadera violencia y coacción, y las más no lo permiten de modo alguno. Mas en el principio general de que estas profecías no pueden mirar a otra

cosa que a la Iglesia presente, importa poco que no se pueda todo acomodar, ni es necesaria tanta prolijidad.

256. Para dar a esta acomodación cierta especie de brillo, reparan mucho en aquella expresión nueva y admirable de fluir las gentes y pueblos hacia lo alto del monte Sión. Siendo esto, dicen, contra la naturaleza de los fluidos, los cuales naturalmente bajan, no suben; corren ligeramente de lo alto hacia lo bajo, no al contrario. Con la cual similitud se anuncia que las gentes y los pueblos de todo el orbe vendrían a la Iglesia de Cristo, no bajando, sino subiendo; no siguiendo las inclinaciones de la naturaleza, sino peleando contra ellas, y superando con la divina gracia toda su oposición y resistencia. Vuelvo a decir que todo esto es una verdad más clara que la luz; y la concordancia de esta verdad con las profecías fuera sin duda mucho más luminosa, si la suposición en que estriba fuera también alguna verdad. Quiero decir, si el fluir hacia lo alto fuese una maravilla tan contraria a la naturaleza, que no se viese de mil maneras practicada continuamente por la misma naturaleza. ¿Quién ignora, por ejemplo, que nuestra sangre fluye naturalmente no sólo de la cabeza hasta los pies, sino también desde los pies hasta la cabeza? ¿Quién ignora que los jugos del más alto cedro del Líbano fluyen naturalmente desde la raíz hasta lo más alto de las ramas? ¿Quién ignora que el rocío y aun las lluvias más copiosas no pudieran fluir de lo alto hacia lo bajo, si primero no hubiesen fluido de lo bajo hacia lo alto, etc.? Conque el fluir las gentes, *por semejanza*, hacia lo alto de un monte, no es un milagro tan nuevo que merezca especial reparo. La palabra *fluir*, que es la que da ocasión a dicho reparo, se halla en los LXX sin misterio alguno, pues leen simplemente *vendrán*; y Pagnini y Vatablo leen *correrán* juntamente; que no suena otra cosa que un gran concurso de todas las gentes al monte de la casa del Señor, lo cual está anunciado en el salmo LXXXV: *Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán, y te adorarán, Señor, y glorificarán tu nombre*; y en Daniel: *todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán a él*. Y mucho más claro en Zacarías: *Y todos los que quedaren de todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año a adorar al Rey, que es el Señor de los ejércitos*.

257. Mas volviendo a lo más inmediato e interesante, parece claro que la acomodación de nuestras profecías a la Iglesia presente, y la gran facilidad con que esta se comienza, no dura mucho. Apenas llega a tocar los confines del versículo 4, donde es preciso parar un poco, pues aquí se presenta cierto embarazo, no menos importuno que insuperable. Parece imposible dar un paso más adelante, si primero no se trabaja en allanarlo de algún modo.

Dificultad del versículo 4 de Isaías, y 3 de Miqueas.

Párrafo II

258. Dicen ambos Profetas que en aquellos tiempos de que hablan, cuando Sión se prepare y eleve sobre los otros montes, sucederá, entre otras muchas cosas, una bien singular y ciertamente inaudita hasta el día de hoy. Es a saber, que todas las gentes y pueblos de la tierra, juzgados y corregidos por el Señor, y en consecuencia inmediata y primaria de esta corrección y juicio, gozarán en adelante de una perfecta paz; que

arrojarán de sí, como trastos inútiles, todas las armas con que mutuamente se habían defendido y ofendido hasta entonces, convirtiéndolas todas en instrumentos de agricultura; que ya no levantará la espada una gente contra otra: que ya no aprenderán, ni habrá quien enseñe el arte militar, ni habrá más ejercicio de armas para la guerra; que todos y cada uno vivirán seguros y quietos sin temor de enemigos: *Y cada uno se sentará debajo de su vid, y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temo*; porque el Señor ha hablado, y lo ha ordenado así.

259. Los intérpretes, llegando a este mal paso, confiesan a lo menos tácitamente, la dificultad de pasarlo bien. Preguntan comúnmente, ¿cómo se entiende esto? Es decir, ¿cómo se podrá vencer un impedimento tan notorio que absolutamente cierra el camino? La razón de dudar parece clara: porque la Iglesia presente, a quien se empezaban a acomodar las profecías, cuenta 18 siglos, y hasta ahora no se ha visto en ella el más mínimo vestigio de lo que aquí se anuncia; y la Iglesia triunfante, o el cielo, que es el ordinario refugio en las grandes urgencias, en la presente nada puede ayudar; pues allá no hay necesidad de labrar los campos, ni mucho menos de llevar de acá los instrumentos necesarios para la agricultura.

260. La respuesta a esta gran dificultad no es una sola, sino muchas, según varios modos de discurrir. Yo hallo a lo menos cinco; y todas ellas, o divididas o juntas, me parece que dejan en pie la dificultad. La primera nos acuerda que cuando nació Jesucristo, que fue el año 39 o 40 del imperio de Octaviano Augusto, estaba todo el orbe en paz; y esta paz fue anunciada desde entonces a todos los hombres de buena voluntad. Mas, ¿qué conexión puede tener esto con las profecías de que hablamos? Compárense éstas con aquella paz Octaviana, que fue sólo de cuatro días (en los cuales no dejaron de levantar la espada las gentes de Herodes contra los inocentes de Belén, *de dos años y abajo*), y hecha la comparación con toda la formalidad y rectitud que pide el asunto, *júzguese con imparcialidad*. La segunda respuesta nos tira a persuadir que después de la venida de Cristo y fundación de la Iglesia cristiana, ya no hay entre los hombres tantas guerras, ni tan obstinadas y sangrientas como antes de esta época feliz. Mas aun dado caso que esta noticia fuese cierta, y no falsa por todas las historias, ¿qué proporción podremos hallar entre las guerras menos frecuentes, menos obstinadas, menos sangrientas, que quieren suponer en estos 18 siglos, con lo que anuncian nuestras profecías? *No alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra... no se ensayarán más para hacer guerra... convertirán sus espadas en rejas de arados, y sus lanzas en azadones*.

261. La tercera respuesta nos hace reparar que en estas profecías no se dice que no habrá o no podrá haber entre los príncipes cristianos guerras justas, o uso legítimo de las armas. Éste fue, añaden, un error de Calvino y de otros herejes, los cuales pretendieron que no era lícito a los cristianos el uso de las armas. Hablan, pues, las profecías solamente contra las guerras injustas y tiránicas; pues éstas, y no aquéllas, están prohibidas por las leyes y máximas del evangelio; y pudiera añadirse que están del mismo modo prohibidas a todos los hombres sin distinción por las leyes y máximas de la naturaleza, así como está prohibido universalmente el hurto y el homicidio. Es más que visible que esta respuesta huye muy lejos de la dificultad, en vez de acometerla; tal vez

puede ser por no ver una guerra injusta contra las leyes y máximas del evangelio. Si algunos herejes, fundados en estas profecías, abrazaron aquel despropósito, erraron en ello manifiestamente. Debían haber advertido que dichas profecías nada prescriben, nada mandan, ni a los cristianos, ni a los herejes, ni al resto de los hombres. Sólo anuncian simplemente lo que deberá suceder en esta nuestra tierra, en otros tiempos que todavía no han llegado.

262. La cuarta respuesta dice que el sentido propio de las profecías es que los verdaderos cristianos y fieles hijos de la Iglesia, *si alguno tiene queja del otro*, no usará, o no podrá usar lícitamente de las armas, sin haber primero procurado amistosa y pacíficamente alguna honesta y razonable composición; lo cual se ha visto y se ve frecuentemente, no sólo entre los particulares, sino también entre los príncipes y señores cristianos. ¿Y esto mismo no se ha visto jamás, ni se ve frecuentemente, ni es posible que se vea fuera de la Iglesia? *¿No hacen esto mismo los gentiles?*

263. La quinta respuesta del todo mística, dice que el verdadero sentido de estas profecías es que los hijos verdaderos de la Iglesia, esto es, los perfectamente justos y santos, sujetos enteramente a las máximas del evangelio y llenos del espíritu de Cristo, éstos gozarán de una tierna y verdadera paz; no paz del mundo, sino de Cristo; y esto aun en medio de las perturbaciones y persecuciones de los malos, en medio de los dolores, trabajos y molestias de la vida presente; pues como se dice en el salmo CXVIII: *Mucha paz para los que aman tu ley.*

264. A esto se reduce en sustancia todo lo que hallamos en los doctores en respuesta y como por solución de la gravísima dificultad. Si confrontamos ahora todo esto, o dividido o junto, con el texto de las profecías y con todo su contexto, no hemos menester otra diligencia ni otro estudio para quedar plenamente convencidos de la impropiedad de la acomodación. Por consiguiente de que las profecías hablan de otros tiempos, y anuncian otros misterios infinitamente diversos, que todavía no se han verificado. En medio de esta impropiedad, de esta insuficiencia, de esta violencia tan clara y tan visible, se extraña mucho más y se admira, con *grande admiración*, que haya valor (o no sé cómo llamarlo) para decir y afirmar, como se dice y afirma por autores graves y respetables, por otra parte, que la inteligencia que dan a estas dos profecías, o la acomodación vaga, inacomodable e ininteligible, a la Iglesia presente, es, no solamente buena, sino cierta y de fe divina; y por consiguiente la verdadera y la única, que no admite duda ni disputa. Si preguntamos a estos sabios, ¿con qué razón, y sobre qué fundamento sólido, y bueno, nos quieren obligar a un nuevo artículo de fe, no solamente superior, sino contrario a la razón natural, aun después de iluminada con la luz de la fe?, nos responden aquí a una voz con todos los otros doctores de las cinco diversas opiniones, que acabamos de ver y de admirar, que esta inteligencia es un consentimiento unánime de todos los doctores y santos padres.

265. ¡Oh, válganos Dios, y válganos la reflexión y la razón! ¡Este consentimiento unánime de doctores y santos padres, que tantas veces oímos repetir (aun en cosas que no pertenecen al dogma, ni a la moral), se nos figura muchas veces, o es muy fácil que así se nos figure como un muro altísimo o inaccesible, que debe detenernos el paso, y

obligarnos a volver atrás! Mas si por curiosidad o por atrevimiento llegamos a tocar este muro sagrado, hallamos no pocas veces con grande admiración y con no pequeño consuelo, que el muro sagrado no es otra cosa en realidad que una verdadera perspectiva; ya porque no todos, ni muchos, ni los más de los antiguos padres tocaron aquel punto particular de que se trata; ya porque los que lo tocaron de propósito, no era buscando y enseñando su verdadera inteligencia, sino solamente para sacar alguna moralidad, o algún concepto de edificación; ya también porque ninguno de los dichos padres se atrevió a asegurar que aquel sentido moral y místico, o puramente acomodaticio en que hablaba, fuese el verdadero sentido. Todo esto se ve claro en la inteligencia de las dos profecías que actualmente observamos, y casi lo mismo podemos decir de otras innumerables que quedan ya observadas, y pueden fácilmente observarse.

266. Lo primero: es falso que todos los padres (aun hablando solamente de los que tocaron este punto) convengan unánimemente en la inteligencia y aplicación de dichas profecías a la Iglesia presente. San Gregorio papa es santo padre, y uno de los máximos, y dice expresamente que el monte sobre los montes de que aquí habla Isaías, es la Virgen María: *Porque Isaías, vaticinando la muy excelente dignidad de este monte, dice: En los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes; como que el monte en la cumbre de los montes, fue, porque la alteza de María reluce sobre todos los santos.* San Jerónimo, San Basilio, y Ruperto dicen que el monte sobre los montes es Cristo mismo. San Bernardo dice que es el cielo, donde todo está en perfecta paz. Conque tenemos a lo menos cuatro o cinco padres que tocando estas profecías no convienen unánimemente en su inteligencia. ¿Cuántos más hallaríamos si nos fuese posible leerlos todos con todo su contexto?

267. Lo segundo y principal, porque los padres que tocaron estas dos profecías, las tocaron solamente de paso y como por incidencia; y así las tomaron en aquel sentido acomodaticio que convenía a su propósito actual, el cual propósito, generalmente hablando, no era otro en los antiguos padres (cuando se trataba de alguna controversia formal sobre el dogma) que la edificación y provecho espiritual de los fieles, ni más ni menos como lo hacen hasta el día de hoy nuestros más celosos predicadores. Así se ve, y es bien fácil notarlo, y lo confiesan nuestros doctores más eruditos, que los antiguos padres, en puntos no sustanciales de la religión, cuando citaban algunas profecías y hablaban sobre ellas, cuidaban poco de si aquel sentido en que las tomaban era el literal y verdadero, o no; ni jamás pensaron en asegurar y hacer creer a los fieles que aquello que decían sobre las profecías era ciertamente lo que en ellas había intentado el Espíritu Santo. No lo hacían así en otros asuntos pertenecientes inmediatamente al dogma, o a lo sustancial de la religión y también a la moral. En estos asuntos se explicaban siempre en tono de seguridad; y cuando para esto citaban algunos lugares de la Escritura, se guardaban bien de darles otra inteligencia que la obvia y literal; no solamente cuando hablaban o de palabra, o por escrito, con solos los fieles; sino mucho más cuando hablaban o disputaban con los herejes. Los que tuvieren algún estudio en los escritos de los antiguos padres, podrán reparar fácilmente en esta diferencia.

Se propone otra inteligencia de estas dos profecías.

Párrafo III

268. Primeramente, yo convengo de buena fe con todos los doctores, así cristianos, como judíos en la inteligencia general de estas dos profecías, y de otras semejantes, o en lo que éstas tienen de general; quiero decir que en ellas se habla manifiestamente y con evidencia de los tiempos del Mesías: *Y en los últimos días estará... Y acaecerá: En los últimos días. Esto es* (dicen todos los judíos y cristianos, y todos con suma razón), *esto es, en el tiempo del Mesías, en el de Cristo.* Mas este *esto es*, si no se explica más, parece muy equívoco por muy general. El tiempo del Mesías, el tiempo de Cristo (según todas las Escrituras, antiguas y nuevas, y según todos los principios fundamentales del Cristianismo), no es uno solo, sino dos tiempos infinitamente diversos entre sí; uno que ya pasó y que persevera hasta ahora en sus efectos, ciertamente grandes y admirables; otro que todavía no ha llegado, pero que se cree y espera, con fe y esperanza divina, el cual tiempo segundo parece todavía más grande y admirable, según las mismas Escrituras, que se enderezan a él manifiestamente, y en él se terminan. Éste es el tiempo de que tanto hablan los Profetas, cuando dicen: *en aquel día; en aquel tiempo; en los últimos días; en el otro siglo; en el siglo venturo.* Éste es el tiempo de que tanto hablan en sus epístolas San Pedro y San Pablo, diciendo frecuentísimamente: *para el día de nuestro Señor Jesucristo; en el día del advenimiento de nuestro Señor... (en el día) cuando apareciere; (en el día) de su venida, y de su reino.* Y éste es el tiempo mismo de que tanto habló *en parábolas, y sin ellas*, el mismo Mesías, como se puede ver en los evangelios.

269. El primer tiempo del Mesías, de que hablan las profecías, ciertamente ya está verificado, y el mundo ha gozado, goza, y puede gozar a satisfacción de sus efectos admirables; mas con todo eso, las profecías no se han verificado plenamente; pues no sólo hablan del primer tiempo del Mesías, sino también, y mucho más, del segundo tiempo, que todavía se espera. Esto es tan evidente y tan claro que según los diversos principios o sistemas, se han sacado dos diversísimas consecuencias; y aunque la una más funesta que la otra, no por eso dejan de ser ambas a dos ilegítimas y falsas.

Primera consecuencia

270. «Luego el Mesías no ha venido, pues las profecías ciertamente no se han verificado. Si no ha venido el Mesías, luego no ha llegado su tiempo, y debemos esperarlo.»

Segunda consecuencia

271. «Luego las profecías no pueden entenderse como suenan, *o según la letra que mata*; sino en otro sentido mejor, como es el alegórico y espiritual; y en este sentido ya se han verificado, y se están verificando en la Iglesia presente.»

272. Si fuese necesario e inevitable tomar partido por alguna de estas dos consecuencias, si no hubiese esperanza de hallar otra tercera más legítima, y más conforme a las Escrituras, yo suscribiría al punto por la segunda, cautivando mi

entendimiento *en obsequio de la fe*. Mas esta tercera consecuencia, ¿será muy difícil hallarla? ¿Será necesario para hallarla ir al oriente, o navegar al occidente? ¿No se presenta de suyo a cualquier entendimiento libre de preocupación, o de empeño formal y declarado? Por todas las Escrituras sabemos con toda certidumbre que el tiempo del Mesías considerado en general, tiene *primero*, y tiene *segundo*; que no es uno solo, sino dos tiempos o dos épocas diversas, luego... (ved la tercera consecuencia.)

273. «Luego las profecías de que hablamos, y otras muchas semejantes a ellas, que no se han verificado, ni se han podido verificar en el primer tiempo del Mesías, podrán muy bien verificarse y se deberán verificar en el segundo, el cual tiempo no es menos de fe divina que el primero.»

274. Mala consecuencia, *aunque por otra parte buena*, dicen obstinadamente los doctores judíos. ¿Por qué mala? Porque procede sobre un falso supuesto, esto es, sobre dos tiempos diversos del Mesías, no habiendo ni pudiendo haber otro que el que anuncian los Profetas en gloria y majestad. Óptimamente, ¿y no anuncian los Profetas con la misma claridad el otro tiempo que debe preceder a éste? ¿No hablan del Mesías como de maestro y ejemplar de toda justicia, como de un hombre manso, pacífico y humilde, como de un hombre injustamente perseguido, lleno de oprobios y de injurias, y pacientísimo en medio de grandes tribulaciones? ¿No hablan de él, y lo consideran como un Cordero manso, e inocente, *que es llevado al degolladero... (que) delante del que lo trasquila enmudecerá?* ¿No lo consideran, *como leproso, y herido de Dios, y humillado?* ¿No lo representan *llagado por nuestras iniquidades, quebrantado... por nuestros pecados... con los malvados contado?* ¿No hablan de sus llagas de manos y de pies, de su desnudez en la cruz, de su afrenta, confusión y dolor? ¿No hablan, en fin, de su muerte, de su resurrección, de su ascensión a los cielos, de su descanso y gloria a la diestra de Dios, hasta otro tiempo? ¡Oh ciegos, tardos e infelices judíos! No tenéis, hermanos, que buscar por otra parte la causa y origen de vuestros trabajos. Ésta es evidentemente la verdadera causa y el único origen de todo, de lo cual nuestros doctores tienen toda la culpa. El haberse, digo, imaginado y obstinado en esta imaginación, tan ajena y tan contraria a las Escrituras, que el tiempo del Mesías debía ser uno solo, y éste en gloria y majestad. *¡Oh necios y tardos de corazón, para creer todo lo que los Profetas han dicho!* Os digo con palabras de vuestro Mesías. *¿Pues qué, no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?* No tenéis, pues, razón alguna para reprobar mi consecuencia, ni la suposición sobre que procede, pues todo se halla conforme *con todas las cosas que hablaron los Profetas*.

275. Mala consecuencia (oigo por otra parte, no ya a los doctores judíos, sino a los doctores cristianos). Mas, ¿por qué mala? Porque ese tiempo segundo del Mesías, que se cree y espera religiosamente, no es a propósito ni lo puede ser, para que se verifique lo que anuncian éstas y otras profecías semejantes. ¿Por qué razón? Porque este tiempo segundo del Mesías no se dejará ver sino al fin del mundo, esto es, cuando todo el linaje humano y todos sus individuos, sin faltar uno solo, estemos no sólo muertos, sino resucitados y congregados en el valle (tan grande como pequeño) de Josafat, para el juicio universal. Porque este segundo tiempo del Mesías deberá ser únicamente para

destruirlo todo y acabar con todo; para arrojar los malos al infierno, y llevar al cielo a los buenos, etc.

276. Mas esta idea (se pregunta una y muchas veces, pidiendo una respuesta categórica), ¿de dónde se ha tomado? ¿De las Santas Escrituras? Parece cierto que no, porque antes éstas la repugnan y contradicen a cada paso, y nos ofrecen otra idea infinitamente diversa, según hemos observado hasta aquí, y todavía tenemos que observar. ¿Acaso de alguna verdadera tradición constante, uniforme, universal, venida desde los apóstoles, y conservada fielmente hasta nuestros tiempos? Falso del mismo modo, por confesión forzosa de los mismos interesados, a lo menos de los más eruditos y sensatos; ya porque repugna absolutamente tradición apostólica contra las Escrituras y contra los escritos de los mismos Apóstoles; ya porque no se ignora el principio, ni el tiempo, ni la ocasión, ni las razones, por que dicha idea se empezó a recibir como buena o pasable, y de mano en mano, a hacerse universal. Aún en el quinto siglo de la Iglesia, como testifica San Jerónimo, no estaba esta idea tan asentada que no fuese rechazada y admitida la idea opuesta por una gran multitud de doctores católicos y píos; *también un considerabilísimo número de los nuestros* (dice este santo doctor) *sigue solamente en esta parte*; y en otro lugar añade: *muchos varones eclesiásticos y mártires la llevan*. ¿Quién podrá hablar así de una tradición apostólica? Conque no hay razón alguna para reprobarnos nuestra consecuencia; la cual parece perfectamente conforme con todas las Escrituras antiguas y nuevas, y con los principios fundamentales del cristianismo. Luego bien podremos esperar sin temor alguno que las profecías de que hablamos, y otras innumerables semejantes a ellas, se verifiquen plenamente, *según la letra*, en el segundo tiempo del Mesías; pues en el primero no han podido tener lugar.

277. Llegando, pues, este segundo tiempo, que todos creemos y esperamos religiosamente; sucederá, luego, entre otras cosas primarias y principales, la elevación del monte Sión sobre todos los montes y collados; expresión visiblemente figurada, pero admirable y propísima para explicar, *según las Escrituras*, la dignidad altísima y suprema, el honor y la gloria a que será entonces sublimada la ciudad de David, y con ella toda la casa de Jacob; después que resucite y se ponga en ella, *como en los días antiguos (o como en los días del cielo)*, el tabernáculo o solio del mismo David, *que cayó*; y después que vuelva la potestad primera, y el reino de la hija de Jerusalén. Entonces se verificarán plenamente, *según la letra*, las dos profecías en cuestión, y otras innumerables que anuncian lo mismo con diversas palabras; por consiguiente, deberán fluir en aquel tiempo las gentes y los pueblos hacia lo alto del monte Sión.

278. ¿Qué gentes y qué pueblos? Sin duda los que quedaren vivos después de la venida del Señor, como parece ciertísimo que han de quedar, así por estas Escrituras expresas y claras, como por nuestro artículo de fe; el cual nos enseña que Jesucristo ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; lo cual sucederá, dice San Pablo, por su venida y su reino (o como lee la versión Siriaca): *en la manifestación de su reino*. -Arias Montano: *durante su manifestación y su reino*. -Erasmus: *en su manifestación y su reino*. ¿Cómo ha de juzgar a los vivos, si no los halla?

279. ¿Qué gentes y qué pueblos? Sin duda las gentes y los pueblos que quedaren vivos después de la ruina entera del Anticristo, o de la bestia de siete cabezas y diez cuernos, como es ciertísimo que han de quedar; y tan cierto que lo confiesan tácitamente, sin poder hacer otra cosa, casi todos los intérpretes del Apocalipsis, los cuales, para salvar de algún modo su sistema general, han discurrido aquel efugio tan extraño de separar a toda costa el fin del Anticristo de la venida de Cristo; aunque sea necesario decir que el Rey de los reyes y el Verbo de Dios, que con tanto aparato y majestad baja del cielo, directamente contra la bestia, no es Jesucristo, sino San Miguel. Dije casi todos los intérpretes del Apocalipsis para exceptuar aquellos modernos, que divisando bien estos inconvenientes, han tirado por otro camino igualmente difícil e impracticable, diciendo que la bestia no es el Anticristo, sino Diocleciano, con los príncipes que continuaron la persecución de la Iglesia; y así, que la venida del cielo del Rey de los reyes con tanto aparato y majestad contra la bestia, ya sucedió en los principios del cuarto siglo, aunque tan oculta que nadie la vio, etc. Esto mismo dicen en su sistema Arduino y Berruyer, esto es, que la venida del Rey de los reyes se verificó, aunque ocultísimamente, en la destrucción de Jerusalén por los romanos; y no obstante, en este tiempo todavía no se había escrito el Apocalipsis; pues la destrucción de Jerusalén sucedió en el imperio de Vespasiano, a quien sucedió Tito, y a éste Domiciano, el cual desterró a Pathmos a San Juan, como consta de todas las historias, desde Tertuliano, citado por San Jerónimo.

280. ¿Qué gentes y qué pueblos? Sin duda los que quedaren vivos, después que la piedra baje del monte sobre la estatua; y convertida toda en polvo y ceniza, se forme sobre sus ruinas otro reino incorruptible y eterno, no encima, sino bajo todo el cielo: *...quebrantará, dice Daniel, y acabará todos estos reinos... pero la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte, e hinchió toda la tierra.*

281. ¿Qué gentes y qué pueblos? Sin duda los que quedaren vivos, después de arrojada al fuego la cuarta bestia terrible y admirable, con todo su cuerpo de iniquidad; no cierto los que compondrán este cuerpo como miembros suyos (que de éstos parece claro por todo el contexto, así de Daniel, como del Apocalipsis, que no quedará uno solo vivo) sino de los pertenecientes a las tres primeras bestias, consideradas en sí mismas, que no se hubiesen unido con la cuarta, *contra el Señor, y contra su Cristo*; pues de estas tres primeras bestias asegura el Profeta, que después de muerta la cuarta, fueron despojadas de la potestad que tenían, mas no de la vida: *y vi que había sido muerta la bestia... Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y se les habían señalado tiempos de vida.* Fuera de estos vivos, quedarán también algunos otros que no tendrán entonces relación alguna con las bestias, sino que constituirán el verdadero cristianismo, no solamente de los judíos, sino también de las gentes; entre los cuales merecerán muchos aquella inmutación y raptó de que habla San Pablo, esto es, juntarse con los santos que acaban de resucitar, y levantarse de la tierra junto con ellos, subiendo *en las nubes a recibir a Cristo en los aires.*

282. Estas reliquias de las gentes y pueblos que quedarán vivas después de la venida del Señor, es cierto e innegable por las Escrituras que no podrán ser muchas, sino pocas (pocas, digo, comparadas con los millones que cubren la tierra), así como fueron pocas y poquísimas, *es a saber, ocho*, las que quedaron después del diluvio: *Y así como en los*

días de Noé (dice el mismo Señor), así será también la venida del Hijo del Hombre. Léase, entre otras Escrituras, todo el capítulo XXIV de Isaías, y se hallarán noticias bien claras e individuales de lo que debe suceder en la tierra con la venida del Señor; y por lo que hace a nuestro propósito actual, repárese con especialidad en estas palabras: Lloró la tierra, y cayó, y desfalleció; cayó el orbe, y desfalleció la alteza del pueblo de la tierra. Y la tierra fue inficionada por sus moradores, porque traspasaron las leyes, mudaron el derecho, rompieron la alianza sempiterna. Por esto la maldición devorará la tierra, y pecarán los moradores de ella; y por esto darán en locuras los que moran en ella, y quedarán pocos hombres... Porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos; como si algunas pocas aceitunas que quedaron se sacudieren de la oliva; y algunos rebuscos, después de acabada la vendimia. Éstos levantarán su voz, y darán alabanza; cuando fuere el Señor glorificado, alzarán la gritería desde el mar.

283. De estas reliquias de las gentes y pueblos que quedaren vivas, cuando *vendrá el Señor mi Dios, y todos los santos con él...* se dice en Zacarías: *Y todos los que quedaren de todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año a adorar al Rey, que es el Señor de los ejércitos, porque en este tiempo, dice poco antes, el mismo Señor será Rey sobre toda la tierra: (y añade que) en aquel día uno solo será el Señor, y uno solo será su nombre.*

284. Pues en este día (decimos en conclusión), en este tiempo segundo del Mesías, se verificarán plena y perfectamente, sin faltarles *ni un punto, ni un tilde*, las profecías de que vamos hablando, y todas las demás que no se han verificado en el primer tiempo. Entonces, llegado el día de su virtud, y volviendo del cielo a la tierra, *después de haber recibido el reino*, evacuará perfectamente en primer lugar todo principado, potestad y virtud; argüirá, corregirá, castigará severísimamente a las gentes y pueblos, según su mérito: *Y juzgará a las naciones, y convencerá a muchos pueblos... y castigará a naciones poderosas hasta lejos.* Y en consecuencia de este juicio, de esta corrección, de este castigo, los que quedaren vivos y su posteridad, por muchos siglos, arrojarán de sí por orden de su soberano todas sus armas, como una carga intolerable y ya del todo inútil, bajo el pacífico Salomón; las convertirán todas en instrumentos de agricultura, y ya no pensarán en otra cosa que en emplear bien su tiempo en inocencia, en justicia y en piedad: *Y cada uno se sentará debajo de su vid, y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor; pues lo ha pronunciado por su boca el Señor de los ejércitos.* Ésta me parece, *salvo meliori*, la única inteligencia que se puede dar a estas profecías, *según las Escrituras.*

Párrafo IV

El contexto de estas profecías.

285. Para asegurarnos más en el conocimiento de los tiempos, con toda aquella seguridad que puede pedir en estos asuntos la más rígida crítica, sigamos primeramente el contexto de Isaías, que el de Miqueas lo seguiremos a su tiempo. Si la cosa no es en la realidad como pensamos, será moralmente imposible no encontrar en todo el camino algún embarazo que nos haga detener el paso. Mas si no encontramos embarazo alguno;

si todo lo hallamos quieto, pacífico, seguido y llano, ésta será una señal moralmente indefectible de que el camino es bueno; no sólo bueno, sino el camino verdadero y el camino recto; pues todas las sendas por donde se ha pretendido caminar se hallan a cada paso llenas de obstáculos conocidamente insuperables. Ésta será, digo, una señal moralmente indefectible, de que los dos Profetas hablan del segundo tiempo del Mesías, no del primero.

286. Habiendo hecho Isaías, hasta el versículo 5, un compendio brevísimo y admirable de la felicidad de aquellos tiempos, convida en primer lugar a toda la casa de Jacob, diciéndole inmediatamente: *Casa de Jacob, venid, y caminemos en la lumbre del Señor.* Luego, volviéndose, a Dios, y hablando con él hasta el versículo 10, refiere en breve las justas razones que ha tenido para arrojar de sí a su antiguo pueblo, para desconocerlo y olvidarlo por tantos siglos: *Pues arrojaste a tu pueblo, la casa de Jacob; porque se han llenado como en otro tiempo (es a saber, de superstición e iniquidad, como lee Pagnini), y así no los perdones (o no los perdonarás, etc.).* Después de este paréntesis, bien importante, endereza otra vez la palabra a la casa de Jacob, diciéndole en el nombre del Señor lo que se sigue hasta el fin del capítulo: *Entra en la peña, y en las aberturas de la tierra escóndete de la presencia espantosa del Señor, y de la gloria de su majestad.* Este mismo consejo se le da, o esto mismo se anuncia como cosa que debe suceder en algún tiempo en el mismo capítulo XXVI, versículo 20 de Isaías: *Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tus puertas tras ti, escóndete un poco por un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y descubrirá la tierra su sangre, y no cubrirá de aquí adelante a sus muertos.*

287. Dado este consejo, pasa luego a representar con la mayor viveza, lo que deberá suceder en nuestra tierra con la venida del Señor. Es a saber, la destrucción de los imperios, reinos o potestades, la ruina entera de toda la impiedad, la humillación de los soberbios, el temor y temblor con que estarán entonces los hombres más altivos, y más llenos de sí; en suma, la angustia y tribulación de todos los pueblos, tribus y lenguas, que debe preceder a la quietud y paz de la tierra.

Los ojos altivos del hombre han sido abatidos, y encorvada será la altivez de los varones; y sólo el Señor será ensalzado en aquel día. Porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo soberbio, y altivo, y sobre todo arrogante; y será abatido. Y sobre todos los cedros del Líbano altos, y erguidos... y sobre todos los collados elevados. Y sobre toda torre eminente, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es hermoso a la vista.

288. Todas estas expresiones metafóricas tan vivas y magníficas de que usa este Profeta, diciendo expresamente que son cosas todas reservadas para el día del Señor, *cuando se levantara para herir la tierra*, es bien fácil decir, huyendo de la dificultad, que se verificaron en la destrucción de Jerusalén y Judea por Nabucodonosor; mas el probar esto de algún modo razonable, conforme al texto y al contexto, no parece tan fácil. Aun mirado sólo el texto no se halla proporción alguna entre aquel suceso y estas expresiones; aquél fue particular a Jerusalén y Judea; éstas son visiblemente generales a toda la tierra:

porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo soberbio, y altivo, y sobre todo arrogante... sobre todos los cedros del Líbano altos, y erguidos... sobre todos los montes altos, y sobre todos los collados elevados... sobre todo muro fortificado... sobre toda torre... sobre todas las naves de Tarsis.

289. Estas últimas palabras, aunque no se considerasen las otras, bastaban para conocer que no se habla aquí de Nabucodonosor, ni contra Jerusalén y Judea. ¿Qué naves de Tarsis o del mar occidental tenían en aquellos tiempos los judíos? Esta misma expresión y la sustancia de las otras se leen en el salmo XLVII, que manifiestamente habla del día del Señor: *Porque he aquí que los reyes de la tierra se congregaron, se mancomunaron. Ellos, cuando la vieron así, se maravillaron, se conturbaron, se conmovieron. Temblor se apoderó de ellos. Allí dolores como de la que está de parto. Con viento impetuoso harás pedazos las naves de Tarsis.*

290. Podrá decirse, y se dice, lo primero, que no se habla aquí de las naves propias de los judíos, sino de los tirios y egipcios, que deseaban e intentaban socorrer a Jerusalén contra la potencia de los Caldeos. Mas dado caso que los tirios y egipcios tuviesen buena voluntad, y óptima intención de socorrer a Jerusalén, ¿cómo podrían socorrerla con sus naves? ¿Jerusalén era acaso en aquellos tiempos algún puerto de mar? Si querían socorrerla, ¿no podrían hacerlo por tierra, los unos por la diestra, y los otros por la siniestra?

291. Podrá decirse, y se dice, lo segundo, que la profecía no habla solamente contra Jerusalén y los judíos, sino también contra Tiro, la cual siendo en aquellos tiempos la reina del mar, y teniendo tantas naves que cubrían el Mediterráneo, no pudo con todo eso defenderse de la potencia del rey de Babilonia. Bien, mas, ¿a qué propósito se traen a consideración las naves de Tarsis (aunque todas hubiesen sido de sola Tiro) en la expedición de Nabucodonosor contra esta ciudad? ¿Quién ignora que el día o tiempo de este príncipe, aunque fue terrible y funestísimo para Tiro, no lo fue de modo alguno respecto de sus naves? Así como las naves de Tiro nada hicieron, ni podían hacer contra el ejército de Nabuco, que obraba por la parte de tierra, así este ejército nada hizo, ni podía hacer contra las naves de Tiro; antes estas naves le quitaron de las manos todo el fruto que podía esperar de su trabajo, pues estas naves salvaron no solamente los habitantes, sino también todas las riquezas y tesoros inmensos de la reina del mar.

292. San Jerónimo, sobre el capítulo XXVI de Ezequiel, citando las historias antiguas de los Asirios, dice que los Tirios, viéndose ya sin esperanza de poder resistir a los Caldeos, se embarcaron en sus naves, embarcando consigo todas sus riquezas, y todo cuanto había en Tiro digno de alguna estimación; y se retiraron, unos a Cartago, colonia de Tiro, otros a la Jonia o Grecia, otros a otras partes de Europa y África; dejando al rey de Babilonia solamente la ciudad destruida, o el lugar donde había estado, *como una piedra muy lisa*. La verdad de esta noticia, sin recurrir a la historia antigua de los Asirios, se colige clarísimamente del capítulo XXIX del mismo Ezequiel: *Hijo de hombre (le dice el Señor a este Profeta), Nabucodonosor rey de Babilonia hizo hacer una trabajosa campaña a su ejército contra Tiro; toda cabeza quedó calva, y todo hombre quedó pelado; y no se le ha dado recompensa a él, ni a su ejército, acerca de Tiro, por el*

servicio que me ha hecho contra ella. Por tanto esto dice el Señor Dios: He aquí yo pondré a Nabucodonosor rey de Babilonia en tierra de Egipto; y tomará su multitud, y arrebatará su botín, y robará sus despojos; y habrá paga para su ejército, y por el servicio que me ha hecho contra ella...

293. De manera que habiendo trabajado tanto y padecido tanto el ejército de Nabuco en la expugnación de Tiro; habiendo servido a Dios con *una trabajosa campaña*, en abatir el orgullo de la reina del mar; y queriendo el mismo Dios premiar a este príncipe y a su ejército el gran servicio que le habían hecho, sin saber lo que hacían, le fue necesario echar mano de otro erario, o de otro ramo de su erario cual fue el Egipto; pues de Tiro no habían sacado utilidad alguna: *y no se le ha dado recompensa* (dice el Señor) *a él, ni a su ejército, acerca de Tiro.* ¿Y por qué no había sacado utilidad alguna de una ciudad tan rica como Tiro, sino porque sus naves habían librado a sus habitantes con todas sus riquezas? Luego aquellas palabras del Profeta, tan expresivas y tan vivas, *porque el día del Señor será... sobre todas las naves de Tarsis*, no vienen al caso, ni son de modo alguno acomodables a los tiempos de Nabucodonosor, ni a su expedición contra los judíos ni contra los Tirios. ¿Cuánto menos se podrán acomodar a aquellos tiempos todas las otras expresiones de la misma profecía? Porque el considerarlas todas en particular fuera una cosa molestísima y de poca o ninguna utilidad, yo sólo deseo que se repare en el versículo 11: *y encorvada será la altivez de los varones; y sólo el Señor será ensalzado en aquel día*; lo cual se vuelve a repetir en el versículo 17. *Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones, y sólo el Señor será ensalzado en aquel día. Y los ídolos serán del todo desmenuzados.* ¿Todo esto se verificó, hablando formalmente, en tiempo de Nabucodonosor? ¿En tiempo de este príncipe fue exaltado, elevado y glorificado el Señor solo: *será ensalzado... y sólo el Señor será ensalzado en aquel día*? Sólo que quiera acomodarse a Nabuco la palabra *Señor*, y no al que llama *Señor* toda la Escritura.

294. Sobre todo aquellas palabras: *y los ídolos serán del todo desmenuzados*, ¿cómo se acomodan al día o tiempo de Nabucodonosor? Los intérpretes se dividen para esto en dos opiniones o modos de pensar. Unos dicen que aquí no se habla de los ídolos de toda la tierra en general, sino solamente de los ídolos de los judíos. Estos ídolos, añaden, se acabaron del todo, respecto de los judíos, porque desde la cautividad de Babilonia dejaron de ser idólatras. Mas, ¿con qué razón se contraen a sólo los ídolos de los judíos aquellas palabras tan absolutas y universales: *en aquel día... los ídolos serán del todo desmenuzados*? ¿Con qué razón se asegura después de esto que los judíos desde aquella época dejaron de ser idólatras? Lo contrario nos dice la Escritura misma. Muchísimos lo fueron en su cautividad, y casi todos en Jerusalén y Judea, en los tiempos del rey Antioco. Otros confiesan que se habla aquí en general de los ídolos de toda la tierra; los cuales, aunque en el imperio o día de Nabuco no se exterminaron plena y perfectamente, a lo menos se empezaron a exterminar entonces. Es decir, entonces empezó el exterminio por los ídolos de los judíos, y prosiguió después de algún tiempo por los ídolos de las otras naciones; ya con la predicación del evangelio; ya también con los edictos del emperador Teodosio, en cuyo tiempo se acabó de verificar plenamente la profecía: *los ídolos serán del todo desmenuzados.*

295. En este modo de acomodar, parece fácil reparar, entre otros, en dos defectos capitales. Primero: el Profeta habla ciertamente de un día, o tiempo, o época célebre, en la cual deberán suceder todas las cosas que él mismo anuncia. Entre estas cosas, una es el exterminio pleno y total de los ídolos. Ahora, este día, o tiempo o época, quieren los doctores que fuese el día o tiempo de Nabuco. Mas como en este día no se verificó la ruina o exterminio de los ídolos, ni aun siquiera respecto de los judíos; así como nada se verificó de cuanto dice esta profecía (ved la ingeniosidad) alargan este día de Nabuco muy cerca de mil años, que fueron los que pasaron hasta Teodosio; y esto únicamente para acomodar de algún modo el punto particular de los ídolos. Así, alargando aquel día mil veces más que el día célebre de Josué, que fue solamente *por el espacio de un día*, hay ya tiempo suficiente para seguir a este enemigo y acabar con él. En este día, pues, de Nabuco, se comenzó a verificar la profecía, esto es, se empezó a verificar en los ídolos de los judíos. Pasados 600 años, se verificó mucho más en los ídolos de otras naciones, que creyeron al evangelio por la predicación de los Apóstoles; y 400 años después se acabó de verificar por los edictos de Teodosio contra los ídolos.

296. Segundo defecto: aun después de hecho el gran milagro de parar el sol y alargar aquel día cerca de mil años, ¿qué cosa se puede concluir contra aquel (texto) enemigo: *los ídolos serán del todo desmenuzados*? ¿Los edictos de Teodosio exterminaron del todo los ídolos de toda la tierra? Los exterminaron, dicen, en el imperio romano. Mas aunque esto fuese verdad, que no lo es, ¿no había más ídolos en toda la tierra que los del imperio romano? ¿De estos solos habla la profecía? ¿No eran idólatras, y lo son hasta el día de hoy los habitantes de los vastísimos países del Asia, desde el Eúfrates hasta la China? ¿Los habitantes de lo interior del África, hasta el Cabo de Buena Esperanza? ¿Los habitantes de la América, y de todas las islas del Océano? ¿Y aun en la Europa misma, no eran idólatras tres o cuatro siglos después de Teodosio casi todas las regiones septentrionales, desde el río de los Alpes hasta el Glacial? Conque aquellas palabras: *los ídolos serán del todo desmenuzados*, ni se verificaron en el día de Nabucodonosor, ni en el día de Teodosio, ni tampoco en el día que ha corrido desde Teodosio hasta la presente. Luego deberá llegar algún día en que se verifiquen, que será sin duda el mismo día en que deben verificarse todas las palabras que preceden: *y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones, y sólo el Señor será ensalzado en aquel día. Y los ídolos serán del todo desmenuzados*.

297. Fuera de esto, se puede hacer aquí una reflexión tan breve como interesante. Los doctores mismos, desde el principio de esta profecía, nos aseguran como una verdad indisputable, o como un artículo de fe, que se habla en ella del tiempo de Cristo, y de la Iglesia presente. Ahora bien, si esto es tan cierto y tan indisputable, ¿por qué no explican seguidamente toda esta profecía particular en este mismo supuesto, o sobre este nuevo artículo de fe? ¿Por qué dejan tan presto el tiempo de Cristo, y la predicación del evangelio? ¿Por qué desde el versículo 6 retroceden cerca de 600 años recurriendo tan repentinamente al día de Nabuco? ¿Por qué dan luego un salto tan prodigioso desde Nabuco hasta Teodosio?

298. Después de haber hecho estas y otras reflexiones, volved, Señor, a leer con más cuidado toda esta profecía particular, contenida en el capítulo II de Isaías. Si en esta

lección ponéis los ojos únicamente en el segundo tiempo del Mesías, yo me atrevo a decir que con esta sola diligencia al punto la entenderéis toda, desde la primera hasta la última palabra; y esto seguida y llanamente, sin hallar tropiezo ni embarazo alguno que os obligue a retroceder, ni mucho ni poco, a otros días o tiempos ya pasados. Del mismo modo entenderéis al punto el último verso de esta profecía particular que ha parecido tan oscuro.

Párrafo V

Se consideran las últimas palabras de esta profecía.

299. Después que el Profeta nos ha representado con la mayor viveza y elegancia la tribulación horrible de aquel día, la humillación de los soberbios, la exaltación y elevación del Señor solo, el exterminio pleno y total de los ídolos (en que se comprenden sin violencia alguna todas las falsas religiones) el temor con que andarán entonces los hombres, aun los más orgullosos, buscando por todas partes dónde esconderse: (pues dice el texto que) *entrará en las hendeduras de las piedras, y en las cavernas de las peñas por causa de la presencia formidable del Señor, y de la gloria de su majestad, cuando se levantara para herir la tierra*; después de todo esto concluye todo el misterio con estas palabras: *dejaos pues del hombre cuyo aliento está en sus narices, por cuanto el mismo es reputado por el excelso.*

300. ¿Qué quiere decir esto? ¿A quién se enderezan estas palabras? ¿Qué hombre es éste a quien no se debe irritar en aquel día?

301. Dos modos de pensar se hallan sobre éste en los intérpretes. El primero dice que estas palabras se enderezan a los judíos para los tiempos de Nabuco, el cual es el hombre *cuyo aliento está en sus narices*. En esta inteligencia las palabras tienen este sentido: *Dejaos del hombre... esto es*, dejad, oh judíos, de resistir, o no resistáis a un hombre tan grande como Nabueo, cuyo espíritu está en sus narices, *esto es*, porque es un príncipe guerrero, espíritoso y lleno de fuego: *es el azote de Dios*; y él se mira a sí mismo, y es mirado de todos, como un hombre excelso, y superior a todos los hombres.

302. El segundo modo de pensar pretende que las palabras se enderezan a los judíos, no para los tiempos de Nabuco, sino para los tiempos del Mesías, el cual es el hombre *cuyo aliento está en sus narices*. En esta inteligencia las palabras tienen este sentido: *Dejaos del hombre... esto es*, dejad, oh pérfidos judíos, de resistir a vuestro Mesías; dejad de perseguirlo, de injurarlo, de calumniarlo; porque aunque es un hombre manso, pacífico, es también un hombre superior a todos los hombres, *cuyo aliento está en sus narices*. Es un Hombre Dios, cuya omnipotencia os puede en un momento aniquilar. Entre estos modos de pensar se puede elegir el que pareciere más conforme al texto de la profecía con todo su contexto; mas si esta conformidad no se halla, ni en el uno ni en el otro, se puede examinar otro tercero que voy a proponer.

303. Para cuya mejor y más clara inteligencia se debe tener presente lo que hemos probado hasta aquí; esto es, que en toda esta profecía particular, o en todo este capítulo II

de Isaías, se habla manifiestamente del día grande del Señor: *Porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo soberbio, y altivo, y sobre todo arrogante; y será abatido. Y sobre todos los cedros del Líbano altos, y erguidos... Y sobre todos los montes altos, y sobre todos los collados elevados. Y sobre toda torre... y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es hermoso a la vista. Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones, y sólo el Señor será ensalzado en aquel día, etc.*

Querer contraer todas estas expresiones tan generales y tan grandes a solos los judíos, a sola Jerusalén y Judea, y cuando más al Egipto y a Tiro; querer que el día del Señor, de que aquí se habla, fuese el día o tiempo de Nabuco, parece lo sumo a que puede llegar la violencia en la explicación de la Escritura Santa. De este modo pudiéramos también decir que hablan con Nabuco aquellas palabras del salmo CIX: *El Señor está a tu derecha, quebrantó a los reyes en el día de su ira*; pues este príncipe mató, despojó y aprisionó muchos reyes; y aquellas otras del salmo XLV: *Las naciones se conturbaron, y los reinos bambolearon; dio su voz, moviose la tierra*; pues todo esto sucedió en parte en el día de Nabuco. Si esta acomodación se mirara como una violencia intolerable, ¿qué otra cosa podremos decir de aquélla guardando consecuencia?

304. Hablándose, pues, aquí del día grande del Señor que todos esperamos, no tenemos que buscar alguna persona singular de quien hablen aquellas últimas palabras: *Dejaos, pues, del hombre*. Este hombre no es otra cosa que todo hombre en cuyas manos ha estado y estará hasta aquel tiempo toda la potestad emanada de Dios, todo el mando, todo el imperio, todo el juicio. Contra este hombre, o contra estos hombres que han formado la gran estatua y todo cuanto en ella se incluye, debe bajar directamente la piedra, y quebrantarla del primer golpe, y reducirla a polvo. Contra este hombre, o contra estos hombres, dice Daniel: *se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado, y perezca para siempre*. Este hombre, o estos hombres son los más amenazados de toda la Escritura; especialmente se puede consultar a este propósito todo el libro admirable de la sabiduría, que se dirige a ellos inmediatamente. Este hombre, o estos hombres son evidentemente los que en esta profecía de Isaías vienen figurados por los cedros del Líbano, por los altos robles de Basán, por los montes y collados, por las torres elevadas, etc., diciendo que el día del Señor será directa o inmediatamente sobre ellos: *Porque el día del Señor de los ejércitos, etc.*

305. Humillado, pues, este hombre, encorvado, quebrantado con el golpe terrible de la piedra, y como dice San Pablo, evacuado todo principado, potestad y virtud, se dirigen las últimas palabras de la profecía de Isaías, no solamente a los judíos en particular, sino generalmente a toda la tierra, o a todo el resto del linaje humano que no ha pasado por el filo de la espada del Rey de los reyes: *Dejaos, pues, del hombre cuyo aliento está en sus narices, por cuanto él mismo es reputado por el excelso*. Descansad ya, oh pobres judíos, y descansad también todo el residuo de las gentes; descansad de la potestad y dominación del hombre, cuyo espíritu, cuya fuerza, cuya grandeza consistía solamente en un poco de aire, que inspiraba y respiraba por sus narices; y no obstante esta necesidad, tan común a los hombres como a las bestias, él pensaba de sí que era excelso, o de otra clase superior

al resto de los hombres; envaneciéndose en su potestad recibida de Dios, como si fuese propia suya y no recibida: *por cuanto él mismo es reputado por el excelso.*

Contexto de Miqueas, Capítulo IV

Párrafo VI

306. El profeta Miqueas, después de haber anunciado hasta el versículo 6 el misterio general que anuncia Isaías, y casi con las mismas palabras, lleva el misterio mismo por otro camino particular, mirando en él únicamente lo que pertenece al estado futuro de su pueblo. Digo futuro no solamente respecto de los tiempos de este Profeta, sino también respecto de nuestros tiempos; pues las cosas que luego anuncia ciertamente no se han verificado hasta el día de hoy: *En aquel día* (prosigue diciendo luego inmediatamente) *En aquel día, dice el Señor, reuniré aquella que cojeaba; y recogeré a aquella que ya había desechado, y afligido; y reservaré para residuos a la que cojeaba; y la que era afligida, para formar un pueblo robusto; y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo... y vendrá el primer imperio, el reino de la hija de Jerusalén.* Esta misma claudicante aparece con más ricas galas en el capítulo III de Sofonías, versículo 19: *He aquí* (le dice el Señor) *yo mataré a todos aquellos que te afligieron en aquel tiempo; y salvaré a la que cojeaba; y recogeré aquella que había sido desechada; y los pondré por loor, y por renombre en toda la tierra de la confusión de ellos... porque os daré por renombre, y por loor a todos los pueblos de la tierra, cuando tornare vuestro cautiverio delante de vuestros ojos, dice el Señor.*

307. Dos cosas tenemos aquí que conocer, las cuales conocidas queda entendido todo el misterio. Primera: ¿quién es esta claudicante, a la que había desechado el Señor, y a la que había afligido? Segunda: ¿de qué día o de qué tiempos se habla aquí? Ambas cosas las resuelven los intérpretes con suma brevedad, diciendo o suponiendo que la claudicante no es otra que la casa de Judá, que llevó cautiva a Babilonia Nabuco; la cual, setenta años después, congrega Dios en Jerusalén y Judea, con licencia y beneplácito del rey Ciro. Mas, ¿será posible ni aun tener por buena, ni aun por pasable, esta inteligencia después de haber leído la profecía de Miqueas y Sofonías, y combinándolos con la historia sagrada? En tiempo de Ciro, dicen, congregó Dios algunas reliquias de la claudicante, que había afligido y arrojado de sí. Bien, ¿y no hay más cláusula que ésta en ambas profecías? Si esta cláusula, mirada en sí misma y separada de todas las otras, se puede acomodar a los tiempos de Ciro, ¿será posible acomodarla a estos tiempos, si se une con las que preceden, y con las que se siguen? ¿En tiempo de Ciro, por ejemplo, cuando volvieron de Babilonia aquellas reliquias, reinó Dios sobre ellas en el monte Sión, desde entonces para siempre sin fin? Pues esto es lo que añade inmediatamente Miqueas: *y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo.* ¿En este tiempo volvió a esas reliquias la potestad primera y el reino de la hija de Jerusalén? Pues esto sigue anunciando el mismo profeta: *y vendrá el primer imperio, el reino de la hija de Jerusalén;* que es lo mismo que había anunciado Amós: *En aquel día levantaré el tabernáculo de David, que cayó... y lo reedificaré como en los días antiguos.* ¿En aquel día o tiempo de Ciro puso Dios estas reliquias, que volvieron de Babilonia, *por loor y por renombre en toda la tierra?* Pues esto promete Dios por Sofonías, versículos 19 y 20; y

poco antes había dicho a la misma claudicante, versículo 15: *Rey de Israel, el Señor en medio de ti, nunca más temerás mal. En aquel día se dirá a Jerusalén: no temas, Sión, no se descoyuntan tus manos. El Señor Dios tuyo en medio de ti, el fuerte él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor, se regocijará sobre ti con loor, etc.* ¡Qué cosas tan diversas y tan ajenas de las que sucedieron en la vuelta de Babilonia, como de todas las que han sucedido hasta la presente!

308. Fuera de esto, los intérpretes nos dicen de esta profecía de Miqueas lo mismo que de la de Isaías, esto es, que una y otra empiezan hablando del tiempo del Mesías y de la Iglesia cristiana. Siendo esto así, ¿por qué no prosiguen la explicación en este supuesto? ¿Por qué dejan tan presto el tiempo del Mesías, y retroceden repentinamente más de 500 años a buscar el tiempo de Ciro y a refugiarse en él? ¿Por qué cortan desde el versículo 6 la narración seguida del profeta de Dios, tomando libremente unas cosas para un tiempo y otras para otro? ¿Por qué se hacen dos o más días diversos, cuando la profecía desde el principio hasta el fin habla seguidamente de un mismo día? Sucederá en el último de los días; y luego va anunciando en particular todo lo que ha de suceder en este día novísimo. Primero: se preparará el monte de la casa del Señor *sobre la cima de los montes*, y fluirán hacia este monte las gentes y los pueblos. Segundo: el Señor los juzgará a todos, los argüirá, los corregirá, y en consecuencia de esta corrección y de este juicio, quedarán todos desarmados; convertirán sus armas en instrumentos de agricultura; no tomarán la espada en adelante la una gente contra otra, ni aprenderán más a pelear; sino que todos vivirán como buenos hermanos en paz y quietud; *pues lo ha pronunciado por su boca el Señor de los ejércitos.*

309. Tercero: en este mismo día novísimo congregará el Señor a la claudicante, a quien había afligido, y arrojado de sí por justísimas causas. Cuarto: reinará el Señor sobre las reliquias de esta claudicante en el monte Sión, desde entonces *hasta en el siglo*; ni la arrojará otra vez de sí. Quinto: vendrá la potestad primera, o el reino de la hija de Jerusalén, etc. Ahora, en toda esta narración seguida, ¿se ve vestigio alguno de muchos días, o tiempos, o épocas diversas? ¿No se ve por el contrario que todo habla seguidamente de aquel mismo día, o tiempo, o época novísima de que empieza a hablar, diciendo: *acaecerá; en los últimos días*? Conque si este día o tiempo es el tiempo primero del Mesías, como quieren los intérpretes, deberán explicar toda esta profecía particular, sin salir de este mismo tiempo. Y si esto no les es posible, deberán contentarse, y no tener a mal que se explique toda, desde el principio hasta el fin en el segundo tiempo del Mesías, sin salir de él, y sin claudicar *en dos partes.*

Se confirma todo este punto con el salmo XLV

Párrafo VII

310. La inteligencia de este salmo parece clara y facilísima, si se combina lo que en él se dice, con lo que acabamos de observar en las dos profecías de Isaías y Miqueas. Todo camina naturalmente hacia un misterio, y un mismo tiempo. Y aunque para mi propósito actual bastaba la observación de dos o tres versículos de este salmo, me parece conveniente observarlo todo, ya por ser brevísimo, pues sólo tiene doce versículos (o por

mejor decir, diez, siendo los dos últimos repetición de lo que ya se ha dicho), ya porque es interesante en sí mismo, ya porque su inteligencia abre el sentido de otros muchos salmos, y de otras muchísimas profecías.

Exposición del salmo XLV

El Dios nuestro es refugio, y fuerza; ayudador en las tribulaciones que han dado con nosotros sobremanera. Por eso no temeremos mientras que sea conmovida la tierra, y trasladados los montes al medio del mar...

311. ¿Quién habla en esta profecía? ¿De qué tiempo o para qué tiempo se habla en ella? Los doctores cristianos (según su sistema, o empeño formal de acomodarlo todo en cuanto es posible a la Iglesia presente) dicen por consiguiente que aquí habla la Iglesia, cuando pasados los 300 años de la persecución, quedó victoriosa de todos sus enemigos, a lo menos de los externos, y en una paz universal con la conversión, y bajo la protección del gran Constantino.

312. Esta inteligencia fuera bastante buena, a lo menos en aquel sentido no tan bueno, que se llama acomodaticio, si todo el salmo se concluyese en el versículo 6. El gran trabajo es que ésta es solamente la mitad del salmo, la cual debiendo unirse con la otra mitad, en esta inteligencia no se une, antes se le opone y la rechaza, sin esperanza razonable de acomodación. Ésta parece la verdadera razón por que los intérpretes de los salmos, aun los más difusos, por otra parte, apenas tocan con suma prisa esta segunda mitad, como si en ella no hubiese cosa alguna digna de consideración. Algunos otros tiran a explicarla brevísimamente, y pretenden haberla explicado suficientemente con sólo insinuar una manifiesta violencia con una extrema satisfacción, diciendo, o suponiendo, que desde Constantino hasta la era presente, se ha verificado todo cuanto dicen los Profetas de la paz y felicidad del reino del Mesías. A que debe añadirse que los unos y los otros no dejan de omitir del todo algunas palabras, como si fuesen de ninguna importancia, y aquellas precisamente que no se dejan acomodar.

313. Por todo lo cual, y por otras razones más inmediatas que luego veremos, decimos resuelta y confiadamente, *según las Escrituras*, que quien habla en este salmo y en los dos siguientes (así como en muchos otros, que a mi parecer pasan de la mitad) es la claudicante misma, no en cualquier estado o tiempo indeterminado, sino precisamente en el tiempo y estado de su futura vocación, de su congregación, de plenitud, etc.

314. Esta claudicante, esta pobre enferma, está abandonada del cielo y de la tierra, aunque cubierta toda de llagas horribles, *desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza*, es ciertísimo que algún día ha de ser curada de sus llagas, y restituida a una perfecta sanidad. Es verdad que por Jeremías le dice el Señor que su rotura es incurable, y pésima su llaga, porque la ha herido como a enemiga, y la ha castigado con crueldad; mas también es verdad que le dice estas palabras tan expresivas únicamente para que conozca la grandeza de su mal, y por ella la grandeza del bien que le está preparado; pues luego la consuela al versículo 17 con la promesa de su perfecta sanidad: *Porque te cerraré la*

cicatriz, y te sanaré de tus heridas... Porque te llamaron, oh Sión, la echada a fuera. Ésta es la que no tenía quien la buscara, etc.

315. Pues esta claudicante, vuelvo a decir, *a la que había desechado el Señor, y a la que había afligido*, sanada enteramente de todas sus llagas, cubiertas del todo aún las cicatrices, y congregada ya con todas sus reliquias, *con grandes piedades*, es la que empieza a hablar, o en persona de quien empieza y prosigue hablando el Espíritu Santo, *por boca de David*, en todo el salmo XLV, y en los dos siguientes.

Versículo 2. *El Dios nuestro es refugio, y fuerza; ayudador en las tribulaciones que han dado con nosotros sobremanera.*

316. El Señor es nuestro refugio, y nuestra fortaleza; su brazo omnipotente nos ha sacado libres de tantas angustias y tribulaciones antiguas y nuevas, *que han dado con nosotros sobremanera*; no tenemos ya que temer, aunque se turbe y desconcierte toda la tierra, aunque los montes sean arrancados de su sitio y hundidos en lo más profundo del mar; modo de hablar que denota una verdadera confianza y plena seguridad, bajo la protección del omnipotente. Pasa luego a decir proféticamente y muy en breve lo que debe suceder, según todas las Escrituras, en la venida gloriosa del Señor; mejor diremos lo que en aquel tiempo de que habla en espíritu deberá suceder.

Versículo 4. *Sonaron, y turbáronse sus aguas; se estremecieron los montes a la fortaleza de él.*

317. Estas expresiones son conocidamente metafóricas, tomándose aquí por las aguas turbadas y sonantes la agitación, ruido confuso y espantable de todas las gentes, pueblos y lenguas, *por causa de la presencia formidable del Señor, y de la gloria de su majestad*, cuando se levanta *para herir la tierra* (lo cual se explica luego en este mismo sentido en el versículo 7); tomándose del mismo modo por la conturbación de los montes, la conturbación y temblor de los hombres más altos y sublimes, que preceden en dignidad, y se elevan sobre los otros hombres; lo cual se dice claramente en la profecía de Isaías, que poco ha observamos: *Porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo soberbio, y altivo, y sobre todo arrogante; y será abatido. Y sobre todos los montes altos... y los collados elevados.* Esto mismo se dice de la claudicante después de sanada de sus llagas, y cubiertas las cicatrices: *He aquí que el torbellino del Señor, el furor impetuoso, la tempestad deshecha, en la cabeza de los impíos reposará. No desviará el Señor la ira de indignación, hasta que haga y cumpla el pensamiento de su corazón.* Y para que no se ignore el misterio, ni el tiempo de que se habla, añade inmediatamente que estas cosas las entenderá la claudicante solamente en el día novísimo. Yo supongo a cualquiera que lee plenamente enterado de lo que significan propia y rigurosamente en frase de la Escritura, ésta y semejantes expresiones: *en lo último de los días; en los últimos días; en aquel día; en aquel tiempo; para el día de nuestro Señor, etc.*; de las cuales expresiones usan frecuentemente en sus epístolas San Pedro y San Pablo, cuando hablan de la venida del Señor en gloria y majestad.

Versículo 5. *El ímpetu del río alegrará la ciudad de Dios; santificó su tabernáculo el Altísimo.*

318. Para entender bien estas palabras, que a primera vista parece que no vienen al caso, yo no hallo otro mejor intérprete que la paráfrasis Caldea; la cual, así entre los judíos como entre los cristianos, se ha mirado siempre con extraordinario respeto. A lo menos es cierto que su autoridad pesa más, *según parece*, que la de cualquier doctor particular. Ésta, pues, explica así este versículo: *los pueblos como ríos, y sus arroyos vendrán, y alegrarán la ciudad de Dios, y orarán en la casa del santuario del Señor, en los tabernáculos del Altísimo.*

319. En esta inteligencia concuerda este texto con innumerables otros de que están llenas las Escrituras; entre ellos con el texto de Isaías: *correrán a él* (al monte Sión) *todas las gentes*. Con el de Miqueas: *y correrán a él los pueblos*. Con el de Zacarías: *Y todos los que quedaren de todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año a adorar al Rey, que es el Señor de los ejércitos*. Con lo que se le dice a Jerusalén en todo el capítulo LX de Isaías, máximamente desde el versículo 4: *tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas del lado se levantarán. Entonces verás, y te enriquecerás, y tu corazón se maravillará y ensanchará, cuando se convirtiere a ti la muchedumbre del mar, y la fortaleza de las naciones viniere a ti; inundación de camellos te cubrirá, etc.* Concuerda, en suma, con el salmo LXXXV: *Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán, Señor, y glorificarán tu nombre*. Si no obstante alguno pretende que *el ímpetu del río* deba significar aguas materiales, propiamente dichas, no nos queremos oponer a este sentido, pues no hay en ello inconveniente alguno. Para lo cual se puede considerar el capítulo XLVII de Ezequiel, en donde se hallan aguas vivas en abundancia, que deben salir en aquellos tiempos, *debajo del umbral de la casa*, y formar aquel delicioso torrente, poblado por una y otra parte de árboles frutales: *Y sobre el arroyo nacerá en sus riberas de una y otra parte todo árbol que lleve fruto; no caerá de él la hoja, ni faltará su fruto; cada mes llevará frutos nuevos, porque sus aguas saldrán del santuario; y sus frutos servirán de comida, y sus hojas para medicina*. Estas mismas aguas se hallan en el capítulo último de Zacarías, versículo 8: *acecerá en aquel día: Saldrán aguas vivas de Jerusalén; la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la mitad de ellas hacia el mar último; en verano y en invierno serán*. Todo lo cual lo toma San Juan, lo extiende, lo explica, lo aclara, y lo hace servir en el capítulo último de su Apocalipsis, como observaremos a su tiempo.

Versículo 6. *Dios en medio de ella, no será conmovido (o no se apartará); la ayudará Dios por la mañana al rayar el alba.*

320. Dios no se moverá en adelante, o no se apartará de en medio de ella. ¿De quién? Manifiestamente de la claudicante misma, *a la que había desechado el Señor, y a la que había afligido*; de la cual se apartó, o a quien apartó de sí después que ella reprobó a su Mesías, y cerró obstinadamente los ojos a la gran luz, y los oídos a las voces de sus enviados. A la Iglesia presente en tiempo de Constantino no pueden competir estas palabras con alguna propiedad; pues Dios no se había apartado ni movido de en medio de ella en los tres siglos anteriores, aun en medio de sus mayores persecuciones, dirigidas

por su sabia y benéfica mano; antes estas persecuciones habían sido como un óptimo cultivo que la hicieron dar frutos excelentes, y en una prodigiosa cantidad. Esta promesa del Señor de no apartarse jamás de Sión, ahora claudicante, después que la llame y recoja todas sus reliquias, *con grandes piedades*, se halla repetida de mil maneras y con suma claridad en otros muchos lugares de la Escritura Santa, que tantas veces hemos observado; ni hay para qué repetirlos aquí. Debo, no obstante, repetir uno o dos, por si se hubiesen olvidado todos los demás. En Sofonías, por ejemplo, hablando con la claudicante misma, y llamándola con este nombre, se le dicen estas palabras: *Da loor, hija de Sión; canta, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó tus enemigos. Rey de Israel, el Señor en medio de ti, nunca más temerás mal. En aquel día se dirá a Jerusalén: No temas, Sión, no se descoynten tus manos. El Señor Dios tuyo en medio de ti, el fuerte él te salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor, se regocijará sobre ti con loor.*

321. Lo mismo en sustancia se anuncia en Ezequiel, después que revivan los huesos áridos y secos, y se les introduzca el espíritu de vida.

Y morarán sobre la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual moraron vuestros padres... y David mi siervo será príncipe de ellos perpetuamente. Y haré con ellos alianza de paz, alianza eterna tendrán ellos; y los cimentaré, y multiplicaré, y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpetuamente.

322. Compárense ahora estas dos profecías (como si fuesen únicas, y no hubiese otras muy semejantes) con las palabras del salmo, que actualmente observamos, *Dios en medio de ella no será conmovido*, y me parece que se hallará el mismo misterio y en el mismo tiempo, sin poder dudarle.

323. A más de la promesa que hace aquí el Señor de no apartarse más de Sión, después que la recoja y la sane de todas sus llagas, señala inmediatamente el tiempo en que estas cosas se empezarán a verificar, diciendo que esto sucederá al amanecer o al venir el día.

La ayudará Dios por la mañana al rayar el alba.

324. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué día es éste de cuyo principio se habla aquí? ¿Es acaso algún día natural de diez o doce horas? ¿No salta luego a los ojos, y se presenta de suyo aquel mismo día de que tanto hablan los Profetas de Dios, los Apóstoles, y aun los Evangelios? ¿El día, digo, del Señor, a distinción del día de los hombres? Si no es éste el día de que se habla, ¿cuál podrá ser? El decir, *ayudó Dios a su Iglesia, por la mañana al rayar el día...*, *esto es, oportuna y prontamente*, son palabras que en realidad nada explican; pues a su Iglesia, siempre y a todas horas la ha ayudado el Señor, y no dejará de ayudarla *hasta la consumación del siglo*.

325. Hablando, pues, del día del Señor, dice David que muy al alba de este día, o al acabarse el día antecedente, esto es, el *Hoy* de que habla San Pablo citando el salmo XXIV: *amonestaos vosotros mismos los unos a los otros cada día, entre tanto que se nombra Hoy*; entonces ayudará Dios a esta miserable enferma, dándole la mano para que se levante: *La ayudará Dios por la mañana al rayar el alba*. Con esta inteligencia podemos decir sin exageración, *concuerdan las palabras de los Profetas así como está escrito*; y concuerdan tanto, que por esta concordancia han concluido los doctores como una verdad innegable que los judíos se han de convertir algún día; mas esto será, añaden según su sistema, al fin del mundo, y en vísperas de acabarse todo, como si fuese lo mismo fin del mundo que fin del siglo; y como si el día del Señor que debe amanecer en su venida, no se pudiese separar del fin del mundo, o no se debiese separar, *según las Escrituras*. Dije el fin del mundo, en lo cual sólo entiendo el fin de los viadores o de la generación y corrupción; porque yo no soy de parecer que el mundo, esto es, los cuerpos materiales o globos celestes que Dios ha criado (entre los cuales uno es el nuestro en que habitamos), haya de tener fin, o volver al caos o nada de donde salió. Esta idea no la hallo en la Escritura; antes hallo repetidas veces la idea contraria, y en esto convienen los mejores intérpretes. A su tiempo espero hablar sobre esto de propósito.

326. Debemos ahora detenernos un momento más en la consideración de la palabra *por la mañana*. Esta palabra se halla no pocas veces en los Profetas y Salmos; y es fácil reparar que se usa de ella cuando se habla de la vocación futura de Israel, o de su congregación y ascensión *con grandes piedades*. Por ejemplo, el capítulo XXVI de Isaías es un cántico admirable, muy semejante en lo sustancial al salmo XLV, el cual cántico dice el mismo Isaías que se cantará en aquel día en la tierra de Judá. Entre las cosas que dice proféticamente la persona que lo ha de cantar, esto es, Sión, ahora enferma y claudicante, una de ellas es ésta (versículo 9): *Mi alma te desea en la noche; y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré a ti*. Mi alma, le dice a su Mesías, te ha deseado siempre en la noche. ¿En qué noche? Sin duda en la noche presente, pues respecto de ella en este asunto todo es noche. No obstante, en medio de esta noche lo desea, y suspira incesantemente por él, no pudiendo persuadirse, ya por falta de luz, ya por vicio del órgano interno, que es aquel mismo, *según las Escrituras*, a quien ella reprobó y pidió para el suplicio de la cruz, obstinada siempre en aquella necia y funestísima negativa, profetizada por el mismo Mesías: *No queremos que reine éste sobre nosotros*. Mas cuando esta noche esté para acabarse, con la vecindad del siguiente día, entonces (dice en espíritu) que no se dormirá, sino que se alzará pronta y fervorosamente, y estará despierta al amanecer: *y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré a ti*. Lo mismo y con circunstancias más particulares dice por Miqueas en el capítulo séptimo, verso séptimo, lo que es bien digno de una profunda consideración.

327. Por Oseas, capítulo VI, dice el Señor, hablando de la conversión futura de Israel, como parece claro por todo el contexto: *En su tribulación por la mañana se levantarán a mí (diciendo): Venid, y volvámonos al Señor. Porque él nos tomó, y nos sanará; herirá (o hirió, como leen Pagnini y Vatablo), y nos curará. Nos dará la vida después de dos días; al tercero día nos resucitará, y viviremos en su presencia. Conoceremos al Señor, y le seguiremos para conocerle. Como el alba está preparada su salida, etc.*

328. En el salmo VI se dice: *en la mañana... oirás mi voz. En la mañana me pondré en tu presencia y veré, etc.* En el salmo LXXXIX: *alabaré con regocijo de mañana tu misericordia.* En el salmo XXXIX: *Hemos sido colmados de tu misericordia desde la mañana... Nos hemos alegrado por los días que nos humillaste, por los años en que vimos males.* Y en otras partes: *mi oración madrugará a ti... Hazme oír por la mañana tu misericordia.* Todo lo cual concuerda con el salmo XLV que actualmente observamos: *la ayudará Dios por la mañana, etc.*

Versículo 7. *Las naciones se conturbaron, y los reinos bambolearon; dio su voz, moviose la tierra.*

329. En el versículo 4 había dicho Sión esto mismo con la metáfora de la agitación y sonido de las aguas del mar, y de la moción y conturbación de los montes: *Sonaron, y turbáronse sus aguas; se estremecieron los montes a la fortaleza de él;* aquí lo dice ya claramente, sin metáfora alguna. Las gentes todas se han conturbado, e inclinado los reinos, sin duda con el golpe de la piedra. Todo lo cual acaba de suceder en el tiempo de que se habla, y lo ha visto Sión, aunque de lejos, y lo ha sabido y sentido desde el retiro de su soledad. El Señor, prosigue diciendo, ha hecho sentir su voz, y la tierra toda se ha movido. Este *moviose la tierra* se halla con más fuerza y viveza en las otras versiones. Pagnini lee: *Dejó de ser la tierra.* Vatablo: *se amedrentó la tierra.* La paráfrasis Caldea: *se disolvieron los habitantes de la tierra.* Esta voz del Señor tan grande y tan operativa no es otra cosa manifiestamente que aquella vara de su boca de que habla Isaías: *y herirá a la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío;* o lo que es lo mismo, aquella espada de dos filos que ha de traer en su boca el Rey de los reyes, *para herir con ella a las gentes.*

330. A este propósito se puede leer todo el capítulo XXIV de Isaías, en que se habla, por confesión de todos, de la venida del Señor que esperamos; y entre otras cosas se debe reparar en aquella viva y elegante descripción que hace el Profeta, del espanto, conmoción y conturbación de toda la superficie de la tierra, por estas palabras: *Totalmente será quebrantada la tierra; desmenuzada enteramente será la tierra; conmovida sobremanera será la tierra, será agitada muy mucho la tierra como un embriagado, y será quitada como tienda de una noche; y la agobiará su maldad, y caerá, y no volverá a levantarse.* Ninguno que lea este capítulo puede ignorar que aquí no se habla de lo material de nuestro globo en que habitamos; sino de sus habitantes que han corrompido su superficie con su iniquidad, y la corromperán todavía mucho más. De esta superficie de la tierra empieza hablando desde las primeras palabras: *He aquí que el Señor desolará la tierra, y la despojará, y afligirá el aspecto de ella, y esparcirá sus moradores;* y aquí mismo dice que después de esta aflicción, agitación y conmoción de la superficie de la tierra, quedarán en ella algunas reliquias del linaje humano: *y quedarán pocos hombres... como si algunas pocas aceitunas que quedaron, se sacudiesen de la oliva; y algunos rebuscos, después de acabada la vendimia. Éstos levantarán su voz, y darán alabanza; cuando fuere el Señor glorificado, alzarán la gritería desde el mar.*

331. Habiendo, pues, sucedido este movimiento, agitación y conturbación de la superficie de la tierra, prosigue Sión con todas sus preciosas reliquias diciendo llena de un sagrado júbilo y penetrada del más vivo reconocimiento:

Versículo 8. *El Señor de los poderíos con nosotros; nuestro amparador el Dios de Jacob.*

332. El Señor de las virtudes (este nombre se le da al Mesías en varias partes de la Escritura, por ejemplo en el salmo XX.) El Señor de las virtudes está ya con nosotros, y nos ha llamado, iluminado, perdonado y recibido entre sus brazos el Dios de Jacob.

333. Luego, mirando el estado actual de la tierra, y comparándolo con todos los tiempos ya pasados, ciertamente oscuros y tenebrosos en su comparación, convida al residuo de las gentes a ver, admirar y alabar al común Señor, por tantos prodigios nuevos e inauditos que ha obrado en nuestra tierra con su presencia; uno de los cuales, y el más admirable y estimable entre todos, es la paz universal, la cual se anuncia y describe por estas breves y expresivas palabras del:

Versículo 9. *Venid, y ved las obras del Señor, las maravillas que puso sobre la tierra. Que aparta las guerras hasta la extremidad de la tierra. Hará trizas el arco, y quebrará las armas; y quemará al fuego los escudos.*

334. El confronto de este texto con el de Isaías y Miqueas, forma, según parece, su propia y legítima explicación, a la cual nada tenemos que añadir, persuadidos en verdad que no puede admitir otra, *según las Escrituras*. Si con esta idea clara y sencilla se leen inmediatamente los salmos siguientes, podrán servir de mayor confirmación, y facilitar la inteligencia de otros muchos salmos y de otras muchísimas profecías. Especialmente se entenderá al punto, sólo con leerlo, todo el salmo LXXV, muy semejante al XLV, aunque con noticias todavía más particulares: *Conocido es Dios en la Judea; en Israel es grande su nombre. Y está hecho su asiento en la paz, y su morada en Sión. Allí quebró las fuerzas de los arcos, el escudo, la espada, y la guerra, etc.*

335. No hay duda que estas cosas y otras muchas del todo semejantes se procuran acomodar del modo posible a algunos sucesos antiquísimos que se leen en la historia sagrada; mas como esta acomodación, aunque intentada con empeño, y empezada tal vez con felicidad, no es fácil ni posible llevarla adelante por los graves y continuos embarazos que a cada paso se presentan; se ven al fin precisados los intérpretes más literales a recurrir frecuentísimamente a sentidos figurados y puramente acomodaticios, y parar en ellos. Sin este recurso, a lo menos en parte, les sería necesario admitir el nuestro, pues lejos de hallar en él algún embarazo insuperable, todo lo hallarían fácil y llano, y tanto más cuanto más nos avanzamos. Así como entendemos obvia y literalmente, y en este sentido recibimos religiosamente todo cuanto hay en las Escrituras, perteneciente a la primera venida del Mesías y a sus efectos admirables; así entendemos y recibimos lo que está escrito y claramente anunciado para la segunda, que es sin comparación mucho más. Para lo uno y para lo otro nos acompañan del mismo modo las Escrituras, nos instruyen, nos ayudan, nos alumbran, y ninguna de ellas se nos opone.

Apéndice

336. Cualquiera que haya leído hasta aquí (si tiene alguna noticia de las Escrituras) no tendrá dificultad en creer que los fenómenos que hemos observado no son los únicos en las mismas Escrituras que merecen particular observación. Yo tenía notados desde el principio hasta 24 con ánimo de observarlos cada uno de por sí; y de éstos he observado sólo 10. Como en ellos me he detenido mucho más de lo que había imaginado, me parece ya conveniente el parar aquí. Las observaciones que quedan hechas parecen más que suficientes para poder formar un juicio prudente sobre la causa general que he procurado defender. Los que no contentos con éstas quisieren todavía nuevas observaciones, las pueden hacer por sí mismos con gran facilidad. Las Escrituras ofrecen en este asunto abundantísima materia. No faltan sino ojos atentos que mirando cada cosa de por sí, y combinándolas con otras, o idénticas o semejantes, las expliquen en ambos sistemas, y pesen luego en fiel balanza ambas explicaciones. Yo no puedo en esto detenerme más; así porque me llaman otras cosas algo más interesantes, como porque me siento ya notablemente fatigado en esta especie de trabajo, y pienso lo mismo respecto de quien lee. No obstante, debo confesar que dejo con repugnancia la observación de algunos puntos o fenómenos que ya tenía preparados, principalmente el de Jerusalén. Permítaseme tocar aquí este punto con la mayor brevedad posible, y dar alguna ligera idea de lo que en él hay de más sustancial y de más interesante en el asunto que tratamos.

Jerusalén

337. De dos modos hablan las Escrituras de Jerusalén, esto es, en historia y en profecía. Lo que pertenece a la historia no hace a nuestro propósito, ni ha menester observación particular. Todos los cristianos creemos fielmente todos aquellos sucesos conforme los hallamos escritos; los entendemos a la letra sin gran dificultad; y a ninguno le ha pasado por el pensamiento darles otro sentido diverso del que suenan obvia y literalmente las palabras. No sucede así con Jerusalén en profecía. Según la práctica común, lo que en ella se anuncia no siempre puede entenderse literalmente, sino ya en éste, ya en aquél, ya en otro sentido diversísimo según las circunstancias. ¿Estas circunstancias, siguiendo la misma práctica común, deben tomarse de las mismas profecías, o de las cosas particulares que se anuncian en ellas? Porque unas son manifiestamente contrarias a Jerusalén, otras manifiestamente favorables (y entre ellas, no pocas, grandes *en extremo*). Unas le anuncian tantos castigos y tan horribles, cuantos y cuales ha visto y ve todo el mundo plena y perfectamente verificados. Otras le anuncian tantos favores y beneficios tan extraordinarios, que han parecido y parecen todavía del todo increíbles. Unas le anuncian ira y venganza, no solamente para los tiempos anteriores, sino mucho más para los tiempos posteriores al Mesías: *Porque éstos son días de venganza* (dice el mismo Mesías), *para que se cumplan todas las cosas, que están escritas... Y caerán a filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles; hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*. Otras le anuncian amor, compasión y misericordia. Unas le anuncian terror, ruina, desolación. Otras bondad y paz, reedificación y creación. Unas muertes e ignominia. Otras resurrección y gloria.

338. Las primeras se entienden sin dificultad en su sentido propio, obvio y literal; tanto que, como dicen (y con suma razón), éste es su único sentido, que no admite ni puede admitir el consorcio de otros sentidos; pues en este verdadero sentido todas se han verificado ya plenísimamente, sin haberles faltado *ni un punto, ni un tilde*. Dios lo dijo por sus profetas, y todo se ha cumplido como lo dijo. La última profecía contra esta inicua e ingrata ciudad fue la del Mesías mismo (*cuando*) *al ver la ciudad lloró sobre ella*; y esta profecía (registrada ya en el capítulo IX versículo 26 de Daniel) se cumplió perfectamente 40 años después de la muerte del Señor, como es notario a todo el mundo. Es, pues, constante que todas cuantas profecías hay en las Escrituras contrarias a Jerusalén se deben tomar a la letra, y entender en este sentido; pues así las vemos ya todas plenamente verificadas; mas las favorables no. ¿Por qué razón? Porque éstas no se han verificado hasta ahora, ni se han podido verificar, ni hay ya tiempo ni esperanza de que puedan jamás verificarse literalmente; en especial aquellas grandes y magníficas, cuya grandeza misma muestra bien que ocultan en su corazón grandes tesoros.

339. Veis aquí reducido a pocas palabras el modo práctico de discurrir en el asunto de Jerusalén; así como en tantos otros de que ya hemos hablado. Y veis aquí, vuelvo a repetir, aquel gran supuesto que ha hecho ininteligible una gran parte de las profecías; pues en dicho supuesto no hay otra cosa en el misterio grande de Dios que la Iglesia presente y el cielo, es decir, la vocación de las gentes en lugar de Israel, *por la incredulidad de ellos*, y el fin del mundo. Por una buena consecuencia parece imposible la verificación propia y literal de aquellas magníficas profecías que anuncian a Jerusalén tanta grandeza, majestad y gloria; y al mismo tiempo tanta justicia y santidad cual nunca se ha visto, ni se ha podido ver en los siglos anteriores. Así, los que han mirado aquel supuesto como una verdad, no solamente han desechado el sentido propio y literal en la explicación de todas estas profecías favorables; sino que con grande y ardentísimo celo reprenden durísimamente a los judíos, y tratan de judaizantes, de groseros, de imbéciles, y tal vez de herejes, a los que en éste y otros puntos semejantes han creído más a la afirmación de Dios que a las suposiciones humanas.

340. El gran argumento y el único que oponen contra todas las profecías favorables a Jerusalén, es una profecía de Daniel, en que hablando de la muerte del Mesías (según la Vulgata) y de las resultas terribles para Jerusalén, y para todo el pueblo de Israel, dice así: *Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad, y el santuario; y su fin estrago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada... y durará la desolación hasta la consumación y el fin*. Supuesta la verdad de esta profecía, que no se disputa, argumentan así. La ruina y desolación de Jerusalén de que aquí se habla es evidentemente la que sucedió imperando Vespasiano cerca de 40 años después de la muerte del Mesías; de esta dice el Profeta que perseverará hasta la consumación y hasta el fin; luego es vana, y aun errónea la esperanza de otra Jerusalén; luego han errado manifiestamente cuantos han creído o sospechado que aquellas grandes y magníficas profecías que anuncian otra futura Jerusalén en esta nuestra tierra se deban o puedan entender literalmente. Confírmase esto con el capítulo XIX de Jeremías, versículo 11, en que se lee esta sentencia contra Jerusalén: *Así quebraré yo a este pueblo, y a esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede ya más restaurar*; la cual sentencia, como explica San Jerónimo, no se verificó en aquella primera Jerusalén que

destruyeran los Caldeos; pues ésta se volvió a reedificar pocos años después; pero se ha verificado, *según la letra*, en la que destruyeron los Romanos; pues ésta ni se ha instaurado, ni podrá jamás instaurarse, como sucede a un vaso de barro que una vez quebrantado y desmenuzado *no se puede ya más restaurar*. ¿Quién creyera que este argumento tomado de la profecía de Daniel no es otra cosa, con todas sus bellas apariencias, que un verdadero sofisma? Todo él estriba sobre un equívoco que, aclarados los términos, queda reducido a la misma cuestión.

341. Mas antes de remover este equívoco no será fuera de propósito advertir aquí una inconsecuencia bien notable en que caen, según parece, los mejores intérpretes de la Escritura. De manera que aquellos mismos que, para quitarnos toda esperanza de otra nueva Jerusalén, nos ponen delante esta profecía de Daniel, estos mismos nos aseguran en varias partes que el Anticristo judío de la tribu de Dan edificará de nuevo a Jerusalén, y en ella pondrá la corte de su imperio universal. De la grandeza de este imperio se puede fácilmente inferir cuánta será en aquellos tiempos la grandeza, la opulencia, la riqueza y la magnificencia de su corte. Mas en este caso, ¿cómo quedará la profecía de Daniel? O quedará falsificada, o el argumento tomado de esta profecía no es tan concluyente como se había imaginado. El profeta dice expresamente que la ruina y desolación actual de Jerusalén, que ya cuenta más de 17 siglos, perseverará hasta la consumación y el fin; por otra parte, el Anticristo con todo su imperio universal, no puede sobrevivir a esta consumación y fin, como es necesario que confiesen todos; luego... etc.

342. Hecha esta advertencia de paso, vengamos ya a lo que más importa, que es la respuesta al único argumento que ofrece, a lo menos, una gran apariencia. De dos modos se puede responder: uno por línea recta, otro por línea curva, o por algún corto rodeo. Aunque el primero basta por sí solo, no por eso tenemos por inútil el segundo; antes podrá ayudarnos no poco para la mejor y más fácil inteligencia, así de éste, como de otros puntos muy semejantes. Este segundo modo, pues, se reduce a proponer una *duda* en forma de consulta, y pedir su resolución. Esta *duda* es bastante obvia en la lectura de la Escritura, y aunque comprende muchos casos particulares, yo elijo ahora el punto de que actualmente hablamos, esto es, Jerusalén. Así, propongo mi consulta en estos términos.

343. Cien profecías cuando menos me hablan expresa y nominadamente de Jerusalén, no en cualquier estado indeterminado, sino de Jerusalén destruida por sus pecados, desolada, conculcada y sepultada en el olvido; de ésta, pues, me dicen con toda la claridad posible que algún día se levantará del polvo de la tierra, que resucitará, que se edificará de nuevo, y *será vista en su gloria*; y para que no equivoquen esta Jerusalén de que hablan con aquella otra que se edificó *en tiempo de angustia*, por los que volvieron de Babilonia con permisión de Ciro, me dan unas señales tan claras, tan individuales, tan nuevas e inauditas, que es imposible acomodarlas a aquellos tiempos, y a aquella antigua Jerusalén. Por ejemplo, una profecía me dice que, en aquel tiempo de que habla, Jerusalén será llamada el solio del Señor: *En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono del Señor; y serán congregadas a ella todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, y no andarán tras la maldad de su corazón pésimo*. Otra me dice que su nombre desde aquel día en que se edifique de nuevo será éste: *el Señor está aquí*. Y *el nombre de la ciudad desde aquel día, el Señor allí*. Otra le dice a la misma Jerusalén que,

después de las grandes tribulaciones que se le anuncian por sus iniquidades, se llamará ya *ciudad del justo, ciudad fiel*. Y en otra parte: *te será puesto un nombre nuevo, que el Señor nombrará con su boca. Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios. De allí adelante no serás llamada Desamparada; y tu tierra no será ya más llamada desierta... Y los nombrarán, pueblo santo, redimidos por el Señor. Mas tú serás llamada: La ciudad buscada, y no la desamparada.*

344. El mismo le dice en otra parte: *Porque fuiste desamparada, y aborrecida, y no había quien por ti pasase, te pondré por lozanía de los siglos... No se oirá más hablar de iniquidad en tu tierra, ni habrá estrago ni quebrantamiento en tus términos... Y tu pueblo todos justos... derivaré sobre ella como río de paz.* Y por abreviar, pues son cosas que se leen frecuentísimamente en los Profetas de Dios, otra profecía dice, hablando de Jerusalén y de los judíos: *morarán en ella, y no será más anatema, sino que reposará Jerusalén sin recelo.*

345. Yo confieso ingenuamente que estas y otras profecías semejantes, que realmente pasan de ciento, me habían hecho concebir grandes y alegrísimas esperanzas de otra Jerusalén todavía futura, pareciéndome incomponible creer a los Profetas de Dios, o al Espíritu Santo, *que habló por los Profetas*, sin creer con la misma sinceridad lo que tantas veces y con tanta claridad me dicen de Jerusalén; cuando veis aquí que en medio de estos alegres pensamientos me sale al encuentro a deshora una única profecía, mas de un aspecto tan terrible que parece que a todas se opone, que a todas contradice, y que todas deben desaparecer en su presencia. Ésta es la profecía de Daniel, la cual asegura que la desolación de Jerusalén, que debe comenzar después de la muerte del Mesías, perseverará irrevocablemente hasta la consumación y el fin.

346. Éste es el hecho, en cuyo supuesto *se pregunta, ¿qué se ha de hacer?* Así aquellas cien profecías, como esta última, son dictadas por el Espíritu de verdad; por consiguiente son todas igualmente ciertas y de fe divina; con todo eso, las cien primeras afirman unánimemente; la última parece que niega. Aquéllas muestran unánimemente un semblante dulce y benigno, respecto de la futura Jerusalén; ésta parece del todo inexorable; ¿qué partido pues debemos tomar?

347. La resolución de esta duda no es una misma en dos diversos tribunales. El uno decide prácticamente que debemos estar por la última profecía, aunque sea una sola; y todas las otras, aunque sean ciento o mil, se deben explicar en otros sentidos. Si alguno clamare pidiendo alguna razón de una sentencia tan dura, difícilmente podrá ser otra que el eco de su misma pregunta. El otro tribunal decide que debemos estar por las cien profecías, y explicar una por ciento, no ciento por una. Para lo cual produce tres brevísimas razones. Primera: porque aquéllas son muchas, y ésta una sola. Segunda: porque aquéllas son claras, y ésta no tanto. Tercera: porque aquéllas son ciertamente favorables a Jerusalén, y ésta parece contraria, y en caso de duda *lo favorable se ha de ampliar, y lo odioso restringir, etc.* Sin meterme yo a resolver cuál de estas dos sentencias es la más conforme a razón, pues esto toca a jueces imparciales, sólo pregunto si será lícito seguir la segunda sentencia, o no; así como es lícito seguir la primera. Si se dice que no, se pide la disparidad; mas una disparidad que no sea *responder por la*

cuestión. Si se dice que sí, se concluye al punto; luego la profecía de Daniel nada prueba contra la futura Jerusalén; así como en la primera sentencia nada prueban a su favor cien profecías. Éstas nada prueban a favor, porque se les dan otros sentidos ajenos del obvio y literal; y aquélla, digo yo, nada prueba en contra, porque es bien fácil hacer con una sola lo que se hace con ciento.

348. No por esto se piense que yo pretendo dar a la profecía de Daniel otro sentido diverso del obvio y literal. Esto sería no estar de acuerdo conmigo mismo. El mismo sentido en que entiendo las cien profecías, en este mismo sin diferencia alguna entiendo la última; y por ella tengo por cierto e infalible que la desolación presente de Jerusalén perseverará hasta la consumación y el fin. Mas de aquí, ¿qué se sigue? ¿Luego no tenemos que esperar otra nueva Jerusalén? Esta consecuencia que sacan los intérpretes en su sistema es puntualmente la que se niega como ilegítima y falsa; parece que debía sacarse esta otra justísima por todos sus aspectos; luego la Jerusalén futura, que tantas veces anuncian los Profetas de Dios, no podrá edificarse antes, sino después de la consumación y el fin. Antes no, porque en este caso se falsificará la profecía de Daniel; después sí, porque sin esto se falsificarán cien profecías. Esta consecuencia que yo admito y abrazo como verdadera y como tan conforme a las Escrituras, es también mi segunda respuesta por línea recta.

349. La consumación y el fin de que habla Daniel no puede ser otra, sino aquella misma de que hablan otros muchos Profetas; especialmente Isaías, Jeremías, Nahúm, Sofonías y Zacarías, etc., y de que se habla en varias partes de los evangelios; por consiguiente no puede ser la consumación y fin del mundo, como se piensa en el sistema ordinario; sino la consumación y fin del siglo.

350. Estas dos palabras, mundo y siglo, aunque muchas veces se toman en un mismo sentido y significan una misma cosa; mas realmente hay entre ellas una grande y notable diferencia; y en el asunto que actualmente tratamos, de gran importancia. Mundo se llama propiamente toda la inmensa máquina del universo, y también más inmediatamente este globo terráqueo, en cuya superficie habitamos. Siglo se llama, no solamente la revolución de cien años; sino también y con más propiedad, todo el aparato externo de nuestro mundo, o de nuestro globo: su fausto, su lujo, su engaño, su vanidad, su mentira, su pecado; en suma, se llama siglo el día actual de los hombres, de su potestad, de su dominación de su virtud, de su juicio, de su gobierno, etc.; a distinción el día del Señor. Yo hallo muchas veces en las Escrituras, principalmente en los evangelios, estas palabras: *consumación del siglo*; jamás hallo éstas: *consumación del mundo*.

351. En este sentido, pues, en que hablan otras Escrituras, dice Daniel que la desolación actual de Jerusalén, que empezó después de la muerte del Mesías, deberá permanecer hasta la consumación y el fin, es decir, hasta que se concluya y llegue a su fin el día presente, y empiece a amanecer el día del Señor; hasta que venga el Mesías en gloria y majestad, y con su segunda venida tenga principio el día de su virtud en los esplendores de los santos; hasta que se ejecute en la bestia aquella justicia terrible de que se habla en el mismo Daniel y en el Apocalipsis; hasta que la gran estatua caiga en tierra al golpe de la piedra, y desaparezca como una leve ceniza en medio de un gran viento;

hasta que suceda aquella evacuación de todo principado, potestad y virtud, de que habla San Pablo; hasta que, en fin, se llenen los tiempos de las naciones. Comparad de paso estas últimas palabras del Señor con las de Daniel, y me parece que hallaréis el mismo misterio sin diferencia alguna: *Jerusalén será hollada de los gentiles; hasta que se cumplan los tiempos de las naciones... y durará la desolación hasta la consumación y el fin.*

352. Ésta es evidentemente la consumación y el fin de que habla Daniel; la cual deberá suceder con la venida misma del Señor; y por esto el mismo Señor compara su venida con el día de Noé: *hasta que vino el diluvio, y los llevó a todos.* Esta consumación y fin anuncian también otros Profetas con expresiones vivísimas, y con circunstancias bien particulares, como tantas veces hemos observado; y no obstante, estos mismos Profetas nos aseguran expresamente *en nombre del Señor*, que Jerusalén, destruida y conculcada de las gentes, volverá a edificarse de nuevo, con tanta grandeza, con tanto esplendor, con tanta justicia, y con tales y tantas circunstancias, que no habiéndose verificado hasta el día de hoy, ni pudiendo verificarse antes de la consumación y el fin, o antes que se llenen los tiempos de las naciones; deberemos esperar que todo se verifique después de la consumación y el fin del siglo, *para que* (como se dice en el Eclesiástico) *tus Profetas sean hallados fieles.*

353. Digamos ahora cuatro palabras sobre el texto de Jeremías, que sirve de confirmación al argumento: *Esto dice el Señor de los ejércitos: Así quebraré yo a este pueblo, y a esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede ya más restaurar.* Estas palabras (dicen algunos, siguiendo a San Jerónimo, aunque otros son de contrario parecer) no pueden entenderse propia y rigurosamente de aquella primera Jerusalén que destruyeron los Caldeos; pues ésta se volvió a edificar pocos años después; mas se entiende con toda propiedad de la Jerusalén que destruyeron los romanos, después de la muerte de Cristo, la cual hasta hoy persevera destruida y desolada, y debe perseverar en esta forma hasta el fin del mundo. Las palabras de San Jerónimo son éstas: *claramente no se dice esto de la cautividad babilónica, sino de la romana. Como que después de los Babilonios la ciudad fue restablecida, el pueblo llevado de nuevo a la Judea, y restituido a la abundancia antigua. Mas después de la cautividad que acaeció bajo el imperio de Vespasiano y Tito, y después en el de Adriano, las ruinas de Jerusalén han de permanecer hasta la consumación del siglo.*

354. Esto último, ¿quién puede negarlo? Cualquiera que lea el verso último del capítulo IX de Daniel, deberá confesar como una verdad indisputable que *las ruinas de Jerusalén han de permanecer hasta la consumación del siglo.* Mas, lo primero, esto es, que Jeremías habla no de la Jerusalén destruida por los Babilonios, sino de la que destruyeron los Romanos 600 años después, ¿cómo podrá admitirse, si se lee seguidamente el texto del Profeta que dice: *las casas de Jerusalén, y las casas de los reyes de Judá, serán inmundas, como el lugar de Tofet; todas las casas, en cuyos terrados sacrificaron a toda la milicia del cielo, y ofrecieron libaciones a los dioses extranjeros?* Esta sola contraseña, aunque no hubiera otra, parece más que suficiente para conocer al punto los tiempos de que se habla, y la Jerusalén contra quien se habla. Cuando los romanos, *bajo el imperio de Vespasiano y Tito*, destruyeron a Jerusalén,

¿destruyeron también junto con ella las casas y palacios de los reyes de Judá? ¿Qué reyes de Judá había en este tiempo, ni los había habido jamás después de la cautividad de Babilonia? ¿Destruyeron así mismo todas aquellas casas donde se ofrecían sacrificios a los ídolos? ¿Qué ídolos hallaron los Romanos en Jerusalén, sino los que ellos llevaron y colocaron en ella después de destruida? Mas si ponemos los ojos en aquella primera Jerusalén, que viviendo Jeremías destruyeron los Babilonios, hallamos casas y palacios de los reyes de Judá, y hallamos ídolos a millares en los terrados, y en lo más alto de casi todas las casas de la inicua Jerusalén; luego es claro por esta sola contraseña que se habla de la primera Jerusalén destruida por los Babilonios, no de la que destruyeron los Romanos. Si esto es así, se podrá replicar, ¿cómo entenderemos con propiedad aquella similitud de que usa Jeremías: *Quebraré yo... a esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede ya más restaurar?*

355. La propia inteligencia de esta semejanza nos la ofrecen otros doctores, y estos no pocos que se apartan del sentir de San Jerónimo: *debe interpretarse* (dice uno de ellos) *de la reparación que se haga por propio poder; porque después de concluidos setenta años la vasija judaica se reparará, y al fin del siglo volverá a restaurarse; mas esto por el poder de Dios, a quien es fácil lo que parece imposible al hombre.*

356. Os considero, señor, lleno de admiración al ver que uno de los más sabios y más juiciosos expositores, conceda francamente otra Jerusalén todavía futura, diciendo: *al fin del siglo volverá a restaurarse.* Crecerá mucho más vuestra admiración, si se considera que este mismo autor, así como los otros, niega absolutamente como falsa e implicatoria otra nueva Jerusalén, cuando llega a la explicación de aquellos lugares de la Escritura, tantos y tan claros, donde se anuncia, se promete, y se habla de ella, como si ya existiese. ¿Luego se contradicen unos hombres tan sabios y tan advertidos? No, señor mío, no se contradicen, antes van conformes cuanto es posible en su sistema. Es verdad que niegan como absurda aquella Jerusalén de que hablan tanto las Escrituras; mas no niegan, antes conceden liberalísimamente, otra Jerusalén de que las mismas Escrituras no hablan palabra. ¿Cuál es ésta? Es la que edificará el Anticristo judío para corte de su imperio universal. Así lo dicen expresamente sobre el capítulo XXXI, versículo último de Jeremías; sobre el capítulo XXXVIII de Ezequiel; sobre el capítulo IX de Daniel, etc., y así lo dicen implícitamente en otras muchas partes, hablando siempre que ocurre en esta suposición.

357. Mas aun permitida por un momento esta suposición, o esta supuesta Jerusalén, ¿cómo podrán decirse de ella aquellas palabras del autor citado: *al fin del siglo volverá a restaurarse; mas esto por el poder de Dios, a quien es fácil lo que parece imposible al hombre?* La potencia que suponen en su Anticristo, toda diabólica, ¿se podrá también llamar *potencia divina?* Mas, el mismo autor sobre el capítulo IX de Daniel, hablando de la Jerusalén que destruyeron los romanos, dice así: *ciertamente esta desolación del templo y ciudad jerosolimitana perseverará no por pocos años, como aquella de la Caldea, sino hasta el fin del mundo y de los siglos.* ¿Cómo podremos componer esta proposición con aquella otra: *al fin del siglo volverá a restaurarse?* Finalmente, concluye este sabio con esta terrible sentencia: *También la ciudad de Jerusalén estará sujeta a un perpetuo anatema.* Y no obstante, en Jeremías se leen estas palabras: *He aquí que vienen*

los días, dice el Señor; y será edificada al Señor la ciudad... no será arrancada, ni destruida por siempre jamás. Y en Zacarías capítulo último se leen éstas: morarán en ella, y no será más anatema; sino que reposará Jerusalén sin recelo. Conque de la misma Jerusalén se pueden con verdad decir estas dos cosas.

Primera: *será edificada al Señor la ciudad... no será arrancada ni destruida por siempre jamás... no será más anatema; sino que reposará Jerusalén sin recelo.* Segunda: *estará sujeta a un perpetuo anatema.*

358. Si estas dos proposiciones son inacordables entre sí y perpetuamente enemigas, ¿por cuál de ellas nos deberemos declarar? *¿Crees, oh rey Agripa, a los Profetas? Yo sé que sí crees,* decía San Pablo con toda libertad, aunque cargado de cadenas.

359. Otras muchas cosas generales y particulares teníamos que decir sobre Jerusalén, mas éstas pertenecen inmediatamente a la tercera parte, donde procuraremos darles lugar, así como a otros muchos puntos que no lo han podido tener hasta aquí. Me contento, pues, con transcribir aquí la profecía célebre del santo Tobías, y concluiré con ella esta segunda parte, ofreciendo este gran punto para una profunda meditación.

Tobías, Capítulo XIII

360. *Jerusalén, ciudad de Dios, el Señor te castigó por las obras de tus manos. Alaba al Señor en tus bienes, y bendice al Dios de los siglos, para que reedifique en ti su tabernáculo, y vuelva a ti todos los cautivos, y te goces por todos los siglos de los siglos. Brillarás con luz resplandeciente, y todos los términos de la tierra te adorarán. Vendrán a ti las naciones de lejos; y trayendo dones, adorarán en ti al Señor, y tendrán tu tierra por santuario. Porque dentro de ti invocarán el grande nombre. Malditos serán los que te despreciaren, y serán condenados todos los que te blasfemaren, y serán benditos los que te edificaren. Y tú te alegrarás en tus hijos, porque todos serán benditos, y se reunirán con el Señor. Bienaventurados todos los que te aman, y los que se gozan de tu paz. Alma mía, bendice al Señor, porque libró a Jerusalén su ciudad de todas sus tribulaciones, el Señor nuestro Dios. Bienaventurado seré, si quedaren reliquias de mi linaje para ver la claridad de Jerusalén. De zafiro y de esmeralda serán edificadas las puertas de Jerusalén, y de piedras preciosas todo el recinto de sus muros. De piedras blancas y limpias serán enlosadas todas sus calles, y por sus barrios se cantará Aleluya. Bendito el Señor, que la ha ensalzado, y sea su reino en ella por los siglos de los siglos. Amén.*

361. Esta célebre profecía es sin duda una de aquellas muchas y grandes, de quienes al mismo tiempo se pueden afirmar dos cosas contradictorias; es a saber, que es una profecía clara y oscura, fácil y difícil, inteligible e ininteligible. Si la idea del reino de Cristo aquí en la tierra, y de otra Jerusalén todavía futura es, como quieren, una idea falsa y errónea, la profecía de Tobías es ciertamente la cosa más oscura, la más difícil o la más ininteligible de cuantas pueden imaginarse. Al contrario, si aquella idea es verdadera y justa, como tan conforme a las Escrituras, la profecía se entiende al punto toda entera sin más trabajo que leerla. Conque el entenderla o no entenderla consiste solamente en

admitir o no admitir aquella idea. Los intérpretes pretenden que no hay necesidad de tal idea para entender la profecía; por tanto han hecho los mayores esfuerzos imaginables para darle *por otra parte* alguna explicación. Si lo han conseguido, o no, lo podrá fácilmente juzgar cualquiera que lea dicha explicación, y la confronte fielmente con la profecía.

362. Dicen en general, y esto de un modo definitivo sin prueba alguna, que toda esta profecía, exceptuando sus cuatro primeras líneas, no puede admitir otro sentido que el alegórico, mezclado con el anagógico, pues Tobías como profeta hizo lo mismo, dicen, que hacen otros profetas, esto es, mirar al mismo tiempo la iglesia militante y la triunfante, hablar de ambas bajo el nombre y figura de Jerusalén. En este supuesto, la explicación necesita de tres sentidos, y aun éstos no alcanzan para todo. El primer sentido es el literal; mas éste sólo sirve para las cuatro primeras líneas. ¿Por qué? Porque estas cuatro primeras líneas son contrarias a Jerusalén. En ellas se anuncia su castigo, su ruina, su exterminio, todo lo cual se verificó plenamente pocos años después. El segundo sentido es el alegórico, que debe luego entrar en lugar del literal. ¿Por qué tan presto? Porque pasadas estas cuatro líneas contrarias a Jerusalén, se empieza luego a hablar en su favor, y se dicen de ella o se le prometen tantas y tales cosas, que ni se han verificado, ni es posible que se verifiquen jamás en el sistema ordinario; pues son infinitamente incómodas, no hay tiempo donde colocarlas. Así, deben acomodarse en cuanto se pueda a la Iglesia presente. El tercer sentido que debe suplir abundantemente todos los defectos del segundo es el anagógico. ¿Por qué? Porque el alegórico, o la acomodación a la Iglesia presente, apenas puede llegar a una pequeña distancia, pasada la cual queda como inservible, y se pierde luego de vista. Por tanto, es necesario para no volver atrás tomar prontamente alas de águila grande, y dar un vuelo hasta lo más alto del cielo, para acomodar allá lo que por acá no es posible. Mas como tampoco es posible acomodar allá alguna parte considerable y seguida de la profecía, es necesario en la explicación subir y bajar continuamente; subir cuando acá no se puede más; bajar cuando allá más no se puede. Y como en las profecías están mezcladas, según dicen, las cosas de la Iglesia militante con las de la triunfante, es necesario por consiguiente subir y bajar, *en un momento, en un abrir de ojo*, casi a cada palabra. A que debe añadirse que después de un trabajo tan grande, queda visible acá y allá la violencia o impropiidad de las acomodaciones.

363. Si dejamos ahora por un momento la algarabía incómoda e ininteligible del triple sentido, con esto solo entendemos al punto toda la profecía, distinguiendo en ella clarísimamente sus dos puntos capitales, esto es, lo que hay en contra, y lo que hay a favor de la misma Jerusalén. Entendemos lo primero: cómo desde el principio se anuncia a esta ciudad ingrata y delincuente aquel castigo horrible, que vino sobre ella pocos años después, y la dispersión y cautiverio del residuo de Israel, esto es, del reino de Judá. Entendemos lo segundo: que hablando con la misma Jerusalén castigada y destruida, se le anuncia *por orden del Señor*, para otros tiempos, que ciertamente no han llegado, toda aquella majestad, esplendor, y gloria, que se puede colegir de estas solas palabras aunque no hubiese otras: *Brillarás con luz resplandeciente; y todos los términos de la tierra te adorarán*. Estas palabras y todas las que siguen hasta el fin, ¿con quién hablan o a quién se dicen? ¿No es manifiesto que se dicen a la misma Jerusalén castigada y destruida por

sus iniquidades, con quien se empieza a hablar y se prosigue hablando sin interrupción? ¿No es manifiesto que se dicen a la misma Jerusalén, a quien se anuncia su castigo inminente y ruina total? Si este castigo y ruina no habla ni con la Iglesia militante ni con la triunfante, ¿con qué razón se puede asegurar que todas las cosas prósperas, que siguen inmediatamente, no hablan ya de Jerusalén castigada y destruida, sino con la Iglesia ya militante, ya triunfante? Pedid, señor, para esto alguna buena razón, y si no os responden sino por la misma cuestión me parece que tendréis que esperar la respuesta *hasta el día de la eternidad. Amén.*

364. Con esta profecía de Tobías concuerdan perfectamente entre otras innumerables profecías, todo el capítulo LX de Isaías; todo el capítulo V de Baruch; los capítulos XXX y XXXI de Jeremías; el capítulo último de Zacarías, etc.; todo lo cual lo hace servir San Juan en el capítulo XXI de su Apocalipsis. La profecía de Baruch, por ser breve y notable, me parece bien ponerla aquí: *Desnúdate, Jerusalén, de la túnica de luto, y de tu maltratamiento; y vístete la hermosura, y la honra de aquella gloria sempiterna, que te viene de Dios. Te rodeará Dios con un manto forrado de justicia, y pondrá sobre tu cabeza un bonetillo de honra eterna. Porque Dios mostrará su resplandor en ti, a todos los que están debajo del cielo. Porque para siempre llamará Dios tu nombre: La paz de la justicia, y la honra de la piedad. Levántale, Jerusalén, y ponte en lo alto; y mira hacia el Oriente, y ve tus hijos congregados desde el sol Oriente hasta el Occidente, a la palabra del Santo gozándose en la memoria de Dios. Porque salieron de ti a pie llevados por los enemigos; mas el Señor te los traerá levantados con honra como hijos del reino. Porque Dios ha determinado abatir todo monte empinado, y las rocas estables, y llenar los valles al igual de la tierra; para que camine Israel con diligencia para honra de Dios. Aun las selvas, y todo árbol suave dieron sombra a Israel por mandamiento de Dios. Porque traerá Dios a Israel con regocijo en la lumbre de su majestad, con la misericordia, y con la justicia, que viene de él.*

FIN DEL TOMO II